



NUNC COGNOSCO EX PARTE



TRENT UNIVERSITY  
LIBRARY













EPISODIOS NACIONALES



ZUMALACARREGUI





---

Es propiedad. Queda hecho  
el depósito que marca la ley.  
Serán furtivos los ejempla-  
res que no lleven el sello del  
autor.

---



B. PÉREZ GALDÓS  
EPISODIOS NACIONALES  
TERCERA SERIE

---

ZUMALACARREGUI

2.000



MADRID  
OBRAS DE PÉREZ GALDÓS  
Hortaleza, 132  
1898

PQ 6555 .A1 1878 24.31-2

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4.



Al terminar con *Un faccioso más y algunos frailes menos* la Segunda Serie de los EPISODIOS NACIONALES, hice juramento de no poner la mano por tercera vez en novelas históricas. ¡Cuán claramente veo ahora que esto de jurar es cosa mala, como todo lo que resolvemos menospreciando ó desconociendo la acción del tiempo, y las rectificaciones que este tirano suele imponer á nuestra voluntad y á nuestros juicios! A los diez y nueve años, no justos, de aquel juramento, los amigos que me favorecen, público, lectores, ó como quiera llamárseles, me mandan quebrantar el voto, y lo quebranto; me mandan escribir la Tercera Serie de Episodios, y la escribo. En reducida esfera, los escritores vivimos, como en esfera amplísima los políticos, gobernados por la opinión, y la opinión es responsable de

esta inconsecuencia mía. Ella me ha hecho pecar, y ella me absolverá si cree que al fin de la jornada lo merezco. Los diez tomos de la *Tercera serie* serán: *Zumalacarregui*.—*Mendizábal*.—*De Oñate á la Granja*.—*Luchana*.—*La campaña del Maestrazgo*.—*La estafeta romántica*.—*Vergara*.—*Montes de Oca*.—*Los Ayacuchos*.—*Bodas Reales*.

B. P. G.

Madrid, Abril de 1898.

# ZUMALACARREGUI

---

## I

Ufano de los triunfos de Salvatierra y Alegría, en tierra alavesa, Zumalacarregui invadió la Ribera de Navarra, donde el Ebro se bebe tres ríos: Ega, Arga y Aragón. Bien podría denominarse aquel movimiento *procesión militar*, porque el afortunado guerrero del absolutismo llevaba consigo *el santo*, para que los pueblos lo fueran besando unos tras otros, al paso, con religiosa y bélica fe, acto que se efectuaba con suma presteza, aquí te tomo aquí te dejo, conforme á la táctica de un ejército formado, instruido y aleccionado diariamente en la movilización prodigiosa, en las marchas inverosímiles, cual si lo compusieran, no ya soldados monteses y fieros, sino leopardos con alas. Que éstos llevaban en volandas á la tortuga, no hay para qué decirlo. Mostraban el ídolo á los pueblos, y el entusiasmo en que éstos ardían



era un excelente botín de moral política que robustecía la moral militar.

Y mientras realizaba este acto de hábil santonismo, Zumalacarregui no cesaba de combatir, en la boca el ruego, en la mano el mazo. Maestro sin igual en el gobierno de tropas y en el arte de construir, con hombres, formidables mecanismos de guerra, daba cada día á su gente faena militar para conservarla vigorosa y flexible. De continuo la fogueaba, ya seguro de la victoria, ya previendo la retirada ante un enemigo superior. ¿Qué le importaba esto, si su campaña, á más del objeto inmediato de obtener ventajas aquí y allí, tenía otro más grande y artístico, si así puede decirse, el de educar á sus fieros soldados y hacerles duros, tenaces, absolutamente confiados en su poder y en la soberana inteligencia del jefe? Atacaba las guarniciones de villas y lugares, tomando lo que podía, dejando lo que le exigía excesivo empleo de energía y tiempo; procuraba ganar las pocas voluntades que no eran suyas, poniendo en ejecución medios militares ó políticos, así los más crueles como los más habilidosos, y lo que se obstinaba en no ser suyo, quiero decir, del Rey, -vidas ó haciendas, lo destruía con fría severidad, poniendo en su conciencia los deberes militares sobre todo sentimiento de humanidad. Movido de la idea, guiado por su prodigiosa inteligencia y conocimientos del arte guerrero, iba trazando, con garra de león, sobre aquel suelo ardiente, un ca-

rácter histórico... ¡Zumalacarregui, página bella y triste! España la hace suya, así por su hermosura como por su tristeza.

Ribera de Navarra, Noviembre de 1834.

Gustoso de referir las cosas pequeñas antes que las grandes, anticipo este incidente que la Historia apenas cree digno de una breve mención: «Habiendo llegado á manos de Zumalacarregui un parte oficial en que el alcalde de Miranda de Arga avisaba al comandante de Tafalla la reciente entrada de los facciosos, con expresión de su fuerza y otras particularidades, mandó que le cogieran (al alcalde) y por primera providencia le pasaran por las armas.» Tales justicias, que dentro del convencionalismo de la religión militar así se nombran, disponíanse con sencillez suma, y con fría puntualidad y presteza se ejecutaban, como diligencia usual en los órdenes vulgares de la vida. Cortar bárbaramente la del que se conceptúa traidor, y que por la parte contraria resulta dechado de lealtad, quizás de heroica entereza, era en aquellos ejércitos acto tan sencillo como los ordinarios de carnicería ambulante: la matanza de ovejas, carneros ó bueyes para alimentarse.

Metieron, pues, al desgraciado Ulibarri en la sacristía de una ermita que está como á mitad del camino entre Miranda y Falces, y le dijeron: «Estése ahí un rato, D. Adrián. Le traeremos un cura del Cuartel Real, por-

que los nuestros van ya camino de Peralta.» Dijéronle esto con naturalidad y hasta con cortesía campechana, añadiendo: «Aquí dejamos un jarro de vino por si tiene sed, y un atado de cigarrillos.» Cerraron, y allí se quedó el pobre, rodeado de frias tinieblas, abrazado á sí mismo. Su grande espíritu se envolvía en la resignación, y agasajándose dentro de ella, anticipaba el tránsito doloroso. Lo que había de ser, que fuera pronto. Si él pudiera morirse por la fuerza concentrada de la voluntad, de buena gana lo haría, evitando á los enemigos el trabajo penoso de acribillar á balazos su corpachón robusto. Era muy grande, y duro de matar. Aunque no quería pensar en nada referente al cuerpo, pensaba sin poder remediarlo. El espíritu se echaba fuera de aquel envoltijo de la resignación, y al instante encontraba razones contra la sentencia que pronto le había de lanzar de este mundo. Malo, muy malo es este mundo; pero de tanto vivir en él, nos connaturalizamos con sus miserias y con todo el fárrago de desdichas que nos abruman. Si él fuera un hombre enfermo, muy bien le vendría el sistema de curación definitiva que se le estaba preparando; pero ¡por vida de las casualidades! era robusto, de salud á prueba de bomba, macizo y vigoroso, fabricado para burlar á la muerte hasta los noventa, y á la sazón andaba en los sesenta y dos.

En fin, pues Dios así lo había dispuesto (y Ulibarri creía firmemente que lo que le pa-



saba era por disposición divina), se abrazaba otra vez estrechamente á su resignación, buscando en lo íntimo de aquel abrigo la idea de un morir noble y cristiano. La sublimidad no es fácil comunmente; pero hombres del temple de Ulibarri saben realizar estos supremos imposibles.

Olvidado del tiempo, la víctima no se hacía cargo de que la habían encerrado á las cuatro de la madrugada: por momentos interrumpían su abstracción los ruidos externos, el pasar de carros, el vociferar de soldados y carreteros. Hasta creyó reconocer voces amigas en aquel tumulto, entre otras la voz de Iturralde, con quien había comido un cordero y probado el vino de la penúltima cosecha tres meses antes, en su finca de Berbinzana. Mandaba el tal la retaguardia en aquel aciago día, y á todo trance quería salir de Falces al romper de la aurora. Daba sus órdenes destempladamente, como hombre de genio muy vivo, que á todos quería comunicar su viveza; valiente, incansable, buena persona, excelente amigo en la paz, en la guerra indómito y sin entrañas. Considerando esto, á D. Adrián no le pasó por el pensamiento que el bueno de Iturralde podía concederle la vida. Conocía cómo las gastaba Zumalacarregui, y con qué inflexible severidad, razón indudable de sus éxitos, hacía cumplir sus determinaciones. A *D. Tomás* no le trataba; pero en Pamplona y en casa de la familia de unos parientes de su mujer (la de Ulibarri) había conocido á Doña Pancracia

Olla (la esposa del General), y á las niñas, que eran, por cierto, paliduchas y de pocas carnes. Las veía en las tinieblas de aquel fúnebre encierro, á la luz de su mente, cual si delante las tuviera.

Entró al fin en la estancia, por un alto ventanillo guarnecido de telarañas, la luz matinal, y con las primeras claridades entró por la puerta un hombre. Mejor será decir que le introdujeron como á la fuerza, cerrando después. Ulibarri había podido hacerse cargo de la estrechez de la prisión, ocupada en su mitad por trastos viejos de iglesia, restos de bancos, túmulos y retablos en ruinas, todo hecho pedazos y cubierto de polvo y telarañas. En el montón más bajo se había sentado el reo, bebiendo un trago de vino momentos antes de que penetrara el hombre cuya presencia se determinó por una escueta y larga proyección negra y un sonidillo de espuelas. Era indudablemente un clérigo, de alta estatura, que vestía balandrán abierto, y había venido á caballo. «Quizás en mula — pensó Ulibarri; — en mula, que es más propio.»

Frente á frente el uno del otro, el reo intentó decir la primera palabra; pero no acertando á formularla, aguardó silencioso, seguro de que el sacerdote, á quien correspondía decirlo, se despacharía muy á gusto de entrambos. Aumentada gradualmente la claridad, se fué dibujando la figura de Don Adrián Ulibarri, alto, casi giganteo, de proporcionada grosura, cabellos blancos, de

rostro grave y ceñudo, totalmente afeitado, tipo de rústico noble. Y como transcurrían lúgubres los segundos sin que el clérigo se arrancara con la fórmula religiosa del caso, el reo se impacientó, y la curiosidad y desasosiego le picaban extraordinariamente. Miró al otro; el otro no le miraba, y cruzadas las manos inclinaba al suelo su rostro, más que pálido, amarillo como cera de *requiem*. Entablóse un diálogo de suspiros, pues al hondísimo que exhaló el alcalde, contestó el clérigo con otro que más bien parecía el mugido de un buey en la antesala del matadero; y así, con este patético lenguaje, departieron un rato, hasta que Ulibarri, no pudiendo aguantar que prolongara su agonía el que aliviársela debiera, fué vencido de su genio impetuoso, y lanzó el terno habitual en sus labios, seguido de palabras de calurosa impaciencia.

Irguió por fin el clérigo su cuerpo encorvado, y llevándose las manos á la cabeza, soltó con voz opaca, enronquecida por emoción muy viva, estas singulares expresiones: «Sr. D. Adrián, me han traído para auxiliar á usted, y yo no puedo... ¿Para qué me han traído, si no puedo ni debo...? Bien sabe Dios que quisiera morirme en este instante, que debiera morirme en su presencia... Lo diré claro y pronto: soy José Fago.»

Oyó este nombre Ulibarri cual si fuera la descarga cerrada que debía cortar su existencia. Se había puesto en pie, dando un paso hacia el sacerdote, cuando éste con ta-

les aspavientos tomaba la palabra; pero el *yo soy José Fago* fué como un disparo que lanzó al infeliz reo contra el montón de madera rota, dejándole arrumbado en él, abierto de manos y piernas, la cabeza rebotando en la pared.

«Soy José Fago—repitió el otro encorvándose de nuevo hacia adelante y cruzando las manos;—y no está bien que quien ha ofendido á usted gravemente, ahora reciba su confesión. Este es un caso en que el malo no puede, no debe ser confesor del bueno... Tres años hace que no nos hemos visto, y en esos tres años, Sr. D. Adrián de mi alma, han pasado cosas que usted debe saber, para que no me crea peor de lo que soy; para que usted, hombre recto y puro, juzgue á este pecador, y...» Ahogado por el llanto, y sin que Ulibarri contestase palabra alguna, pues ni voz ni aun conocimiento parecía tener, Fago tomó aliento, y tragó mucha saliva antes de continuar sus doloridas lamentaciones.

«Dios que ve nuestras almas—dijo,—sabe que en este singular caso, el reo soy yo, y usted el sacerdote.»

Un bramido de Ulibarri indicaba, sin duda, su conformidad con declaración tan grave. Y el otro, cayendo de rodillas, como penitente cuyo corazón se despedaza, siguió: «El señor D. Adrián debe saber que este hombre sin ventura puso término á su existencia borrascosa abrazando, con pleno arrepentimiento de aquella vida, el estado eclesiásti-

co. Dos Padres de Veruela me acogieron moribundo de cuerpo, dañado del alma, y me curaron, enseñándome los caminos de Dios, contrarios á los del pecado, por donde yo venía. De Veruela pasé á Jaca, donde recibí enseñanza eclesiástica; de Jaca lleváronme á Oloron de Francia, y allí canté misa. Diferentes vicisitudes trajéronme luego á Fuenterrabía, y de allí á Oñate, donde continuaba mis estudios cuando sobrevino esta espantosa guerra. El Sr. Arespacochaga me tomó de capellán, y con él heme incorporado al Cuartel Real, al que sigo por obediencia y reconocimiento á mis favorecedores... Dios ha querido someterme á esta prueba durísima, poniendo mi conciencia, aún turbada, frente á la del hombre en quien reconozco las virtudes que yo no tuve. ¡Y me traen á auxiliarle en su muerte, á mí, que necesito del auxilio de su perdón para poder dar tranquilidad á mi vida tristísima! ¡Y me dicen: «confiésale, para que podamos matarle...» á mí, que en rigor de justicia debiera recibir de esas nobles manos la muerte; á mí, que no acierto á ejercer ahora mi carácter sacerdotal, pues antes de perdonar en nombre de Dios necesito que en nombre de Dios se me perdone...! Para esto, noble señor mío, es forzoso que yo declare y confiese mis delitos, anteriores á mi conversión, en aquellos días en que mi vida era toda libertinaje, escándalo, vergüenza... Y firme en mi conciencia, declaro que mi ceguedad me llevó á los mayores vilipendios. Yo, José Fago,



seduje y arrebaté del hogar paterno á la hija única de D. Adrián Ulibarri, ante quien depongo ahora todo el fárrago de mis culpas. Enamorado de *Saloma*, que así nombraban familiarmente á Salomé, y no pudiendo obtener de usted el consentimiento para casarme con ella, la hice mía con escándalo... Huímos á las Villas de Aragón, y de allí á tierra de Barbastro... Despues pasaron cosas que usted ignora, ó que sabe por noticias incompletas, lejanas, y yo he de decírselas ahora con sinceridad y contrición, como si hablara con Dios en el Tribunal de la Penitencia. Ahora es usted mi sacerdote... Oígame, D. Adrián.»

Más aterrado que curioso, en aquella inopinada fase de su agonía, el alcalde no remuzgaba. Su mano inquieta golpeaba un rimero de palitroques. Del montón de madera despedazada, caían por el suelo doradas astillas, trozos con cabecitas de ángel y florones churruiguerescos. Al propio tiempo el duro cráneo del reo golpeaba con ritmo lúgubre la pared, y el polvo ensuciaba su venerable canicie.

Y el penitente, humillando su rostro en el suelo, como si besar quisiera las frías baldosas, decía: «Mi carácter violento, mis hábitos de disolución, y el desorden de mi conducta, fueron causa de que, á los tres meses de aquella vida errante, *Saloma* y yo pareciéramos enemigos encarnizados más que amigos ó amantes. Una noche de Diciembre, la infeliz huyó de mi lado... No he vuelto



á verla más, ni á saber de ella... Entróme furor de encontrarla, que fué como la renovación del amor primero. Revolví toda la tierra de Barbastro, y luego las Cinco Villas buscándola. ¡Inútil!... Pasaba yo por loco, y en los pueblos se asustaban de verme. Allá me apedreaban, aquí me prendían. Fui de cárcel en cárcel: en Ejea de los Caballeros caí gravemente enfermo de calenturas, que me tuvieron un mes largo entre la vida y la muerte. Al revivir era idiota: no me acordaba de Saloma ni de cosa alguna. Pasé no sé cuánto tiempo en un muladar, y mis amigos eran los cerdos, y mi alimento lo que querían arrojarne unos aldeanos compasivos de Añosa de Torreseca... Pero de esta crisis salió no sé cómo la renovación de mi sér; en mí encendió el Señor un espíritu nuevo, y pude decir: «¡Oh, Dios! en Ti resucito, y te reconozco, y á Tí me entrego.» ¿Quién me llevó á Veruela? Una viejecita medio ciega que pedía limosna. Guiándonos el uno al otro por senderos y atajos, ella sin vista, extenuado yo y sin poder andar más que en jornadas cortísimas, llegamos por fin á la paz del monasterio, donde yo había de encontrar la salud del cuerpo y del alma... Lo demás, antes lo dije. No quiero cansarle, Don Adrián...»

En este punto abrióse la puerta, y una voz dijo: «¿Estamos ya?...» seguido de un refunfuño de impaciencia que, traducido al lenguaje, era poco más ó menos así: «¡Con qué calma lo toman!... En campaña, ¡re-

diós! hay que abreviar el Sacramento...» Y luego, en voz alta: «Que salimos, que nos vamos... Despachen de una vez.»

Levantóse Fago del suelo, y sin atender á las voces de fuera, porque el estado de su ánimo difícilmente se lo permitía, repitió la frase culminante de su confesión: «No he vuelto á saber de ella, D. Adrián... Créame-lo, que hablando con usted ahora, hablando estoy con el Dios que nos ha criado á todos, y que á todos ha de juzgarnos.» Algo quiso decir Ulibarri; pero la voz no le salía de la garganta, y su intención no era poderosa para sacarla á los labios. Lo que decir quiso era breve y tristísimo, palabras como éstas: «Tú no has vuelto á verla... yo tampoco...»

Sonaron con tal estrépito las voces en el exterior, que ambos hubieron de recaer violentamente en la realidad más inmediata, en la situación efectiva y palpable. José Fago se arrodilló ante D. Adrián, y posando sus manos respetuosamente sobre las rodillas de él, como las posaría sobre el ara sagrada, le dijo:

«En este supremo trance, nunca visto, señor y padre mío, yo me despojo de la autoridad que mi religión me da para perdonar los pecados, seguro de que Dios á usted la transfiere, haciendo del penitente el sacerdote. Hombre recto y cabal en todo tiempo, ahora es usted un santo. Ante el santo me humillo yo, y le pido perdón del agravio que le hice, pues no me basta haber descargado mi conciencia, en otras ocasiones, de los

errores de mi vida, confesándolos con amargura y dolor; no me basta, no: mi conciencia necesita ahora nuevo y definitivo descargo, reparación más eficaz que ninguna otra, y de usted espera mi alma la paz que aún no ha logrado, señor...» Levantóse Ulibarri con soberano esfuerzo, pues el hombre parecía moribundo, y soltó gravemente, con lentitud, estas patéticas expresiones: «José Fago, yo te perdono para que te perdone Dios... y me perdone también á mí.» Se abrazaron con efusión, y Fago le besó las mejillas, mojadas de lágrimas ardientes; le besó los cabellos blancos, y acarició el cráneo del infeliz alcalde de Miranda de Arga, que cinco minutos después era traspasado por cuatro balas de fusil á espaldas de la ermita.

## II

Bien sabe Dios que los que fusilaron al pobre Ulibarri hiciéronlo compadecidos y en extremo pesarosos, cumpliendo á regañadientes la inexorable Ordenanza, que arrancaba la vida á un hombre honrado, muy querido en el país, sin otra culpa que la tibieza que mostraba por la llamada legitimidad, y su amistad con Espoz y Mina, adhesión puramente personal y como de familia. El capitán encargado de la ejecución estaba páli-

do como un muerto; un soldado se echó á llorar; pero todos supieron cumplir su deber. Con esto, la retaguardia se puso en camino hacia Peralta con una veintena de carros, que cargaban vituallas tomadas en Falces. José Fago, llegándose al muerto, que yacía donde mismo había caído, dijo resueltamente: «Yo no me voy sin enterrarle. Si me dejan aquí, que me dejen. Iré solo al Cuartel Real, y nada me importa que me cojan los cristinos y hagan conmigo lo que habéis hecho vosotros con este santo varón.» Hablaba con dos carreteros y tres soldados del 5.º de Navarra, que de fijo le habrían ayudado, si pudieran, en la obra de misericordia. Algunos campesinos viejos, dos ó tres ancianas y bastantes chiquillos, formaban círculo de curiosidad compasiva en torno al cadáver. Entre aquella pobre gente hubo alguien que trajo un azadón y una pala de dos picos, que en el país llaman laya, y Fago no necesitó más para cavar la fosa. Las viejas le ayudaban con el azadón, y él se las componía con la laya, hincándola en tierra con el pie y levantando los duros terrones. Ahondando poco á poco, pues su fuerza muscular no era entonces mucha, las lágrimas le rodaban por las mejillas, y de la nariz y barba goteaban sobre el hoyo. Callaban todos; pero con las lágrimas del cavador creyérase que se exteriorizaba su pensamiento, y que estos decían lo que la boca no sabía ni podía decir... Y también pudiera creerse que los picos de la laya, al rasgar la

tierra y separarla blandamente, hablaban con ella, y que salían palabras tristes del rumorcillo del hierro entre los pelmazones de la dura arcilla. Era la misma confesión de antes, repetida, adicionada con nuevos conceptos y explicaciones que debieron decirse y no se dijeron: «Yo no abandoné á Saloma, como sin duda contaron malas lenguas. Fué ella quien á mí me abandonó, señor... y notoriamente lo hizo, movida del miedo que llegaron á inspirarla mis locuras... La culpa fué mía, y responsable soy de aquella desgracia... Yo la quería... la quise más cuando huyó de mí... ¡Ay! si me hubiera muerto entonces, como deseaba mientras iba en su busca, ardería en los Infiernos, pues mi alma era el depósito corrupto de todos los pecados mortales que es posible imaginar. Pero Dios quiso salvarme y sanarme en vida, y me sanó, ¡ay de mí! y, por fin, me ha sometido al purgatorio horrendo de hoy; á ese paso terrible del cual creo salir puro, Señor, enteramente redimido... enteramente sano...»

El hoyo no podía ser muy profundo, porque los carreteros daban prisa, no queriendo dejar rezagado al clérigo del Cuartel Real. Pusieron dentro de la tierra el cuerpo del alcalde, y rezando, Fago y las viejas iban echándole tierra encima. Cubrieron primero todo el cuerpo, que había quedado con alguna inclinación, el tronco más alto que los pies, y cuando ya no se vió más que el rostro, y las lívidas facciones iban desapare-

ciendo tras un velo de tierra, la emoción del capellán fué tan viva, que ni respirar podía ya, y habría caído redondo al suelo si no le sostuvieran dos mujeres del corro. Sin duda el rostro de Ulibarri le hablaba con tiernísimo acento de despedida... «D. Adrián de mi alma—dijo Fago con gemidos, pues las palabras no querían salir,—no la abandoné yo... sino ella á mí... por mi culpa, por mis maldades... Yo le aseguro que no he vuelto á verla...» Diciendo esto, era tal su afán, que habría dado su vida porque el rostro de Ulibarri le hablase, ó con un solo signo mudo le respondiese á esta pregunta: «¿Y usted ha vuelto á verla? ¿Sabe usted de Saloma?...» En estas horribles ansias del pensamiento y la voluntad, la cabeza del alcalde fué cubierta, y trabajando todos con ahinco, el hoyo quedó lleno, y cristianamente sepultada la víctima de las horribles leyes militares, obra maestra del Infierno. De rodillas rezó Fago sobre la sepultura, y cuando los carreteros le tiraban de los brazos para llevársele, les dijo con desvarío: «Debiera yo ahora convertirme, por divina sentencia, en cruz de piedra, para quedar aquí eternamente clavado sobre esta sepultura.» No creyéndose los otros obligados, por razón de su oficio militar, á permanecer afligidos después de enterrado el alcalde, tomaron á broma lo de la cruz, y como Fago se resistiese á seguirles, cogiéronle entre cuatro, y que quieras que no, á puñados le metieron en una de las galeras, entre sacos y pellejos. Tan turbado



estaba el pobre capellán, que apenas se dió cuenta de cómo le cogieron y embarcaron; ni oyó la gritería y los trallazos con que se puso en marcha la cola del ejército, para unirse al cuerpo del mismo, que ya había pasado el Arga por Peralta.

Dos guapos chicos aragoneses acompañaban á l'ago, tumbados sobre el cargamento de la galera: uno de ellos manco, el otro cojo, inútiles de la guerra y auxiliares de ella en aquel servicio de administración, por gusto y querencia de la campaña facciosa. Apenas echó á andar la galera, rompieron á cantar la graciosa rondalla, pues, en verdad, no veían ellos motivo alguno para estar tristes. Hechos á los espectáculos de muerte y á presenciar cuantas atrocidades caben en la fiereza humana, se habían impuesto un júbilo filosófico, la sazón más propia de la clase de vida que llevaban. A cada instante empinaban la bota, y compadecidos de su compañero de viaje, que tumbado iba de largo á largo, descompuesto el rostro, sin más señales de vida que los suspiros hondísimos con que á cada momento echaba el alma por la boca, le requirieron á que bebiese, sin conseguirlo; mas tanto puede la ruda cortesía aragonesa, que al fin, incorporándole uno, aplicándole el otro á los labios el pito de la bota, hubo de reconocer el macilento cura que era bueno meter en su estómago una corta porción de vino. Remediada con éste la extenuación de sus fuerzas, el hombre vió claro en sí mismo;



todo en él recobró vitalidad, cuerpo y alma, el pensamiento y la conciencia. Al poco rato, pidió que le diesen el zaque, y lo empinó pensando que era improcedente y hasta pecaminoso dejarse morir de tristeza é inanición. Avínose más adelante á comer un poco de pan y medio chorizo, y cuando llegaban á Peralta ya era otro hombre: sus facultades habían recobrado la franca lucidez de otros días; huyeron de su mente las monstruosas quimeras, y vió el trágico suceso de Ulibarri en sus proporciones efectivas, sin que por esta reversión á la realidad fuese menos vivo el dolor que aquel caso le producía. La franqueza hidalga de los dos chicos hubo de comunicársele, y platicaron de la guerra, del buen giro que tomaba para la causa, de la pericia del General, y del entusiasmo con que los pueblos recibían al Rey legítimo. De uno en otro tema, Fago hizo recaer la conversación en algo que tenazmente á su pensamiento se aferraba, y dijo á los muchachos:

«El acento baturro muy pronunciado declara que son ustedes de las Cinco Villas, quizás de Ejea de los Caballeros.

—No, señor—replicó el manco, jovencillo muy despierto, como de veinte años,—yo soy de Petilla, lugar de tierra de Sos, y éste es de Júnez, cuatro leguas de mi pueblo. Los dos nos venimos á la faición el mes de Mayo, y lo mismico fué entrar yo en este sirvicio, que me lisiaron en la aición de Muez... ya sabe... y me quedé inútil; pero

tanto gusto le tomé á la guerra, que no vuelvo á mi casa hasta que se acabe, si se acaba algún día, y ha de ser cuando arreeemos al Rey hasta los mismos Madriles.

—Yo estuve en la cuchipanda de San Fausto, pues, en el mes de Agosto...—dijo el otro.—Maté más cristinos que pelos tengo en la cabeza... Pero en Viana, el 3 de Septiembre, ya sabe... me atizaron un tanga-nazo en la pierna, y aquí me tiene en la impedimenta, que es muy aburría... En cuanto pueda me vuelvo á mi casa, donde hago más falta que aquí, ridiós... A la guerra le llama á uno el gustico que da, pero también llama la casa, y el aquél de la paz...»

El otro cantaba con voz agudísima y vibrante:

Navarrito, navarrito,  
no seas tan fanfarrón.  
que los cuartos de Navarra  
no pasan en Aragón.

De confianza en confianza, el clérigo aceptó también un cigarro; y empezando á chupar, habló así con sus compañeros de viaje: «Amigos míos, yo les agradecería mucho que me dijese si en algún lugar de las Villas de Aragón habían conocido á una tal Saloma, ó Salomé, que de ambos modos se la llamaba... natural de Miranda de Arga...

—¿Saloma?... ¿Era por casualidad tuerta del derecho?

—Hombre, no; que Dios puso en su cara dos ojos negros, hermosísimos...

—¿Baja de cuerpo y algo cargadica de espaldas?

—Quita allá. No ha nacido cuerpo más gallardo: ni grande ni chico, ni gordo ni flaco, bien repartido de hueso y músculo... ¿Queréis más señas? El habla dulce, el mirar sereno y un poquito triste, cara oval, manos un tanto curtidas, pero de buena forma. Os pregunto si recordáis haberla visto, porque ignoro si vive ó muere, y la persona que podía informarme de su destino no se hallaba en situación para referir cosas de este jaez. Me interesa saberlo por puro interés de conciencia, pues si me aseguran que murió, rezaré todos los días de mi vida por su eterno descanso; y si llegara á mi noticia que vive, evitaría cuidadosamente el topár con ella, y pediría á Dios en mis oraciones que la hiciese buena y feliz. Os lo digo con absoluta sinceridad, porque tenéis buen fondo, sois honrados y sentiréis la rectitud con que os hablo de estas cosas.»

Procuraron hacer memoria los baturros; mas ninguno de los dos pudo dar referencia exacta de la descarriada moza, y comprendiendo Fago que no era discreto tratar de aquel asunto con gente inferior, recogió sus ideas, las cuales, aun después de confortado el cerebro con el corto alimento, permanecían dispersas. Ejerció presión de voluntad sobre sí, y se dijo: «Serénate, hijo, y mira bien el hábito que vistes, y la medida á que estás obligado por tu ministerio. El caso inaudito de D. Adrián Ulibarri te ha tras-

tornado la cabeza, y ya es hora de que vuelvas al estado de perfecto reposo espiritual en que la oración, el estudio y una vida ordenada y pura te pusieron... Medita y calla.

### III

Cerca ya de Peralta, los disparos que oyeron y la columna de negro humo que del pueblo salía, enroscándose, pausada y lúgubre, les anunciaron que Zumalacarregui había mandado atacar el fuerte defendido por los urbanos. Si tenaces y fieros eran los sitiadores, no les iban en zaga los de dentro, mandados por un tal Iracheta, de casta de leones. Ansioso de ver de cerca el combate, saltó Fago de la galera y adelantóse al pueblo. Sentía inexplicable comezón de impresiones trágicas, y anhelo de ver escenas en que el furor de los hombres con toda fuerza se desplegara. Y sin darse cuenta de lo mal que cuadraba esta querencia con su anterior propósito de recobrar la quietud del alma, obra del estudio y la oración, su mente, no bien curada aún de la fiebre poemática, ansiaba el espectáculo de la historia viva, de la página contemplada antes de perder en las manos del artífice historiador el encanto de la realidad.

No pudo aproximarse al lugar donde habían el cobre, porque el pueblo estaba circundado de tropas, que no dejaban fácilmente espacio á los curiosos. De adobes eran las casas de Peralta, frágiles y esponjosas, edificadas sobre terreno desigual. En la joroba del centro, más alta que las demás, alzábase la iglesia, de sillería, convertida en fuerte desde el mando de Rodil; sólida y robusta posición que aquel día hicieron inexpugnable unos cuantos urbanos con su increíble tesón. El bueno de Fago pudo observar que, dueños los facciosos de toda la parte baja del pueblo, sacaban de las casas cuanto podía servirles para reforzar los parapetos en derredor de la iglesia, y tal acopio de colchones hicieron, que no debía quedar uno para muestra. Por una callejuela enfilada al centro, Fago veía movibles figuras tiznadas; los tiros sonaban continuamente, sin que se sintiera ese rumor extraño que indica victoria ó esperanzas de ella; voces de mando llegaban hasta afuera, airadas, blasfemantes. Por fin, como nada sacara en limpio de su figoneo por los contornos de la acción bélica, y además se sintiera cansado y algo aburrido, alejóse hacia el campo, donde había tropas que estaban mano sobre mano. Allí oyó decir: «Nada se conseguirá sin artillería. Es perder vidas y tiempo.» Más allá los soldados de Villarreal mostraban hastío, impaciencia de que el General dispusiera levantar el sitio de Peralta, que llevaba traza de interminable. No tardó el cu-

rita en participar del aburrimiento de la tropa, y en verdad que aquella página militar no le resultaba interesante y quería volverla pronto, imaginando hallar en la siguiente asunto menos fastidioso. Un capellán del 7.º, que le conocía de Oñate, agregóse á él en busca de palique, obsequiándole al propio tiempo con una substanciosa merienda. Comieron y bebieron en una venta, pasado el puente sobre el Arga, camino de Marcilla, y luego platicaron de guerra y política todo lo que les dió la gana, viendo de lejos las humaredas pavorosas. Era el capellán en extremo hablador, con lo que se dice que era pequeñuelo, vivaracho y de corta nariz. Presumía de gran estratégico, y no reconocía en artes de guerra más superioridad que la del General de la causa. «Don Tomás me dispense—decía;—pero estamos perdiendo un tiempo precioso. Y ha de saber usted, amigo Fago, que este D. Fermín Iracheta que manda los urbanos es uno de los hombres más templados de Navarra. Amigo es de nuestro General, y conociéndose, como se conocen, están ahí jugando á cuál es más bravo y terco. Había usted de ver las comunicaciones que se cruzaron esta mañana entre Zumalacarregui y el jefe de los urbanos: «Fermín, que te rindas.» Y el otro: «Tomás, no me da la gana...» «Fermín, que vas á morir abrasado...» «Tomás, bonita muerte con el frío que hace...» Y tiros van, tiros vienen; pero lo que es el fuerte no se rinde... ¿Y quién creará usted que llevaba del fuerte



á los parapetos y viceversa los papelitos con el *ríndete* y el *no me rindo*? Pues una vieja del pueblo, la cual fué ama de cría de Iracheta, loba navarra que dió la teta á ese nuevo Rómulo. En la plaza había usted de verla esta tarde vociferando delante del General, con estas expresiones: «Váyase de aquí, D. Tomás, qué ese tiene la cabeza muy dura.»

Ya iba fijando Fago su atención en el suceso de Peralta, que tan insignificante le había parecido, y acabó de interesarse en él oyendo contar á su colega Ibarburu, que así se llamaba el capellancito, el estupendo ardid ideado por el sitiador para quebrantar la entereza del valeroso caudillo de los urbanos. «Sepa usted que la esposa de Iracheta fué llevada esta tarde al pie del muro, y rompiendo á llorar se puso á gritarle: «Ríndete, Fermín, ríndete, que si no pegarán fuego á la iglesia y pereceréis todos achicharrados...» Y él ¿qué hizo? Asomar por una de las ventanas y decirle: «O te quitas de ahí ahora mismo, puerca, y te vas á casa, ó hacemos fuego sobre ti. Fermín Iracheta sabe morir; pero no sabe deshonorarse.» ¿Qué tal?... Con hombres de esta fibra, ¿no podríamos conquistar el mundo? Lástima que Iracheta no sea de los nuestros. Pero lo será. La causa conquista poco á poco el suelo y los corazones: vamos al triunfo de Dios y del Rey; pero pronto, prontito... La fruta está madura. La caterva cristina no espera más que una buena coyuntura para venirse acá.



Se le conoce en la manera de combatir. ¿Quiere usted que le diga mi opinión con toda franqueza? Pues ya debemos soltar los andadores; más claro, ya no nos hace falta el arrimo de los montes navarros. Al llano, señores. A pasar pronto ese gran Ebro, famoso entre los ríos; á Miranda, ó más seguro, á Ezcaray y Pradoluengo, para proveernos de paños, y cacer de allí sobre Burgos como la maza de Fraga. Una vez en Burgos, las Potencias nos reconocen, y á Madrid con los faroles.»

Oyendo estas cosas, Fago meditaba mirando al suelo, y momentos después, mientras Ibarburu, infatigable charlador, pegaba la hebra con unos militares que entraron á refrescar, sintió un sueño intensísimo, como hombre que ya llevaba unas treinta horas sin dormir: arrojándose al ángulo en que se juntaban los asientos, apoyó la cabeza en la pared, y se quedó dormido con la boca abierta. Su sueño febril era como esos monólogos cerebrales en que ovillamos y desovillamos una idea; monólogo en el cual Fago se reconocía también estratégico, pues tenía el sentido geográfico, ó de las distancias y diferencias de altura entre los terrenos. Sin haberlo estudiado, conocía la importancia y valor de los ríos y los montes, de las divisorias y sus puertos, que permiten comunicar una con otra cuenca. Y asociando con estas ideas teóricas su conocimiento práctico de diferentes territorios, recorría mentalmente la Canal de Berdún, que cono-

cía palmo á palmo; el puerto de Loarre, que separa las aguas del Gállego de las del Cinca, los valles de Hecho y Ansó en la montaña, y en tierra baja las Cinco Villas de Aragón, de reseco y quebrado suelo, surcado por ríos míseros en verano, y en invierno torrenciales... Al recargarse el sueño, se le confundían estas nociones geográficas con sus recuerdos del país vasco, los valles profundos del Urola, Deva y Oria, las eminencias de Elosua y Pagochaeta, junto á Azpeitia, y en la vecindad de Oñate, las sierras de Elguea y Aranzazu. Peñas y corrientes de agua rondaban por su cerebro, juntamente con subidas y bajadas, y mucho ir y venir de hombres presurosos... En esto, le despertaron tirándole de los pies, y oyó toques de tambor y cornetas, ruido de marcha, gran rebullicio de gente.

Salió á la puerta del parador, restregándose los ojos. Era noche oscura, alumbrada por los fulgores siniestros de Peralta, que ardía por entero. Levantado el sitio del fuerte, por ser los urbanos y su jefe Iracheta muy duros de pelar, los facciosos anegaron el suelo soltando las cubas de vino en todas las bodegas, y se dirigieron presurosos á Villafranca, donde también había fuerte y urbanos. Desfilaban ordenadamente los batallones, cuando el clérigo triste salió al camino, y se entregó á la corriente humana, marchando maquinalmente al paso de la tropa, sin preguntar á dónde iba. Toda la noche anduvieron á regular paso, y al ama-

necer pasaban el Aragón por Marcilla. En este pueblo, tomando la mañana, topó Fago otra vez con su amigo Ibarburu, el capellán hablador, y por él supo que en Villafranca se esperaba una reñida pelea con la guarnición cristina. Se decía también que salía de Pamplona un cuerpo de ejército para provocar á Zumalacarregui á batalla campal en la Solana, al retirarse de la Ribera.

Dudó Fago si incorporarse al Cuartel Real, que sólo estaba á dos leguas de aquel pueblo, ó seguir perdido entre el ejército de Zumalacarregui. Aún no había visto al afamado guerrero, al organizador genial que de gavillas indisciplinadas hizo formidables batallones; al que con su extraordinaria pericia había tenido en jaque á las tropas de la Reina, mandadas primero por Sarsfield, después por Quesada y últimamente por Rodil. En la mente del clérigo, la figura del héroe de aquella guerra se agigantaba de tal modo, que con su anhelo de verle de cerca y hablarle y oírle, se confundía el temor de que tan grande y gloriosa figura se le deslustrara al pasar de la ilusión á la verdad. En Villafranca quedó satisfecha su ardiente curiosidad, en la ocasión y forma que se verá después.

## IV

Los urbanos ó cívicos (que de entrambos modos se les llamaba) defensores de Villafrauca, no eran menos templados que los del otro pueblo, y como allá, se encastillaron en la iglesia, el único edificio sólido y fuerte de la villa, la cual parecía de barro y yesca, como la tierra circundante. Los carlistas situaron á la puerta del templo los dos únicos cañoncitos que llevaban, y batiéronla y se hicieron dueños de ella. Replegarónse los urbanos en la torre, de robusta construcción, y con ellos se encerraron sus hijos y mujeres. Debe advertirse que si en el vecindario dominaba la opinión facciosa, no eran pocos los cristinos furibundos; y enconadas las pasiones, el sexo femenino, con su locuaz vehemencia, exaltaba el ánimo de los hombres y les hacía sanguinarios y feroces. Al encastillarse con sus maridos en la torre, las *urbanas*, antes que por un móvil heroico, hacíanlo por miedo á las uñas y á las lenguas de las mujeres del otro bando.

Ganada la iglesia por los facciosos, resolvieron pegarle fuego. Los lugares sagrados, mediante una breve salvedad de conciencia, caen también dentro del fuero de guerra, y los militares atan y desatan al demonio se-

gún les conviene. Hacinaron bancos, túmulos y confesonarios; metieron mucha paja, y poco después las imágenes se veían envueltas en humo que no era de incienso. Antes se había cuidado de poner á salvo las Sagradas Formas, que llevaron á la ermita de Santa Ana, sin que en ello prestara ayuda el bueno de Fago, el cual, atónito, presenciaba cosas tan extrañas y nunca vistas. Impávidos en la elevada torre, los cívicos hacían fuego certero desde el campanario; tenían municiones abundantes y los víveres precisos para resistir; apuntaban bien, y mataban todo lo que podían. Vino la noche, y como el fuego de la iglesia no cundiese con rapidez, metieron los sitiadores más paja, atizaron de firme, y el altar mayor, que era un armatoste grandísimo y muy apropiado á la propagación del incendio, llevó las llamas á la techumbre. Por fuera, gudejas de humo negro y espesísimo coronaban el caballete, enroscándose, por causa del viento, en dirección opuesta á la torre, lo que daba algún respiro á los urbanos. Y el tiroteo no cesaba. La claridad del incendio permitió á los sitiados hacer puntería, y con las balas salían del campanario apóstrofes injuriosos, y cuchufletas impropias de la gravedad de la contienda. Las mujeres chillaban más que los hombres.

Durante la noche ardió parte del tejado y el tramo superior de la escalera del campanario, la cual era exenta y se apoyaba en el caballete, quedando así incomunicados los



cívicos y sus mujeres y chiquillos; mas no por eso menos decididos á defenderse á todo trance. Lo peor fué que el humo, penetrando en la torre por diferentes huecos, les molestaba más de lo que quisieran; á media noche parlamentaron con los sitiadores por un ventanucho ojival, distante como doce varas del suelo, y reiterando el propósito de no rendirse, pidieron al General consintiese la salida de las mujeres y niños, que no merecían correr la triste suerte de los hombres. Oyó esta propuesta Zaratiegui, que al pie de la torre vino con tal objeto, y al punto fué á ver al Jefe, alojado en la Rectoral, y que, según se dijo, estaba pasando una noche de perros, molestado por el mal de orina que aquejarle solía. Con la respuesta consoladora de que se salvase á las mujeres, volvió Zaratiegui al poco rato; pero como el fuego había devorado la escalera superior, y los sitiados no tenían escalas ni cosa semejante, se discurrió suministrarles medios de salvamento. Toda la madrugada duró el trajín para reunir sogas, y hacer con ellas y palitroques escalas de bastante resistencia para el objeto, y no hay que decir que esta operación fué como un paréntesis de esparcimiento y jovialidad en la cruelísima lucha. Fago ayudaba en aquella faena con gran celo y actividad, y sus manos encallecieron de tanto hacer nudos con ásperos cáñamos. El fué el primero que, encaramado en los hombros de un gastador, y valiéndose de una larga percha, alargó el rollo de cuerda,



para que lo cogiese la mano flaca, perteneciente á un enjuto y tizado brazo, que se estiraba en la ventana ojival. Dueños ya de una sogá, los sitiados subieron con ella las escalas y todo el aparejo necesario para el salvamento.

Habríale gustado á Fago encontrarse arriba para prestar su concurso en el difícilísimo y peligroso descendimiento; se le ocurrían advertencias de aparejador mañoso, y haciendo bocina con sus manos, gritaba: «¿Tenéis un madero fuerte?... ¿No?... Pues asegurad la cuerda en el pivote de las campanas, no en la barandilla, que parece endeble... Sujetad á las mujeres con cuerdas por bajo de los sobacos, y retenedlas á medida que vayan bajando...» Prolongóse la tregua hasta la mañana para que tuvieran tiempo los sitiados de disponer lo conveniente, y los facciosos, luego que retiraron sus heridos y muertos, descansaban, confiados en que tras de las mujeres se descolgarían los hombres, rindiéndose á discreción. Era gran locura ó necedad obstinarse en la resistencia, rodeados de llamas y humo, sin esperanza de que vinieran tropas de Pamplona á socorrerles. En esta confianza, no se curaban de atizar el fuego, que parecía encalmado después de media noche por la quietud del aire. A lo largo del caballete corrían llamitas fantásticas, graciosas, en algunos puntos humorísticas, que hacían mil figuras, signos de un lenguaje luminoso, semejante al dulce platicar de los tizones de una chimenea. A

ratos, avivada la lumbre por una racha de viento, alumbraba con siniestro resplandor la plaza y calles circunstantes, enrojeciendo las fachadas de las viviendas y las caras de los soldados. El pueblo no dormía; todos los vecinos estaban en la calle, mirando á la torre, aún entera, erguida, arrogante en medio de tanta desolación, despertando el interés de los seres vivos, que tienen alma. Callaban sus campanas; pero todo en ella era rostro y muda expresión, que decía: yo vivo, yo pienso, yo padezco.

Al despuntar el día, se intimó desde abajo que despacharan pronto, y comenzaron á reunirse gentes diversas en los sitios más próximos á la torre. Zaratiegui mandó que no se permitiera acercarse á las mujeres; pero éstas, en fuerte pelotón, gravitaron sobre la línea de soldados, y convencidos estos de que *no se podía con ellas*, dejáronlas llegar á donde quisieron. Conviniendo mucho á la facción contemporizar con el vecindario de los pueblos adictos y aun halagar sus pasiones, se toleraba á *las mujeres de la causa* todos los alborotos, chillidos y escandaleras que no perjudicasen á la moral del soldado; moral militar se entiende, que de la otra no tenía por qué cuidarse la Ordenanza. No bien empezó la operación de descolgar las hembras y criaturas, la muchedumbre no pudo contener su inquietud. Las mujeres de los urbanos no eran bien miradas en el pueblo. Rivalidades de familia, que la feroz política exacerbaba, produjeron excisiones, conti-

nuas querellas, habladurías. La *Eulana*, por ser *cívica*; había llegado á tener mal concepto entre sus convecinas. La *Zutana*, carlista furibunda, era motejada entre el bello sexo *urbano* del modo más cruel. Así es la política, en las aldeas como en las ciudades populosas. El día anterior, las hembras encerradas con sus maridos en la torre, mientras éstos hacían fuego, insultaban á las facciosas. «Ya sabes dónde te has puesto, bribona—les contestaban éstas, chillando desaforadamente.—Abajo eras carraca, y arriba campana. No voltees mucho, que puedes caerte...» Y como las bravatas de las *urbanas* terminaron pidiendo misericordia, y se les permitió el descenso, que era como concederles la vida, al comenzar el acto caritativo, las *señoras de la causa* no pudieron contener su inquina, y allí fué el cantarles el *Trágala* y el ponerlas de oro y azul. Bajaron primero tres niños: los de arriba poníanles cuidadosamente en los últimos peldaños de la escala, y eran recogidos por soldados, que trepaban cuidadosamente para esta operación. El descenso se hacía paso á paso, presenciado con ansiedad por unos y otros. Llegaron á tierra felizmente los chiquillos, y fueron auxiliados al punto de ropa y comida, pues se hallaban ateridos y muertecitos de hambre. Al descender la primera *urbana*, la muchedumbre la saludó con aullidos de burla, por ser la que el día anterior con más desvergüenza injuriaba á los facciosos. «Anda, gran púa, saltamontes... ya

ves cómo te perdonamos... Merecías colgar ahorcada, y te descolgamos con vida...» La segunda, que era de libras, fué asegurada con una cuerda por debajo de los sobacos, y así la iban aguantando en el penoso descenso por si acaso faltaba la escala. «Anda, anda, y no te tapes, descaradota. ¡Tapujos ahora, si cuando debías taparte no lo hiciste!... ¡Miren que salir ahora con vergüenzas!... ¿Vergüenza tú?»

En esto ocurrió un incidente que excitó más los ánimos, y en un tris estuvo que se malograra la difícil operación de salvamento. Un soldado llamado Díaz, natural de Lerín, mozo de mucha viveza y travesura, que ayudaba en el trajín de las escalas, se pasó de un brinco á la parte de tejado que aún se conservaba libre del fuego, y se aproximó al boquete de la destruída escalera de la torre, el cual los sitiados habían tapado malamente con cascote y maderas. Creyeron, sin duda, los urbanos que se trataba de atizar candela por el interior de la torre, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, ínterin descendían trabajosamente las hembras, hicieron fuego sobre Díaz, y le hirieron en la paletilla. No hay para qué decir que se armó gran tumulto, y que la falta ó ligereza de los sitiados por poco la pagan con su vida las tres pobres mujeres que en aquel momento descendían, hallándose una á pocos pasos del suelo, otra á mitad del espacio, y la tercera arriba, tratando de afianzar sus pies para descender. Si no contienen á

las mujeronas *de la causa* que al pie de la torre chillaban, fácil hubiera sido que éstas rompieran la cuerda y que se estrellaran dos por lo menos de las tres infelices que estaban en el aire. La agitación era grande; el de Lerín bajó rápidamente con el hombro ensangrentado; las *cívicas* de la torre lloraban afligidas; las otras las insultaban: gritaban todos. Algunos querían matarlas, para castigar en ellas la increíble torpeza de los urbanos que así rompían la tregua, y respondían tan indignamente á la generosidad con que se les había concedido la vida de sus esposas. Se avisó al General en jefe, y pronto cundió entre la muchedumbre la voz: «¡Ya viene, ya viene!...» Los soldados, á culatazo limpio, quisieron despejar, y se arremolinó el mujerío procaz; pero al fin, donde menos parecía que pudiera abrirse un hueco, el hueco se abrió, y este hueco en la masa humana lo fué aumentando la tropa por el procedimiento sencillísimo de arrear golpes á diestro y siniestro, sin reparar en pechos, espaldas ni barrigas, hasta formar como una plazaleta vacía de gente. Esto no bastaba, y continuaron rompiendo calle por entre el apretado gentío, hasta comunicar con la casa del cura, donde se alojaba el General de los ejércitos de Carlos V. Consta que el héroe, hallándose frente á la ventana de su habitación, ocupado en cosa tan vulgar como afeitarse, veía descender las hembras por la escala, y al oír el tiro y la algazara que se produjo, apresuró la operación barbe-



ril, en la que comunmente perdía muy poco de su precioso tiempo, y todavía con algo de jabón pegado á las orejas, poniéndose la zamarra y abrochándose los cordones, salió á la salita próxima, donde le aguardaban su ayudante Plaza, dos ó tres notables del pueblo y el cura D. Fabricio, que aunque furibundo sectario de la legitimidad, no se consolaba del incendio y destrucción de su querida iglesia. Al entrar D. Tomás, el reverendo, dando un puñetazo en la mesa y apretando los dientes, decía: «¡*Guaidiós*, que esas *hi-de-porra*, malas *chandras*, tienen la culpa de todo! Yo que usted, mi General, yo, Fabricio Gallipienzo, en vez de colgar esa carne podrida afuera, la habría colgado dentro de la santísima iglesia, cuando ardían los santísimos altares, para que se les ahumaran bien los tocinos.»

## V

«Gracias á Dios—se dijo Fago,—que voy á ver á ese portento, el caudillo de los soldados de la Fe, el Macabeo redivivo.» Y poniéndose en el sitio que creía mejor, no quitaba los ojos del camino que debía traer el héroe, viniendo de la Rectoral. Rodeado, más bien seguido, de diversa gente militar,



paisana y eclesiástica, apareció Zumalacarrregui, andando con viveza, la boína azul de las comunes muy calada sobre el entrecejo, ceñidos los cordones de la zamarra, botas altas, en la mano un látigo. Le precedían dos perros de caza, blancos con lunares canelos, que olfateaban á los soldados y agradecían sus caricias. Era el General de aventajada estatura y regulares carnes, con un hombro más alto que otro. Por esto, y por su ligera inclinación hacia adelante, efecto sin duda de un padecimiento renal, no era su cuerpo tan garboso como debiera. En él clavó sus ojos Fago, examinándole bien la cara, y al pronto se desilusionó enteramente, pues se lo figuraba de facciones duras, abultadas y terroríficas, con hermosura semejante á la de algunas imágenes de la clase de tropa, como los guerreros bíblicos Aarón, Sansón y Josué. Como en aquel tiempo no circulaban retratos de celebridades, bien se explica que Fago no tuviese conocimiento de la estampa real del caudillo, el cual era un tipo melancólico, adusto, cara de sufrimiento y meditación. La firmeza de su voluntad se revelaba más en el trato que á la simple contemplación del rostro, y había que oírle expresar sus deseos, siempre en el tono de mandatos indiscutibles, para comprender su temple extraordinario de gobernador de hombres, de amasador de voluntades dentro del férreo puño de la suya.

Con tan intensa atención le miraba el bueno de Fago, que si en aquel punto dejase de

verle, nunca más olvidaría el rostro enjuto y tostado, la nariz fina, bien cortada y picuda, el entrecejo melancólico, el bigote negro, que enlazaba con las patillitas recortadas desde la oreja, el maxilar duro y bien marcado bajo la piel. Su voz era un tanto velada; el mirar grave, sin fiereza en aquel momento. Después de cambiar algunas palabras con Zaratiegui y otros que allí mandaban, llegóse á las *urbanas*, que acababan de poner el pie en tierra, y arreó á cada una un par de latigazos, diciéndoles iracundo: «Bribonas, por culpa vuestra perecerán esos desgraciados... Y ya veis cómo corresponden á mi generosidad. ¿Qué demonios hacíais vosotros en la torre, ni qué teníais que pintar arriba, condenadas? Y si yo mandase fusilar ahora mismo á la que no acreditara ser esposa, hija ó hermana de algún *urbano*, ¿qué diríais? á ver, ¿qué diríais?» No decían nada las pobrecitas: tal era su terror. Y por contra del discurso, ¡zas! otro par de latigazos á cada una, agraciando también á la que en aquel momento ponía el pie en tierra. Con aclamaciones y vítores acogió la multitud las palabras y el hecho del General, que por tales medios halagar quería las pasiones populares, movido de un fin político. En aquella terrible guerra, más que ganar batallas, urgía sostener el tesón de la causa, y esto no se lograba sino aboliendo en absoluto toda compasión delante de los sectarios; tratando con crueldad al enemigo fuerte, con menosprecio al débil, para que cundiese y

se afianzase la idea de que el *cristino* era forzosamente, por naturaleza, un sér inferior, abyecto, indigno hasta de las consideraciones más elementales. Sólo así se formaba un partido viril, duro, resistente á toda adversidad. Para poder lanzar confiadamente las masas de hombres á combates desesperados, era forzoso encender en ellos sentimientos de implacable furor, los cuales debían tomar cebo y substancia de los odios femeniles. El genio de Zumalacarregui veía este resorte, por muchos inapreciable, del mecanismo de la guerra, y quería producir la ferocidad del varón con las pasioncillas villanas de la hembra. Azotó á las mujeres de los urbanos, no por gusto de maltratar inhumanamente á seres indefensos, sino por contentar á las otras, á las furias chillonas de la causa, que sostenían con su procacidad la exaltación populachera, fermento necesario en las guerras civiles.

No comprendiendo esta trastienda política el aturdido Fago, al ver el bárbaro tratamiento que el General daba á las pobres mujeres, la indignación hizo vibrar todos sus nervios, y apretó los dientes, y se clavó los dedos de una mano en otra, movido de su natural corajudo, que se sobreponía en ocasiones como aquélla, sin poder remediarlo, á la mausedumbre propia del estado eclesiástico. Olvidado de la Orden que profesaba, de buena gana habría salido del ruedo, y acometiendo al orgulloso caudillo, le habría dado un par de morradas buenas, pero bue-

nas, de las que él sabía y solía dar en sus tiempos de seglar levantisco y pendenciero. Pero ello no fué más que un fugaz estímulo, que logró dominar al punto, y para mejor apartar de sí ideas tan peligrosas en aquellos momentos, trató de alejarse y dar una vuelta solo por las inmediaciones del desgraciado pueblo. No lo hizo, porque cuando rompía trabajosamente por entre la multitud, oyó estas voces, que le dejaron helado: «Ahora bajan á la última que quedaba... Saloma... la gallarda Saloma...»

Creyó que aquellas voces y aquel nombre habíanlos pronunciado todos los demonios del Infierno, difundidos invisibles por los aires, y volvió á donde estaba, y oyó nueva algazara de mujeres chillonas... y mirando para arriba, vió un bulto, una mujer con la cara tapada... Dudoso estuvo entre huir campos afuera, ó quedarse para ver la hembra descolgada, á quien el pueblo, bullicioso, nombraba y denostaba al propio tiempo, juntando el nombre y los insultos. ¡Dios poderoso! lo que sufrió el hombre en breves momentos no es para referido. Bajaron á la moza, y si cuando se aproximaba al suelo, descubierto ya su rostro, pudo creer por un instante que era la hija del infortunado Ulibarri, al verla de cerca la reconoció como absolutamente distinta: aunque hermosa, como aquélla, no se le parecía ni en las facciones ni en el color del rostro. Vamos, que era otra Saloma. El hombre dió gracias á Dios con toda su alma, pues verdaderamen-

te, si hubiera resultado la Saloma de su historia, difícilillo le habría sido contenerse viéndola de tal modo escarnecida é insultada.

El General se había vuelto á su alojamiento; el que mandaba la tropa al pie de la torre, ordenó que no se hiciese daño á las pobres *urbanas*, y las familias de éstas, con la timidez natural de quien se siente minoría en el pueblo y se halla bajo la presión moral de masas irritadas y vencedoras, las auxiliaban con ropas y alimentos.

Mandaron despejar, y las *urbanas* y sus hijos retiráronse en compañía de algunos vecinos notados de *cristinismo*; las unas, absolutamente decaídas de espíritu, lloraban sin consuelo; las otras, bravas é iracundas, enronquecían de tanto gritar contra la facción y su insolente General, y todas creían perdidos á los bravos defensores de la torre si no se entregaban pronto y sin condiciones. Compadecido de aquellas infelices, Fago las siguió al través de las tortuosas calles, hasta que acamparon en los últimos corrales del pueblo, ó en medio de las eras, temerosas siempre de ser atropelladas. Pero no querían ausentarse de Villafranca sin conocer la suerte de sus infelices maridos, hermanos ó lo que fuesen, que sobre esto había dudas. Tratando Fago de inquirir con buenos modos el verdadero parentesco de las azotadas heroínas con los héroes de la torre, entabló coloquio con la llamada Saloma, cuyas facciones no se hartaba de examinar



para cerciorarse de su desemejanza con las de la extraviada hija de Ulibarri, y ella, que desde los primeros momentos dió á conocer su desahogada condición, nó tardó en franquearse con él en esta forma: «Yo, señor, no soy mujer de naide, aunque no es por culpa mía, que bien quise y bien quisieron mis padres darme marido por la Iglesia santísima. Huérfana quedé á los veinte años, y me engañó, ya digo, un tal *Seladiz*, que en la faición está, malos truenos le confundan, y era alpargatero en mi pueblo, que llaman Borja, para servir á usted.

—Lo conozco—dijo Fago,—y sé que sus habitantes no son los menos brutos ni los menos nobles de Aragón.

—Dispénsese, señor: usted es de iglesia.

—Efectivamente: soy sacerdote.

—Se le conoce en lo *aflegidico*... Los hay de dos clases: los *aflegidicos*, que son los buenos, y los de pelo en pecho, que mataban franceses en la otra guerra, y ahora salen contra los pobres *cuscos*... Pues, señor, si quiere que le diga lo que hay tocante á mí, lo primero, ya digo, es que después que me plantó *Sedaliz* en mitad de la calle, dejándome con lo puesto, me amparó uno que le llamaban *Comecome*, de junto á la Huecha; mas como era casado, le dejé, ya digo, porque á honradez podrán ganarme, pero á conciencia no... y me fuí á Zaragoza, donde hablé con un chicarrón de infantería de la Guardia Real, ya sabe, los primeros que vinieron hace dos años á sofocar la faición,



lo cual que no la sofocaron. Era el tal de junto á Tarazona, bueno como el pan; pero muy cuitadico, en fin, de *los que no encuentran agua en el Ebro*. Con su casaca abrochadica, el correa en cruz, y la gorra de pelo con la chapa, estaba como un sol. A los de la Guardia se les llamó entonces *guiris* porque llevaban tres letras, G. R. I., en la gorra y en la cartuchera, y *guiris* se les llama todavía. Pues, ya digo, aquél y yo contábamos casarnos cuando acabara el servicio... era un pedazo de animal como los ángeles... Pasó el Cuerpo á Logroño, y yo detrás del Cuerpo... Mandaba el general Lorenzo... Siguió el Cuerpo á Navarra al mando del general Rodil... yo no podía menos de ir detrás del Cuerpo, donde tenía mi alma... ¡Ay! ya digo, se me parte el corazón cuando lo cuento. En la acción de Artaza me le mataron... ¡pobre *maño*, rico mío! Le ví cadáver, arrimado á una peña, que parecía dormidico... Estuve mala de la desazón, y me acogieron unos vecinos de Abarzuza. No le puedo contar, porque es cosa larga, cómo vine á parar á Funes, orilla de este pueblo, donde hice conocimiento con Pascual Muruve, por mote *Mediagorra*, que es uno de los *urbanos* de más calzones que tiene usted en la torre, y allí se batirá hasta dar las boqueadas, porque, ya digo, es muy entero, y él sabe que por ser tan bravo hablo con él, que si no no hablaba.»

A este punto llegaba la moza de su relación, cuando oyeron gran tiroteo y vieron au-

mentada la humareda que envolvía la iglesia.

«Padrico del alma—dijo una de las más afligidas, llamada Claudia, que era mujer legítima de un urbano,—lléguese á ver qué pasa...

—Por lo visto—replicó Fago,—se han roto las hostilidades, y creo que los señores cívicos lo pasarán mal.

—Son tercós, y morirán antes de rendirse,—observó otra llorando, pero sin perder la entereza.

—Mosén, vea lo que hay, y venga después á contárnoslo—indicó una tercera.—Si les dan cuartel, deberían rendirse, que harto han hecho ya por la bandera urbana y por la Reina chiquitita. ¡Ay, Dios mío, qué será de ellos!

—Que Dios les dé fortaleza; que no se entreguen.

—Que vivan, aunque tengan que entregarse.

—No, no... rendirse no. Cada uno mira por la honrilla... ¡Que viva el *Cuerpo*!

—Eso, eso... lo primerico el *Cuerpo*.

—Que es el alma, como quien dice, el amor propio de uno... de una también, porque lo que aquí sobra es patriotismo.»

Pronto se enteró Fago de lo que ocurría, que era lo más sencillo, lo más conforme á la marcha natural de los acontecimientos. Salvadas las mujeres, se rompieron de nuevo las hostilidades con recrudecimiento de fiereza por una parte y otra. Hacia el mediodía preguntaron los urbanos si daban

cuartel, y como les respondieran que no, siguieron apurando su defensa con la débil esperanza de que por cansancio levantasen los facciosos el sitio y se largaran á expugnar otro pueblo. Pero lo que hicieron fué atizar más el fuego de la iglesia, y abrir una comunicación directa de ésta con la torre, para que el humo envolviera completamente á los sitiados. La tarde fué para éstos angustiosa: el humo les ahogaba, y recalentada toda la fábrica, sentían que se les quemaban las plantas de los pies. Al anochecer, lograron los facciosos arrojar materia combustible en la parte baja de la torre. La mitad de los urbanos ó habían muerto ó estaban fuera de combate; los restantes aún hacían fuego desesperados, al amparo de las campanas, y de tiempo en tiempo gritaban: «Cuartel, cuartel;» pero de abajo respondían: «Discreción, y pronto, pronto.»

Con estas noticias, que Fago llevaba á la tribu de *urbanas* acampadas en las eras y corralizas del pueblo, las pobres mujeres no hacían más que llorar y lamentar su suerte. Esposas eran algunas, hermanas otras, arremadas las menos: todas amaban en diferentes estilos. Tan pronto rezaban invocando á la Virgen y á los santos con fervor sincero, como arrojaban de sus bocas horrendas maldiciones contra la facción, contra su General, su Rey, y el demonio que los trajo al mundo. La gallarda Saloma decía: «¡Que no se rindan, contro!... Tú no te rindes, Medigorra; ¿verdad que no te rindes, *maño* mío?»

## VI

A media noche, los urbanos que aún vivían, no pudiendo resistir más el calor que les abrasaba, medio locos de furia, de hambre y de sed, dejaron de hacer fuego. Lentamente descendieron por las escalas, tiznados, los ojos enrojecidos, manos y pies como carbón. Al llegar al suelo apenas podían tenerse en pie. «Vamos, hombres—les dijeron,—por zoquetes os pasa esto. Ved aquí lo que habéis adelantado con vuestra terquedad.

—Que... ¡re-contrá! ¿Nos van á fusilar?—preguntó el más significado de ellos,

—Naturalmente—replicó el capitán, con toda la naturalidad del mundo en la entonación de la palabra.—Pues, ¿qué queríais?... Vaya, que os traigan un trago de vino.

—*Chiquio*—dijo uno, que era de Borja,—nos mandan al *pocico*.

—Qué... ¿te pena?

—*Miá* que yo...»

Aterrado se alejó Fago, y no sabía cómo dar la tremenda noticia á las mujeres. No se atrevió á decirles más que esta frase: «Se han rendido... Ahora los de abajo les convidan á vino.» Prorrumpieron en chillidos las mujeres, gritando: «Les dan la *bebía*: es la señal de *afusilar*.»

La más brava era siempre Saloma, que dijo: «Mediagorra no tiembla... ¿Qué ha de temblar si es de bronce?»

Desde media noche empezaron las tropas á evacuar el pueblo. Salieron primero el 7.º y 5.º de Navarra; luego los granaderos, el Cuartel general. Zaratiegui partió á las dos, y Eraso quedó el último. El vecindario no pudo entregarse al descanso, pues como se levantara viento, temieron que el fuego cundiera de la iglesia á las casas próximas, y se quemase todo Villafranca. Ocupáronse con los soldados del 3.º y parte de los guías en cortar el incendio, y los del 1.º de Guipúzcoa ejecutaban la orden de vaciar las cubas de vino en las casas y bodegas de cristinos, resorte de guerra que se empleaba siempre en la Ribera, á fin de empobrecer al enemigo y aterrar á los labradores desafortunados. Corría el líquido por las calles, mezclándose en algunos sitios con el rojo de la sangre, tan fácilmente derramada como si los cuerpos humanos fuesen odres que se vacían para volverlos á llenar.

Las *urbanas* quisieron reunirse á sus hombres. Aún ignoraban algunas de ellas si el suyo ó los suyos habían perecido en la torre, ó estaban entre los vivos condenados á muerte. Corrieron hacia la plaza; pero el movimiento de la tropa que evacuaba el pueblo les cortaba el paso á cada instante, y en la obscuridad de la noche se separaron en diferentes grupos, se perdían, volvían á encontrarse para separarse de nuevo. Llamaban á los

suyos: nadie las escuchaba. No faltaron gentes piadosas del otro bando que las auxiliaban y querían consolarlas. El incendio, medio extinguido ya, alumbraba muy poco: la noche era lóbrega; no soplabá viento; el humo pesaba sobre las angostas calles; el olor de madera quemada infestaba toda la villa; no se respiraba aire, sino ambiente de maldiciones mezcladas á un aliento insano, como transpiración de enfermo corrupto. Sin llegar á donde querían ir, porque los cordones de tropa se lo impedían, cada una de las urbanas iba por su lado, como en los viajes de pesadilla, revolviéndose por las calles, siempre á obscuras, entre el vértigo de los soldados y paisanos que corrían de un lado para otro. Con Saloma y Claudia iba Fago, decidido á consolarlas en su tribulación, y encontraron á otras dos, y los cinco se dirigieron por una callejuela que conducía á la ermita de San Bartolomé. Habían oído decir: «por ahí los llevan,» y corrieron tras el tumulto. No bien llegaban á unos treinta pasos de la ermita, un pelotón de soldados les cortó el paso. Detuviéronse ellas y él aterrados, sin resuello, con la corazonada de un inmenso duelo. Oyeron una exclamación salvaje, horrendo coro de seis, ocho ó veinte voces (no se podía apreciar el número) que con desconcertados y roncós acentos gritaba: «¡Muera Carlos V!...» Siguió una descarga cerrada, varios disparos sueltos... después un silencio lúgubre.

¡Pobres urbanos! así pagaban su tenaz.



constancia celtibérica! ¡Así se derrochaba el tesoro inmenso de la energía española! ¡Es verdadero milagro que después de tan imprudente despilfarro del caudal por uno y otro bando, todavía quedara mucho, y quedará siempre, y quede todavía!

Pues, señor, Fago se encontró solo con Saloma. La Claudia había dado un salto y desaparecido en dirección del sitio de la hecatombe. Otra de ellas yacía desmayada en el suelo. Al oír la descarga, Saloma, á quien el capellán quiso tapar la boca para que no gritase alguna barbaridad que les comprometiera á todos, le mordió la mano, y tanto hincó los dientes, que al buen cura le quedó señal para mucho tiempo. Luego, dando un resoplido, con ronca voz dijo: «Acábate, mundo, pa no ver esto... ¡Ay, ay!... Padrico, lléveme á donde pueda gritar y desahogar todo este veneno de mi alma.»

El movimiento de la tropa, que regresaba del lugar del suplicio, obligóles á volverse por donde habían venido; pasaron junto á la plaza, donde no se respiraba más que humo fétido (porque en los últimos momentos del sitio de la torre habían quemado en el interior de ésta gran cantidad de pimentones, á fin de asfixiar más pronto á los sitiados); pasaron de largo á toda prisa; buscaban la salida del pueblo por el lado del río, y en el arrabal encontraron á otras dos *urbanas*, que se arrancaban los pelos en el paroxismo de la desesperación, rodeadas de gentes compasivas que con palabras piadosas y

dulces trataban de mitigar su pena. Sin detenerse más que breves momentos, Fago y Saloma siguieron adelante, pisando fango, resbalando sobre el suelo reblandecido, metiendo los pies en charcos inmundos. «Pisamos sangre humana,»—dijo el clérigo con terror. Y replicó Saloma: «No, Mosén, que es vino. ¿No vió que soltaban las cubas?»

Llegado que hubieron á la salida de Villafrauca, se desviaron de la dirección que llevaba la tropa, y Fago se plantó de pronto diciendo: «¿Pero á dónde voy yo? Tengo que seguir al ejército, hasta reunirme con el Cuartel Real.

—¿Con esos, va usted con esos?

—Naturalmente... Son los míos.

—Pues los míos, ¡re-contro! son los otros —gritó la moza con ronca fiereza, agitando las manos tan cerca de la cara del cura, que éste creyó que le abofeteaba.—Los otros, sí... y este *Don Zamarra, General Meampucheros*, me la tiene que pagar.

—No seas loca, que las mujeres nada tienen que hacer en estas guerras.

—¿Que no? ¿Que no somos guerreras nosotras? Ya lo verán—dijo con exaltación delirante.—¡Muerto *Mediagorra*! Pus ¡viva *Mediagorra*, vivan los hombres que saben morir con decencia! Soy de Borja, Padrico. He mamado de la teta del Moncayo... No sé hablar más que con hombres valientes, ea... Si es usted *falso* (cobarde), buenas noches.

—Yo no soy *falso* ni valiente: soy sacerdote.

—Pues oiga: en Cadreita, dos leguas de aquí, hay un cura que ha levantado una partida liberal, y mata faiciosos como moscas.

—*Vade retro*. Ese será un perdido.

—Un ganado... Si quiere, nos vamos allí.

—¿Yo? ¿Por quién me tomas? Soy capellán del Cuartel Real.

—Buen provecho. ¡*Miá* que Rey ese!...

—Es Rey, el Monarca legítimo, Saloma, y todo lo demás es intriga y usurpación de los impíos y masones de Madrid. Pero el Infierno no puede triunfar, aunque Dios le permita ventajas pasajeras para probar á los buenos.

—¿Y los buenos son esos, esos, los de *Don Zamorra*?—preguntó la baturra, picaresca, con toda la malicia y desvergüenza del mundo en su bello rostro.—¿Lo cree usted, Padrico?

—Como ésta es noche. Creo en la legitimidad, creo en los derechos indiscutibles de D. Carlos, creo que los ejércitos carlinos defienden al verdadero Rey y al Dios verdadero.

—Y yo creo que es usted bobo. *Miá* que Dios... ¿Qué tiene que ver Dios con la guerra? ¿A Dios le puede gustar que haigan fusilado á *Mediagorra*?»

Fago callaba, sin saber qué decir. Atravesaron solos un campo yermo, y halláronse sin saber cómo en el camino por donde marchaban las tropas. Un mozo de los que habían conocido á Fago en Falces se llegó al grupo, y extrañando ver al clérigo en tal compañía, le dijo: «*Mosén Custodio*, no se deje engañar

de esa. La conozco, y sé que es muy perra.»

Trabáronse de palabras y un poco de empujones la moza y el baturro, llevando la mejor parte Saloma, que le dijo: «Anda allá, *falso*... ¿Tú quién eres? Un hambrón... Has venido aquí pa comer, porque en tu casa no lo hay.

—Vete, vete pronto á *orilla* de los *guiris*.

—Sí que me voy. Y tú y Zamarra... detrás de la boñiga del *legítimo*.

—A mucha honra.

—Y yo voy *onde* quiero. Con *bustedes* si me da la gana.»

Agregáronse otros, y con jovialidades de dudoso gusto la incitaban á subir con ellos á una de las galeras.

«¡*Miá* que yo...! Voy á Cadreita, donde dejé mi *legítima*... la burra, hombre... Allí me monto, y muera la *faición*.

—Anda, saltamontes, zanganota.

—Llévense al Mosén, que está *arguella-dico*.»

Aparecióse de improviso el capellán Ibarburu, furioso contra los chicos, á los que amenazaba con su bastón, diciéndoles: «Animales, os estoy buscando hace una hora. ¿En dónde tenéis el carro?

—Allí está, señor. Monte cuando guste.»

Reparó Ibarburu en el bulto del capellán, y al pronto no le reconoció por estar encorvado, calladico y pasado de frío, hambre y tristeza.

«Sí, sí—respondió tímidamente:—soy José Fago.

—Véngase conmigo, y por el camino comeremos un bocadito.»

Al coger del brazo á su colega, Ibarburu reparó en Saloma. «¿Qué pájara es ésta?»—preguntó á los chicos. Y como respondiesen que era *la de Mediagorra*, el capellán echó mano al bolsillo, y sacando una peseta se la dió á la baturra con estas compasivas palabras: «Toma, hija, y vete con Dios... ¡Pobre Pascual! Mañana le aplicaré la misa.»

Sin oir lo que Saloma agradecida le contestaba, dirigióse al vehículo, donde ya un chico de tropa le había puesto las alforjas y la maleta. Fago le siguió silencioso. La baturra se despidió airoosamente de sus paisanos con breves palabras despreciativas:

«¡Arre, *asolutos!*!»

## VII

«Vamos á Caparroso —dijo Ibarburu al ponerse en marcha la galera:—buen pueblo, totalmente adicto á la causa. El Cuartel Real ya está allá, y seguirá mañana hacia Carcastillo... Qué, ¿se duerme usted, Sr. de Fago?» Por un rato intentó éste sobreponer su cortesía á su cansancio, sosteniendo con monosílabos la verbosidad del hablador Ibarburu; pero tanto pudo al fin el desmayo de

su cuerpo y de su espíritu, que se durmió profundamente, obligando al otro á hacer lo mismo. El horrible zarandeo del carro por tan ásperos caminos no quebrantaba el profundo reposo de aquellos cuerpos, endurecidos ya en las continuas molestias y trabajos de la guerra. Diéronles en Caparrosa alojamiento comodísimo en una casa de labradores, á la entrada del pueblo; y bien instalados en la cocina, que era la mejor pieza, ante un fuego de sarmientos, que chisporroteaban con alegre sonido, pasaron una mañana agradabilísima, y repararon uno y otro sus estómagos, que bien lo necesitaban, sobre todo el del aragonés por causa de los prolongados ayunos que agravaban sus hondas tristezas. Pero aquel día, animado por el ejemplo de su colega, que quería vivir á todo trance, comió con tanta gana, que entre los dos despacharon medio cordero, asado á su vista, echándole encima porción cumplida de vino del país, fresco y confortante. Al fin del almuerzo parecía Fago otro hombre, y hasta se volvió comunicativo, arrancándose á contar á Ibarburu diferentes hechos de su vida que á nadie había querido contar.

Siguieron la misma tarde de aquel día para Carcastillo, donde, de noche ya, les depa-  
ró la Providencia otra cocina con buena lumbre de sarmientos, el cazuelo de sopas, el cordero, el vinito y una gente obsequiosa y hospitalaria que se desvivía por agasajarles. Con los soldados que allí se alojaban, las mujeres de la casa y dos ó tres vie-



jas, rezaron el rosario, y echaron después un parrafito, todos con mucho sueño, acerca de la guerra y de las contingencias favorables que se barruntaban, asegurando Ibarburu que estaba *al caer* la presentación de muchos *peces gordos* del *cristinismo*, oficiales de artillería é ingenieros, y tal vez, tal vez más de cuatro generales de los más calificados. Con esto empezaron á roncar los de tropa acomodándose en el suelo, entre mantas; las viejas siguieron rezando para que Dios hiciese bueno todo aquello que el capellán decía; y mientras los chiquillos apuraban el contenido de los platos, y los dos michos de la casa y el mastín afanaban lo que podían, los dos clérigos se fueron á la alcoba de los patrones, que obsequiosamente se les había cedido, y durmieron como príncipes.

Al día siguiente pudo Fago reunirse con el señor Consejero de Castilla, D. Blas Arespachaga, de quien era capellán, y le explicó las razones de haberse extraviado en el camino, quedándose en la retaguardia del ejército, sin maleta y sin caballo. Recobradas una y otro, tanto él como Ibarburu dieron betún á sus botas, rasparon hasta donde era posible las cascarrias de sus balandranes, se asearon un poco, y se fueron tan ternes al cercano Monasterio de bernardos de Oliva, con objeto de besar la mano á la Majestad de Carlos V, que allí tenía su alojamiento. En la Sala Capitular, rodeado de frailes, estaba el Rey, por cierto con menos ceremonia y tiesura de la que al abso-

lutismo parecía corresponder, y á todos los que entraban y le hacían la reverencia les agraciaba con una sonrisita bonachona, en la cual era más fácil distinguir al pretendiente que al soberano. Hicieron los dos clérigos puntualmente todo lo que mandaba la etiqueta, mostrándose Ibarburu extremadamente flexible de espinazo; y después de reparar el estómago con bizcochitos y vasos de vino que en el refectorio ofrecían los bernardos, se volvieron á Carcastillo con descansado andar, charlando en tonos de la mayor confianza. En aquel paseo hizo Fago al otro clérigo confidencias tan interesantes, que es forzoso reproducirlas punto por punto.

«Puesto que es irresistible en mí el anhelo de manifestar todo lo que siento y todo lo que discurro, ¿qué mejor ocasión que la presente, teniendo al lado al que como amigo y como sacerdote puede escucharme? Esto será confidencia amistosa, y al propio tiempo efusión de conciencia. Luego que usted sepa lo que anda por dentro de este desgraciado, podrá aconsejarme y dirigirme con buen criterio. Creo que no hay que repetir los antecedentes.

—No: recuerdo muy bien lo que usted me contó en Caparroso, su vida licenciosa de seglar. Era usted un libertino; el demonio le tenía entre sus uñas, y no había pecado mortal que usted no cometiese... Perfectamente: el robo de Saloma, su desaparición... todo lo recuerdo bien. Después vino el arrepentimiento. Dios quiso recobrar el alma per-

dida... El demonio entregó su presa... Muy bien. Se hizo usted sacerdote, y el estudio y la oración fortificaron su alma, eliminando de ella hasta las últimas heces del pecado y los vicios... Perfectamente.

—Y recordará usted también el suceso terrible de mi encuentro con Ulibarri...

—Sí, sí... Mandáronle á usted auxiliar á un reo de muerte y... ¡conflicto extrañísimo y altamente patético! Dios le puso frente al hombre que había ofendido... ¡y en qué situación uno y otro! Reo él, usted confesor. ¡Sorprendente caso de conciencia! ¡Cómo se ve la mano de Dios!... Adelante. Comprendo la sacudida, la intensísima emoción que usted sufriría... Sin el favor del Cielo, habría usted perdido la razón, amigo mío.

—Así lo creo. No me he vuelto loco, por especial favor de Dios, que en aquella ocasión terrible, como en otras de mi vida, ha mirado por este siervo indigno.

—Perfectamente. Cuénteme usted lo demás, pues lo que sigue al entierro del alcalde de Miranda me es desconocido.

—Lo que ha seguido es simplemente un estado de conciencia y de pensamiento que me tiene en grandísima zozobra.

—¿Conciencia?... ¡Hola, hola!

—Aguarde usted... Yo no había visto nunca de cerca la guerra. Me ha impresionado profundamente...

—Inspirándole repulsión, tristeza, lástima de las innumerables víctimas...

—No, señor: eso me ocurrió el primer día;

después, no. Ante todo, quiero que me dé usted su opinión sobre un punto que creo elemental, y que desde anoche me sugiere angustiosas dudas. Yo pregunto: ¿Dios autoriza las guerras? ¿Dios puede tomar partido por uno de los combatientes, amparándole contra el otro, ó abomina por igual de todos los que derraman sangre humana?

—Amigo mío, Dios ha de mirar mejor á los que defienden sus derechos.

—¿Los derechos de Dios! ¿qué es eso?

—Hombre, la Fe... Me parece que esto es claro. Quiero decir que entre dos que luchan, Dios ensalzará al que le adora, y hundirá al que le escarnece. Parece que de esto hay elocuentes ejemplos en la Historia sagrada y profana.

—No acabo de convencerme, señor mío... Dios ha dicho: «no matar.»

—Sí; pero distingamos: salen dos grupos de hombres, uno que defiende la verdad y la justicia, otro que patrocina el error y el pecado. Cruzan las espadas. Dios ha dicho: «no matéis;» pero...

—¿Pero qué?

—Digo que es forzoso impedir, *como se pueda*, que el mal impere sobre la tierra.

—Y esto sólo se consigue matando.

—Justo.

—Luego las guerras pueden tener su lado humano y su lado divino, y hay ó puede haber ejército de Dios y del diablo.

—¿Qué duda tiene?

—Bueno: pues admitido que Dios autoriza

el matar, surge nueva duda en mí, que me confunde y anonada. Se me ocurre que el *exequatur* de Dios, ó sea su permiso para que nos matemos, se concreta exclusivamente á los actos de agresión que constituyen el combatir propiamente dicho. En la lucha, muy santo y muy bueno que haya muertes, pues de otro modo no habría lucha, ni victoria del bien sobre el mal. Lo que no me ha entrado todavía en la cabeza es que Dios consienta el matar frío y carnicero, como sacrificio de reses, por las llamadas leyes de guerra, bien con el fin de asegurar la disciplina, bien con el de aterrorizar al enemigo, y quitarle auxiliares ó medios de comunicación. ¿Me explico?

—La guerra no puede ser eficaz de otra manera, amigo mío. Si no admitimos el eclipse total de la benignidad y compasión por motivos de disciplina, ó de organismo militar, no hay victoria posible, y el matar, que es un mal, sería interminable, y la paz, el supremo bien, no se restablecería nunca. Las crueldades que vemos un día y otro son actos de política, absolutamente necesarios.

—¿Y hay política de Dios, como hay guerra de Dios?

—¡Oh! seguramente.

—Y admitido que, para resolver el tremendo litigio entre la verdad y el error, no hay más remedio que armar soldados y efectuar con ellos todo lo que manda el arte de la guerra, hemos de admitir necesariamente los duros castigos, las represalias, etc., etc.

—Luego ¿todo el organismo bélico, con la matanza del enemigo, el burlarle con engaños, la continua destrucción de vidas y haciendas, el castigo de inocentes conforme á la política militar, la guerra, en fin, puede ser y es en algunos casos de Dios?

—Así lo creo, y en conciencia lo afirmo.

—Muy bien: opinión tan resuelta me tranquiliza sobre el punto capital; pero aún andan rondándome el espíritu ciertas dudas. Vamos á ver. Yo pregunto: ¿este ejército que defiende la causa de Carlos V contra la causa de la hija de Fernando VII, podemos y debemos considerarlo como verdadera milicia cristiana? Me parece bastante dar este nombre á lo que antes llamábamos *ejército de Dios*.

—Hombre, no sé cómo abriga usted tales dudas. Supongo que habrá estudiado el caso histórico. Un sacerdote no debe tener escrúpulos en lo tocante á los derechos augustos de la legitimidad, ni vacilar tampoco en la creencia de que D. Carlos es la religión, la virtud, la moral, el bien de los pueblos.

—Contra el mal, contra la impiedad y el libertinaje: estamos conformes. Por consiguiente, si ésta es milicia cristiana, la otra es milicia impía, verdadero ejército del demonio ó de todos los demonios. ¡Si no lo pongo en duda!... Quería yo que usted confirmase esta opinión con su autoridad. Yo dudé, tenía mis escrúpulos: deseaba que el dictamen de un hombre de estudio los dissipara. Ya no dudo, ya sé á qué atenerme:



puedo manifestarle sin rebozo ese estado singularísimo de mi espíritu de que antes le hablé.»

Apenas llegaban á las primeras casas de Carcastillo, vieron movimiento de tropas. No tardaron en informarse de que pronto saldrían el ejército y el Cuartel Real en dirección á Sangüesa, por lo que se dieron prisa á entrar en su alojamiento y á disponer la marcha.

## VIII

No sin dificultad pudo Ibarburu conseguir un mulo y una yegua, y caballeros los dos fueron juntos y en agradable conversación por todo el camino; mas Fago no tocó el tema que había quedado pendiente, pues tales cosas, según dijo, no eran para tratadas á la ligera, galopando entre el bullicio de la tropa en marcha. En Sangüesa fueron alojados, juntamente con el brigadier La Torre y el auditor Lázaro, en una de las mejores casas de la población, y por la noche, después de cenar en buena compañía, con señoras y todo (á las cuales La Torre, hombre de refinado trato social, entretuvo con donaires del mejor gusto), se les destinó una alcoba con tres camas para ellos dos y el auditor, no siendo posible mejor acomodo, porque la ciu-

dad le venía muy chica á ejército tan grande. Decididos á esperar el sueño de su compañero de cuarto para charlar á gusto, tuvieron la suerte de que el Sr. Lázaro, apenas puso la cabeza en la almohada, rompiera en ronquidos profundos. Al son de esta música, que más era molestia que estorbo, hizo Fago á su amigo la confesión siguiente:

«Ha de saber usted que desde que ando entre soldados, mejor dicho, desde que ví al general Zumalacarregui, se me ha metido en el alma un ardentísimo deseo de tomar las armas.

—¡Hola, hola!...

—De lo que he luchado en mi conciencia para combatir este sentimiento guerreo, que me parecía inspiración del demonio, no puede usted tener idea. Porque lo que siento, créame usted, es una furia, un frenesí impulsivo, y al propio tiempo un profundo desprecio de la vida de mis semejantes, sobre todo si son del bando ó facción contraria á nuestras ideas. Y como conceptúo que este sentimiento se da de tropicónes con la mansedumbre, cualidad primera del sacerdote, de aquí mi confusión, mi terror más bien, viendo perdida en un instante la serenidad conquistada por mi pobre alma en tres años de oración y quietud, de comercio intelectual y moral con varones sapientísimos y virtuosos... Yo había conseguido la paz de mi alma, y ahora me siento ¡ay de mí! abrasado en loca ambición, ansioso de que mi nombre suene en todos

los oídos, ávido de imponer mi voluntad, y de satisfacer un diabólico prurito de acción, de acción, señor Ibarburu, que me abrasa las entrañas y enciende llamaradas en mi cerebro. ¿Qué es esto? ¿Es que el Demonio me vuelve á coger entre sus garras?

—Poco á poco, amigo mío; no se exalte usted, y estudiemos el asunto—dijo Ibarburu un tanto inquieto.—Bien podría ser que eso no fuese cosa del Demonio.

—Pues de Dios no es... ¡oh! de Dios no,—exclamó Fago levantándose para estirar su cuerpo entumecido.

—No podemos afirmarlo tan pronto.

—¿Cree usted que es de Dios?

—No sé... Examinémoslo... Puede ser de Dios... ¿Por qué teme que no lo sea? ¿Por la Orden sagrada que le obliga...?

—A la modestia, á la pasividad, á la obediencia, á la humildad, á la vida oscura, al amor de los semejantes, sin distinción alguna.

—Distingamos, amigo Fago.

—No, no distingo. Si soy guerrero, si Dios lo quiere así, no puedo ser sacerdote, no quiere Dios que lo sea, me autoriza para dejar de serlo... Resultará que me equivoqué, amigo Ibarburu; que una falsa vocación, producida por debilidad mental, por pesadumbres, por cansancio, no sé por qué, extravió mi espíritu. Lo diré más claro: yo sospecho ahora que todo esto, como cosa pos-tiza y mal pegada, se descompone, dejando al descubierto el antiguo sér, el hombre pen-

denciero, el bravo, el que jamás conoció el miedo... Porque ha de saber usted, y no lo digo por alabarme, que no había nadie capaz de medirse en arrogancia con José Fago.

—¿Fué usted militar?

—No, señor; pero tenía todos los instintos militares, la rapidez de la acción en las aventuras, el golpe de vista audacísimo, el desprecio de todo obstáculo, la resistencia física, la persistencia en mis fines, la energía indomable para imponer mi voluntad. Y en el fondo de todo eso, una gran rectitud moral, un sentimiento profundísimo del bien, que interpretaba á mi manera.

—¿Y cómo, señor mío—preguntó Ibarburu con asombro,—pasó usted de ese estado á otro tan diferente?

—Fijándome en ello, veo ahora que la diferencia no es tan grande. Al entrar en la vida eclesiástica, aun entrando por equivocación, yo llevaba los elementos de mi sér antiguo; yo ambicionaba la lucha por la fe, el martirio, la predicación á infieles, las misiones... No es tan diferente, Sr. Ibarburu, no es tan diferente... Resultó que no encontré terreno apropiado á mis anhelos... Sin saber cómo, en vez de las glorias eclesiásticas, fuí á parar á la política cristiana, y de la política cristiana á la guerra de Dios...

—Explíqueme usted otra cosa—dijo Ibarburu, lleno de dudas y buscando la lógica en las fluctuaciones del carácter de aquel extraño sujeto.—En presencia de la horrible tragedia de Ulibarri, ¿no sintió usted que se

le desgarraba el alma; no sintió espanto de la guerra, y piedad inmensa del inocente sacrificado?

—Sí, señor: sentí desgarrado mi corazón, porque yo había ofendido á Ulibarri, porque este era un hombre honrado y bueno, porque me habían llevado á su presencia para que le perdonase los pecados, y él era, él, quien debía perdonarme á mí los míos. Por eso se conturbó mi alma horrorosamente.

—Y después, al enterrarle, ¿no derramó usted lágrimas amargas, ofrenda de piedad al muerto, y á Dios, que nos enseñó las obras de Misericordia?

—Sí, señor: lloré, y lloré con el alma, porque yo había ofendido á D. Adrián... Su desastroso fin me anonadaba. Parecíame que era yo quien le había matado.

—Y en aquellos angustiosos minutos, ¿empezó usted á sentirse guerrero?

—Todavía no. En Falces, en Peralta, yo no sé lo que deseaba. El ardiente anhelo de tomar las armas estalló furibundo cuando ví por primera vez de mi vida al general Zumalacarregui, en el momento aquél de bajar de la torre las mujeres de los urbanos.

—¿Cuando las azotó?

—Cuando las azotó... No, no; antes, en el momento de verle aproximarse, látigo en mano.

—Explíqueme usted por qué la presencia del grande hombre del absolutismo, del realismo, mejor dicho, despertó tan súbitamente en usted ese anhelo...

—En mí son frecuentes las explosiones de un sentimiento... ¿lo llamaré virtud, lo llamaré defecto? No sé como llamarlo. Lo mismo puede ser una cosa que otra. ¿Sabe usted lo que es? La emulación. Yo soy un hombre que en presencia de cualquier individuo que en algo se distinga, siento un irresistible empeño de sobrepugarle y hacer más que él.

—Cualidad es esa, amigo mío, que puede conducir á la gloria, ó á grandes desastres y miserias... Ya comprendo. Vió usted al General y se dijo: «Todo lo que tú has hecho lo habría hecho yo. Aquí hay un hombre que se siente con bríos para eclipsar tus empresas.»

—Exactamente.

—Antes de pasar adelante, dígame usted: al abrazar el estado eclesiástico, guiado, como ha dicho, por una vocación más ó menos verdadera, ¿sintió usted también el estímulo de sobreponerse á las personas religiosas?

—No he visto personas religiosas que despertaran en mí esa emulación. Ya ve usted que digo todo lo que pienso con absoluta sinceridad... Yo sentía, sí, anhelo de igualarme á los santos.

—¿A los santos? Brava ambición á fe mía.

—Pero no he hallado atmósfera donde pudiera fomentarla. He conocido sacerdotes ejemplarísimos, sí; pero me ha parecido tan fácil igualarles y aun superarles, que la emulación apenas se ha manifestado en mí, y no he sentido por ello la menor inquietud... Pero si no he encontrado atmósferade



santidad, sencillamente porque no la hay, he encontrado atmósfera guerrera y política. La historia viva, tan patética y hermosa; la presencia de un hombre que rebasa la línea de la multitud, me han trastornado. Aquí, en el seno de esta dulce confianza que entre los dos se ha establecido, hablando con el amigo, con el confesor, yo me despojo de todo artificio de falsa modestia para decir: «Lo que ha hecho Zumalacarregui, lo habría hecho yo... no se ría usted de mí... lo habría hecho yo tan bien como él... y si me apuran, diré que mejor. Mi carácter ha sido siempre de una franqueza escandalosa. No oculto nada de lo que siento.»

—Señor mío—dijo Ibarburu, con un granito de sal irónica,—hace usted bien en manifestar tan sin artificio sus pensamientos. Ahora, vengan los hechos á demostrarnos que usted no se equivoca.

—La realidad, la maldita realidad—afirmó el otro clérigo con pena,—siempre se compone de modo que mis ideas resulten burladas. Llegué tarde á la santidad; llego tarde á la guerra. Otro ha hecho lo que yo habría podido y sabido hacer. Crea usted que esto de organizar tropas, convirtiendo en batallones aguerridos las bandas de campesinos indisciplinados, es en mí un instinto poderoso que vengo alentando desde la tierna infancia. La obra de este hombre, hermosa en alto grado, pareceme que es obra mía, y que mi espíritu se ha introducido en él para inspirarle sus resoluciones... No se ría usted,

que esto no es cosa de broma. Digo todo lo que siento... Pues bien: yo llego tarde al terreno de los hechos. ¿Qué puedo esperar? Que me pongan en filas, que me den el mando de una compañía...

—Ciertamente: por algo se empieza; y si su valor y pericia responden á esos alientos, podrá usted prestar eminentes servicios á la causa sacratísima de la Religión y del Rey.

—¡Ay, amigo mío—replicó Fago con desaliento,—como digo lo uno digo lo otro! O sirvo para todo, ó no sirvo para nada... Dudo que en una situación subalterna pudiera prestar servicios eficaces... Entendámonos: digo que lo dudo; no niego en absoluto que pueda prestarlos... Sea lo que quiera, he llegado tarde á la guerra, como llegué fuera de tiempo á la santidad.

—¡Quién lo sabe! En una y otra esfera, no hay linderos para el hombre de gran corazón, de inteligencia poderosa.

—Los hay, sí, señor, y la emulación queda reducida á un anhelo impotente, horrible suplicio del alma... Puesto que todo se ha de decir, sepa usted que toda mi vida he sentido en mí la conciencia estratégica, la apreciación de las distancias, de las alturas, del obstáculo que ofrecen los ríos... Yo conocía que en mi espíritu se formaba un arte, una ciencia; pero no se me presentó nunca la ocasión de aplicarla... Ahora ¿de qué me sirve sentir intensamente la geografía militar... y le advierto á usted que conozco la de este país palmo á palmo, porque si no guerrero

he sido cazador, y allá se va lo uno con lo otro... de qué me sirve, digo, sentir la distribución, marcha y colocación de tropas sobre el terreno, y saber calcular, al menos yo me lo creo así, un ajuste perfecto entre el tiempo y la acción?... Si he de manifestar todo, todo lo que me bulle por dentro, sin falsa modestia, diré que hoy veo el desarrollo de la guerra, paso á paso; y puesto yo en el lugar de Zumalacarregui, me sería muy fácil llevar triunfantes las banderas de Carlos V á la orilla derecha del Ebro, ganar Burgos y Zaragoza, y plantarme en Madrid, terminando la campaña en cuatro meses.

—Oh, no crea usted que me parece un disparate—dijo Ibarburu, frotándose los soñolientos ojos.—Yo no me siento, como usted, capaz de tan grande hazaña; pero de que puede y debe realizarse no tengo duda.

—¿La realizará este buen señor?»

Fatigado ya de tanta conversación, y contemplando con envidia el sueño beatífico del auditor, Ibarburu no respondió sino con monosílabos pronunciados en bostezos: «¿No le parece á usted, amigo Fago, que debemos echarnos á dormir y dejar para mejor ocasión eso de si vamos ó no vamos triunfantes á Madrid... la semana que viene?»

Dicho esto, empezó á desnudarse, mientras el otro, sin ganas de dormir, se paseaba por el largo aposento, con las manos á la espalda. Temeroso de haberle lastimado con la última expresión, un tanto burlona, agregó Ibarburu palabras afectuosas: «Mañana tra-

haremos de que se presente usted al General y hable largamente con él. Conviene que Don Tomás le conozca... Es hombre muy perspicaz, ¡oh!... gran catador de caracteres... Escóndase el mérito todo lo que quiera, ¡ah!... yo le respondo á usted de que ese lo descubre... y es más, yo le respondo á usted de que lo utiliza.

—¿Le trata usted?

—¿Al General? Hombre, ¿cómo no? Y me distingue mucho. Yo he venido á la guerra con Iturralde. Soy, pues, más antiguo aquí que el General mismo. Respondo de que será usted bien recibido.

—Pero yo—murmuró Fago con sencillez infantil,—yo, pobre de mí, ¿qué le voy á decir?

—¡Hombre de Dios!—replicó el otro agazapándose en las sábanas.—Modestísimo estáis.

—Dígame una cosa antes de dormirse. Y usted, tanto tiempo en la guerra, capellán de Iturralde, capellán de Eraso, capellán de Gómez, ¿no se ha sentido alguna vez, con el contacto diario de esos nobles guerreros, no se ha sentido... pues...?

—¿Belicoso?—dijo Ibarburu anticipándose á la expresión completa del pensamiento.—No, amigo mío. No sirvo para eso. Ayudo á la causa en mi humilde esfera eclesiástica, y jamás he pensado en las glorias de Marte. No quiero tampoco achicarme, ni diré con falsa modestia que no sirvo para nada. Es más: le imito á usted en su noble since-

ridad, y digo á boca llena que he prestado y presto servicios de la mayor importancia. Yo he desempeñado misiones arriesgadísimas; yo he redactado manifiestos; yo he sostenido correspondencia con prelados, juntas de España y el extranjero, y cuando llega un apuro de personal, yo arrimo el hombro á la Intendencia... que lo diga el que ronca... yo no me desdeño de echar una mano á Sanidad... Y añada usted el diario, el continuo servicio de implorar al Todopoderoso para que incline siempre de nuestro lado la suerte de las armas... Que no lo consiguen todo las balas, amigo mío; que algo y algos, y mucho y remucho hacen las oraciones. ¿No cree usted lo mismo?

—¿Se permite contestar con absoluta sinceridad?

—Hombre, sí.

—Pues, tratándose de los éxitos de la guerra, más fe tengo en las balas que en las oraciones. ¿Es herejía?

—Herejía, no... Y puede que lo sea, porque pone usted en duda la excelsa sabiduría y el supremo criterio con que el Altísimo decide las querellas de los hombres, haciendo prevalecer á los buenos sobre los malos.

—Bueno; pues concedo. No riñamos por eso.

—Y en prueba de concordia sobre este punto importantísimo, recemos, amigo Fago, recemos; no sólo para pedir á Dios perdón de nuestras culpas, sino para que nos conceda...

—Un poco de artillería, que es lo que más falta nos hace,—declaró Fago terminando jovialmente el concepto.

—Diga usted que es lo único que nos hace falta. Que nos den cañones... y me río yo del paso del Ebro... En fin, recemos.»

Rezaron un buen cuarto de hora, y luego Ibarburu, disponiéndose á dormir, rebozada la cabeza en la sábana, por no tener gorro con que defenderla del frío, se despidió de su amigo con estas palabras:

«¿Y á mí se me permite hablar con sinceridad, sin el artificio de la falsa modestia, diciendo, á estilo de Fago, todo, todito lo que pienso?

—Claro que se permite... Es más: se prohíbe en absoluto la hipocresía; quedan abolidos los remilgos del disimulo.

—Pues Ceferino Ibarburu no se ruboriza de afirmar que se conceptúa necesario en el ejército del Rey legítimo, y que está plenamente convencido de que, el día del triunfo, sus servicios no pueden ser en justicia recompensados con menos que con una mitra.»

Ya no dijo más, y se quedó dormido. «¡Una mitra!—pensó Fago paseándose.—Este será obispo... y yo... nada.» Sorprendieronle en vela las primeras luces del día.



## IX

De Sangüesa marcharon los carlistas con su Rey á Lumbier, y sin detenerse aquí más que algunas horas, continuaron en dirección de Aoiz. Temiendo que fuerzas considerables mandadas de Pamplona le cortaran el paso de Zubiri, apresuró Zumalacarregui su marcha, corriéndose por el Norte de la capital en busca de su habitual base de operaciones, las fragosidades de Andía y Urbasa. El único hecho militar de importancia, en los días de esta atrevida marcha, fué el combate, desgraciado para los carlistas, entre la columna de Mancho y la división del general cristino Linares: ocurrió muy á la derecha del ejército de Zumalacarregui, en la Foz de Aispuri, cerca de la frontera de Aragón. Las ventajas obtenidas en aquellos días por D. Carlos, consistieron en la presentación de bastantes oficiales del ejército nacional, perseguidos ó postergados por sus opiniones realistas, descollando, entre estas valiosas adquisiciones, la del artillero D. Vicente Reina, á quien recibieron como enviado del cielo. Sólo tres cañones de montaña tenía Zumalacarregui, y como no era fácil quitarle piezas al enemigo, ni menos traerlas del extranjero, daba vueltas en su fecundo magín á la idea de cons-

truirlas en el país. A principios de aquel año había sorprendido la fábrica de municiones de Orbaiceta, apoderándose de gran cantidad de proyectiles, que mandó enterrar en diferentes puntos de los enmarañados montes. Lo primero que hizo Reina fué examinar uno por uno aquellos depósitos, y conocidos el calibre de las bombas y granadas, Zumalacarregui propuso al oficial y á un químico navarro, llamado Balda, que le fundieran dos obuses.

Por este tiempo, y hallándose el Cuartel Real y el ejército en el valle de Araquil, tuvo Fago ocasión de tratar á Gómez, que mandaba dos batallones; mozo despierto y valientísimo, á quien, andando el tiempo, había de hacer famoso la audaz expedición o correría que en la Historia lleva su nombre. Por un cambalache de caballos entraron en relaciones, y comieron juntos y merendaron más de una vez. Era Gómez franco y decididor; Fago, taciturno: por esta diferencia quizás simpatizaron. Una noche le mandó llamar á su alojamiento para decirle que sabedor el General de sus aficiones belicosas, por más que de ellas no hiciera alarde, deseaba verle. A la mañana siguiente le designó sitio y hora el ayudante Plaza, y, con efecto, á punto de las diez entraba el clérigo en la casa del cura, donde el guerrero famoso se alojaba. Una horita de antesala tuvo que aguantarse, porque estaban de conferencia el artillero Reina, el químico Balda y dos señores del Cuartel Real. Al fin pasó mi hom-

bre, y fué recibido por Zumalacarregui con severa cortesía, tan distante de la familiaridad como de la rigidez orgullosa. Mandóle sentar, le pidió permiso para repasar unos papeles, y después, mirándole fijamente, con aquella atención penetrante que era en él habitual, le dijo: «Amigos de usted me han informado de sus aficiones á la guerra. Déjeme usted ser franco y decirle que los curas armados me gustan poco.

—Y á mí menos, mi General.

—Algunos he tenido muy bravos; pero no los quiero, no los quiero. El soldado es el soldado, y el cura, el cura: cada cual en su profesión... El soldado combatiendo sirve á Dios, y el cura rezando sirve al Rey. ¿No le parece á usted?

—Sí, señor.

—A los que se me han presentado con ganas de pelea, y á los que estaban con Iturralde cuando yo me hice cargo del mando, les he puesto en filas. Unos se han cansado y se han ido. Otros, muy pocos, continúan y son soldados excelentes. Pero no les dejo capitalnear partidas volantes, porque tengo para mí que nos afea la causa el espectáculo de Cristo con un par de pistolas.

—Lo que dice vucencia me parece muy atinado—declaró Fago con fría conformidad.

—Pero si así piensa, sírvase decirme para qué me ha llamado.

—Tenga usted paciencia,—contestó Zumalacarregui, atravesándole otra vez con su mirada como con una aguja.—Si es muy vivo

el entusiasmo de usted por la causa, como me han dicho, quizás encuentre yo medios de utilizar las cualidades que sin duda tiene. El Sr. Arespacochaga me ha dicho que abrazó usted el estado eclesiástico, como arrepentimiento y corrección de una vida disipada.

—Es verdad.

—¿Es usted navarro?

—No, señor: soy aragonés, de la Canal de Berdún.

—¿Conoce bien su país?

—En mi país y en todo el territorio de las Cinco Villas, no hay rincón que no me sea tan familiar como mi propia casa. La Ribera de Navarra también me la sé palmo á palmo, y la merindad de Sangüesa lo mismo. Del resto de Navarra que he recorrido como cazador ó paseante en mis tiempos de mozo, y de la parte de Guipúzcoa donde he vivido últimamente, sólo diré que montes y ríos me conocen á mí.»

Zumalacarregui le observó un rato sin decir nada. Era hombre que oía más que hablaba, y que no gustaba de palabras ociosas.

«Sin el conocimiento práctico del terreno —dijo después de una pausa,—no se puede ser buen militar. Y según mis noticias, usted, que ha corrido tanto por estos vericuetos, debe de conocer á los hombres tanto ó más que á los ríos y montañas... Sr. Fago, yo podría encargarle á usted de una comisión, que no es muy militar que digamos; comisión poco gloriosa, poco brillante, pero

que, en las circunstancias presentes, desempeñada con diligencia y sagacidad, nos resolvería un gran problema... Y se me figura que usted sabría prestar este servicio al Rey con el sigilo y la prontitud que el caso requiere... Fíjese usted. No se trata de ninguna empresa heroica, sino de un trabajo modesto, para el cual se necesita paciencia, astucia, honradez, amor á la causa, y... valor; también se necesita valor, porque la cosa tiene sus peligros.

—Dígamelo pronto, mi General,—replicó Fago, que se abrasaba en impaciencia.

—Pues verá usted: poseemos gran cantidad de proyectiles, de los que cogimos en Orbaiceta; pero nos faltan cañones... Si yo tuviera un par de obuses, no se reirían de mí las guarniciones de las villas de Navarra. ¿Y cómo me las compongo para adquirir esas dos piezas? Se me ha ocurrido hacerlas. Reina y Balda me han dicho ayer, y hoy me lo han repetido, que si les doy metal, fundirán los obuses en la ferrería de Labayén. ¿Pero de dónde saco yo el metal?

—Lo mismo digo: ¿el metal dónde está? Hábrá que extraerlo de las entrañas de la tierra.

—No, señor: hay que sacarlo de las entrañas de las cocinas y comedores de todas las casas de Navarra y Aragón, y el buscarlo y traérmelo es la misión que se me ha ocurrido encargár á usted.

—Comprendido, mi General. Vuecencia quiere que yo haga una colecta de cacerolas, badilas, almoreces, aros de herradas,

chocolateras, velones, braseros, y demás objetos de cobre.

—En cantidad considerable—indicó Don Tomás sin mirarle, trazando con la pluma una rápida cuenta sobre el papel que delante tenía,—porque... señor mío, no me contento ya con los dos obuses, y haré dos piezas de batalla de á ocho, y quizás cuatro... vamos, seis. Crea usted que si conseguimos esto, la campaña tomará otro giro... ¿Qué tiene usted que decir?

—Que se necesitan... no puedo calcularlo... pero creo que no hay bastantes badilas y alnireces en Navarra y Aragón para esa obra, mi General.

—¿Pues no ha de haber?

—¿Y ese material, entendámonos, se compra, se pide... ó se toma?

—Tráigamelo usted, y arréglese como pueda para obtenerlo. La habilidad del comisionado consiste en reunir metales con el menor gasto posible. En los pueblos adictos hallará usted muchas familias que ofrezcan su chocolatera para fundir los cañones de la Monarquía legítima; otras menos fervorosas darán ese adminículo por poco dinero, y habrá también quien lo niegue... Al que lo niegue, se le quita, respetando siempre los conventos y casas de religión... En fin, que la causa necesita artillería, y el país debe proporcionar los medios de fabricarla. El sacrificio no es grande. Que sustituyan, durante algún tiempo, el cobre con el barro. ¿Qué más da?



—Admiro—dijo Fago con profundo respeto,—la energía de vucencia, la fecundidad de su mente, y la firmísima voluntad que aplica á cosas al parecer nimias, para llegar á la realización de grandes fines. Lo que yo siento es no poder prestarle el servicio que me propone, no por falta de buenos deseos, sino porque no me reconozco con aptitudes para eso que... no sé si es tráfico de quinquillero, ó postulación de mendicante... ó algo que requiere mañas parecidas á las de los gitanos.

—Es un servicio de guerra como otro cualquiera; servicio que requiere destreza, habilidad y valor, porque si usted consigue reunir, como es mi deseo, grandes cantidades de metal en las Cinco Villas, y me las trae, fijese bien, franqueando los caminos carretiles, donde es muy fácil encontrar columnas cristinas, necesitará desplegar cualidades militares que no son comunes. Le daré á usted alguna fuerza.

—¿Cuántos hombres?—preguntó Fago con inmenso interés.

—A ver... dígalo usted... Le advierto que necesito el metal pronto, y que le señalo á usted ocho días, á lo sumo, para traerme los quinientos quintales.

—Pues ponga vucencia á mi disposición una columna de doscientos hombres.

—¡Doscientos hombres! Es mucho—dijo Zumalacarregui sin mirarle, liando un cigarrillo.—No me vaya usted á salir con una partidita volante que moleste á los pueblos

de Aragón sin gran ventaja para la causa. En aquel terreno, figúrese usted lo que tardarían en merendársela los cristinos... ¡Doscientos hombres!... ¿y para qué? Para saquear las cocinas de los pueblos... No me conviene, no. Convénzase usted de que ésta no es campaña de guerrillas, sino de ejércitos: las guerrillas pasaron, señor mío; hicieron su papel en la guerra de la Independencia y en las trifulcas del 20 al 23; pero todo eso está mandado recoger. Los llamados partidarios no llevarán á Su Majestad á Madrid.

—Mi General—dijo Fago con vivísima intensidad en la expresión de su deseo,—deme vucencia los doscientos hombres, y antes de ocho días pongo en Labayén mil quintales de metal á disposición del Sr. Reina, que ya puede ir preparando los hornos. Las operaciones que en esos ocho días realice yo, dentro del territorio de las Cinco Villas exclusivamente, serán de mi responsabilidad. Quedo obligado por mi honor á presentarme á vucencia con los doscientos hombres, ó con los que me queden, y vucencia decidirá si sigo ó no sigo.»

Zumalacarregui le miró como se mira á un loco. Comprendiendo Fago el sentido de aquella mirada, se levantó para coger el sombrero, y se despidió en esta forma:

«Mi General, dispénseme. En la mirada de vucencia he conocido que le parece disparate lo que le propongo. Con seguridad hallará vucencia persona más apta que yo

para ese servicio de reunir trastos de cobre. Y como no quiero que por mí pierda el General su precioso tiempo, le pido su venia para retirarme.»

Púsose en pie Zumalacarregui, y con movimiento pausado y noble, sin perder ni un instante su gravedad, le quitó el sombrero de las manos, diciéndole: «No tenga usted tanta prisa, que aún no hemos acabado. Siéntese usted.» Algo había visto en el carácter del aragonés que le agradaba, ó que, por lo menos, despertaba en alto grado su interés y curiosidad. Quería, pues, penetrar en el antro de resoluciones atrevidas y pensamientos tenaces que, sin duda, existía detrás de aquella cara de vigorosas líneas, de aquella frente pálida, de aquellos ojos ya fulgurantes ya mortecinos, como escritura cifrada que necesita clave para su interpretación.

«No le doy á usted los doscientos hombres —dijo D. Tomás poniéndole la mano en el hombro.—Le daré doce nada más, con los cuales tendrá fuerza bastante para otra comisión que voy á proponerle.»

## X

Entró un ayudante con despachos que debían de ser urgentes, porque el General se aplicó á leerlos con avidez, y la conferencia fué interrumpida.

«Si vuecencia necesita despachar, ó quiere recibir á alguien—le dijo el clérigo,—en la antesala aguardaré hasta que se me ordene.

—Sí, hágame el favor.»

Retiróse Fago á la sala próxima, donde esperaban dos hombres del pueblo y algunos militares. No vió ninguna cara conocida, de lo que se alegró, pues no tenía gana de andar en saludos ni de entrar en conversaci3n. En su aburrimiento se puso á contemplar el adorno de imágenes y estampas de la sala, el cual era tan variado como edificante: un Niño Jesús bien vestido, un San Joaquín con faldas ahuecadas, y entre ellos una laminota de barcos de guerra peleándose. Corderillos bordados y un retrato de caballero con peluquín y chorreras, y en la mano una carta doblada en pico, completaban el ornato. Extremada era la limpieza de todo, y el piso, de tablas desiguales enceradas, ostentaba un lustre excepcional de días de fiesta. Cuando más solo se creía Fago, sorprendióle el cura, dueño de la casa y patrón del General, llegándose á saludarle con la confianza natural entre colegas. Era un hombre de mediana edad, pequeñín, torcido de cuerpo, de cara feísima, boca jimiosa y risueña, y ojos ratoniles. ¡Pero este señor General, qué poco se cuida de su salud!—dijo de buenas á primeras.—Pidió la comida para las doce, y son ya las dos... Ayer fué lo mismo: en conferencias y visitas se pasó la tarde, y á las seis le servimos el puchero. No gusta de ha-

cer esperar á nadie. Todo el mundo por delante, y él el último.

—Pone toda su atención en los asuntos de la guerra—indicó Fago disimulando sus pocas ganas de palique,—y no se acuerda de las necesidades corporales: es todo espíritu, y su descanso es un continuo trabajar.

—Dios le conserve ese talentazo y esa actividad prodigiosa. Lo mismo se inquieta de las cosas grandes que de las pequeñas. Pero en la guerra, digo yo, no hay nada insignificante. De cualquier futesa depende el éxito; cualquier descuido trae un desastre; en la última piedrecilla tropieza y cae un ejército.

—Es la pura verdad—dijo Fago, teniendo por discreto al cura, que á primera vista le había parecido tonto.—Un General como éste, que sabe su obligación y mide sus responsabilidades, duerme en la almohada de sus pensamientos, y come en la mesa de sus afanes.»

El clérigo torcido y feo se frotó las manos; rasgó su boca en una larga sonrisa, señal de que variaba bruscamente de conversación, y dijo estas palabras no exentas de malicia:

«¿Con que ya tenemos en campaña á su señor tío de usted, el gran *pastor navarro*?

—No comprendo lo que usted dice, señor cura.

—Que ya tenemos de General en jefe de los cristinos y Virrey de Navarra á su tío de usted, D. Francisco Espoz y Mina. ¡Si ya lo sabe todo el mundo!

—Menos yo, que también ignoraba que fuese sobrino de D. Francisco.

—Entonces nos confundimos... ¡Oh! dispénseme...—dijo el curita estrechándole las manos.—Le tomé á usted por Aquilino, el cura de Elizondo, sobrino carnal de Mina, digo, de su primera mujer. Vaya, que se le parece usted en la color morena, en el ceño adusto, y en el metal de voz sobre todo. ¿Con que no? Por muchos años. Yo me alegro; porque francamente, como tenemos en contra al gran guerrillero, y hemos de cachifollarlo todo lo que podamos, celebro infinito que no sea usted su pariente. Pues yo, al entrar, le ví á usted y me dije: «¡Hola! aquí tenemos al curita de Elizondo, enviado por su tío para parlamentar...» ¡Si hasta se ha dicho que Mina se nos venía á casa! Yo no lo creo. Pero, francamente, al ver al cura de Elizondo... que luego resulta no ser el cura de Elizondo... pensé: «Tratos tenemos y recaditos. Mina es astuto, éste más. Puede que se entiendan, y unidos los dos, nos traigan en cuatro días el triunfo del Altar y el Trono.» Yo discurría con buena lógica... porque... la cosa es clara... usted en Elizondo, á dos pasos de la frontera por acá; Mina en Cambo, á dos pasos de la frontera por allá. «Nada, nada—pensé yo:—el sobrino se ha puesto al habla con el tío, y ahora trae el recado, y luego vuelta á Cambo con la contestación...» Digan lo que quieran, es usted el retrato de Aquilino Errazu, y el General, cuando le vea, le dirá...



—El General ya me ha visto, y no me ha dicho nada de eso.»

Con la palabra en la boca se quedó el cura. Fago fué introducido nuevamente de orden de D. Tomás, y éste le dijo, permaneciendo los dos en pie:

«Le doy á usted doce hombres, que escogerrá á su gusto, y con ellos se me encarga de una comisión para la cual se necesita arrojo, astucia y actividad extraordinaria. Dígame ante todo: ¿conoce usted bien los senderos de Vizcaya en el límite con Guipúzcoa?

—Los senderos que no conozca los aprenderé al instante.

—Tiene usted que ir á la costa, entre Motrico y Ondárroa. Cerca de esta villa, en un playazo, hay un cañón de hierro, excelente, de á doce, abandonado por el Gobierno cristino. Va usted, lo coge, y me lo trae. Cómo se las ha de componer para transportar esa mole, usted verá. Escogeremos soldados que sepan de carpintería, pues será preciso hacer un carro. Piense usted y determine el camino que ha de seguir para transportar esa carga, burlando á las autoridades cristinas, y evitando que la noticia se divulgue. El cañón quiero que esté en Alsasua dentro de seis días. Hoy sale usted de aquí con los doce hombres y ocho onzas para los gastos que se ocasionen. Creo que bastará, aun suponiendo que sea menester emplear parejas de bueyes y pagar algunos jornales. Calculo yo que mis paisanos ayudarán todo lo que puedan sin interés alguno.»

Presentado el asunto con tanta sencillez, el General aguardó un ratito la respuesta de Fago, que mirando al suelo parecía meditar en las dificultades de la empresa.

«¿Qué?—preguntó Zumalacarregrui impaciente y algo desdenoso.—¿Cree usted que la cosa es difícil, imposible?

—Nada hay imposible —afirmó el otro afrontando la mirada del héroe.—Si esto fuera fácil, creo que vuestro señoría no me lo encargaría á mí. Traeré el cañón. Me parece poco seis días.

—Pues sean ocho. Hoy es miércoles. Del martes al jueves próximos estaremos en la sierra de Urbasa. Villareal se adelantará á la ermita de San Adrián para esperar á usted. Sobre los medios que ha de emplear para el transporte, nada le digo, y lo fío todo á su ingenio, audacia y buena disposición. Construirán ustedes un carro...

—Mejor será una narria...

—Es verdad, narria... y aprovechando estas noches larguísimas... ¿Qué luna tenemos?

—Ayer ha sido el menguante.

—Mejor... Nos conviene la mayor obscuridad. Tenga usted presente que corre el riesgo de encontrar las columnas cristinas de Carratalá, de Jáuregui, ó de Espartero. En cambio, puede favorecerle la columna nuestra que manda Eraso. Pero le advierto que se ve obligada á operar constantemente, y que tan pronto está en Vizcaya como en Guipúzcoa. Procure usted indagar sus movimientos y aproximarse á ella... Y por último, no ne-

cesito encarecer á usted el sigilo, aun aquí mismo. Nadie tiene que enterarse de esto, y los doce hombres que le acompañen no deben saberlo hasta que estén en camino. Sin vacilar escójalos usted guipuzcoanos.

—He pensado lo mismo... En este momento se me ocurre una idea.

—Dígala usted pronto.

—Me basta con ocho hombres.

—Perfectamente... y guipuzcoanos los ocho, conocedores del terreno. Hay dos de mi pueblo, que son capaces de subir á lo alto del monte Aizgorri la torre de la iglesia.

—¿Cuándo salgo?

—Esta tarde. Plaza le arreglará á usted todo... Y no hay más que hablar. Hasta el lunes ó martes.

—Mi General... hasta la vuelta.

—Y si me demuestra, con el buen cumplimiento de esta comisión, que aciertan los que ven en usted un hombre de grandes aptitudes para la guerra... ya hablaremos.

—Ya hablaremos,—repitió Fago estrechándole la mano; pero por el pronto ya no se habló más, pues ni uno ni otro eran inclinados á la verbosidad. No salió, no, sin que le asaltara en la habitación próxima el dueño de la casa, oficiosamente expresivo, y con ardientes picazones de curiosidad. Algún trabajo le costó al aragonés sacudirse aquella mosca, y salir á escape hacia su alojamiento. Allí se vió obligado á despistar á Ibarburu, endilgando todas las mentiras que requería la diplomacia, arte en contradic-

ción con la rigidez del Decálogo, y no pensó más que en prepararse para la expedición. Poco después del anochecer salió con los ocho hombres; dejaron en la aldea próxima los unos su traje militar, el otro sus arreos eclesiásticos, vistiéndose de aldeanos vascos, y calzando peales, y á la calladita franquearon la alta sierra para descender al valle donde nace el Oria, por las inmediaciones de Cegama. Eran los expedicionarios gente decidida, honrada hasta la inocencia, fuertes, incansables, buenos como los ángeles en tiempo de paz; en la guerra, dotados de un valor flemático y de una pasividad fatalista, que les hacía de hierro para atacar, de peña para resistir. Dispuso el capellán que se dividiera la cuadrilla en tres grupos para mejor disimulo, y les marcó los sitios y fechas en que debían tomar un descanso de pocas horas; les encargó que evitaran el paso por las poblaciones, deslizándose por las afueras de Villarreal y Azpeitia, y ganando la boca del río Urola para seguir luego por la costa hasta las inmediaciones de Motrico, á donde llegarían al amanecer del viernes. Los que Fago dejó consigo eran dos hermosos ejemplares de raza vasca: el uno, impetuoso y jovial, de cuarenta años, carpintero, natural de Azcoitia; el otro, fuerte y membrudo como un oso, de mucha andadura y pocas palabras, era del mismo Ondárroa. Se le había encargado poner al jefe de la expedición en contacto con dos individuos de aquel pueblo, para quienes llevaba

una carta redactada en forma convencional.

Cumplióse con toda exactitud el plan de ida, y reunidos, con diferencia de pocas horas, en el punto designado, encamináronse juntos á Ondárroa por la costa, pues allí no era necesaria tanta precaución. Todo el viernes lo empleó Fago en hacerse cargo de la pieza que los hermanos Ciquiroa le mostraron, y en labrar una sólida narria, para lo cual se les facilitó lo preciso en un taller de carpinteros de ribera: tres de la partida se destacaron á Motrico para contratar parejas de bueyes, que debían esperar á media noche en el camino de Garagarza, y la salida de Ondárroa se verificó con yuntas de la localidad, al amparo de personas adictas, tan desinteresadas como discretas. Serían las diez de la noche cuando el cañón fué movido y arrastrado por aquellos arenales, y después por caminos duros, no sin que hubiera que vencer, á trechos, obstáculos y pendientes. Pero la fuerza hercúlea de los ocho expedicionarios, y la serena dirección de su jefe, ayudado por los que en la salida arrimaban el hombro al bronco de la causa, salvaron las dificultades, adiestrándose para las mayores que en el resto del camino habían de sobrevenir.

## XI

Hombre previsor, y que no fiaba al acaso la ejecución de su plan, Fago enviaba por delante á dos ó tres de sus hombres para que buscasen bueyes y los tuviesen preparados en sitios convenientes. Había que resolver el problema de salvar la divisoria entre el Deva y el Urola, evitando el paso por los caminos reales, donde era fácil encontrar tropas cristinas de las divisiones de Jáuregui ó Carratalá. Y ningún auxilio debían esperar de la columna de Eraso, que, según les dijeron, había tenido que replegarse á Eibar, y de aquí á Durango, acosada por Espartero. Mas sin acobardarse por este desamparo, y esperándolo todo de la Providencia divina, franquearon sin accidentes insuperables las enormes pendientes del monte San Isidro, arrastrando el cañón con cuatro parejas por un difícil y áspero sendero. A cada paso tenían que apartar piedras y troncos, ó desatascar la narria, ó vencer obstáculos que la desigualdad del camino les ofrecía; trabajo de ciclopes que sólo pueden acometer y consumir la ruda perseverancia, la inquebrantable adhesión á una causa más religiosa que política, cualidades asistidas de un vigor muscular á toda prueba. Todo esto lo



tenían aquellos hombres, almas encendidas en ingenuo fanatismo, cuerpos atléticos. Eran niños en el sentir, gigantes en el hacer; cuando parecían estenuados, de su cansancio sacaban nuevos bríos.

Difícilísima fué la ascensión á San Isidro; penoso el descenso hacia Urralegui, en la noche oscura, rodeados de una densa neblina, que al amanecer se hizo de tal manera espesa que no sabían por dónde andaban. Sólo encontraron algunos carboneros. El resplandor de una ferrería en el fondo del valle, muy conocida de algunos expedicionarios que habían trabajado en ella, les sirvió de guía para orientarse. Llegaron contentos y orgullosos á las inmediaciones de Azcoitia, y se ocultaron en la espesura del bosque, para tomar descanso durante el día, y estudiar el paso del Urola, que sería de gran dificultad si andaban por allí tropas cristinas. Mandó Fago cinco hombres hacia la venta de Elo-sua, á reconocer el puente próximo, tantear á la gente del país y procurarse las parejas necesarias para continuar á la noche siguiente. Uno que era de Azpeitia se encargó de acercarse á su pueblo para ver si había tropas, y con los otros dos se quedó solo el jefe, custodiando el cañón en sitio bastante cerrado de monte. *Chomín* llamaban á uno de ellos, y era de Eibar, hábil herrero y un poco maquinista; mocetón fornido, de corazón infantil y mollera tan dura como el hierro que sabía trabajar. El otro, de armazón ciclópea, superaba en corpulencia y vigor á

todos los de la partida; levantaba pesos inverosímiles, y la barra usual de hierro era para él un juguete. Por lo demás, un pedazo de pan como carácter. Llamábanle Gorria, y era del señorío de Lazcano. Durmieron los tres como unas dos horas, y luego comieron de lo que *Chomín* traía en su morral: pan duro, que reblandecían en el agua de un manantial próximo, y queso áspero de Cegama. Gorria, que servía en la causa desde los principios de la guerra, contó á Fago cómo había sustituido Zumalacarregui á Iturralde en el mando de Navarra; las cuestiones entre la Junta y el primitivo cabecilla; cómo el gran D. Tomás organizó con tenaz energía su ejército, enseñando á los campesinos tiradores el oficio de soldado, inculcándoles la disciplina y haciéndoles bravos, serenos, obedientes. Contaban esto los guipuzcoanos en lenguaje tan sencillo como incorrecto, pues hablaban detestablemente el castellano, y el aragonés lo oía con tristeza, pues todo aquello grande y práctico con que había ilustrado su nombre D. Tomás lo habría hecho él si le dieran ocasión de ello. Gorria le contó el gran suceso de Arguijas, y luego lo de Salvatierra, con la derrota de Doyle. Aseguró que si pudieran hacerse con algunas piezas de artillería, la causa estaba ganada, y se merendarían á Mina, que ya se preparaba á darles batalla, y venía muy fanfarrón. Dijo Fago que Mina era muy querido en Navarra y la conocía palmo á palmo; pero que no podría con Zumalacarregui si

éste tomaba buenas posiciones y le esperaba tranquilo. Más guerrillero que general, y enfermo y viejo, no había caído Mina en la cuenta de que los tiempos eran otros: no en vano pasan veinte años de política sobre los pueblos. El ejército Real no valía menos, como tal ejército, que los mejores de Napoleón, con la ventaja sobre éstos de *estar en casa*, en un país enteramente adicto, donde todo le favorecía, la naturaleza y las personas. Los cristinos venían á ser como extranjeros: nadie les quería, pocos les ayudaban. Tenían que llevar consigo las armas y el pan, y fortificarse en todo punto donde ponían su planta. Por último, entonaron los tres un himno en alabanza de la sublime artillería, y juraron afrontar, no sólo lo difícil, sino lo imposible, hasta llevarle á D. Tomás la pieza de Ondárroa, cuyos formidables disparos se imaginaban ellos semejantes al retumbar de mil truenos.

«Y si D. Tomás—añadió el capellán,—sabe escoger el mejor terreno; si atrae á Mina ó á Córdoba á una batallita en regla, mucho será que no os apoderéis de cuatro ó seis piezas de campaña, con las cuales yo... digo él, pasaría el Ebro por Cenicero, dirigiéndonos como un rayo á Ezcaray, para seguir luego sobre Burgos, y... Pero dejemos venir los acontecimientos, que de fijo vendrán tal y como yo os los anticipo.

El descanso de los tres hombres fué turbado por uno de los compañeros, que se les presentó jadeante, y les dijo: «En el camino de

Elosua, los cristinos... muchos, muchos... caballería grande... Detenerse para ración... Pasar hacen por aquí bajo, hacia Azcoitia, pues.» De los otros compañeros vinieron luego dos confirmando la noticia. Los otros tres habían pasado el río, subiendo á las alturas de Pagochaeta en busca de yuntas de bueyes. Dispuso Fago internar más el cañón en el bosque, pues sólo se hallaban á un tiro de fusil del camino real que en lo hondo del valle serpenteaba. Echaron todos sus formidables manos, y tomado el tientó á la pesada mole, lograron moverla monte arriba como unas veinte varas, poniéndola en un sitio más escondido, al amparo de las ruínas de una cabaña de carboneros... A poco de esto les sobresaltó un tiroteo lejano, señal de que alguna partida suelta molestaba á los cristinos desde las alturas de Elosua; fueron hacia allá, dejando el cañón custodiado por la Providencia divina, en la cual confiaban todos, y á la media hora de presuroso caminar, divisaron á lo lejos algunos hombres que iban á buen paso en dirección contraria al Urola, como hacia Placencia. Ordenó Fago que los más ligeros de piernas corrieran á su alcance, y les ordenaran detenerse de orden de Zumalacarregui. Eran escopeteros de la partida de Bidaurre; *Chomín* les conocía; corrió el primero; tras él fué Arizmendi, natural de Eibar, y pronto se pusieron unos y otros al habla. Por los de la partida supo el capellán que la columna cristiana que se racionaba en Elosua era la de Carratalá. Reco-

nociéndose todos al punto como defensores de la causa, en pocas palabras expuso Iago á los guerrilleros el objeto de su expedición, añadiendo que el General, al encargarle de transportar la pieza de artillería, habíale asegurado que las partidas volantes que operaban en combinación con la columna de Eraso le ayudarían en cualquier aprieto que pudiera ocurrirle. Un poco tardíos en hacerse cargo de la situación, los partidarios vacilaban; pero tal autoridad supo mostrar el aragonés, y con tan elocuente energía les habló, que se convencieron, prestándose á cuanto exigiera el servicio de la causa. Gorria, *Chomín* y los demás, hablando con los otros en vascuence, establecieron la más franca cordialidad. El principal de la partida les dijo: «¿Y qué tenemos que hacer?... ¿defender la pieza por si quieren quitárnosla?»

—No—replicó Iago.—Si quisieran quitárnosla, sería imposible defenderla. Lo que tenemos que hacer es impedir que la descubran; ocultarnos todos cuidadosamente, sin hacer el menor ruido, y una vez que la retaguardia cristina avance y nos deje el río libre, échar entre todos mano al cañón, y pasarlo por el puente de Elosua. Si por acaso los cristinos dejan alguna fuerza en el puente, embestirla sin miedo, acuchillarla, y adelante. Pasado el cañón á la otra orilla, no nos faltarán parejas con que llevarlo esta noche á Urrestillo, y franquear luego el monte Murumendi.»

Aprobado este plan, Iago mandó apar-



tarse más hacia Occidente, dejando una guardia que vigilase el movimiento de los cristinos. Los de la partida eran once bien armados, con municiones abundantes; los otros seis: diez y siete hombres en junto, de gran fortaleza y decisión. Contaron los escopeteros que Bidaurre les había mandado tirotear á Carratalá desde el monte, molestándole sin darle tiempo á la defensa, y que con rápida marcha se corrieran luego hacia Azcoitia para repetir la propia operación desde las alturas del puerto de Azcárate. El resto de la fuerza andaba por las cercanías de Azpeitia.

No se habían internado gran trecho en la espesura, cuando sintieron los clarines de la caballería cristina que avanzaba. Los vigías que habían dejado en las peñas que dominan á Elosua, avisaron que aún quedaban allá grupos de fusileros en acecho, ocupando las alturas más accesibles. Toda su autoridad hubo de desplegar Fago para contener á los de la partida, que nada menos pretendían que cazar, *como erbias* (liebres), á los soldados cristinos. Hízose por fin lo que la prudencia y el buen gobierno de la situación aconsejaban. Echáronse todos en tierra, con orden de no hablar, evitando la repercusión de sonidos en la sierra fragorosa, y así permanecieron hasta que la gradual lejanía del rumor militar les anunció que la columna enemiga había pasado río abajo. Decidió entonces Fago aprovechar el tiempo, y dirigiéndose hacia donde había dejado el cañón,



ordenó que entre todos, utilizando el repuesto de sogas que llevaban, tiraran de él para bajarlo al puente. Diez y siete hombres de poderosa musculatura, bien podían desarrollar la fuerza de tiro de dos parejas; ó, por lo menos, había que intentarlo hasta conseguirlo ó reventar, pues se recibió la noticia de que tras aquella columna venía otra, que había salido de Villarreal al mediodía: su paso por el sitio de peligro sería dentro de hora y media ó dos horas lo más. ¿Qué remedio había más que acelerar el transporte de la narria á la otra orilla, so pena de no poder hacerlo hasta muy tarde de la noche, ó de correr el gravísimo riesgo de caer todos, cañón y hombres, en poder de los cristinos? Animo, y adelante.

Los diez y seis hombres, los treinta y dos brazos tiraron, obteniendo la unidad del esfuerzo con el grito rítmico de la gente de mar, y el pesado armatoste resbaló por el suelo, snave en algunos sitios alfombrados de grama, áspero en otros. Pero tal energía desplegaban, tan extraordinario poder desarrollaron los brazos de aquellos hombres, excitándose con frases de ardiente entusiasmo y fervor por la causa, que en veinte minutos trasladaron la carga á corta distancia del puente, situándola en un altozano, al borde de un talud, por donde era forzoso precipitarla. El peligro de que la mole, resbalando á impulso de su propio peso, arrollara á los más impetuosos, fué salvado con las serenas disposiciones que tomó el jefe. Fe-

lizmente, los cristinos no dejaron fuerza en la venta, con lo que ya no había más que acelerar el paso á la otra orilla antes de que llegara la segunda columna. Los de la venta, adictos también, ofrecieron su ayuda, y por fin, en media hora de colosales esfuerzos, tirando todos, arreándoles Fago con gritos y trallazos, salvó el cañón la joroba del puente, y pasó á la margen derecha del Urola, donde había un caminejo bastante expedito que les permitió internar la carga á trescientas ó más varas de la orilla. No era el sitio seguro, ni mucho menos; pero imposibilitado de seguir adelante sin yuntas, ordenó Fago á los escopeteros que se volviesen á la orilla izquierda y tomaran posiciones en lo alto de las peñas para molestar á la columna cuando llegara, distrayéndola por aquella parte. Como la noche se venía encima, dispuso también que en las alturas donde habían estado antes se encendiesen hogueras, á fin de que la atención del jefe de la columna se desviara del sitio que interesaba mantener libre de toda sospecha.

Retiróse con esto la partida, y despedidos los de la venta, previa la amenaza de fusilarles si daban el soplo á los cristinos, Fago y los suyos esperaron con vivísima ansiedad, pues en aquel caso se jugaban la vida. Discurrieron abrir un gran hoyo y enterrar el cañón: sólo una pala y una azada tenían; pero con tanto ahinco trabajaron, haciendo sus manos oficio de paletas, que el hoyo quedó abierto en media hora, y la pieza desapa-

reció dentro de tierra y bajo una capa de yerbas y pedruscos. Hecho esto, se dispersaron, y situados en alturas frágolas, acacharon el paso de la columna. Temía fago que los de la venta, por miedo ó cobardía, revelaran el secreto á la tropa, ó á la patrulla de *chapelgorris*, que seguramente vendría de noche; recelaba que si no los hombres, las mujeres, siempre charlatanas y enredadoras, dejaran traslucir algo, y no tenía tranquilidad hasta no salir de aquella comprometida situación. Al anocheecer pasó la columna sin detenerse, circunstancia felicísima á que los expedicionarios debieron su salvación: sin duda quería llegar á Azcoitia á hora conveniente para alojarse. Los escopeteros tirotearon como á un cuarto de legua más abajo, conforme fago les había advertido: todo iba bien, admirablemente combinado por la previsión suya, ayudada del acaso. Sólo podía entorpecer el éxito la inopinada presencia de los miqueletes, sobre todo si algún maligno ó indiscreto les ponía sobre la pista del enterrado tesoro; pero este peligro se disponían á conjurarlo *Chomín* y *Gorría*, propomíendose quitar de en medio á la patrulla, sin darle tiempo á respirar.

## XII

Llegaron por allí dos mujeres que Fago no vió con buenos ojos. No temía de ellas la traición deliberada, sino la infidencia inocente, por indiscretas habladurías.

«¿Saben ustedes—les preguntó,—si están en la venta los miqueletes?

—Ya se fueron, pues, con tropa. Volver ya harán, pues, á las diez. La cena ya pedirle han hecho á Casiana.

—*Chapelgorris* dormir hacen por la noche... y algunas noches ya hemos visto, pues, subir monte, y hablar confianza con partidas.

—No me fío—dijo Fago;—y ahora van ustedes á hacer lo que yo les mande, pero sin tratar de engañarme, porque en este caso lo pasarán mal.

—Serviremos ya, pues.

—Ahora se van ustedes á buen pasito por este sendero arriba, y en el primer caserío que encuentren se enteran de si hay pareja de bueyes, y la tratan, ofreciendo una doble por media noche, y me la traen aquí; y si en vez de un par me consiguen dos, les daré á ustedes media onza de oro, con la cual paga este leal trabajo nuestro Rey Carlos V. Accedan ó no á prestarme este servi-

cio, sepan que mientras estemos aquí no les permito pasar el puente para volver á la venta. Y no traten de engañarme, dando un rodeo para vadear el río, porque mi gente las vigila, y no hay forma de escapar. La que intentare pasar á la otra orilla antes que yo se lo permita, será pasada... por las armas. Con que... ya saben. Si me obedecen, media onza y viva Carlos V; si no, la muerte. Decídanse pronto.»

Ambas gustaban en verdad de servir á la causa; pero la una tenía que volver á su casa con leña; las urgencias de la otra, que era corpulentísima, consistían en la obligación de dar la teta á su niño. «Tú llevarás la leña después—les dijo l'ago;—y el crio tuyo que espere. Por nada del mundo os permito volver á la venta.» Ante tan resuelta actitud, diéronse prisa las dos á desempeñar su comisión, y con paso ligero emprendieron la marcha. Advirtióles el jefe que si encontraban á los dos hombres de la partida que habían salido con el mismo encargo de buscar yuntas, les diesen exacto conocimiento del lugar donde él y los suyos se encontraban. «Y otra cosa—agregó llamándolas después que echaron á correr:—que no me traigáis parejas con carro. Como yo sienta el chirrido de ruedas con los ejes desengrasados, hago un escarmiento en vosotras, en los boyeros y en los bueyes mismos... ¡Eh, andando!»

Antes que las mujeres, se presentaron de regreso los dos hombres con una sola yunta, pues no habían podido conseguir más. Trans-

currieron las primeras horas de la noche en gran ansiedad, con el temor de que apareciesen los miqueletes reforzados con tropa cristiana; pero nada de esto ocurrió. No se oía más ruido que el del Urola saltando entre las peñas de su lecho. El vigía que pusieron junto al puente, ordenándole que permaneciese tumbado con el oído sobre la tierra, comunicó que los *boinas rojas* habían llegado, y después de permanecer un rato en la venta, cenando quizás, habían vuelto á salir, alejándose rio arriba. Receló después Fago que las familias de las dos mujeres que en aquel momento servían la causa del Rey, se inquietaran por su tardanza, y saliesen en su busca; recelo que se confirmó antes de las once con la aparición de una vieja y un chico preguntando por las ausentes. Una y otro confirmaron la ausencia de los *chapelgorris*; la vieja, con su ardiente adhesión á la causa, manifestada espontáneamente, inspiró confianza al jefe; era madre de la mujerona que criaba: el esposo de ésta servía con Zumalacarregui. Expresados el nombre y la filiación del tal, resultó que *Chomín* le conocía; eran grandes amigos. «¡Vaya, Tomás Mutiloa!» Echándose á llorar, dijo la vieja que el apóstol Santiago se le había aparecido la noche anterior, asegurándole que ella no se moriría sin ver á D. Carlos en el trono, y á la santa religión triunfante. Preguntóle Fago si no había en su casa algún hombre forzado que quisiese trabajar, á lo que respondió la anciana que en su familia



no había más hombre que su hija Ignacia, la cual tenía una fuerza como la de una vaca. Tiraba de un carro de abono tan guapamente; araba como la mejor pareja, y para romper la tierra no había otra. «Pues tráele aquí la cría para que le dé la teta en cuanto venga, y así podrá ayudarnos.» No quería la vieja más que obedecer, poniéndose decididamente á las órdenes de aquel personaje desconocido, en quien su senil imaginación y su fanatismo veían á un príncipe de la familia real, disfrazado. Pronto regresó con el chico, que parecía un ternero; media hora después volvían el marimacho y su compañera con una pareja de bueyes, única que habían podido encontrar.

Con los escasos elementos de que disponía, organizó fago su marcha, y desenterrado en un momento el cañón, engancharon, y ¡hala monte arriba! Gorria formó yunta con la Ignacia, y daba gloria verles tirando de la pieza. La otra mujer también ayudaba, y el chico, que era su hermano, igualmente. Delante iba la vieja con el ternero en brazos, animando á los bravos campeones de ambos sexos con palabras de alegría y confianza en la causa: «¡Arrear, arrear ya, *mutillac!* y hánganse cargo de que al propio Rey á su palacio llevan. ¿Pesa, pesa? Ya vale, pues. Con este cañón que llevar hacéis, ya querrá Dios que D. Tomás hacer polvo á los negros... ¿Cansar hacéis? Aquí no causar ninguno. Pensar, pues, que á rastra llevar el mismo religión, y quitar el de herejes... Pensar

esto, pues, y Dios ya dará fuerzas á vos, hará que fuerzas tener como bueyes y caballos... ¡Arrear, arrear!»

La noche era obscura, glacial, y la neblina condensada se resolvía en lluvia menudísima, que habría enfriado los huesos de los expedicionarios si el rudo ejercicio del tiro no les hiciese entrar en calor. Ignacia echaba fuego de su rostro; pero, incansable, daba ejemplo de resistencia á los hombres. Sin detenerse más que breves momentos en los puntos que designaba el jefe para tomar descanso, llegaron al amanecer á las alturas que dominan á Villarreal, y de allí, sin perder tiempo, cuesta abajo ya, se dirigieron á la cuenca del Oria por Astigarreta, donde ya tenían contratadas yuntas para bajar hasta Beasaín. La vieja con su ternero, la gigantesca Ignacia, y la otra con el chico se despidieron allí para volver á su casa, después de bien recompensadas en nombre de Su Majestad, encargando la mujer-vaca que dijeran á su marido Mutiloa el grande servicio que ella había prestado á la causa, y que no dejara de portarse en toda ocasión como un valiente, pues el Rey y Dios, de una manera ó de otra, se lo habían de premiar.

Acordó Fago un descanso de medio día, cinco horas de sueño y una para comer, y *Chomín* propuso que visitaran á un ermitaño que en aquellas soledades gozaba opinión de santo, y aun se permitía milagrear un poco. Llamábanle Borra, y hacía doce años que se había dado á la vida ascética, construyendo

su cabaña de piedra y barro, techo de juncos y tierra, en una de las vertientes del Murumendi. Vivía de limosnas y del fruto de un huertecito que cultivaba junto á la cabaña. *Chomín* y Gorria, mientras conducían á su jefe á visitar al ermitaño, contaron que éste había militado en las partidas realistas del año 22, y que habiéndole sorprendido Mina en actos de espionaje, le condenó á muerte, conmutándole luego la pena por la menos cruel y más infamante de cortarle las orejas. Se las cortaron, ¡ay! y el pobre hombre se fué á su casa, sin gana ya de volver á guerrear por los realistas ni por ningún nacido. Agobiado de tristeza y soledad, pues además de la falta de orejas lloraba la de familia, vendió su corta hacienda, y se fué al monte, ávido de quietud religiosa, lejos de las pasiones humanas y del loco trajín del mundo. No volvieron á entrar tijeras en su barba y cabello, y éstos le cubrían la mutilación nefanda. Vestía un capote de pastor, y se hallaba acompañado de una cabra y un perro. Como á veinte pasos de su cabaña, había plantado una enorme cruz hecha con troncos, y allí rezaba las horas muertas: aquélla era su iglesia, y no tenía más, ni le hacía falta para nada. El huerto dábale coles y borrajas, alguna patata; no cazaba, ni poseía instrumentos para quitar la vida á ningún sér. Sus devotos, que en Beasaín y Larza los tenía muy fieles, solían subirle cosas de más substancia: alguna trucha del Oria, queso, pan, y en las solemnida-

des huevos, y algún chorizo de añadidura.

Distaban aún cien pasos de la choza Fago y sus compañeros, cuando se encontraron al ermitaño, que paseaba al sol, precedido de la cabra y el perro. Era alto y huesudo, tan tieso que parecía de madera; figura semejante á muchas que se ven en nichos polvorosos de las iglesias, olvidadas de la devoción, sin ofrendas, sin culto. El cabello entrecano le caía hasta los hombros, y la barba era de variados colores, uno y otra de extraordinaria aspereza. Calzaba peales, y se cubría todo el cuerpo con un ropón de jerga, remendado con cierto esmero, ceñido á la cintura por cuerda de cáñamo. En una mano llevaba el garrote, y en la otra un cuenco de media calabaza, con el cual bebía el agua cristalina de una fuente próxima á su vivienda. Saludado por los visitantes, miró á Fago con recelo, que el capellán disipó con palabras afectuosas.

«Eres tú aragonés—le dijo el venerable.— Por el acento te conocí. Vi y traté á muchos aragoneses en mi tiempo de pecador, y todos guapos chicos, pero muy quijotes... camorristas, bebedores, cantadores y enamorados.» Siguieron hablando de cosas indiferentes, y luego propuso Borra que le acompañasen á la fuente, donde catarían con él el agua más rica del mundo. De aquel líquido se daba el solitario, según dijo, grandes atracones mañana y tarde, y á ello debía su inalterable salud. Fueron, pues, al manantial, y sentados en el césped finísimo, bebie-

ron de un agua cristalina y glacial, que á Fago le pareció como todas las aguas, y á *Chomín* inferior al peor vino. El de Navarra fue ardientemente elogiado por Gorria, y de aquí saltó la conversación á la guerra, diciendo Fago: «Nosotros tres y los compañeros que abajo quedan, somos servidores del Rey D. Carlos V, en favor de quien tú, bendito Borra, seguramente imploras los auxilios del cielo. Unos con las oraciones y otros con las armas, todos ayudamos á la causa.» Respondió el ermitaño con frialdad, no inferior al agua que habían bebido, que él, desde que se retiró á la aspereza del monte, había hecho corte de cuentas con todo lo que fuera política, reyes y ambiciones armadas ó pacíficas. Nada le importaba ya que mandase Juan ó Pedro, y le gustaba más mirar á las estrellas que á los hombres. Hasta su soledad llegaban á veces rumores de tropas que pasaban por el fondo de los valles; pero él les hacía el mismo caso que si fueran las caravanas de hormigas que andan afanosas por la tierra.

«Oiganme, señores míos, y si quieren hacerme caso, bien, y si no, también. Yo les digo que la guerra es pecado, el pecado mayor que se puede cometer, y que el lugar más terrible de los infiernos está señalado para los generales que mandan tropas, para los armeros que fabrican espadas ó fusiles, y para todos, todos los que llevan á los hombres á ese matadero con reglas. La gloria militar es la aureola de fuego con que el De-



monio adorna su cabeza. El que guerrea se condena, y no le vale decir que guerrea por la religión, pues la religión no necesita que nadie ande á trastazos por ella. ¿Es santa, es divina? Luego no entra con las espadas. La sangre que había que derramar por la verdad, ya la derramó Cristo, y era su sangre, no la de sus enemigos. ¿Quién es ese que llaman el enemigo? Pues es otro como yo mismo, el prójimo. No hay más enemigo que Satanás, y contra ese deben ir todos los tiros, y los tiros que á éste le matan son nuestras buenas ideas, nuestras buenas acciones.»

Quiso Fago replicarle defendiendo las guerras cuyo fin es refrenar la maldad; pero el anacoreta no quiso escuchar tales argumentos, y levantándose y esgrimiendo el garrote, no con manera hostil, sino en forma oratoria, dijo estas palabras: «No, no, no... ¡A mí con esas! Condenado Fernando VII, condenado D. Carlos María Isidro, y condenadas todas las reinas, magnates y archipámpanos que andan en este pleito.

—Y condenados también nosotros,—dijo Fago, un poco mohino, levantándose.

—También, si no vuelven la espalda al demonio—agregó el ermitaño, poniéndose en camino pausadamente en dirección de su cabaña.—Y más les digo: dos cosas malas, remalas hay en el mundo: la guerra y la mujer... ¡La guerra! por el son de la palabra ya se ve que también es mujer. Detrás de las matanzas entre hombres, hay siempre querellas, envidias y trapisondas de mujeres.



—¿Crees también que está condenado el bello sexo?—le preguntó Fago con un poquito de socarronería.

—Condenadas todas no—replicó el otro con autoridad,—porque algunas hay buenas... aunque pocas... Pero que el Infierno está lleno de mujerío, no lo duden ustedes.

—¿Verlo tú, pues, Padre?—preguntó *Chomín*.

—No necesito verlo—dijo el solitario alzando el garrote con alguna viveza,—para saber lo que hay allí; y si lo dudas, pronto te desengañarás, porque pronto te has de morir, y has de morir matando.

—Y de mí—preguntó Fago,—¿qué piensas? ¿cómo y cuándo crees que he de morir?»

El eremita se detuvo, y mirándole grave y detenidamente al rostro, le dijo: «De tí no sé nada... No te entiendo... En tí veo mucho malo y mucho bueno. En tus ojos hay dos ángeles distintos: el uno con rayos de luz, el otro con cuernos. Yo no sé lo que será de tí. Tú harás maldades, tú harás bondades... No sé.»

Siguieron un buen trecho silenciosos, hasta que Gorria, queriendo soliviantar al solitario, se dejó decir: «¿No sabes, santo Borra? Tenemos ya de General en Jefe de los cristinos á Mina.» Al oír este nombre se inmutó ligeramente el solitario, y con un movimiento maquinal se llevó ambas manos á las orejas, mejor dicho, á los oídos, cubiertos por la enmarañada y polvorosa guedeja. «Mina, Mina...—dijo algo turbado y balbuciente...

—no es ese más ni menos perro que otros perros asesinos.

—Tu religión, nuestra religión—le dijo Fago,—te manda perdonar á tus enemigos.

—Y los perdono. Pero Dios no los perdonará... digo, no sé. Allá Él. Yo rezo todos los días porque los militares abran los ojos á la verdad, y abominen de las matanzas. Pero nada consigo. Todos los que vienen á verme me dicen que cada día es más terrible la guerra, y ya no guerrear sólo los hombres, sino los viejos y hasta los niños. Vosotros, que venís á dar un consuelo al pobre ermitaño, guerreros sois también, y sin duda de los que andan al acarreo de armas y municiones.

—Así es: honra mucha—dijo *Chomín* impetuoso.—Llevar hacemos un cañón grandísimo para el ejército Real, y muy pronto, pues, oir tienes sus disparos.

—Mientras tú rezas—dijo Gorria,—nosotros disparamos... quiere decirse que rezamos con pólvora.

—Ese rezo es para Satanás maldito.

—¿Estás bien seguro de lo que afirmas?—le dijo Fago, queriendo poner fin á la conferencia y volver á su obligación.

—Tan seguro—replicó amoscándose el desorejado eremita,—como lo estoy de que los tres sois alcahuetes de la guerra, y mequetrefes de Satanás. Ya os estáis marchando para abajo, que yo me encuentro mejor en la compañía de los pájaros y de las moscas que en vuestra compañía.

—Nos vamos, sí—dijo Fago tranquila-

mente, sacando del bolsillo una moneda.— Nos llama nuestra obligación. Te dejaré una limosna.

—¿Dinero?... Gracias. No me hace falta para nada—replicó el santón, alejándose de los tres.—Ahí tenéis otro motivo de condenación, el maldito dinero, que no sirve más que para hacer á los hombres codiciosos y avarientos. Por dinero salta el hombre y baila la mujer, y de estos brineos sale la guerra... Guárdate tu moneda, que yo no tengo bolsillo. Mira las hormigas cómo viven sin dinero. Pues lo mismo soy yo: como y estoy bueno sin ver un cuarto... ¡Cuartos! ¡Vaya una inmundicia...!

—También tengo plata...

—¡Plata! ¡qué roña!

—Y oro.

—De plata tiene los cuernos Lucifer, y de oro la pezuña. Váyanse, váyanse con Dios... Ustedes matan, yo rezo...»

### XIII

Se alejaron, dejándole en la proximidad de la cruz, en actitud de oración. A distancia como de cien pasos, Gorria cogió una piedra, diciendo: «¿Quieren que se la estampe en mitad de la frente para que se le aclaren las entendederas á ese viejo estúpido?

—No, no: déjale... Ó es un bienaventurado de muy pocos alcances—dijo Fago,—ó un vividor de mucha trastienda. Sea lo que quiera, ha resuelto el problema de la vida, y es un hombre feliz. No se le haga ningún daño, pues él á nadie ofende, y vámonos, que es tarde.»

Con toda felicidad bajaron al anochecer á Larza, y sin ningún percance pasaron el Oria, donde tenían parejas preparadas, siguiendo inmediatamente hacia Lazcano y Ataún, monte arriba, en busca de la sierra de Araquil. Ya no temían el encuentro de tropas cristinas; iban tranquilos, contando las horas que faltaban para llegar al término de su arriesgado viaje. Sanos y salvos los nueve, se creían ostensiblemente favorecidos de la Providencia, por la felicidad con que se les habían allanado los obstáculos y conjurado los peligros en su difícil aventura. En San Gregorio, donde en alegre descanso y esparcimiento, pasaron el domingo, encontraron personas amigas, entre ellas el cura, á quien Gorria y *Chomín* trataban con bastante confianza, por haber sido el tal fusilero en el 5.º de Navarra durante un mes no más, distinguiéndose por su entusiasmo, ya que no por sus condiciones militares. El General fué quien le disuadió de sus guerreras aficiones, mandándole recoger los hábitos que ahorcado había, y convencido el hombre, mas no curado de su entusiasmo, se hizo soldado platónico, siguiendo con afán desde su iglesia el desarrollo de la campaña.

Con Fago hizo ó quiso hacer al instante buenas migas, alabándole su expedición, y atribuyendo el éxito de ésta á su consumada pericia: lo que él sentía era no poder agregarse á ellos para entrar nuevamente en filas. Pero no podía, no; estaba visto que no servía para el caso, pues su fiereza y acometividad se enfriaban enormemente al empezar el fuego, y le entraba un insano temblor, que si no era miedo, se le parecía como un huevo á otro.

Hablando, hablando, propuso á Fago que, para festejar dignamente la feliz llegada del cañón, dijese misa; y si al pronto el aragonés no rechazó la idea, luego sintió en su alma secreta repugnancia de celebrar: no se creía digno; no se encontraba en la disposición de conciencia que el acto requiere, y al suponerse revestido ante el altar, se le contraía el corazón y se le enfriaba toda la sangre, afectado de un miedo semejante al de su colega cuando sonaban los primeros tiros de una batalla. El uno temblaba ante los escopetazos; el otro ante la grave solemnidad del altar sagrado, ante el Evangelio abierto sobre el atril, ante el crucifijo. Este singular encogimiento de su espíritu le tuvo en gran tristeza todo aquel día, y necesitó de toda su voluntad para poder aguantar, con la conveniente cortesía, los despotriques belicosos del otro cura. A la noche continuaron el arrastre del cañón por ásperas pendientes pobladas de bosque. Felizmente, tenían en su ayuda á los mejores guías del país, ente-

ramente afecto á la causa, y si no pudieron procurarse más de dos parejas, porque no las había, las suplieron con el *tiro personal*. Hombres y mujeres dejáronse enganchar gozosos, y hasta el cura, mejor dotado de musculatura que de corazón, se puso á tirar de la narria uncido con el sacristán! Hala, hala por empinados senderos!... y á las tres de la madrugada llegaban al alto de Lizarrasti, divisoria entre las aguas de Navarra y Guipúzcoa. Ya estaban en casa, ya veían á sus pies el valle de la Borunda. Despidiéronse los de San Gregorio para regresar á sus hogares, y los compañeros de Fago, no pudiendo contener su júbilo por ver coronada de un éxito feliz la empresa que habían acometido, lanzaron en lo alto del monte el grito céltico *Híújujú*, característico de las razas cántabras y cúskaras, relincho salvaje, pastoril, guerrero, pues todo lo expresa y dice sin decir nada. Resuena en la silenciosa cavidad de los valles profundos, como voz de los montes, convertidos en genios de piedra, con cabellera y pelambre de bosques, con túnica de nieblas y cimera de celajes desgarrados. A poco de lanzar su grito, oyeron la respuesta lejana. *Híújujú* dijeron las profundidades de la Borunda, y el corazón de los expedicionarios palpitó de alegría. Volvieron á soltar el relincho, que quería decir: «Aquí estamos; volvemos con felicidad. Traemos el cañón, la esperanza.» Y los de abajo, los hermanos, los compañeros de armas y de fe, respondían: «Os aguardamos,



valientes. Al amanecer nos reuniremos. ¡Viva Carlos VI!»

Viéndose en el término y remate de su arriesgada empresa, los expedicionarios, con la sola excepción del jefe, se entregaron á extremos de alegría delirante, y á la media noche se durmieron. Fago estaba triste, caviloso, y sus pensamientos tuviéronle en vela hasta hora muy avanzada. Se paseaba por entre los grupos de los compañeros entregados al sueño, ó se sentaba en la narria para contemplar á su gusto el cielo, que en aquel punto y hora se despejó, cual si quisiera recrearle mostrándole su azul inmensidad poblada de estrellas.

Provenía la tristeza de Fago de una repentina intranquilidad de su conciencia. Todo aquello que hacía, ¿no era contrario á la ley de Dios? Las ideas toscamente expresadas por el ermitaño Borra se habían aferrado á su espíritu, y las antiguas dudas acerca de la divinidad de la causa defendida por la facción volvieron á atormentarle. «¿En qué consiste—se decía,—que á veces me siento guerrero, tan guerrero como el que más, y dotado de las esenciales miras y talentos de un candillo militar, y á veces me siento profundamente religioso, con anhelos vivísimos de perfección? ¿Será posible que entre uno y otro sentimiento pueda existir concordia? El hombre de guerra, maestro de tropas, organizador de combates, y el hombre consagrado á las espirituales batallas del Evangelio, ¿pueden fundirse, como si di-

jéramos, en una sola persona? Para resolver este problema, he de asentar previamente que en el cúmulo de causas ó banderías humanas, puede haber alguna que Dios apadrine, haciéndola suya. Las historias, y antes que las historias los profetas, nos dicen que hubo un *pueblo de Dios*, un pueblo á quien Dios protegió ostensiblemente en sus esfuerzos para librarle de la esclavitud, y después le guió en sus campañas contra la idolatría, inspirando á sus caudillos, dándoles el divino aliento estratégico y táctico. Sobre esto no hay duda.»

Y continuando en la contemplación de las estrellas como si con ellas hablara, y ellas le respondieran dando vigor á sus argumentos, prosiguió en su ardiente soliloquio: «En tiempos relativamente modernos, tenemos la épica guerra secular contra los moros desde Pelayo á Isabel la Católica, y vemos la intervención divina en las batallas. Creo en la presencia militar del Apóstol Santiago en Clavijo, y en los estragos materiales causados por su acero; creo en los prodigios de la Cruz en Las Navas de Tolosa; y viniéndome más acá, casi á un ayer cercano, veo en Lepanto la intercesión milagrosa de la Virgen del Rosario. No hay duda que el Cielo autoriza las guerras, que toma partido por los que salen á la defensa de la ley cristiana. Y ahora, ya veo muy claro que puede existir y ha existido lo que yo buscaba, la amalgama ó fusión del hombre que acaudilla soldados y les lleva á la victoria, con el

hombre que sirve á Dios en la paz soberana de la religión. Esta síntesis la veo clara en San Fernando: ¿quién me lo negará? San Fernando fué santo y capitán general de los ejércitos de Castilla. San Fernando expugló fortalezas, tomó ciudades y villas, ganó batallas campales, para lo cual hubo de matar grandes manadas de moros. Y al propio tiempo mereció por su virtud los honores de la canonización. Era místico y guerrero: sin duda rezaba en el momento de machacar cabezas de infieles...»

Tanto alborozo produjo en su alma esta idea, que se disparó á pasear de un lado para otro, inquieto, febril. Era como un incensario que va y viene, echando humo, y el humo eran las ideas. Pero de pronto le asaltó una que hubo de apagar repentinamente el hogar que las demás formaban. Fué una objeción que á su mente vino; hubiera podido creer que un espíritu invisible le apuntaba al oído: «San Fernando fué guerrero y santo, es verdad: peleó, porque á ello le indujo su condición de Rey, maestro y amo de los pueblos. Religioso y santo era, mas no sacerdote... Fíjate bien, hombre, y no desbarres: no era sacerdote.»

Sentadito en el cañón volvió á contemplar las estrellas, y éstas le facilitaron, con su dulce centelleo, nuevos argumentos consoladores. «Pero casos hay, casos hay de sacerdotes guerreros. En las Cruzadas y en nuestra Reconquista, más de un Obispo, más de un abad montaron á caballo, ó en mula, y

acaudillaron tropas... El cardenal Alborno es otro ejemplo... Tenemos, pues, innumerables ejemplos de guerreros religiosos ó por la religión.» Nuevas dudas, nuevo soplo de la voz misteriosa, que al oído le dijo: «Pero no fueron santos.»

«¿Y por qué habían de ser santos?—se dijo volviendo á su febril paseo, con las manos en los bolsillos.—La santidad rara vez se alcanza. Basta con que fueran buenos cristianos y supieran cumplir sus dos ministerios: el ministerio sacerdotal, y el otro... el de gobernar tropas y destruir con ellas la impiedad... Y ahora me pregunto: ¿estoy bien seguro, bien, bien seguro de que esta causa nuestra tiene por objeto destruir la impiedad y entronizar el reino de Dios? ¿Representa nuestro D. Carlos la ley divina? ¿Los de la otra parte, los que mandan Oráa, Córdoba ó Mina, son realmente la maldad, la herejía, la ley del demonio? Este cañón que yo he traído, ¿será destructor del pecado? ¿Los proyectiles que salgan ardiendo de su boca, serán lenguas de la verdad? ¿Nuestro D. Tomás recibe de los ángeles la virtud estratégica? ¿Lo que en nuestro Rey parece ambición, es convencimiento de una misión divina?... Sáqueme Dios de esta duda, y yo seré... ¡qué sé yo lo que seré!... el primer soldado de Dios, y el primer eclesiástico de los hombres.»

Terminó su soliloquio con una fervorosa oración, de rodillas, embebecido en contemplar el cielo, esmaltado de infinitas luces.

«Señor, líbrame de esta horrible duda, y dime que puedo ser guerrero sin dejar de ser tuyo. Concédeme la gloria de restaurar la Fe en la patria de San Fernando, sin menoscabo del sacramento que me otorgaste. Dime que puedo matar impíos con este cañón que he traído de Guipúzcoa, y celebrar tu santo sacrificio; coger la espada sin que mis manos se imposibiliten para tomar la Hostia; dirigir tropas, y perdonar los pecados.»

El sueño le rindió al fin, y se quedó dormido diciéndose: «Grande, desmedida ambición es ésta... Guerrero vencedor... y sacerdote militante... Triunfar del pecado con la espada y con...»

## XIV

Al amanecer llegaron hasta ellos las avanzadas de la división de Eraso, que aguardándoles estaban, y con francas demostraciones de alegría, cambiaron unos y otros noticias y saludos, y se pusieron al tanto de lo ocurrido en la expedición y en el ejército. *Chomín* y Gorria contaron con vivo lenguaje las fatigas y apuros del transporte del cañón, y los otros, después de manifestar que no habían tenido encuentros importantes con los cristinos, dijeron que el grueso del ejército iba en marcha hacia el valle

de Berrueza, donde se daría una batalla, que debía de ser la más sonada de toda la campaña, y quizás la decisiva. Al descender á la Borunda, encontraron á Eraso, que, en cumplimiento de órdenes del General, mandó dar sepultura al cañón en una ladera próxima á la venta de Urbasa. La tropa no se cansaba de admirar la soberbia mole, y los aldeanos de ambos sexos y hasta los chiquillos acudían á contemplarla gozosos, y la palpaban con blandura y cariño, ponderando los estragos que haría cuando empezase á vomitar por su negra boca balas y más balas. El popular entusiasmo se manifestó al fin bautizando la pieza con el gráfico nombre de *El Abuelo*, y nadie la llamó de otro modo en todo el curso de aquella memorable guerra.

Incorporáronse á sus respectivos Cuerpos los compañeros de Fago, y éste se fué al Cuartel general para presentarse á Zumalacarregui y darle cuenta del feliz cumplimiento de la misión que le había confiado. Diéronle caballo en Alsasua, y con el 1.º de Guipúzcoa atravesó la sierra de Andía en dirección á la Berrueza. El tiempo era magnífico; comenzaba Diciembre con apariencias de Octubre; la Naturaleza favorecía la campaña, se hacía también guerrera, obsequiando con temperatura bonancible y tibia sequedad á los dos ejércitos, que ansiaban una batalla campal decisiva. Entre los carlistas era general la creencia de que ésta se daría en las posiciones de Mendaza,



y que tendrían que habérselas con las dos divisiones de Oráa y Córdoba, acantonadas en los Arcos y en Viana.

Atravesando la Amézcoa baja, fueron á dormir en Artaza, y al día siguiente encontraron la división de Iturralde acantonada en Aucín. Zumalacarregui, con D. Bruno Villareal y los batallones alaveses, estaba en Piedramillera. Antes que al General, vió Fago á su amigo Ibarburu, el cual le abrazó con efusión, felicitándole por su feliz arribo. Ya se sabía en todo el ejército la hazaña realizada por el buen sacerdote y sus ocho auxiliares. ¡Oh! bien merecía tal hazaña una cruz, la cruz de San Fernando, sí señor, y es seguro que D. Carlos adornaría muy pronto con ella el noble pecho de uno de sus primeros capellanes. Replicó Fago á estas cariñosas demostraciones que ninguna falta le hacían cruces ni calvarios, pues el servía desinteresadamente al Rey, creyendo servir á Dios.

También dijo Ibarburu con gran alborozo á su amigo, que el ejército de la Fe iba adquiriendo las deseadas piezas de artillería, arma indispensable en todo organismo de guerra: además del *Abuelo*, tenían ya dos cañones de batalla que los Sres. Reina y Balda habían logrado fundir en Labayén con el metal de cacerolas y chocolateras reunido en Navarra. «Ya hay cañones en casa, y ahora podremos hablar gordo á la impiedad. Lo único en que la impiedad nos ha llevado ventaja, ha sido en esto, en poseer cañones. Pues ahora nos veremos, señores cristinos.

Trátase de saber si ustedes nos los quitan, ó si nosotros les quitamos los suyos... Ya no hay razón que aconseje el circunscribirnos á la guerra de montaña, amigo Fago. Al llano, á Castilla, ¿no cree usted lo mismo? A pasar el Ebro, después de merendarnos á Oráa y á Córdoba... y quédese aquí el Sr. de Mina echando discursos á los alcaldes, cortando puentes que no habríamos de pasar, y fortificando villorrios que no habríamos de acometer, pues ninguna falta nos hace poseerlos. Nuestra ambición santa va más lejos, y los poblachos que queremos tomar se llaman Miranda de Ebro, Burgos, Madrid...»

Fago no decía nada, y atacado de intensísima melancolía, contemplaba las cazuelas y sartenes puestos á la lumbre. Hallábase esperando la comida en la cocina de la casa, donde Ibarburu se alojaba. Gatos y perros les daban compañía, y un viejo decrepito, veterano del Rosellón y de la Independencia, les refería la expedición del Marqués de la Romana y la vuelta del Norte, aderezándola con embustes novelescos. Ibarburu tomaba en serio cuanto el anciano decía, y Fago deseaba comer y marcharse, para estar solo y platicar á sus anchas consigo mismo.

Al siguiente día vió al gran D. Tomás en el campo, en ocasión que el General salía con su escolta á recorrer las inmediaciones de Mendaza. Volvía Fago de dar un paseo á caballo con dos amigos, más bien conocidos, del batallón 1.º de lanceros. Zumalacarrgui le conoció al punto, mandóle acer-

carse y hablaron de silla á silla, poniendo los caballos al paso. Lo primero fué felicitarle con urbana frialdad, como si no quisiera dar á la expedición desmedida importancia. El capellán, alardeando de modestia, se la quitó por entero, y expresó su afán de que se le encargaran cosas de mayor dificultad.

«El método de organización que vengo empleando—le dijo D. Tomás,—no me permite dar á usted el mando de una compañía. Esto sería contrario á las Ordenanzas, que aquí se cumplen lo mismo que en cualquiera de los ejércitos regulares de Europa. Si usted quiere combatir por la causa, no hay más remedio que entrar en filas. Yo le aseguro que si se porta bien, adelantará conforme á sus servicios; y si nos hace algo extraordinario, extraordinaria será también la recompensa.»

No podía Fago mostrarse exigente ni soberbio, ni era aquélla la ocasión más propicia para ponerse á discutir con el General. Reconociendo que el orden de la milicia tiene, como todos los órdenes, su método de ingreso, que alterarse no puede sino en casos excepcionales, dijo: «Principio quieren las cosas, y á los principios me atengo. Seré soldado, mi General. Fácil es que no pase de ahí; mas no tengo por imposible el merecer algún adelantamiento; y mereciéndolo, no hay duda que Vuccencia me lo dará.»

Despidiéronse con esto, y poco después le veía recorriendo la falda de la altura riscalosa

que domina á Mendaza. Como los lanceros le dejaran solo, pudo el capellán observar al General en su pasco, que al parecer no tenía otro fin que un examen y estudio del terreno. Le vió rodcar la montaña, alargándose por la parte Norte, en el camino que conduce al puente de Murieta sobre el Ega. Detúvose un rato, hablando con los que le acompañaban; volvió grupas, y recorrió el llano que separa á Mendaza de Azarta. Ego no le perdía de vista. Fingió ocuparse en adiestrar su caballo, galopando en derredor de las eras de Nasar. Por fin, Zumalacarregui examinó la angostura que conduce de Azarta á Santa Cruz, por un escabroso sendero. Sin duda, quería reconocer la distancia á que está el Ega por aquella parte.

Y luciendo habilidades de entendido jinete, más que por presunción, por disimulo, Ego se decía: «Ya, ya conozco tu plan: no puede ser otro que el que la configuración del terreno te señala y te inspira. Estoy dentro de tu cerebro, y sé todo lo que vas á disponer mañana, pasado mañana, ó cuando sea.»

Al ver á D. Tomás de regreso hacia Mendaza y Piedramillera, se retiró también, rodeando, y se fué á su alojamiento. Aquella misma noche se le notificó su ingreso en filas, y dándole fusil, correa y canana bien abastecida de cartuchos, le destinaron al 5.º de Navarra. Sin entusiasmo ni desaliento, en un estado de pasividad estóica, resignábase el capellán á ser uno de tantos resortes comunes de la máquina de guerra. Espe-

raba que en la primera coyuntura le señalase su destino alguna senda, ó se las cerrara todas; mas no tuvo tiempo de pensar en ello, porque á la madrugada su batallón recibió orden de marchar á los altos de Mendaza. Cuatro batallones, tres navarros y uno guipuzcoano, iban al mando de Iturralde, el rival de Zumalacarregui en los comienzos de la guerra, y después su más sumiso lugarteniente ó General de división; hombre tosco, más notado por su temeraria bravura que por su pericia militar. Zumalacarregui le encomendaba las situaciones de empeño, los avances peligrosos, dándole órdenes estrictas respecto á posición y marchas, como freno de su impetuosidad, que mas veces precipitaba el éxito y otras lo entorpecía. Era el audaz guerrillero, cuyas dotes utilizaba el General habilidosamente, educándole en el gobierno de tropas regulares; tenía siempre sujeto con una rienda que aflojaba ó requería, según los casos.

Al amanecer iban en marcha los cuatro batallones hacia Mendaza. En las filas del suyo se encontró fago á *Chomín*, que había pasado del 1.º Guipuzcoano al 5.º de Navarra. En el capitán de su compañía, D. Antonio Alzáa, natural de Sangüesa, reconoció una amistad antigua: era un valiente oficial, hijo de sus obras y de sus méritos, pues de soldado raso había ido ganando poquito á poco sus ascensos, y con moderada ambición y conducta intachable esperaba seguir adelante. A uno de los tenientes, Saráchaga, le



conocía también, por ser íntimo de Ibarburu. El coronel era un aristócrata navarro, pariente de los Ezpeletas, hombre enérgico, de buenas formas, excelente militar y cumplido caballero. Ostentaba en su zamarra la cruz de Santiago.

A las nueve ya habían tomado posiciones las fuerzas de Iturralde en la falda del monte de Mendaza, y al propio tiempo otros cuatro batallones, mandados por Zumalacarregui, en persona, se dirigieron á Asarta. La caballería y los tres batallones alavescos al mando de Villarreal, ocupaban el llano entre los dos pueblos. Al observar estos movimientos, veía Págo confirmadas sus ideas de la tarde anterior. El plan de D. Tomás era el suyo; y el suyo era el mejor, el único, el que resultaba de la disposición y accidentes del terreno. Podría creerse que sus ideas penetraban en el cerebro del General al modo de inspiración divina, y allí obraban sobre la voluntad que á la práctica resueltamente las llevaba. Y á todas éstas, los cristinos no parecían: se les esperaba por el desfiladero de San Gregorio. Faltaba que vinieran pronto, y que cayeran en la ratonera que se les había preparado.

La columna ó división de Iturralde extendióse á la falda de la montaña de Mendaza, circundándola por el Poniente y el Norte, y Págo se encontró en un sitio desde donde no veía nada. «Naturalmente—pensó,—estos cuatro batallones deben permanecer ocultos á la vista del enemigo. De otro mo-



do, el plan resultaría un desatino, á menos que Córdoba y Oráa no vinieran con los ojos vendados.» Y tanto tardaban en presentarse las tropas de la Reina, que los facciosos llegaron á creer que no vendrían. Por fin, á eso de las diez corrió en el batallón la voz: «Ya vienen, ya están ahí.» Un rumor vago, de inquietud y alegría, corrió por todo el ejército. Desde su posición, detrás de la montaña, conocía Fago la ansiedad de las tropas situadas en la llanura. Veía un movimiento singular de lanzas, como vibración del aire, y oía un resollar lejano. De las tropas de Asarta nada se veía, porque lo estorbaba una protuberancia del terreno. Tiros no sonaban aún.

De pronto las cornetas ordenaron marcha. Uno de los batallones rebasó la línea del pueblo; los demás les seguían: cada uno ocupaba sucesivamente las posiciones que el anterior dejaba. El 5.º Navarro, que era el último, se colocó donde antes estaba el 1.º Guipuzcoano. Al efectuar este movimiento, oyó decir Fago que el enemigo avanzaba hacia el centro en formación de columna; mas él no veía nada. Lo vió después, cuando Iturralde mandó desplegar sus cuatro batallones en la falda de la montaña; impetuoso movimiento de impaciencia en que se revelaba el guerrillero, y que determinó un cambio en la dirección que traían los cristinos. Oráa, que mandaba la vanguardia de éstos, en vez de marchar contra el centro, que era el cebo de la ratonera hábilmente armada por

Zumalacarregui, se fué sobre la izquierda, ó sea los cuatro batallones del bravo Iturralde. La impetuosidad de éste alteró gravemente la posición de las piezas en el tablero, y la jugada no podía ser ya tal como la concibió y preparó el General, inspirado por los ángeles, ó por Fago, que éste así lo creía y así lo expresaba en un breve soliloquio. «Ya nos ha reventado este Sr. Iturralde con su acometimiento de principiante. Se le mandó que tuviese ocultos, tras la montaña, los cuatro batallones, y los presenta de cara al enemigo... Sr. D. Tomás, ¿qué hace usted en este momento al ver la pifia de su amigote? Pues rabiar y patear, como pateo y rabio yo. Esta acción, no lo dude usted... la perdemos.»

## XV

Oría, con certero golpe de vista, lanzó sus tropas hacia Mendaza, mandándolas flanquear la altura y atacar á Iturralde de flanco. Los cuatro batallones tuvieron que moverse de nuevo: al sonar los primeros tiros, su posición era ya muy desventajosa. Difícilmente pudo el Guipuzcoano y uno de los Navarros sostener el fuego contra los cristinos; los otros dos Navarros no sabían dónde ponerse. Iturralde les mandó bajar, y luego

subir, y luego estarse quietos. Con la conciencia de su falta, el hombre no sabía ya qué hacer, ni cómo arreglarse para salir airoso de aquel mal paso. En tanto, el amigo Fago, que aún no había disparado un tiro, intentaba hacerse cargo de lo que ocurría en el centro. Por allá también se batían. Sin duda la división de Córdoba atacaba las fuerzas mandadas por D. Bruno Villarreal, consistentes en tres batallones y la caballería, y en apoyo de éstos corría sin duda el propio Zumalacarregui con los cuatro batallones situados en Asarta. Esto se lo figuraba el capellán soldado: lo veía en su mente á la luz de la lógica; pero no en la realidad, pues desde el repecho en que había quedado el 5.º de Navarra, sin poder avanzar ni retroceder, nada se distinguía claramente. Por entre las ondulaciones del terreno de roja arcilla, salpicado de olivos en algunos trozos, en las más enteramente calvo, veíase humo de fogonazos; pero nada más. El tiroteo arreciaba; el rumor de batalla era ya formidable estruendo.

Por el lado de Mendaza, los del bravo Iturralde resistían el empuje de las tropas de Oráa, batiéndose con su habitual denuedo; pero los cristinos habían sabido ganar mejores posiciones, y llevaban la mejor parte en la refriega. El bueno de Iturralde y su gente lo habrían pasado mal, si la acción no cobrase un vivo interés en el centro. El coronel del 5.º, descontento de su desairada situación, ávido de entrar en fuego, ma-

niobró hacia la llanura, corriendo por su cuenta y riesgo en apoyo de los alaveses. Ya tenéis á Fago batiéndose en primera línea, impávido, como si en su vida no hubiera hecho otra cosa. Con seguro instinto sabía escoger en el pequeño radio de que disponía la mejor posición; alentaba á sus compañeros, y antes daba que recibía de ellos el ejemplo de serena audacia, pasando más bien por veterano que por bisoño.

Desplegado el batallón en columnas, más de una hora sostuvieron éstas el fuego al amparo de un grupo de olivos. Avanzaron dos ó tres veces; tuvieron que retroceder á su primera posición, perdiendo algunos hombres. A la una de la tarde, las bajas de la compañía de Fago eran cuatro muertos y unos catorce heridos, entre ellos el capitán Alzáa. El coronel se impacientaba: no tenía costumbre de batirse largas horas en un mismo sitio; sus valientes soldados se habían educado en los avances rápidos. Pero en aquella desdichada ocasión les atacaba un poderoso enemigo, apoyado en la columna de Oráa, que rápidamente les quitó la ventaja del terreno alto; de poco les valió á los carlistas aventurarse á una fogosa carga á la bayoneta, porque la tropa contraria *les tenía ganas*, se sentía en mejor posición y con mayor fuerza moral. Mandábala un general de grandes alientos, joven, instruido, hecho á las luchas diplomáticas y militares, tan buen conocedor de la sociedad cortesana como de los campos de batalla.

Desde el primer momento conocieron los facciosos que el contrario era duro de pelar, y por aquella vez la extraordinaria pericia de D. Tomás no les llevaba á una fácil victoria.

Los batallones que mandaba el propio Zumalacarregui adquirieron alguna ventaja sobre los cristinos á las dos de la tarde. Pero como por el Sur de Mendaza, Iturralde se vió desalojado de sus posiciones, teniendo que replegarse con alguna confusión, Córdoba no tardó en ganar el terreno perdido, y á las tres la caballería cristina, mandada por López, acometió con extraordinario brío, y los facciosos no pudieron con ella. Desconcertado desde el primer momento el plan de Zumalacarregui, apenas pudo éste sacar partido de sus setecientos de á caballo. Harto hizo con proteger la retirada de los castigados batallones, que abandonaban la victoria con más tristeza que desaliento, sintiéndose dispuestos á empezar otra vez en aquel mismo instante, si así se les ordenaba.

El 5.º de Navarra sostuvo el fuego hasta que no pudo más, y perdiendo mucha gente, apoyó la retirada de los alaveses. De tal modo habíase adiestrado el capellán aragonés en la táctica, que preveía todo lo que habían de mandarle, y más de una vez sus movimientos y los de los compañeros que á su lado combatían se anticiparon á las órdenes de los jefes. La serenidad del coronel y su práctica de la guerra; la firmeza de los valientes oficiales que supieron mantenerse



en el heroísmo pasivo y en la resistencia deslucida; la conducta de la tropa, penetrándose con seguro instinto de estas ideas y realizándolas admirablemente, enaltecieron al 5.º de Navarra en aquel día. Gracias á él, la derrota de los carlistas no fué una desbandada vergonzosa.

La retirada de los tres batallones á cuyo frente seguía Iturralde no pudo hacerse sin algún desorden; los del centro hiciéronla con admirable serenidad. Al anochecer todo el ejército carlista iba en busca del puente de Arquijas. El General mismo corrió peligro de que lo cogieran prisionero, por habérsele caído el caballo cerca de Acedo. Los minutos que tardó en reponerse, auxiliado por los suyos con toda diligencia, decidieron de la suerte del Cuartel general. Un minuto más, y todo se habría perdido. Favorecidas de la noche, las tropas de Carlos V pasaron el Ega, por junto á la ermita de Nuestra Señora de Arquijas, y acamparon en las inmediaciones de Zúñiga, en campo raso. El ejército cristino durmió en las posiciones de Mendaza y Asarta: dormir hoy donde durmió anoche el enemigo, es la victoria. Si los facciosos hubieran hecho su cama en Los Arcos y en Viana, es fácil que á los ocho días D. Carlos hubiera puesto sus almohadas en el Palacio de Madrid. Pero aquel Dios, que muchos suponían tan calurosamente afecto á uno de los bandos, dispuso las cosas de distinta manera, y pasó lo que según unos no debió pasar, y según otros sí. Estas sor-



presas, que nada tienen de sobrenaturales, obra de la divina impareialidad, son tan comunes, que con ellas casi exelusivamente se forma ese tejido de variados hechos que llamamos Historia, expresando con esta voz la que escriben los hombres, pues la que deben tener escrita los ángeles no la conocemos ni por el forro.

Ya cerrada la noche, los valientes cristinos, aeampados en las posiciones realistas, formaban pabellones, eneendían hogueras, preparaban su cena frugal. En los caseríos de Mendaza y Asarta se alojaban los jefes y alguna tropa, y se habían instalado los hospitales de sangre para auxiliar á los quinientos heridos de aquel sangriento día. La cifra de muertos de uno y otro bando no se conoeia bien á prima noche. Al pie del cerro de Mendaza había como sesenta, y en el llano de Asarta muchos más, yacentes en una faja de terreno de reducida anchura, que revelaba la firmeza del choque entre las dos fuerzas. Las diez serían cuando avanzaba por el camino de Arquijas, en direceión contraria al puente, un General con su escolta: sin duda venía de praeticar un reconocimiento del campo de batalla, y de las nuevas posieiones que en su retirada habia tomado Zumalacarregui. Al pasar por entre los grupos de soldados que vivaqueaban satisfechos y gozosos, con ese estoicismo festivo que es la virtud culminante de la infantería española, el resplandor de las hogueras iluminó su busto. Era un viejo forni-

do, de rostro totalmente afeitado, el cabello corto, el perfil á la romana, con cierta dureza hermosa, á estilo napoleónico. Los soldados, al verle venir, abandonaron sus cacerolas, donde guisaban habas con un poco de tocino, y prorrumpieron en exclamaciones de cariño ardiente: «¡Viva el General Oráa!... ¡Viva nuestro padre, y mueran ellos!...» Y más lejos gritaban: «A ellos ahora mismo!... á quitarles las camas... ¡Viva Oráa, viva Córdoba, viva la Reina!»

Dirigióse el General al alojamiento de Córdoba, en Mendaza, y allí estuvieron, hasta muy avanzada la noche, en largas conferencias y estudio de la marcha que debían seguir con sus diez y siete batallones. ¿Forzarían el paso de Arquijas? ¿Operarían parabólicamente, pasando el Ega, cuatro leguas más arriba, para buscarle camorra al enemigo en el valle de Campezu? Cualquiera sabe lo que discutieron y determinaron. Es probable que adoptado un plan aquella noche, lo modificaran al día siguiente, en vista de las noticias que por buenos espías tuvieron de los movimientos del enemigo, y de la inducción más ó menos acertada que con ellas hicieran de las sagaces intenciones de Zumalacarregui.

Avanzada la noche, se acallaron los ruidos del campamento. Muchos soldados dormían; otros hablaban sosegadamente, aventurando juicios y cálculos para el día próximo. Veíanse bultos que exploraban el campo, reconociendo muertos con auxilio de

farolillos, pues la noche era tenebrosa, y el celaje espesísimo no dejaba ver la luna creciente. El estrago de un encarnizado combate, como el del 12 de Diciembre en Mendaza, no lo revela el día, sino la obscura, la callada noche, cuando examina recelosa el campo de batalla y los tristes despojos esparcidos en él; cuando se pregunta á los muertos su número, quizás sus nombres; cuando se busca entre los rostros lívidos alguno que entre los vivos no parece. Tras de los ejércitos van personas que hacen esta triste investigación mejor que los mismos de tropa; gentes que aman al soldado, que le sirven, le ayudan, le auxilian, que rara vez estorban á la disciplina militar, y á menudo fortifican la llamada satisfacción interna.

Más abundaban estas cuadrillas abyecticias en el ejército cristino que en el de Don Carlos, y en ocasiones llegaron á ser en tanto número, que los generales hubieron de limitar el parasitismo, expulsando vagos, mercachifles y mujeres. A los grupos que aquella noche andaban á la busca y reconocimiento de muertos, agregáronse soldados que anhelaban encontrar al compañero, al paisano, al amigo. Iban de acá para allá, alumbrando el suelo con la luz de las mustias linternas, y al encontrar un muerto le nombraban. «¡Ah, Fulano, pobrecico!...» A otros nadie les conocía: llamaban con fuertes voces á soldados distantes. «Tú, ven, á ver si sabes quién es éste... Juraría que

es Juanico, cabo del sexto... ¿Y aquél no es Samaniego, el guipuzcoano jugador de pelota?... ¡*Miá, miá*, qué cuerpo tan grande! Digo que no va á haber tierra donde meterlo... Ved aquí al pobre *Chomín* con pier-na y media nada más, y la cabeza rota... El que no comparece es Gurumendi, más bravo que el Cid, y más feo que el hambre. ¡Ay! aquí está el chico ese de Ciranqui... Blasillo. Su madre quedaba esta tarde en Piedramillera rezando porque no le tocaran las balas. Tiene atravesado el pecho. Maldito si saben las balas á dónde van... ¡Qué dolor!... Y gracias que hoy no se han reído esos pillos, y en retirada fueron... Pero veras tú la que traman ahora... Lo que yo digo es que con este D. Córdoba no juegan... Dénles mañana otra batida como ésta, y veremos á dónde va á parar la taifa *legítima*... ¿Y por qué no viene el *asoluto* á ponerse aquí, en los sitios donde pegan? ¡Ah! mientras sus soldados echaban aquí el alma, él tan tranquilo en Artaza, sentadito al amor de los tizones... Ellos, ellos, el D. Isidro ese, y la Isidra de allá, Doña Cristina, debieran ser los primeros en meterse en el fuego... pues de no, no veo la equidad. ¡Ay, españoles, que es lo mismo que decir bobos!...»

—Cállate, Saloma—murmuró, reprobando este concepto un granadero esbeltísimo, portador de la linterna,—que no es ésta ocasión de bromas.

—No me callo—replicó la baturra cuadrándose,—que lo que digo es la verdad de Dios.

—Decir españoles—manifestó un vejete riojano que llevaba en un borrico su bien surtida provisión de bebida, con lo cual ganaba mucho dinero,—es lo mesmo que decir héroes. ¿Pues qué eran sino españoles netos Hernán Cortés, Colón y la Agustina de Zaragoza?... ¿Qué me contáis á mí, que estuve en la de Arapiles y en la de Vitoria? Aquí, donde me veis, un día le cosí una bota al propio *lor Vellinton*... Me la trajo su asistente. Un servidor de ustedes era el primer zapatero de todo el ejército aliado... Y con gran primor le cosí la bota, y él se la puso, y con ella ganó la batalla; quiero decir, que le dió la puntera á Marmont... Con que yo sé más que vosotros... y digo que españoles y héroes es lo mesmo.

—¿Qué sabes tú, borracho?—le contestó la baturra.—Lo que yo digo es que en Borja conocí dos chicarrones que eran más simples que el caldo de borrajas. Les metías el dedo en la boca, y no te mordían... en fin, bobos como los corderos de la Virgen... Vinieron al ejército cristino; el General Lorenzo les mandó á llevar un parte á la guarnición de Los Arcos. Los pobrecicos lo llevaron, y al volver por Logroño encontraron la partida de Lucus, cien hombres. Lucus les dijo: «¿De dónde venéis vos?» Y ellos responden: «Del *jinojo*...» «Mirad que os afusilamos si no decís la verdad...» «Semos de Borja y decimos lo que nos da la gana.» Murieron, ¡angelicos! gritando: «Venimos del *jinojo*, y al *jinojo* nos vamos.»

—Eso es decencia. Murieron antes que vender el secreto del General. ¿Y dices que eran simples?

—Como borregos.

—Dí que mártires, como los de Dios vivo.

—Pues eso.

—Los santos, ¿qué son?

—Eso... son de Borja... personas decentes.

—¿Qué es un baturro?

—Un simple que no quiere vida sin honor.

—Pues eso digo.

—Eso... *jinojo*... y ahora danos una copita de aguardiente.»

## XVI

Al entrar en Zúñiga, donde Zumalacarre-gui rehizo á su gente, dándole descanso y municiones, fago fué hecho sargento, sin pasar por la jerarquía de cabo. Así se lo notificó el coronel, elogiándole por su valerosa conducta. Todo el día 13 se ocuparon en preparar un nuevo combate, presumiendo ser atacados por Arquijas. Cortaron algunos árboles de la orilla izquierda, y destruyeron luego el puente de madera. Los heridos fueron llevados á Orbiso, donde estaba el Cuartel Real, que por disposición de Zumalacarre-gui debía replegarse, para mayor seguri-



dad, á San Vicente de Arana, desde donde podría pasar fácilmente, franqueando los altos de Encía, á tierra de Alava. Tres batallones fueron situados en las alturas que dominan á Zúñiga, plantadas de olivos, y las restantes fuerzas las escalonó en las posiciones convenientes, esperando el ataque de Córdoba. No tardó Fago en hacer estudio del terreno, y conceptuó seguro que los cristinos habrían de atacar por un flanco ó por otro, ó por los dos á la vez.

Sin duda una división pasaría el Ega por Acedo, á fin de embestir por el valle de Lana. Otro cuerpo de ejército podría presentarse por el valle de Santa Cruz. Quizás las dos operaciones se verificarían simultáneamente, en cuyo caso Córdoba y Oráa tenían que dividir su ejército en tres partes. Pensó el novel sargento que el General, obligado á la adivinación de estos movimientos, sabría ya á qué atenerse. «Y si el General no lo adivina, lo adivinaré yo—se dijo, olfateando el aire como un sabueso que rastrea la caza.—Vendrán por un lado y por otro. Como no se prevenga D. Tomás para este triple ataque, estamos perdidos.» El 14 por la tarde, hallándose con su batallón en un olivar próximo á Zúñiga, vió venir al General con su escolta, inspeccionando las posiciones y enterándose de que sus órdenes estaban bien cumplidas. El coronel del 5.º le salió al encuentro, y hablaron un rato, denotando en su actitud perfecta satisfacción del estado de las cosas. Zumalacarregui, que todo lo veía,

vió también á Fago, cuando éste le hizo el saludo militar; paró su caballo diciendo: «Ya sé, ya sé que tenemos un soldado más, excelente, bueno entre los buenos. Adelante, Sr. Fago, y no desmayar.» Y siguió su camino.

El capellán sargento se quedó meditando: en la mirada del General hubo de reconocer sus propias ideas, por virtud de una transfusión milagrosa, y se dijo: «Todo lo que yo pienso, lo piensa él; pero lo piensa después que yo... Está convencido de que nos atacarán por el frente y por las dos alas, y ha tomado sus medidas para esterilizar la combinación. El escalonar los batallones á lo largo de este camino demuestra una gran pericia; las posiciones son acertadísimas para acudir á una parte ú otra con presteza y seguridad. Todo va bien, como á mí se me ocurre, como debe ser, como es, porque ó se tiene lógica ó no se tiene. Yo la tengo, y acierto siempre... Y como acierto siempre, Sr. D. Tomás de mi alma (decía esto viéndole perderse con su escolta tras un grupo de olivos), debo manifestar á vuecencia que yo no me asusto de que pasen el Ega por la ermita de Nuestra Señora de Arquijas: al contrario, que vengan, que vengan pronto á esta orilla, donde hemos tomado posiciones inexpugnables. Y si mi jefe me lo permite, añadiré que yo no habría mandado cortar el puente. El río es fácil de vadear por esa parte. El puente habría sido para ellos una facilidad; la facilidad trae la

confianza, y la confianza es la perdición cuando se está en una puerta que conduce á un calabozo. Trampa será para ellos este cerco de montañas. Mientras más pronto entren, más pronto conocerán que no pueden salir.

»Y ahora, se me ocurre meterme en el pensamiento del Sr. de Córdoba. Si yo mandara las fuerzas cristinas, renunciaría al paso del Ega por Arquijas. Yo no combato nunca donde le conviene al enemigo, sino donde me conviene á mí. Pero el espíritu de imitación tiene tal fuerza, que el hombre de guerra no puede sustraerse á la atracción que ejercen sobre él los actos de su contrario. ¿Vas tú por allí? Pues yo detrás. Donde tú estás ahora, estaré yo mañana, y he de ir por el camino que tú recorriste... Pues no, señor... Iré por donde menos pienses tú que debo ir. Yo Córdoba, después de amagar por Arquijas, llevaría durante la noche todo mi ejército á Campezu, y desconcertaría el plan de Zumalacarregui, es decir, el mío, porque yo lo he pensado, y él conmigo... Pero para este caso hay también previsiones, y yo vencería, obteniendo con mi victoria todos los cañones de batalla que trae Córdoba; y reforzado mi ejército y cubierto de gloria, franquearía sin pérdida de tiempo la Sonsierra, cacería sobre la Guadalupe, y luego sobre Haro y Miranda de Ebro. Pasado el Ebro, se salva Pancorbo, y ya estamos en Burgos...

—Mi primero—le dijo el furriel despertán-

dole bruscamente de su espléndido sueño militar,—para el rancho de hoy me han dado una cosa que llaman patatas. Mire, mire: son como piedras. ¿Esto se come?

—¡Qué bruto! Es una comida excelente. ¿De dónde eres tú?

—Mi primero, yo soy de Sansoain, orilla de Lumbier. En mi pueblo no comen esto las presonas, sino las monjas por penitencia, según dicen, y los marranos, con perdón.

—Pues en el mío y en todos se cultivan las patatas y se comen, y saben tan ricas. Se introdujo en España este comestible cuando la guerra del francés. Muchos no querían comerlo por ser fruto traído de Francia; pero ya vamos entrando con él, que para el buen comer no hay fronteras.

—Mi primero, oí que comiendo estas pelotas sacadas de la tierra, se pierde la buena sangre, y nos volvemos todos gabachos ó ingleses de la parte de mar afuera, diendo para la Habana. Yo no entiendo; pero le diré que las probé y me supieron al jabón que traen de Tafalla y Artajona. Si es para limpiar tripas, bueno va. Pero no me digan que esto cría sangre.

—Echales vino encima y verás.

—Con el vino solo me apaño, y estas pelotas que las coman los guiris, para que revienten de una vez.

—Ponlas y calla, y el que no las quiera que las deje. Si no tenemos bastante vino, yo lo compro de mi bolsillo: ya sabes que no me falta un duro para obsequiar á la sec-

ción. Pídele cuatro ó seis pintas al *Riquitrín*, y tenlas aquí antes de que toquen á rancho.

—Mi primero, por si no lo sabe, pongo en su conocimiento que el *Riquitrín* es muy malo, y siempre nos lo da con agua. Ese tunante ha sido sacristán, y esto basta para que no venda vino de ley. De usted se reía esta mañana, diciendo que en Oñate le ayudó la misa y que se equivocó usted tres veces, trabucando los latines, poniendo el cáliz donde no debía ponerlo, y haciendo muchas morisquetas.

—Miente el bellaco —replicó el capellán, pálido de ira.—Yo no me equivoco en la misa ni en nada. Y si vuelven á decirme tal injuria, el sacristán y tú sabréis quién es José Págo.»

Al día siguiente, 15, atacaron los cristinos por Arquijas. Vadearon el río; se batían en las dos orillas bravamente, con mucha menos tropa de la que presentaron en Mendaza el día 12. No había duda de que aparecerían por Santa Cruz ó por el valle de Lana. A las dos de la tarde se despejó la incógnita: Oráa se apoderaba de la Peña de la Gallina, y contra él fueron cinco batallones mandados por Villarreal é Iturralde. Zumalacarregui estaba en el camino que va de Zúñiga á Orbiso, en lugar culminante, y como adivinaba un tercer ataque por su derecha, tenía dispuestos cuatro batallones. Sereno y previsor, con su ejército y el del enemigo metidos dentro de la cabeza, vien-

do y sintiendo la totalidad del terreno con sus varios accidentes y distancias, aguardaba el desarrollo de la acción con la tranquilidad del maestro que domina su oficio. Todo en aquel día feliz marchaba como el programa de una función histriónica, y los distintos papeles eran desempeñados con puntual exactitud, no sólo por parte de los suyos, sino de los contrarios. El enemigo hacía lo previsto, lo calculado, sin ninguna iniciativa nueva, sin ninguna sorpresa ó improvisación que desconcertara el plan general. Este, por su sencillez lógica, parecía la página más elemental de un tratado de Estrategia.

Los cinco batallones de la izquierda realista, el 5.º entre ellos, atacaron la división de Oráa, sin darle tiempo á descansar de su fatigosa marcha. Iguales eran las fuerzas por una y otra parte; en bravura fuera difícil hallar diferencia. La que resultó á la caída de la tarde, tuvo por causa la ocupación de mejores posiciones por los facciosos, y el desaliento de los cristinos al enterarse de que las tropas que rodearon el Ega por Arquijs, volvían á pasar á la orilla derecha y se retiraban hacia el caserío de Acedo. Replegóse Oráa á su primera posición de la Peña de la Gallina; los carlistas, sintiéndose con indudable ventaja, le acosaron; Iturralde quiso reponer su fama de la pérdida lamentable del día 12, y como hallara en los cristinos pasividad heroica y resistencia formidable, apretó los resortes de su máquina; puso.



en el último grado de tensión el vigor navarro, y, perdiendo gente, arrebató muchas vidas al enemigo. Toda la tarde combatió Fago con impávida constancia, comunicando su valor sereno á los hombres que estaban á sus órdenes, haciéndoles audaces y temerarios, al mismo tiempo que prudentes y astutos. Ya se venía la noche encima, cuando medio batallón de los de Oráa, revolviéndose desesperado, como el león herido, acometió con zarpazo furibundo al 5.º de Navarra, que fieramente le hostigaba. Trabóse lucha á la bayoneta; corrió la sangre; cayó un frente de carlistas de más de veinte hombres, como la mies rápidamente segada por la hoz.

Pero aún habia navarros en gran número para vengar á sus compañeros, y multitud de cristinos cayeron acuchillados sin piedad. Fago iba delante, pues había llegado el momento del ardor fogoso, de la embestida frenética con uñas y dientes. En el ardor de la refriega, y en una de esas pausas de segundos que median entre los golpes, vió entre los enemigos que avanzaban, una figura extraordinariamente terrible, un hombre de cabellos blancos, corpulento... Desde lejos le miraba, y parecía dirigirle la afilada punta de la bayoneta al pecho ó al estómago... El capellán se vió acometido de un miedo súbito: su consternación le privó como por ensalmo de toda su energía militar, arraucándole su conciencia de soldado. Aquel hombre, más bien irritada fiera que contra él venía, era Ulibarri, el propio D. Adrián Uliba-

ri; no podía dudarlo: le vió como á diez varas; sus facciones no mentían, no podían mentir, ni había confusión posible con otra persona... En mucho menos tiempo del que se emplea en referirlo, el fantasma, ó lo que fuera, estuvo á dos pasos... Fago reconoció la voz, la mirada: era él... Su terror fué inmenso... se dejaba matar. Pero cuando sólo un palmo distaba de su vientre la bayoneta del furibundo cristino, dispararon contra éste los navarros dos ó tres tiros que le hirieron gravemente. Cayó Ulibarri, y se volvió á levantar. Fago vió en sus ojos moribundos el odio y la ferocidad: una mano de tigre le agarró convulsiva el cuello: una voz le lanzó el mayor insulto que boca humana puede proferir... Recobró el capellán súbitamente su personalidad corajuda; dió un paso atrás, requiriendo su fusil armado de bayoneta, y se hartó de clavarla en el cuerpo de su enemigo.

## XVII

Hecho esto, salió corriendo por encima del cadáver, impulsado de un instinto de fuga. Corrió hacia las líneas enemigas; no iba solo. Sus compañeros le agarraron; vióse envuelto por los suyos, que retrocedían... Sin conciencia de sus actos, anduvo des-

pués largo trecho por entre los combatientes, pisando muertos y heridos, oyendo voces que ignoraba si eran de carlistas ó de liberales, y, por último, fué á caer sin conocimiento al pie de un olivo. Nunca supo lo que duró su espasmo; al recobrase de él, vióse en completa obscuridad, pues la noche había cerrado ya. Las voces de sus compañeros sonaban cerca; distinguió algunas que le eran familiares. Dirigióse allá casi á tientas, porque apenas veía. «¿Es noche oscura —pensaba,— ó estoy yo ciego?» Miró al cielo, y vió algunas estrellas; luego empezó á distinguir los accidentes del terreno, y móviles bultos, pelotones de hombres que se alejaban.

Ya se consideraba próximo al sitio donde creía encontrar á los de su batallón, cuando se hizo cargo de que no tenía fusil. Trató de volver al pie del olivo donde había caído como desmayado, mas no acertó á encontrarlo. Los árboles salían á su encuentro, como diciéndole: «Yo soy, yo soy el olivo.» Pero luego resultaba que no eran. Determinóse á seguir sin fusil, y tampoco pudo reconocer la dirección que antes había tomado. Ni las voces se oían ya, ni los bultos informes se veían tampoco. Aquí y allá tropezaba con muertos. ¿Eran cristinos ó carlistas? Por las boínas ó morriones, los determinaba fácilmente. Miró al cielo, buscando la Osa mayor para orientarse; pero ya no se veían las estrellas, y la tierra se iba envolviendo en una niebla blanquecina, cuyos vellones

espesos venían de un punto que el aturdido capellán no pudo discernir si era el Norte ó el Sur. Al fin, plantándose y llamando á sí toda su inteligencia, ansioso de encontrar una idea meteorológica, pudo hacer este razonamiento: «De allí viene la niebla; pues por allí está el río.»

Anduvo presuroso en la dirección que estimaba contraria al curso del Ega. La niebla parecía perseguirle, y cuanto más andaba, más envuelto se veía en las masas lechosas. Ningún ruido turbaba la lúgubre quietud del ambiente. Los olivos iban á su encuentro; algunos troncos le cortaban el paso con brutal choque, sacudiéndole formidable testarazo; otros huían deslizándose por su flanco, y le azotaban el rostro con sus ramas mojadas. La tierra le abría zanjás en que se hundía, ó le presentaba parapetos para hacerle caer de rodillas. Tropezó en un tronco, y al poner las manos en tierra tocó ropas, cabellos... Era un cadáver. «¿Será éste?—pensó el infeliz capellán poseído nuevamente de glacial terror.—¿Habré venido á parar junto al cuerpo de Ulibarri, á quien ensarté no sé cuántas veces con mi bayoneta?» Reconocido el muerto, vió que tenía barbas y casco. No era el alcalde de Villafranca... Más allá encontró un caballo; después otros muertos, y un fusil, que tomó. Era un arma cristina.

Siguió adelante, sin saber ya por dónde iba, pues lo desigual del terreno obligábale á variar de dirección á cada instante. «Pa-

receme—se dijo echándose fatigado en el suelo,—que me encuentro en el campo de batalla de hoy, en el paraje donde rechazamos el ataque de los cristinos, á arma blanca, donde vi á Ulibarri vivo... No, no: esto no puede ser, porque sería un milagro... ¡Milagro! ¿Y quién me asegura que Dios no haya querido sacar de la tierra al buen Don Adrián, y darle realidad ó apariencias de vida para confundir con una imagen terrorífica mi estúpida arrogancia militar, para despertar mi conciencia de sacerdote, y enseñarme que las manos que cogen la Hostia no deben derramar sangre humana? ¿Será esto? Ejemplos hay de apariciones sobrenaturales dispuestas por Dios para expresar á un alma extraviada la divina voluntad. Si Dios puede hacer que tomen forma corpórea los fenecidos para revelar la justicia y la verdad á los vivientes, ¿por qué no admitir, desde luego, el milagro de la presencia de aquel buen hombre en el campo de batalla? No hay que decirme que pudo ser el que maté persona que al muerto de Falces se pareciese. No era semejanza, era identidad: el que ví, el que maté, era el alcalde de Villafranca. Aún le estoy viendo; aún veo la blancura de sus cabellos, el ardor de su rostro; veo sus ojos iracundos que me traspasaban, que me daban más miedo que todas las bayonetas cristinas... Era él, era él. No es aquella imagen obra de mis sentidos, que la tomaron de la conciencia alborotada: era efectiva, real, y esta realidad sólo Dios pudo

disponerla. Creo en los milagros; creo que he visto al padre de Saloma, que le he matado, que por aquí debe de estar su cadáver.»

Dió algunos pasos; anduvo un buen trecho á gatas, abandonando el fusil que poco antes cogiera, y luego se echó de nuevo en tierra, asaltado de ideas turbulentas que contradecían las ideas anteriores. «¿Y quién me dice que fuera real la muerte de Don Adrián en Falces? ¿Quién me asegura que lo que ví en aquella tristísima noche y en aquella alborada sangrienta no fué el milagro verdadero? Bien pudo ser que mi conciencia y mis sentidos forjaran, por disposición del Cielo, el suplicio del hombre que ofendí; bien pudo ser que Dios me pusiera ante los ojos mi ignominia en aquella forma. Si, en efecto, Ulibarri no pereció en Falces, nada tiene de absurdo que se me presentara en las filas cristinas, sin necesidad de milagro... ¡Ay! en todo caso mi conciencia se alborota, estalla, ahogándome toda el alma. Milagro-so ó no, el hombre que ví y que maté en un momento de furor instintivo, me reveló con su presencia que estoy nuevamente encenagado en el mal, que escarnezo la sagrada Orden, cogiendo en mis manos un arma y matando sin piedad cristianos con ella... ¡Si al menos fuesen moros!... Pero tampoco... ni moros ni nada... Que los maten los militares, si necesario es para el cumplimiento de la ley de Dios y el triunfo del Evangelio... ¡Pero yo, yo matar!... Reventé á Ulibarri ó á su imagen, por la ley física que nos mueve á



defendernos cuando nos atacan... Es uno hombre sin poderlo remediar. Un santo haría lo mismo... Estalla el coraje cuando menos se piensa... y al recobrarlos de la horrible locura, ni aun sabemos á ciencia cierta lo que hemos hecho. Llego un momento en que al hombre civilizado se le cae la ropa, y aparece el salvaje. Luego nos da vergüenza de vernos desnudos, y volvemos á encapillarnos la levita, la sotana, ó lo que sea...»

Corrió luego desaforadamente, gritando como un loco: «Estoy en pecado mortal... Piedad, Señor, piedad... En mí llevo el Infierno, la guerra; mis planes estratégicos son los caminos de Satanás... mi régimen de movilización de tropas, idas y venidas de demonios... ¡Piedad, Señor, piedad!...»

Oyó cantar un gallo, por donde vino á conocer que eran las dos de la mañana, hora en que habitualmente deja oír su voz el reloj de la noche. Aventuróse en la dirección del canto, creyendo encontrar un caserío; pero la niebla era ya tan densa, que no sabía por dónde iba. Oyendo después que el gallo cantaba á su espalda, volvió hacia atrás, cada vez más perdido en el seno de aquella opacidad algodonácea que envolvía la naturaleza como un sudario. Había dejado de tropezar con olivos, y de pronto se presentó un escuadrón de ellos, plantados con orden y estorbándole el paso... Vino luego un parral, cuyas copas á cada instante se le enredaban en los pies. Eran garras que le cogían, y horquillas que le enganchaban. El hombre vol-

vió á arrojarle en tierra, exánime, más afligido aún de la negra desesperación que del cansancio. Lágrimas brotaron de sus ojos. No podía consolarse de haber dado muerte al que en rigor de justicia debió ser antes y después y siempre su matador... No con lloros y suspiros, ni con la pena ardiente, ni con el razonar febril, podía desahogar su alma, ni aliviarla de aquella colosal pesadumbre. Pasó algún tiempo en tan triste situación, y al fin amaneció: triste claridad se manifestaba al través de aquel pesado velo, más denso al avanzar el día, más lúgubre blanqueado por la luz. A veinte pasos no se distinguían los objetos: árboles y peñas desaparecían como tras una cortina. Los ojos llevaban consigo aquella ceguera de las cosas; el circuito blanco se movía con el espectador.

No hacía media hora que era día, cuando sintió el capellán voces humanas. ¿Por qué parte? No podía precisarlo. Tan pronto sonaban aquellos ruidos por su derecha como por su izquierda. O había gente por todas partes, ó la niebla jugaba con el sonido, echándolo de un lado para otro. Eran ecos extraños de voces roncadas de mujeres, como disputando con voces más ásperas aún de hombres. Por un momento creyó escuchar la dureza del vascuence. Pero no: era castellano, tirando un poco á baturro. Creyendo reconocer voces de compañeros de la facción, anduvo en seguimiento del ruido; se equivocó de rumbo: llamó; le contestaron, y, por fin, encontróse

junto á un grupo de personas diversas, sentadas en el suelo. Habían encendido una hoguera para guisar algún comestible y calentarse. Algunos dormían: el aspecto de todos era de extraordinario aburrimiento y fatiga. No bien apareció junto á ellos el clérigo aragonés, saliendo como espectro de los blancos vellones de la niebla, fué reconocido por una mujer del grupo, que asustada dijo: «No es nadie. Creímos que venían carlistas. Es el clérigo de Villafranca vestido de paisano, y sin armas... ¿Qué le pasa, Padrico? ¿Está su merced en servicio militar, ó sigue de capellán?... ¿Vienen más facciosos con usted? Nosotros somos gente de paz.

—Y vendemos aguardiente,—dijo un vejete, señalando el borrico, atado al árbol más próximo.

—Con esta condenada niebla nos hemos perdido—agregó otra mujerona que atizaba la lumbre,—y aguardamos á que abra para seguir á nuestro ejército.

—Según eso,—dijo Fago, echándose en el suelo, gozoso del calor y de la compañía,—estoy en el campo cristino.

—¿Viene usted del campo faccioso?

—Sí: ayer tarde me separé de mis compañeros del 5.º de Navarra, y no he podido reunirme con ellos. Cegado por la niebla, he andado á ratos toda la noche, y en este momento ignoro dónde estoy.

—A poca distancia de Santa Cruz de Campezu... Mucho tiene que andar para juntarse con los suyos, que deben de estar en Zúñi-

ga... Tómelo con calma; y para recobrase del cansancio, eche un trago de vino, y luego probará de estas pobres sopas. Aquí somos todos de paz, y estamos á ganar un pedazo de pan, con remuchísimo patriotismo... Yo he servido en Fusileros de San Fernando, con D. Carlos España... Derrotamos al Francés en Arapiles... ¿Sabe usted lo que fué Arapiles?

—¿Pues no he de saberlo?... Batalla ganada por Lord Wellington junto á Salamanca... Y á propósito: no sé aún el resultado de la acción de ayer entre Arquijas y Zúñiga.

—Por el cuento, parece que la hemos perdido.

—Quita allá—dijo Saloma.—¿Tú qué entiendes? El retirarse Córdoba es engaño, para cogerlos luego por allá... qué sé yo. Nosotros nada sabemos. Córdoba sabe más que el *tío Zamarra*, y por un lado ó por otro, le tiene que coger... y como le coja, se acabaron los *asolutos*... ¿Qué les quedará si pierden ese General? Pondrán al frente de las tropas á un clérigo de misa y trabuco... ó el mismico D. Isidro tomará las riendas, como quien dice, el rosario.»

## XVIII

En el abatimiento y confusión de su espíritu, no mostraba Fago gran deseo de conocer el resultado de los combates del día anterior. Batallas más terribles, libradas en el campo obscuro de su conciencia, secuestraban su atención, y compartida ésta entre el conflicto propio y los hechos que el anciano cantinero refería, apenas pudo enterarse de la victoria facciosa, ó se enteró de un modo incompleto, recogiendo sólo retazos, noticias sueltas. Córdoba se había retirado inopinadamente de Arquijas. Oráa fué rechazado en Lana, y Gurrea, que intentó atacar por la derecha, había llegado tarde. En retirada quedaron, pues, al anochecer los cristinos, y aún no se sabía por dónde andaban. Prisioneros de la niebla, los dos ejércitos aguardaban que el sol les libertase para volver á combatir en las mismas posiciones, ó en otras.

«¿Qué le parece?—le preguntó el vejete. —¿Pelearán en las mismas posiciones?... ¿Qué piensa, buen hombre?... ¿O es que, por no entenderlo, no piensa nada?

—No pienso, no se me ocurre nada—dijo Fago demostrando en el mirar y en el gesto

extraordinaria confusión.—¿Qué entiendo yo de posiciones?

—Es usted sargento, ¡contro!

—Soy un pobre cura que se ha visto obligado á... no sé lo que digo... Dadme un poco de vino para que pueda coordinar las ideas.

—Bien se ve que le han engañado esos puercos—dijo Saloma alargándole el jarro.

—No hay más que verle para saber que es usted un mosén muy cuitadico, y que no sirve para manejar el chopo. Váyase, váyase pronto á coger el cáliz, para que Su Divina Majestad le perdone el meterse en estas *jerarquías*.»

Y otra mujer saltó diciendo: «En la cara se le conoce que es cobarde... ¿Qué le pasó, mosén?... ¿que al oír los primeros tiricos le entró lo que los vizcaínos llaman *bildurra*, y se le movieron las tripas?»

La actitud silenciosa y sombría de Fago, confirmó á la baturra en su creencia, y por caridad, se apresuró á darle participación en la comida, que ya había sido apartada del fuego, y repartidas las cucharas, comieron todos de la misma cazuela en que las sopas habían hervido. No estará de más representar con cuatro perfiles á las personas que componían la cuadrilla parasitaria del ejército cristino. Saloma ya es conocida; la otra mujer tenía por apodo la *Maja de la seda*, y llevaba muchos años de ejercer el comercio ambulante, rodando por Rioja y Cinco Villas. Su patria era el Bocal; sus ojos bizcos fulguraban picardía y malas artes; su cuer-



po igualaba en flexibilidad al de una lagartija. Comunmente la llamaban *Seda*, y se titulaba esposa de otro punto de la partida, por mal nombre *el tonto de la Uva*, ó simplemente *Uva*, de rostro atezado y cuerpo contrahecho. Era del Valle de Arán, y se hacía pasar por francés, hablando á veces un *patois* de su invención. El vejete, que ostentaba el timbre glorioso de haberle cosido á Wellington una bota, la víspera de Arapiles, procedía también del Bocal de Aragón, y le llamaban el *tío Concejil*. Ganaba dinero con su mercadería ambulante, era consecuente en su filiación liberal, y había sido fiel parásito de Sarsfield, de Quesada, después de Rodil, y últimamente de *D. Francisco*, que era su amigo. En Puente la Reina, el año 24, le había dado Mina la mano, cuando le llevó la noticia de que los realistas, escapados de Cirauqui al anocheecer, habían llegado á Oteiza á las dos de la madrugada. Otros dos hombres había en la cuadrilla, que eran como bestias de *Uva*; cargaban enormes mochilas parecidas á cuévanos, repletas de tabaco.

Saloma era entre los parásitos como una huésped: daba un tanto al día por participar de su comida, y también comerciaba en pequeña escala. Conocía por sus nombres y apellidos á un centenar de soldados cristinos de todas armas; mas no se crea que andaba entre ellos con malos fines: les trataba, les tenía ley, se interesaba en sus triunfos, dábales alientos con palabras expresivas; pe-

ro se mantenía fiel al granadero Manuel Díaz, natural de Herramélluri, entre Haro y Santo Domingo de la Calzada; mocetón de buen vér, que más pronto tomaba las mozas que las trincheras de la facción. No era esta cuadrilla la única que seguía las legiones de la Reina; había otras, y algunas promiscuaban, sirviendo á carlistas y constitucionales alternativamente, según les convenía.

A mitad de la comida, se arrancó Saloma con este grave aforismo: «Un aragonés no puede ser cobarde, aunque sea clérigo, señor de Fago... Esto lo digo yo que soy de Borja...

—Es verdad—replicó el capellán haciendo honor á las calientes sopas.—Un aragonés es... un aragonés.

—Y está dicho todo. El día que se desbarate España, para volver á jacerla tendrán que poner por pedernal del cimientó los corazones de Aragón.

—Y que lo digas. ¿No piensa lo mesmo el señor cura?

—Lo mismo pienso, y en verdad os aseguro que deshonro á mi tierra, porque soy cobarde. Me creí valiente... me engañé á mí mismo, me engañaron diciéndome que era yo muy entero.

—Y en cuanto oyó los primeros tiros...

—No, no fné á los primeros tiros, sino á los últimos.

—Eso sí que es raro—dijo Saloma.—Pues mire, Padrico, ándese con cuidado, que si le cogen los faiciosos, le afusilan por desertor,

y si le pescan los cristinos, no lo pasará bien... Ya se está usted quitando las *ensinias* de sargento. Comò no tiene uniforme, no le estorba el chaquetón; pero algo debe disfrazarse, que aunque sea *falso*, á veces no parece que lo es, y hasta podrían tomarle por un valiente triste, quiere decirse, *aflegidico* por mor de amores ó qué se yo qué.»

Tal era el desaliento de Fago y tan aplastante su pasividad, que no hizo el menor movimiento cuando Saloma descosió con sus puercas uñas las insignias que en las mangas llevaba.

—«Y ahora, si no quiere que sospechen, quédese con nosotros—agregó la baturra,—y aquí comerá de lo que haiga. Si no tiene dinero para el gasto, no le importe, que á mí no me falta un duro para los amigos, y más si son de la tierra... Donde yo estoy está Aragón... Con que...»

De tal modo sentía el clérigo deshecha y caída su voluntad, que nada supo contestar á estas razones, y á todo asintió, agradeciendo al propio tiempo el socorro de comida y fuego que á los buenos parásitos debía. Pensando en aquella inesperada situación á que le había traído su destino, sorprendió y reconoció en su alma una glacial indiferencia política. Lo mismo le importaba hallarse entre liberales que entre facciosos. Empequeñecidos ambos bandos, eran de la misma talla mezquina ante la magnitud del tremendo conflicto que él llevaba en su alma. ¿Ni cómo podía ser de Dios

uno de los ejércitos, y el otro no? Dios estaba en todos y en ninguno, y los hombres no se podían diferenciar ante Dios más que por sus conciencias. Pero con estos razonamientos y otros no podía calmar la suya, ni ver nuevos horizontes en su vida ulterior. ¿Qué haría? ¿A dónde trasladarse, qué partido tomar, y qué conducta preferir, y á qué ideas aferrarse?

Rasgó el sol con punzantes rayos la niebla, y se aclaró un espacio que permitía ver los objetos á distancia de tiro de fusil. Pero luego cerróse de nuevo la espesa cortina, y á obscuras quedáronse otra vez dentro de aquella ceguera blanca, que era como el ver que no se veía nada. Oíanse, no obstante, tambores y cornetas. Los batallones más próximos marchaban ya, sin que se pudiera saber á dónde. *Uva*, que había ido á explorar, volvió diciendo: «San Fernando y la caballería de López vuelven á Mendaza. Los demás, sabe Dios por dónde andan.

—¿Y ellos?

—La facción, dicen que va hacia la Amézcoa; pero no es más que un decir.»

Las diez serían cuando acabó de deshilarse la niebla, y la cuadrilla se puso en marcha, llevando el burro por delante: Fago se dejó llevar; no tenía voluntad. Vió soldados cristinos en marcha, caballos, acémilas; vió á Saloma hablando con sus amigos y conocimientos; vió un capellán en mula, en quien reconoció á un antiguo colegial de Vergara. Afortunadamente no fué conocido.

*Uva* se emparejó con él, y quiso distraerle con su charlar festivo; pero el aragonés, atacado de un mental marasmo, parecido á la imbecilidad, no acertaba en las contestaciones, y de rato en rato decía: «Amigo *Uva*, ¿á dónde vamos? Yo quisiera ir á Veruela.

—No creo que vaigamos tan lejos. Pero usted, mosén, si quiere, por Los Arcos y Viana se puede pasar á Logroño, y de allí, caminito arriba, hasta Tarazona... En el coche de San Francisco, cinco días ó seis.»

Rendido de sueño, el infortunado capellán, aprovechando el descanso de la cuadrilla en un humilladero que les ofrecía comodidad, se tumbó en el rincón más abrigado, y mal envuelto en pedazos de manta que pusieron á su disposición las baturras, se durmió profundamente. Soñó primero mil disparates inconexos: que *Uva* estaba jugando á la pelota con Zumalacarregui; que Saloma era la Saloma de Ulibarri, transfigurada físicamente; que *Seda* iba del brazo del general Córdova por la calle principal de Ejea de los Caballeros, y, por último, su cerebro forjó una serie de imágenes y hechos, combinados con relativa lógica, imitando la realidad en todo lo que los sueños imitarla pueden. Vióse en manos de los monjes de Veruela, que de nuevo le rescataban del Infierno, entregándole á Dios... Otra vez se veía cubierto del traje eclesiástico, y pasaba de Veruela á un lugar sin nombre, con sus casas cimentadas en escalones sobre altísimas peñas. En el pico más alto estaba la iglesia, como un nido de cuervos,

apoyando sus contrafuertes en las grietas musgosas de la roca. El sueño le representó después diciendo Misa en la iglesia roquera, delante de un grupo de fieles vestidos de negro, con cirios... No tardó en cambiar la decoración, y vióse en otra iglesia pequeñita y obscura. También en ella celebraba, y en el momento de salir revestido con casulla blanca, por ser la fiesta del Papa San Gregorio, oyó tiros cercanos, gran tumulto de batalla.

Los cristinos cercaban el pueblo; ya eran dueños de las casas exteriores, y seguían adelante, destruyendo todo lo que encontraban al paso. Mas él, impávido, apartando su mente de todo lo que fuese guerra y matanza entre cristianos, empezó su Misa. La decía despacio, muy despacio, recreándose en las bellezas del simbolismo litúrgico. Pero cuando llegaba á la consagración, los tiros sonaron en los propios muros del templo. El pueblo salió despavorido: mujeres y hombres acudían á la defensa armados de fusiles, palos, ó esgrimiendo cirios, blandones, incensarios, y lo primero que encontraban. El acólito abandonó el altar, y de la caja del púlpito sacó una escopeta. El oficiante sintió el demonio de la guerra en su alma, dejó el cáliz sobre el ara, y sin pensar en quitarse las sagradas ropas, pues el aprieto del ataque no le daba tiempo para ello, corrió á la ventana, por donde entraba, con el grandísimo estruendo, humo y polvo de un batallar furioso. Alguien, no supo quien, puso en sus manos un fusil. Cogiolo, y saliendo intrépido



do á la ventana, echóselo á la cara. Los cristinos subían con escalas. Les recibió á tiros, acertando en todos. Cada disparo era una muerte. Mientras disparaba un fusil, le cargaban otro y otro. Llovían balas contra él; pero todas se estrellaban en su casulla como en una coraza milagrosa... Con gritos de coraje alentaba á los suyos, y con horribles expresiones blasfemantes denostaba á los enemigos que asaltaban la iglesia. Tantos mató, que caían en racimos al pie del muro. Y él indemne, viva imagen del dios Marte, vestido de alba y casulla, mostrando un valor heroico y una pericia no inferior á su bravura. No contento con rechazar á los que osaron meterse por la ventana, salió al frente de su cuadrilla por la puerta lateral, y persiguió al enemigo en retirada, acuchillándolo sin piedad, machacando cráneos, rasgando vientres, cercenando piernas y brazos. En fin, que á poco de emprender esta feroz batalla, no quedaba un enemigo para contarle. Transcurrió un lapso de tiempo, que apreciar no podía; mas al término de él, continuaba tan tranquilo su Misa, como si nada hubiese pasado. Su casulla, que era blanca al empezar, se había vuelto roja de la sangre de la batalla, y la festividad, que antes era de confesores, después lo fué de mártires. El vino de la consagración le supo á pólvora; el acólito, en vez de campanilla, tocaba un tambor... «¡Cuánto disparate, y qué sueño tan absurdo é irreverente!» dijo el capellán despertando á los tirones de pies que le daba *Uva*.

«Padrico, que nos vamos. Levántese si no quiere que le dejemos aquí.

—¿En dónde estamos? ¿Qué pueblo es éste?

—El pueblo es Mirafuentes. Esto se llama el Cristo de la Caña... Volvemos á los Arcos, amiguito, á repostarnos de municiones para emprenderla otra vez contra esos pillos, que no pelean; lo que hacen es escurrirse como culebras cuando les tenemos cogidos... Dese prisa, si no quiere quedarse.»

En marcha ya, la mente del tráfuga, que con el sueño se había despejado considerablemente, pudo hacer apreciaciones razonables de su verdadera situación, y la voluntad, libre ya del horrible desconcierto de la noche anterior, supo determinar algo conforme á lógica y al sentido común. «No se me había ocurrido hasta ahora que debo presentarme al Sr. Arespacochaga, mi protector y amigo, por quien he venido á estas endemoniadas aventuras. Debo manifestarle el estado de mi conciencia, mis horribles dudas, el espanto que me produjo la visión de Ulibarri, el desaliento que ahora me invade, y todo, todo, para que lo sepa y decida. El me trajo; él dispondrá de mí.»

«Amigos míos—dijo á los cantineros, parándose en mitad del camino,—cuando nos encontramos, la luz de mi razón hallábase apagada. Ya se ha encendido; ya veo claro. Agradeciendo á ustedes la caridad que me han hecho, me veo precisado á dejarles. Tengo que ir al Cuartel Real de Carlos V.»

Diéronle medio pan y un palo, y despi-

diéndose afablemente tiró hacia el Norte, camino de Mendaza y del puente de Arquijas.

## XIX

Toda aquella tarde anduvo sin encontrar tropas. Las de Córdoba fueron hacia el Sur, y la división de Oráa habíase retirado por la estrechura de San Gregorio. Encontró, sí, gentes dispersas, que corrían á recobrar los hogares abandonados; rebaños fugitivos, y, de trecho en trecho, caballos muertos, despojados ya de sus arzones militares; algunos cadáveres de cristinos y facciosos, que nadie se había cuidado de enterrar, y multitud de objetos de vestuario y armamento, despojos tristes de la guerra. Ignorante de la verdadera residencia del Cuartel Real, confiaba que algún campesino adicto á la causa, y por allí casi todos lo eran, se lo dijese; mas no quiso formular su pregunta hasta no hallarse más cerca del terreno dominado por los realistas. Mas no le habría gustado encontrar al ejército, y si pudiera meterse en el Cuartel Real sin pasar por entre los batallones de Zumalacarregui, se creería dichoso.

Por la noche pidió albergue en el primer caserío que encontró, y allí le dieron noti-

cias contradictorias respecto al Cuartel Real: que había pasado á tierra de Alava, que iba hacia el Baztán, que continuaba en la Amézcoa... Confiaba que á la siguiente mañana no faltarían noticias ciertas, y se durmió sosegado, después de cenar habas mal cocidas y un poco de leche de ovejas. Lo que trajo el día subsiguiente no fué la noticia fidedigna que Fago deseaba, sino una nevada formidable. Amaneció todo el país cubierto de nieve, borrados los caminos, el horizonte ceñudo, el cielo arrojando copos. Era, pues, el tránsito prisionero de la Naturaleza, como la noche anterior, y toda su voluntad resucitada no podía con el tremendo obstáculo de la nieve y del frío. Resolvió esperar, toda vez que sus patronos, con gallarda nobleza, le ofrecieron hospitalidad por todo el tiempo que quisiese. No se les ocultaba, juzgando por el habla, que era persona principal, quizás de alta categoría, y le escuchaban con respeto y se desvivían por agasajarle. «Señor—le dijo el anciano, jefe de la familia, compuesta de viejas, muchachas y niños, pues todos los mozos estaban en la facción,—vocencia me dispensará si le digo que le hemos conocido, y que no tiene por qué ocultarse de nosotros. Aquí somos fieles á la causa, y puede estar tranquilo, pues. Sabemos que vocencia eminentísima es ese príncipe, primo hermano de la sacra católica real Majestad; ese que le nombran D. Sebastián, D. Grabiél, ó no sé cómo, y que anda por estos lugares desaminando pueblos al ojetó

de ver dónde se pone una grande fortaleza ó laberiento de trincheras que piensan hacer, para que se apoyen las tropas, y den las batallas en regla. Aquí está vocencia seguro, y puede sacar los pinceles y compases para pintar la tierra y montes y honduras radicantes arriba y abajo. Yo también he sido militar, del 1.º de Zapadores: me encontré en Zaragoza con el Comandante de Ingenieros Sr. Sangenis, y sé lo que son escarpas y contra-escarpas, líneas quebradas, y obras de tierra y fagina. De modo que aunque estoy algo mal de la vista, y por ello gasto antiparras, bien podré ayudarle, y conmigo las muchachas, que todas se despepitan por servir á la real persona.»

Respondió Fago que él no era príncipe ni magnate, sino un pobre capellán del Cuartel Real, que se había extraviado en la acción de Arquijas, y deseaba volver á reunirse con los suyos. No se dió por convencido el viejo, y continuaba mirándole con las antiparras de redondos vidrios, montados en gruesa armadura de cuerno.

«Pues diré á vocencia que, para mí, el Cuartel Real está ya sobre Salvatierra, y las tropas van á forzar el paso de Pancorbo para plantarnos en Burgos en menos que canta un gallo.»

Las viejas tomaron parte en la conversación, y propusieron á Fago darle un balandrán de cura que cogido habían en el campo de batalla. No le pareció mal este ofrecimiento, y aún le pareció mejor al ver la pren-

da de ropa enteramente ajustada á su talla y cuerpo, y tan buena que revelaba ser de canónigo. Aceptada desde luego, se la puso para abrigarse: el frío era intenso; seguía nevando, y no había que pensar en salir tan pronto. Los pastores que en cabañas próximas recogían su ganado, aseguraban que el Rey con toda su Corte estaba en la Amézcoa Baja, y también el ejército, y que hasta pasada Navidad no habría operaciones, por causa del mal tiempo. El viejo de las antiparras no se separaba de su huésped, tratando de hacerle menos aburridas las horas con su charlar continuo de la guerra, entreverado de anécdotas navarras, y de noticias referentes á linajes, familias y personas: de todo ello coligió Fago que había tenido posición y hacienda muy superiores á la pobreza en que á la sazón vivía. Era ribereño, de Murillo el Cuende, y se llamaba Fulgencio Pitillas. Comprometido en las campañas realistas del 22 y 28, Mina le había quemado sus casas y graneros, y quitádole los ganados. Todo lo perdió por defender una idea; pero no le importaba con tal de ver la idea victoriosa. ¿Qué valían unos cuantos carneros y algunos sacos de trigo en comparanza de la religión católica, y del trono legítimo? Dios sobre todo.

Oía esto con indiferencia el buen Fago, hasta que de concepto en concepto, picando el Sr. de Pitillas en uno y otro asunto, vino á resultar inopinadamente que había conocido á D. Adrián Ulibarri. De tal modo se



desconcertó el capellán al oír nombrar á la víctima de Falces, que en un punto estuvo que apretase á correr, poseído de un pánico semejante al que sintió en la batalla de Arquijas. Como el buen Pitillas era tan cegato que no veía *tres sobre un burro*, no advirtió la turbación y palidez del otro, y siguió diciendo que en sus buenos tiempos había tratado íntimamente á Ulibarri, y que la difunta de éste, Doña Saturnina Dorronsoro, y la difunta de Pitillas, Doña Manuela Mendivil, eran primas segundas. Agregó que había sabido el fusilamiento de D. Adrián, pena que le estaba bien merecida, por meterse á dar soplo á los cristinos de los movimientos de los leales; cosa fea, porque el buen navarro debía pertenecer en cuerpo y alma á la causa *disoluta*. Titubeó Fago entre nombrar á Saloma ó callar este nombre, que removía en su alma heces amarguísimas; pero su ardiente curiosidad pudo más que su miedo, y Pitillas, contestando á la tímida pregunta, dijo: «Esa desgraciada, que conocía muy bien el genio que gastaba su padre, no se atrevió á presentarse á él después del estropicio, y ahora...

—¿Ahora qué?

—Dicen que dicen... Yo no gusto de conversaciones, y mejor es que me calle.

—¿Luego vive?

—¿Que si vive? Ahora la tiene usted de ama de cura.

—¡Jesús mío!

—Dicen que dicen... yo no digo nada...

Volvióse con el mismo que la perdió; éste, que es un gran tunante, para esconder sus pecados debajo de la religión, se hizo cura, y ella...

—Eso no es verdad, Sr. Pitillas,—afirmó el capellán con acento tan distinto del que comunmente usaba, que el viejo se desconcertó.

—Yo no lo he inventado.

—Pues es falso, y quien lo haya dicho, miente como un bellaco.

—Así será, pues vocencia lo asegura. De que lo dicen respondo. Ahora, que sea ó no verídica, no sé... Yo he creído que ella y él no se han metido en nuestra religión santísima, sino en otra de esas en que hay *clérigas*, quiero decir, donde los curas son al modo de matrimonios casados, y cada canónigo tiene su sacerdotisa para que le cosa la ropa... Eso pienso; no sé.

—¿Y dónde están?

—Que me condene si lo se. Pero aquí viene este Fermín Iralde, que debe de saberlo, porque una noche contó que había visto á la Saloma tocando las campanas en la iglesia de un lugar, de cuyo nombre no me acuerdo.»

Llegóse al grupo un pastor cojitranco, con peales y zahones, hirsuto, de color gitanesco. Interrogado por Pitillas, dijo que Saloma era ama de un cura que peleaba en la facción.

«¿Y se llama...?»

—No lo sé... Sólo sé que es aragonés, y que está en el 5.º de Navarra.

—Eso no es verdad. Y ese clérigo, antes de meterse á soldado, ¿era quizás párroco de algún pueblo?

—Capellán del Cuartel Real.

—¿Y es el mismo que...?

—No, señor: es otro.

—Mentira, más mentira todavía. ¿De dónde habéis sacado esas fábulas indecentes?... Otra cosa. ¿Y dónde decís que habéis visto á Saloma Ulibarri tocando las campanas?

—Repicando... cuando entraba en el pueblo Su Majestad D. Carlos Isidro. La vió un pastor que se llama Orden.

—¿Dónde? ¿Qué pueblo era ese?

—Aranarache, en la Amézcoa Baja.

—También lo niego. Yo sostengo que es falso de toda falsedad, y á ver quién es el guapo que me desmiente. Sois unos zopen-cos; hacéis mal en tomar en boca á personas honradas, que ni han escandalizado ni escandalizarán jamás. Saloma no es ama de cura, ni *clériga*, ni nada de eso, y al que lo diga le enseñaré yo el respeto que se debe á la mujer virtuosa: donde quiera que ahora resida, llorará la muerte de su padre y sus propias culpas. Para mí está ó debe estar en algún recogimiento, casa de religión ó cosa así.

—No se incomode vocencia—le dijo Pitillas tirándole del balandrán, pues fago se había puesto en pie y accionaba enérgicamente con el garrote.—¿A nosotros qué nos va ni qué nos viene en esto?

—Nos va y nos viene, señor mío, que no

debemos dar curso á la calumnia, sino cortarla donde quiera que la encontremos. Yo salgo á la defensa de toda persona calumniada, ahora y siempre.

—Bueno, señor. Hágase cargo de que no hemos dicho nada, y vámonos á comer, que ya es hora.»

Comió Fago de mal talante, y á cuanto le decían sus patronos contestaba tan sólo con monosílabos incoherentes. Por la tarde, con gran sorpresa de toda la familia pitillesca, afirmó que no podía detenerse; y resistiendo á los halagos de aquella gente infeliz, se despidió, ávido de lanzarse á los caminos, de agitarse y correr, movido sin duda de la necesidad de ejercicio físico, ó quizás de una impaciencia que ni él mismo sabía si era caballeresco-militar, caballeresco-religiosa, ó caballeresco... ¿qué, Señor? El tiempo y los hechos lo dirían.

No acobardado del mal cáriz del cielo, ni de la nieve que en espesa capa cubría la tierra, marchó resueltamente hacia el Norte en busca del paso del Ega más próximo, que era el de Acedo. Escasos dineros llevaba: dos pesetas columnarias, y una regular porción de cuartos. Sus víveres eran un pan con chorizo entre la miga, que al salir le dieron los Pitillas; su compañía, sus pensamientos y el garrote. No llevaba media hora de marcha, cuando empezó á ser atormentado por una idea, y ésta no le abandonó hasta el fin de la jornada. Era como un compañero de viaje que al compás de los pasos, y convir-

tiendo en voz humana el singular crujido de la nieve bajo los pies, le hablase al oído. ¿Qué decía? Pues que en el bolsillo del bañador que puesto llevaba, generosa ofrenda de los Pitillas, había, cuando se lo dieron, una carta olvidada. Recordaba que en el momento de tomar la prenda de ropa de manos de la vieja, había registrado los bolsillos, encontrando en ellos un pedazo de yesca, dos cuartos, y un papel escrito. Rompió el papel la anciana, sin que á él se le ocurriese impedirlo, por no sospechar que pudiera ser interesante. Pues bien, al ponerse en camino dió en pensar que el papelejo era una carta de la persona cuyo nombre, pronunciado inopinadamente aquella mañana, había removido su sér todo. La hija de Ulibarri escribía muy mal, y firmaba sólo con la sílaba *Mé*, abreviatura de Salomé, con que de niña la nombraba su abuela. «Parece que es esto obra del demonio—pensaba.—Ahora veo los pedazos del papelejo, rotos y echados al viento por señá Martina, y creo recordar, creo recordar... como no sea esto una artimaña del espíritu maligno... creo recordar que en uno de aquellos pedacitos, que volaba delante de mis ojos, estaba escrito: *Mé*... Y yo digo: ¿esto del creer recordar, es como recordar verdaderamente? Si ví pasar la palabra *Mé* por el aire, ¿cómo no me causó la impresión que ahora me causa el querer recordarlo? Luego no hubo tal palabra... ¿Y no podría suceder que viera la sílaba sin darme cuenta de lo que significaba?...»

Por todo el camino, sobre la blancura inmaculada de la nieve, fué viendo algo como huellas de una cabra, un signo que evidentemente decía: *Mé, Mé, Mé...*

## XX

La noche le cogió en el arrabal de Acedo: pidió y le cedieron albergue en una choza humilde, y á la mañana siguiente, muy temprano, se agregó á una cuadrilla de campesinos que le llevaron en borrico unas cuatro leguas. El tiempo había mejorado; pero al deshacerse la nieve, los caminos y senderos se ponían intransitables. Sin desmayar por esto, el peregrino seguía, y á medida que se aproximaba á las alturas de la Amézcoa, iba encontrando gente que iba ó venía, caballerías cargadas de provisiones, y alguna descubierta de soldados á pie ó á caballo. En Galbarra encontró á dos conocidos, el uno aragonés, el otro navarro, y por ellos se informó de las posiciones de la tropa, sin dar á entender que deseaba conocerlas para evitar su encuentro. Agregaron que el Cuartel Real estaba en Artaza, y que allí permanecería cuando el ejército saliese á operaciones, pasada la fiesta de Navidad. Con estas noticias determinó emprender un largo rodeo, á fin de meterse en Artaza.



sin pasar por los pueblos donde acampaban las tropas de Zumalacarregui. Esto le ocasionó una tardanza de tres días, durante los cuales iba viendo el *Mé, Mé*, ya representado por la huella de cabras, ya por letreros diferentes, trazados con negro en esquinzos de iglesias, ó en tapias de caserones.

Llegó á Artaza de noche. El pueblo dormía; los centinelas obligáronle á esperar el día para entrar en las calles, y arrimóse á un vivac, donde encontró conocidos y amigos, entre ellos uno del propio Oñate. Este le notificó que se le tenía por muerto en la batalla de Arquijas, y que el Sr. Arespacochaga había mandado echarle resposos. Hablando de operaciones, díjole el mismo que pasada Navidad se emprendería la guerra por la parte de Guipúzcoa, donde andaban muy envalentonadas las divisiones de Espartero y Jáuregui.

No sentía Págo ningún interés por estas noticias de guerra; pero se guardó de dar á conocer su desencanto. Tales confianzas no podía tenerlas más que con su protector y amigo, el Sr. Arespacochaga, ante quien se presentó por la mañana, no causándole menos impresión que si fuese alma del otro mundo. Era el tal cortesano de D. Carlos persona de muy cortas lices, ambicioso forrado en beato, de ideas comunes y palabras rebuscadas y ampulosas. Su edad no pasaba de los cincuenta años; era de buenas carnes, de rostro frío y redondo, afeitado; facciones que podrían llamarse eclesiásticas, con la salve-

dad de que carecían de toda expresión mística. Su mirada se esforzaba en ser aguda y luminosa; pero no lograba la vanidad lo que sólo es privilegio de la inteligencia: resultaba un mirar de desconfianza oficinesca, ó de comerciante en mercedes palatinas. Usaba en el trato social tosecillas, pausas, caídas de ojos, y otros medios auxiliares de expresión que conceptuaba indicadores de pensamientos recónditos: realmente eran un juego que respondía á la vaciedad de su inteligencia. Y cómo había otros más negados que él, para éstos tenía un repertorio de frases comunes, adquiridas en lecturas ó cosechadas en el trato de otros prohombres burocráticos, las cuales le servían para deslumbrar á la muchedumbre de casacón y sombrero de tres picos, que es sin duda la más fina y selecta variedad en la familia extensísima del humano vulgo.

Pues bien: serían las nueve de la mañana cuando el asendereado presbítero se presentó al Sr. Arespacochaga, el cual habría desmentido su carácter si no le recibiera con toda la gravedad que gastar solía, así en los actos ordinarios como en los más solemnes de la vida. A poco de entrar Fago, sirvieron á los dos el chocolate. Su Excelencia oyó, frunciendo el ceño, las explicaciones que el capellán le diera de su desaliento militar, de aquella inesperada fuga, que parecía una desertión, pues no estando herido debió incorporarse inmediatamente al 5.º de Navarra. «Con estas cosas, Sr. de Fago, y estas rare-

zas de su carácter—dijo el Consejero de Castilla,—me ha puesto usted en ridículo, pues yo le aseguré al señor General en jefe que usted era un gran soldado y un sagaz estratégico: así me lo manifestaron personas que le conocen desde su juventud. Y ahora pregunto: ¿usted sirve ó no sirve para las armas? Porque si en el terreno militar, no ha de hacer nada en gloria y provecho de nuestro augusto Soberano, lo mejor será que vuelva á ponerse la sobrepelliz y procure sernos útil en la esfera eclesiástica...

—Señor—replicó Fago con efusión humilde,—yo no sirvo: ni en una ni en otra esfera podré hacer nada de mediano provecho.

—Pues entonces, ¿á qué aspira usted?

—Aspiro á encerrarme en un recogimiento, y á dar de mano á todas estas contiendas, así políticas como militares, pues unas y otras las creo de una vanidad absoluta.

—Hubiera usted empezado por manifestarme esas ideas egoístas—dijo el Consejero sin mirarle,—y yo no le habría sacado de Oñate. Le tuve por un gran hallazgo, como hombre de inteligencia; después salimos con que era usted hombre de acción, y, á la primera prueba, nos resulta fallido... Hábleme con franqueza: ¿es que le falta á usted la primera condición de todo militar, el valor?

—De sobra he tenido esa cualidad en algunos momentos; en otros, la verdad, me ha faltado.

—Pero yo pregunto: ¿el valor personal, el arrojo del soldado, son indispensables en

quien, como usted, según repetidas veces me han dicho, descnella por el sentido estratégico y las combinaciones?

—El valor personal es necesario siempre. Sin él todas las aptitudes guerreras no sirven para nada.

—Hombre, hombre... no estamos conformes... Y yo pregunto: ¿cree usted poseer la ciencia estratégica, ese don innato, ese...?

—Francamente, señor, creí poseerla: en mi obcecación y soberbia llegué á imaginar que los pensamientos del General en jefe no eran más que una reproducción de mis propios pensamientos; pero ya me he curado de esa presunción ridícula... Yo no sé nada; yo no sirvo para nada.

—Hombre, hombre... Pues estamos bien. Me deja usted lucido... Aquí nos desvivimos por traer á la causa todos los elementos útiles, así religiosos como políticos y militares: descubro á Fago; creo haber hecho una adquisición, y ahora, usted mismo, con esa santa pachorra, me dice: «Señor, soy un necio,» lo que significa que más necio fui yo al considerarle discreto.»

Al llegar á este punto, el Sr. Arespachaga, apurado el chocolate, y bebida con gran fruición el agna, empezó á medir la estancia, las manos á la espalda, jugando con los faldones de su larga levita. Fago continuaba sentado; y aún mojaba bizcochitos en el soconusco.

«No, no, señor mío—prosiguió el cortesano, alardeando de penetración y agudeza,—

aquí hay algo que usted no quiere decir, algo que se propone ocultarme con esos artificios de su ineptitud, de su supuesta cobardía, etc., etc. Aquí hay algo, y yo, que veo mosquitos en el horizonte, veo el oculto pensamiento de usted, y le demostraré ahora mismo que á todos engañará, pero á mí no.

—Ni á usted ni á nadie,—dijo el capellán mirando fijamente al Consejero, el cual se paró ante él, y puso entre ambos una silla, en cuyo respaldo reforzaba con golpes sus severas palabras.

—Toda esa historia que usted me cuenta es una fábula grosera con que quiere ocultarme sus recientes inclinaciones al cristinismo, al liberalismo, al bando infame contra el cual peleamos... ¡Ah! es esto, y no puede ser otra cosa... ¿Por qué no lo dice usted claro?

—Ni claro ni obscuro puedo decirlo, porque no es verdad. Grandes turbaciones he sentido; pero eso... libreme Dios. ¡Yo cristino, yo liberal! Sr. D. Fructuoso, es usted conmigo injusto, cruel, despiadado.

—¿Me negará usted que estuvo en el campo de Córdova en la mañana siguiente al combate de Arquijas?

—Estuve, sí señor, porque me perdi... porque...

—Se perdió usted... y tan perdido... Ya lo veo.

—Si yo me hubiera pasado al cristinismo, no estaría en este momento donde estoy...

—Es que... bien podría suceder que acá se



nos viniera con fines de espionaje... Valor se necesita para ello... De su conducta, señor capellán, deduzco que usted podrá ser todo lo que se quiera, pero cobarde no es.

—Sí que lo soy, Sr. D. Fructuoso—dijo el otro poniéndose en pie,—pues usted me injuria gravemente, usted me llama espía, y yo... lo aguanto; yo... continuo respetando al que ha sido mi protector y mi amigo.»

Viendo pasear al Consejero con las manos en los faldones, Fago se sintió acometido de un vivísimo impulso: coger á su protector, y tirarle por la ventana.

«Permítame usted que me retire,—le dijo, temiendo que su sangre impetuosa le lanzara bruscamente á una brutal acción.

—¡Ah! no... ¿Cree usted que he concluido? ¿Cree que renuncio á obtener las explicaciones que estimo pertinentes?

—¿Explicaciones? Ya las he dado todas.

—Ahora lo veremos. Siéntese usted... Considere que, si se me alborota, me será fácil mandarle preso... y un consejo de guerra decidirá si el curita Fago es simplemente un desertor medroso, ó un valiente vendido á los enemigos de la Fe.

—Mándeme, si gusta, al consejo de guerra, pues nada temo, ni me importa. Que me juzguen cómo quieran.

—Le digo á usted que se siente, y oiga.

—Oigo sentado...

—Pues... yo pregunto al capellán Fago: ¿quién es una mujer, una mujer digo, que la víspera de la batalla de Arquijas, se presentó



en el Cuartel Real pidiendo noticias de usted?

—¿De mí?... ¿Una mujer? Lo ignoro,—replicó el capellán palideciendo.

—Y bien se comprendía que no preguntaba la tal por un desconocido. Su lenguaje, y el interés de sus interrogaciones, demostraban confianza, y antiguo conocimiento con el señor capellán.

—¿La vió usted?—dijo Fago con apagada voz, tragando saliva.—¿Qué señas tenía?

—Alta, buena presencia, ojerosa... vestida de negro.

—¿Edad?

—Como unos veinticinco años... quizás menos.»

Y creyendo ver en la intensísima palidez del clérigo indicio seguro de culpa, prosiguió con hueca severidad: «Le vende á usted su turbación, y todo lo que diga no le servirá más que para enredarse en sus propias mentiras.

—Yo no miento... Por las señas, esa mujer es la hija de Ulibarri...

—¿Y cuándo hizo usted conocimiento con ella?

—¡Ah! es cosa muy antigua, anterior á la época en que abracé el estado eclesiástico.

—¿Y qué clase de relaciones...? ¿se puede saber...?

—Se puede saber; pero no se sabe, porque yo no he de decirlo, ni á usted le importa nada ese asunto, enteramente personal y que nada tiene que ver con la guerra.

—¿Que nada tiene que ver con la guerra? Muy pronto lo dice.

—Lo digo y lo sostengo, sin más explicaciones.»

La actitud resuelta y valiente del aragonés desconcertó al Sr. Arespacochaga, que se pasaba la mano por la frente, anunciando con este movimiento la pronta emisión de una idea luminosa.

«Si no se tratara más que de los grandísimos pecados mortales cometidos por usted en su vida de seglar licenciado, nada tendría que decir. Debo creer que usted limpió su conciencia de aquellos crímenes contra la ley de Dios, y que fué absuelto en el tribunal de la Penitencia. Pero no se trata de eso. La mujer de quien hablamos no es, no puede ser extraña á la deserción de usted, ni á su visita al campamento enemigo.

—¿Qué absurdo! Pruébemelo usted.

—A eso voy. Dos días antes de aquél en que se presentó en Orbiso la señora esa, se recibió una carta dirigida al capellán D. José Fago.

—¿Y la abrió usted?

—Naturalmente. Su Majestad me ha encargado del servicio de correos y policía. El estado de guerra me autoriza á leer todas las cartas, y mayormente las de mis subalternos. Usted es mi capellán; pero aunque no lo fuera... aunque no lo fuera... La carta, muy mal escrita, le decía á usted que saliera al anochechar á la primera venta que hay en el camino de Antoñana, *Parador del Manco* se llama,

donde la firmante le esperaba para hablarle de un asunto.

—¿Y firmaba...?

—Firmaba *Mé*.

## XXI

—Es ella, es ella—dijo Pago poseído de febril inquietud, levantándose para espaciar su espíritu y respirar fuerte.—Pero, pero...

—¿Pero qué?... No sabe usted por dónde salir.

—¿La carta...?

—La mandé á su destino, y por mis vigilantes supe que el señor capellán acudió á la cita.

—Eso no es verdad, como no lo es que yo recibiera tal carta: se lo juro. Tiene usted un servicio de espías detestable. Le han engañado, señor mío.

—Para que vea usted que soy leal y que no quiero cogerle en una trampa—manifestó el Consejero empleando toda su gravedad,—le diré que mis informes sobre el particular no son de los que alejan toda duda. Al punto de cita acudió un hombre de balandrán. No me han asegurado que fuese usted. Bien pudo suceder que la señora *Mé* citara á varios clérigos para celebrar algún concilio, ó junta de rabadanes.»

Esta broma no le pareció bien á Fago, que sentándose otra vez dió un golpe en la silla que les separaba, diciendo: «La señora *Me* no tiene por qué celebrar concilios, ni es persona capaz de andaren tratos de mala ley, en enredos políticos ó militares.

—¿Que no? ¿Se atreve usted á decir que no? Pues sepa que esa señora pasó la noche del 14 al 15 de Diciembre en el alojamiento de los ayudantes del General; sepa usted que algunos días antes, el 10 ó el 11, estuvo en Los Arcos en compañía del capellán de Gerona, con quien parece ha vivido ó vive en gran intimidad. Es indudable que ha pasado de un campamento á otro, trayendo y llevando recados. Hay sospechas de que para sus espionajes se disfraza de monja, en compañía de otra mujer, figurando que pertenecen á la Comunidad de Dominicas de Los Arcos, desalojadas por los cristinos... ¿Qué tiene usted que decir? ¿Por qué me pone esa cara de estupor y atontamiento?

—Pongo esta cara porque realmente me siento atontado y estúpido. Paréceme que sueño; que oigo contar cuentos de duendes y trasgos. Yo me vuelvo loco, Sr. Arespachaga, y no sé si creer ó no creer lo que escucho.

—Pues yo, en mi sano juicio, sostengo que esa señora, disfrazada de monja, se ha visto con usted el día antes de Mendaza, quizás el mismo día, y le ha inducido á llevar proposiciones de componenda, quizás de traición al general D. Luis Fernández de Cór-

dova. Y usted ha visto á Córdoba, no me lo niegue, y usted, antes de venir aquí, ha llevado á Zumalacarregui algún mensaje del jefe cristino, y usted...

—Señor mío—dijo el capellán con acento solemne, dueño de sí, no turbado ni balbuciente, sino con la energía y el aplomo de quien expresa la verdad, y pone la verdad sobre todas las cosas, sin exceptuar la vida,—yo, José Fago, por la Orden sagrada que recibí, ante Dios que ha de juzgarme, ante los hombres á quienes entrego mi vida, juro que estoy inocente de todo delito de traición y espionaje, que no he visto á Córdoba ni á Zumalacarregui, que no he visto á esa mujer á quien suponen ocupada en traer y llevar recados de uno á otro campamento, que todo lo que usted me cuenta es absolutamente desconocido para mí. Y si no es verdad lo que juro, que me mate Dios ahora mismo, y mande mi alma á los infiernos; y si usted no me cree, disponga que me lleven ante un consejo de guerra y me fusilen inmediatamente, pues para nada quiero una vida calumniada. Honrado soy en mi conciencia, y me basta; por eso no temo la muerte; casi la deseo, y matándome se me da la gloria del martirio, que apetezco, que ambiciono.»

Esta vez fué Arespacochaga quien palideció, afectado por la actitud arrogantísima del capellán, por su voz entera y vibrante, por el fuego de sus ojos.

«¿Me cree usted ó no me cree?—añadió Fago dando un paso hacia él.

No quiso el Consejero dar su brazo á torcer tan pronto, ni declarar el efecto que la solemne manifestación del aragonés le había producido. Dominando su turbación, echó mano de su gravedad, del recurso de las medias palabras que nada dicen, y parecen revelar pensamientos hondos... «Tengamos calma... Yo opino... ¿Cree usted que á mí se me engaña... que no sé distinguir?... Poco á poco. Ya sabe que le aprecio, que le he protegido, que mi mayor gozo es verle triunfante de la calumnia...

—¿Me cree usted, sí ó no?

—Calma, señor capellán... Puede que de esta conferencia salga la certidumbre de que no es usted traidor... Yo la deseo... estoy dispuesto á admitir todas las explicaciones razonables.

—Y hay más—declaró fago con enérgica resolución y acento firmísimo:—creo que todo eso que á usted le cuentan sus espías y polizontes, es falso. Unos por congraciarse con sus jefes y aparentar servicios ilusorios, otros por la recompensa pecuniaria que se les da, le traen á usted mil embustes y enredos... No hay, no hay, no puede haber tales tratos entre el ejército de la legitimidad y el ejército impío; yo lo niego: le engañan á usted, abusan de su credulidad, Sr. D. Fructuoso.

—¡Carape!... ahora sí que tengo á usted por un inocente, digno de que le entierren con palma—replicó el Consejero alardeando de hombre agudo, sabedor de secretos gravi-



simos.—Admito... ya ve usted si le considero... admito que mi capellán no tenga parte alguna en esos enjuagues y componendas... Las manifestaciones que usted acaba de hacerme serían una hipocresía monstruosa, si no fuesen verdaderas. Admito su inocencia, Sr. Fago; pero dudar de que existen proyectos contrarios á las grandiosas aspiraciones de nuestro Rey augusto... ¡ah!... eso no, eso no puedo dudarlo; porque en mi mano tengo más de un hilo, que me traerá el ovillo de esta indigna conjura. Todos los servidores de Su Majestad no tienen el mismo grado de fe y entusiasmo. No diré que nos vendan al enemigo, eso no... Pero algunos, ó por falta de convicción, ó por exceso de soberbia, buscan la alianza con determinados personajes cristinos, proponiéndoles concesiones políticas, señor mío; ofreciendo cosas tan absurdas como el otorgamiento de una Constitución prudente, y libertades que no están ni pueden estar en nuestro programa, porque son contrarias al dogma religioso... Total: que se quiere acelerar el triunfo de la causa, por medio de un arreglo en el cual quedarían por el suelo las sagradas prerrogativas de nuestro Soberano... Y yo pregunto: ¿triunfar de ese modo, es verdadero triunfo?»

Fago no chistó. Las ideas expresadas por su patrono eran de tal extrañeza y novedad, que no podía, sin mayor detenimiento, admitirlas ni rechazarlas.

«No hablo de traición, no—dijo el Conse-

jero en el tono de quien no quiere manifestar más que una parte de lo que sabe,—porque si ha llegado la hora de las intrigas, no ha llegado, ni quizás llegue, la hora de las traiciones. ¿Me entiende usted? Yo pregunto: ¿las operaciones de nuestro ejército obedecen á un plan conveniente y práctico? Yo creo que no. No se necesita ser estratégico de profesión para comprender que, derrotada la impiedad en Arquijas, nuestros soldados vencedores debieron perseguirla en el camino de Los Arcos, batirla aquí y en Viana, y después acometer sin miedo el paso del Ebro por Logroño, ó por Cenicero, si el paso de Cenicero se creía más seguro. ¿Usted qué opina?

—Que por Cenicero.

—Y cuando todos creíamos que Zumalacarragui operaría sobre Los Arcos, nos hablan de una expedicioncita á Guipúzcoa. ¿Para qué? Para coger moscas, para perseguir á las columnas de Espartero, Jáuregui y Carratalá. ¿Usted no piensa como yo que esto es un disparate, y si no un disparate militar, una... ¿cómo diré? un pretexto para ganar tiempo, hasta que se pueda llegar á la pastelada política con Mina ó con Córdova?»

Y viendo que Fago, la mirada fija tenazmente en el suelo, no decía nada, le incitó con instancias á manifestar su opinión.

«Creo—dijo al fin el capellán,—y ésta no es opinión técnica, sino de sentido común; creo que no estamos aún en disposición de

pasar el Ebro. En Arquijas, según tengo entendido, no se cogió al enemigo ninguna pieza de artillería.

—Ta, ta, ta... siempre el mismo cuento. A eso replico que si no las tomaron, fué porque no quisieron. Mis noticias son que el 5.º de Navarra tuvo los cañones cristinos poco menos que entre las manos.

—Eso no es verdad: lo niego como testigo que fuí.

—Los batallones que mandaba Villarreal también pudieron ganar algunas piezas, y no las ganaron.

—Lo dudo.»

Callaron ambos, y mientras el Consejero se paseaba, Fago retrotraía su imaginación al día y campo de la refriega de Arquijas, buscando en sus recuerdos la certeza ó falsedad de lo que su patrono afirmaba. Nunca había tenido Fago muy alta idea de las dotes intelectuales del Sr. D. Fructuoso, y en aquella ocasión no encontró motivos para rectificar su criterio sobre este punto. Tiempo es de decir que se hallaban en una estancia grandísima de superficie, mas tan baja de techo, que parecía un pajar; indigno alojamiento de funciones políticas y burocráticas, que constituían algo semejante á un Ministerio de nuestros días. El piso de madera ofrecía ondulaciones como las del mar; desnudas de todo adorno estaban las paredes, y los muebles eran dos papeleras desvencijadas y una mesa, que más bien parecía mostrador, atestadas de legajos. En una habita-

ción próxima, abuhardillada y polvorienta, trabajaba el individuo que era como la representación sintética de todo el personal del departamento, un pobre chico, acólito en Oñate, donde le ayudaba las misas á Fago, en campaña escribiente, secretario y ayuda de cámara del señor Consejero. Lo mismo le limpiaba las botas que extendía la minuta de un Real decreto. Natural era que viviese con tales estrecheces y privaciones una Corte ambulante, más rica en entusiasmo y fe que en materiales recursos, y en la cual las dependencias de un gobierno embrionario funcionaban difícilmente, corriendo de un pueblo á otro con los archivos en una galera, los tinteros vacíos, y las cabezas más llenas de esperanzas que de sólidas ideas.

En pueblos tan pobres como Artaza, gracias que pudiera alojarse con relativo decoro la Católica Majestad, ocupando los cómodos aposentos de la casa del cura. Los del séquito, reducido en aquel tiempo, por consejo de Zumalacarregui, al personal absolutamente indispensable para el Real servicio, se aposentaban donde podían, no desdenando los desvanes, graneros y cuadras, cuando no se encontraba cosa mejor. Cien hombres escogidos daban escolta al Cuartel Real, y solían dormir en la sacristía ó dependencias de la iglesia, ó en la sala del Ayuntamiento, teniendo por cama común el suelo duro y frío. La suerte era que ninguno se quejaba: no hay colchón como la fe.

Antes de proseguir hablando, reconoció el

Consejero las dos puertas de la habitación, cerrándolas después cuidadosamente, y ni aun así dió á su voz toda la sonoridad que acostumbraba.

«Dejando á un lado si pudimos ó no pudimos tomar piezas, ello es, amigo Fago, que esta desviación de las operaciones hacia Guipúzcoa es un gran desatino. Todas las personas entendidas en asuntos militares lo censuran: el Rey... y le advierto á usted que nuestro augusto Soberano posee un gran conocimiento de las cosas militares... el Rey, digo, no parece muy satisfecho de las disposiciones tomadas últimamente por su Generalísimo. Claro que esto no puede decirse, y yo se lo digo á usted con la mayor reserva...

—Y con toda reserva pregunto yo: ¿acaso Su Majestad piensa cambiar de General en Jefe?»

Al oír esto, volvió D. Fructuoso al examen y revisión de puertas, y con la certidumbre de que nadie le oía, dijo: «Aquí, en confianza, amigo Fago, estamos preparando un Real decreto, por el cual Su Majestad, inflamado en intenso fervor religioso, elige por Generalísima de sus ejércitos...

—¿A una mujer?

—A la Purísima Concepción, y se pone bajo el amparo de la excelsa Señora, para que dé la victoria á las armas que se esgrimen en defensa de la fe de nuestros padres.

—¡Oh!... me parece muy bien. Es una nueva muestra de la piedad de este excelsó

Príncipe... Pero la Virgen no ha de ponerse al frente de las tropas... creo yo, y siempre ha de haber un hombre que desempeñe las funciones del orden práctico y material, en el bien entendido de que si esas funciones no son desempeñadas con criterio y rectitud, de poco valdria ¡ay! la tutelar protección de la Reina de los Cielos.»

## XXII

Tras una pausa en que uno y otro parecían embebecidos en hondísimas meditaciones, prosiguió Fago: «Lo que pregunto á usted es si piensa Su Majestad variar de Generalísimo... terrestre.

—No creo que, por ahora, de eso se trate. Su Majestad, mientras los acontecimientos no prueben que Zumalacarreñi va por mal camino, no puede retirar á éste su confianza. El Señor es hombre de gran prudencia y tacto, y toma sus resoluciones después de bien meditadas...

—¿Hay acaso en el Cuartel Real personas que hayan demostrado ó demuestren aptitudes excepcionales para el gobierno de un ejército?

—Acá para *inter nos*, amigo Fago, la organizacion de tropas y el llevarlas al combate y á la victoria, previo estudio del te-



reno en que han de pelear, me parece á mí que no es ciencia tan sublime como algunos creen. Vea usted lo que han tenido de Aníballes ó Pompeyos nuestros generales más afamados. Y no quiero hablarle á usted de los guerrilleros. La mayor parte de ellos ladran... Para mí es cuestión de sentido común y un poco de sangre fría, ni más ni menos. En el Cuartel Real tenemos sujetos de gran conocimiento en estos asuntos, algunos del orden civil. Cuando el Soberano nos hace el honor de reunirnos en su tertulia, hablamos, discutimos, y haciendo la crítica menuda de las marchas y disposiciones del General, unas veces nos parecen bien, y otras... ¡qué quiere usted que le diga!... nos parecen medianas.

—¿Y al consejo áulico de Su Majestad no asisten militares? La opinión de éstos me parece muy digna de tomarse en cuenta, y no es esto despreciar el criterio de los señores del orden civil.

—¿Militares dice usted? Su Majestad tiene á su disposición á más de cuatro que se distinguieron en la guerra de la Independencia y en la campaña realista; hombres de conocimientos, de práctica en la manipulación de tropas, y señalados además por la firmeza y fervor de sus creencias religiosas. Sin ir más lejos, aquí está el Sr. González Moreno, de quien debemos esperar días gloriosos para la causa; persona muy sensata, muy grave, de las que á mí me gustan... ¡pocas palabras, ¿me entiende usted? una segun-

ridad en el juicio, una entereza en el carácter...! Tenga usted por cierto que con ese no juegan los caballeros constitucionales y masonicos.

—Y ese Sr. González... ¿quién es? Perdone usted mi ignorancia. ¿Con qué hazañas, ó siquiera hechos de algún viso, ha ilustrado su nombre?

—Por Dios, amigo Fago, ¿de qué dehesa sale usted? ¿Es de veras que no ha oído nombrar al Sr. González Moreno, el afamado Gobernador militar de Málaga, que en los últimos años de D. Fernando VII descubrió y aniquiló la conspiración de Torrijos y otros corifeos del democratismo, atrayéndolos de Gibraltar á Málaga, y...?

—Ya, ya sé... Si he de hablar con franqueza, Sr. D. Fructuoso de mi alma, esa página histórica no resulta muy gloriosa que digamos... expreso lo que siento... y bien mirado, ello es un acto político más que militar.

—Yo le aseguro á usted—afirmó el Consejero enfáticamente,—y puedo probarlo, que el Sr. González Moreno posee en grado altísimo talentos militares, con los cuales emulará, *Deo volente*, á los caudillos más insignes.

Con estas salidas de tono, expresadas en el lenguaje oficinesco que tan bien manejaba, solía tapar D. Fructuoso las bocas de diversos personajes, amigos ó rivales suyos, con quienes comunmente departía, y que si no le eran inferiores en cacumen, no

le llegaban al zancajo en la emisión de conceptos graves, de fácil sonsonete persuasivo. Píngió Fago que se convenía, y aceptando al Sr. Moreno por un segundo Napoleón, se permitió poner en duda la ciencia militar de los que sahumaban con vano incienso la persona del llamado Rey legítimo.

«Dejemos este asunto del cambio de General—dijo luego D. Fructuoso desarrugando el ceño,—á la autoridad augusta del Soberano, y ocupémonos en lo que es de nuestra humilde incumbencia. Encargado estoy de velar por la seguridad de esta gloriosa Monarquía; á mí me compete el accechar á los enemigos, el buscarles las vueltas y atajarles los pasos. Creo haber adquirido noticias de grandísimo precio para desbaratar las intrigas de los constitucionales; pero la red es tan espesa, amigo mío, que aún me falta coger muchos de sus hilos. Los que andan sueltos por ahí espero atraparlos con la ayuda de usted.

—¡Yo! ¿Qué puedo hacer yo, triste de mí?

—Mucho, amigo Fago, mucho. Las dudas que acerca de su lealtad me asaltaron al verle hoy, se han disipado. Creo en su inocencia. Para creer en su adhesión incondicional á la causa, necesito que me preste usted un servicio... ¡ah! un servicio que no vacilo en llamar eminente.

—Digamelo pronto, y si es cosa que puedo y sé...

—¿Que si puede y sabe? No se le exige ciencia militar ni teología dogmática. Esta

no es empresa de guerrero ni de sacerdote.

—¿Pues de qué?

—De hombre... simplemente de hombre, Sr. Fago. La causa exige de usted en estos momentos que deje á un lado las aptitudes militares, si es que las tiene, y las disposiciones evangélicas, para no ser más que el José Fago vulgar, el de marras.

—No entiendo, Sr. D. Fructuoso: explíquemelo mejor.

—Más claro: necesito que vaya usted en seguimiento de esa mujer, que la rastree, que la persiga, que la encuentre y me la traiga.

—¿Esa...?

—Esa *Mé*... ó como quiera que se llame. No se haga usted el tonto. Yo le señalaré un itinerario seguro para encontrarla. Verá usted cómo no falla, y cobraremos esa hermosa pieza, ya se disfraza de monja dominica, ya de aldeana rústica ó ama de cría. Para ganar su confianza y apoderarse de sus secretos, empleará usted los medios que crea eficaces, cualesquiera que sean, pues la santidad del fin todo lo justifica y ennoblece. Quiero decir que no sea usted remilgado, pues esa debe de ser pájara de cuenta... en fin, ¿qué he de decirle, si usted mejor que yo la conoce?

—Sr. D. Fructuoso de mi alma—dijo el capellán con gran consternación, palideciendo.—Yo no puedo desempeñar esa comisión... yo no quiero ni debo ver á esa mujer, á quien conocí y traté más de lo conveniente, en mis tiempos de seglar desalmado

y libertino. Mi conciencia me prohíbe avivar el fuego que sofoqué para bien de mi alma... No me lance usted á ese peligro, por Dios; se lo ruego...

—¡Hombre, qué ridículos escrúpulos!... Yo no le digo á usted que caiga nuevamente en el pecado, ni de eso se trata. Ya sé que hablo con un sacerdote. Pero la causa es la causa, y no se la puede servir eficazmente sin algún sacrificio... No pido el sacrificio de la conciencia; basta con el de los actos, basta con una apariencia de... Poniéndome en su caso, entiendo que no me sería difícil conquistar ó reconquistar la voluntad de esa hembra, conservando mi conciencia en paz, y ofreciendo á Dios la pureza de mis intenciones y el servicio que presto á la fe, como garantía de la nulidad de algún pecadillo formal que pudiera cometer... formal digo, de forma, *per accidens*... usted me entiende.

—Dispénsame usted—dijo l'ago con grandísima turbación, la frente empapada en sudor frío;—pero yo no puedo, no me determino... Me entra el pánico, señor; ese pánico que me hizo correr en el campo de batalla. No soy dueño de mí, no tengo voluntad.

—Bueno, bueno: tranquilícese, amigo Don José... y piense con calma lo que le propongo, para que pueda darme de hoy á mañana su conformidad.

Trémulo y desconcertado, el capellán se levantó, tendiendo su mano á D. Fructuoso. Quería marcharse, huir, correr. Sentía las ansias del pánico, y no se conceptuaba se-

guro hasta no poner la mayor distancia posible entre su persona y la del grave Consejero, que era en aquel instante su demonio tentador. Aún quiso éste retenerle, estrechando sus manos abrasadas; pero Fago no podía más, no. Si no escapaba pronto, su temblor se convertiría en ataque epiléptico. Despidióse con palabras balbucientes, y salió de estampía, tropezando en los muebles, haciendo retemblar las hojas de la puerta.

Largo rato vagó por el pueblo, recorriendo de punta á punta su calle única, empinada y fangosa, sin que con el desgaste de la energía muscular se calmase la vivísima agitación que le dominaba. Encontróse uno, dos amigos, y hablando con ellos de cosas en que fijar no podía ni el oído ni la atención, sintió un frío muy intenso, que le hacía dar diente con diente; después un calor que le abrasaba el rostro. Uno de aquellos señores, contador de la Real Intendencia, tomándole el pulso le dijo: «Querido D. José, está usted malo, muy malo: lo mejor que puede hacer es meterse en la cama, si es que la tiene, que en este condenado pueblo no podemos revolvernos los que componemos la Corte. A mí me tiene usted en un pajar, y gracias que me ha tocado una patrona con buenos colchones... Si quiere, y no ha encontrado aún alojamiento, véngase conmigo.»

Tan malo se encontraba el buen capellán, que no recordó el ofrecimiento que D. Fructuoso le había hecho de su casa ministerial, y aceptó la invitación del otro sujeto, mejor



dicho, se dejó conducir de él. En un camaranchón le metieron, y en el suelo le acostaron, sobre un mediano colchón, con abrigo de mantas y un grueso capote de su amigo. El resto del día y toda la noche pasó con calentura intensísima, inquietud y delirio; al día siguiente parecía mejorado; al tercero dijo el médico que se moría; al cuarto faltó poco para que le dieran el Viático. Una mejoría repentina hizo concebir esperanzas, y al octavo se le declaró fuera de peligro; pero su convalecencia había de ser larga. ¿Cuál era su enfermedad? Tabardillo, fiebre nerviosa, no sé qué. Ni él ni tampoco el médico lo sabían. Lo cierto fué que después de los crueles días de gravedad, se quedó aplanadísimo, como atontado, y sin ganas de vivir. Indiferente á todo, se pasaba los días mirando al techo, bostezando á ratos, y tarareando una monótona canción de los tiempos juveniles, que revivió en su memoria en los críticos días de ardorosa fiebre. Su amigo trataba de distraerle, y le proporcionaba buenos alimentos y aun golosinas para despertar el apetito; mas nada conseguía. Ni aun el Sr. Arespacochaga, con su conversación grave y sus frases en estilo de cancillería, lograba sacarle de aquel estado de atónica tristeza. Pasó la Navidad, pasó el día de Año Nuevo (1835), y hasta la Epifanía no empezó el hombre á entrar en caja.

Por fin, gracias á Dios, dejó el camastro, y empezando á tomar alimento, recobraba las fuerzas del cuerpo y el vigor del es-

píritu. Aun después de restablecido, conservaba la costumbre de permanecer largo rato mirando al techo, y era que como la estancia no tenía vistas al campo ni á la calle, sino tan sólo á un sombrío corral, el techo hacía las veces de horizonte, y en él vislumbraba el convaleciente las extrañas cosas que, en las vagas lejanías de la naturaleza, recrean nuestra alma más que nuestros ojos.

«Ea, ya estamos bien—dijo Arespacochaga, entrando á verle un día de Enero.—Basta ya de hacer el niño mimoso, y el enfermito remolón. A la calle, al campo, y á defender la causa, que para eso vivimos todos. Conviene enterarle de lo ocurrido en este paréntesis de su enfermedad. ¿Qué dice?... ¿que no le importa nada?

—No he dicho tal cosa. Ya sé que nuestro ejército opera en Guipúzcoa.

—Y yo puedo darle á usted noticia de acciones perdidas, de acciones ganadas. La fortuna se muestra ahora variable, caprichosa... Efectos, digo yo, de que no hay plan, ó de que el plan obedece á móviles que no son militares. Verá usted. En Villarreal de Zumárraga, doloroso es confesarlo, recibió nuestra gente una soberana paliza: las cosas claras. ¿A quién se le ocurre presentar batalla con cuatro mil hombres á las fuerzas dobles ó triples de Espartero y Carratalá?... Este buen señor, este D. Tomás de mis pecados, dicho sea entre nosotros con la mayor reserva, paréceme á mí que ha perdido los papeles. Verdad que se desquitó en Ormaiztegui,

por aquello de que es su pueblo natal, y no quiere hacer mal papel ante sus convecinos. En Ormaiztegui, hay que decirlo, quedamos bien, gracias al arrojo de Iturralde y á la pericia de Gómez. Los cristinos salieron con las manos en la cabeza, y á estas horas no se sabe dónde han ido á componerse la descalabratura... ¿Qué me dice usted de todo esto? Parece que le conmueve poco... Veremos si otro asunto le interesa más. Ha de saber el amigo Fago que, en vista de las repugnancias que me manifestó el día de su llegada, he pensado en encargar á otra persona la delicada comisión... ¿Qué, no se acuerda?... ¿Nos hemos quedado sin memoria? ¿Qué significa esa cara de sorpresa y estupefacción?... Más bien creía yo que durante su enfermedad no ha pensado en otra cosa, y que la fiebre le ha tenido en constante lucha con la imagen de...

—Con la imagen... ¿de quién?

—Ello es que la noche en que el pobre Fago estuvo peor, vine aquí... Usted deliraba, y no decía más que *Mé, Mé, Mé*...

—¿*Mé* decía? Pues mire usted, D. Fructuoso, bien pude pronunciar esa sílaba, porque, en efecto, soñé que la hija de Ulibarri estaba en Zumárraga hablando con nuestro General.

—La mitad de su sueño es cierta, la otra mitad mentira. En Zumárraga estuvo: noticias fidedignas tengo de ello. Pero no me consta que Zumalacarregui le hiciera el honor de admitirla á conferenciar... He sabi-

do también que pasó por Ormaiztegui... Dos días antes la vieron en Elorrio, donde acampaba Espartero: iba la señora en compañía de un capellán que sirve á los constitucionales, tan pronto en el cuartel de Córdoba, como en el de Espartero.

—Paréceme que usted, Sr. D. Fructuoso, sueña más que yo.

—Ya lo veremos. Los sueños no son absolutamente obra de un cerebro desconcertado; los sueños nos ofrecen, en multitud de casos, maravillosas conexiones con la realidad. La Historia sagrada y profana nos dice que por el conducto del sueño se han revelado á ciertos y determinados hombres verdades como puños. Dígame usted, puesto que *la vió* en Zumárraga: ¿cómo iba vestida?

—De monja.

—¿Lo ve usted?... Y digan que los sueños son burla de los sentidos. Monja, sí señor; vestidita de monja, lo que no quiere decir que lo sea. El traje es un artificio ó salvo-conducto para la conspiración que se trae esa señora, correveidile de una taifa de capellanes masónicos, y de carlistas vendidos á la nefanda Constitución. Y no va sola...

—En efecto, no va sola.

—La ha visto usted en compañía de un hato de religiosas expulsadas de Los Arcos, y que andan buscando un convento desmantelado donde meterse.

## XXIII

—Es cierto—prosiguió el capellán.—En lo que no estamos conformes es en que la hija de Ulibarri sea falsa monja. Mis noticias son que ha profesado.

—¿Y por dónde, por quién ha recibido usted esa información?

—Por nadie, señor,—dijo fago con desprecio de sí mismo, paseándose.—Nosé nada: es que lo pienso, lo he soñado... No me haga usted caso. Estoy demente.

—No es eso locura. Mi buen capellán fluctúa tristemente entre lo que le pinta su imaginación y lo que por mi boca le dice la realidad. Procure usted concertar su sueño con mis informes; ver si acierta el delirio, que bien podría ser, ó si yo me equivoco, lo que no es improbable. Intente salir de su horrible duda, aceptando la comisión que le propuse.

—¿Pero no dice usted que ha encargado á otro...?

—Aún no ha salido y puedo darle contraorden.

—Y ese otro, ¿quién es?

—Un hombre muy listo, muy despierto, buena estampa, aficionadillo á las aventuras.

—¿Militar?... ¿No?... ¿Acaso pertenece también al estado eclesiástico?

—Casi no. No ha recibido más que la primera tonsura, y parece inclinado á seguir carrera muy distinta. La Intendencia y la Política le arrastran. Escribe como un águila cuanto sea menester en defensa de la causa, y demuestra extraordinaria agudeza y olfato para penetrar el sentido de los acontecimientos.

—¿Aragonés?

—De las Cinco Villas.

—No me diga usted más. Es Mariano Zapico... ¡Bah! ¡Y á un tonto semejante encarga usted misión tan delicada! Volverá trayéndole á usted sin fin de enredos.

—No, no: tiene que traerme á la monja verdadera ó apócrifa.

—Yo creo que es auténtica... Si quiere usted saber la verdad, no ponga ese fino trabajo en manos tan toscas como las de Zapico.

—En las de usted quise ponerle—afirmó D. Fructuoso con viveza,—creyendo fundamentalmente que ya le tenía cogido.

—Pues venga á las mías, ¡carambo!... venga — dijo el capellán levantándose y dando dos briosas patadas que hicieron estremecer el frágil suelo del desván.—Yo desempeñaré esa comisión, pues ya veo que no sirvo para otra. Soy un desgraciado que todo lo ambiciona y nada realiza. Me falló la guerra, no sé si me fallará la religión. Mi voluntad, que otras veces se ha lanzado á las acciones briosas, movida de una gran idea,



ahora se lanza movida de un instinto. Mi destino así lo quiere. No sé en dónde me meto. Dios sabrá por dónde salgo.»

Frotábase las manos el Consejero, y para animarle más en su propósito le dijo estas sedudas expresiones: «No estoy conforme, amigo Fago, en que dé usted por muertas sus ambiciones militares, ni las ambiciones, propósitos más bien, del orden religioso. Para abrir camino á un hombre que, como el capellán Fago, posee inteligencia no común, no han de faltarle buenos padrinos. Aquí estoy yo, para declarar solemnemente que si me desempeña esta comisión como espero, quedo obligado á proporcionar á usted el mando de una columna volante de doscientos hombres. Quien puede disponerlo, lo dispondrá. Y en el caso de que mi buen capellán se decida por la religión, me obligo á premiar sus servicios, el día del triunfo, con una buena canongía, ó un arciprestazgo de los mejores.»

No se mostró el aragonés muy entusiasmado con estos ofrecimientos, y atento no más que á disponerse para la misión que se le encomendaba, pidió á D. Fructuoso dos onzas, con lo cual creía tener lo necesario para su viaje. Dijo el Consejero que aguardase hasta el día siguiente, porque la Real Intendencia estaba á la cuarta pregunta, y para proveerle de los fondos necesarios, era preciso retirarlos de otras obligaciones. Tenía que conferenciar con el Mayordomo de Palacio, con el Superintendente, con el

Colector de Rentas, y con media docena más de figurones y ministriles que á la sazón se alojaban, rodeados de papelotes, en las miserables casas, graneros ó zahurdas de Aranarache.

Al día siguiente, puestas en manos del capellán las dos peluconas, quiso D. Fructuoso darle instrucciones y marcarle un itinerario, conforme á los datos que de sus golillas y soplones había recibido; pero Fago no admitió que en aquel punto se le dirigiera. «¿Qué quiere usted? ¿Que yo busque á Saloma, que la encuentre, que la coja y me la traiga? Pues déjeme á mí la disposición de los pasos que tengo que dar para obtener este resultado. Y si lo obtengo, no me pregunte el cómo, el cuándo, ni el dónde. Yo me entrego á mi instinto, en la confianza que éste sea más afortunado que lo fueron mis altas, mis nobles ideas. Adiós.

—Guíele Dios, y acompañele la Virgen bendita.

—No creo que la Generalísima intervenga para nada en esto.

—Debo decirle, amigo Fago, que no tenga escrúpulos por tratarse de emprender la captura moral y física de persona perteneciente á una Orden religiosa. Eso no; convénzase de que no es monja: si viste el santo hábito, es como disfraz de sus pérfidas maquinaciones. No haya, pues, escrúpulos; no haya, pues, el temor de ofender á Dios... Dios está con nosotros.

—¡Ah... Dios...! No llevo el propósito de

ofenderle... Quizás me resulte que podré servirle, arrancando al Demonio mi alma hermosa, extraviada. Aún espero realizar una acción grande y bella. Puede que tras de este instinto surja mi esfuerzo brioso de la voluntad. No lo sé. Me dejo llevar del instinto, que á veces nos guía mejor que la razón... Adiós otra vez.»

Y salió en aquel mismo instante, solo, vestido de aldeano, y se perdió en las veredas fragosas que conducen á Maestu. ¿A dónde iba? Realmente no lo sabía, y al tomar aquella dirección, como habria tomado otra cualquiera, no hizo más que entregarse al ciego. Acaso, saboreando el goce de prever lo que le deparase, como saboreau los jugadores las presunciones y corazonadas que preceden al manejo de los naipes.

Hasta la noche, después de descabezar un sueño en la venta de Eulate, no surgieron en su mente determinaciones claras del camino que debía tomar. «Me voy á Estella—se dijo.—No sé por qué imagino que no he de perder el tiempo.» Nada le ocurrió al segundo día que merezca mención; pero al tercero, caminando hacia Zúñiga, sorprendiéronle unos aldeanos con la noticia de que el ejército carlista iba sobre la Berrueza para dar batalla al general Lorenzo, sucesor de Córdova en el mando de la división. Esto le movió á cambiar de ruta, pues no gustaba de encontrarse con sus compañeros de armas en los días de Mendaza y Arquijas. Nada temía de Zumalacarregui, porque le constaba

que se le habían escrito expresivas cartas dándole explicaciones de la desaparición del sargento Fago en la batalla del 12 de Diciembre. En el amañado relato, se suponía que recibió una herida en el cráneo; que se extravió en las obscuridades de la niebla; que fué á parar cerca de Estella, donde cayó gravemente enfermo, con afección á la vista. Se decía también que habiéndose presentado, ya restablecido, en el Cuartel Real, el señor Arespacochaga le había encargado el importantísimo servicio de organizar, entre el clero regular navarro, colectas para las atenciones de la guerra. A pesar de que estas testimoniales del Cuartel Real le aseguraban contra todo castigo, no sentía maldita gana de verse en presencia de Zumalacarregui, ni de Iturralde, ni del coronel del 5.º de Navarra. Torció, pues, su derrotero, discuriendo qué haría para no infundir sospechas en el campo cristino, hacia el cual resueltamente se encaminaba.

No lejos de Genevilla, donde se tomó un día de descanso, dijéronle unos pastores que en el propio Arquijas, lugar sin duda predestinado para batallas, se había dado una de las más sangrientas entre las tropas de D. Tomás y las de Lorenzo. Unos y otros tuvieron muchas bajas; pero la victoria fué de la facción. Seguidamente, Zumalacarregui atacaría la guarnición de Los Arcos, para lo cual había mandado que le llevaran de la sierra de Urbasa un cañón muy grande llamado el *Abuelo*, y los dos obuses que el ar-

tillero Sr. Reina le había fabricado con chocolateras, almireces y badilas. Invitáronle aquellos infelices á recogerse y pasar la noche en una cabaña que á tiro de piedra se veía, y el capellán aceptó gozoso, por la confianza que los tales le inspiraban, como gente hospitalaria y sencilla. En la cabaña le dió modesto albergue una mujer tuerta, afable, que al punto preparó para todos la cena, consistente en sopas con grasa de cabrito, y luego castañas cocidas con leche. Encima de esto echaron el cuartillejo de vino, con lo cual ronpiéron todas las lenguas en un despotrique animadísimo sobre lo bien que iba el negocio de la guerra en Navarra y Guipúzcoa, y los malos ratos y berrinches que estaba pasando el Sr. de Mina, por no poder hacer nada de provecho contra la facción. «La semana pasada—dijo uno de los pastores,—le ví en Puente la Reina. ¡Ay, qué malo está el pobre! ¡Ojos que te vieron en la otra guerra y que te ven hoy! Antes tan gallardo, ahora como una horquilla; ayer daba miedo su cara, y hoy da compasión. Monta en una mula blanca, y lleva en su Estado Mayor dos señoras muy guapas. No se rían: son dos burras de leche. . no toma más alimento el pobre que la leche de borrica.

—¿El pobre?—dijo otro.—Pues no parece sino que bebe vino de los infiernos, según es de sanguinario y afusilador. Está dado á los demonios porque no gana, y la corajina la desfoga en el cuitado que cae en manos de su tropa.»



Sosteniéndoles gallardamente la conversación, aguardaba el capellán coyuntura favorable para hacerles una pregunta de grande interés, y hallada por fin la oportunidad, les dijo: «¿Podríais vosotros darine alguna noticia de las monjas dominicas de Los Arcos, que por ruína del convento quedaron desalojadas, y anduvieron después por estas tierras, sin encontrar ¡las pobres! un rincón sagrado en que guarecerse?

—¡Anda, anda, señor: si todas las que corrían por aquí—dijo la tuerta,—eran monjas de engañifa!... ¡Pues no han dado poco que hablar las tales! Entre ellas venía una frescachona y muy dispuesta que la llamaban Doña Bernardina, de la cual dicen que era un mozo vestido de mujer.

—Y con esa—dijo Fago prontamente,—iba otra más guapa todavía, alta, morena, ojos negros...

—Sí, señor. Bien se conoce que la ha visto.

—Moza efectiva, no marimacho; pero que no es monja más que por el traje.

—Todo es como lo pinta, señor. ¿Lo ha visto?

—¿Sabes el nombre de esa?

—No sabemos sino que le afusilaron al padre.

—¿Por qué?

—Por capitán de bandoleros.

—Eso no es verdad. Decidme otra cosa. ¿Las dos monjas franqueaban libremente las líneas facciosas?



—Sí, señor; porque como iban pidiendo limosna, so color de la santa religión, mandó el buen General que no les hicieran daño. Pero en la partida de Lucus se descubrió el enredo de esas brilonas, y las desnudaron para emplumarlas y no sé qué... resultando que, vistas sin ropa, las dos eran hembras.

—¡Caramba!... ¿Y esos miserables se atreverían...?

—Señor, el soldado no repara... por eso es soldado; que si reparara, no lo sería.»

Después de apoyar esta sentencia con conceptos que en distinta forma venían á decir lo mismo, otro de los pastores aseguró que salvó á las monjas de un agravio seguro la repentina llegada de la columna cristina del General Méndez Vigo. Batido rápidamente Lucus y dispersa su gente, las tropas de Mina les quitó seis caballos y las dos monjas.

—Qué llevarían inmediatamente á Pamplona.

—A dónde las llevaron no sabemos, ni lo que hicieron con ellas tampoco; mas pa mí tengo que no harían nada bueno.

—Horrible cosa es la guerra, que no respeta la vida del hombre, ni el honor de la mujer.

—¿Y ellas—dijo la tuerta con avinagrada voz y gesto,—por qué van á buscarlo? ¿Qué tienen que hacer las mujeres allí donde deben estar solos los hombres en su obligación? La enagua en casa, y en la calle y en la heredad el calzón. Luego no se quejen de

que las afusilen... Bien afusiladas están.»

Nadie se atrevió á replicar á tan sabios conceptos. Fago, taciturno, se retiró al humildísimo lecho que le habían preparado, y á la mañana siguiente muy temprano partió, andando largo trecho con los pastores. En Narqués encontraron un convoy faccioso de heridos de la tercera acción de Arquijas, que iba hacia la Amézcoa, custodiado por alaveses, entre los cuales Fago apenas tenía conocimientos. Lejos de intentar escabullirse, su generoso corazón le impulsó á llegarse á los carros, en la parada que hicieron para proveerse de agua fresca, y ofreciéndose á prestar cualquier auxilio que fuese necesario, examinó á los heridos, buscando semblantes de amigos y compañeros. A no pocos reconoció; muy viva fué su pena al ver entre ellos al grande, al gigantesco Gorria en lastimoso estado, con un balazo en el hombro derecho y otro en el muslo. El poderoso atleta sufría con cristiana entereza el dolor de su carne, y estrechando la mano del amigo, díjole que no sentía morirse más que por no ver triunfante la causa del Rey católico. En cuatro palabras le dió idea de la acción librada frente al Ega, la más encarnizada y *mortal* de aquella campaña. «Perdidas muchas almas; pero ganadas y bien ganadas las posiciones. Ahora á Los Arcos.»

Aprovechando el alto, fueron curados los que más necesidad tenían de emplastos y vendajes; dieron alimento á los que lo pidieron; agua y vino á los sedientos, que eran

los más; á todos frases de consuelo y esperanza. En los carros que iban á la zaga, se habían muerto dos antes de llegar á Narqués. Ayudó Fago á poner los cadáveres en tierra, y hallándose en este trajín, vió dos monjas dominicas que prestaban servicio sanitario en la galera próxima. Al llegarse á ellas con viva curiosidad, una de las dos, joven y agraciada, le miró atentamente. El capellán no desconocía, no, aquel rostro que, á pesar de las tocas y de la monjil compostura, no había dejado de ser vivaracho. Ella fué la que primero se arrancó á hablarle: «José Fago, ¿crees que no te conozco? En tres años, poco has cambiado. ¿No sabes quién soy?

—Oh, sí—replicó el capellán con alegría, súbitamente iluminada su memoria.—Eres... el nombre no lo recuerdo... la hija de D. Valentín Ulibarri, de Villafranca de Navarra, prima hermana de...

—Soy Pilar Ulibarri. Cuando yo profesé, tú eras un perdido. Luego te hiciste sacerdote... ¿Qué clase de sacerdote eres? ¿Eres bueno, ó un demonio coronado?

—No hables así, Pilar. El pasado es negro, todo miseria, ruínas, muerte, sangre. Hemos nacido en días trágicos. De tu familia nada queda. Murió tu padre; pereció á manos de la venganza militar tu tío D. Adrián. Dime, dímelo pronto: ¿has visto á Saloma?

—Sí.

—¿Vive?

—No sé. No debieras pensar en ella más que para pedir á Dios que la conforte en su

desgracia, y que la aparte de los caminos del mal. ¿Para qué preguntas por mi prima con ese afán? ¡Ay, José! ¿tú no perteneces á Dios; perteneces al Demonio!

—Sólo Dios me posee—replicó el clérigo con vivo afán.—Por Él te pido que no me ocultes lo que sepas de tu prima.

—Sabrás que al tener conocimiento de la muerte de su padre, vino á mi convento... Quería entrar en religión.

—¿Dónde estaba, qué hacía cuando mataron al alcalde?

—Estaba en tierra de Alava: no sé más... La recibimos, la consolamos. Al poco tiempo nos vimos arrojadas de nuestro convento por las tropas que defienden el ateísmo, y salimos, nos desbandamos: unas hermanas fueron por este lado, otras por aquél. Estuvo mi prima en mi compañía una semana. Después... Pero no te digo más, no quiero ni debo. Un interés mundano es lo que te mueve á preguntarme por esa desgraciada... No me lo niegues. Tú eres malo, tan malo ahora como entonces, y estás profanando la Orden que recibiste, y ultrajando con tu conducta y con tus pensamientos al Señor nuestro Dios... No te digo nada, no me preguntes nada, y déjame... En tus ojos conozco la maldad de tus intenciones. Vete; apártate, monstruo.»

Y uniendo la viveza de la acción al vigor de la palabra, huyó de aquel sitio antes que el desconcertado capellán pudiese contestar á sus airadas y despreciativas razones.

## XXIV

No dándose por vencido el aragonés, pidió permiso al jefe del convoy para agregarse á él, decidido á poner sitio en regla á la fiereza de la monjita. Siguieron todo aquel día por sendas y vericuetos, y en el descanso de los carros á la caída de la tarde, hallándose junto á Gorria, que se agravaba de un modo alarmante, vió á las dos monjas en los carros delanteros, y platicando con ellas á Mariano Zapico, el veedor ó contadorcillo del Cuartel Real, que D. Fructuoso le había designado como competidor suyo en la comisión de atrapar á la volandera *Mé*.

«Este mentecato—se dijo,—practica el espionaje por su cuenta, y sabrá congraciarse con el Consejero, llevándole mil enredos y fábulas novelescas. Veo que asedia á la monjita Ulibarri. Trabajo le mando: es una fierecilla. Cuando vivía en el siglo, sus padres no podían aguantarla: le conocí lo menos doce novios; con todos reñía, y les hacía reñir unos contra otros; traía revuelto al pueblo, y por causa de ella llovían puñaladas. De pronto le dió la ventolera por la religión... El fuego de su alma apasionada escapábase por aquel registro. Sus padres vieron el cielo abierto cuando la chiquilla

manifestó tal vocación, y acelerando los preparativos por temor de que se arrepintiera, metiéronla en las dominicas de Los Arcos... Es organista y cantora. Sigámosla hasta que cante... que al fin cantará.»

Poco después de anochecido, dió parte el médico de que á Gorria se le podían contar los momentos que le quedaban de vida. Acudió Fago junto á su amigo, y le halló con conocimiento, aunque por minutos se le nublabá. «Buen Gorria, ¿qué es eso?

—Nada, que me muero... No puedo más... Como soy tan grandón, la muerte tiene que tirar mucho para llevarme... Por eso me duele...

—Animo; ¿quieres beber vino?

—Hombre, sí... y muérame pronto con este bendito trago.

—A hombres de tu temple no se les entretiene con vanas palabras. ¿Llega el momento de pasar de esta vida perversa á la vida inmortal? Pues á morir con entereza de soldado cristiano, valiente en los combates, más valiente aún en este trance último.

—¡A morir, valientes...! ¡Viva Carlos V, viva Dios!

—¿Tienes algo que disponer? ¿Tu conciencia tiene algún pecado de que descargarse? Dímelo, y ten confianza en Dios.

—Si no es pecado el guerrear y desearle al enemigo todos los males, ningún pecado tengo, señor de Fago; pues ni mentira, ni estropicio, ni nada de mujeres encuentro en mi conciencia, por más que en ella rebusco. Y



si algo hay de que no me acuerdo, perdónemelo Dios y lléveme á su santo seno... Soy soldado de la religión... Muero peleando contra los *ateístas*... Señor mío Jesucristo...»

Signió rezando entre dientes, mientras fago con entera voz le encomendaba. Aprovechando un momento lúcido, le preguntó si tenía algo que disponer tocante á intereses. La respuesta fué breve: «No tengo más bienes que el prado de Urrestillo, cerca de Azpeitia, y un huerto con doce manzanos y un peral. Quiero que sea para Dominica, la hermana de mi difunta, que tiene seis hijos. El dinero que llevo sobre mí... aquí está... Cójalo para que mande que me apliquen una misa... Ya no hay más bienes... digo, sí, mi cuerpo: este cuerpo que vale por dos, se lo dejo á la tierra... Enterrado en mi huerto... ¡qué rico abono para los manzanos!... Mi alma para Dios... y vámonos al cielo... ¿Los que pelean y matan entran en el reino de Dios? Yo he matado ayer más de veinte cristinos. ¿Ellos y yo entraremos juntos en la gloria eterna, ó es que los cristinos que luchan por el ateísmo no pueden entrar?... Dígamelo.»

Fago se apresuró á tranquilizarle sobre este delicado punto, diciéndole que todos los que sucumbían con honor defendiendo la idea que á la guerra les llevaba, eran acogidos en el seno de nuestro Padre. Los directores de esta matanza eran los responsables, y entre ellos, Dios escogería los suyos... Poco más habló el pobre Gorria, y todo

lo restante lo dijo el capellán con ardiente y patético estilo, exhortándole á fijar sus últimos pensamientos en la misericordia divina, y á desprenderse de los intereses y miras terrenales, sin exceptuar los de la causa, pues ésta, como todo, debía ser comprendida entre las pequeñeces despreciables que abandonamos en el umbral de la otra vida. El capellán de la ambulancia, Sr. Elío, viejo muy dispuesto, cojo de un balazo que recibió capitaneando una partidita en los comienzos de la guerra, dió la Extremaunción á Gorria, y el convoy siguió su marcha. En camino, á las tres de la tarde, entregó su alma el valiente soldado.

Dejaron el cuerpo en la primera parada, y adelante. Por la noche intentó Fago nuevamente hablar con la monjita Pilar Ulibarri; pero ésta y su compañera se resistieron á oírle. Al detenerse en Antoñana, el jefe del convoy, sin duda á excitación de las dominicas, le ordenó despótica y groseramente que no siguiese unido á la ambulancia, amenazándole, en caso de desobediencia, con la aplicación inmediata de cincuenta palos. Devoraba su ira, por no poder castigar tanta insolencia con un número de bofetadas igual al de palos con que se le amenazaba, y vió partir el convoy, creyendo al fin que sería quizás providencial aquel desgraciado suceso. En su ardiente imaginación, fomentaba la idea de que le convenía dirección distinta para llegar al fin propuesto.

Toda la noche anduvo por desolados campos, sin dirección fija, adoptando el acaso por guía único de su andar vagabundo, y creyendo que los senderos desconocidos suelen conducirnos á donde deseamos. Renegaba de la previsión, del método, de todo el fárrago de prescripciones por que se guían los hombres, y que comunmente resultan de menor eficacia que los dictados de la fatalidad. Somos unos seres infelices que creemos saber algo y no sabemos nada, que inventamos reglas y principios para engañar nuestra impotencia; vivimos á merced de la Naturaleza y de las misteriosas combinaciones del tiempo y el espacio. Iba, pues, entregado á lo que el espacio y el tiempo, ministros de Dios, quisieran disponer en su tiránico dominio.

A la madrugada, cuando se aproximaba á un pueblo que creyó sería Contrasta, sin estar seguro de ello, pues una vaga niebla envolvía la torre y caseríos circundantes, se vió sorprendido por fuerzas de caballería que le dieron el alto. Eran cristinos, tropa ligera, armados de carabinas. Quiso el capellán escabullirse saltando una pared cercana; pero le apuntaron, se vió cazado como un conejo, y no tuvo más remedio que entregarse. Interrogado por el jefe de la fuerza, respondió que era hombre pacífico, del estado eclesiástico; le registraron; pero aunque nada se le encontró que le comprometiera, no pudo evitar la nota de sospechoso, y se le llevaron entre los caballos, con la amenaza

de dejarle seco si intentaba la fuga. Aun en tan desdichado trance, continuaba firme en la devoción del acaso, y se decía: «¿Quién sabe si este cautiverio será provechoso, y me llevará al fin que persigo? Todo puede ser. No preveamos nada: esperémoslo todo del arreglo y disposición que las cosas se dan á sí mismas.»

En el pueblo próximo, que no era Contrasta, sino Larraona, entregáronle como prisionero á una columna de la división de Aldama, y á los dos días de marcha fatigosa entró en Estella, y fué encerrado en la cárcel de esta ciudad, donde prisioneros y criminales padecían juntos la reclusión estrecha y la miseria nauseabunda. Por los cuadros lastimosos, por las caras de torturante aflicción que vió al entrar allí á media noche, hubo de comprender que le esperaba una vida de perros, si no venían en su auxilio las personas que en la ciudad conocía, ó algún oficial de la guarnición cristiana, aragonés, de los muchos con quienes en tiempos mejores había tenido amistad. Por de pronto, si vió caras conocidas entre los presos, no eran éstos de calidad, y ningún amparo ni protección podía esperar de los que compartían su infortunio. Dedicóse el primer día al solapado examen del local, por ver si había facilidades de escapatoria; pero sus observaciones no fueron optimistas. En cambio, si resultaba cierta la noticia de que les sacaban á trabajar en las fortificaciones de la plaza, bien podía suceder que, puestos

de acuerdo los más animosos, lograsen la libertad. Fijo en esta idea, empezó á tantear á sus compañeros, trabando conversación y explorando los caracteres, sin más objeto que escoger entre ellos los de mayor coraje y decisión.

En efecto, á la mañana siguiente, unos treinta fueron á trabajar en las obras de fortificación que activamente se hacían más allá del santuario de Nuestra Señora del Puy. Al menos, trabajando en campo libre hacían ejercicio, respiraban aire puro, se ponían en contacto con soldados de la guarnición, y al paso por la ciudad podían descubrir entre el vecindario caras amigas. Desgraciadamente para Fago, si vió los primeros días algún rostro que le recordaba antiguos conocimientos, nadie reparó en él. Diez días mortales se pasaron en triste ansiedad, sin que una voz amiga sonara en su oído, sin que una mano protectora le amparase. El desaliento le consumía; la esperanza le abandonaba; castigabale Dios por su pagana devoción del acaso, y éste, el ciego ordenador de las cosas, también le tenía en olvido y menosprecio, manteniéndole en la triste monotonía de los sucesos metódicos y regulares, sin ninguna sorpresa, sin ninguno de esos golpes teatrales que varían favorable ó adversamente el curso tedioso de una vida esclava.

Y en tanto, nadie le decía por qué estaba cautivo, ni se le interrogaba, ni se le sometía á procedimientos judiciales ó de consejo de



guerra. Le habían detenido *porque sí*, y *porque sí* le tendrían preso hasta la consumación de los siglos. En los días de aquella lúgubre existencia, enteróse de la expugnación de Los Arcos por Zumalacarregui, y del asedio del fuerte de Echarri-Aranaz, que los cristinos reseñaban á su manera. Poco le importaba todo esto, y lo mismo le daba que triunfase Juan ó Pedro: más que el trono de las Españas, le interesaba su propia libertad.

Terminadas las trincheras del Puy, les llevaron al otro lado del río, junto á San Pedro la Rúa, la interesantísima iglesia románica. En las alturas que la dominan, y en las ruínas próximas de un excelso monasterio, se trabajaba para fortificar la ciudad, cuya situación, dentro de un círculo de elevados montes, era en extremo peligrosa para la guarnición, si ésta no se posesionaba fácilmente de todas las alturas. Otros diez días transcurrieron sin que el pobre Fago viese alterada la acompasada tristeza de su existencia; la evasión no se le presentaba fácil ni aun posible, por la vigilancia que se ejercía sobre los presos. Ya iba transcurrido cerca de un mes de aquella muerte lenta, cuando el acaso le hizo una mueca que le pareció precursora de acontecimientos extraordinarios, y, por consiguiente, favorables. He aquí el suceso: un cabo de Gerona que le había mostrado benevolencia, y benevolencia quería decir menos crueldad y grosería de lo que se acostumbraba, le entregó, á la conclusión del trabajo, un lío con-



teniendo dos panes, media docena de chorizos, cuatro manzanas y algunos cigarros, todo envuelto dentro de una servilleta sucia. El obsequio, que en tales circunstancias era de una extraordinaria magnificencia, procedía, según el cabo, de una señora que se interesaba por el pobre capellán prisionero. ¿Cómo se llamaba? El mensajero no lo sabía. ¿Qué señas tenía? Alta, morena, guapetona. No necesitó más fago para creer que era la hija de Ulibarri quien le favorecía, y extrañaba que no acompañase al regalito una carta en que se le ofreciera la libertad, ó se le propusieran los medios de conseguirla. Todo el día, loco de júbilo, se lo pasó pensando en ella, y su imaginación soñadora veía llegar por momentos segundo mensaje con esquila ó recado entablando comunicación para tratar de libertarle. La esclavitud le había entontecido; pensaba y sentía como un niño, y creía verosímiles y probables los más absurdos delirios de la mente. Su desilusión fué grande al siguiente día, cuando por referencias del propio cabo y de otro soldado de Gerona, vino á cerciorarse de que la señora á quien debía el obsequio, no era otra que Saloma la batrerra. La cuadrilla del *tío Concejil* había entrado en Estella cuatro días antes, arrimada á la división de Gurrea.

En su desaliento, pensó el capellán con seguro juicio que pues no le salían amigos de valía por ninguna parte, era forzoso buscar el arrimo y calor de los seres humildes

que se habían acordado de favorecerle en su desventura. Mandó un recado á Saloma la baturra para que á verle fuera, y una tarde, hallándose en las obras del puente de Azucareros, se le presentó *Ura* saludándole afectuoso en nombre de toda la cuadrilla. Las señoras no iban *por no dar que hablar*. La visita fué de grandísimo consuelo para Fago, y los conceptos que de boca del cantinero oyó, resucitaron en el alma del prisionero las muertas esperanzas.

«El día que entramos—dijo *Ura*,—le vimos á usted trabajando en San Pedro. Pero no quisimos decirle nada por no llamar la atención... que nosotros tenemos que andar con mucho ten con ten, para que nos consientan nuestro tráfico... Sepa el señor capellán que en la guarnición hay algunos jefes aragoneses, y entre ellos uno que... Tengo por cierto que ha de conocerle á usted, porque es de la Canal de Verdún, ó de junto á Tiermas.

—¿Cómo se llama?

—D. Rodrigo de Arbués... alto, seco... Páreceme que es comandante ó teniente coronel... No estoy seguro.

—¡Leado sea Dios!—dijo Fago tan conmovido, que poco le faltó para echarse á llorar...—Es mi primo, primo segundo mío, y amigo cariñoso desde la infancia. En la edad feliz, de los veinte á los veinticinco, hemos hecho juntos bastantes diabluras... Por lo que más quieras en el mundo, *Ura* de mi alma, hazme el favor, hazme la caridad de ir

en su busca ahora mismo, y decirle dónde estoy y el mísero estado en que me encuentre.»

Prestóse el buen hombre á desempeñar la caritativa comisión, y dos horas después tenía Fago el indecible consuelo de verse estrechado en los brazos de su amigo y pariente D. Rodrigo de Arbués.

## XXV

«*Chiquio*, el demonio que te conozca. Eres el cadáver de ti mismo—le dijo con noble y cordial efusión.—¿Cómo has llegado á ponerte tan flaco y amarillo? ¿Dónde y cómo caíste prisionero? ¿Qué ha sido de ti desde que fuiste á Oñate?...»

Al cúmulo de preguntas que le hizo, no pudo contestar Fago más que con expresiones de alegría y reconocimiento; pero re-  
puesto de la alegría que el feliz encuentro le produjo, emprendió el completo relato de sus desventuras, cuidando de emplear cierto método histórico, para que Arbués pudiese formar juicio, y resolver algo que condujese á la terminación de aquel horrible cautiverio. Hablaron toda la tarde; la situación del prisionero cambió radicalmente, y el jefe de la prisión le mostró gran be-

nevolencia; la esperanza brillaba en los espacios, y sonreía en el alma del pobre capellán. Despidióse Arbués diciéndole que estuviese tranquilo; él hablaría con su Coronel, jefe de la plaza, que le estimaba mucho, y pronto se resolvería lo más conveniente (estilo militar).

Al siguiente día por la tarde, oyó Fago de su primo esta extraña proposición:

«*Chiquio*, darte la libertad de buenas á primeras, sin trámite de la Auditoría militar, pareceme difícil; proporcionarte la evasión, no es imposible, ni aun difícil; pero el Coronel no quiere gastar esas bromas. Teme que aproveches tu libertad para volverte á la facción y pelear contra nosotros. Si nos das una garantía de que no harás armas contra la Reina, se buscará un medio de que seas libre mañana mismo.

—¿Y qué garantía he de dar más que mi palabra de honor?

—No nos basta; digo, á mí sí; pero el Coronel es un poco testarudo, y muy ordenancista.

—Pues mi palabra de sacerdote.

—Las palabras de sacerdote no valen en el fuero militar. Necesitamos una garantía positiva, eficaz.

—¿De que no haré armas contra los liberales?

—Eso.

—¿Y cómo doy esa garantía?

—De un modo muy fácil y muy claro. Nos convenceremos de que no harás armas contra

nosotros, cuando te veamos batiéndote á nuestro lado y contra ellos.

—¡Contra los carlistas!... ¿Y no hay otra manera de alcanzar mi libertad?

—No hay otra.

—Pues, *chiquio*, mi libertad *vale una misa*. Acepto. Soy tuyo, soy vuestro.»

Siguieron hablando, y Arbués le aseguró que había tenido noticias de sus proezas en el otro campo. Se decía que gozaba entre los facciosos fama de gran estratégico, y que Zumalacarregui no tomaba ninguna determinación sin consultarle. Riendo contestó Fago que no hubo tales hazañas, y que Don Tomás no le había consultado jamás sus planes de guerra. Confirmó después su escepticismo en cosas de política militar, manifestándose igualmente desdeñoso de las ideas y móviles de uno y otro bando; y por último, apuntó la idea de que facciosos y constitucionales andaban en tratos para amasar un soberano pastel, que sería la paz mentirosa por unos cuantos años. A esto replicó Arbués, hablándole al oído: «Antes de que termine este año de 1835, nos abrazaremos los dos ejércitos.»

Desde aquel día, se le llevó el primo á su alojamiento, y pudo recorrer libremente la ciudad, hablar con todo el mundo, renovar antiguas relaciones. Saboreaba la libertad con inefables goces; todo le parecía bello, el caserío y sus habitantes, hermosas las iglesias, la campiña risueña, esmaltada de ricos colores. Comunmente se metía en el ve-



tusto San Miguel, en San Pedro, ó en la Virgen del Puy, y se pasaba largás horas en fervoroso rezo, renegando de su pasada devoción del acaso. Dios lo gobierna todo, y procede con una lógica insondable, desconocida para nuestras pobres inteligencias. A Dios debemos acudir siempre en nuestras necesidades; á Dios debía la libertad; la mano omnipotente le señalaba el campo cristino. Acordándose de la misión que le habia dado el Sr. Arespacochaga, vió en este señor á uno de los mayores mentecatos que andaban por el mundo, y resolvió proseguir por cuenta propia la cacería de Saloma, sin cuidarse poco ni mucho de las impertinencias policíacas del Cuartel Real. Ningún nuevo indicio del paradero de la hija de Ulibarri encontró en Estella, y sólo podía consignar corazonadas, inexplicables fenómenos del espíritu, que dominaban su voluntad y la llevaban á extraños desvaríos. Una tarde, volviendo de San Pedro, vió un rebaño de ovejas, que entraba en la ciudad bajando del Santo Sepulcro. Acosadas las reses por el pastor, corrían balando. Fago las oyó decir *Mé, Mé*, y esta sílaba, claramente expresada por los animalitos, impresionó su cerebro, y lo llenó de intensa melancolía. Siguiendo al rebaño por la calle de Santiago la Nueva, oía la repetición del nombre: los corderos lo decían con infantil lloriqueo; las madres con familiaridad gangosa. Hasta las personas que el ganado veían pasar pronunciaban, en el sentir de Fago, el quejumbroso *Mé*, y él



también se puso á gritar lo mismo, corriendo al lado del pastor, y ayudando á éste á recoger las reses que se desviaban de la línea recta.

Siguió la manada hacia las alturas del Puy, y ya cerca del santuario, vió fago dos monjas dominicas. Corrió tras ellas; tropezando en un pedrusco, cayó cuan largo era, y el rebaño le pasó por encima, llenándole de tierra y basura. Alguien le dió la mano para levantarse, y un ratito tardó en volver de su turbación y recobrar la vista; el polvo le cegaba, la violencia de la caída le trastornaba el magín... Vió el rebaño metiéndose en un olivar cercano; las monjas entraban en el Puy. Quitándose el polvo, corrió á la iglesia; pero las religiosas no estaban allí. El sacristán, á quien preguntó, díjole que allí no habian entrado monjas, sino dos clérigos menores, dandos de la casa, y que bien pudo suceder que, si el señor no tenía buena vista, hubiese tomado por monjas á los clérigos, que eran pequeñitos de cuerpo y de rostros añiados. No se convenció el capellán, y se obstinaba en que eran religiosas dominicas, á lo que respondió el acólito que en el pueblo habia benitas, clarisas y recoletas, todas en clausura rigurosa, y que no encontraría dominicas aunque diera por ellas un ojo de la cara.

Aquella noche refirió su aventura al amigo Arbnés, fiel depositario de su confianza; y sacado á relucir el negocio de Saloma, díjole el comandante que corrieron voces de

que había reanudado amorosos tratos con la hija de Ulibarri. Le habían visto con ella una noche en el parador del *Manco*, junto á Antoñana. También oyó decir Arbués que Saloma *andaba* de ama de un capellán cristino que sirvió en la división de Córdoba. Muerto el tal de una bala perdida que le cogió en Mendaza, la *viuda*, si así puede decirse, se había refugiado en un pueblo de la Amézcoa, donde criaba un niño del alcalde. Denegó el capellán la parte que le correspondía en estas historias, y puso en cuarentena lo demás, aguardando la ocasión de comprobarlo por sí mismo con ayuda de Dios.

En estas cosas se pasó todo Febrero. Las operaciones militares eran á la sazón en el Baztán. Decíase que la guarnición de Elizondo, incorporada á las tropas de Lorenzo, partiría... quién sabe para dónde. Transcurrieron muchos días sin saberse nada concreto; días de expectación, que por lo común engendran el desaliento. Mina inspiraba poca confianza por causa de su enfermiza vejez: notaban todos la desproporción entre sus arrogantes proyectos y la ineficacia de los resultados que obtenía, que eran medianos, malos más bien. Zumalacarregui, dotado de una movilidad prodigiosa, tan pronto se le aparecía junto al Pirineo, como en la frontera de Alava. Con rapidez más propia de aves que de hombres, se presentaba en la Ribera cuando le perseguían en la Borunda. El ejército de la Reina, más numeroso que el car-

lista, érale inferior en agilidad, quizás por su mayor fuerza y extensión. Faltábale una cabeza superior, un pastor de tropas que supiera conducirle por los laberintos de aquella fortaleza ingente, Navarra, construída por Dios para la guerra civil. La cabeza no parecía: el Gobierno de Madrid seguía buscándola, y ya se indicaba al Ministro de la Guerra, general D. Jerónimo Valdés. De todo hablaban en las aburridas tertulias de la guarnición, y no había nadie que no deseara combates rudos y decisivos. Las noticias de las acciones parciales llegaban un día y otro, destiguradas en su paso al través del país en guerra. El ataque y gloriosa defensa del fuerte de Echarri Aranaz se comentaba como una de las páginas más gloriosas de la milicia cristina; los combates de Fuenmayor y Ulezama, como una prueba más de las innegables dotes estratégicas del General de D. Carlos. Súpose también que éste había creado el batallón de la Legitimidad, que con el de Guías agrandaba y fortalecía su ejército. Por fin, era común creencia que la facción no pasaría jamás el Ebro, que Zumalacarregui había pedido 400.000 cartuchos y 100.000 pesos para extender sus operaciones á los llanos de Castilla, y como el Pretendiente no podía darle ni municiones ni dinero en tal cantidad, porque no tenía de dónde sacarlo, contaban todos con el desfallecimiento de la causa, para dar al traste con ella, si antes no apencaba con el arreglo que se le proponía. Andaba en estos

cabildeos D. Miguel Zumalacarregui, regente de la Audiencia de Burgos y afecto á la Reina. Cartas afectuosas se cruzaron entre los dos hermanos, llevadas y traídas por los oficiales cristinos Vidondo y Eraso. De todo esto se hablaba, así como de la próxima intervención de los ingleses para dar á la guerra un carácter más humano, estableciendo el canje de prisioneros y otras prácticas de la guerra, tal como hacerla sabían las naciones más civilizadas.

Por fin, la guarnición de Estella se incorporó á la división del general Lorenzo, saliendo para Campezu. Habían prometido á Fago darle el mando de una de las columnas volantes que el ejército cristino organizaba para hostigar y distraer las fuerzas facciosas; pero surgieron dudas y vacilaciones sobre el particular, y el hombre fué agregado á las dos compañías que mandaba su pariente. En verdad que no le importaba: prefería una posición modesta, no creyéndose llamado en aquella ocasión á grandes heroïcidades. En Campezu acamparon ocho días aguardando á Lorenzo, y allí supieron que ya no les mandaba Mina, sino Valdés, y que éste llegaría muy pronto de Madrid. De Campezu fueron á Vitoria, lo que agradó extraordinariamente al capellán, porque sus corazonadas le indicaron la capital de Alava como punto en que forzosamente había de adquirir noticias de la persona cuyo hallazgo deseaba. Nada encontró, ni siquiera indicios, como no fuera la singular sílaba

*Mé*, trazada con brochazos de pintura en un muro de los Arquillos... También la vió en un tinglado, al parecer fragua, por bajo de Santa María. Pero ello no podía ser obra del demonio. La inscripción quería decir: *Mattias Emparán...*

Llegado Valdés, se habló de su plan de campaña, el cual á todos parecía grande y sintético, propio de un potente cerebro militar. Consistía en ocupar con veinticinco mil hombres la Amézcoa Alta, el nido donde Zumalacarregui criaba sus feroces polluelos, y donde fraguaba sus tremendas maquinaciones y rápidas acometidas. Técnicamente, el plan era hermoso, y Fago lo tuvo por obra de una capacidad de primer orden. Faltaba la ejecución, que en esto de planes estratégicos el concepto teórico carece de valor, mientras no le acompaña la clara percepción de las medidas que han de hacerlo efectivo.

«Deseo vivamente ver cómo este señor acomete tal empresa—decía el capellán á su pariente, sintiéndose otra vez tocado de la monomanía estratégica.—¡Ocupar la Amézcoa Alta! ¿Se cuenta con que el otro no la ocupará antes? ¿Dispone el Sr. Valdés de medios para obrar con rapidez, poniendo entre el pensamiento y la ejecución el menor tiempo posible? Ciertó que veinticinco mil hombres son muchos hombres, ¡carambo! para estas guerras. Y si llevan bastante artillería de montaña, y se escalonan bien las fuerzas, de modo que no se apelmacen en corto espacio y puedan operar con desahogo;



si se fortifican tres ó cuatro puntos que yo me sé, y se marcan bien las líneas en que ha de operar cada división, designándoles las respectivas convergencias; si no hay atropello ni desorden; si las provisiones no faltan en tiempo y lugar oportunos; si se señalan los puntos de retirada de cada cuerpo, y el punto del máximo avance; si los que mandan las divisiones se atienen escrupulosamente á lo que se les ordene; si la cabeza principal no pierde la serenidad, y sabe lo que son y lo que representan veinticinco mil soldados bajo una sola mano, veo un éxito, querido Rodrigo; veo una victoria grande y quizás decisiva. Para frustrar este plan grandioso, necesita D. Tomás discurrir alguna diablura, y bien podría ser que la discurriese. Le conozco, es tremendo: nada se le escapa, y contra la lógica de los demás, tiene él la suya, que es la lógica madre. Digo yo: ¿se puede descomponer con diez mil hombres este plan de ocupar la Amézcoba con veinticinco mil? ¡Se puede, ya lo creo que se puede! El cómo, yo lo sé, yo lo veo; tú también lo verás, pues este sentido estratégico es ni más ni menos que el sentido común; pero tanto tú como yo nos guardaremos de manifestar estas ideas teóricas, para que no nos tengan por soberbios ó presumidos.» Dijole Arbués que él no sabía más que batirse donde le mandaban, y que rara vez se le ocurrían pensamientos referentes á organización y unidad de mando. Veía la guerra en la táctica menuda; no le cabían en



la cabeza más que sus dos compañías, y aun de ellas le sobraban unas cuantas docenas de soldados.

## XXVI

Llegaban á Vitoria constantemente tropas y más tropas: unas venían de Miranda de Ebro y Rioja; otras de Guipúzcoa, fatigadas, mal vestidas, conservando intacta la moral, mas un tanto quebrantada la fe. Desplegaba Valdés en su palacio toda la actividad oficiosca que la previa organización de la campaña, en lo militar, en lo administrativo y sanitario, requería. Adiestrado en las guerras de América, no ignoraba lo que traía entre manos. Era hombre modestísimo, afable, de bastante edad, espíritu fuerte, cuerpo flaco y mísero: vestido de paisano, habría pasado por clérigo; de uniforme, representaba la persona venerable de un honrado capellán. Oyó contar Fago que Valdés, al llegar á Vitoria con su nombramiento de General en Jefe del ejército del Norte, no llevaba séquito ni escolta; no llevaba equipaje ni dinero, ni aun siquiera sombrero militar: á tal punto llegaba el menosprecio de toda ostentación y boato en su propia persona. Comía lo que querían darle; aceptaba de los

generales á sus órdenes prendas de vestir, y tenía su administración personal en manos de un fiel asistente. Y al propio tiempo, sabía infundir á todo el mundo respeto: los soldados le querían, los jefes le veneraban. Era un buen padre de su ejército. «Para ser completo—pensaba Fago,—sepamos si conducirá á sus hijos á una victoria eficaz, resistiendo firme y pegando fuerte.»

No duraron los preparativos más de veinte días: transcurridos éstos, empezaron á salir fuerzas en dirección de la sierra de Andía. Llevaban piezas de montaña, abundantes víveres, municiones y todo lo necesario. Las tropas de Lorenzo, procedentes de Los Arcos, y las de Méndez Vigo, viniendo de Pamplona, marchaban también hacia la Amézcoa. Ocupada ésta por fuerza numerosa, ¿qué remedio tenía D. Tomás más que correr hacia la frontera de Francia? Tan seguro se creía esto, que se habían dado á las autoridades francesas los necesarios avisos para el desarme é internación de las bandas carlistas vencidas. Tanta confianza, en cosas de guerra, no parecía el colmo de la prudencia. Pero, en fin, con estas seguridades, las tropas iban á sus posiciones muy animadas, y con ganas de pelear.

Destinaron á Fago al Provincial de Toro, que mandaba Barrenechea, jefe instruido y de grande arrojo; Arbués le afilió en una de las dos compañías que mandaba, nombrándole cabo. Llevaba el capellán uniforme completo, excelente fusil, y su cartuchera

bien provista. No tardó en sentir nuevamente ímpetus guerreros, influencia natural del medio, del compañerismo, de la emulación.

La marcha no fué penosa, y tardaron tres días en llegar á Contrasta. De allí empezaron á franquear las alturas, penetrando por bosques espesos, bordeando abismos, escalando peñas. En los míseros pueblos, esquilados ya por los carlistas, no encontraban reses, ni alimento de ninguna clase; dormían al fresco en campamentos dispuestos con arte. El jefe de la columna, Barón del Solar de Espinosa, era un militar que sabía su oficio, y del general de la división, Don Luis de Córdova, nada hay que decir, pues harto se conocen sus altas dotes militares, que más tarde había de enaltecer en la grandiosa jornada de Mendigorriá.

Delante de esta división iban otras, trepando á las fragosas alturas, que hallaban absolutamente limpias de facciosos. Esto alegraba á los poco entendidos. Zumalacarreñi abandonaba las altas posiciones. Una de dos: ó retrocedía hacia la frontera de Francia, ó se situaba en la Amézcoa Baja, donde su posición era desventajosa, endemoniada. Así razonaban los que, como el bueno de Arbués y otros, no poseían el don estratégico. Pero fago, viendo que D. Tomás abandonaba por completo las alturas, dejando á Valdés internarse y perderse en ellas, empezó á entrever el plan del jefe carlista, el cual no podía ser otro que esperar en la Amézcoa Baja, hasta el momento preciso en

que Valdés *se hiciera un lío* en la espesura de los bosques, y en los picachos inaccesibles de la sierra, viéndose obligado á situar sus batallones en una línea extensísima, donde gran parte de la fuerza no podía revolverse, ni acudir aquí ó allá, conforme á las exigencias de la lucha.

Interrogado por su pariente, que aún no se apeaba de su optimismo, le dijo Fago: «*Chiquio*, convéncete de que esto va mal. El plan de ocupar la Amézcoa fué bueno, mientras otra cabeza no discurrió uno mejor. Zumalacarreñi, que sabe mucho, pero mucho, nos deja meter nuestros veinticinco batallones en la sierra, y él acampa tan tranquilo en los pueblos de abajo, confiado en que pasaremos el tiempo mirando á las estrellas, pues la mayor parte de las tropas que van peñas arriba, no pueden hacer otra cosa. Verás cómo no pasa de mañana sin atacarnos por la retaguardia. A esta división le tocará aguantar la embestida, para lo cual tendremos que cambiar de frente. Y todo ese ejército que anda á gatas por los montes, ¿de qué nos sirve? ¿Cómo vendrá á auxiliarnos si no puede moverse con agilidad en estas intrincadas espesuras? Los grandes ejércitos son para operar en el llano. La guerra de montaña tiene su táctica especial, que en este caso no he visto aplicada.»

Puntualmente se ajustaron los hechos á lo que el capellán pensaba. Al día siguiente por la tarde, fueron atacados por cuatro batallones carlistas en las inmediaciones de

Artaza. Los cristinos se batieron con bravura, y á fuerza de constancia conservaban al anochecer sus posiciones. El terreno no les favorecía: era estrecho, limitado aquí por picachos inaccesibles, allá por cortaduras y barranqueras, en cuyo fondo mugían torrentes. Pelear en tal sitio era la mejor prueba á que puede someterse el valor y la tenacidad de un ejército: lo que hicieron los constitucionales en aquel día, supera con mucho á cuantas proezas pudieran imaginarse. Y para que la prueba fuese más terrible, pasaron toda la noche en la angustiosa expectación de ser atacados con mayores fuerzas al día siguiente. ¿Qué harían? ¿continuar avanzando hacia la sierra? Esto era peligrosísimo, porque al avanzar empujarían hacia el Norte á los demás batallones, y en este caso, marchando siempre hacia arriba, la salida tenía que ser por los valles de la vertiente del Cantábrico, ó por la frontera pirenaica. El retroceso era también difícil, porque si los realistas, como parecía seguro, se situaban en el portillo de Artaza, podrían, no ya embestir, sino fusilar, á los batallones, atacándolos uno por uno. Fago explicó á su primo la situación con un ejemplo... «*Figúrate*—le dijo,—que nuestros veinticinco batallones son veinticinco barcos, y que nos hemos metido en un canal ó bahía larga y estrecha. Esta división es el navío de retaguardia. En la boca del canal nos atacan buques enemigos. Si salimos, mal; si entramos, hemos de navegar empujándonos unos á otros hasta



salir por el opuesto extremo del canal. Si nos retiramos por donde hemos venido, á medida que vayan saliendo barcos, el enemigo los irá cazando á su gusto y abrasándolos sin piedad. ¿Lo comprendes ahora?

—Sí: la dificultad y el error están en que, á lo largo de la sierra, nuestros batallones no pueden desplegarse en un extenso frente de combate. Tienen que ir enfilados, con un frente estrechísimo, unos tras otros.»

Y no sólo les afligió el desaliento durante la noche, sino también la sed. En aquellas alturas no había agua. Un chusco dijo que tenían que contentarse con beberla por las orejas, porque oían ruidos de espumosos torrentes bajo sus pies, á profundidades á que sólo con el pensamiento, no con la mirada, podían llegar. Reforzada la columna durante la noche con el batallón más próximo, preparáronse para la pelea del siguiente 22 de Abril, que debía de ser, y fué realmente, una página épica. Los carlistas embistieron muy temprano; sus guerrillas habían trepado á alturas donde era increíble que pudiesen hombres mantenerse y pelear, no convirtiéndose en gatos ó ardillas. En las espesuras cercanas y en los picachos del otro lado de la barranquera, los fogonazos simulaban el incendio del bosque. Sin la artillería de montaña, manejada con toda la pericia del mundo, la retaguardia cristina habría perecido en la puerta de la ratonera. Al mediodía, Valdés y Córdova acordaron descender, arrojando las desventajas de la posición, y el



5.º de Ligeros fué el primero que se lanzó impávido por el desfiladero de Artaza, hostilizado por un lado y por otro... El Provincial de Toro y otros cuerpos siguiéronle con el mismo brío. Los carlistas, rechazados en una vuelta del camino, se escabullían por aquellas angosturas para reaparecer luego más abajo, encastillados entre peñas. Caían soldados de la Reina sin cesar; los jefes de los cuerpos combatían en primera línea. Córdoba y el Barón del Solar defendían sus vidas como el último de los soldados. De este modo, y perdiendo mucha gente, llegaron con extraordinaria gallardía al pueblo de Barindano, que encontraron desierto. Allí ya podían respirar, poner en orden los desconcertados batallones, y atender á los heridos que habían podido recoger. Perdieron carros de municiones y víveres; perdieron muchas vidas. Ya no había más plan que emprender la retirada hacia Estella con todo el arte posible.

Y durante la noche, la retaguardia, que por el cambio de frente había llegado á ser vanguardia del ejército de la Reina, desde Barindano seguía viendo nutrido fuego en el desfiladero de Artaza, señal de que las demás divisiones descendían del laberinto con las mismas dificultades. A media noche cesó el fuego, porque á los carlistas se les habían acabado las municiones, y se replegaban hacia Aranarache y Contrasta.

Lo peor de aquella tremenda jornada era que los cristinos no encontraban ningún apoyo en el país: el vecindario huía de los pue-

blos, poniéndose al amparo de la facción; á ningún precio se encontraban aldeanos ni pastores que quisieran practicar el espionaje; la ignorancia de los movimientos del enemigo y de los puntos en que pernoctaba, eran motivo de grande confusión para los generales; nadie sabía nada; había que esperar los hechos, subordinando todo plan á lo que resultara de los del enemigo, por lo cual el verdadero director de la campaña era Zumalacarregui como jefe de su ejército, dueño absoluto del país en que operaba y de todo el paisanaje navarro.

La mañana del 23 se empleó en organizar la retirada á Estella. La vanguardia debía marchar aquel mismo día hacia Abarzuza. Era probable que los carlistas, repuestos del cansancio, y provistos de víveres, atacarían por Arlabia ó Echevarri. Manteníase aún bravo y arrogante el ejército cristino, confiando siempre en sus jefes. También él tenía fe en su causa, aunque no la mostrara por modo tan vehemente ó infantil como su hermano el faccioso. Se había hecho á la desgracia, soportaba resignado la enemiga y desafecto del país, y sobre esta desventaja hacía recaer la culpa de su vencimiento en aquella jornada.

La última división que quedaba en la cumbre emprendió el desenso por el desfiladero de Goyano, que ofrecía la ventaja sobre el de Artaza de tener una cumbre accesible. Apoderándose de ella, la retirada podía efectuarse en buenas condiciones. Quiso

tomar Zumalacarregui la eminencia; pero Valdés, con Aldama y Seoane, anduvieron más listos, y con supremo esfuerzo lograron emplazar en lo más alto dos obuses; hazaña de gigantes que no se creyera, si no se la viese con tanta prontitud realizada. No tuvieron los carlistas más remedio que abandonar las posiciones. Zumalacarregui, que personalmente les mandaba, viendo el desaliento de su tropa, les dijo: «Mejor: dejémosles que bajen, que allá tenemos otra angostura en que les sacudiremos con más comodidad.»

En efecto, al descender de Goyano por pendientes llenas de cadáveres, hubieron de sufrir otro ataque en el camino de Abarzuza, en una vuelta del río Urederra. Zumalacarregui reapareció en una altura formidable, donde les hizo más bajas, cogió algunos prisioneros y dos carros. Al anochecer, entraban Seoane y Aldama en Abarzuza con sus tropas más que diezmadas, muertas de fatiga, de hambre y sed. Y lo peor era que al día siguiente tendrían que sostener nuevos encuentros, pues el carlista no cejaba; quería recoger todas las ventajas de su victoria, y acosar hasta en su último refugio á las heroicas cuanto desgraciadas tropas de la Reina.

Dos días después entraban en Estella los veinticinco batallones, sin convencerse aún de que había llevado la peor parte la causa que defendían; tristes y fatigados, pero sin dar su brazo á torcer; seguros de poder repetir la hazaña, si sus jefes, con error ó sin él,

les llevaban á un nuevo combate. La tenacidad, la gallardía caballeresca, componen toda la historia de una raza que, al inclinarse para caer en tierra, ya está pensando en cómo ha de levantarse.

## XXVII

No extrañó al comandante Arbués perder de vista á su primo el capellán durante la acción de Artaza. En la confusión de la pelea en retirada, cada cual atiende á sí propio y á su obligación y defensa, sin parar mientes en los demás. En Abarzuza no pareció tampoco el aragonés; pero aún esperaba su primo encontrarle en Estella, pues nadie le había visto caer muerto ni herido, y las últimas noticias de él eran que se batía heroicamente. Bien pudo quedar rezagado, agregarse á la división de Méndez Vigo, ó caer prisionero en los combates que ésta sostuvo. Desgraciadamente, fueron inútiles todas las investigaciones que hizo Arbués en Estella, cuando ya descansaban allí del trágico duelo los soldados de la Reina. Nadie pudo dar noticia cierta del pobre capellán ¿Debía contársele entre los muertos ó entre los prisioneros? Lo probable, según Arbués, era que se hubiera dejado matar antes que rendirse, conforme á su temple de aragonés legítimo.

En tanto Zumalacarregui se había ido á Asarta, donde quiso disimular la falta de cartuchos con una orden del día en que daba ocho de descanso á sus valientes tropas. Comunicada al Rey su carencia de municiones, el Cuartel Real, que estaba en Segura, se conmovió con la triste noticia. La Real Hacienda acudió con arbitrios mil al remedio de tan gran daño; se organizó de prisa y corriendo un activo contrabando para traer de Francia *el pan de la guerra*, y se enviaron comisionados á los que lo amasaban en diferentes puntos del Baztán, para que activasen todo lo posible la fabricación. Gracias á estas medidas, pudo Zumalacarregui tener provisión bastante para lanzarse á nuevo combate antes de la semana, engañando una vez más á los cristinos, pues nunca pensó en que sus tropas estuvieran tanto tiempo en la ociosidad. Si no reanudó las operaciones antes de los ocho días, no fué por falta de ganas, ni porque careciera de planes bien determinados, sino porque la Majestad de Carlos V le ordenó que permaneciese en Asarta hasta recibir la visita de los enviados del Gobierno de Inglaterra, Lord Elliot y Sir Gurwood, para proponer á uno y otro ejército un convenio que diese á la guerra carácter humanitario, poniendo fin á las sangrientas represalias.

Ya D. Carlos había recibido á los ingleses, que eran personas distinguidísimas, ambos conocedores de España; y mostrándose dispuesto á entrar por el aro de la benigni-



dad y templanza, nada quiso resolver sin el parecer de su General en Jefe. Este recibió á los extranjeros con la cortesía concisa y un tanto seca que gastar solía. Los de Albión, que también eran secos y lacónicos, simpatizaron extraordinariamente con el caudillo del absolutismo; conferenciaron; admitió Zumalacarregui lo que se le propuso, que en rigor de verdad significaba el reconocimiento de beligerancia por las Potencias, y acordadas las bases de arreglo, D. Tomás convidó á los ingleses á compartir con él un modesto cocido, que era su habitual sustento en campaña.

Aceptaron gustosos los comisionados; *trincaron* del buen vinito navarro, sin cortedad de genio, y fuéronse luego camino de Logroño, donde les recibió Córdova, por delegación del general Valdés. Nueva conferencia, acuerdo por entrambas partes. No consta que hubiera cocido y vino riojano; pero sí que los emisarios de Inglaterra partieron muy satisfechos de la *politesse* de Córdova, que además de experto General era un fino diplomático. Puesto en vigor á los pocos días el convenio Elliot, ya no se fusilaba sin piedad á los infelices prisioneros. Este espantoso resorte de guerra, propio de hordas salvajes, quedaba totalmente abolido en los ejércitos que guerreaban en el Norte; se establecían reglas clarísimas para el canje de oficiales y soldados, conforme á las prácticas militares de todas las naciones del mundo. Por desgracia nuestra y baldón de España, otros



caudillos carlistas y liberales de gran renombre, en las asperezas del Maestrazgo, ó en la montaña de Cataluña, habian de olvidar pronto los procederes humanitarios, derramando á torrentes la sangre cristiana, y escarneciendo con sus crueldades los ideales que decían defender: el honor patrio, la religión, la fe.

Reanudadas las operaciones, Zumalacarregui mandó á Gómez á Vizcaya, donde se unió al guerrillero Sarasa, y juntos atacaron á Guernica. Los generales Iriarte y Espartero salieron mal librados. No bien se enteró de la toma de Guernica, D. Tomás fué contra Treviño, plaza fortificada, y la sitió en las mismas barbas de Valdés, y la tomó á las cuarenta y ocho horas, cogiendo prisioneros á los seiscientos hombres de la guarnición, y arramblando con los cañones. Cuando Valdés acudió al socorro de Treviño con las tropas de Estella, ya era tarde. La plaza estaba desmantelada, y los carlistas vencedores en la Berrueza. Antes de que Valdés determinara qué camino seguir, Zumalacarregui, sabedor de la evacuación de Estella, se dirigió á esta ciudad, y en ella hizo su entrada triunfal, aclamado con entusiasta delirio por los habitantes, en su gran mayoría frenéticos sectarios del Pretendiente. Hombres y mujeres rodeaban á la tropa realista, saludándola con ardientes demostraciones, cantos guerreros y populares. Las coplas sonaron todo el día por calles y plazuelas, y el famoso estribillo *Ay, ay, ay, Motilá*, pasaba

de las bocas de los ancianos á las de las mujeres, y por fin á las de los chiquillos... ¡Gran día de expansión febril y de entusiasmo loco fué aquél para los soldados de Zumalacarre-gui! La pintoresca ciudad ardía en regocijo y triunfal estruendo; las campanas de sus iglesias románicas, de venerable antigüedad, no cesaban de voltear con alegres repiques; aquí y allí convites parciales á la intemperie, mesas en medio de la calle, libaciones copiosas, alegría, seguridad del triunfo de la Fe.

Mas no era Zumalacarre-gui hombre que permitiera á sus tropas adormecerse en el triunfo, ni perder su fiereza en las fiestas obsequiosas y en los enervantes descansos. Sabedor de que partían de Pamplona tres mil infantes y trescientos caballos, salió de Estella para cortarles el paso. Le había dado en la nariz que la tal columna iba en auxilio de algún convoy salido de la Ribera, y no se contentaba con menos que con batir la columna y apoderarse del convoy. Con celeridad pasmosa se plantó en Puente la Reina, y de allí, con dos batallones y toda su caballería, ocupó las alturas del Perdón. Al propio tiempo esparcía una nube de espías por todos los pueblos y caminos circundantes, y preparó el golpe antes de que los cristinos sospecharan el mal encuentro que en su marcha les esperaba. Pelearon unos y otros con gran bizarría casi á la vista de Pamplona. Ganó Zumalacarre-gui, si se mira tan sólo á la conquista de la posición y á los cien prisioneros

que hizo; pero la jornada le fué desfavorable en otro respecto, porque perdió al jefe y organizador de su caballería, D. Carlos O'Donnell. Viéndole moribundo, dijo: «Pérdida irreparable. Valía él mucho más que todo lo que hemos ganado en este encuentro.»

Mientras esto ocurría en el Perdón, en Velate las columnas facciosas de Elío y Sagastibelza atacaban á Oráa, el cual se retiraba con pérdidas. Con esto, y con la evacuación por los cristinos de tantas plazas de segundo orden fortificadas, Navarra, á excepcion de Pamplona y de los pueblos de la Ribera, era ya totalmente del dominio carlista, comprendiendo la línea de la frontera hasta el mismísimo Irún. ¿Qué faltaba? Tomar á San Sebastián y á Pamplona. Mas para esto urgía ganar antes á Vitoria, y la llave de Vitoria eran las plazas fortificadas de Villafranca, Vergara y Tolosa, en Guipúzcoa. Pensado y hecho: ya le tenéis en marcha, trasladando de un punto á otro sus masas de hombres con presteza increíble. En aquella expedición debía tropezar con Jáuregui, con Iriarte y con Espartero, que ya ilustraba su nombre con gallardas valentías, y ganaba el aplauso y la admiración de las muchedumbres.

En el asedio de Villafranca hubo de sufrir Zumalacarregui desfallecimientos de sus tropas; pero su energía supo trocar el desánimo en loco frenesí de combate. Acude Espartero desde Durango en auxilio de la plaza guipuzcoana; sábelo Zumalacarregui, y

con la celeridad del rayo, corren sus batallones á cortarle el camino. Trábase furioso combate en Descarga; Espartero se ve obligado á retroceder; vuelven los vencedores de Descarga sobre Villafranca; el asedio es formidable, épico; los cristinos rinden las armas en condiciones honrosas; la facción gana en aquel día una posición importantísima, mil quinientos fusiles y víveres abundantes. Y velozmente, siguiendo la acción á la idea, como el disparo al requerimiento del gatillo, Eraso caía sobre Eibar, Gómez sobre Tolosa. Y cuando el mismo Zumalacarregrui disponíase á tomar á Vergara, recibe un apremiante aviso de D. Carlos llamándole á su Cuartel Real de Segura.

Como jarro de agna fría cayó este aviso sobre la ardiente voluntad del caudillo guipuzcoano, y de malísimo talante se puso en marcha hacia Segura, pasando por Ormaiztegui, su pueblo natal, donde sus paisanos y amigos le acogieron llorando de entusiasmo y cariño, apenados de ver cómo se acentuaba en su rostro la tristeza, que atribuían á la falta de salud, efecto del desmedido trabajo. Los laureles ganados en tan corto tiempo, las ventajas adquiridas en la conquista del suelo español para la Monarquía absoluta, más parecían entristecer que alegrar al héroe de aquella campaña. Su mirada penetrante se fijaba con mayor tenacidad en el suelo, y su cuerpo se encorbaba hacia la tierra, cediendo más al peso de las aprensiones y cuidados, que al de las triun-

fales coronas que su frente ceñía. En Segura fué recibido afablemente por D. Carlos, que se mostró benévolo y agradecido, estimando mucho el ánimo, la perseverancia y abnegación que en el mando del ejército desplegaba. Abrevió el caudillo su visita cuanto pudo, no sólo por la prisa de expugnar á Vergara, sino porque le asfixiaba la atmósfera, el tufo de camarilla; y aunque ninguno de los corifeos del Cuartel Real le mostraba desafecto, no ignoraba que en la tertulia del Rey y en los corrillos de toda aquella caterva de vagos y aduladores, se le iba formando una opinión adversa, regateándole sus méritos ó servicios, censurando sus actos. Las victorias que uno y otro día alcanzaba la facción, se atribuían al valor de las tropas realistas, y al desmayo y falta de fe de las de la Reina. Indudablemente Zumalacarregui, según los habladores y comentaristas del Cuartel Real, había hecho bastante, quizás mucho; pero sin duda pudo hacer más, y seguramente otro General se habría plantado ya en tierra de Castilla, abriendo al Rey legítimo el camino de Madrid. Los estratégicos de gabinete, ó de corrillos callejeros, hormigucaban en la Corte trashumante, y los últimos covachuelistas y acólitos se permitían planes de guerra. Ganaba terreno la opinión de que el propio Rey debía ponerse al frente del ejército y dirigir por sí mismo las operaciones, en la seguridad de que el Espíritu Santo, como á predilecto de Dios, le asistiría con luces de ciencia mi-



litar, concediéndole los laureles de Pelayo, los Alfonsos y el Cid.

Sabía todo esto Zumalacarregui, y lo sufría con cristiana paciencia, sin desmayar en el cumplimiento de sus deberes. Su honradez era tan grande como su talento militar. Al Rey que proclamó, á la idea monárquica pura pertenecía, y ajustando su conducta á un proceder de línea recta, por nada del mundo de ella se desviaba. A esta excelsa cualidad unía otra, la de no tener ambición política, virtud rara en los militares de su tiempo, de uno y otro bando. Realzada con tan hermosa modestia su figura guerrera, el hijo de Ormaíztegui obscurece á todos sus contemporáneos ilustres, y á cuantos en el gobierno de las armas, así cristinos como liberales, le sucedieron.

Expugnó, pues, á Vergara, cuya guarnición, tras una débil resistencia, capituló quedando prisionera, y el vencedor penetró en la plaza con gloria, pero sin salud. El mal que padecía y con el cual luchaba de continuo su voluntad, pudo más que ésta al fin, obligándola á rendirse. Tres días pasó en cama con horrible sufrimiento, quejándose poco, y empleando los cortos instantes de alivio en completar sus disposiciones militares. En medio de las tristezas de su estado, no dejaba de llegar hasta él el rumor de las envidias del Cuartel Real, y en un acceso de negra melancolía, complicada con dolores físicos, escribió su dimisión y se la mandó al Rey. No quiso admitirla D. Carlos, y para darle



testimonio de su Real aprecio, fué á Vergara al siguiente día. Algo mejorado de su enfermedad, salió Zumalacarregui á recibirle, á caballo, con su Estado Mayor, y Rey y General atravesaron la ciudad con aclamaciones del pueblo y tropa, entre el estruendo de las campanas echadas á vuelo y de las salvas de artillería.

Las conferencias de aquellos días entre el Rey D. Carlos y el más ilustre de sus súbditos, provocaron acontecimientos en los que no es difícil ver la desviación de la línea de prosperidades marcada por el destino desde que un distinguido coronel, avecindado en Pamplona en situación de retiro, cogió en sus manos las partidas indisciplinadas de Navarra y Guipúzcoa, y con ellas hizo un ejército. ¡Qué diferencia de tiempos y personas entre aquel día, 20 de Octubre de 1833, en que el coronel D. Tomás Zumalacarregui salía por la puerta del Carmen, vestido de uniforme, y al pasar junto á los centinelas se alzaba el embozo de su capote gris, como descando no ser conocido! Siguió á buen paso por la carretera, pasó el puente sobre el Arga, y al llegar como á distancia de tiro de cañón, le salió al encuentro un hombre, que tenía del diestro un caballo. Montó en él el militar, y á buen trote tomó la dirección de la Berrueza. La causa de D. Carlos tuvo aquel día lo que le faltaba: una cabeza. Luego veremos cómo y cuándo esta grande y noble cabeza se perdió para siempre.

## XXVIII

¡Desde aquel otoño de 1833 hasta la primavera del 35, cuántas páginas de patética historia, cuántos hechos brillantes ó bárbaros, cuántos esfuerzos de sublimidad heroica, de honrada abnegación ó de fanatismo delirante! En tan breve tiempo crece y se complementa una figura militar, que sería muy grande si no la hubiera criado á sus pechos la odiosa guerra civil. Y en la precisa oportunidad histórica, el destino dispone la integración de la figura del insigne guerrero, agregando á sus coronas de laurel, la de abrojos que para él había de tejer puntualmente la envidia; que sin esto la figura no podía ser completa. Aproximábase á su ocaso, con todos los sacramentos, la gloria que enaltece, la ingratitud que roe, el público aplauso que empuja hacia arriba, la envidia que tira de los pies para hacer bajar al sujeto, y poner su cabeza al nivel de las pelonas de la muchedumbre.

Reservadísimas eran las conferencias entre D. Carlos y su General, y cuando se celebraba consejo, al que asistían, además de Zumalacarreui, los llamados ministros, no se revelaban al público ni las discusiones ni los acuerdos. Pero algo transcendía siempre,

como es natural, mayormente entre españoles, raza inepta para guardar secretos; y en los corrillos de la plaza, en las dos boticas, en los pórticos de la Casa Consistorial y en todos los demás mentideros de la ilustre villa, se hablaba de los grandiosos planes que de aquellas encerronas habían de salir muy pronto. No será preciso advertir que el señor D. Fructuoso de Arcespacochaga y Vidondo, natural de Vergara, unido al vecindario por vínculos de sangre y por multitud de conocimientos, no podía salir á la calle sin que le acometiera la caterva de impertinentes curiosos. En las galerías del Seminario Real y Patriótico le asaltaron una tarde las turbas, pidiéndole los secretos ó la vida, y él, ante el número y poder de los asaltantes, no tuvo más remedio que rendirse, dando noticias incompletas. Juntóse después al capellán Ibarburu, y se fueron á la sala de Capítulo de San Pedro de Ariznoa. En grata tertulia con el Párroco y dos racioneros de los más significados, dejó salir por su boca D. Fructuoso cuanto tenía en el buche.

«Pero, en fin—preguntó Ibarburu con viva impaciencia,—¿dimites ó no dimites?

—¡Qué ha de dimitir! ¿Cree usted que brevas como el generalato de tan grandes huesos se sueltan por una cuestión de amor propio?

—¿Y su enfermedad—dijo el Párroco no sin malicia,—es real, ó un nuevo ardid estratégico y político?

—Es real. Padece de la orina. Bien se le

conoce en la cara ese alifafe... Figúrome que exagera un poquito, con la intención marrullera de que Su Majestad, que le aprecia verdaderamente, ceda en sus resoluciones por no contrariarle.

—Pero á buena parte va—observó uno de los racioneros, que por su gordura no cabía en ningún sillón y tenía que mantenerse en pie.—Tenemos un Rey que por su carácter entero, así como por su religiosidad, merecería gobernar todita la Europa.

—La cuestión es la siguiente—dijo Arespacochaga, á quien faltaba poco para reventar como una bomba, de la satisfacción que el dar noticias auténticas le causaba:—varias casas holandesas han ofrecido á Su Majestad un empréstito de consideración tan pronto como caiga en nuestro poder una plaza de importancia... Quien dice plaza de importancia dice Bilbao, que además es villa de gran riqueza, y podría darnos un botín cuantiosísimo, señores. En fin, repetiré textualmente las palabras de Su Majestad, que oí de sus augustos labios: «He decidido que tan pronto como te restablezcas y te halles en disposición de poder montar á caballo, te dirijas á Bilbao.»

—Textual, ¿eh?

—Y el... naturalmente, ¡cómo había de atreverse á contradecir el soberano mandato!

—Hizo protestas de sumisión, obediencia y lealtad... ¡Qué menos, señores! Pero á renglón seguido, con muchísimo respeto, hubo de presentar su opinión contraria á la del

Rey, y á la de todos los dignatarios, así civiles como militares, que teníamos voz y voto en el consejo. Allí nos habló de los inconvenientes y peligros que á su juicio ofrece el asedio de Bilbao, y de la facilidad con que podría tomar á Miranda y Vitoria. Ganadas estas dos plazas, la invasión de Castilla será cosa de un par de semanitas.

—No estoy conforme—dijo el Párroco gravemente, tomando y ofreciendo de su rapé oloroso.—En las cosas de guerra se prefiere siempre lo fácil á lo difícil. Si ese criterio prevalece, que nos den el mando á los curas, y pónganse los militares á rezar.

—Justo... esa es mi opinión y la de todo el que discurra con buena lógica—afirmó Arespacochaga.—Acométanse las cosas difíciles, que las fáciles, las de cuesta abajo, por sí solas se resolverán luego. Pues bien, señores: á mí me tocó la honra de concretar la cuestión en el consejo. Su Majestad tuvo la dignación de pedir mi dictamen, y yo... respetando las razones estratégicas que expuesto había mi señor D. Tomás, llevé el problema al terreno político, alegando altas razones, de más peso que las razones militares, y mirando al decoro y dignidad del Trono. Palabras mías textuales: «¿Tiene el General D. Tomás Zumalacarregui fuerzas para tomar á Bilbao? Si considera que no las tiene, nada digo. Pero si cree, como creen conmigo otros principes de la Milicia, á cuya autorizada opinión me remito, que tiene fuerzas sobradas para tal empresa, no debe hablarse

una palabra más del asunto. Pues el Rey quiere que se tome á Bilbao, esto basta para que se intente la empresa, no siendo, como no es, imposible.»

—Bien, admirable... ¿y qué contestó?

—Por de pronto, ni una palabra. Parecía desconcertado. Su rostro de color de cera permaneció inalterable. El Rey, mientras yo peroraba, no quitó de mí sus ojos, asintiendo con fuertes cabezadas. Zumalacarreui, apremiado por Su Majestad para que concretase si era posible ó no tomar la plaza, no se atrevió á negar que poseía fuerza bastante para tal fin. Allí nos habló de que las dificultades podrían sobrevenir después. Pero no nos convencimos, ni Su Majestad tampoco. En fin, señores, el consejo acordó el ataque á Bilbao... y mande quien mande las operaciones, Bilbao será nuestro antes de quince días.

—¡Mande quien mande!—repitió Ibarburu.—¿Luego cree usted probable que dimita?

—Sí; pero también creo que no se le admitirá la dimisión. Si se le aceptara, no faltaría un General de grandes miras y conocimiento que llevara nuestros batallones á este gran triunfo, y así lo llamo porque Bilbao carlista es el empréstito holandés, y con dinero, que es lo único que nos falta, haremos un caminito seguro y breve por donde las Reinas de Madrid se vayan á Francia, y nosotros á la Villa y Corte.»

Siguieron haciendo *caminitos* y cuentas galanas hasta que les sirvieron el chocolate



con que el Capítulo les obsequiaba, y tomado éste, Ibarburu se fué solo á la calle, taciturno y caviloso. No sabía á qué carta quedarse, ni á qué santo encomendar el logro de sus desmedidas ambiciones. ¿De qué le valía adular á Zumalacarregui si éste dimitía? Y si no dimitía, ¿qué eficacia tendrían sus adulaciones á González Moreno y Arespacochaga? Su instinto cortesano, afinado por la ilusión de la mitra que quería ponerse en la cabeza, le guió hacia el alojamiento de D. Tomás, que era el palacio de los Eloseguis, amigos suyos; y en el portal salió á su encuentro Celestino Elosegui, á quien con viva ansiedad preguntó: «¿Dimites ó no dimites?»

Llevóle adentro y arriba, y tuvo la suerte de sorprender al General en uno de esos instantes en que la espontaneidad no puede contenerse, y en que se manifiestan sin rebozo los sentimientos que llenan el corazón. Acompañaban á D. Tomás su amigo íntimo D. Juan Francisco de Alzáa, y el dueño de la casa, D. Matías Elosegui. Quitándose el capote y arrojándolo sobre una silla, como si con él arrojara la investidura de General en Jefe, dió una patada y dijo con rabia: «Esto es inaguantable... Ya lo presentía yo... ¡Tener que ejecutar proyectos que juzgo disparatados en el estado actual de cosas!» Sin hacer gran caso de lo que tímidamente le dijo D. Matías para calmar su irritación, dejóse caer en un sofá con notorio desaliento, y expresó con estas graves palabras la grande agitación de su noble espíritu: «De-

jo á la enfermedad ó á una bala enemiga el cuidado de sacarme de esta situación.»

Oído esto, se arrancó Ibarburu con un encomiástico discurso, pronunciado con cierto énfasis político: «Mi General, quien ha conquistado los lauros que enaltecen el nombre glorioso de Zumalacarregui, ese nombre escrito ya con letras de oro en el libro de la historia, nada debe temer. Donde vaya Zumalacarregui irá la victoria. Nuestro Rey reina por el esfuerzo de este gran caudillo, y por el camino de Bilbao, lo mismo que por el de Vitoria, con la ayuda de Dios nuestro Padre, y de la Reina de los Cielos María Santísima, las tropas que con sabia mano rige vucencia llevarán á la corte de las Españas al representante de la Monarquía legítima y de los derechos de la Religión.»

Con una mirada benévola y dos ó tres monosílabos de modestia, rechazando honores tan desmedidos, disimuló Zumalacarregui el desprecio que le merecían las gárrulas demostraciones del capellán de su ejército. Entró á este punto el médico, y el General se fué con él á su habitación.

Contento de sí mismo y del buen golpe que había dado, Ibarburu salió en busca de otros capellanes y militronches amigos suyos, para dar un paseo y poder contar cuanto sabía; noticias bebidas en los propios manantiales de información. Toda la tarde estuvo despotricando: en la conversación deambulatoria, el optimismo embriagaba las almas de los pobres *ojalateros*, pues cuál

más, cuál menos, todos tenían sus esperanzas de medro en diferentes carreras y profesiones. Al regresar á sus hogares, donde les esperaba la menestra de borrajas, la sopita, el huevo pasado, *et reliqua*, se mecían en dulcísimas ilusiones. Este veía las insignias de coronel, aquél la congrua eclesiástica, el uno la judicial toga, el otro la mitra, y todos estos símbolos de autoridad y posición se les representaban en forma extrañísima, bombas y granadas cayendo sobre la infeliz Bilbao.

A la siguiente mañana, y cuando el señor capellán á partir se disponía con el ejército por el camino de Durango, le anunció su patrón una visita, advirtiéndole al propio tiempo que no la recibiera porque debía de ser enfadosa.

«¿Quién es?

—Señor, dos ermitaños que piden limosna; pretenden ver á usted para que les libre de no sé qué pena que se les ha impuesto por espías.»

Bajó presuroso el Sr. Ibarburu, y con indecible sorpresa reconoció en uno de los dos infelices que á implorar venían su protección, al mismísimo D. José I'ago, ex-capellán, ex-sargento, santo en ciernes por temporadas, gran estratégico en ocasiones, y notado siempre por su falta de seso y sobra de ambiciones desapoderadas. Vestía el desdichado aragonés un balandrán deslucido y roto, ceñido á la cintura por cuerda de esparto; calzaba alpargatas; habíale crecido

la barba y cabello, y su aspecto semisalva-je inspiraba más compasión que miedo.

«Amigo mío, ¿qué es esto?—le dijo Ibarburu con estupor no exento de severidad.—¿Qué le pasa á usted? Nos dijeron que se había dejado seducir por la impiedad cristiana... yo no lo creí. Luego se corrió la voz de que había perecido en la tremenda degollina de la Amézcoa... ¿Qué significa esa facha miserable, y quién es este hombre que le acompaña?

—Mi facha significa el desengaño de todas las cosas, el hastío del mundo y el gusto de la soledad... Y éste que me acompaña es el santo ermitaño Borra, que tenía su cabaña en el monte Murumendi, y fué días hace inicuaamente expulsado de ella por los soldados de la facción, y luego él y yo perseguidos y amenazados de no sé qué horrendos castigos, por lo que llaman delito de vagancia y espionaje.

—Señor capellán—dijo el otro con grave acento:—yo, Simeón Borra, vivía en Murumendi lejos de todo comercio con el mundo, consagrado á la oración y abominando de las opiniones que hacen fieras á los hombres y les llevan á guerrear. Con nadie me metía ni nunca hice daño á nadie. Vivía de lo que me querían dar y del fruto de una huertecilla. Este amigo vino á pedirme consejo para conseguir la paz de su alma: contóme su historia; pidióme luego que le admitiese en mi compañía, y á ello me resistí: no quiero formar comunidad. Establecióse por mi adver-

tencia en un sitio cercano á mi choza; labró la suya, y vivíamos como á dos tiros de fusil...

—Y cuando más seguros nos creemos—prosiguió Fago,—una columna facciosa nos destruye las casas; se nos acusa de espionaje; se nos amarra y nos traen aquí, donde hallamos un señor Mayor de plaza, hombre caritativo, el cual nos libra de la muerte, y promete ponernos en libertad si hay alguien en el ejército que garantice que no somos rateros ni traidores.»

Uno de los militares que les acompañaban manifestó que el menor castigo que podía imponérseles por espionaje era cortarles las orejas.

«A mí no puede ser ¡carambo!—afirmó Borra apartando las guedejas que caían sobre sus sienes,—porque ya me las cortó el tudiante de Mina el año 22, y no porque yo cometiese delito alguno, sino por crueldad sanguinaria... De modo que si alguna pena me aplican, sea la de muerte, y pronto, que nada le importa á quien aprecia la vida en menos que un cabello.

—Lo mismo digo—afirmó Fago.—Que me maten si quieren, si no han de darme la libertad.»

Los militares, que atraídos de la curiosidad formaban corrillo en torno de los dos infelices, más se inclinaban á la burla compasiva que á la severidad. Ibarburu, profundamente apenado del lastimoso sino del que fué su amigo, y á quien verdaderamente apre-

ciaba, le cogió de la mano, como si resueltamente bajo su amparo le tomase, y con acento firme dijo al militar que les acompañaba: «Bajo mi responsabilidad, amigo Zuazo, deje usted libres á estos hombres, pues á entrambos les tengo por tontos, que es lo mismo que decir inocentes. Váyanse á donde quieran, á hacer vida boba, que también podría ser vida regalona. Ea, despejen, que tenemos que marchar á Durango... Usted, señor santo Borrajo, ó como quiera que se llame, puede ir adonde quiera, y volverse á su monte ó al mismo infierno; pero lo que es á éste no le suelto. Amigo Fago, no puedo consentir que un hombre de su inteligencia y carácter se deje inducir á la extravagancia que revelan su traje y modos... no, no, no lo consiento, y si no de grado, por fuerza se viene usted con nosotros. Eh, amigo Zuazo, me le lleva usted por delante, entre bayonetas. Yo hablaré al Coronel, y respondo de que ordenará lo que digo... Adelante, entre bayonetas. Este no puede ser libre; éste me pertenece: quiero salvarle de su propia insanidad, de su propia tristeza... En marcha... D. José Fago, es usted prisionero de su amigo el capellán Ibarburu. No haga resistencia, ó el Coronel mandará que le apliquen cincuenta palos.»



## XXIX

Contento como unas pascuas se fué Borra, y en verdad que no le penaba ir solo, pues la soledad era su mejor amigo. Pago, secuestrado por el capellán con cariñosa tiranía, no tuvo más remedio que dejarse conducir en la ambulancia sanitaria; y cuando ya marchaban á media legua de la villa, caminito de Elorrio, aproximó Ibarburn su mula al pelotón que le conducía, y hablaron un rato, el uno á pie, caballero el otro.

«Agradezco mucho á usted su buena voluntad; pero créame... mejor servicio me haría dejándome zambullir en la soledad y apartarme de todos estos belenes.

—Déjese, déjese llevar, y no sea usted obstinado y majadero. ¿Qué sabe usted lo que dice? En la primer parada que hagamos me contará el cómo y cuándo de haber venido á la desolación de esa vida, y hablaremos del modo de restaurarle á su estado decoroso... Y aprovecharé el descanso de esta noche para proveerle de ropa, y vestirle con la decencia que le corresponde. Somos de la misma estatura y carnes, y mi ropa le vendrá como suya.»

En la primera parada, arrimaditos á una venta próxima al camino, en la cual comie-

ron y refrescaron, Fago contó á su amigo todos los inauditos accidentes de su vida, desde el punto y hora en que dejaron de verse, en Diciembre del año anterior. Oyó Ibarburu el relato, como un confesor que no quiere perder sílaba, atento á los íntimos pormenores de conciencia, para formar cabal juicio del estado moral del penitente; y al llegar al caso de la defección de Fago y de su ingreso en las filas cristinas; al oírle que por ganar la libertad había vendido sus convicciones realistas, combatiendo por Isabelita II en las jornadas sangrientas de la Amézcoa, se mostró tan irritado y severo, que poco faltó para que terminase allí la confesión, y con ella la amistad de los dos capellanes.

Pero Fago, con su noble sinceridad, ganó el corazón de Ibarburu. Todo lo refería lealmente, sin atenuar sus culpas ni empequeñecer su mérito donde lo hubiera. No ocultó que el principal fin de todos sus actos en aquella parte de la campaña, era perseguir y cazar á la descarriada Saloma. Los diversos episodios y peripecias, las vivísimas esperanzas y desengaños tristes de esta cacería fueron tales, que creyó perder la razón. Saloma, como fantasma vano, en todas partes se presentaba, y en los aires se desvanecía cuando las manos se alargaban para cogerla. Rezagado en las angosturas de Artaza, tuvo que esconderse en unos breñales para no caer prisionero de los realistas, que le habrían fusilado sin piedad. Huyó después montes arriba, repugnando el seguir en filas li-

berales, y con asco también de las facciosas; vagó tres ó cuatro días, precedido del fantasma, hasta que Dios quiso desengañarle de aquel vano error, iluminando su entendimiento con ideas claras. La torpeza y sinrazón de aquel empeño se posesionaron de su espíritu, y unido á ello el hastío de la humanidad, sintió la querencia hondísima de la vida ascética. Andando, andando, sin pensar á dónde iba, llevado más bien de la fatal dirección mecánica de sus pasos, fué á parar al monte Murumendi, y allí se acordó del solitario Borra. Llegóse á la cabaña, hablaron... Lo demás ya lo había oído Ibarburu de los propios labios del anacoreta.

«Todo sea por Dios—dijo entre suspiros el capellán guipuzcoano al ponerse de nuevo en camino.—Dele usted gracias por haber caído en mis manos; que si se quedara entregado á sus desvarios, no tardaría en volverse loco. Ahora, calma y completa sumisión á lo que yo le ordene: soy su amigo, su protector y su médico. Prescribo, como remedio salvador, que prepare usted su espíritu y su voluntad para volver lo más pronto posible al estado eclesiástico. Todo lo que sea del orden de guerras y política, y el capitulito ese de la persecución de *féminas*, debe pasar á la historia. Basta de locuras. Sea usted sacerdote, y no eche el pie fuera de la sábana de una modesta posición eclesiástica... Adelante: va usted preso. Esta noche le vestiré, y ahora voy á decir que le dejen ir en un carro de sanidad para que no se fatigue.»

A todo se prestó el aragonés, que había vuelto á ser pasivo, abdicando su voluntad en las voluntades ajenas, y sintiendo de nuevo la devoción del acaso. Siguieron andando todo aquel día y el siguiente. Por referencias supieron que Zumalacarregui no había tenido que expugnar á Durango por encontrar evacuada esta villa. Mas no queriendo emprender operación tan comprometida como el sitio de Bilbao, dejando una considerable fuerza cristina en la fortificada villa de Ochandiano, que domina el llano de Alava, resolvió acudir allá rápidamente. Dicho y hecho: embistió el pueblo y la torre que lo defendía; á los dos días se rindió la guarnición. Contemplando Zumalacarregui desde las alturas de Ochandiano el llano de Alava, en cuyas lejanías se distinguen las torres de Vitoria, sintióse encariñado con su pensamiento militar, de cuya ejecución le desviaba la obcecada terquedad de D. Carlos. Aún esperaba convencer á éste. Procurándose un excelente guía de ligeros pies, envió á Vergara un breve mensaje, que decía: «Ochandiano está en nuestro poder. Desde aquí contemplo el camino que tendremos que recorrer para proclamar á Vuestra Majestad en Vitoria, mañana, si Vuestra Majestad me autoriza para desistir de sitiar á Bilbao.»

En Durango recibió por respuesta una laconica pregunta: «¿Se puede tomar á Bilbao?»

Estrujando en su nerviosa mano el papel,

Zumalacarregui exclamó: «¡Como poderse tomar, sí!... Después, Dios dirá.»

Los pocos días transcurridos desde la presentación en Vergara del capellán aragonés convertido en salvaje anacoreta, bastaron á Ibarburu para transformarle. Le afeitaron y vistieron, y con esto y el buen alimento parecía otro hombre, el mismo de antaño, sólo que más enflaquecido y mustio. Al propio tiempo, ganó bastante en serenidad de espíritu y claridad del entendimiento, y parecía dispuesto á seguir las prescripciones de Ibarburu, encerrándose en la modestia de una vida eclesiástica rutinaria y sin pretensiones. Se le declaró libre de toda pena, atendiendo á que había sido hecho prisionero por los cristinos, y que éstos le obligaron á combatir en sus filas so pena de la vida. Habiendo llegado á los propios oídos de Zumalacarregui estas amañadas historias, demostró interés por el desdichado capellán, y deseó verle.

La noche antes de la salida de Durango para Bilbao presentóse Ibarburu con su amigo en el alojamiento del General, que era la casa-palacio de los Emparanes, y después de una breve antesala, fueron admitidos á la presencia de D. Tomás. De tal modo se pintaba la tristeza en el semblante de éste, que causaba lastimoso respeto á los que le veían. Sin duda la causa de ello era, además de la dolencia penosa, la inmensa tribulación de haber visto morir frente á Ochandiano á su entrañable amigo D. Juan Francisco

Alzáa, antiguo jefe de los voluntarios de Oñate.

Sintióse Fago cohibido en presencia del General, cuya figura militar y política ante sus ojos se agigantaba. Nunca le había visto tan soberanamente investido de la majestad que dan el talento superior y la honradez sin tacha. Poco le faltó al capellán, en su profunda emoción, para arrodillarse delante del caudillo y mostrarle un acatamiento incondicional, pidiéndole perdón por haber hecho armas contra él. Casi con lágrimas en los ojos, hizo ademán de besarle la mano, y lo habría hecho si el otro se lo permitiera.

«¿Qué cuenta usted, buen Fago?—le dijo el General con melancólica benevolencia.— ¡Ah!... ¿Sabe usted que el famoso cañón que me trajo usted de Ondárroa nos ha prestado grandes servicios? Pero en Villafranca, el pobre *Abuelo*, cascado ya y medio chocho, se nos quedó inútil. Bastante ha servido el infeliz... Todo pasa, todo se gasta y todo se concluye.

—General—replico el capellán con voz temblorosa,—mi mayor pena es que, por mi incapacidad, no pueda yo prestarle algún servicio con la firme resolución que vuestra cencia merece.

—Todavía, ¡quién sabe!

—Ya no, ya no... Soy hombre muerto.»

Y en aquel mismo instante sintió Fago en su espíritu el fenómeno extraño que en ocasiones diferentes había sentido: la transfu-



sión de su pensamiento en el del insigne guerrero, es decir, que sus ideas se anticipaban á las de éste, ó que concordaban milagrosamente en dos cerebros distintos.

«Mi General—dijo después de una pausa,—permítame que le felicite por sus triunfos, que la historia ha de consignar. Permítame exponer con sinceridad una idea que tengo aquí... Será temeridad que yo la exprese, será tal vez descortesía... Vuecencia estima que es un desatino la expugnación de Bilbao; vuecencia, esclavo de su deber, obedece órdenes disparatadas del Rey...

—¡Eh, cuidado! No puede hablarse así de nuestro Soberano... Eso no es cierto, amigo Fago.

—Tenga vuecencia la dignación de oír todos los dislates que se me ocurren. Vuecencia no debe obedecer... debe presentar la dimisión resueltamente, y que venga otro á ejecutar los propósitos que concibe el cerebro vacío de los que rodean á nuestro buen Rey... Si esto que digo merece castigo, mande vuecencia que me den veinticinco, cincuenta palos, y yo resignado los recibiré. Pero déjeme decir todo lo que pienso: se acerca el término fatal de su carrera gloriosa. ¿Cómo lo sé? No sé cómo lo sé; pero muy claro lo veo, y vuecencia lo ve lo mismo que yo.

—Sólo Dios sabe lo que puede suceder,—dijo Zumalacarregui queriendo sonreír, y sin poder conseguirlo.»

Y el otro terminó: «Vuecencia lo sabe y

yo también... El héroe de esta guerra, el restaurador de la Monarquía legítima... no tomará á Bilbao... El por qué... él lo sabe... y yo también.

—Mucho saber es ese, amigo Fago—indicó Zumalacarregui sonriendo al fin de veras. —Yo no soy profeta; por lo visto usted lo es.

—Vámonos, vámonos—dijo Ibarburu con gran zozobra, tomando del brazo á su amigo para cortar conversación que tenía por impertinente.—Basta de profecías... Estamos molestando al señor General...

—¡Oh, no!... Pueden quedarse...»

Algo más quiso decir Fago; pero el otro, azarado y algo colérico, se despidió brevemente por los dos, y salió, llevándose á su amigo casi á rastras. Al tomar aliento en la escalera, le reprendió con aspereza, como á un niño mal criado que acaba de hacer una tontería.

«¿Pero hombre, está en su juicio?... ¡Qué rato me ha hecho usted pasar!... Al demonio se le ocurre, ¡carape!... decirle al General que no tomaremos... que no tomará á Bilbao... ¿Ha querido usted anunciar su muerte?

—He dicho lo que siento, lo que veo... lo mismo que ve y siente él... Es como la luz, amigo Ibarburu, y me sorprende que usted no lo vea.

—Lo que veo yo—dijo el castrense encalabrínándose,—es que si seguimos con esas salidas de tono, le daré á usted por desahuciado, y le abandonaré á su desdichada suerte.»

Y el otro, sin parar mientes en la indig-

nación de su amigo, ni cuidarse de aplacarla, se llevaba las manos á la cabeza, exclamando: «¡Lástima de hombre!... ¡Qué pérdida, Señor!... ¡Inmenso duelo!

—¿Qué rezonga usted, por cien mil carapes?—gritó el capellán furioso enarbolando el palo.

—Dios lo quiere, Dios lo ha dispuesto... Así debe ser, sin duda, y así será.»

## XXX

Dos días después, hacia el 8 de Junio, llegaba el General carlista á las inmediaciones de Bilbao con catorce batallones y el tren de batir, bien mezquino por cierto, pues el famoso *Abuelo*, quebrantado por honrosos servicios, había recibido ya la jubilación. Si pobre era la artillería facciosa, la empobrecía más la carencia de municiones, pues para los dos morteros sólo había treinta y seis bombas. Con tan reducidos elementos iba á emprender Zumalacarregui el sitio de una plaza defendida por cuatro mil hombres de tropas regulares, mandados por el valiente General, Conde de Mirasol, y unos dos mil urbanos; tropa y voluntarios igualmente enardecidos en la fe de la causa que defendían, pues ya desde los comienzos de la gue-

rra dominaba en el vecindario de la capital de Vizcaya la opinión liberal, como contrafuerte de la opinión carlista, dominante con absoluto imperio en los campos. Si tenaces eran los habitantes de las villas y anteiglesias en su afecto á D. Carlos, no lo eran menos los bilbaínos en su devoción á los principios representados por Isabel II. Al ardiente arrojo, á la terquedad ciega de los unos, respondían los otros con iguales ó mayores demostraciones de constancia y bravura. ¡Qué tiempos, qué hombres! Da dolor ver tanta energía empleada en la guerra de hermanos. Y cuando la raza no se ha extinguido pelcando consigo misma es porque no puede extinguirse.

Cincuenta piezas, de las cuales la mitad eran de grueso calibre, tenía Bilbao, emplazadas en los fuertes y reductos construídos en todo lo largo del circuito. Las municiones no faltaban. Víveres tampoco, ni faltarían si el asedio no se prolongaba.

Lo primero que hizo Zumalacarregui fué situar sus batallones en los puntos convenientes para circunvalar la plaza, estableciendo un bloqueo eficaz que impidiera la entrada de provisiones de boca. Sólo por la ría no pudo cortar la comunicación, porque á ello se opusieron los comandantes de los dos buques de guerra, uno inglés, francés el otro, fondeados entre Deusto y San Agustín. Hecho esto, dispuso levantar frente al santuario de Nuestra Señora de Begoña tres baterías, donde colocó sus cañones y obu-

ses. Inmediatamente rompieron fuego contra los fuertes de la plaza. Desde San Agustín, cabecera de la línea de defensa sobre la ría, hasta Miraflores, se habían levantado seis fuertes enlazados entre sí por paredones y otras obras de defensa. El ataque por esta parte era temerario, así como por el extremo opuesto, los fuertes de Miraflores. El punto más débil era Begoña, el Campo Santo, la batería del Emparrado, el espaldón de tablas que protegía el camino cubierto de Santo Domingo, la batería y línea construída con barricas y sacas de lana junto al Circo. De este grupo de defensas partía el camino de Begoña hasta el santuario del mismo nombre, junto al cual estaba la Rectoral, donde Zumalacarregui se alojaba. No lejos de allí, como á cien pasos de la iglesia, se alzaba el llamado Palacio, grande y macizo, y á poca distancia la casa llamada de Landacoeche. Entre estos tres edificios, la iglesia, el palacio y la casa, había emplazado Zumalacarregui un mortero, y junto á Landacoeche un obús: más á la derecha, la batería con las piezas de menor calibre.

Los dos capellanes, Ibarburu y Fago, movidos de ardiente curiosidad, subieron á los altos de Artagán, y de allí dominaron todo el panorama de la villa, que parecía sepultada en el fondo de un pozo. Vieron á su derecha la mole de San Agustín y la casa de Quintana; enfrente todas las obras de Malloña, y á la izquierda los fuertes de Solocoeche y Larrinaga.

«¿Qué le parece á usted, amigo Fago—dijo Ibarburu con desfallecimiento.—¿Tomaremos esto? Antójaseme que es hueso muy duro para que podamos roerlo.

—Y tan duro... Fíjese usted además en los fuertes de la otra orilla, del lado de Abando... No se concibe mayor obcecación que la de esos señores áulicos, que han puesto la causa al borde de este abismo. Ya verán, ya verán lo que es bueno.

—¿Y no sería conveniente renunciar á batir los fuertes, y entretenernos en arrojar bombas y granadas sobre el caserío, para que se produjeran incendios y ruínas? De este modo el vecindario, lleno de terror, impondría la rendición.

—Esa barbarie no es militar, ni tampoco política, Sr. de Ibarburu, y pongo mi cabeza á que Zumalacarregui no ha de darle á usted gusto.»

Siguieron observando toda la mañana. Los sitiadores atizaban candela; pero la plaza les contestaba con brío, y pasó el día sin que se viese resultado favorable á la santa causa. Bilbao continuaba impávido, deseando función más brillante y decisiva.

—«Es seguro—dijo Ibarburu al bajar de Artagán,—que mañana dispondrá D. Tomás el asalto de San Agustín.

—D. Tomás—replicó Fago secamente,—no puede cometer el desatino de asaltar San Agustín, hasta no batir los fuertes de Malloña, y apagarles parte de sus fuegos, si no todos.



—Me parece que usted entiende poco de asaltos de fortalezas.

—Y usted menos.

—¿Desconfía usted de la bravura de nuestros batallones?

—No... pero tampoco creo que sean paja los batallones de Trujillo y Compostela, que defienden los fuertes de Mallona.

—Entonces ¿qué cree usted, gran táctico?

—Creo que mañana castigará D. Tomás los fuertes del Emparrado y del Circo, y luego quizás lance sus batallones al asalto.

—¿Contra San Agustín?

—No, hombre; contra Mallona, que es la parte más débil; y conquistada ésta, desde allí intimará la rendición á la plaza, la cual, seguramente, contestará que no se rinde.

—¿Usted qué sabe?

—Lo sé.

—¿Tan poco puede D. Tomás?

—Puede; pero no tanto como Dios.

—Ya sale usted con Dios... ¡Bah!... Es irreverencia pensar que Dios puede estar en contra nuestra.

—Lo está.»

Paróse Ibarburu para mirarle con enojo despreciativo, y sin decir nada más bajaron hacia Begoña.

El Sr. Mendigaña, pagador del Ejército, á quien hallaron muy cabizbajo junto á la casa de Landacoeche, les dijo que el General no estaba bien de salud, y se había retirado á su alojamiento, donde daba las órdenes

que se habían de ejecutar antes del amanecer del día siguiente. Pero aunque manifestara el propósito de recogerse pronto, lo mismo Mendigaña que el Intendente Sr. Lázaro, que sus hábitos conocían, aseguraron que pasaría toda la noche discurriendo arbitrios y combinaciones para la decisiva jornada próxima.

Ibarburu retiróse á su alojamiento, en una casa del camino de Lezama, y durmió como un santo. El capellán aragonés se pasó en claro la noche, que era hermosísima, revolviendo en su mente los probables episodios del sitio. Grabada en su memoria tenía la configuración de la villa en la hondura, los montes que la rodeaban, sus líneas de defensa. Todo lo veía como si delante tuviera un bien detallado plano. Veía el entusiasmo de los bilbainos, sus vehementísimos anhelos de rechazar cuantos asaltos diesen los de arriba con todo el coraje del mundo. No eran ellos menos corajudos y tercos: eran del propio pedernal que sirvió de componente á toda la raza. La contienda sería por de pronto reñidísima. Sabe Dios qué sucedería después, cuando no tuviera la facción un grande ingenio militar que la dirigiese!... Llegóse hasta Begoña; vió luz en la habitación del General, y estuvo contemplando el cuadro de claridad un buen espacio de tiempo. Allí pensaba el grande hombre. Lo mismo que él, pensaba fuera, á la luz de las estrellas, el hombre pequeño é insignificante, á quien todos tenían por tonto ó lunático.

Al amanecer agregóse á unos amigos que estaban tomando la mañana, y departió con ellos. Dijéronle que algunos batallones se preparaban para el asalto. Había, pues, confianza en que pronto les abrirían camino los morteros y obuses que sostuvieron el fuego el día anterior. Después se encontró á Ibarburu, que salía de su alojamiento, radiante de ilusiones. Dos oficiales que con él venían, manifestaron la convicción de que antes de tres días almorzarían en Bidebarrieta. A las ocho, próximamente, llegaron los dos capellanes al alojamiento de Zumalacarrégui, y le vieron salir, seguido de sus ayudantes y llevando á su izquierda á Mendiagaña. Aproximándose al grupo todo lo que la etiqueta les permitía, oyeron decir á D. Tomás: «No he pegado los ojos en toda la noche.» Su mirada era febril, lívido el color de su rostro; su tristeza se disimulaba con la animación que quiso dar á sus palabras. Saludó sonriendo: más encorvado aún que de costumbre, se dirigió al Palacio, desde cuyas ventanas observar solía con su anteojo las posiciones enemigas.

Rompíose el fuego. De abajo respondían con cañonazos, y algunos, pocos, disparos de fusilería. Los curiosos se guarecieron tras de la iglesia, y no había pasado un cuarto de hora cuando les sobrecogió un rebullicio de gente, saliendo del Palacio. Algo había ocurrido que era motivo de grande alarma. «¿Qué hay, qué pasa?» preguntaron; y nadie supo nada hasta que salió el cura de Begoña, pá-

lido y descompuesto, y dijo: «Herido el General... poca cosa...»

Y luego apareció Mendigaña con ampliaciones balbucientes de la noticia... «No es nada, no hay que asustarse... una rozadura...»

Todo esto pasaba en menos tiempo del que en referirlo se emplea. Vieron bajar á Zumalacarragui por su pie, no más pálido que cuando subió. «Creo que no es nada,» dijo á los que con grande azoramiento y ansiedad le rodearon. Pero al decirlo dió un paso en falso... cojeaba del pie derecho. Dos pasos más, y ya no pudo andar. Entre Fago y otro, le llevaron á su alojamiento en volandas, y él seguía diciendo: «No es nada... no es nada...»

## XXXI

El ayudante Plaza explicó lo sucedido, que fué... *de la manera más tonta* que puede imaginarse. El General observaba con su antejo los fuertes enemigos. Algo hubo de ver que le inspiró una resolución súbita... Vuélvese para ordenar á su ayudante que mande avanzar inmediatamente el mortero emplazado entre el palacio y la iglesia, y en el momento en que lo dice, una bala de fusil rebota en el hierro del balcón, y le hie-

re en la pierna, por bajo de la rodilla. No dijo más que... «Vamos, ya está aquí...»

Por momentos se confirmaba la noticia de que la herida no era de gravedad... cuestión de media semana. El fuego seguía: á las once acudió Eraso. Poco después se dijo que Zumalacarregui resignaba el mando en su lugarteniente: por todo el ejército corrió la triste noticia, y los cañones enmudecieron durante un rato.

«Yo sé—dijo á Fago un oficial de Guías, que se mostró afligidísimo, y no lloraba por creer que las lágrimas deshonran el uniforme,—yo sé quién ha disparado el tiro infame, aleve, diabólico, que ha herido á nuestro General. Ha sido un soldado de Compostela, un bribón ferrolano, que tiene la más asombrosa puntería que puede imaginarse. Ya sabe usted que algunos gallegos aborrecen á D. Tomás por los tremendos castigos que aplicó en el Ferrol, en sus tiempos de coronel, para exterminar á los bandidos que infestaban aquella tierra. Llámase este asesino tirador Juan Bouzas, y me consta que juró quitarle la vida al General si ponía sitio á Bilbao.

—¿Y cómo sabe usted eso, amigo Elizalde?

—Lo sé por una prójima que al gallego conoce, amiga de un capellán aragonés que sirvió con nosotros hasta lo de Arquijas.

—Ese capellán—dijo Fago con sobresalto, deseando echar á correr,—no es el que usted cree, ni ha tenido nada que ver con... con la... Ese aragonés señor mío, no existe,



no ha existido nunca... yo lo aseguro. Los que hablan de él no saben lo que dicen... Quédese usted con Dios.»

Salió de estampía, y de la arrancada se alejó más de una legua sin fijarse en la dirección que llevaba. Hasta más de mediodía estuvo dando vueltas por el campo, en lugares donde nada se veía del terrible asedio de la villa, y sólo se oía el lejano zumbar de los cañonazos. Las dos eran ya cuando vió que por el camino adelante venían tropas, en número de cincuenta hombres, y bastantes paisanos. No tardó en reconocer á los granaderos de Zumalacarregui, y cuando se aproximaban pudo ver que en el centro del pelotón transportaban una camilla. Al punto comprendió que la herida de D. Tomás se había agravado, y que le llevaban al Cuartel Real, á que le vieran y curaran los médicos del Rey. Ni lo uno ni lo otro era verdad, pues la herida se seguía considerando poco menos que leve, y conducían al General á Cegama, residencia de sus hermanos, no de su mujer y niñas, que vivían en Francia.

Incorporóse al convoy, movido de una adhesión ardiente al mártir glorioso de su deber, y en la primera parada suplicó á los granaderos que le permitieran cargar la camilla; mas no quisieron aquellos valientes ceder á ningún nacido el honor de transportar carga tan preciosa. A medida que avanzaba el convoy, se iban quedando atrás los paisanos y mujeres que lo acompañaban; agregáronse otros que salían de los pueblos, y al ente-



rarse de la triste noticia, prorrumpían en exclamaciones de dolor. Profundamente turbado el espíritu del capellán, se apropiaba toda la pena que en los semblantes veía, y juntábala con la suya. No tenía consuelo; el corazón, rebosando amargura, le anunciaba infortunios terribles, los cuales no se referían exclusivamente á los demás, ni al General herido, sino á todos: á la Causa, al país, á él mismo, al pobre capellán que se creía responsable, sin saber por qué, de las catástrofes que al mundo amenazaban. A su tristeza se mezclaba el terror, una ansiedad semejante á la que le acometió en el campo de Arquijas.

Obedeciendo á un instintivo impulso, reconocía los rostros de todas las mujeres que salían al camino. Las había feas, las había hermosas, algunas de atlética estatura, como la Ignacia de Elosua; otras contrahechas y desmedradas. Pero todas eran quienes eran, y nada más. Al propio tiempo que estas extrañas cosas sentía, no podía pensar que fuese leve la herida del General, como todos aseguraban. Teníala por gravísima, mortal, y cuando Zumalacarregui, en la parada de Zornoza, le llamó á su lado y, ofreciéndole un cigarrillo, le dirigió palabras afectuosas, le miraba como á un muerto que hablase... La idea de que el General sería pronto cadáver, si ya no lo era, se aferraba á su mente, sin que ninguna consideración pudiera desecharla.

«¿Y cómo se encuentra vucencia?—le pre-

guntó, intentando poner en su rostro una confianza que no tenía.

—Así, así...—le contestó Zumalacarregui no más triste que antes de la desgracia.—Los dolores de la pierna se me han calmado con la untura que me puso este señor médico que me acompaña. Más me molesta mi enfermedad que la herida, y creo que, aun sin este accidente, habría tenido que dejar el mando para atender á mi salud.

—La salud es lo primero—dijo Fago,—y que busque la Causa otros generales. En el grado de robustez en que, por obra y gracia de vuecencia, está la Causa, ya puede andar sola... Vengan otras cabezas, y Dios dispondrá lo que nos convenga á todos.»

Tirando con fuerza la colilla, Zumalacarregui dió orden de seguir. Y á los pocos pasos entabló Fago conversación con Fray Cirilo de Pamplona, hombre muy apersonado, como de cuarenta años, que no gastaba hábito, sino la usual vestimenta de los capellanes. Era pariente de la esposa del General, y sobre éste tenía gran ascendiente. Hallábase con Eraso en Bolueta cuando tuvo noticia del suceso, y acudió al instante, determinando acompañarle hasta el propio Cegama. Charlando con el aragonés, mostróse confiado en la pronta curación del General, sobre todo si éste seguía el consejo que le había dado, y era llamar sin pérdida de tiempo á un curandero del país, nombrado Petriquillo, hombre muy práctico en sanar heridas y en entablillar miembros rotos. El tal

vivía en Hermúa, y ya se le había mandado un emisario para que saliese al camino, al paso del enfermo. Más confianza que en los médicos, tenía fray Cirilo en aquel practicón sin estudios que de continuo realizaba curas maravillosas, empleando los ungüentos y pócimas que, con yerbas de su conocimiento, él mismo confeccionaba. A todo asintió Fago, por urbanidad, pues creía firmemente que los enfermos se pierden ó se salvan por sentencia superior, sin que pueda la ciencia humana precipitar ni atajar la muerte.

Llegaron de noche á Durango, y no bien paró el convoy en el palacio de los Emparañes, llegó un mensajero del Rey, diciendo fuese el médico Sr. González Grediaga á informar á Su Majestad del estado del herido. La visita del Soberano se fijó para la siguiente mañana, á fin de que el General descansase toda la noche. Acudieron no pocos personajes de la Corte trashumante á visitar á D. Tomás; pero éste no quiso recibir á nadie. En los arcos de Santa María y en el paseo de la Olmeda, hubo hasta hora muy avanzada de la noche corrillos, donde se comentaba con ansiedad el triste accidente. Los más lo creían adverso, algunos favorable, y no faltó persona bien informada que aseguró no mandaría el General Eraso las Reales tropas por mucho tiempo, pues ya era seguro que sería nombrado González Moreno, de quien se esperaba la toma de Bilbao en un abrir y cerrar de ojos.

Tan á disgusto se encontraba Fago en la

llamada Corte, y tan malas tripas le hacía el encuentro probable con D. Fructuoso, que se fué á dormir á Abadiano, para incorporarse á la mañana siguiente al convoy que por aquel pueblo tenia que pasar. D. Carlos visitó á su General muy temprano. Cuentan que le reconvinó cariñosamente por exponer al peligro vida tan preciosa. Y el herido contestó: «Señor, sin exponerse, nada se adelanta... Bastante he vivido ya... En esta guerra tan desigual y destructora, por necesidad hemos de morir cuantos la hemos comenzado.»

Sin penetrarse bien de la profunda tristeza de estas palabras, ni del sentido pesimista que contenían respecto al curso futuro de la guerra, D. Carlos quitó á la herida de su General toda importancia. Los médicos González Grediaga y Gelos le habían asegurado que dentro de quince días podría volver á campaña. Movi6 la cabeza en señal de duda Zumalacarregui, y no quiso contradecir los felices augurios de su Señor y Rey. Este le incitó á quedarse en Durango, donde le asistirían los facultativos de la Casa Real, y se le prodigarían exquisitos cuidados. Pero el herido se defendió con tenacidad de la obsequiosa protección de Carlos V, insistiendo en que le llevaran al retiro y quietud de Cegama. Fácil es al historiador penetrar en la mente del héroe, y ver en ella su repugnancia de la Corte, y su aborrecimiento de los intrigantes que en ella bullían. Despidiéronse sin que mediara ninguna observación

acerca del sitio de Bilbao, ni de las dificultades que ofrecía la desdichada operación impuesta por los conspicuos del Cuartel Real. Ya no volverían á verse más en este mundo D. Carlos y Zumalacarregui, representación viva del absolutismo el uno, representación el otro de la formidable fuerza nacional que lo amaba y lo defendía. La idea y el brazo se separaban para siempre. En su respetuosa despedida, el gran caudillo parecía decir: «Ahí queda eso, Señor. El que tanto ha hecho por Vuestra Majestad, no puede hacer más.»

Y no bien salió D. Carlos del alojamiento, se dieron órdenes para continuar el transporte de la camilla. Contento iba el General al partir de Durango, y al perder de vista las enfatuadas figuras de los cortesanos que acudieron á despedirle. Su amigo Mendigaña, pagador del ejército, le había dado treinta onzas á cuenta de las pagas atrasadas, y con ellas obsequió espléndidamente durante el camino á los granaderos que le conducían. Anhelaba llegar pronto á Cegama, donde le esperaban deudos y amigos cariñosos; perder de vista el ejército; descansar de la continua brega; olvidar sus propios esfuerzos físicos y espirituales, y la ingratitud, irrisorio galardón de tanta inteligencia y desinterés.

Impaciente, daba órdenes para que los granaderos se remudaran, á fin de acelerar el viaje, que era penoso á causa del calor y la distancia. Fumaba cigarrillos uno tras otro; en las cortas paradas hablaba con Ca-



papé, su fiel amigo; con Fray Cirilo; con los médicos, que le renovaban el emplasto para atenuar sus dolores, y con el curandero Petriquillo, que le auguraba sanarle en cuatro días por procedimientos de él solo conocidos. Agregándose al convoy en Abadiano, Fago marchó á retaguardia con la gente menuda, alejado de la camilla por virtud de una timidez aplanante, tristísima. No gustaba de ver de cerca al héroe. El sentimiento de emulación que llenaba su alma en los primeros días de conocerle y tratarle, trocábase ya en suprema piedad, y en adoración de las virtudes y méritos grandes del caudillo, méritos y virtudes que comprendía como nadie; y si antes tuvo la pretensión de penetrar en su mente, adivinándole las ideas militares ó anticipándose á ellas, ahora creía también en la transfusión de su espíritu en el de Zumalacarregui, y viviendo dentro de él se recreaba en la placidez de una conciencia limpia, en la entereza de un morir cristiano, sereno, con la satisfacción de haber desempeñado un papel histórico agradable á Dios, y de resignar su poderío terrestre en medio de la paz religiosa y de los consuelos de la fe.

Meditaba en esto el buen capellán, siguiendo al convoy, y se decía: «Morirá, morirá, sin duda. Es ley que tiene que cumplirse. Este endiablado Petriquillo parece-me instrumento de la fatalidad... Y yo me pregunto: ¿Qué pasaría si este hombre extraordinario no se muriera? Si yo me en-



gañara y D. Tomás curase, ¿qué resultaría del quebrantamiento de la lógica histórica? Porque su morir es lógico, es bello además, inmensamente humano y divino, consorcio de lo divino con lo humano. Si el General viviera, veríamos una falta de armonía en las cosas... No, no: debe morir, morirá. Allá se las compongan la ciencia y el charlatanismo para llegar á este resultado preciso... Yo no dudo, no puedo dudarlo. Dios me ha enseñado á conocer las oportunidades de la Historia, y cuándo es bueno que ocurra lo malo.»

## XXXII

Penoso fué para el herido el largo trayecto de Durango á Cegama, por Elgueta, Vergara y Zumárraga, en día caluroso y seco. Remudándose con frecuencia los granaderos que transportaban la camilla, pudieron llegar al término del viaje ya entrada la noche. Si triste fué todo el camino, el paso por el valle del Oria, desde Segura para arriba, en la obscuridad, llevó á su mayor grado la tristeza de aquélla que parecía procesión del Santo Entierro. Delante iban soldados con hachas de viento, alumbrando el camino. Nadie hablaba; el cansancio sellaba todas las bocas. Música de la fúnebre comitiva era

el murmullo del río, que en aquella parte alta del valle donde nace, más bien es torrente. Venía bastante crecido, y sus saltos y cascadas espumosas resonaban con mujido profundo en el silencio de la noche. De Cegama bajaron hasta Segura, al encuentro del convoy, personas de la familia, el cura, muchos vecinos del pueblo, precedidos de faroles. Las movibles luces tan pronto iluminaban á las personas, como las dejaban en tinieblas. En la sombra no eran los rostros más tristes que en la claridad, pues nadie sonreía.

Entró por fin el convoy en el pueblo, atravesando la calle que conduce á la plaza de la iglesia, y deteniéndose frente á ésta, en una calle pendiente y corta que parte de la esquina de la Casa Consistorial. Al extremo de dicha calle, que más bien es irregular plazuela, se alzaba la vivienda de la familia de Zumalacarregui, donde el General quería encontrar el reposo de su espíritu, el alivio de sus dolencias crónicas, y la curación de su herida. ¿Qué menos podía ambicionar quien tanto había hecho con notoria generosidad y desinterés? Pero no es cosa segura que los triunfos militares y políticos sean recompensados por Dios con los bienes terrenos, el mayor de los cuales es la salud. Por esto, el General, que también era un gran filósofo cristiano, no contaba con ninguna recompensa, y esperaba que cumpliera Dios su voluntad como quisiese.

A poco de entrar en la casa la camilla, fueron alojados los granaderos en el Ayun-

tamiento; los vecinos se metieron en sus hogares, y todo quedó en silencio y en sombría soledad. A Fago le brindaron aposento y cena los granaderos. Durmió toda la noche, y muy de mañana salió á reconocer el pueblo, empezando por la parroquial iglesia de San Martín, hermosa y grande como todas las de Guipúzcoa, pero de escaso interés artístico. Encajonado entre montes altísimos, al pie de la sierra que divide las aguas de Navarra de las del país basco, el pueblo carece de horizontes. Fago lo vió encapuchado en nieblas; la humedad se mascaba; el frío penetraba los huesos. Entre Bilbao y Cegama, la diferencia de altitud determinaba temperaturas muy diferentes. Venían del riguroso verano á un otoño lacrimoso y desapacible.

Cuando el sol empezaba á calentar el suelo, disipando la neblina, el capellán, que ya había recorrido las cortas calles y callejas de Cegama, fué á casa del General para enterarse de cómo había pasado la noche. Desde la plaza de la iglesia, salvando un puentecillo sobre espumoso torrente que iba á aumentar las aguas del Oria, llegó á una elevada plazoleta, en la cual vió un caserón con ángulos de sillería almohadillada y ventanales de piedra, el cual bien podía pasar por palacio, conforme al tipo de construcciones de Guipúzcoa. En la puerta había guardia de granaderos; algunas personas del pueblo, gozosas, decían que el General había pasado buena noche, y que estaba tranquilo y

contento. Anhelando más concretas noticias, entró Fago en el portal, cuadra enorme, empedrada, con unas grandes pesas colgantes en el testero de la izquierda. Allí había más gente, sentada en bancos ó en troncos de castaño; caras conocidas: el Sr. Capapé, el ayudante Vargas, herido, que se unió al convoy en Segura, y andaba con muletas; caras desconocidas: el alcalde del pueblo y vecinos pudientes, algunos con sombrero de copa forrado de hule.

Del grandísimo portal partía la escalera, de piedra el primer tramo, lo demás de nogal venerable, casi negro ya, los peldaños desnivelados y lustrosos, crujientes bajo los pies de los que subían y bajaban. No atreviéndose Fago á subir, se contentó con preguntar á todos los que conocía. Las buenas noticias se confirmaban. Era cosa de pocos días, y antes de quince podía el General volver á montar á caballo. Fray Cirilo de Pamplona, y el curandero Petriquillo, hombre menudo, inquieto, hablador, con la cabeza tan calva y negruzca que parecía una calabaza de peregrino, eran los más optimistas. En las caras de los médicos Boluqui y Gelos, á quienes vió bajar poco antes de mediodía, observó el capellán mayor reserva é inquietud. Y nada más digno de contarse le ocurrió aquel día, como no sea que hizo amistad con el cura, el cual le enseñó toda la iglesia, la sacristía, vasos y ornamentos, y las habitaciones altas de donde se dominaba la villa y sus arrabales.

Pasaron días, y la vida del aragonés compartíase entre un largo plantón en el portal de la casa de Zumalacarregui, por saber noticias, y un vago pasear por el pueblo. Al aproximarse á la residencia del General, solía detenerse en el puentecillo que salva el afluente del Oria, un riachuelo torrencial, que al pie de los muros de la cercana huerta se remansa, y sirve de lavadero á todas las mujeres de aquel barrio. Apoyando los codos en el pretil del puente, se pasaba allí el hombre largos ratos, viendo á las mujeres con media pierna dentro del agua, golpeando la ropa, y charlando en su jerga vascuence, de la cual no entendía una palabra.

A los tres días de esta vida se sintió enfermo, con mal semejante al que había tenido en Aranarache. Era reproducción de la fiebre nerviosa, un acceso leve quizás, y para reponerse admitió la hospitalidad con que le brindó el sacristán de San Martín. En casa de éste le dieron una regular estancia, y cama muy buena, donde pasó tres días, curándose solo con agua azucarada y algún caldo. Cuando le pareció que podía darse de alta, echóse á la calle; pero apenas se podía mover, y agarrándose á las paredes fué á informarse de cómo iba la herida del General. Dijéronle que las opiniones de la Facultad estaban divididas. Quién creía que la herida se enconaba, y que el enfermo estaba peor de su mal crónico; quién que la inflamación de la pierna sería pasajera, y que se resolvería favorablemente en cuanto extra-



jeran la bala. En esto, díjole Capapé que, habiendo dado cuenta al General de que el capellán Fago permanecía en Cegama, había manifestado deseos de verle, y no necesitó más el buen aragonés para pedir que le proporcionaran la dicha de ofrecer sus respetos al héroe y mártir. Aún tuvo que aguardar un ratito, que un siglo le pareció.

Salieron varias personas, entre ellas el cura; poco después el mismo Capapé le invitó á subir. En lo alto de la escalera recibióle una señora menudita y ligera que andaba por aquellos pavimentos lustrosos sin que se le sintieran los pasos. Era la hermana del General; sonrió al verle; le hizo pasar á una sala muy limpia y ordenada; esperó el capellán un rato, en compañía de un niño de unos doce años, sobrino de D. Tomás, y una niña de menos edad, con quienes habló, observando en sus rostros agraciados el aire de familia. Luego la misma señora de los pasos ligeros le llevó por un corredor que rodeaba la escalera, á una habitación de mediano tamaño, con ventana á la huerta y al torrente donde lavaban las mujeres. En el ángulo interno de dicho aposento estaba la cama, y en ella el General, sentado, descansando el busto y cabeza sobre un rimero de almohadas. Afectó penosamente á Fago la demacración de su rostro, la lividez de las ojeras, elafilamiento de la nariz. No obstante, en medio de sus torturas, el General se había hecho afeitar; bajo la amarilla piel, se le marcaba el afilado hueso maxilar, como cuchillo



envuelto en una funda. A los pies de la cama había un arcón de nogal, mueble muy común en las casas de aldea. Tenía el enfermo á su derecha la pared, á su izquierda una mesilla sobre la cual colgaban, junto á una pilita de plata repujada, algunas imágenes sujetas al clavo con lazos de seda. Sobre la cabecera de la cama, casi tocando con los pies la cabeza de Zumalacarregui, había un crucifijo, y enfrente, entre la ventana y el ángulo externo, un niño Jesús, de tamaño poco menos del natural, sobre un altarito, y bajo dosel de raso violeta bordado con lentejuelas de plata. Lo demás de la pieza era insignificante.

Sentóse Fago en el arcón, á los pies de la cama, y tanta timidez y cortedad sentia, que apenas osó decir al General cosa alguna, fuera de las palabras elementales referentes á la salud, mejor dicho, á la enfermedad. Se sentía sobrecogido por la solemnidad misteriosa de la estancia, que le parecía santuario, y el enfermo un sér de algún reino inmediato á los cielos, ya que no de los cielos mismos. Ni podía acostumbrarse á ver en él al guerrero... No era, no, el bravo caudillo que discurría las admirables suertes estratégicas: era un santo consumido en la devoción y en las penitencias. Su palabra, ya cavernosa, llegaba á los oídos de Fago con un son remoto, como ahilado por la distancia.

«Los médicos—dijo,—me aseguran que voy bien. Pero yo no acabo de creerles, amigo Fago. Y usted ¿qué tal se encuentra? Me

han dicho que ha estado usted malucho. Quizás no le siente este clima. A mí me gusta. Detesto el calor; me he criado en la humedad y en el frío de los montes de Guipúzcoa, y prefiero esta tierra, no sólo para vivir, sino para morirme.

—Yo también—afirmó el capellán Fago con arranque espontáneo.—Crea vucencia que me gustaría morirme aquí mejor que en otra parte...

—¡Hombre, qué quiere usted que le diga! Murámonos donde Dios lo disponga. Lo mismo da.

—En los tiempos que corren—dijo Fago contagiado de la intensísima melancolía del General,—tiempos de guerra y matanzas, en que vemos despreciada la vida de los hombres, nos morimos aquí ó allá como si nos bebiéramos un vaso de agua... y nos quedamos tan frescos.

—Dice usted bien: la guerra es una gran escuela de resignación. Pero tal como la hemos hecho nosotros, y como la harán los que me sucedan á mí, no hay naturaleza que la resista. El que no muera de una bala, morirá de cansancio, ó de los disgustos que se ocasionan...

—La guerra, digo yo, deben hacerla en primera línea aquéllós á quienes directamente interesa... Verdad que si tuvieran que hacerla ellos, quizás no habría guerras, y los pueblos no se enterarían de que existen éstas ó las otras *causas* por las cuales es preciso morir.»

Al oír esto, Zumalacarregui permaneció un instante silencioso mirando al techo.

«Pienso yo, mi General, que nos afanamos más de la cuenta por las que llaman *causas*, y que entre éstas, aun las que parecen más contradictorias, no hay diferencias tan grandes como grandes son y profundos los ríos de sangre que las separan...»

Tampoco á esto contestó nada el General. Dió un cigarro á su amigo; encendieron ambos en una estufilla colocada en la mesa próxima á la cama, y al poco rato el herido reanudó la conversación, desviándola del terreno resbaladizo á que Fago quería llevarla.

«Yo le alabo á usted, señor capellán, el gusto de preferir la religión á la guerra. Al saber que tomaba asco á las cosas militares, me confirmé en la buena opinión que de usted tenía. Siempre me pareció usted un hombre de superior entendimiento, apto para todo.

—Vuccencia me favorece demasiado. No soy apto para nada.

—Me gusta la modestia, pero no tanta... Digo que ha hecho bien en volver á su vocación antigua, que es la verdadera. Y aunque usted poseo dotes militares, bien lo he conocido, ha hecho bien en quitarse de esos afanes y de esos peligros, casi siempre mal recompensados. Vuélvase á su estado religioso, que allí encontrará el premio. Los méritos de guerra, por grandes que sean, no tienen recompensa ni aquí... ni allá.

—Lo mismo creo, mi General... Y aquí me

tiene usted sin vocación ninguna, pues todas las he perdido, y con toda verdad le digo que no sé á dónde han ido á parar. No tengo más que un deseo: el descanso. Y vucencia me dirá: «¿Cómo puede estar cansado quien nada ha hecho?» Respondo que se cansa uno del tráfigo del pensamiento tanto como de las acciones repetidas, obra del cuerpo y la voluntad. Se cansa uno de pensar lo que no hace, como se cansa de hacer las cosas pensadas por sí mismo ó por otros. Yo soy hombre concluído. En cortos años, mi vida ha sido muy larga.

—No esté usted tan descontento de sí mismo—le dijo D. Tomás revolviéndose con trabajo en su lecho.—Serénese, y la vida le abrirá nuevos horizontes. Es usted joven: la religión le dará los alientos que hoy no tiene.»

Creyó notar Fago que el General sentía vivos dolores, y que los disimulaba por atender á la visita. Se levantó para retirarse.

«Mi General—le dijo, —vucencia necesita descansar, y estoy molestándole.

—Hombre, no... No tenga usted prisa... Estos malditos dolores no me dejan, no me dejan... ¡Qué le hemos de hacer!... Sufriremos todo lo que podamos. Ahora dicen esos señores que será preciso extraerme la bala, y que cuando la saquen me pondré bien. Allá veremos. Les he dicho que corten y rajejen cuando quieran...

—Mi General—añadió Fago, viendo entrar á la señora de los pasos ligeros,—estoy mo-

lestando á vucencia... Me retiro... Quiera Dios darle el alivio que merece.

—Bueno, amigo Fago: si desea marcharse, no le retengo más. Usted... me parece... también debe cuidarse.

—¡Mi vida es tan poco útil!... No digo naciones ni partidos; pero ni aun familia, ni persona alguna dependen de mí.

—¿Es usted solo?

—Tan solo, que no teniendo más que á mí mismo, paréceme que tengo mucho.

—Hay que cuidarse... conservar la vida todo lo que se pueda... Adiós, amigo Fago.

—Mi General, adiós.

—Y ya charlaremos otro poco... sabe Dios dónde y cuándo... Adiós.

—Adiós.»

### XXXIII

Salió de la triste estancia el capellán con tan grande angustia en el alma, que no se fijó en ninguna de las personas que al paso, en la escalera y portal, iba encontrando. Muchos le preguntaban: «¿Cómo está el General?» Y él respondía maquinalmente: «Bien... está muy bien.» Por todo el camino hasta su casa, que era la del sacristán, fué diciendo lo mismo: *bien... está bien*, aunque nadie se lo preguntara; y al llegar al cuarto en que dor-

mía, se arrojó sobre el lecho boca abajo, y estuvo llorando toda la tarde. Por la noche le entró fiebre, temblores convulsivos, y una ansiedad que se expresaba en su mente con la idea ó imagen de ver ante sí un grande, negro, insondable abismo que le atraía. Nada dijo á su generoso huésped, ni se quejó de mal alguno. No quería más que estar solo... Por alimento no apetecía más que agua y mendrugos de pan.

Zumalacarregui pasó la noche con horribles sufrimientos, fiebre y delirio. Soñaba con Bilbao; todo su afán era que el general Eraso no cumpliera fielmente lo estipulado con los comandantes de los barcos extranjeros, acerca de las condiciones en que se verificaría el bloqueo por la parte de la ría. Sobre esto versaba su desvarío, demostrando la gravedad que en su conciencia tenía aquel asunto de carácter internacional.

Los cuatro ayudantes, el fraile, el cura, Capapé, Vargas, la familia y amigos, estuvieron en la sala hasta más de media noche, en ansiosa expectativa. Petriquillo ya no parecía por allí; los médicos acordaron extraer la bala á la mañana siguiente muy temprano. ¡Lástima no haberlo hecho en cuanto el herido llegó á Cegama! La fatalidad inspiró á Zumalacarregui y á su pariente una ciega confianza en el curandero. Los físicos le echaban la culpa á él, y él á los físicos. A todos sin duda alcanzaba la responsabilidad de la agravación del enfermo en la noche del 23 al 24 de Junio.



No bien amaneció el día de San Juan, los Sres. Grediaga y Gelos extrajeron la bala, haciendo gran carnicería en la pierna del héroe. Terminada la cruel operación con relativa felicidad, creyóse conjurado el peligro, y el contento llenó la casa, y prontamente cundió por todo el pueblo. Puesta la bala en una bandeja, la fueron mostrando de casa en casa. Fray Cirilo propuso enviarla á D. Carlos, como presente histórico que Su Majestad tendría en gran aprecio. Pero ¡ay! estas alegrías duraron poco. No eran las ocho cuando el héroe fué atacado de un temblor convulsivo. Acudieron los médicos, la familia. Con medias palabras, pues enteras difícilmente podía pronunciarlas, D. Tomás, conservando su entereza moral, les dijo que se moría, y ordenó se hiciese pronto, pronto, *lo conveniente al caso* (fórmula militar).

Lo primero fué la asistencia religiosa. El Párroco recibió la breve confesión, y sin pérdida de tiempo entró el escribano, que consternado y lloroso, como todos los demás, se limitó á preguntar al moribundo: «Señor D. Tomás, ¿qué deja usted, y cuál es su última voluntad?» Con la apagada voz que le quedaba, respondió el General: «Dejo mi mujer y tres hijos, únicos bienes que poseo. Nada más tengo que poder dejar.» En tan aflictivas circunstancias, pudieron apreciar los que tal frase oyeron la soberana modestia del héroe, mas no el profundo humorismo con que había expresado su pensa-

miento. Daba prisa él mismo, sintiendo que se le concluía la vida, y con la resolución que empleaba para ordenar los movimientos de una batalla, mandó que le llevasen el Viático. Los médicos opinaron que se le debía obedecer inmediatamente.

Púsose en movimiento el clero de la parroquia. Pueblo y granaderos acudieron en masa. Fué solemne y patético el acto. Crujían las viejas tablas de la escalera y de las habitaciones altas al peso de las muchas personas que subieron: señores y aldeanos, curas y militares. Cuando el General recibió á Dios, diríase que la impaciente vida se le mantenía suspenso, en espera de un acto que las creencias del moribundo hacían inexcusable. No bien terminó el sacerdote las preces, acabó de apagarse el conocimiento del General. Su hermano político, juntando cara con cara, le llamó. En sílabas ininteligibles articularon los labios del moribundo la respuesta que, por venir de tan lejos, ya no podía ser entendida. Capapé, llorando como un niño, le besaba las manos. El fraile y la señora de los pasos ligeros rezaban y lloraban de rodillas. A las diez y media dejó de existir el grande hombre. Alma y brazo de la Monarquía absoluta, la Causa que por él y con él vivió, con él moría. Aunque el ideal carlista no haya adquirido el santo reposo, enterrado fué con los huesos de Zumalacarre-gui bajo las losas de la iglesia parroquial de Cegama... Es que algunos muertos descansan, y otros no.

Honda consternación, duelo inmenso produjo en la humilde villa el doloroso acontecimiento, cuyo alcance político y social comprendían pocos, quizás ninguno, en el pacífico vecindario. Veían desaparecer al más afortunado caudillo de la Causa; pero no dudaban que ésta, con la ayuda de Dios, encontraría herederos de las aptitudes militares del grande hombre. Otros lloraban al amigo, al jefe queridísimo, que terminaba su vida de increíbles proezas, de trabajos hercúleos, con la dulce tranquilidad de un santo. Caudillo de un poderoso ejército, apóstol de una causa formidable, moría en absoluta pobreza, y hasta le faltaba ropa militar con que pudieran amortajarle conforme á su categoría. De lo que á cuenta de sus pagas le dió Mendigaña al salir de Bilbao, poco se encontró en sus bolsillos: casi todo lo había empleado en gratificar y obsequiar á los granaderos que le transportaron en hombros desde la plaza en mal hora sitiada.

Fueron panegiristas del insigne muerto en aquel triste día de San Juan, todos los que en vida le habían amado: los cuatro ayudantes, el fraile Cirilo, Capapé, la hermana, el cuñado y sobrinos. El único de los buenos amigos que nada dijo ni pudo decir, fué el buen capellán aragonés José Fago. Todas sus ideas y apreciaciones sobre la vida y muerte del insigne pastor de tropas, se las reservaba para mejor ocasión. ¿Qué le había ocurrido? Pues nada. Al medio día del mismo aciago 24, el sacristán, extrañando no

verle, entró en el cuarto donde dormía, y le encontró inmóvil sobre la cama, boca abajo. Por más que le llamaba, añadiendo á la palabra tirones de orejas y estrujones en los brazos, el capellán no daba acuerdo de sí. ¿Qué había de dar si estaba muerto?...

Más muerto que su abuelo. Corrió el sacristán á contar al cura la inopinada desgracia, y ambos la comentaron con grande sorpresa y aspavientos de aflicción.

Sentía el cura de todas veras que el capellán hubiese muerto sin los auxilios espirituales; mas no teniendo remedio el caso, no había que pensar mas en elló, y lo único procedente era enterrarle y encomendar á Dios su alma. «Dios sabrá lo que le conviene,» dijo el cura; y el sacristán: «Sr. D. Florencio, la muerte de este hombre es cosa de grande confusión. No sabemos qué enfermedad padecía, aunque para mí era un mal de la cabeza. No regía bien de las entendederas. Decía cosas muy raras, y peores eran las que se callaba. Anoche, cuando se acostó, fuí á verle. «¿Qué se le ofrece, señor?» Y me contestó: «Un vasito de agua.» Luego no decía más que «nos morimos, nos morimos,» y dale con que nos morimos.

—Puesto que tu huésped enfermo—le dijo el cura,—tan á poca costa te ha salido por alimento y botica, encomiéndale á Dios fervorosamente, si fué bueno, porque fué bueno; si fué malo, porque fué malo. Con nuestras oraciones y nuestros sufragios cumplimos, y á Dios toca darle su merecido.»

Oídas estas graves razones, ya no pensó el sacristán más que en enterrar á su difunto, y ello se hizo el 25 por la mañana, poco antes del entierro y funerales de Zumalacarregui. A éste le vistieron de frac, por no tener uniforme de General. Asistió todo el pueblo con profunda desolación.

Cuando le sacaron de la casa para llevarle á la iglesia en hombros de los fieles granaderos, se produjo en la multitud un silencio grave. No se oía ni el bullicio de los pájaros en los árboles de la huerta próxima y en las márgenes del torrente. Casi todas las mujeres que lavaban, los pies en el río, suspendieron su tarea. Unas rezaban, otras seguían con curiosa mirada el tristísimo cortejo. Digo casi todas, porque una de ellas, la más joven quizás, alta, morena, ojerosa, se mostró insensible al duelo general, y mirando al agua enturbiada por el jabón, dijo con cruel entereza: «Bien muerto está... Mandó fusilar á mi padre.»

FIN DE ZUMALACARREGUI

Madrid, Abril-Mayo de 1898.





EPISODIOS NACIONALES

---

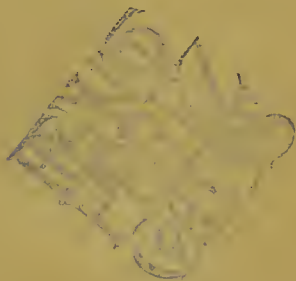
MENDIZÁBAL



---

Es propiedad. Queda hecho  
el depósito que marca la ley.  
Serán furtivos los ejempla-  
res que no lleven el sello del  
autor.

---



B. PÉREZ GALDÓS  
EPISODIOS NACIONALES  
TERCERA SERIE

---

# MENDIZÁBAL

~~~~~  
1.000



MADRID  
OBRAS DE PÉREZ GALDÓS  
Hortaleza, 132  
1898

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4.

# MENDIZABAL

---

## I

Al anochecer de aquel día, el *no sé cuántos* de Septiembre del año 35 (siglo XIX), llegó puntual al parador de *no sé qué*, calle de Alcalá, entre la Academia y las Monjas Vallecas, la diligencia, galerón ó quebrantahuesos ordinario de Zaragoza, que traía los viajeros de Francia por la vía de Olorón y Canfranc, único portillo que dejaban libre en aquellos tristes días los porteros del Pirineo, *vulgo* facciosos.

No bien pararon las ruedas del polvoriento armatoste, fué cercado de gentes diversas: por una parte, familia ó amigos de los pasajeros; por otra, intrusos, ganchos ó buscones enviados por fondas y posadas. Con este contingente y los viajeros que iban bajando perezosos, según les permitían sus remos entumecidos, se formó al instante un apelmazado y bullicioso grupo. Produjéronse rumores diferentes: aquí saluciones cariñosas; allí el restallido del besuqueo y los pal-

metazos del abrazarse; acullá ofertas importantes de pupilajes cómodos y baratos. Entre tantos viajeros, sólo uno no tenía quien le esperase: nadie se cuidaba de él ni le decía *por ahí te pudras*, como no fueran los moscones de las casas de huéspedes. Era el tal un joven de facciones finas y aristocráticas, ojos garzos, bigotillo nuevo, melena rizada y negra, que sería bonita cuando en ella entrara el peine, y se limpiara del polvo del camino. Su talle sería sin duda airoso cuando cambiara el anticuado y sucio vestidito de mahón por otro limpio, de mejor corte. En lo más claro del grupo quedóse como atontado palomino, contemplando el bullanguero tropel de gente descuidada y ociosa que por la calle á tales horas discurría. ¡Pobrecillo! Solo y sin maestro ni amigo á quien arrimarse, se lanzaba en aquel confuso laberinto; sin duda entraba gozoso y valiente, con la generosa ansiedad del mozuelo de veinte años á quien ha quitado el sueño y las ganas de comer, en las aburridas soledades de la aldea, la visión de la Corte y de sus placeres y grandezas, tal y como las aprecian desde lejos los que empiezan á vivir, los que se hallan en pleno retoñar de ideas tempranas, producto fresco de las primeras lecturas, de las primeras pasiones, de la ambición primera, que tanto se parece á la tontería.

Embobado, como digo, estaba el hombre, contemplando el ir y venir de vagos bien vestidos, cuando le hizo volver en sí una voz bronca y desapacible que en el corro grita-



ba: «¡D. Fernando Calpena! ¿Quién es Don Fernando Calpena?

—No vocee usted tanto, que yo soy—dijo el mancebo, un tanto asustadico.—¿Qué se le ofrece?

—Véngase conmigo, señor—replicó el otro, como sin ganas de entrar en explicaciones.—Tengo el encargo de llevar á usted á una casa de huéspedes.

—¿Encargo? ¿de quién?... ¿Se puede saber?

—Del Sr. D. Manuel, el segundo jefe de la Superintendencia.

—¿D. Manuel?... A fe que no le conozco.»

Recordando haber oído ponderar lo que abundan en Madrid los ladrones, pícaros y toda la caterva de gente perdida y maleante, tuvo Fernandito algo de miedo, y miró con recelo al que parecía, si no protector, mensajero de desconocidas influencias tutelares; y en verdad que el pelaje, la carátula y el vocerrón de aquel sujeto no eran para infundir tranquilidad. El desconocido distinguíase entre mil por la pátina de su cara sudosa, afeitada de ocho días; por los ojos ribeteados de bermellón; por la boca desmedida y los labios con hemorroides; por los ojos de carnero moribundo; por la ropa, que habría sido decente en otro cuerpo y en remotas edades; por el sombrero de copa, que su oficio le obligaba á usar, y era de catorce modas atrasado. Rasgo final: usaba bastón de nudos con gruesa cachiporra.

«¿Y el equipaje del señor...?

—Ya lo han bajado... Vea usted aquel baúl

largo, forrado de cabra... así, con poco pelo... No podremos llevarlo hasta que no me lo despachen los de la Aduana.

—¡Los de la Aduana!—exclamó con visible desdén el de la cachiporra.—¡Pues no faltaría más sino que abrieran el cofre del señor!... Traigo bula para que den paso franco á todo.»

Y al punto se metió por lo más apretado del grupo, repartiendo codazos á un lado y otro; llegándose al de la Aduana, le dijo no sé qué frasecillas enigmáticas, y no fué preciso más para que el equipaje del Sr. de Calpena quedase libre y exento de toda impertinencia fiscal. Un momento después Don Fernando y su acompañante, precedidos de un mozo de cuerda con el baúl á cuestas, se alejaban del parador calle abajo.

«Estamos á cuatro pasos del domicilio, señor. Esta calle por donde ahora entramos es la *Angosta de Peligros*... Aquélla de enfrente es *Ancha* de lo mismo, á saber: de los peligros. Váyase enterando si, como parece, es ésta la primera vez que viene á los Madriles.

—Es la primera vez... Por más que rebusco en mi memoria—dijo el D. Fernando caviloso y otra vez inquieto,—no caigo en quién pueda ser ese D. Manuel que ha dado á usted el encargo de recibirme y alojarme.

—D. Manuel de Azara.

—¿De Azara?... Ese apellido me suena, sí, me suena... pero... vamos, que no le conozco ni le he visto en mi vida, así Dios me la con-

serve. Y usted... ¿tendría la bondad de decirme su gracia?

—Mi gracia, como quien dice, mi nombre, es Filiberto Muñoz. Aunque nací en Consuegra, soy *orundio* de Extremadura, y...

—O me equivoco mucho, ó es usted de la policia.

—En ella serví durante los *tres años*; pero en la *ominosa década*, como decimos por acá, quedé cesante, y tuve que arrimarme á los teatros y á la compañía de Luna para poder vivir malamente. El 33, no quería reconocer el Gobierno la tropelía que se había hecho conmigo; pero fui repuesto, gracias á que me agarré á los faldones de mi paisano D. Manuel José Quintana, de cuyos padres el mío... mi padre quiero decir... era muy amigo... ó más claro, que le castraba los cochinos, con perdón de usía... Ea, ya entramos en la calle de Caballero de Gracia, donde está su alojamiento. Por aquí, señor. Es aquella casa donde está el reverbero... dos puertas más allá del quitamanchas. Ya estamos. El portal es antiguo; pero muy decente, y en él no está permitido hacer aguas, porque en el principal vive el dueño, que es un señor consejero, pariente del señor subdelegado, ya sabe... Olózaga.»

Subieron al segundo piso y penetraron en la casa, que era de las llamadas de huéspedes, decentísima, lo mejor del ramo, pues en ella no se entraba más que por recomendación, y rara vez pasaba de cuatro el número de los favorecidos. Recibióles afablemente el

dueño, que ya esperaba al señor de Calpena, y le llevó derechamente á la habitación que preparada para él tenía. Hallóse el joven en un gabinete muy lindo, en aquellos tiempos casi lujoso, con alcoba estucada, buenos muebles... Vamos, que creía ser víctima de un error; que le habían tomado por otro; que aquel hospedaje y el servicio del polizonte y todo lo que le ocurría, no era por él ni para él. Pero mientras el error durara, juzgaba práctico aprovecharse. Adelante, pues, con la aventura; siguiera el *quid pro quo*, que tiempo habría de que el acaso ó la realidad lo deshicieran.

Mostróle el patrón todas las partes del aposento, diciéndole: «Tengo mi casa montada á la inglesa, conforme á los últimos adelantos. Vea usted... cordón para tirar de la campanilla; lavabo con su cubo, jofaina y demás; alfombrita delante de la cama; percha con su cortina para resguardar del polvo la ropa... en fin, progreso, finura. Y como punto céntrico, no hallará usted nada mejor que esta casa. Aquí está usted cerca de todo. Dos pasos más arriba, la Red de San Luis con tanto comercio. En la calle de atrás, la fonda de Genieys; más abajo el Carmen Descalzo, donde tiene usted misa á todas horas. En la calle de Alcalá, que es á dos pasos, las Señoras Calatravas, las Señoras Vallecas, la Embajada inglesa... En fin, cerca tenemos también las *Niñas de Leganés*... la casa de las *Siete chimeneas*, que por mi cuenta son ocho, y cuanto bueno hay en Madrid...

Para que nada falte, en esta misma calle tiene usted la casa de baños de Monier, que es, según dicen, de las mejores de Europa, como que en ella, por seis reales, puede un cristiano lavarse... de cuerpo entero.»

Encantado de su vivienda y de su barrio estaba el buen D. Fernando, y aunque ignoraba de dónde y de quién le venían tantas dichas, iba muy á gusto en el machito, y no pensaba más que en arrear en él mientras durase la ganga. Por de pronto, urgía pagar al mozo; y en cuanto al desconocido que salió á encontrarle, no parecía hombre que desdenara una gratificación si delicadamente se le ofrecía. De ambas cosas habló D. Fernando á su hospedero, el cual, con aires de gran señor; le contestó que todo estaba pagado, y que el Sr. de Calpena no tenía que ocuparse de nada, como no fuera de pedir por aquella boca cuanto le dictasen su necesidad y sus antojos.

«Pues, señor—dijo para sí el mancebo, después de dar las gracias,—sin duda estoy soñando, ó me equivoqué de camino, y en vez de ir á Madrid, me he metido en Jauja. Porque esto de que le reciban á uno desconocidos emisarios del diablo ó de las mismísimas hadas, y le saquen el equipaje sin registrar, y le traigan á este lindo aposento, y no cobren nada, y desaparezcan por escotillón mozos y servidores cuando uno echa mano al bolsillo para darles la propina... esto, vamos, esto que á mí me pasa, no le ha pasado á ningún nacido en sus primeros pasos por



una capital grande ó chica. Aquí hay algo, y vuelvo á temer que, tras de tantas venturas, venga una triste y quizás trágica sorpresa. Mucho ojo, Fernando, y trata de sondear al patrón, que tal vez posea la clave del acertijo.»

«Siento mucho—dijo en voz alta, sentándose en la butaca y observando á su patrón de los pies á la cabeza,—que haya usted dejado marchar á ese hombre sin que yo le dé una gratificación por haberme traído aquí.

—Déjele usted, que ya, ya se la darán, y más de lo que merece.

—¿Pero quién, por Cristo?... ¿Por quién vengo yo aquí? ¿En qué manos estoy?

—En buenas manos, caballero—afirmó el patrón con sonrisa tan benévola y franca, que el desconcertado joven no tuvo más remedio que creerle.

—Ese sujeto, ¿es de la policía?

—Sí, señor.

—¿Y por mandato de quién sale á mi encuentro la policía?

—No sé, señor... Yo que usted, francamente, me cuidaría de coger la fruta que me cae entre las manos, sin meterme en averiguar quién plantó el árbol que la da tan rica.»

Calló D. Fernando, sin dejar de mirar á su aposentador como se mira un jeroglífico.

«Ese hombre se llama Muñoz...

—Y por mal nombre *Edipo*, porque fué, según dicen, del teatro...

—Pues, la verdad, me disgusta que se ha-



ya ido sin que yo le dé siquiera las gracias, sin obtener de él una explicación de este misterio... ¿Quién le mandó?... ¿Cómo sabía mi llegada, mi nombre?

—Él lo explicará cuando vuelva, señor...

—Al menos, me dirá usted, como dueño de la casa, qué tengo que pagarle por este cuarto—añadió Calpena impaciente y un tanto nervioso.—Podría ser que el precio fuese superior á mis recursos, y tuviera yo que buscar alojamiento más arreglado.

—Si por más arreglado entiende más barato, caballero, no lo encontrará ni en los cuernos de la luna, que el colmo de la baratura es el no pagar nada. Quiero decir que...

—¿Pero quién, Señor?... Esto me vuelve loco... ¿Se ríe usted? O juega conmigo, ó aquí hay gato encerrado.

—¡Encerrado... aquí! Yo le juro al señor que el único que tenemos en casa, y se llama *Zumalacarregui*, es un gato de buena crianza, que no se mete á deshora en las habitaciones de mis huéspedes.

—Ya que no otra cosa—indicó D. Fernando, rindiéndose á la bondad marrullera del patrón,—dígame usted su gracia, y...

—Mi gracia es Mendizábal...»

Al oír este nombre se le crisparon los nervios al joven forastero, que se puso en pie, acercándose al dueño de la casa para verle mejor y examinarle. Era éste de espigada estatura, representando cincuenta años, de rostro agradable, con patillitas, corbatín, el cuerpo enfundado en un levitón alto de cue-

llo y larguirucho de faldones. Al verle reír, entró más en cuidado Calpena, y se aumentaron las confusiones que desde su novelesca entrada en la Villa del Oso embargaban su espíritu.

«Me río porque... verá usted—dijo el patrón.—No es que yo me llame propiamente Mendizábal. Mi apellido es Méndez. Pero como el Sr. D. Juan Alvarez y Méndez, el grande hombre que ha venido de las Inglaterras á meternos en cintura y á salvar al país, se ha variado el nombre, poniéndose *Mendizábal*, que tan bien suena, yo...

—Usted, por no ser menos... ya.

—Y digo más: bien podría resultar que D. Juan de Dios Alvarez y un servidor de usted fuéramos parientes, pues Méndez somos los dos: él hijo de Cádiz, yo de San Roque, frente á Gibraltar. ¿Quién me asegura que no seamos ramas del mismo tronco? Porque eso que cuentan de que el Sr. Alvarez y Méndez no viene de casta de cristianos viejos, es calumnia, señor; cosas que inventa la maldad del absolutismo para rebajar á los patriotas... En fin, que como mis compañeros de oficina ven en mí á un partidario furibundo del señor Ministro nuevo, me han puesto el remoquete de Mendizábal, y así me dejo llamar, y me río... me río...

## II

—Según eso, es usted empleado.

—Para todo lo que el señor guste mandar-me, me tiene de portero en el Ministerio de Hacienda. Miliciano nacional de artillería en el glorioso trienio, fui colocado por el señor Feliu. Quedé cesante el 23. Diez años después, me repuso el Sr. D. Francisco Javier de Burgos, que entró en Fomento el 21 de Octubre del 33. En 7 de Febrero del año siguiente pasé á Hacienda con el Sr. D. José de Imaz; me conservó en mi puesto el señor Conde de Toreno, que entró el 15 de Junio, y allí me tiene usted... Pero estoy entreteniéndolo al señor más de lo regular, sin pensar que se aproxima la hora de la cena. Antes querrá quitarse el polvo del camino y lavarse cara y manos. Voy por agua, pues creo que tenemos el jarro vacío... Efectivamente... ¡Y tanto que les encargué...! ¡Cayetana!... ¡Delfina!»

Salió presuroso, llamando á su esposa é hija, y á poco se presentaron éstas con el agua y toallas limpias. Era la patrona regordeta y vivaracha, bastante más joven que su marido; mala dentadura, pecho vacuno, que el corsé levantaba á las alturas de la garganta; el habla gallega, manos de cocinera. La niña, tímida y rubicunda, habría sido muy bonita si no torciera terriblemente

los ojos. Precedíalas el risueño padre, que, al presentar á la familia, volvió á soltar la vena de su verbosidad.

El Sr. D. Fernando traería, según él, buen apetito. Pronto se le serviría la cena... Casa más sosegada no se encontraba en todo Madrid, y como no admitían sino huéspedes recomendados, nunca tenían más de cinco ó seis, y á la sazón, por ser verano, tan sólo dos, sin contar al Sr. D. Fernando, los cuales eran personas de mucho asiento y formalidad. A la hora de la cena les conocería el nuevo huésped, y trabaría con uno y otro sujeto relaciones cordiales... Dejéronle al fin para que se lavase, y despojado de su trajecito de mahón, se ocupó el huésped en sacar del baúl la única ropita decente que traía, y camisa y corbata, para vestirse con toda la decencia compatible con su escaso peculio. Durante las operaciones de lavoteo y vestimenta, no cesaba de pensar en la ventura inesperada y misteriosa con que entraba en Madrid, y entre otras cosas que habrían revelado su confusión si las pasara del pensamiento á los labios, se dijo: «Es mucho cuento éste. Se empeña uno en ser clásico, y he aquí que el romanticismo le persigue, le acosa. Desea uno mantenerse en la regularidad, dentro del círculo de las cosas previstas y ordenadas, y todo se le vuelve sorpresa, accidentes de poema ó novelón á la moda, enredo, arcano, *qué será*, y manos ocultas de deidades incógnitas, que yo no creí existiesen más que en ciertos libros de

gusto dudoso... Pues, señor, veamos en qué para esto, y Dios quiera que pare en bien. No las tengo todas conmigo, ni me resuelvo á entregarme á esta felicidad que me sale al encuentro abriéndome los brazos, pues suelen los saltadores de caminos disfrazarse de personas decentes y benéficas para sorprender mejor á los viajeros. Vigilemos, vivamos alerta...

Cenando migas excelentes con uvas de albillo, peces del Jarama fritos, y chuletas á la *papillote*, hizo conocimiento con los dos huéspedes que la suerte le deparaba por compañeros de vivienda, y en verdad que tal conocimiento fué un nuevo halago de la escondida divinidad que tan visiblemente le protegía, porque ambos eran agradabilísimos, instruidos, graves y de perfecta educación. El uno frisaba en los cincuenta años, y en las primeras frases del coloquio se declaró manchego y patriota. Su locuacidad no molestaba; antes bien, instruía deleitando, porque narraba los sucesos y exponía las opiniones con singular donaire y una prolijidad pintoresca. Debía de tener muchas y buenas amistades con personas en aquel tiempo de gran viso, porque al nombrarlas empleaba casi siempre formas familiares.

Cuando Delfinita le servía las truchas, volviósese á ella con viveza, diciéndole: «No me han enterado ustedes de que hoy estuvo aquí Salustiano dos veces.

—¡Ah! sí... no me acordaba...—replicó la niña de la casa.—¡Y que no se puso poco eno-

jado la segunda vez, porque usted no estaba!

—¡Si ya le he visto, criatura! Por fin dió conmigo en el Café Nuevo, donde me había citado mi tocayo Nicomedes para leerme dos artículos de filosofía, una comedia en verso y un proyecto de Constitución...

—Dispénsese—dijo Calpena, que pronto empezó á tomar confianza:—ese Salustiano, ¿es Olózaga?

—El mismo. Le nombran Gobernador de Madrid...

—Subdelegado—apuntó el otro huésped, de quien se hablará después,—que así se llaman ahora.

—Tanto monta, amigo Hillo... La denominación que se adoptará como definitiva es la de *jefes políticos*. Por de pronto, empleemos la acepción que más fácilmente comprende el pueblo: *gobernadores*... Pues pretende Salustiano llevarme de secretario; pero... no en mis días. Mientras yo no vea clara la situación, mientras no vea un Gabinete decidido á marchar adelante, siempre adelante, enarbolando resueltamente la bandera del progreso, no me cogen, no me cogen... Nicomedes piensa lo mismo...

—Oí decir esta tarde en el despacho de los Toros—indicó tímidamente el segundo huésped,—que sería secretario ese joven, tocayo de usted, que acaba de citar... Pastor.

—Atrasados están de noticias en el despacho de Toros, mi querido Hillo. Será secretario del Gobierno de Madrid mi amigo Manolo Bretón.



—¿El poeta... el autor de *Marcela*?—preguntó Calpena con vivo interés.

—El mismo. Y añadiré que á mí me lo debe,—afirmó con cierta fatuidad de buen tono el que llamamos *primer huésped*, y ahora Don Nicomedes. Conviene declarar, ante todo, que no es Pastor Díaz. El huésped de la casa de Méndez no ha pasado á la historia, aunque en verdad lo merecía, por la agudeza de su entendimiento y la variedad de sus estudios. Menos años contaba entonces el Nicomedes que después adquirió celebridad como político y publicista: ambos se hallaban ligados por estrecha y cordial amistad. El más joven hizo carrera literaria y política; el más viejo se fué á la Habana en tiempo del general Tacón, y murió de mala manera bajo el mando de Roncali. Apenas ha dejado rastro de sí, como no sea el descubierto con poca diligencia por el que esto refiere; rastro apenas visible, apenas perceptible en el campo de la historia anónima, es decir, de aquella historia que podría y debería escribirse sin personajes, sin figuras célebres, con los solos elementos del protagonista elemental, que es el macizo y santo pueblo, la raza, el *Fulano* colectivo.

Bueno. Diré algo ahora del segundo huésped, clérigo enjuto y amable, que entraba siempre en el comedor tarareando, y á veces tocando las castañuelas con los dedos, lo que no quiere decir que fuera un sacerdote casquivano, de éstos que no saben llevar con decoro el sagrado hábito que visten. La jo-

vialidad del bonísimo D. Pedro Hillo, natural de Toro, era enteramente superficial, y á poco que se le tratara, se le veían las tristezas y el amargo desdén que le andaba por dentro del alma, como una procesión interminable. Por lo demás, no se ha conocido hombre de costumbres más puras ni en la clase eclesiástica ni en la civil; hombre que, si no derramaba el bien á manos llenas, era porque no se lo permitía su mediano pasar, cercano á la pobreza; incapaz de ofender á nadie de palabra ni de obra; comedido en su trato; puntual en sus obligaciones; religioso de verdad, sin aspavientos. No tenía más falta, si falta es, que gustar locamente de las funciones de toros. Su principal ciencia, entre las poquitas que atesoraba, era el entender del arte del toreo y mostrar profundo conocimiento de sus reglas, de su historia, y poder dar sobre tales materias opiniones que los devotos del cuerno oían como la palabra divina. Pero dígase en honor de D. Pedro Hillo que, lejos de la intimidad con otros taurófilos, no alardeaba de su conocimiento, ni usaba nunca los groseros terminachos que suelen ser lenguaje propio de esta singular afición. Como se disimula un ridículo viejo, disimulaba el buen curita su autoridad en materia de quiebro, pases y estocadas.

Y para que se vea un ejemplo más de las complejidades del humano espíritu, sepase que á este saber de cosas triviales unía Don Pedro otro de más substancia. Era un apreciable retórico, de la escuela de Luzán y

Hermosilla; había practicado durante más de veinte años el magisterio del arte de hablar bien en prosa y verso, y orgulloso de estos conocimientos, trataba de lucirlos siempre que podía.

Se ignora por qué dejó el bueno de Hillo, primero su cátedra del Colegio Mayor de Zamora, después el cargo de preceptor de los niños del señor Duque de Peñaranda de Bracamonte. Lo que sí se ha podido averiguar es que en Septiembre de 1836 pretendía una cátedra de la Universidad Complutense, y que en aquella fecha llevaba año y medio de inútiles pasos y gestiones sin obtener más que buenas palabras. Eso sí: ni se cansaba de pretender, ni los desaires y aplazamientos marchitaban sus ilusiones, ni le rendía el fatigoso y tristísimo *vuelva usted mañana*.

Digase también, para completar la figura, que D. Pedro profesaba ó fingía, en política, un escepticismo inalterable, rara condición en aquellos tiempos de lucha. Conocimiento y amistad tenía con personas de una y otra bandera; pero de nada le valían, sin duda por causa de su timidez, ó por la vaguedad de sus opiniones, que tal vez le hacía sospechoso á tirios y troyanos. Los patriotas le miraban con recelo creyéndole arrimado al carlismo, y la gente templada le tenía por afecto á las logias. Por esto decía él, empleando la palabra griega que significa moraleja: «*Epimicion*: quien navega entre dos aguas, no llega nunca á una cátedra.»

El primer huésped, D. Nicomedes Iglesias

también pretendía; mas no era fácil traslucir el objeto de sus desatentadas ambiciones. Cosa extraña: Hillo hablaba poco, y sus propósitos y deseos se traslucían á las primeras palabras. Por los codos hablaba Iglesias, y después de oírle perorar tres horas con gracia y facundia prodigiosas, nadie sabía lo que pensaba, ni qué planes ó enredos se traía. No disimulaba el radicalismo de sus ideas, el cual no era obstáculo para que cultivase el trato de casi todas las notabilidades de aquella turbulenta generación, siendo su mayor intimidad con los exaltados. Toda la tarde estaba fuera de casa, menos cuando daba cita en ella á un par de compinches, pasándose las horas muertas de conciliábulo á puerta cerrada. Después de cenar se echaba invariablemente á la calle, y no volvía hasta la madrugada; levantábase á la hora de comer, y al encontrarse en la mesa con su amigo D. Pedro, bromeaban un rato. El presbítero tenía siempre algo que decir de las nocturnidades de su compañero; pero sin traspasar nunca los límites de una discreta confianza inofensiva: «¿Qué hay por la *casa de Tepa*?... Anoche, amigo Nicomedes, debieron ustedes tratar de ir disolviendo juntitas, para que no se enfade D. Juan de Dios Alvarez... Mucho tuvieron que discutir anoche los del *rito escocés*, porque entró usted cerca de las cuatro... ¿Y qué se sabe del inclito Aviraneta? ¿Le sueltan, ó le hacen Ministro, ó le ahorcan?»

Contestaba el otro á estas pullas inocentes

con gracia y mesura, sin soltar prenda, ni clarearse más de lo que le convenía. Desde la primera cena simpatizó Calpena con sus dos compañeros de casa, y singularmente con el clérigo Hillo. El agrado que la conversación de éste le causaba aumentó tan rápidamente, que al segundo día eran amigos, y ambos creían que su trato databa de larga fecha. Verdad que los dos eran clásicos en lo literario, templados ó neutrales en lo político, de pacífico y blando genio, amantes de la regularidad y del vivir manso, sin emociones; semejanza que un atento observador habría podido apreciar, no obstante las diferencias que la edad marcaba en uno y otro. Había, sin embargo, momentos en que Calpena se expresaba como un viejo, y D. Pedro como un muchacho.

El segundo día de hospedaje, desayunándose juntos, hablaron de política, que era en aquel tiempo la usual, la obligada comidilla, lo mismo al almuerzo que á la cena. «¿Qué le parece á usted, amigo D. Fernando?—dijo Hillo.—¿Nos cumplirá ese Sr. Mendizábal todo lo que nos ha prometido? Porque ya ve usted si ha venido con ínfulas. Que acabará la guerra carlista en seis meses, y que para entonces no veremos un faccioso ni buscándolo con candil. Que pondrá término á la anarquía, cortando el revesino á todas las juntas. Que arreglará la Hacienda, y pronto rebosarán las arcas del Tesoro. Que hará de la España una nación tan grande y poderosa como la Inglaterra, y seremos todos fe-



lices, y nos atracaremos de libertad y orden, de pan y trabajo, de buenas leyes, justicia, religión, libertad de imprenta, luces, ciencia, y, en fin, de todo aquello que ahora no comemos ni hemos comido nunca.

### III

—Yo, amigo Hillo, no entiendo este en-diablado Madrid, ni puedo darle á usted una opinión sobre lo que me pregunta. Aún no he tomado tierra. Ahora vengo de Francia, y allí, puedo asegurarlo, los españoles que he conocido se hacen lenguas del Sr. Mendizábal, y ven en él á un hombre extraordinario, providencial, que ha de regenerar la España.

—¡Viene usted de Francia!—exclamó Hillo picado de curiosidad ardiente.—Y en Francia ha dejado á sus padres...

—Yo no tengo padres. No los he conocido nunca.

—Entonces tendrá usted tíos.

—Tampoco. Yo me crié en Vera, en casa de un sacerdote, que murió hace tres años. Sus hermanos me mandaron á París, á una casa de comercio. Un año he vivido en la capital de Francia. Después pasé á Olorón...

—Pero es usted español, seguramente.

—Creo que sí... digo, sí: español soy.

—Habla usted nuestra lengua con gran corrección.



—Lo mismo hablo el francés.»

Más avivada á cada momento la curiosidad del buen clérigo, arreció en sus preguntas: «Y dígame, si no hay inconveniente en que yo lo sepa: ¿viene usted á estudiar una carrera, ó á ocupar una placita en nuestra administración?

—Vengo á buscarme una manera de vivir honrada y modesta.

—¿Tiene usted aquí familia, parientes, amigos...?

—No lo sé... Creo que no... creo que sí.

—Traerá usted cartas de recomendación.

—No, señor... Mis tíos (y llamo tíos al hermano y parientes del cura de Vera, en cuya casa me he criado) enviáronme á Madrid, sin decirme más que lo que va usted á oír: «Anda, hijo, que aquí no saldrás nunca de la pobreza obscura, y allá... allá puedes encontrar protecciones donde y cuando menos lo pienses.» Me hicieron el equipaje con la poca ropa que tenía, me costearon el viaje, diéronme algo para los primeros días, y aquí me tiene usted...

—Esperándolo todo de la suerte, de lo desconocido... ¡Ah, señor de Calpena, usted pitará! No le faltarán contratiempos, afa-nes; pero no es usted, me parece, de los que se ahogan en este piélago. Y dígame otra cosa: ¿ese buen párroco de Vera...?

—Un gran humanista, señor, más versado en los clásicos latinos y griegos que en Teología y Cánones.

—Bien se le conoce á usted, en su manera

de expresarse, la sabia mano que le ha pulimentado.

—Sabía mucho mi padrino—dijo D. Fernando con tristeza;—y aunque él se esforzó en darme todo su saber, yo no he tomado sino parte mínima.

—¿Modestia tenemos? Pues á mí me da en la nariz, Sr. D. Fernandito, que usted ha de ser un grande hombre. Este tarambana de Nicomedes me aseguraba ayer que el porvenir será de los románticos, así en literatura como en política. Yo sostengo lo contrario. La sociedad se va hartando de contorsiones y de hipérboles, y el clasicismo, la corrección, la serenidad, la devoción de las buenas reglas, han de gobernar el mundo. ¿No cree usted lo mismo?»

D. Fernando, profundamente abstraído, fijaba sus ojos en el ya vacío pocillo de chocolate.

«Yo no puedo tener opinión, no acierto aún á formar juicio de nada—murmuró al fin:—soy un chiquillo.

—Pues lo dicho... No sé por qué me figuro que entrará usted en esta diabólica villa con pie derecho. En todas las cosas y casos de la vida... esto es observación mía, que no me falla... los primeros pasos dan la norma de la suerte total.

—Pues si es así, amigo Hillo—dijo Calpena, revelando en su agraciado rostro más confusión que alegría,—yo he de ser el niño mimado de la fortuna, porque en mis primeros pasos en Madrid no piso más que flores.

—Bien, hombre, bien: hay hombres predeterminados á la dicha, como los hay al sufrimiento, y de éstos, alguno conozco yo, sí, señor, y más de lo que quisiera... Y puedo asegurarle que no siento envidia de usted, siendo, como soy, desgraciado *a nativitate*. Créame: el suelo que yo piso es todo abrojos y guijarros cortantes... Pero ando... ando siempre, y adelante. Lo repito: no soy envidioso, y cuando veo á un hombre con suerte, me alegro, le doy mis plácemes, y digo: «Bendito sea Dios que, por hacer de todo, también hace seres felices.»

—No estoy yo seguro de serlo, ni me fio de estas venturas, que bien podrían ser engañosas, traicioneras.

—No digo que no... Pero cuando viene la dicha, hay que tomarla sin remilgos. La Fortuna, deidad caprichuda, descaradota, se muestra más liberal con los que no se asustan de sus favores. Los modestos y encogiditos no le entran por el ojo derecho. Sea usted arrogante, acometedor; confíe en sí mismo y en su estrella; láncese sin miedo, *arrancando*, á toda clase de empresas, ya políticas, ya literarias, ya mercantiles, que de fijo en todas alcanzará la meta. Ejemplos, aunque no muchos, tiene usted aquí de hombres privilegiados, que nacieron en la mayor humildad, y luego mansamente, sin hacer nada por sí, se ven levantados del polvo, y conducidos por manos de ángeles á los cielos de la prosperidad y de la gloria. Vea usted á este señor de Mendizábal, que se nos

ha entrado por las puertas de España. Le encargaron á Inglaterra para Ministro de Hacienda, como se encargan los niños á París, y por llegar, con la sola fuerza de su desahogo, que se impone á todo el mundo, se ha calzado la Presidencia del Consejo y cuatro Ministerios. ¿Y quién es Mendizábal? Un hombre sin estudios, que no aprendió más que á leer y escribir, y algo de cuentas. ¿Pues qué es esto más que suerte? Y los afortunados ¿qué son sino hombres que se pasan el mundo por debajo de la pata, y han tirado la modestia y los miramientos, como se tira la careta de trapo que molesta y acalora el rostro?

—No estamos conformes—dijo D. Fernando, más comedido en sus pocos años que el viejo Hillo,—en esa manera de apreciar las causas del éxito en la vida pública. Además, no admito que el Sr. Mendizábal sea hombre tan ignorante, ni que carezca de autoridad para desempeñar uno, dos ó media docena de Ministerios. Cierto que no sabe latín; pero es muy práctico en asuntos mercantiles. Dígame usted, con la mano puesta en el corazón, si cree que para gobernar á los pueblos es indispensable tratar de tú á Horacio y Virgilio.

—¡Qué sé yo!... Una pasadita de Cicerón no les viene mal á los señores que andan en la política. Pero, en fin, concedo...

—Preveo el argumento que usted va á emplear ahora mismo, y me anticipo á refutarlo.

—Bien, hombre, bien—dijo gozoso D. Pe-

dro, sintiéndose maestro de Humanidades.— Ha empleado usted con verdadera elegancia una forma de raciocinio que los retóricos llamamos *prolepsis*... Eso es: anticiparse á la objeción, prevenir los argumentos del contrario, refutarlos antes que los emita...

—Justamente; y usted ahora, con maestría indudable, ha empleado la *expolición* ó *amplificación*...

—Que también llamamos *conmoración*... ¿no es eso?

—Y que cuando degenera en abuso se denomina *tantología* y *perisología*... Volviendo á mi *prolepsis*, prosigo. Usted me dirá que, si no es necesario saber latín para regir á las naciones, tampoco estriba la ciencia de gobierno en el arte ó manejo de los negocios mercantiles; es decir, que si mal nos gobiernan los humanistas, no lo harán mejor los comerciantes.

—Efectivamente.

—A eso respondo que el Sr. Mendizábal no es un simple mercader, de esos que compran y venden géneros: es, si se me permite decirlo así, comerciante político, y no me busque usted en este concepto la *anfibología*, que no la hay. Comerciante político quiere decir: el que entiende de manejar el crédito de los países y distribuir su Hacienda, de imponer y recaudar tributos...

—El Sr. Mendizábal era el año 23 un traficante gaditano; menos aún, dependiente en la casa del Sr. Bertrán de Lis, y se metió á contratista de las provisiones del Ejército,



con lo cual hizo su pacotilla en pocos años.

—Sus opiniones avanzadas y la viveza de su genio, le arrastraron á la empresa de abastecer al Ejército y Marina en condiciones tales, que su servicio fué, más que negocio, un caso de abnegación y patriotismo. Todavía no se han liquidado aquellas cuentas, y las ganancias de D. Juan de Dios, si las tuvo, están aún en poder de la nación.

—Porque usted lo dice lo creo... Persona de mi mayor confianza me ha contado á mí que Mendizábal, allá por el año 20, era en Cádiz un muchachón alborotado, bullanguero, de una intrepidez loca para las aventuras políticas. El y otros tales no hacían más que conspirar en logias y cuarteles para que volviese la Constitución del 12, y destronar al Rey ó convertirlo en un monigote.

—Es verdad.

—Y que trabajó por la bandera que defendían Riego, Arco, Agüero, Quiroga...

—También es cierto. Todas aquellas trapisondas salían de la Masonería, que ahora es una vieja pintada, y entonces era una mocetona llena de vida y seducciones, con las cuales enloquecía á la juventud.

—No me disgusta la imagen, señor mío. Adelante.

—En Cádiz existía lo que llamaban el *Soberano Capítulo* y el *Sublime Taller*, y qué sé yo qué. De estos talleres y capítulos salían las conspiraciones para sublevar el Ejército y derrocar la tiranía; de allí las trifulcas, las asonadas, los ríos de sangre... Mendizá-



bal era masón, que en aquel tiempo era lo mismo que decir *político*. Si quiere usted más noticias, pídaselas á D. Antonio Alcalá Galiano, que anduvo con él en aquellos trotes; al Sr. Istúriz, á D. Vicente Bertrán de Lis...

—De donde se deduce, amigo Calpena—dijo el clérigo suspirando fuerte,—que el que pretenda en estos tiempos ser algo ó conseguir alguna ventaja, aunque ésta le corresponda de justicia, y lo intente sin agarrarse previamente á los faldones ó á las faldas de esa gran púa de la Masonería, es un simple ó un loco.

—No diré yo tanto. Las cosas son como son.

—Tenga usted presente que hay logias liberales y logias absolutistas. Las primeras conspiran; las segundas también. Unas y otras introducen individuos suyos en la contraria, fingiéndose amigos, para sorprender secretos.

—Sí, sí; y se pelean en las tinieblas de los ritos nefandos. De las unas salen los ejércitos sediciosos, que todo lo destruyen y profanan; de las otras los tribunales sanguinarios que levantan la horca. Así vive España... hoy te fusilo, mañana te ahorco.

—Y vea usted. Si el 24 hubiera sufrido D. Juan de Dios la suerte de su compinche Riego, hoy no tendríamos la dicha de que ese señor nos arreglara la Hacienda, y nos hiciera juiciosos y ricos.

—Porque escapó á Inglaterra.

—Le llamaba la banca más que la política.

—Se estableció en un país grande y libre, donde forzosamente había de aprender muchas cosas sólo con tener ojos y ver, sólo con tener oídos y oír.

—Sí, porque en los libros me parece que poco aprende su ídolo de usted. Le llamo así porque veo, amigo Calpena, que es usted de los devotos furibundos del *hombre nuevo*, y que conoce su vida y milagros, entendiendo por milagro lo que dicen ha hecho en Portugal.

—Algo sé del Sr. Mendizábal... Más de lo que usted piensa.

—¿Andan por el extranjero biografías del grande hombre?

—No he leído ninguna.

—¿Pues quién se lo ha contado?

—Él mismo.

—¡Le conoce usted... le trata!»

Al ver en el rostro de Calpena la sonrisa plácida y el movimiento afirmativo con que á su pregunta respondía, Hillo se quedó suspendido de estupor, de admiración... No daba crédito á tan inaudito caso de precocidad. ¡Tan joven, y haber tratado á Mendizábal, charlar con él, quizás poseer su confianza! Desde aquel momento vió el clérigo en su amiguito un sér extraordinario, misterioso. Aumentaban su fascinación la procedencia extranjera del joven; el no saberse quién era; la atención y exquisitos cuidados que le prodigaban los patrones, recatando sigilosamente el nombre de las personas que habían recomendado al nuevo huésped; la educación

exquisita de éste; su aire, belleza y modales aristocráticos... y, sobre todo, haber tratado á Mendizábal, y oír de él mismo la narración de episodios históricos y lances personales. D. Pedro se levantó de su asiento impulsado de la sorpresa, que como un resorte le movía, y dió pasos desordenados, repitiendo: «¡Le conoce, le ha tratado!... Dígame, cuénteme: no deje que me abraze la curiosidad.

## IV

—Allá voy—dijo Calpena indicando á su amigo que se sentara.—Paréceme haber con-tado á usted que los hermanos de mi padrino me mandaron á París á instruirme en el co-mercio y la banca. Empecé á trabajar, digo, á aprender, en la casa de comisión de Reischoffen y Bloss, alsacianos, donde sólo estuve tres meses, pasando después á la célebre casa de banca de Ardoin, que opera por millones de millones, y hace empréstitos á las naciones apuradas, negociando con los Estados y con los Reyes, con los Gobiernos y hasta con las revoluciones. En fin, esto es largo de contar. Allí estaba yo muy bien. Llevaba toda la correspondencia de la América española; me daban regular sueldo, y el principal me distinguía y me trataba con mucho miramiento. Un día de Febrero vimos entrar

á un señor alto y bien parecido, de ojos negros, cabello rizado, patillas cortas, muy elegante y pulcro. Al punto corrió la voz entre los dependientes: «Es Mendizábal, el gran Mendizábal, el restaurador de la Monarquía legítima en Portugal...» Entró en el despacho del Barón, nuestro jefe, y á la media hora éste me llamó...

—Para presentarle al Sr. D. Juan de Dios.

—No, señor: para mandarme que le acompañara por las calles de París, que yo conocía perfectamente, y el Sr. Mendizábal no. Tenía que ir á la casa Erlanger, *Rue Drouot*, muy cerca de la nuestra, *Chaussée d'Antin*. Cojo mi sombrero, y me pongo á la disposición del hombre grande, en cuya compañía salí muy orgulloso. Por la calle me hizo mil preguntas: quién era yo, cómo se llamaban mis padres, cuánto tiempo llevaba de residencia en París y de aprendizaje en casa de Ardoin. Yo le contesté como pude, y al llegar á las oficinas de Erlanger me mandó esperar para que le condujese á otra parte.

—Nada, que le cayó usted en gracia—dijo Hillo restregándose las manos.—Así se empieza, así.

--Al salir de la visita me preguntó si sabía yo cuál era la mejor casa de París en guantes y perfumería, y le indiqué Damiani, en el boulevard Saint-Denis. Tomó el hombre un coche de alquiler, que allí llaman *fiacres*, y fuimos de compras. Debo decirle á usted que es algo presumido, y que gusta de acicalarse y lucir su buena figura. De la guan-

tería fuimos á comprar un maletín de mano para viaje, con muchos compartimientos y algún secreto para papeles reservados. Compró también un calzador, tirantes y algunas otras baratijas que no recuerdo. Dejóme en mi escritorio, y él se fué á su hotel, en la *Rue de l'Arcade*, mostrándose en la despedida tan fino y al propio tiempo tan llano, que yo estaba encantado. Díjome que, siempre que no le convidasen, comería en el Palais Royal, en casa de Very, y se dignó invitarme, excusándome yo todo turbado y confuso.

—Esto se llama caer de pie, amigo mío, ó nacer en Jueves Santo. Siga usted, que me parece que aún falta algo.

—Verá usted. A los dos días mandó un recado á mi principal, pidiéndole un buen amanuense español que escribiese corrido, con buena letra y mejor criterio. El Barón me eligió á mí, y aquí me tiene usted, encerrado con el Sr. Mendizábal en una cómoda estancia del hotel *Meurice*, los dos frente á frente, con una mesa por medio, él dictando y yo escribiendo. Hombre más incansable no he visto en mi vida. Cinco horas me tuvo con la pluma en la mano. Dictó una larguísima carta á Martínez de la Rosa, otra al Conde de Toreno, y dos ó tres á personas para mí desconocidas. El estaba en bata, una bata elegantísima, y zapatillas de terciopelo, con las que lucía su pie pequeño, que parece de mujer. Casi era preciso escribir taquigrafía para poder seguirle. Expresaba su pensamiento con rapidez; rectificaba pocas veces;



no se paraba en el estilo; iba derecho al asunto y á la idea, sin cuidarse de la forma. Mandóme volver al día siguiente, y me dictó tres ó cuatro decretos, uno de ellos suprimiendo las órdenes religiosas y haciendo tabla rasa de todos los frailes, monjas, clérigos y beatas que hay en estos reinos, estableciendo la reversión de todos los bienes al Estado para venderlos... y ¡qué sé yo!

—¡María Santísima! Pero eso sería broma.

—¿Broma? Ya verá usted las que gasta ese sujeto. No habíamos concluido aquella degollina de frailes y la repartición de sus riquezas, cuando entró un señor inglés, que debía de ser diplomático, pariente, sobrino, hijo quizás del Embajador en Madrid, que no sé cómo se llama.

—*Mister* ó *sir* Jorge Williers. Adelante.

—Y hablaron en inglés, y no entendí una palabra... Bueno: pues en esto son anunciados tres españoles, y D. Juan les manda pasar. ¡Ay, qué alegría, qué abrazos, qué taravillas, hablando todos á un tiempo! Evocaban recuerdos de la juventud, alababan lo pasado, denigraban lo presente con saña y cuchufletas... La conversación fué continuada en castellano, después de hacer Mendizábal con gran ceremonia la presentación del inglés á los españoles, y viceversa. Pregunté al Sr. D. Juan si debía retirarme, y me mandó que me quedara, lo que me supo muy bien. ¡Qué gusto estar mano á mano con aquellos señorones, calladito, oyendo todo lo que decían, que era sabroso, picante y muy ins-



tructivo, pues yo poco ó nada sabía de España! Mandó D. Juan al mozo que sirviese vino de Porto, y con esto las lenguas se soltaron aún más de lo que estaban.

—Recordará usted los nombres de esos tres españoles, que de fijo hablarían pestes de su patria.

—Los nombres no los recuerdo; las caras, sí: de seguro son personajes de acá, y puede que alguno esté hoy en candelero. El uno puso de vuelta y media á ese Martínez de la Rosa; el otro no dejó hueso sano al Conde de Toreno, que entonces era Ministro, y el tercero le hincó el diente venenoso á la Reina Cristina y á su marido D. Fernando Muñoz.

—¡Lástima que usted no se fijara en los nombres!

—Continúo. Pues hablando, hablando de lo revuelto que está todo, de lo mal que gobiernan los que gobiernan, de las cosas gordas que se preparan, la conversación recayó en los asuntos de Portugal, y uno de ellos dijo que en Lisboa había salido un folleto poniendo de oro y azul á Mendizábal, y negando que tuviera arte ni parte en la restauración de Doña Maria de la Gloria. Armóse entonces gran tremolina. D. Juan Alvarez daba golpes en el brazo del sillón, acusando de envidiosos y calumniadores á algunos españoles residentes en Portugal; indignóse el inglés, echando venablos en su lengua, y los otros atribuían todo á intrigas de los *moderados* (no sé qué gente es ésta que aquí llaman *moderada*), por arrojar lodo á la figu-

ra del grande hombre que se indicaba ya como el único que podía enderezar al país. No sé cuál de ellos manifestó no estar al corriente de lo de Portugal, por haber vivido fuera de la península durante los años de aquellas tremolinas... (pareceme que el tal es militar y de los que aquí llaman *ayacuchos*), y entonces D. Juan Alvarez, á instancias de todos, refirió puntualmente las grandes empresas á que prestó su auxilio.

—Y se despacharía á su gusto, abultando los peligros, y presentándose como enviado de la Providencia divina.

—Sólo puedo asegurarle á usted que en lo que relató se ve la verdad, así como una energía pasmosa, fecundidad de arbitrios, recursos ingeniosos, entusiasmo para encender más la voluntad, maña para suplir á la fuerza. Lo que sí me pareció notar es que el buen señor se regodea contando sus empresas: gusta de hablar de sí mismo, y de hacer ver que sin él no se hubiera hecho nada, lo que en muchos casos parecía verdad.

—Psh... todo se redujo á proporcionar á D. Pedro un empréstito... Sin dinero no se hacen revoluciones. Mendizábal, por su metimiento en las casas mercantiles de Londres, fácilmente levantaba fondos para quitar y poner reyes. Si para echar á los reyes se necesita dinero, el volver á traerlos cuesta mucho más. No anda sin unto el carro de las restauraciones.

—Perdone usted. Mendizábal hizo bastante más que proporcionar á D. Pedro los cuar-

tejos que necesitaba. Ya comprende usted que mientras el grande hombre refería sus hazañas, yo ni le quitaba ojo ni perdía sílaba. Todo lo oí, y se me ha quedado bien presente... Hizo verdaderos prodigios, y se mostró gran financiero, gran político, y hasta gran militar, con unas facultades de organización que ya las quisieran más de cuatro... D. Pedro y su hija se habían refugiado en las islas Terceras, y allí pasaban su triste vida mirando al Cielo, esperando su salvación de la Providencia. Pero ésta no les hacía maldito caso, y los ingleses, á quienes el buen Emperador brasileño pedía recursos, no soltaban ni un chelín. En una de sus excursiones á Londres, el aburrido D. Pedro y Mendizábal se conocieron. Don Juan le dió alientos; le indujo á perseverar en su empresa, minando la tierra para procurarse hombres y pecunia, ambas cosas necesarias para conquistar reinos, y empezó por facilitarle un empréstito de la casa Ardoin, mi casa, señor Hillo, la casa donde fui triste aprendiz con ciento cincuenta francos de sueldo al mes... Cien mil libras esterlinas entraron en el bolsillo de D. Pedro, y con ellas renació la esperanza de sentar en el Trono á la niña. El hombre se metió de hoz y de coz en la causa portuguesa, y no habría hecho más si Doña María de la Gloria fuera su propia hija.

—Bien, bien: así han de ser los hombres.

—En un santiamén compró dos fragatas por cuenta de la Regencia, que tal era el Go-

bierno constituido por D. Pedro en la capital de las Terceras. Advierta usted que en estas compras empleaba sus recursos, sin más garantía que una palabra del Emperador. Adquiridos los barcos, agenció en la City más dinero, más, y en seguida, á buscar hombres, soldados. Mientras en las Terceras se organizaban unos seis mil, en Plymouth, puerto de Inglaterra, se alistaban más. Mendizábal, que en todos estos asuntos ponía siempre una vehemencia y un ardor increíbles, y así lo declara él mismo, no tenía sosiego... Creo yo que las empresas políticas le seducen, le enloquecen; pone en ellas toda su alma y una actividad febril... El hombre se multiplicaba. Sus propios asuntos perdían para él todo interés. No vivía más que para la Monarquía liberal portuguesa. El mismo lo dice: «Cuando se le enciende el patriotismo no vive, no desmaya hasta conseguir lo que se propone.» Cien vidas propias daría él por exterminar á los sectarios del usurpador absolutista D. Miguel, que es allí lo mismo que aquí nuestro D. Carlos María Isidro... No contento con los alistamientos que había hecho en Inglaterra con ayuda del Duque de Palmela, se planta en Bélgica, y en cuatro días, auxiliado por su amigo el general Van Halen, busca y encuentra, organiza y equipa un regimiento de mil flamencos con sus jefes y todo... En Ostende les embarcaron en un buque de vapor fletado en Londres, y reunidos en Plymouth con los ingleses y portugueses, zar-

pó la expedición contra Oporto, mandada por el mismo D. Pedro. Dominaban en Oporto los liberales, por lo que no le fué difícil al padre de Doña María la ocupación de aquella capital. Pero el D. Miguel acudió con mucha tropa, puso cerco á la plaza, y si bien no pudo entrar en ella, tampoco los *mariistas* podían salir. Allí hubiera sucumbido D. Pedro, si Mendizábal, desde Londres, no le animara á la resistencia ofreciéndole nuevos auxilios. ¿Qué hizo el hombre? Pues buscar más dinero; reunir más soldados; formar al propio tiempo una escuadra, cuyo mando se ofreció al célebre almirante inglés Napier. Escuadra y segundo ejército debían operar en los Algarbes, para sublevar en pro de la Reina á las poblaciones del Sur, y atacar por retaguardia el ejército miguelista. Todo se hizo tal y como lo había dispuesto D. Juan... La segunda expedición se dirige á Oporto, donde refuerza á los combatientes asediados por D. Miguel; después parten dos mil hombres á los Algarbes, desembarcando felizmente. Allí se pasan á los liberales algunas tropas del absolutismo: entre todas invaden el Alentejo. La escuadra mandada por Napier desbarata la miguelista en el Cabo de San Vicente; D. Pedro sale de Oporto y bate á D. Miguel. Replegándose á Lisboa, recibe éste otro achuchón tremendo de las tropas liberales, y ya tenemos al Emperador entrando triunfante en su capital, á la niña Doña María de Braganza en el Trono, y al D. Miguel escapando para el



extranjero como alma que lleva el diablo.

—Y hecho todo eso, que si es como usted lo cuenta, no dudo en calificarlo de maravilloso, el D. Juan Alvarez se volvió á su escritorio de Londres tan fresco, á contar millones, calcular empréstitos, extender letras de cambio, mirando dónde salta otra Reina que socorrer, y otro usurpador malsín á quien poner en la puerta.

—Que no faltan, como usted ve.

—Pero Portugal es chico: puedo compararle á un juguete, para estas cosas de revoluciones y quita y pon de tronos. Ahora veremos cómo se las arregla aquí el gaditano; aquí, donde salimos de una zaragata para entrar en otra, donde nos peleamos por los derechos á la Corona, por las Juntas, por la Milicia Urbana, por una letra de más ó de menos en la Constitución, y por lo que dicen ó dejaron de decir Juan y Manuela. Vamos á ver á los hombres guapos; á los salvadores de sociedades; á los que sacan el dinero de debajo de las piedras para equipar soldados; á los genios, como ahora se dice; á los que calman las olas revolucionarias con el *quos ego...* del amigo Neptuno.

—Adelante: va muy bien. Está usted empleando una forma de ironía muy bella. Es lo que llamamos *cleuismo*.

—Dispense usted. Esta forma irónica se llama *carienteísmo*. Consiste, y bien lo recordará usted; consiste...

—Sea lo que fuere, amigo Hillo, mi parecer es que Mendizábal no ha venido aquí por



ambición, sino por patriotismo. Oí contar que se hallaba muy tranquilo en Londres cuando recibió el nombramiento de Ministro de Hacienda, que le dejó estupefacto.

—Y estupefacto se ha venido aquí por Portugal; y en cuanto llegó á Badajoz, empezó á largar decretos... Bueno: le concedo á usted que esto sea patriotismo; pero es un patriotismo... romántico, y lo romántico sepa usted que á mí no me gusta. En literatura me apesta, y á ese francés que llaman Víctor Hugo le mandaría yo cortar el pescuezo: en política tengo por más funesto aún el romanticismo.

—Puede que esté usted en lo cierto; pero el Sr. Mendizábal es ante todo hacendista, y en esto no creo yo que quepan romanticismos. Los números ¡ay! los números, amigo mío, son clásicos.

—Allá lo veremos; y pues ya tenemos al hombre con las manos en la masa, pronto hemos de saber si yo me equivoco ó se equivoca usted.

—Yo no profetizo: yo espero, y...

—¿Cree usted firmemente que D. Juan Alvarez enderezará esta desquiciada nación?

—No lo aseguro; pero confío en que lo hará.

—Pues yo no.

—¿En qué se funda?

—No dudo que le sobren buena intención, voluntad firme, actividad, talento; pero...

—¿Pero qué?

—Que con sus buenas cualidades incurrirá

en el defecto de todos los ilustres señores que nos vienen gobernando de mucho tiempo acá. Talento no les falta, buena voluntad tampoco. Y fracasan, no obstante, y continuarán fracasando unos tras otros. Es cuestión de fatalidad en esta maldita raza. Se anulan, se estrellan, no por lo que hacen, sino por lo que dejan de hacer. En fin, amigo, nuestros mandarines se parecen á los toreros medianos: ¿sabe usted en qué? Pues en que no *rematan*...

—¿Qué significa eso?

—No se ría usted del toreo, arte que me precio de conocer, aunque no prácticamente. Y sepa usted, niño ilustrado, que hay reglas comunes á todas las artes... De mi conocimiento saco la afirmación de que nuestros ministriles no *rematan la suerte*.

—¿Y cree usted que Mendizábal...?

—Hará lo que todos. Empezará con mucho coraje, y un trasteo de primer orden... pero se quedará á media suerte. Usted lo ha de ver... Que no remata, hombre, que no remata... Y créame usted á mí: mientras no venga uno que remate, no hemos adelantado nada.»

## V

Alejóse hacia su cuarto, accionando festivamente, y en dirección al suyo iba también Calpena, cuando le detuvo el patrón señor Méndez, y le dijo entre risueño y respetuoso:

«Ahí tiene usted el sastre.

—¿Qué sastre?

—Pues el cortador mayor del Sr. Utrilla, que viene á tomarle medida. Le mandé pasar á la sala, donde espera hace un cuarto de hora.

—Ese señor se equivoca. Yo no he llamado á ningún sastre.

—Aunque no le haya usted llamado, él viene, y cuando viene, él sabrá por qué. Déjese tomar medida, y que le nagan cuanto ropita necesite para ponerse bien guapo.

—¿Pero está usted loco?... ¿No hay más que encargar ropa? Y luego... Sr. Méndez... luego vienen las cuentas, ¿y qué hacemos? ¿Soy acaso un Sr. Mendizábal, que con cuatro rasgos de pluma fabrica millones?

—Las cuentas no son cuenta de usted, sino de quien las pague. Entre el señor en su cuarto, y escoja las telas; y déjese que le midan el cuerpo á lo largo y á lo ancho...

—Que pase ese hombre, —dijo Calpena

prestándose á todo, con la esperanza de salir de la confusión en que, desde su venturosa llegada á Madrid, vivía.»

En presencia del oficial, hombre finísimo, colorado y regordete, que iba cargado de muestras de diferentes paños, D. Fernando no pudo resistir á la fascinación que ejercía sobre él, joven y gallardo, la idea de vestirse elegantemente. Ante todo quiso saber cómo y por qué los afamados sastres acudían en busca de parroquia sin que nadie les llamase; pero sus interrogaciones prolijas y capciosas no lograron aclarar el enigma. «Mi principal, el Sr. Utrilla—le dijo aquel relamido sujeto,—me ha mandado acá con muestras y encargo de tomar á usted medida para diferentes piezas. Hubiera venido él en persona con mucho gusto; pero está malo de un pie, y hoy no puede salir de casa. De quién ha recibido las órdenes para estas hechuras, yo no lo sé, señor mío, ni es cosa que me corresponde averiguar.

—Pues yo—afirmó Calpena,—no me dejo medir el cuerpo mientras no sepa... ¿Será tal vez alguna broma impertinente?

—Eso, de ningún modo... Utrilla no se presta á tales bromas... Crea usted que, cuando me ha mandado aquí, es porque ha recibido órdenes de personas que saben el cómo y por qué de lo que encargan. Con que... tomemos esos puntos, y no piense usted en nada más que en vestirse como le corresponde.

—Accedo, sí, señor—replicó D. Fernando

en el tono de quien se presta á seguir un bromazo de buen género, y seducido además por la idea de ver realizada su ilusión juvenil de vestir buena ropa.—¿Sabe usted el cuento del perrito y del trasquilador?

—Sí, señor—dijo el otro, ayudándole á quitarse levita y chaleco.—Es un cuento viejísimo...

—Pues ahora mida usted todo lo que quiera, y hágame todas las prendas de vestir que haya dispuesto... el amo del perrito.

—Me han dicho que dos levitas, fraque, un traje de mañana... cuatro pares de pantalones variados.

—Ande usted, maestro... Y si quiere dejarle borlita en el rabo, déjesela usted.

—La ropa más precisa para un joven *introducido* en sociedad. ¿Qué menos? ¡Ah! me olvidaba. También le haremos capa de sedán finísimo, con forros de piel de chinchilla.

—Me parece muy bien... ¿Y las levitas, cómo han de ser?

—El Sr. de Utrilla acaba de llegar de Londres... Precisamente al bajar de la diligencia se estropeó el pie. Pues ha traído las últimas novedades que se han puesto al uso en aquella capital. Las levitas son ahora cortas y de poco vuelo en los faldones; pero siguen muy entalladas, marcando bien la cintura. Las que ha traído el Sr. Mendizábal, y que tanto llaman la atención, son ya antiguas, y en Londres no las usan más que los *lores*, que es como si dijéramos los señores próceres protestantes, que tienen asiento en lo que

llaman Parlamento inglés, ó sea las Cortes liberales de allá.

—Hombre, bien... ¿Con que entalladas y de faldón corto?

—Menos largo que el año pasado—dijo el sastre, tomando y anotando las medidas con singular presteza.—Los cuellos son ahora más largos, y bien caídos sobre los hombros; los botones grandes... Haremos una de las levitas, si á usted le parece, con cordones á la húngara...

—Perfectamente. Despáchese usted á su gusto... ¿Y los paños?

—Fijese usted en este color verde oscuro, que es la gran novedad que ha traído Utrilla. Se llama *Lord Grey*, y es el gran *furor* en Londres.

—Pues hagamos *furor* aquí... Pero las dos levitas no serán iguales.

—Haremos azul gendarme, *Conde Orsay*, la de cordones. ¿Qué le parece?

—Acertadísimo... ¿Y cuándo podré estrenar?

—Lo activaremos todo lo posible... Tenemos mucho trabajo, y velamos para servir á tantísima parroquia.

—Pero no me dejarán ustedes para lo último, como parroquiano pobre...

—Será usted de los primeros... Y que tiene un talle de primer orden, y una forma de cuerpo que no hay más que pedir. Le caerá á usted la ropa que ni pintada.

—Y en fraques, ¿qué se lleva?

—Los fraques son ahora sin cartera; fal-



dones nada de anchos, y los cuellos de la misma forma que las levitas. El Sr. Mendizábal los trae negros, verdaderamente *fachonables* por el corte y lo bien sentados.

—¿Y el mío será también negro?

—No, señor: á usted, por la edad, le corresponde... café claro.

—¡Magnífico!... Y en pantalones ¿qué tenemos?

—Sigue la moda de las telas escocesas; pero sin exagerar el tamaño de los cuadros. Haremos á usted dos *patencur*, y dos más ligeritos: uno negro para entierros, y otro claro. Se llevan estrechos, sin tocar en el extremo. Chalecos, se le harán á usted seis: dos de seda en claro, uno en obscuro, dos *piqué* y uno escocés.

—¡Maravilloso! Y en tanto que me confectonan todo eso, me estaré en casa, escondido, leyendo las *Mil y una noches*, única lectura á que debo aplicarme ahora para hacerme á estas sorpresas... Adiós, maestro... Y que se esmeren en el corte... ¿Cuándo probamos? Estoy aquí á su disposición todo el día. ¿Pues cómo voy á salir á la calle con estos adefesios de ropa que he traído de mi pueblo?... Vaya con Dios... y no me olvide, maestro.»

Retiróse el sastre, y D. Pedro Hillo, que acechaba en la puerta aguardando que el joven estuviese solo, entró de rondón con los brazos abiertos, diciendo muy gozoso: «Pero, niño, ¡le regalan ropa elegante, y todavía gruñe! Rarisimos son en el Universo estos

fenómenos de salirle á uno sastres *ex-machina*, que le miden, le cortan, le cosen, y después no cobran. Casos tales acaecen sólo de siglo en siglo, y hay que saber aprovecharlos. ¡*Oh fortunate nate!* Yo, que para hacerme una sotana tengo que ahorrar seis meses en la comida, le declaro á usted simple de solemnidad si no acepta calladito esas mercedes anónimas. Por la sagrada orden que profeso, declaro también que á mí no me ha pasado jamás cosa semejante, y que las deidades misteriosas y las manos ocultas no han existido para mí. A usted me arrimo, por si se me pega algo y halla en su ventura mi desventura algún remedio. Ya, ya sé... me lo ha dicho Méndez, que anoche recibió usted un abultado pliego. Abrió, ¿y qué era? Billetes para los teatros del Príncipe y la Cruz. Dígame: ¿no ha recibido también para los Toros?

—Todavía no—dijo Calpena sonriente;—pero por lo que voy viendo, ya no dudo que los tendré la víspera de la primera corrida. Y como de los teatros mandan dos, para que vaya con algún amigo, iremos juntos á la Plaza.

—Ya le mandarán también, cuando empiece el tiempo de las máscaras, para los bailes de *Trastamara* y del *Café de Solís*. Pero á eso no podré acompañarle... Le daré consejos, porque de fijo han de salirle aventuras y le acosarán mascaritas...

—Ya adivino sus consejos.

—¿A que no?

—Que remate la suerte.

—No, no es eso, sino todo lo contrario. Que se prevenga contra las celadas que pudieran tenderse á su voluntad honesta, virginal. Este Madrid es muy malo. No se fie usted de las caras tapadas.

—De las manos ocultas debo fiarme, según dice.

—No es lo mismo. Esa mano desconocida le viste á usted, le da de comer, atiende á sus necesidades. Las caritas encapuchadas podrían hacer lo contrario: desnudarle, quitarle el pan de la boca y reducirle á la ruína y la miseria. Existirán tal vez, ¿quién asegura que no? manos escondidas que quieran perderle, como las hay que trabajan por su bien. Lo primero que usted debe hacer es averiguar en qué cielo habita esa deidad misteriosa, para poder rezarle y pedirle lo que le convenga.

—¿Qué le pediría usted para mí si estuviese en mi lugar?

—Lo primero, un destino de Hacienda ó de *lo Interior* con doce mil reales... Y puesto á pedir, yo que usted pediría también la cátedra de Alcalá para un amigo.

—Para usted eso y mucho más.

—Las manos mágicas deben extender sus caricias á los buenos amigos. A Roma con Santiago he revuelto yo para conseguir esa humilde plaza, y aquí me tiene usted esperando á que San Juan baje el dedo. Si hubiera para mí una mano oculta, esa mano, en medio de las tinieblas de lo incógnito, me

daría una bofetada. Estoy dejado de la mano de Dios, por lo que voy creyendo que Dios está en todas partes menos en las oficinas, y que, si acaso está, no tiene en ellas la mano, sino el pie.

—No hay que desmayar. Hagamos un trato. Búsqueme usted á la persona que ha mandado á Utrilla tomarme medidas, y si me la encuentra, prometo á usted solemnemente que el primer favor que pediré á mi desconocida providencia es esa colocación que usted desea... esto en el caso de que nos resulte influyente.

—¡Influyente!... ¡Por Dios, D. Fernandito, no me venga usted con inocencias! Esa persona desconocida tiene que ser muy alta, pero muy alta.

—¿En qué lo conoce?

—A ver... pronto, enséñeme usted la carta en que venían las localidades de teatro.

—No es carta... Es un pliego cerrado con obleas... Aquí lo tiene usted.

—A ver, á ver... ¡San Canuto, qué papel más fino!... Este papel, puede usted asegurarlo, no se encuentra en ninguna tienda de Madrid... ¿Y la letra del sobre?... ¡Ay qué letra, San Bartolomé! ¿Es de mujer? ¿Es de hombre?... Sr. D. Fernando, no se asuste de lo que voy á decirle. La mano que ha escrito esto es de sangre real.

—¡Atiza!

—¡De sangre real!... Y si no, al tiempo... ¡Ay, Sr. D. Fernandito de mi alma, allá va una profecía! Déjeme usted ser profeta, y

adivino, y augur, y brujo, si usted quiere. Antes de cuatro días recibe usted, como llovido del cielo, el nombramiento... de...

—¿De qué?

—Vamos... de Caballerizo Mayor del Reino, digo, de Palacio... Y si no es esto, será de otra cosa de mucha categoría.»

Rompió á reir Calpena, y dijo á su amigo:

«Pero, Sr. D. Pedro, ¿somos clásicos, ó no somos clásicos?

—Sí, sí, tiene usted razón: no desvarie-  
mos, ilustre joven; pero por de pronto, yo, el  
más desgraciado de los nacidos, quiero hacer  
constar que anhelo ser su amigo de usted.  
Sí, sí: seamos amigos; déjeme usted arri-  
marme al sér más afortunado, más resplan-  
deciente de felicidad que he visto en mi vida.  
Es usted el sol, y yo me mnero de frío.

—Bueno, seamos amigos—replicó D. Fer-  
nando, no sin cierta emoción.—Y pues el día  
está hermosísimo, vámonos de paseo, y le  
contaré á usted muchas cosas que ignora, y  
que quizás le hagan rectificar sus juicios  
acerca de mí como depositario de la dicha  
terrestre. Diré á usted quién soy, de dónde  
vengo, por qué estoy en Madrid...

—Todo eso me interesa extraordina-  
riamente... Ya me lo contará usted otro día;  
hoy no puede ser... Ni usted ni yo debemos  
salir hoy. Nos estaremos aquí toda la maña-  
na acechando á Iglesias.

—¿Pero Iglesias no duerme aún?

—Aún estaría en el primer sueño, ó em-



pezando el segundo, si no hubieran venido á despertarle muy temprano, serían las siete, dos de sus amigotes. Sin duda ocurren cosas gravísimas. ¿Y sabe usted quiénes son esos dos que entraron, y, tirándole de una pata, le sacaron de la cama? Pues yo tampoco lo sé á punto fijo, porque soy poco fuerte en fisonomías. Uno de ellos me parece que es el Conde de las Navas; el otro tan pronto me parece Fermín Caballero, como Seoane... De que son pájaros gordos del jacobinismo, no tengo duda...

—¿Y á nosotros qué nos importa?

—A usted, hombre feliz por obra y gracia de la Providencia enmascarada, nada le altera. ¿Ha leído usted *El Español* de hoy?... ¿A que no?... ¿A que tampoco ha leído *El Mensajero* ni *El Eco del Comercio*? En mi cuarto los tengo. Vienen los tres diarios echando bombas, cada uno según el son á que baila. Yo me alegro, para que se arme de una vez. Esta visita de los compinches de Iglesias tan á deshora, significa que anoche hubo gran trapatiesta en la casa de Tepa, entiéndase *logia*, y en los cafés donde rebulle la patriotía. Parece que las Juntas no quieren disolverse, las de Andalucía sobre todo, y he aquí al Sr. Mendizábal en un brete, porque nos ofreció poner fin á esta horrible anarquía, y en los primeros días creímos que lo lograba. Pero aquí, para que usted se vaya enterando, tanto puede la envidia de los propios, como la mala voluntad de los extraños; ó en otros términos, que los amigos, ó



sea el agua mansa, son más de temer que los enemigos. ¿No lo entiende? Pues quiere decir que los estatuístas templados caídos del poder con Toreno, se introducen en los conciliábulos de los patriotas, fingiéndose más exaltados que éstos, para sembrar cizaña, y al propio tiempo los *libres* que aún no tienen empleo se van á las sacristías del otro bando y atizan candela, para que los diarios de la *moderación* se desborden y se encienda más el furor de las Juntas. Estas nos ofrecen un espectáculo delicioso. Una pide que se restablezca la Constitución del 12; otra que se modifique el Estatuto, y entre todas arman una infernal algarabía. El señor Mendizábal pretende gobernar en medio de esta jaula de locos furiosos. Manda tropas contra las Juntas, y los soldados se pasan á la patriotería... Y los carlistas, en tanto, bañándose en agua rosada, preparándose para venir hacia acá, porque Córdova no les ataca mientras no le manden refuerzos... Estamos en una balsa de aceite... hirviendo. ¡Qué gratitud debemos al Señor Omnipotente por habernos hecho españoles! Porque si nos hubiera hecho ingleses ó austriacos ó rusos, ahora estaríamos aburridísimos, privados de admirar esta entretenida función de fuegos artificiales.

—¿Y esos que están en el cuarto de Iglesias...?

—Son patriotas furibundos... de buena fe; de los que creen que con degollar frailes, azotar monjas y hablar pestes de todos los

ministros, se arregla la nación. Sin quererlo, les preparan la suerte á los moderados. Algunos creen en Mendizábal, y otros le repudian porque no va por calles y plazuelas perorando, con un pendón en la mano... A todos tiene que contentar el señor de las largas levitas. Trabajo le mando... Si quiere usted que olfateemos lo que traman los compinches de Iglesias, vámonos á mi cuarto, donde al paso que usted lee *El Español* y *El Eco*, yo me daré mis mañas para pescar al oído alguna palabreja... Véngase usted para acá.»

Fuéronse de puntillas al cuarto de D. Pedro, y desde él oyeron gran batahola en el de Iglesias; y no pudiendo éste resistir el fuerte estímulo de su curiosidad, se coló en la caverna de los conjurados, pretextando recoger un tomo de las *Palabras de un creyente*, de Lamennais, que había prestado á su amigo. No tardó en volver risueño con el libro, y con preciosas noticias de la conspiración, que resultaba la más inocente que en cerebros revolucionarios pudiera caber.

«Nuestro gozo en un pozo, amigo Calpena. No tratan de ahorcar á medio mundo, ni de sublevar á la tropa, ni de meter más fuego á las Juntas. Las Juntas y toda esa marimorrena les importa tanto á esos ángeles de Dios, como las coplas de Calainos. Lo que les trae tan levantiscos es que las elecciones para el Estamento están próximas, y ellos, cosa muy natural, quieren ser Procuradores. Mendizábal conferenció anoche con Caballero, y

parece que le asegura la elección por Cuenca. Los otros dos, y alguno más que vendrá después, andan á la husma de las procuras, y quieren estar bien con Mendizábal y con el Ministro de la Gobernación, D. Martín de los Heros. Vea usted el secreto de estos aquellares misteriosos.

—¿Será posible, amigo Hillo, que yo, provinciano y desconocedor del mundo y de Madrid, tenga más malicia, más trastienda que usted, que lleva ya no sé cuántos años de andar en este terreno? Dígolo porque me figuro que Iglesias y sus amigotes le han engañado como á un chino. Al verse sorprendidos por la brusca entrada de usted en el escondrijo, han variado de conversación.

—Por San Félix de Cantalicio, pienso que está usted en lo cierto... Me han dado el trapo. Soy toro noble.»

Aún no había concluído la frase, cuando entró Iglesias resueltamente en el cuarto de Hillo, y llegándose á D. Fernando con resuelto ademán y sonrisa un tanto maliciosa, como de hombre muy corrido para quien no hay nada secreto, le dijo:

«Ya sabemos, amigo Calpena, que ha traído usted de Francia un voluminoso paquete de papeles para el Sr. Mendizábal.»

Quedóse un tanto suspenso el joven, y no supo qué responder.

## VI

«Le entregaron á usted ese paquete en Olorón. Lo había traído de Burdeos una señora... No... no se ponga usted colorado, después de haberse puesto pálido. No se trata de ningún delito. Le dan á usted un encargo, y usted lo cumple puntualmente. No pretendo yo... pues no faltaba mas... que usted me revele cosas sobre las cuales debe guardar secreto. No, no señor. Lo que sí puedo decirle es que el sujeto que debía recoger ese paquete ó caja de manos de usted, para entregarlo al señor Ministro, ya no vendrá á desempeñar esa comisión, porque anoche le han preso, y se halla incomunicado en el Saladero.»

Perplejo un buen rato quedó Calpena ante la osada interpelación de Nicomedes, que con brusquedad tan impertinente quería producir efecto, y ver confirmados sus informes en el rostro del simpático mozo; pero rehecho éste prontamente del estupor, le contestó con tanta dignidad como cortesía: «Nuestra amistad, señor de Iglesias, que yo estimo mucho, no es tan antigua que á mí me permita informarle de si traigo ó no encargos para determinadas personas, ni á usted preguntármelo en forma afirmativa, la cual revela una confianza un poquito prematura.

Va usted demasiado á prisa, amigo D. Nicomedes. Cuatro días hace que nos conocemos.

—Sentiría, Sr. Calpena, que usted interpretase mal lo que acabo de indicarle—dijo el otro recogiendo velas.—No pretendo que usted me revele el secreto de los encarguitos que le han confiado, ni eso á mí me importa. Creí yo que nuestra amistad, con ser de cuatro días, es ya bastante firme para que yo pueda tomarme la confianza de prevenirle contra ciertos peligros... Porque usted es un joven tan honrado como inexperto, y podría, con el candor propio de los pocos años, prestarse á ciertos mensajes, de cuya gravedad no tiene la menor idea.

—Se me figura, amigo Iglesias, que la calentura patriótica que usted padece le hace ver peligros y misterios en los actos más sencillos.

—No sabe usted dónde está, y yo tendría mucho gusto, si no se empeña en creer demasiado fresca nuestra amistad; tendría yo sumo placer, digo, en iniciarle en la vida política, puesto que á ella piensa, según veo, dedicarse.

—No he pensado en tal cosa. La vida política no se ha hecho para mí.

—El señor—dijo Hillo con cierta timidez,—es de los que se lo encuentran todo hecho, y no necesita de que nadie le inicie, pues tiene mentores y padrinos, en la sombra, que no le permitirían dar un mal paso.

—Si hace usted caso de este clérigo—dijo Iglesias con humorismo,—el sotana más hon-



rado del mundo, pero al propio tiempo el más candoroso, está usted perdido, Calpena. Haga usted caso de mí, y déjese llevar. En la sombra no hay mentores ni garambainas. Todo eso es romanticismo de clase averiada... Vamos á cuentas. Lo primero, perdóname si le hablé con cierta impertinencia del encargo que trae...

—Yo no he traído papeles para el Sr. Mendizábal—replicó D. Fernando,—ni me habían de escoger á mí para tales mensajes.

—No abre usted la boca sin que nos dé una nueva prueba de su inexperiencia candorosa... Puesto que aquí todos somos amigos, déjeme usted que hable y le ponga al tanto de la situación... Y antes me permitirá que le presente á dos amigos, que espero lo serán de usted en cuanto les conozca.»

Cuando esto decía, dejáronse ver en la puerta dos sujetos, que eran los de la encerrona con Iglesias, ambos como de treinta á cuarenta años, y al entrar revelaron por su soltura y buenos modos ser de lo más selecto entre la juventud intelectual de aquellos tiempos. Bien supo Iglesias, al presentarles, recalcar sus nombres: «Mi amigo Joaquín María López... mi amigo Fermín Caballero.»

Era éste de color moreno; facciones bastas y rudas, del tipo castellano, común en campos más que en ciudades; bigote negro con mosca; cabello encrespado, que parecía un escobillón; complexión dura; el habla ruda y clásica, de perfectísima construcción castiza. El otro revelaba su estirpe levantina en



la finura del cutis y la viveza del mirar, en la vehemencia de la expresión, y en la flexibilidad y gracia. Recibiélos Calpena con franca urbanidad, y se sentaron todos, teniendo uno de ellos que hacer sofá de la cama de Hillo, y éste no cabía en sí de gozo viendo tan honrada su pobre mansión.

«Trasladamos el *Sublime Taller* desde los alcázares de Iglesias á las góticas arcadas de Hillo...—dijo con gracia López.—La Iglesia nos ampara, nos acoge en su santo regazo.

—La Iglesia—replicó Hillo, sentándose en un cofre,—oye y calla, mas no otorga. En el regazo de la Iglesia no entran más que los arrepentidos.

—*Amén*—dijo Caballero,—y expliquemos en pocas palabras la llaneza con que asaltamos la morada de estos buenos señores.

—El caso es el siguiente... Permíteme—indicó Nicomedes, que no gustaba de que otros dijesen lo que él podía decir.—Sabemos que el Gobierno por una parte, la Reina por otra; despachan agentes al campo y corte de Don Carlos, á los cuales encargan que se finjan rabiosos absolutistas para ganar la confianza de los íntimos del Pretendiente. El objeto es introducir allí la discordia, y acabar con el absolutismo por su propia descomposición. Al propio tiempo, los facciosos tienen aquí infinitos emisarios que hacen el propio juego, de lo cual resulta, señores, un tan espantoso lío, que ni aquí ni allí nos entendemos, y no sabemos ya cuáles son los adeptos legítimos y cuáles los apócrifos...

—Pero hay otra cosa peor—interrumpió López, que, como buen orador, gustaba de expresar por sí las ideas de los demás;—hay otra cosa. Hierven discordias mil en la corte del Pretendiente, por ser muchos los carlistas de viso que desean la transacción, siempre que el Gobierno liberal les reconozca grados, emolumentos y honores.

—Andan éstos—prosiguió Caballero, que hablaba poco y bien,—en continuo teje-maneje de Oñate á la Granja y de la Granja á Oñate, zurciendo voluntades y buscando la reconciliación de antiguos comilitones, ahora desavenidos; y como, si lograsen su objeto, habrían de sobrevenir grandes males á la Nación, nosotros, que miramos por la permanencia del sistema representativo, haremos cuanto esté de nuestra parte porque todas esas artimañas resulten fallidas.

—Y además... hay—apuntó Nicomedes,—una tenebrosa y hasta hoy indescifrable conjura de la Infanta Carlota...

—Señores —declaró D. Pedro poniéndose en pie,—la Iglesia, como dueña del local en el cual, por su tolerancia, que no por su gusto, se celebra esta nefanda reunión, recomienda á los señores preopinantes que no hablen de las reales personas.

—Tiene razón nuestro noble castellano—dijo López con sorna.—No nombraremos á ninguna persona real; pero podemos designar por su nombre griego al que lo recibió y adoptó conforme á rito, cuando y donde todos sabemos. Hablaremos, pues, de *Dracón*.

—¡Alto!—gritó Hillo poniéndose en pie,— porque el designado con notoria irreverencia con ese nombre, que huele á chamusquina masónica, es S. A. el Infante D. Francisco. Al menos yo lo he oído así, y no permito, señores, no permito...

—Bueno, bueno—dijo Caballero:—no lastimemos los sentimientos religiosos y monárquicos con tanta sinceridad manifestados por este buen señor. A *Dracón* todos le conocemos, y no hay que hacer misterio de él ni de su nombre de batalla. Creo que se exagera la importancia del tal: de mí sé decir que no creo que exista plan ninguno verosímil fundado en la personalidad del Infante.

—Poco á poco—apuntó Nicomedes.—Fermín, á tí te consta que sí lo hay.

—No... lo que me consta es que algunos cándidos han echado á volar ese nombre, denigrándolo con la suposición de que teníamos en la persona que lo lleva un nuevo Pretendiente. Y esto es absurdo; esto no cabe en cabeza humana, ni aun en la de un español de 1835, que es la cabeza que nos ofrece la historia como más destornillada.

—Y, sin embargo, hay quien lo dice.

—Y quien lo cree, y lo sostiene como cosa muy práctica.

—Y no falta quien asegure que es la única salvación del país.

—Señores, son muchas salvaciones para un solo país... Salvadora la Reina Cristina, salvador D. Carlos, salvador Mendizábal, y

ahora también D. Francisco nos quiere salvar... Vamos, con tantas salvaciones, España va al abismo.

—Señores, no desvariemos—indicó Hillo.

—El señor Infante D. Francisco, que es persona discreta, no ha puesto sus ojos en el Trono... Se contentará por hoy con sentarse en el Estamento de Próceres.

—Pretensión contraria á las leyes, tras de la cual hemos de ver y vemos una ambición política muy sospechosa, señores, muy sospechosa.

—No exageremos... Cuando más, cuando más, *Dracón* aspira á la Regencia...

—¡Otra te pegol...

—Señores conferenciantes—dijo Hillo con festiva severidad,—que no permito, que no puedo consentir afirmaciones tan contrarias al decoro de la Real Familia... Si siguen Sus Señorías por ese camino, mandaré que les lleven al corral.

—¿Somos gallinas?

—Toros de sentido... de excesivo sentido, maliciosos, imposibles para la brega, por lo cual creo que no puede acabar bien la elocuente corrida que estamos celebrando.

—¡Ja, ja, ja!... Muy bien. En fin, concretemos: seamos explícitos y lacónicos, porque este joven (por Calpena) dirá, y con razón, que le estamos embromando. ¿Verdad, señor Calpena, que no entiende usted qué relación puede existir entre su persona y estas cosas desordenadas que acaba de oír?

—En efecto: no se me alcanza qué conco-

mitancia pueda tener mi humilde persona con esos agentes reservados, con esas intrigas, con el Sr. *Dracón* y demás...

—Hemos sabido—dijo Nicomedes con campanuda solemnidad,—que de Francia se remitió un paquete de interesantes papeles á Madrid... No vaya usted á creer que intentamos sustraer ese tesoro, y apropiárnoslo por medios contrarios á la hidalguía. En poder de usted se halla todavía el encargo. La persona que debía recogerlo ha sido presa, y probablemente no saldrá pronto de la cárcel. Es muy posible que alguien intente apoderarse del paquete, diciendo á usted que viene de parte de su legítimo dueño. Yo le suplico, señor D. Fernando, que no lo suelte, aunque los que vengan á pedirlo le presenten esquila del mismo Sr. D. Eugenio Aviraneta, á quien viene dirigido, porque tanto el recado como la esquila serán falsos de toda falsedad.

—Pues correspondo á su franqueza—dijo D. Fernando, á quien todos oían con vivísima atención,—que no traigo yo encargo ni cosa alguna para ese señor que acaba de nombrar; y si algo hay en mi baúl, que me confiaron en la frontera personas de toda mi confianza, y que no conspiran ni han conspirado nunca, lo entregaré á quien venga á reclamarlo, siempre que acredite, por usual conocimiento, ser la persona á quien viene rotulado.

—Pues aún me resta que decir algo para que vean todos mi sinceridad y nobleza. Antes dije á usted que el paquete venía di-



rigido á Mendizábal; pero esto lo hice sin más objeto que desconcertarle á usted, con la idea de que su turbación le arrastrase á revelarme algo que yo quería saber: lo que usted trae no viene dirigido á Mendizábal, ni tiene nada que ver directamente con nuestro célebre gaditano. Pero personas muy altas, muy altas, fijese bien en lo que afirmo, pudieran tener noticia de que el señor Calpena es portador de papeles graves, y en este caso no dejarían de intentar por todos los medios apoderarse de ellos.

—En vez de aumentar la confusión de este excelente joven—indicó Caballero,—procuraremos disiparla, amigo Nicomedes, y al propio tiempo, convenzámosle de que no pretendemos apoderarnos de secretos que no se nos quieren confiar.

—Justamente—dijo López,—y empechemos por declarar que ignoramos, ó por lo menos, que no sabemos con exactitud qué documentos se han confiado á su discreción. Puede ser algo que exclusivamente interese á la Familia Real; puede ser del común interés de los partidos militantes. Me inclino á creer esto. El propio Aviraneta no sabe lo que es, ó no quiere decírnoslo.

—No lo sabe—afirmó Iglesias.—Así me lo aseguró ayer, y debemos creerlo.

—*Hame dado en la nariz*—dijo Caballero,—que lo que han remitido á D. Eugenio es todo el farrago de papeles concernientes á la *Confederación isabelina*, de infausta memoria. El mismo se lo llevó á Francia no sé con qué



objeto, y de allá se lo remiten para que lo utilice aquí en contra nuestra, y en pro de los Torenos y Martínez... Yo, señores míos, me fio poco de Aviraneta, y no quisiera que mis amigos tuvieran interés por nada que al infatigable conspirador se refiera... Fijese usted, Sr. Calpena, en lo que voy á decirle, para que no se embrollen sus ideas con la extraordinaria confusión que ha de resultarle de lo que decimos. Los estatutistas nos acusan de haber preparado, dispuesto, organizado, en una palabra, el degüello de los frailes, el asesinato de Canterac y otros abominables hechos de que usted tendrá conocimiento. Se nos quiere denigrar, inutilizar para la gobernación del Reino. Si hay responsabilidad, no pueden ellos eludirla, pues en los terribles días de Julio del año pasado era Presidente del Consejo el Sr. Martínez de la Rosa; Ministro de la Gobernación el Sr. Moscoso, y Corregidor de Madrid el señor Marqués de Falces. ¿Sabéis lo que, en mi presunción, contiene la estafeta que ha traído el Sr. Calpena? Pues el plan de Constitución que hicimos Olavarria y yo; la exposición dirigida á S. M. por Flórez Estrada, condenando el Estatuto; el proyecto de asonada general; el plan de Ministerio, presidido por Pérez de Castro; los compromisos contraídos por Palafox y Calvo de Rozas, con el nombre de *trabajos militares*, y, por último, el informe de la Comisión que nombramos para proponer al Gobierno el mejor sistema de *extinción de frailes*. Todo eso y algo más había.

Aviraneta, como iniciador de la *Isabelina*, arrambló con el archivo cuando la persecución de la policía le obligó á emigrar á Francia. ¿Trataría de hacer algún negocio con Luis Felipe? ¿Habría entrado en contubernios con D. Carlos? Yo no lo sé... Ya os he dicho que no me fio de ese hombre, y que de su refinada astucia y doblez lo temo todo. Vosotros creéis en Aviraneta; yo no. Para mí es un monstruoso talento, el más sutil y agudo para la intriga. El año pasado conspiraba ó aparentaba conspirar con nosotros. Este año trabaja secretamente por los enemigos del progreso. Vosotros creéis en sus alardes de patriotismo revolucionario; yo no. Vosotros confiáis en su lealtad; yo desconfío hasta de su sombra. Si le ayudáis, ayudáis al desprestigio de Palafox, de D. Jerónimo Valdés, de San Miguel, de los patriotas Quiroga y Palarea, de Salustiano, del propio Mendizábal, pues ya sabéis que D. Juan Alvarez comunicó desde Londres su propósito de constituir allí un *Círculo isabelino*, y de facilitar fondos para la *causa*, y en esfera más modesta ayudáis también á vuestro propio vilipendio y al mío...

—Fermín, Fermín—dijo Iglesias apretando los puños, encendido el rostro:—tú siempre pesimista, tú siempre malévolo y suspicaz, desconfiando de los hombres más adictos á la idea, de los que han sabido padecer por ella persecuciones horribles.

—Y tú, Nicomedes, siempre iluso y confiado, pobre enfermo de la *calentura patriótica*,

ni aprendes nada de la experiencia, ni atiendes á las lecciones del tiempo. Tanto á ti, pobre Iglesias, como á ti, Joaquín, almas crédulas, espíritus generosos, os digo que desconfiéis de Aviraneta, que no le ayudéis en sus maquinaciones, que le dejéis solo en la febril inquietud de su conspirar instintivo, genial, por amor al arte, por ley de su naturaleza.»

Y cambiando bruscamente al tono familiar, antes que sus atontados amigos pudieran replicarle, se levantó y formuló la despedida en estos términos: «Ya he sermonizado bastante, y ahora me voy, que tengo que trabajar. Holgazanes, quedaos con Dios.

—Fermín, aguarda, siéntate... que aún tenemos mucho que hablar.

—¡Hablar! La maldita palabra. Es la sarna del país. España llegará al fin del siglo sin haber hecho nada más que rascarse, es decir, hablar... Quedaos con Dios... Y usted, Sr. de Calpena, al aceptarme por su amigo, me va á permitir que le dé un consejo. Es usted muy joven; yo tengo treinta y seis años y alguna experiencia. No haga caso de estos pobres orates. Si quiere usted seguir el consejo de un patriota honrado, que no padece la famosa *calentura*, y profesa sus ideas con fría convicción, no sirva usted de correo á los conspiradores de oficio. Y pues le han cogido de sorpresa, encargándole comisiones que no habría aceptado con conocimiento, vénguese por el método inquisitorial... En vez de entregar los papeles al Sr. de

Aviraneta, arrójelos á las llamas. Ganará usted mucho en tranquilidad de conciencia.

—¡Quemarlos! ¡Eso no!—gritó Iglesias.

—Créame á mí...

—No le crea, no, Fernando. Es de Cuenca, que es como decir leñador y carbonero...

—Carbón, sí; carbón haría yo de todo ese fárrago de sandeces—dijo Caballero con arrogancia, enarbolando su bastón.—Nuestro pasado político, amigos revolucionarios, debe ir al fuego... Quemad la broza, que las ideas, no temáis... esas no arden.»

Y encasquetándose el sombrero, que era de los voluminosos que entonces se usaban, salió del cuarto y de la casa con resuelto y presuroso andar.

## VII

Aunque desconcertados por la enérgica manifestación de Caballero, que al fin hubo de condenar las bajas intrigas, no cesaron Iglesias y López en su propósito de catequizar al joyen Calpena. Aún insistió D. Joaquín en que entregase el *lío* á D. Eugenio Aviraneta, sin pensar en hacerlo cisco, como le aconsejara Fermín con implacable rigor; y más atrevido Iglesias, propuso al joven, no que pusiese en sus manos lo que era objeto de tantas cavilaciones, sino que permitiera

ver su contenido, prometiendo ambos guardar profundo secreto sobre lo poquito que examinar pudiesen. Negóse resueltamente D. Fernando, y ellos invocaron los principios liberales que sin duda el joven profesaba; los grandes intereses del pueblo, al cual todos pertenecían; y añadiendo á los halagos las promesas, ofrecieron traerle antes de tres días una credencial de ocho mil reales en cualquier Ministerio, si á satisfacer su ardiente curiosidad se prestaba. Pero ni las demostraciones de amistad, ni las ofertas de colocación, quebrantaron la delicada entereza de D. Fernando, el cual decididamente, con frase categórica y un tanto áspera, les quitó toda esperanza, alentándole en esto su amigo Hillo con muecas y manotadas expresivas. Replegarónse de mal talante los patriotas al cuarto de Iglesias, y lo primero que hizo D. Fernando al entrar en el suyo fué guardar bajo llave, en los seguros cajones de una cómoda, el contenido de su baúl, ó aquella parte que convenía poner á cubierto de cualquier sorpresa.

«Hace usted bien—le decía Hillo gozoso,—porque estos *libres*, como ellos se llaman, no se paran en pelillos. Fuera del patriotismo, son honrados, y por nada del mundo le quitarían á usted un botón ni un cigarro de papel. Pero en mediando lo que ellos llaman *el interés de la Confederación* ó de la libertad, aunque ésta sea tan desacreditada como la de la imprenta; como se trate de arma política con que puedan descabellar



al contrario y arrastrarle por el redondel, se ciegan, y de noblotes y decentes se convierten en los primeros badulaques del mundo.»

De acuerdo en esto como en todo, pues los lazos de su amistad se apretaban más cada hora, salieron á dar un paseo antes de comer.

«¡Qué hermoso apóstrofe el de Caballero! —decía, calle abajo, hacia la de Alcalá, el buen clérigo Hillo.—Mejor será llamarlo *conminación* ó *deprecación*...

—Llamémoslo *corrección fraterna*, que así deben nombrarse los hijos de tal padre. Me ha gustado D. Fermín. ¿Sabe usted que los otros parecen locos?

—Y no es lo peor que lo parezcan, sino que lo sean, y que nos comuniquen á nosotros su locura. Yo siento un gran desorden en mi cabeza.

—Y yo. Le aseguro á usted que me falta poco para ponerme á gritar en medio de la calle. ¿Con que es verdad que he conspirado sin saberlo? ¿Con que es verdad que traigo papeles que comprometen á la Real Familia... ó á los reales masones, ó á los isabelinos, ó al demonio coronado? Y ahora consulto yo con usted una sospecha grave: ¿tendrá alguna relación este enredo con los favores que recibo de mano desconocida?... Esa personalidad misteriosa que en las tinieblas me protege, ¿tendrá algo que ver con... con no sé qué?... Yo desvarío, se embarullan mis ideas. ¿Me encontrará envuelto, sin culpa ninguna, en alguna endemoniada intriga? Dígame su franca opinión... Usted es hom-



bre de mundo, y conoce esta sociedad y estos manejos de la política. Yo soy un inocente: vengo de un pueblo fronterizo y de una ciudad extranjera, donde he vivido amarrado á un bufete de comerciante... Yo no sé nada de esto. Ilumineme usted; indíqueme si debo hacer algo, ó no hacer nada y dejar correr los acontecimientos...

—Pues, mi amigo D. Fernando, creo, y no hay que asustarse, que se halla usted metido de hoz y de coz en un lío estupendo... Dígame ante todo: ¿es cierto que trae usted esa caja?

—Sí, señor; á usted puedo decírselo. Traigo un paquete bastante pesado y voluminoso. Me lo dió una señora que en Olorón visitaba mucho á los hermanos de mi padrino... Díjome que se presentaría á recibir el encargo la persona á quien viene rotulado, y es también una señora, y se llama Doña Jacoba Zahón.

—Eso de Zahón me huele á masonería. Y la señora que lo entregó á usted, ¿quién es?

—Allí la llamaban la Marquesa, y decían de ella que politiqueaba, que sostenía larga correspondencia, y que en Tours y en Burdeos estuvo en relaciones íntimas con algunos emigrados liberales.

—¡Ah... por San Benito de Palermo!... Ya veo, ya veo claro... digo, no, no veo más que obscuridades y fantasmas... Señora allá que manda, señora aquí que recibe... Aviraneta... La *Confederación isabelina*... el degüello de regulares... Mendizábal... Usted recibido y

apostado en Madrid por personas desconocidas que no dan la cara... usted vestido por Utrilla... usted obsequiado con billetes de teatro y con otros regalitos que no habrá querido decirme... ¡Ay! D. Fernando de mi alma, como mi religión me ordena no creer en brujas, y mi experiencia me permite creer en enjuagues masónicos, yo le veo á usted tocado de locura, y me vuelvo loco también, porque no entiendo una palabra de este intrincado negocio.

—¡Y luego decimos que somos clásicos!

—¡Clásicos! Eso quisiéramos. El mundo está tocado de insana demencia... Ya no pasan las cosas como antes, con aquella pausa y regularidad de otros tiempos; todo está trastornado; reina la sorpresa, mangonea el acaso, y los acontecimientos se suceden sin ninguna lógica. Ya no hay reglas, mi querido D. Fernandito. Esto es el caos, la barbarie, la anarquía de las almas. Corre un viento de desorden, y en la naturaleza no hay aquella serenidad, aquella calma majestuosa... ¿Digo mal?

—Dice usted muy bien. Yo me noto lanzado en este vértigo, en este espantoso remolino.

—Todo por ese maldito... Hasta me repugna pronunciar su nombre.

—Ese maldito... ¿qué?

—¿Sabe usted, Fernando Calpena—dijo el clérigo con solemne gravedad, parándose en firme,—quién tiene la culpa de esta locura que nos saca de quicio, de esta llamarada

que nos abrasa el rostro, de esta comezón que nos hace bailar la tarántula?

—¿Quién tiene la culpa?...

—¡Qué! ¿No lo acierta? Pues tienen la culpa Víctor Hugo y Dumas, esos dos infames progenitores del romanticismo... ¡El romanticismo! Ese es el remolino, ese es el vértigo, esa es la locura...

—D. Pedro—dijo Calpena, sin encontrar pertinente lo que afirmaba su amigo,—¿qué tiene que ver...? ¡Dumas, Víctor Hugo!... son dos grandes poetas...

—Que han desatado las tempestades en nuestra literatura, y tras el desquiciamiento de la literatura, ha venido el de la política, y luego el de la vida toda... Yo, á esos dos, les mandaría cortar la cabeza, sin cargo alguno de conciencia, como á malhechores del género humano, y me quedaría tan fresco... ¿No ve usted que ya no hay orden ni reglas en el curso de los hechos que constituyen la vida? ¿No ve usted que ya todo es exaltación, misterio, fantasmas, lo desconocido, lo imponderable?... Pues espérese usted un poco, que ya empezarán los espectros, las tumbas, los cipreses funerarios... En fin, vámonos á comer, que yo, la verdad sobre todo, tengo ya ganas. Y esta tarde nos iremos á dar un largo paseo por las afueras, para que usted me cumpla su promesa de contarme algo de su vida, y del cómo y el por qué de haber venido á este maldito Madrid.

—Volvámonos á casa—dijo Calpena sobresaltado, pues temía un golpetazo repentino

de la suerte, como contrapeso de tantas venturas,—y veremos cuál es la sorpresa de esta tarde.

—¡Qué!... ¿Teme que venga de sopetón la mala?... Deseche usted ese recelo, porque si viniera la mala, caería sobre mí. Quiero decir que aquí está Pedro Hillo para recogerla, pues yo seré su pararrayos, Sr. D. Fernandito. No dude que si salta la chispa caerá sobre este cura... y usted libre, usted siempre feliz... Si no, al tiempo.»

Sorpresa hubo, en efecto; mas no desagradable, como Calpena temía. Al entrar le dió Méndez un paquetito que acababan de traer. Pálido y ceñudo, el joven no se atrevía á cogerlo. Hízolo Hillo, tomó el peso, y se echó á reir diciendo: «Que me excomulguen si esto no es dinero contante y sonante.»

El paquetito era como una carta muy abultada, ó como un libro de poco volumen, esmeradamente envuelto en papel superior, cerrado con lacres. Estos no tenían sello con letras ó escudo. Antes de abrirlo, preguntó D. Fernando á Méndez quién lo había traído.

«Ha sido el mismo señor, ese que llaman *Edipo*.

—No puede ser más clásico—observó Don Pedro.—A ver, á ver... abra usted.

—Podría usted haberle dicho que se esperara. Yo le habría interrogado... En fin, veamos qué es esto.»

Metióse en su cuarto con Hillo, y en pocos segundos quedó aquel nuevo enigma descifrado á medias, pues si debajo del envoltorio

apareció una elegantísima y perfumada cartera de piel, con un cartoncillo en el cual resplandecían ocho medias onzas prendidas con un cruce de seda encarnada, no se encontró papel escrito, ni tarjeta, ni cifra por donde la procedencia pudiera ser conocida.

«Muy bien—dijo el presbitero restregándose furiosamente las manos.—Eso no podía faltar... Aparece la lógica en medio de este barullo romántico... Le mandan á usted dinero para el bolsillo, pues un joven vestido por Utrilla, un caballero que ocupará altas posiciones, que figurará entre los más elegantes de Madrid, no es bien que ande sin pólvora... Ea, no se devane ahora los sesos... Ya parecerá, Señor, ya parecerá el dominante. Vámonos al comedor, que con estas sorpresas se me aguza el apetito.»

Comieron solos, porque Iglesias, convidado por López, se había ido á la fonda de Genieys; D. Fernando hablaba poco; á Hillo se le despertó la locuacidad con tanta fuerza como el apetito, y trataba de apartar al joven Calpena de la sombría cavilación en que había caído... «Antes dije á usted que estábamos locos, y ahora añado que bendita sea la locura si viene siempre así. Mientras lluevan medias onzas, ora sean en pasta, ora transformadas en cosas de diferente utilidad, no llore usted, joven. Si luego nos cae alguna rueda de molino, tiempo habrá de lamentarlo. Y hablo en plural, porque si mi delicadeza no me permite participar de los beneficios exclusivamente destinados á usted, deseo y



quiero ser partícipe de los males, cuando Dios se fuere servido de enviarlos. Con que reposemos un rato la comida, y luego nos iremos á estirar las piernas al Retiro.»

Hiciéronlo así, y descansando de su caminata á la sombra de unos copudos negrillos, en sitio sosegado, allá por el Baño de la Elefanta, D. Fernando se franqueó con su amigo, ofreciéndole los datos biográficos que anhelaba conocer, como clave ó guía para descubrir la *misteriosa mano*.

«Los primeros recuerdos de mi infancia —contó Calpena,— se refieren á Vera, y á la casa del cura de aquel pueblo. Pero yo nací y fui bautizado en Urdax, no constando en la partida más que el nombre de mi madre, Basilisa Calpena. Ni la conocí nunca, ni he sabido de ella, pues la mujer que me crió se llamaba Ignacia, natural de Zugarramundi, habitante en Vera, en una casita próxima á la del cura. No tenía yo dos años, cuando éste me llevó consigo, y ya no me separé de él hasta su muerte, ocurrida el año 32. Llamábale yo padrino, y él á mi ahijado y á veces hijo. Era el hombre más excelente que usted puede imaginar, sin tacha como sacerdote, verdadero pastor de sus feligreses; tan caritativo, que todo lo suyo era de los pobres; entendido en mil cosas, principalmente en agricultura, en astronomía empírica y en humanidades; gran latino, tan modesto en sus hábitos, y tan apegado á la humilde iglesia en que desempeñaba su ministerio, que rechazó la oferta



de una capellanía de Roncesvalles y del deanato de Pamplona. Para mí, D. Narciso Vidaurre, que así se llamaba, era la primera persona del mundo, y en él se condensaron siempre todos mis afectos de familia, pues él era para mí como padre y maestro. Si no me había dado la vida, me dió la crianza, la educación, y me enseñó á ser hombre, infundiéndome la dignidad, la confianza en mí mismo, y preparándome para los mil trabajos de la vida. Desde niño me enseñó todo lo concerniente, en lo moral y en lo social, á personas principales... quiero decir que me crió para señor, no para sirviente ni para la vida obscura y zafia del campo. Aunque no con puntualidad, D. Narciso recibía cantidades para mi sostenimiento, educación y demás. El venía unas veces de Madrid, otras de Burdeos ó París. De esto me enteré yo en mi niñez; pero él nunca me dijo nada, y aunque á veces aludía vagamente á mis padres, dándome á entender que existían, y que yo podría conocerles andando el tiempo, jamás me habló concretamente de asunto tan delicado. Sin duda, no se creía con facultades para hacerme tal revelación; ó tal vez aguardaba á que yo cumpliese determinada edad. No sé, no sé, amigo Hillo... Mis confusiones son ahora las mismas que hace algunos años. Quizás, si mi padrino viviera, ya habría cesado mi ignorancia de cosa tan importante; quizás...

—Permítame... Entre parentesis...—dijo D. Pedro, que ponía profunda atención en el

relato.—Una pregunta: ¿en aquel tiempo recibía usted también favorcitos misteriosos de la *mano oculta*?

—En tiempo de mi padrino, jamás. En París, una vez sola. Ya llegará oportunidad de contarle... Seguiré con método.

—Permítame otra pregunta: ¿ese señor murió de repente?

—Sí... de un ataque apoplético. No le dió tiempo á nada.

—Claro... si hubiese tenido tiempo, lo natural y lógico era llamarle á usted... decirle: «Hijo mío, tal y tal...»

—Su muerte fué para mí un golpe tremendo. Parecíame que se acababa el mundo, la humanidad; que yo me veía condenado á soledad eterna, á un desamparo tristísimo... Aquel santo hombre era para mí la única y total familia, el maestro, el amigo, el inspirador de todos mis pensamientos, guía de todos mis actos... Dejóme un horrible vacío...

—Dispense... Otra pregunta: ¿no tenía el buen D. Narciso, como es uso y costumbre en la clase de curas, alguna familia de sobrinas, amas?... ¿ó es que vivía enteramente solo?

—Tenía una hermana más vieja que él, Doña María del Socorro, que le llevó tres años por delante en el morir; buena señora, aunque algo regañona y descontentadiza, y un hermano que no vivía en Vera... Muerta Doña María, siguieron gobernando la casa una sobrina, que al poco tiempo casó con uno de Fuenterrabía, y dos antiguas criadas

de la familia, que aún sirven al sucesor en el curato, un sobrino segundo, llamado Avelino, buen muchacho, pero que no es ni la sombra de su tío... No nacerá otro D. Narciso Vidaurre, el santo, el justo, el sabio, el discreto, el...»

## VIII

Nueva interpelación de D. Pedro, que impaciente quería profundizar en el hermoso asunto, para llegar pronto á la verdad. «Perdóneme otra vez, Fernandito, si le interrumpo. ¿Ese señor cura no se señaló, como todo el clero navarro, por la adhesión á las ideas y á la persona de D. Carlos María Isidro?

—Verá usted... Mi padrino, hombre de acendrada religión, manifestaba despego á los revolucionarios y jacobinos... Del 14 al 20 simpatizó con los realistas, por lo cual le tuvieron entre ojos las autoridades de los *tres años*. Poco antes de la entrada de Angulema, tuvimos que salir de Vera y refugiarnos en Cambo. Pero á principios del 24 ya estaba mi padrino en su parroquia, y entonces le ofrecieron la canongía de Pamplona, que rehusó. Desde el 24 hasta la muerte del Rey, se abstuvo de manifestar con demasiada viveza sus sentimientos realistas.

Debo decir también que el buen señor tenía relaciones con personas del bando liberal. Era muy amigo del general Mina...

—¿De D. Francisco Espoz y Mina!

—Hacia el 22, comía en la Rectoral siempre que pasaba por Vera... También tenía D. Narciso gran confianza con Eraso, el segundo de Zumalacarregui, y aun con éste, en época anterior al carlismo, cuando Don Tomás era coronel de ejército. Sí, señor... ¡Pues tengo tan presente á Mina... le ví tantas veces en mi casa!

—¿Y con usted se mostraba cariñoso?...

—Como que monté á caballo más de una vez en sus rodillas. Me quería mucho... me llamaba *petit caporal* y no sé qué... Ahora que recuerdo: también nos visitó alguna vez el Conde de España.

—¿Y en las rodillas de ese también montaba usted?

—Creo que no. La época es más remota, y apenas me acuerdo.

—¿Y entre tantos generales no iban alguna vez generalas?... ¿No recuerda haber visto en la casa del cura duquesas ó princezas...?

—Personas de tanta categoría... no sé... como no fueran disfrazadas.

—Adelante. Murió el señor Cura, sin poder decir oste ni moste... y luego...

—El hermano de D. Narciso vivía en Urdax, dedicado al tráfico de maderas. Este señor se encargó de mí. Honrado y cabal, no se parece nada á su difunto hermano: carece de

instrucción, y es seco, adusto, sin delicadeza. Lo primero que hizo conmigo fué mandarme á Olorón para que siguiera mis estudios en un colegio. Allí viví unos meses en casa de un tal Maturana, habilísimo mecánico y armero, algo pariente y amigo íntimo de los Vidaurre's. De pronto recibí órdenes de trasladarme á París á aprender prácticamente el comercio, pues al comercio querían dedicarme. Me mandaban acá y allá, sin darme explicaciones, y si alguna observación hacía yo, me respondían simplemente: «Manda quien manda.»

—Ya me habló usted de su viaje á París para entrar en la casa de Banca donde conoció á Mendizábal; dígame ahora cómo se le manifestó la *mano oculta* en aquella ciudad.

—Yo vivía con otro chico guipuzcoano, compañero mío de escritorio, en una modesta pensión del *faubourg* Poissonière. Un día me encontré en la mesa de mi cuarto una carta dirigida á mí. Dentro de ella había dos billetes de la *Banque de France*, que allí circulaban como metálico. Total: doscientos francos, que me vinieron muy bien. No pude averiguar quién me había llevado la carta: ni en la casa ni en mi oficina supieron darme ninguna razón. Pero aquella vez el dinero no venía solo, sino con una cartita muy lacónica en que se me mandaba oír misa, al día siguiente, á las nueve en punto, en la iglesia de *Notre Dame des Victoires*. Naturalmente, fui, y nada me sucedió, es decir, nadie se me acercó á hablarme, como espe-



rábamos mi compañero y yo, que creímos se trataba de una aventura vulgar.

—Si usted no vió á nadie, sin duda alguien á usted le vería... ¿Era ya en el reinado de Luis Felipe?

—Sí, señor. De repente, con la misma brusquedad con que fuí enviado á París, llamáronme á Olorón, y allí estaba cuando se nos presentó Faustino Vidaurre, al parecer para tratar de negocios... Noté yo que él y Felipe Maturana se decían algo referente á mí, recatándose de qué yo lo entendiera. Una mañana me notificaron que vendría pronto á Madrid, donde se me daría un destino en las oficinas del Gobierno, con sueldo bastante para vivir decentemente en esta capital. Yo me alegré, porque allí no hacía nada, y la holganza monótona de aquel pueblo me enfadaba, me ponía enfermo... Vi los cielos abiertos; me aventuré á pedir alguna explicación al hermano de mi padrino; pero no me dijo más que la frase sacramental: «Quien manda, manda.» Y Maturana agregó: «Llevarás tu viaje pagado, y algo para que puedas vivir un par de meses en un alojamiento arregladito. Ya puedes empaquetar tu ropa y tus libros...» Y como yo expresase alguna inquietud acerca de mis primeros pasos en esta villa, no teniendo aquí conocimientos ni trayendo carta de recomendación, Faustino me dijo: «Anda, anda, hijo, y no temas nada, que ya tendrás quien te ampare y mire por tí. Vete descuidado, que nada te faltará... Y no te mandamos tan des-



provisto de apoyos y recomendaciones, pues además de los que allí te saldrán donde y cuando menos lo pienses, en Madrid tienes á nuestro primo Carlos Maturana, diamantista que fué de la Real Casa, y hoy comerciante en piedras preciosas. Ya le hemos escrito para que te preste algún socorro, si por acaso lo necesitas. Pero no esperes encontrarle en la Corte hasta los últimos de Septiembre, porque ahora está viajando por el Norte de Italia, y tardará un mes lo menos en llegar á Madrid. Vive en la plaza de la Armería junto á Palacio.» Llegó el día de mi partida, y me despidieron muy conmovidos, como si no pensarán volver á verme. Tanto Maturana como Faustino y las mujeres de ambos, me dirigieron el último saludo con una extrañísima gravedad... vamos, con algo como demostración de respeto... No sé si me explico...

—Comprendido, comprendido... Es muy natural... ¿Y...?

—Ya, á eso voy. Dos días antes de mi salida de Olorón, se llegó por allí una señora muy estirada, con muchos moños grises alrededor de la cabeza, sombrero con cintas y encajes. Hablé con ella dos ó tres veces, asombrándome de su instrucción, de su finura, de su conocimiento de la política, así francesa como española. La esposa de Maturana, persona también de excelente educación, francesa, hija de un librero de Foix, celebraba frecuentes encerronas con la dama desconocida. A ésta la llamaban *Madame Aline*.

—¿Francesa?

—Pues mire usted que no lo sé... Habla correctísimamente el español, aunque con un ligero acento... no sé, me pareció catalán. Pues bien: esta señora fué la que me dió el encargo que tan soliviantados trae á nuestros patriotas. Tanto ella como Maturana me encargaron tuviese mucho cuidado de no entregar el paquete más que á la persona á quien viene dirigido. «Será muy difícil—me dijo Madame Aline,—que haya equivocación ni suplantación, si usted se fija bien en las señas que le doy. La señora en cuyas manos pondrá usted la cajita, es jorobada.»

—¡Lo ve usted!—exclamó Hillo, dándose un fuerte palmetazo en la rodilla.—¿Ve usted cómo acertaba yo cuando hablé del torbellino romántico? En el romanticismo desempeñan siempre un papel culminante los jorobados, ó siquiera cargados de espalda, los tuertos, patizambos, y en general toda persona que tenga alguna deformidad visible. También figuran en él los tísicos, los locos y los que padecen ictericia.

—Jorobada—me dijo,—de sesenta años, y algo impedida de la pierna derecha.

—Bueno, bueno, bueno... Lo que digo: en pleno romanticismo. ¿Y qué nos importa? Mejor, más divertido: no nos faltarán emociones, sorpresas y... corcovas... ¡Ay! Fernandito de mi alma, me equivocaré mucho si de todo esto no resulta una anagnórisis felicísima... Nada, nada, no hay que temer nada malo, sino una verdadera irrupción de bie-

nes. Yo estoy contento, no sé qué me pasa. El bien ajeno no me produce envidia, sino una exaltación de cariño y entusiasmo por la persona favorecida. Así es que estallo de satisfacción, y me parece que esta noche he de atacar la cena con un apetito fenomenal. Adelante. ¿Falta algo?

—Sí, señor: falta que usted conozca la clase de educación que me dió mi padrino; los sentimientos con que fortaleció mi conciencia; las ideas con que fué labrando mi criterio... Desde muy niño me acostumbró á mirar la moral excesivamente severa como base de una vida ejemplar. La moral rígida, según él, es un deber que impone la fe, y al propio tiempo una indudable ventaja para la vida. Me enseñó á abominar de la mentira, siendo en esto tan extremoso, que ni aun me permitía los embustes inocentes que son el encanto principal de la infancia. De amor al prójimo, de caridad y abnegación, no hablemos, pues esto, con sólo su ejemplo, diariamente me lo enseñaba. Ponía un cuidado exquisito en que yo aprendiese desde muy niño á refrenar los deseos violentos, á no apetecer cosa alguna con demasiado ardor, á poner freno á las pasiones. Ya he dicho á usted que era un humanista de primer orden, y clásico ferviente, resultando armonía perfecta entre su gusto artístico y todos los actos de la vida, que iban siempre á compás, como sus pensamientos. De los modernos autores, Moratín era su ídolo. Se carteaba con él y con el abate Melon, y se sabía de memoria todas

las poesías serias y festivas de D. Leandro, así como sus traducciones de Horacio. ¡Cuántas veces le oí declamar con grave entonación aquel pasaje:

¿De cuál varón ó semidiós el canto  
previenes, alma Clío,  
en corva lira ó flauta resonante?

La sátira «¿Quiéres casarte, Andrés?» la repetía enterita, sin el menor tropiezo. Explicándome las bellezas de estas composiciones, me hacía ver cómo la poesía, para ser de buena ley, debe subordinar la inspiración al buen gusto y á la regularidad. Mas no quería que fuese yo poeta, y una vez que me sorprendió haciendo versos, me los puso en solfa, incitándome á que, en vez de expresar mis pensamientos con música y medida, cultivara la buena prosa, que, sin duda podía ofrecerme ancho campo al empleo de la inteligencia, así en la oratoria política, como en la forense, en la historia, en la filosofía, y en todas las artes liberales. Por Cicerón tuvo verdadera idolatría, y decía que era lástima fuese gentil un hombre que expresaba las ideas con tal perfección, dando al raciocinio la palabra más propia y más enérgica. Repetía de memoria pasajes del gran orador y filósofo; me los explicaba; me hacía ver su concisa elocuencia, la propiedad, el empleo exacto de las voces...

—Repetiría aquel pasaje: *Nihil agis, nihil moliris, nihil cogitas...*

—*Quod ego, non modo non audiam, sed etiam non videam...*

—Ejemplo admirable de lo que llamamos *climax...*

—Como usted comprende, me enseñó el latín á machamartillo, porque, según él, es el latín la madre de todas las enseñanzas, y única escuela segura del buen gusto. El latín, decía, no sólo hace hombres eruditos, sino buenos ciudadanos, personas sociables, finas y amenas... Por último, para que usted se haga cargo de cómo formó mi carácter aquel gran maestro, recordaré las máximas que con tenacidad me iba claveteando, como si dijéramos, en la cabeza, y así verá el contraste que forma aquella enseñanza teórica con lo que después me ha traído la realidad. «Ajusta siempre tus acciones—me decía,—á un plan lógico, dentro de la más estricta moralidad, y no te separes de él por nada ni por nadie. Puede que este sistema te ocasione alguna desazón pasajera; pero á la larga apreciarás y saborearás sus hermosos resultados... No confíes nunca en lo imprevisto; no esperes nada del acaso, y que tu conducta sea siempre lo que *debe ser*, lo previsto, lo estudiado, y en modo alguno dependa del *qué será...* No aceptes jamás cosa alguna que no sepas de dónde viene, ni te fíes de prosperidades fantásticas, que suelen volverse infortunios reales... Lábrate la dicha con tu trabajo, acostúmbrate á que tu bienestar sea obra de tí mismo, y no esperes nunca favores llovidos del cielo... No contrai-



gas deudas, ni aun por mínima cantidad, y advierte que es preferible pedir una limosna á cargarte de obligaciones... Ama la regularidad, el orden, pues si no hay arte posible sin reglas, también está sujeto á cánones invariables el arte de la vida... Considera que lo que no hayas adquirido por tí mismo no es tuyo, sino ajeno, que si aceptas beneficios que no has ganado con tu esfuerzo, te verás ligado por la gratitud, y la gratitud puede torcer tu voluntad, y apartarte de la senda del deber rígido y estrictamente moral... En lo tocante á opiniones políticas, mantente siempre en el fiel de la balanza, y cualquiera que sea la bandería á que te veas afiliado, no hagas un dogma cerrado de tus creencias, ni niegues á la creencia de los demás el respeto que merece... Nunca te acalores en la vida pública ni en la privada; no seas fogoso en tus pasiones, que eso es vicio romántico, de que debes huir como de la peste; mantente siempre templado, dueño de tí, sereno y en disposición de sortear las vehemencias ajenas. Así dominarás, sin ser nunca dominado, porque el fiero se entrega al fin, y se rinde al flemático... En todos los negocios preséntate siempre de buena fe, situándote en posición derecha, frente á las intenciones del que ha de tratar contigo...

—Pues ésta máxima—dijo Hillo gozoso,—corresponde á una de las principales reglas del torreo, que llamamos *situarse en la rectitud*... Adelante.



—Con que ya ve, Sr. D. Pedro, cómo no corresponde la palpitante realidad á la norma de conducta que mi preceptor me enseñaba; y aquí me tiene usted sin voluntad propia, sometido á misteriosas manos que me gobiernan... Lo desconocido me rige, la imprevisión me guía... Estoy amenazado del descrédito de toda la doctrina que aprendí, y no veo manera de aplicar ninguna regla, porque todas están por el suelo, pisoteadas por el acaso, á quien pertenezco sin poder evitarlo..

—No es el acaso: es el supremo designio, hijo mío. Pero no te apures—dijo D. Pedro, empezando á tutearle sin darse cuenta de ello, por una efusión de cariño que rápidamente invadía su corazón.—Considera que sobre todas las reglas está la realidad de la vida, y que no podemos desviar los acontecimientos de su natural curso, trazado por Dios. Tu padrino debió tener en cuenta el misterio de tu origen, antes de recomendarte que abominaras de lo desconocido. ¿Por qué no te reveló lo que sin duda sabía? O es que no sabía nada. De todos modos, hijo mío, tu existencia se balancea en el misterio, y el misterio ha de rodearte, y lo imprevisible te rondará por mucho tiempo, pese á toda la ciencia y á toda la bondad de ese D. Narciso Vidaurre... ¿Qué resulta? Que tu padrino te quiso criar para lo clásico, sin considerar que eres romántico inconsciente, esto es, que á pesar tuyo el romanticismo te coge en su remolino furioso... Dispénsame que te tutee: siento

hacia tí un profundo afecto. Te miro como un hijo; más propio será decir como hermano. Quiero compartir tus desventuras... cuando lleguen... Seamos románticos; aceptemos la realidad, y pues ésta es ahora tan buena, no le busques tres pies al gato, y date por muy contento con los bienes que llovidos caen sobre tí. Después vendrá la *anagnórisis*, y volveremos á lo clásico, al triunfo, á la apoteosis, que será coronamiento de tu destino. Sí, querido Fernando. Tu porvenir es hermoso; tú eres lo que no pareces... Serás grande, poderoso... Alégrate. Seremos amigos, grandes amigos; seremos hermanos. Y ahora, chiquillo, pues cae la tarde, vámonos despacito hacia nuestra vivienda, que la hora de la cena se aproxima, y yo, la verdad, con todo eso que me has contado, siento que se me avivan de un modo horroroso las ganas de comer.»

## IX

Era verdad que D. Pedro se sentía inflamado de un cariño sincero hacia el joven Calpena, afecto absolutamente desinteresado, pues no se arrimaba á su amigo con intenciones de parasitismo, viéndole en camino de doradas grandezas, sino que anhelaba guiarle por los senderos peligrosos que pro-

bablemente se abrirían ante él; aconsejarle, dirigirle, evitarle todos los escollos, para que gozase libre y desembarazadamente de los bienes que el cielo le deparaba.

No tardó Utrilla en rematar algunas, si no todas las piezas de ropa de que había tomado medidas. Dos pantalones, dos chalecos y una levita fueron entregados á los tres días de la prueba, y la terminación de lo demás se anunció para la semana próxima. Empezó por fin D. Fernando á ponerse guapo y elegante, lo que con tal ropa, y los aditamentos de corbata, calzado, peluquería, etc., era cosa muy fácil en un joven á quien dotó la Naturaleza de airosa figura, hermoso rostro, y modales finísimos *a nativitate*. Hillo le contemplaba embobado, viendo en él un perfecto tipo de raza aristocrática. El propio Duque de Osuna, D. Pedro Téllez Girón, no le aventajara, ni los agregados de la Embajada inglesa.

Desde que tuvo ropa fué incitado por su amigo á frecuentar los teatros. Hillo no le acompañaba por causa de su ministerio sacerdotal. Fea cosa era ir á los Toros; pero más disculpable para un clérigo que el teatro, por celebrarse las corridas en pleno día y no ser preciso en ellas descubrirse la cabeza, exponiendo á la befa popular la ungida corona. Con todo, buenas ganas tenía de colarse una noche en la cazuela, disfrazado, para ver en el patio á Fernandito, y sorprender el efecto que causaba en la concurrencia. Contentábase con verle vestirse y acicalarse, y

poner en sus manos el sombrero y bastón cuando salía. Aunque el niño volviese tarde, D. Pedro no se acostaba hasta que le veía entrar, y allí eran sus preguntas: «Qué tal, hijo, ¿te has divertido mucho? ¿Has dado golpe? Apuesto á que todos los lentes, y esos anteojos que llaman gemelos, se han dirigido á tu gallarda persona.»

En el Príncipe daban *Norma*, cantada por la Sra. Oreiro de Lema y el Sr. Unanue. En la Cruz, *La joven Reina Cristina de Suecia*, traducida del francés. Así de las obras como de la ejecución, pedía el clérigo á su amigo noticias prolijas, y el chico se las daba, advirtiendo la absoluta ignorancia teatral del buen señor, que no había visto nunca más pieza que *El mágico de Astrakán*, allá en Zamora, siendo él una criatura.

Menudeaba Calpena sus asistencias al Príncipe y viéndole tan aficionado, decía D. Pedro: «¡Cómo se conoce que nos salen novias á docenas!... La suerte es que este chico se pasa de prudente y avisado, y no le atrapará ninguna de esas culebronas que...»

Digase, para explicar la confusión que seguía presidiendo los destinos de D. Fernando Calpena, que á fines de Septiembre nadie había ido á recoger el misterioso encargo traído de Olorón; que una tarde llegó carta anónima, no llevada por *Edipo*, sino por persona desconocida que la dejó en la puerta, y que algunas noches, al volver Fernando del teatro, creía que le seguían dos personas buscándole las vueltas y espiándole

los pasos. La carta no traía dinero: estaba escrita por mano nada premiosa, menudito el trazo, la gramática bastante correcta, y sólo contenía lacónicas advertencias y admoniciones cariñosas: «Mira, niño: los guantes amarillos son de más *distinción* que los blancos... También te digo que no es del mejor tono aplaudir en el teatro tan estrepitosamente, sobre todo á medianos artistas... Por más que tú creas otra cosa, á juzgar por tu entusiasmo, la Ridaura no hace nada de particular en su parte de Adalgisa... Oye, niño: que vayas á misa al Carmen Descalzo, á las nueve en punto, y procura no estar en la iglesia tan distraído. A la iglesia no se va á mirar á las muchachas, sino á rezar con devoción... — P. D. Cuando se te acale el dinero, te pones en misa la corbata escocesa, usando la negra para anunciar que lo has recibido.»

«Observaciones son estas—decía Hillo radiante de satisfacción,—atinadísimas. Mi leal opinión es que no debes ponerte la corbata escocesa sino cuando tengas verdadera necesidad de nuevas remesas de metálico. No hay que abusar, hijo.»

La gran sorpresa cayó, como chispa del cielo, una tarde, al volver Méndez de su oficina. Traía un pliego de oficio dirigido á Calpena, y al ponerlo en sus manos, le dijo: «Esta comunicación fué entregada al portero mayor para que indagara las señas. Corrió entre nosotros de mano en mano, hasta que ví el nombre... ¡Qué casualidad! «¡Pero si



le tengo en mi casa!» Abralo usted pronto, que, si no me engañe, es nombramiento.»

Calpena se quedó frío de estupor. D. Pedro, como el que sueña despierto, exclamó: «¡Credencial! Será cuando menos de Administrador de Tercias Reales, ó de Colector del Noveno y Medias Annatas.»

Abierto el pliego, resultó contener un nombramiento de Oficial de la Secretaría de Hacienda, con doce mil reales: firmaba *Mendizábal*. Un tanto desconcertó á Hillo el ver que la nueva dádiva, parabolicamente arrojada por *la mano oculta* sobre aquel venturoso mortal, no correspondía, con ser grande, á las hipérboles que soñara la desbocada fantasía del clérigo. Pero reflexionando en ello, no tardó en conformarse y dijo: «Para hacer boca no está mal. Pocos serán los que empiecen así. Papilla de doce mil reales no se da ni á los hijos de los Ministros. Y aquí estoy yo, pretendiendo hace catorce años una triste cátedra con seis mil, sin que hasta la presente... Pero no importa... Con que, hijo, alégrate y toca las castañuelas, que por lo que veo, el mundo es tuyo. Oye: que no pasen dos días sin ir á tomar posesión y á darle las gracias al señor de Mendizábal.»

Ni contento ni triste, sino fluctuando entre sus sombrías inquietudes y el gozo retazón de su vanidad halagada, Calpena contestó que no pondría los pies en el Ministerio sin dar antes un paso que su decoro exigía y su ardiente curiosidad reclamaba. Empleó la mañana siguiente en la diligencia de



buscar al llamado *Edipo*, lo que no le fué difícil recorriendo oficinas y retenes policia-cos; pero el tal no le dió ninguna luz. No era más que un simple *intramedario*: llevaba los mensajes sin conocimiento de su procedencia; le llegaban de segunda mano, ó sea por órdenes de su inmediato jefe, el Sr. D. Manuel de Azara. Sin pérdida de tiempo echóse D. Fernando á buscar á éste; solicitó audiencia, que le fué concedida, después de largos plantones, al anochecer del día siguiente, y encontróse frente á un hombre extraordinariamente calvo y con el bigote teñido, que le escuchó benévolo y un tanto malicioso; pero sin dar lumbres. Aseguré que de la credencial no tenía la menor noticia, y que de la remesa de encarguitos, así como de la preparación de aposento, no podía revelar cosa alguna por habérsele impuesto absoluta reserva *bajo pérdida de destino...* «Y francamente—dijo al terminar,—no hay más remedio que defender la plaza como se pueda, mayormente cuando á uno le tienen entre ojos por ser criado á los pechos de D. Tadeo Ignacio Gil... Gracias que Olózaga me considera y está contento de mí... En una palabra, caballero, no me pregunte usted nada, porque no he de responderle. Precisamente el señor Subdelegado me estima, como he dicho, porque no hay quien me iguale en el don de silencio. Y si me permite usted darle un consejo, le diré que aprenda cosa tan fácil, poniéndose á ello, como es el callar. Lo difícil, señor mío, es

callarse cuando á uno le pegan; pero callarse cuando le miman y regalan... ¡qué cosa más fácil! Créame á mí: déjese llevar, déjese querer...»

No muy satisfecho, aunque resignado con la cómoda filosofía del polizonte, se volvió á su casa D. Fernando, y antes de poder contar á Hillo la reciente entrevista, recibieron ambos una nueva sorpresa: carta del misterioso corresponsal, que decía:

«Tontín, aunque Mendizábal recuerda al jovenzuelo que le sirvió de amanuense en el hotel *Meurice*, en París, no le hables de tal cosa cuando le veas, que le verás. No le pidas audiencia para darle las gracias: él te llamará. Adúlale un poquito, que le gusta, y si trabajases algún día en su despacho particular, no te muestres cansado, aunque te tenga diez ó doce horas con la pluma en la mano, que le entusiasman los incansables, como él.

»No faltes el sábado, en el Príncipe, al estreno de *Los hijos de Eduardo*, traducido de Delavigne por el tuerto Bretón. Dicen que es cosa buena. Y si repiten el *Don Alvaro*, de Angelito Saavedra, no dejes de ir á verlo. Ya sé que el viernes pasado estuviste en el cuarto de Florencio Romea, donde conociste á Ventura de la Vega. Andate con tiento en frecuentar cuartos de cómicos: fácilmente pasarás de los cuartos de ellos á los de ellas... y esto no me gusta.

»Con perdón del Sr. Utrilla, la levita verde no te ha quedado bien. Hace unas arru-

guitas en la espalda, que no aumentarán la fama del primer sastre de Madrid. Qué te la vea puesta, y mándasela después para que te la arregle. De paso te encargas un *surtout* color barquillo, y que te lo hagan pronto, que las noches ya refrescan; pero no tanto que pidan capa... Los mejores guantes son los de Dubosc, y las mejores camisas las de Fernández, calle del Príncipe. El reloj que tienes, regalo de tu padrino, está pidiendo sucesor. Además de que es feísimo, se atrasa que es un gusto, y así llegas tarde á todas partes. Ya veremos de darle jubilación. Pero no lo vendas ni lo des á nadie: guárdalo siempre como recuerdo de cuando D. Narciso te tiraba de las orejas por no saber los latinajos.

»Bobillo, no te entretengas más de una hora en el *Café Nuevo*, y mira con quién te juntas, y á qué tertulias te arrimas. Cuidadito con Larra, que tiene más talento que pesa; pero es mordaz y malicioso. Si vuelves al Parnasillo, busca la amistad de Roca de Togores, de Juanito Pezuela y de Donoso Cortés... Con Espronceda y otros tan arrebatados, *buenos días y buenas noches*, y nada de intimidades... Suscríbete á *La Abeja*, lee *El Español*, y hazle la cruz al *Eco del Comercio*.

»Adiós. El domingo, á misa de once, en las Niñas de Leganés.»

Suspiró Calpena al acabar la lectura, y D. Pedro, echando lumbre por los ojos, dijo: «Ya no me queda duda de que es una dama. ¡Y qué cariñosa ternura, qué purísimo y entrañable afecto!...

—Lo que yo creo—observó el joven,—es que vivo espiado dentro y fuera de casa, pues la desconocida persona que me escribe sabe todos mis pasos, observa las arrugas de mi ropa, y se entera de cuándo se me atrasa el reloj.

—¿Y qué te importa, tontín? ¿Qué mayor dicha para un joven honesto que tener quien así cariñosamente le vigile, designándole los buenos caminos y apartándole de los atajos peligrosos? Ahora no hay que pensar sino en presentarte en el Ministerio, tomar posesión y ponerte al habla con el grande hombre, con ese gaditano londonense, negociante antes que político, á quien yo tenía entre ojos; pero ya me va gustando, ya me va gustando. Al darte la credencial demuestra que no es rana... Ya ha olido el hombre que tú vas para personaje; que cuando tengas la edad serás Procurador, Prócer, ó lo que te dé la real gana, y el muy tuno quiere atracerte con tiempo, llevarte á su lado, hacerte de su partido...»

Meditabundo, Calpena no siguió á D. Pedro en sus apreciaciones optimistas. Casi toda la noche la pasó en vela, asaltado de una fiebre inquisitiva, revolviendo en su mente los claros recuerdos de su niñez, busca por allí, husmea por allá, evocando memorias de rostros, frases ó reticencias de D. Narciso, ó de alguien de su familia; más en ningún repliegue del pasado vislumbró hilo que le guiara por aquel laberinto en cuyo seno misterioso se ocultaba la verdad. Tampoco

Hillo durmió aquella noche con el dulce sueño que su pura conciencia ordinariamente le permitía. Viva excitación cerebral le tuvo en vela, y allí era el lanzarse á un desenfrenado juego de acertijos, admitiendo y desechando hipótesis. «Esto no lo hace más que una madre—se decía.—Y que esa madre es persona de alta posición, no puede menos de admitirse. Bien claro está: riquezas hay; nobleza también. No me falta más que el nombre para llegar á la completa solución del enigma. Luego viene el otro problema: el papá. Por San Dionisio Arcopagita, ésta sí que es gorda. ¡Dios mío, el padre...! No sé por qué me ha dado en la nariz tufo de sangre real... Sí, sí. Tiene mi Fernandito en toda su persona un sello de majestad, de grandeza de estirpe, que no deja ninguna duda, no señor... Por la fisonomía, nada saco en limpio... Como narigudo, no lo es; ni tiene el labio inferior echado para afuera... Por tanto, no parece...»

Dormido al fin, soñó con las más estrafalarias anagnórisis que es posible imaginar, y al amanecer despertó sobresaltado con una idea, que en su cerebro como ladrón furtivamente se introdujo, hallándose en ese estado neblinoso que separa el dormir del velar. «Ya, ya lo acerté—dijo á media voz incorporándose en la cama.—Es... de Napoleón y de... No será difícil descubrir una Duquesa ó Marquesa que...»

Media hora después, camino del Carmen Descalzo, donde celebraba, volvía en sí de



aquella aberración, razonando de este modo: «No... porque, bien mirado, no tiene el tipo de los Bonapartes... digo, me parece á mí. Yo no he visto á ningún Bonaparte, como no sea en estampa, porque á Napoleón I, por más que corrimos tras él los muchachos, el día siguiente de la batalla de Astorga, no alcanzamos á verle... no vimos más que un bulto... el bulto de un jinete, á lo lejos, por el camino de Otero... Al Rey Botellas tampoco le eché la vista encima... Sólo por las pinturas se hace uno cargo de la fisonomía de aquellos señores... No, no, esto es un delirio. Ni aun quitándole el bigote al niño, y engordándole mentalmente, encontraríamos el aire de familia... ¡Qué demonio!... espere-mos, y Dios lo dirá.»

## X

Uno de los primeros días de Octubre, á los veinte próximamente de su llegada á la Corte, inauguró Calpena su vida burocrática, presentando su credencial en la Secretaria de Hacienda (plazuela de Ministerios), y tomando posesión de su destino. Tocóle de jefe de Sección ó *Mesa*, un D. Eduardo Oliván é Iznardi (no tenía nada que ver con D. Alejandro Oliván, entonces redactor de *La Abeja*, ni con D. Angel Iznardi, redactor de *El*



*Eco del Comercio*). Hechura de D. Luis López Ballesteros, respetado por Cea Bermúdez, y por Toreno, bien agarrado en todos los Gabinetes por sus excelentes relaciones, era un señor bueno como el pan, sencillo como una codorniz, afable, angosto de cerebro, y tan ancho de conciencia burocrática, que en ella cabía, y aun sobraba conciencia, la libertad anchurosísima de sus subordinados. Su llaneza patriarcal parecía olvidar las jerarquías, alternando amigable y democráticamente con los inferiores en la tarea deliciosa de leer *El Español*, *El Eco* y *La Abeja*, fumar cigarrillos, repetir y comentar todo lo que en Madrid se hablaba de política y literatura, echando de vez en cuando una plumada á los expedientes, por vía de distracción, y sin suspender la grata tertulia. Cada cual salía y entraba en aquella bendita oficina á la hora que mejor le cuadraba. Eran cinco los funcionarios, con Calpena seis, repartidos en tres mesas, con la del jefe cuatro, de distinta hechura y edad, si bien todas representaban una antigüedad venerable. Dígase que la tinta era excelente, hecha en la casa; las plumas de ave; los tinteros de cobre, y que sobre las bayetas verdes y los mugrientos hules se extendían los negros polvos de secar, formando en algunos sitios verdaderos arenales. Inauguraba el bueno de Oliván su trabajo cortando plumas, en lo que ponía exquisito cuidado y habilidad, pues su gala era esto y la rúbrica que echaba en las firmas, no menos rasgueada y pintoresca que

la de un escribano. Mientras duraba el corte hablaba con los madrugadores, ó sea los que recalaban por allí de diez y media á once; les refería incidentes ó sucedidos de su familia, gracias y travesuras de sus niños; les oía contar algo de Teatro y Toros, alguna mujeril aventura, y así se pasaba el tiempo hasta las dóce, hora en que le traían á Don Eduardo su almuerzo. Sobre las bayetas arenosas extendía una servilleta, y se comía su tortilla de patatas y su chuletita de ternera. Salían y entraban los mozos de café con servicios para el jefe y algunos subalternos, y en tanto, el que no tomaba café, hacía caricaturas; otro escribía versos, y el de la última mesa las cartas á su novia. Luego se trabajaba un poquito, mientras uno leía en voz alta *El Español*, para que los demás se enterasen. El jefe solía pasarse á la Sección próxima, donde había otro jefe que *veía largo* en política, y anunciaba con seguro vaticinio todo lo que iba á pasar. Más tarde descansaban, fumando un cigarrillo. D. Eduardo recibía cortesmente á las personas que acudían al despacho de algún asunto, y para hacerles ver la actividad que allí se desplegaba, les ponía ante los ojos rimeros de papeles que debían pasar pronto á la Sección correspondiente, y otros rimeros de papeles que acababan de llegar, después de lo cual les prometía no detener los expedientes más que el tiempo necesario para *el concienzudo examen de los mismos*. Luego se limpiaba el sudor de la calva, y contaba á sus su-

balternos lo que el otro jefe de Sección le había dicho: que todo iba muy bien; que la quinta de cien mil hombres daría un resultado maravilloso, y que no había duda de que Istúriz y Galiano apoyarían incondicionalmente al Sr. Mendizábal en el Estamento próximo. No se podían dar las mismas seguridades de López y Caballero, y Toreno y Martínez de la Rosa no saldrían de su pasito *moderado*. Había, pues, situación Mendizábal para un rato, y se verían realizadas las reformas que el grande hombre había prometido en su famosa exposición á la Reina. Pero la noticia culminante era que la Milicia urbana se reorganizaría, tomando el nombre sonoro y magnífico de *Guardia Nacional*. «Todo será á *estilo de Francia*—concluía D. Eduardo;—y lo mejor es que á los milicianos de Madrid y su provincia se nos da carácter de ejército regular, formando con nosotros una división mandada por un Jefe superior, y bajo la inspección de un General... Por eso ha dicho San Miguel que sere-mos el ángel custodio de las instituciones.»

No siempre hablaba de lo mismo, aunque era muy dado á la repetición de conceptos, vicio que los retóricos llaman *batología*. «¿No saben? Se suprimen las *cartas de seguridad*, esa rémora, señores, para la gente honrada que tiene que viajar de un punto á otro. Yo soy partidario de que se *corten abusos*. Los que han viajado por el extranjero nos dicen que estamos en el siglo xv, y francamente, yo quiero pertenecer á *mi siglo*... Seamos to-

dos de nuestro siglo, entrando por el aro de las grandes reformas... Otra de las buenas noticias es que se suprimen *las pruebas de nobleza* para ingresar en los establecimientos científicos, ora civiles, ora militares... Realmente, semejante ranciedad era un resabio de la Edad Media. Abrase la enseñanza para todo el mundo y dese al mérito ancho campo. ¡Abajo la Edad Media!... Créanlo ustedes, en este particular estoy de acuerdo con Caballero y los de *El Eco*; nada más que en este particular, pues opino, como él, que la *demo... cracia*, así se dice, la *democracia* exige que el pueblo se ilustre. Yo soy partidario de la ilustración del pueblo, como soy partidario de que el pueblo sea moral, y de que los empleados trabajen... Mi sistema es: pocos empleados, pocos, pero muy bien pagados.»

Dichas estas cosas, y otras de igual transcendencia y filosofía, el jefe bromeaba un poco con sus subordinados: con éste por si la novia le daba calabazas; con aquél por si era alabardero en los teatros; con el otro por si le sudaban tanto las manos, que toda la arenilla se le quedaba pegada en ellas, y obligaba á *la casa* á frecuentes reposiciones de aquel material. Luego les recomendaba benévola y paternalmente que no dejaran el papelerio esparcido sobre las mesas, y él mismo daba el ejemplo recogiendo legajos y metiéndolos en una alacena donde tenía botellas vacías ó medio llenas, el *Diccionario geográfico* de Miñano, confundidos sus tomos

con los de novelas y viajes, entre estos el de *Enrique Watson al país de las Monas*. «Yo soy partidario—decía,—de que haya orden en las oficinas, para que el trabajo se haga como Dios manda, y cada cual encuentre lo que necesita para el pronto despacho de los asuntos...» Con esto se aproximaba la hora feliz de poner punto en las facnas del día: los sombreros parecían alegrarse en lo alto de las perchas, viendo próximo el instante de que sus dueños los cogieran para echarse á la calle. «Vaya, ya es hora, ciudadanos—decía D. Eduardo, atusándose los mechones laterales, y cubriéndose con pausa y solemnidad, como si su calva fuese una cosa sagrada que reclamaba el respeto de la protección sombreril.—Me parece que hemos trabajado bastante. Hasta mañana.»

Si la tarde era plácida, se iban de paseo, y si lloviznaba ó hacía frío, al café, donde con charla sabrosa de literatura, de política ó de cosas mundanas, reducían á polvo el tiempo hasta la hora de cenar. Que Calpena se aburría en la oficina, no hay para qué decirlo. Desde su iniciación burocrática no había hecho más que extender algunos oficios y copiar dos ó tres estados de recaudaciones. El jefe le consideraba, presumiendo en él una superioridad aún no bien manifiesta, pero que lo sería pronto; y los compañeros le mostraron afecto y fraternidad, más admirados que envidiosos de su buena ropa. Ya era cosa corriente en las oficinas ver entrar niños bonitos, con sueldos desmesurados, y que no



iban más que á cobrar y á distraerse un rato; hijos ó sobrinos de personajes, que de este modo arrimaban una ó más bocas de la familia á los ubres del presupuesto. Los empleados, que lo eran por oficio y medio de vivir, se habían acostumbrado á la irrupción de señoritos, y alternaban gozosos con ellos, esperando hacer amistades que *en su día* valieran para el ascenso, ó para la reposición en caso de cesantía. En la Sección de Calpena todos los funcionarios eran de peor pelaje que él: alguno pasaba de los cincuenta años y sólo disfrutaba ocho mil reales, vestía ropa vuelta del revés y apenas paseaba, por no romper botas; otros conservaban aún trajes provincianos, estirándolos cuanto podían, y no faltaba quien vistiese regularmente por el sistema económico de no pagar al sastre. Sobre todos descollaba Calpena, no sólo por su elegancia y buena figura, sino por su saber de cosas extranjeras, y su rumbosa generosidad en el pago de cafés y refrescos después de la oficina. Con uno de sus colegas, extremeño, envejecido prematuramente y seco como un esparto, habitante en una casa de huéspedes de ínfima categoría, parroquiano fósil de diferentes cafés, hizo amistades, seducido por la sabrosa erudición que ostentaba en cosas y personas de Madrid. Muchas tardes iba con él al *Nuevo*, y se le pasaban mansamente las horas oyéndole contar anécdotas que parecían mentira siendo verdades, y embustes que resultaban perfecto simulacro de la verdad. Por Serrano



(que así se llamaba) supo Calpena que su jefe, D. Eduardo Oliván, era un hombre desgraciadísimo en su vida doméstica, aunque no conocía, ó aparentaba no conocer su propia desgracia. La paz que en su hogar reinaba era la proyección de su mansedumbre, virtud con la cual adquirido había una triste celebridad. Ponderó Serrano la seductora hermosura de la mujer del jefe, y algo dijo también de su familia, muy conocida en Madrid. Se la veía muy á menudo en teatros y paseos, fingiendo una posición que no tenía, alternando con personas cuya riqueza consistía en bienes raíces, ó en rentas que estaban á la vista de todo el mundo. Las de aquella buena señora eran un tanto enigmáticas. «Si quiere usted más detalles, pídaselos al hoy General en Jefe del ejército del Norte, D. Luis Fernández de Córdova. Los sucesores de éste son de menor categoría militar y civil. El último que ha caído en las redes de nuestra *jefa* es ese Capitán de artillería... Escosura, Patricio de la Escosura... ¿No le conoce usted? De seguro que sí. En el Príncipe le tiene usted todas las noches. Es el que retrató Bretón en el *D. Martín* de la Marcela.

—No sabía que los tres amantes de Marcela fueran retratos.

—Bien se ve que no está usted aún familiarizado con nuestra sociedad... Pues el *Don Amadeo* es Pezuela, y el *D. Agapito* el chico de Clemencín.

## XI

—Una de estas noches, amigo Serrano—dijo D. Fernando,—va usted á venir conmigo al Príncipe, para que me diga los nombres de todas las señoras que veamos en los palcos. En el tiempo que llevo aquí, he hecho algunas amistades, pocas; hace unas noches me llevaron al cuarto de Florencio Romea; en el teatro he conocido á Ventura de la Vega y á Mesonero Romanos. El señor á quien debo este conocimiento me le presentó días pasados en la calle de Alcalá mi compañero de casa D. Nicomedes Iglesias. ¿Le trata usted?

—¿Cómo no?... Iglesias... hombre de mucho talento, de gran porvenir...

—Pues me presentó á ese... ¿cómo se llama? Alonso... Juan Bautista Alonso, con quien me encontré después una noche en la segunda fila de lunctas, y charlamos algo de literatura. Por él he conocido á Vega, he hablado con Larra, y he saludado á Espronceda en el café Nuevo y en el Parnasillo...

—Alonso es poeta y un buen periodista... chico que vale. Será ministro... ¿Y no ha querido catequizarle á usted para la sociedad *Los Numantinos*?

—A mí no... Ni yo gusto de meterme en esas cosas, ni la vida política me seduce.

—A mí... sí... pero ~~no~~ puedo consagrarme á ella, por...»

Acometido de una tos violentísima, parecía que se ahogaba. Amoratado y convulso, faltábale poco para echar los bofes y escupir el alma. «Con esta maldita tos—dijo cuando se fué sosegando, y se limpiaba de babas, mocos y lágrimas el encendido rostro,—¿cómo quiere usted que sea uno político y orador?... Mi naturaleza es émula de mi bolsillo en el agotamiento, en la extenuación... No me forjó ilusiones de vivir el año que viene: estoy tísico pasado.»

Trató de consolarle Calpena, con más lástima que convencimiento, porque en verdad la flaqueza y el color cadavérico de su amigo invitaban á entonar el responso. No espantado de la muerte, ó echándoselas de valiente, hablaba Serrano de su próximo fin con entereza estoica un poquito afectada. Era moda entonces morirse en la flor de la edad, tomando posturas de fúnebre elegancia. Habíamos convenido en que seríamos más bellos cuanto más demacrados, y entre las distintas vanidades de aquel tiempo no era la más floja la de un fallecimiento poético, seguido de inhumación al pie de un ciprés de verdinegro y puntiagudo ramaje. «Estos pobres huesos—prosiguió Serrano,—están pidiendo la mortaja. Le diré á usted, en confianza, que es de tanto sufrir y de tanto gozar... Mi vida, si yo la contara, sería la más interesante de las novelas. Mis años, por el mucho y precipitado vivir, pa-

recen siglos... ¡Y que llegue uno al borde de la tumba con ocho mil reales!... En fin, doblamos la hoja triste... ¿Me decía usted que desea ir conmigo al teatro para que le dé á conocer á todo el personal masculino y femenino que veamos en palcos y butacas? No podía usted encontrar, ni buscándola con candil, persona más para el caso, porque como de algún tiempo acá no tengo nada que hacer (en la oficina ya ve lo que trabajamos), me dedico á conocer *de visu* á todo el mundo, y á la averiguación de vidas ajenas... Soy un Plutarco para esto de las vidas, y las hago también paralelas. Sabrá usted los nombres y las historias, amigo mío, que aquí no hay nadie que no tenga su historia... y las hay de oro. ¡Con decirle á usted que la de nuestro esclarecido jefe es de las más inocentes...!

—¡Caramba!

—¿Y lo duda? ¿De qué dehesa viene usted?

—¿Dónde hay más historias, en las clases altas ó en las medias?

—En todas; pero las de las altas son más bonitas, más profundamente depravadas. Yo las conozco al dedillo, y en pocas noches le daré la instrucción suficiente para que no pase por cándido el día que se introduzca en la sociedad.

—¿Pero no se exime nadie, galán ni dama, del oprobio de esas historias? ¡Por Dios, Serrano...!

—Nadie... Todo el mundo tiene historia. Por lo común no hay persona bien vestida

que no lleve consigo su misterio: este misterio es algo que no debe saberse, y, sin embargo, se sabe, porque fijese usted... Nada es aquí tan público como las cosas secretas... En fin, por tener todo el mundo historia, hasta usted la tiene, usted, querido Calpena, que acaba de llegar á Madrid; y antes de dar los primeros pasos en las tablas del teatro social, ya nos indica que trae buen papel en la comedia.

—¡Yo!—exclamó Calpena palideciendo.—  
¡Pobre de mí! ¡Si no soy nadie!

—Los que empiezan no siendo nada, suelen acabar siéndolo todo.

—Bueno. Pues si alrededor mío hay una historia y usted la sabe, amigo Serrano, ¿tendría inconveniente en contármela?

—Inconveniente, ninguno... pero la tos... ya ve... no puedo hablar... me ahogo...»

Aguardó Calpena á que el golpe de tos se calmase, y cuando hubo pasado, aún tuvo que esperar más tiempo, porque el infeliz tísico se quedó un rato sin respiración, los ojos inyectados, la frente sudorosa, las manos trémulas...

—Pues sí... esta maldita tos no me deja vivir... Si yo no tosiera, sería orador, créame usted... Pues no hay que tomar á mala parte esto de las historias. ¡Tan joven y ya protagonista! Si he de ser franco, no puedo aún decir á usted cosas concretas...

—¿Pues no asegura que lo sabe todo?

—Todo no. Es muy pronto todavía, y aún son pocas las personas que se han fijado en



el joven Calpena... Lo que yo he oído no es ofensivo para usted, ni mucho menos.

—Sea lo que quiera, debo saberlo.

—La tos otra vez... Me ahogo...

—¡Demonio! ¿Por qué no toma usted pastillas? Yo se las traeré de la botica más próxima.

—No... gracias... Es inútil. Las he tomado de todas clases, sin sentir el menor alivio.

—Ya pasa... ya puede hablar.

—La verdad, amigo mío, á usted se le tiene en estudio. Sólo he oído formular preguntas, aventurar alguna hipótesis... Conjeturas, presunciones... qué será, qué no será...

—¿Nada más que eso? Pues soy, respecto á mí, el primero de los curiosos investigadores, y yo pregunto también: «¿quién soy?... Calpena ¿quién eres?»

—¿Pero usted nó lo sabe?...»

Comprendiendo que había ido demasiado lejos en la expresión de sus dudas, D. Fernando se enmendó diciendo: «Sé quien soy; pero en la vida de todo hombre, por clara que aparezca, hay siempre incógnitas que resolver.

—¿De modo que no sabe usted todo lo que le concierne?

—Hombre, todo, todo precisamente, no.

—Pero sí sabrá quién le recomendó para la plaza que hoy ocupa en el Ministerio.

—Juro á usted que lo ignoro.

—Las recomendaciones toman en este país giros muy extraños, y ofrecen á veces con-comitancias increíbles. A mí, para que me



dieran la plaza mísera que tengo, me recomendó la persona más opuesta á mis ideas, D. Antonio Zarco del Valle, á quien interesé por el ama de cría de uno de sus niños. Por un empleado del personal he sabido que en el libro donde constan los padrinos de cada empleado, figura usted como hechura y ahijado del propio Mendizábal, lo que nadie extrañará, porque bien podría el Ministro ser amigo, deudo de su familia de usted.

—No lo es. Ese señor no tiene ningún motivo para interesarse por mí.

—En tal caso habrá recibido cartas expresivas de persona á quienes no puede negar un favor de esta clase. Por indiscrección de un amigo de la secretaría particular, puedo... no afirmar, ¡cuidado! sino sospechar... con vehementes indicios de acierto...»

Sobresaltado y ansioso, aguardaba el otro la terminación del concepto. Un amago de tos determinó pausa expectante, que á Calpena le pareció un siglo. Por dicha, no fué más que amago, y Serrano pudo decir claramente: «Si se empeña usted en oírme lo que sabe... ¡vaya si lo sabe!... le diré que debe su plaza á la Duquesa de Berry...»

Pausa.... Sólo se oía el áspero ronquido que salía del pecho de Serrano. El estupor de Calpena acabó por resolverse en una risa nerviosa, que lo mismo podía ser de regocijo que de burla.

«¡La Duquesa de Berry!... ¿Está usted loco? ¿La esposa del Príncipe asesinado á la salida de la Opera, hijo de Carlos X...?»

—Justo... Carolina de Nápoles, hermana de nuestra Reina Gobernadora Doña María Cristina.

—¿Y esa señora es la que figura como...?

—No figura en el libro de recomendaciones; pero por referencias, por indicios de Secretaría, sé yo...

—¡Locura, delirio!—exclamó Calpena levantándose, como hombre que quiere poner fin por la ausencia á una conversación enfadosa.

—Si usted me probara eso...—indicó Fernando, fingiendo indiferencia.

—¿Prueba?... ¡Oh!... Me remito al gran demostrador de verdades, el tiempo...

—Pero ¿cómo es posible...? ¿Qué tiene que ver mi humilde persona con esa Princesa...?

Serrano alzó los hombros, quiso decir algo; pero, ahogándose, no hizo más que balbucir: «No puedo. La tos, la tos...»

## XII

La placentera holganza en que vivían los individuos de la sección ó mesa, de que era jefe el Sr. D. Eduardo Oliván é Iznardi tuvo su término, que si no hay mal que cien años dure, tampoco los bienes suelen ser duraderos, y el motivo de tan brusca alteración,

que produjo enorme desquiciamiento en la metódica parsimonia del jefe, no fué otro que el haberse manifestado en aquella esfera administrativa el impulso de actividad que imprimió Mendizábal á los asuntos de su Ministerio, cuando se desembarazó de las graves cuestiones políticas á que en los primeros días tuvo que atender. Desempeñando interinamente, además de la cartera de Hacienda, con la Presidencia, las de Guerra, Marina y Estado, hubo de promiscuar en el despacho de mil negocios diferentes. Por milagro de Dios no se volvió loco el bueno de D. Juan Alvarez, que materia ofrecía cualquiera de aquellas oficinas para trastornar el seso del más pintado en tiempos tan revueltos. Confiado ya en dominar la espantosa anarquía de las Juntas que convertían el Reino en una inmensa jaula de locos; seguro ya del éxito de la quinta de cien mil hombres, arriesgado acto de Gobierno que revelaba iniciativa poderosa y voluntad de acero, se metió en su casa propia, Hacienda, y empezó á remover y sacudir, con mano de atleta, las mohosas inercias de la administración heredada de Fernando VII. ¡Lástima que no lo hiciera con más pulso, para que las ruinas y los escombros no embarazaran la obra nueva! Construía con el hacha... Aunque no carecía de habilidad, no pudo evitar el cortarse las manos con la herramienta que tan presuroso manejaba.

Pues, señor... obligado el pobre D. Eduardo á andar de coronilla, no sabía lo que le

pasaba, ni á qué santo encomendarse. En toda su vida burocrática, que con intercalencias databa de los tiempos de Ballesteros, no había visto desencadenarse sobre aquella plácida esfera un ciclón tan duro. No hacía más que ir de una mesa á otra, limpiarse con fuertes restregones el sudor de la calva, dar resoplidos, subirse el pantalón, que con tantas ansiedades se le caía. Y una mañana, medio loco ya, ó loco entero, gritaba en medio de la oficina: «Pero este buen señor nos trata como si fuéramos dependientes de comercio. La dignidad del funcionario público no consiente estos excesos de trabajo, pues ni tiempo le dejan á uno para almorzar, ni para dar un *mero* paseo, ni para encender un *mero* cigarrillo... Cinco intendencias me ha señalado hoy para el envío de circulares con las instrucciones reservadas y las nuevas tarifas. Pues para despachar esto, excelentísimo señor, necesito aumento de personal, necesito catorce oficiales y ocho auxiliares, y aun así, no podríamos concluirlo dentro de las horas reglamentarias, que son de diez á cuatro... Sería justo además que al exceso de ocupación correspondiera doble paga, mientras durase este ajeteo. Soy partidario de que á los empleados se les remunere bien, pues de otro modo la buena administración no es más que un mito, un verdadero mito.»

Y aquella misma tarde, en el colmo ya del mal humor, que expresaba alargando los morros, entró en la Sección próxima, dicién-

do: «Pido al señor Ministro aumento de personal, ¿y qué hace? Nada: que aún le parece mucho lo que tengo, y me pide dos chicos que escriban bien y sepan llevar correspondencia. Estamos lucidos, como hay Dios... Ea, Sr. Calpena, pase usted á la secretaría particular del señor Ministro; y usted, Serrano... Pero no... aguardaremos á ver si se contenta con uno... quédese usted... Esto es insufrible. Yo digo que envidio á los presidiarios...»

Pasó Calpena á donde se le mandaba, y fué introducido en una habitación pequeña con luces al patio medianero, en la cual había dos mesas y un solo empleado, viejo, que escribía con la cara tocando al papel. Un estrecho pasillo comunicaba la tal pieza con el despacho del Ministro. Allí esperó órdenes. Alzó el viejo la cabeza, y levantándose las antiparras á la frente, le miró, hizo un saludo monosilábico, volvió á bajar los vidrios, y dejó nuevamente caer sobre el papel su rostro. Creeríase que no escribía con la pluma, sino con la nariz... Sonó la campanilla. Levantóse el vejete de un brinco, murmurando: «Su Excelencia llama.» Viéndole desaparecer por el pasillo, advirtió Calpena que cojeaba. Un instante después volvió con varias cartas en la mano, y dijo lacónicamente á su compañero: «Que pase usted.»

Grande fué la emoción del joven al atravesar el pasillo, al levantar la cortina y ver el hueco de la estancia... á Mendizábal no le veía. Quedóse en la puerta hasta oír la pa-



labra *adelante*, dicha con enérgica entonación. Estaba el grande hombre sentado, y se inclinaba para sacar papeles de la gaveta más baja de su mesa ministerial. Al incorporarse, presentó á la admiración y al respeto de Calpena su hermoso busto, el rostro grave de correctísimas facciones, el rizado cabello, las patillas tan bien encajadas en los cuellos blancos, y éstos en el liso tafetán de la negra corbata reluciente, las altas solapas de la levita, y por fin, al ponerse en pie, ésta en toda su longitud, ceñida y al propio tiempo holgada.

Calpena permaneció inmóvil y mudo, estatua de la cortedad respetuosa. Mendizábal le miró... En la extrañísima situación de espíritu en que el buen chico se encontraba, hubo de creer que su jefe le miraba con picardía. Pero es casi seguro que era pura aprensión; al menos, así lo creyó después. Contra lo que pensaba, ni le preguntó el Ministro su nombre, sin duda porque lo sabía, ni sostuvo con él diálogo de introducción. Entre personaje tan elevado y un pobre subalterno de ínfima categoría, no podían mediar más palabras que las naturales entre el señor y el criado que le sirve. Estas fueron corteses, ceñidas al asunto, y sin frascología ociosa: «Tiene usted hermosa letra, y buen criterio para contestar por sí mismo las cartas, con una simple indicación mía.»

El joven se inclinó. Cuando D. Juan de Dios avanzó hacia él, ostentando la gallardía total de su persona, su alta estatura, Cal-



pena, que ya había admirado el busto, admiró también el pantalón, de corte perfecto, como de sastrería londonense, y el pie pequeño, calzado con zapato bajo sujeto en el empeine con un lazo de cintas negras.

«Contésteme usted, por de pronto—prosiguió Su Excelencia,—estas tres cartas. La más urgente y delicada es...»

No encontrando la que llamó delicada y urgente, la buscó en la mesa, después en el bolsillo interior de la levita, y como allí no pareciera, manifestó disgusto. «Está bueno. Pues me la he dejado en casa... Pero no importa. Escribame usted la contestación, que es sencillísima... del tenor siguiente: «Serenísima Señora Duquesa de Berry. Señora: Tengo el gusto de manifestar á Vuestra Alteza que obediente á sus ruegos... que son órdenes para mí...» Ya usted comprende... una fórmula de gran respeto... «que obediente... y tal... me he apresurado á complacer, y tal, á Vuestra Alteza Serenísima en la petición con que se ha dignado honrarme... y tal...» Nada más... Ah, sí... «Debo manifestar á Vuestra Alteza Serenísima que el joven...» No, nada de joven... «Que la persona... y tal, que se digna recomendar-me es...» No, no... «He tomado informes, y puedo asegurar á Vuestra Alteza que el sujeto, etcétera... es digno de la protección de persona tan elevada...» Así, poco más ó menos. Vea usted cómo sale del paso. Puede tomar nota.

—No necesito tomar nota. Recuerdo per-

fectamente las indicaciones de Vucencia.

—Mejor. Así me gustan á mí los hombres, vivos de memoria... Pues escribame la carta al momento y tráigamela para firmarla.»

Hizo Calpena la reverencia, se fué á su oficina y mesa, y tanteando la difícil materia epistolar en un borrador, escribió la carta, esmerándose en los trazos de su hermosa letra, y la llevó al Ministro. Éste había pasado al salón próximo, donde tenía como unas veinte visitas, y mientras Calpena esperaba, entró también su compañero, el viejo de las antiparras, que por primera vez le dirigió la palabra en forma afectuosa. «Ahora tiene para rato—dijo, refiriéndose al Ministro.—Le traen loco con esto de las elecciones. Para cada puesto del Estamento hay setenta candidatos...

—Ya, ya...

—¿Y usted, Sr. de Calpena, se presenta para Procurador?

—¡Yo! ¡Procurador yo!—exclamó Fernando con asombro, casi con miedo.

—¿No? Pues yo no lo he inventado. En la casa se ha dicho... y hasta me parece que oí nombrar la provincia...

—Creo que está usted equivocado...

—Podrá ser... ¡Pero cuando lo dicen por algo será! Vea el Sr. Calpena cómo de mí no se dice nada.

—¿Qué sueldo tiene usted?

—¿Yo? Diez mil, y para eso llevo veintidós años en el ramo. He pasado por catorce intendencias, he sufrido siete cesantías, y

todas las trifulcas que hemos tenido aquí desde el año 14 me han cogido de medio á medio. En una me dejaron cojo los liberales, en otra me abrieron la cabeza los realistas, en ésta me apalearon los exaltados, en aquélla me despojaron los apostólicos de todo cuanto tenía. Vive uno por casualidad en esta tierra, y, sin embargo, la quiere uno... pues, como se quiere á una mala madre... Yo soy gaditano, ó lo que es lo mismo, de Chiclana, y por tener algún parentesco lejano con los Méndez y amistad con los Bertrán de Lis, no me ve usted pidiendo limosna. Soy muy corto. Aquí sólo hacen carrera los parlanchines, y yo, aunque andaluz, me callo muy buenas cosas y no tengo el despotrique que ahora se usa. Sea usted bullanguero, piense como un topo y charle como una cotorra, y verá cómo se le abren todos los caminos... Lo mejor es que siempre será lo mismo, y no veo yo mejores días para la España. Este grande hombre, que ha venido como el Mesías, trae mucha sal en la mollera, y el firme propósito de hacer aquí una regeneración... vamos, para que nos envidien todas las naciones. Pues verá usted cómo no hace nada. ¿Por qué? Porque no le dejan... Ya le están armando la zancadilla. Crea usted que antes que tenga tiempo de cumplir lo que ha ofrecido, se le meriendan... Ya empiezan á decir si en Palacio gusta ó no gusta. Y es la de siempre: Palacio...»

En este punto entró Mendizábal acompa-

ñado de un sujeto con quien hablaba vivamente y en tono áspero.

«Esto no puede ser... Yo he dicho á todos los Subdelegados que dejen votar libremente, y que no intervengan en las elecciones. Claro es que siempre tiene el Gobierno la influencia moral. Pero en Cádiz no puedo hacer nada. Galiano y el amigo Istúriz son los que manejan el tinglado de la elección. Por cierto que Istúriz quiere traer algunos que no conoce nadie. ¿Quién es ese Luis González?

—Es un chico muy despierto, buen periodista, orador fogoso. No creo que salga por esta vez.

—Pues si en Cádiz no logra usted meter á su patrocinado, intente algo en Sevilla. Pero tampoco podrá ser. Ya tengo noticia de los candidatos probables... No les conozco. Hablan con gran encomio de un tal Cortina... Y ese Pacheco, ¿quién es?

—Un escritor notabilísimo: le tengo en mi periódico.

—Bueno, bueno. Tráiganme gente de mérito, segura en sus principios, y que no se asuste de la libertad... Pues decía que procure usted entenderse con los sevillanos. Yo no puedo hacer nada, amigo mío, absolutamente nada.

—Mi patrocinado es aquel joven que usted mismo ha elogiado con tanta justicia, por su actividad, por su inteligencia en la Secretaría de Marina.

—Montes de Oca, si... excelente sujeto.

Tendría yo mucho gusto en traerle al Estamento... Pero no soy yo quien elige: es el pueblo. Vea usted á los gaditanos; entiéndase con Istúriz, que, por lo visto, no se para en barras, y...»

Una mirada que dirigió el Ministro á los dos empleados de su secretaría particular bastó para que éstos se retirasen.

«¿Quién es ese...?—preguntó Calpena á su compañero, á lo largo del pasillo.

—Este es Borrego... Andrés Borrego, el que escribe *El Español*. Dejemos á estos compadres que manipulen á su gusto las nuevas Cortes, y aguardemos aquí, charlando, á que D. Juan nos llame. Como le decía á usted... ya le están minando el terreno á mi paisano; y aunque vale mucho, no le salvarán su talento y buena intención, y si le salvaran, creería yo en lo que no creo: en mi propio nombre.

—¿Cómo se llama usted?

—Me llamo Milagro—dijo el vejete sonriendo,—José del Milagro. Ya ve usted si es alegórico mi apellido, pues verdaderamente no hay mayor prodigio que vivir un hombre entre tantas desventuras, cesante cuando no perseguido, y andando para atrás en mi carrera como los cangrejos, pues yo empecé á servir con el Sr. Urquijo y el Sr. Cabarrús... Vengo de Carlos IV, pasando por Pepe Bote-llas... y en los tres *llamados años*, llegué á tener catorce mil, gracias al Sr. Garellý. A la muerte del Rey, conseguí por el Sr. Seoane esta placita... Y usted dirá que el mayor



milagro mío es mantener, con tan poco sueldo, mujer, suegra y cinco criaturas... Hay Providencia. Yo me defiendo con las traducciones; traduciendo á destajo, visto y calzo á la familia. Y ha de saber usted que entre tantos males, Dios me ha dado una hija que es un ángel. Diez y seis años cumplirá el 14 de Noviembre. Rafaela se llama: me la sacó de pila mi amigo Rafael del Riego, hallándose de guarnición en la Isla. Pues la he enseñado el francés, y me ayuda. Como me estoy quedando ciego del mucho trabajar, ella sola, solita, se ha traducido más de la mitad del *Buffon*... A más de esto, tengo el recurso de llevar la correspondencia en algunas casas de comercio, y principalmente en la de Doña Jacoba...»

Este nombre hirió con súbito rayo la mente de Calpena, y pidiendo más explicaciones, oyó de boca de Milagro las siguientes: «Doña Jacoba Zahón, que compra y vende piedras preciosas... Calle de Milanese... Yo le escribo las cartas y le pongo sus cuentas en orden...»

Campanillazo. Su Excelencia llamaba, y acudieron ambos presurosos. Pidió las cartas escritas; sonrió; leyó detenidamente la de la Duquesa de Berry, y sin mirar á Calpena, le dijo: «Está muy bien.» Después, abrumado de quehaceres, y no sabiendo á cuál acudir primero, dió estas atropelladas órdenes: «Usted, Milagro, ponga una carta á Alcalá Galiano, citándole para esta noche aquí... Y otra, lo mismo, á Saavedra (D. Angel). Usted,



Calpena, escriba una á la Duquesa de Almodóvar, diciéndole que no puedo ir á comer, y tráiganmela para firmar... ¡Ah! espere usted: otra á Sir George Williers, Embajador de Inglaterra: Que mis ocupaciones no me permitieron ir anoche á casa de Van-Halen, como le prometí; que si tiene esta noche libre, se venga por aquí á las once... Usted, Milagro, en una carta breve, cíteme á Olózaga para las doce, y también á... No, no, nadie más.»

En aquel momento anunció el portero: «El Sr. D. Fernando Muñoz...

—Que pase inmediatamente...»

Retiráronse los secretarios, y por el pasillo cuchicheaban: «Muñoz... es la primera vez que viene aquí... Muñoz... *el marido del Ama...*»

## XIII

Al quedarse solo, Mendizábal escribió una carta de cuatro pliegos á Córdoba, General en Jefe del ejército del Norte. Con nerviosa mano, sin cuidarse de la estructura gramatical, trazaba los conceptos, en algunos puntos ampulosos, pedestres en otros, fiel imagen de su pensamiento, que empezaba á ser desordenado y vacilante por el cansancio de la tremenda lucha. Anhelaba mostrar-

se amigo del que en su mano tenía la mayor fuerza existente en España, estar en su gracia, pues tomado el pulso al país y á la raza, si mucho temía D. Juan del paisanaje de levita y chaqueta, más temía de la tropa... Aunque aplicar quiso toda su atención á la escritura, no lo lograba: el pensamiento se dividía, fluctuaba, y dejando á la pluma formular con incorrecta sintaxis los conceptos epistolares, se escabullía por otros espacios. Trajo el ministro á su imaginación la historia de los últimos años, desde el 14, y veía las trifulcas, los sangrientos y bárbaros motines, las sediciones militares, siniestro brazo de la idea disolvente, ya se llamase liberal, ya realista... Con estas imágenes se confundía en su mente otra, que como un espectro familiar de continuo se le presentaba. Era su promesa de terminar la guerra civil en seis meses. ¡Lucido quedaría si no la cumplía; si el ejército cristino, reforzado pronto con los cien mil hombres de la quinta, no lograba sofocar la facción y restablecer la anhelada paz! Su ensueño era Córdoba, el caudillo denodado y caballeresco, y en medio de aquel trajín electoral, anuncio de las trapisondas parlamentarias y políticas que habían de sobrevenir con la apertura de los Estamentos, volvía D. Juan Alvarez sus inquietos ojos al Norte, mirando á lo que era su temor y su esperanza. Si el General no le ayudaba, su empresa de salvación nacional fallaría sin remedio. Y para que Córdoba coadyuvase á la gran obra,

era preciso que venciera, ó por lo menos que con rudos achuchones quebrantase á los carlistas; y para esto era indispensable enviarle recursos en hombres y dinero. La carta, en su difuso estilo, plagada de noticias de acá y de allá, de referencias diplomáticas y de rumores de intrigas, vino á parar en positivas promesas. «Dentro de quince días le mandaré á usted millón y medio. El mes próximo podré mandarle otro tanto, y si puedo más, más.» Hablábale de remesas de vestuario y calzado, de arreglo de hospitales. Exponía también planes estratégicos que á él se le ocurrían. «Respetando su iniciativa, le diré que si usted lograra ocupar el Baztán con quince mil hombres, podría atacar á los facciosos por retaguardia... Eso usted verá...»

Concluía ofreciendo remesarle nueve millones antes de tres meses, y manifestaba viva intranquilidad por la lentitud de las operaciones. Aplicando á todo su febril genio de travesura y arbitrismo, habría querido que Córdova moviese en tres días su grande ejército, que desalojase á los carlistas de sus formidables posiciones, que los arrollase, que los deshiciese, dispersando á unos, matando á los más, y cogiendo prisionero á Don Carlos con toda su trashumante Corte. ¡Qué hermoso sería esto, y con cuánto desahogo podría dedicarse entonces el Presidente á la reforma del país, que era su ilusión, su sueño!... Pero ¡ay! al llegar á este punto, crucialísima duda le asaltaba. Si Córdova obtenía

una victoria rápida y decisiva, cortándole de una vez á la hidra todas sus patas y aplastándole la cabeza, Córdova y no otro había de emprender y realizar la salvación de la infeliz patria. Buen tonto sería, juzgando el caso con el criterio genuinamente español, si siendo él el vencedor guerrero, dejaba á otro la gloria de la campaña política. Lógico era, no obstante, que el militar allanara el camino, y que el civil marchase por él desembarazadamente hacia la victoria política y social. Pero aunque poco ducho aún en artes de gobierno, D. Juan de Dios conocía la historia, más por lo que había visto que por lo que había leído, y no ignoraba que, en nuestra tierra de garbanzos y pronunciamientos, el guerrero victorioso es el único salvador posible en todos los órdenes.

Terminada la carta, vagó su mente en aquel meditar triste. ¿Quién salva, quién no salva? ¿Sería un error suyo gravísimo haberse creído capaz de fundar una nación grande y rica sobre las ruínas de las facciones deshechas y de las banderías sojuzgadas? De Londres había salido con esta ilusión; con ella entró en Madrid. Sus entrevistas con la Reina Gobernadora la confirmaron. El entusiasmo patriótico, la fe en sí mismo y en la eficacia de sus manejos, se avivaron cuando Su Majestad le encargó del teje-maneje gubernamental. Ya tenía la máquina en su mano. Ya era dueño de sus iniciativas. ¿No podría desarrollar libremente sus ideas, aplicar su voluntad potente á la grande obra?

Las cosas, y más que las cosas las personas, enfriaron su entusiasmo al mes de gobierno. Cierto que le ayudaba la opinión vicinglera; pero las principales figuras políticas no hacían nada en su favor. Los adictos de fila pedían destinos y actas, y esperaban que el jefe lo diera todo hecho. Los contrarios aparentaban una calma prudente, tras de la cual D. Juan de Dios creía sentir el sordo roer de las conspiraciones. Aún no había perdido la confianza en sí mismo; seguía creyendo en su papel providencial; pero ya le anunciaba el corazón que la empresa no era coser y cantar, y que tendría que tragar mucha quina antes de rematarla dignamente.

Conferenció con Galiano, á la hora convenida, sobre asuntos electorales; con Saavedra, sobre la probable benevolencia de los moderados Toreno y Martínez de la Rosa; con Olózaga, para ver de que las Sociedades Secretas hiciesen entender á las Juntas que había llegado la hora de poner fin á la bullanga, pues en *Palacio* comenzaban los infalibles síntomas de desconfianza y miedo. De esto le había hablado aquella misma tarde D. Fernando Muñoz, dándole una prueba de verdadero aprecio. Y, francamente, no había que esperar ninguna ventaja política, mientras no se diese á toda la gente de allá, real ó morganática, una plácida confianza y un sueño tranquilo. Con Williers habló de asuntos diplomáticos y de eso que tiempo há viene siendo la constante pesadilla de los pueblos débiles: *la actitud de Inglaterra*. Mendi-



zábál era muy afecto al leopardo, y esperaba un apoyo más positivo que el de la prometeda legión. El astuto representante de la Gran Bretaña repitió á nuestro Ministro sus recomendaciones de siempre: refrenar la anarquía, no temer la libertad practicada dentro de las leyes, poner en funciones regulares el Parlamento, acudir á la guerra con toda clase de recursos, y trazar las grandes líneas del porvenir efectuando la venta inmediata de toda la propiedad territorial de las Ordenes religiosas.

Cerca de la una, Mendizábal se quedó solo; mas no se resolvió á retirarse á su casa, porque el aposento ministerial le retenía, le agasajaba; temía dejarse allí las ideas si se iba, y con sus ideas la ilusión risueña y querida de salvar al país y hacerlo dichoso. No menos de media hora estuvo paseándose de un ángulo á otro, á la luz ya mortecina de los quinqués, entre los retratos de personas reales ó de eminencias políticas: la Reina Amelia, clorótica y triste; Fernando, sanguíneo y echando á borbotones la perfidia por sus ojos de fuego, el sarcasmo por su bello labio... más allá, personajes de peluca que habían gobernado la Hacienda y la Marina: Patiño, Ensenada; en un ángulo Riperdá, con su risa ladina; en otro Macanaz, con su hermosa cabeza poblada de ricitos.

Cansado de pasearse, Mendizábal sacó de su pupitre varios papeles, cartas que aún no había leído, de esas cuyo escaso interés se adivina por el sobrescrito, y que se dejan sin.



abrir por no desperdigar la atención; otras de letra bien conocida, que, positivamente, no eran de asuntos ministeriales, más bien pretensiones ridículas, jaquecas, extravagancias, anónimos quizás, llenos de injurias repugnantes, ó denunciando algún proyecto terrorífico de las logias masónicas.

Era hombre D. Juan que á lo mejor transportaba toda su atención de lo grave á lo menudo, como espíritu aventurero, que gozara en suponer la existencia de cosas grandes, escondidas de un modo carnalesco detrás de cualquier insignificancia. Su imaginación le llevaba á la puerilidad. Creía fácilmente en las posibles emergencias de sucesos importantísimos, efecto enorme engendrado por la menor cantidad posible de causa. No estaba exento su espíritu de superstición: esperaba bienes repentinos, no anunciados por la lógica; temía desventuras abrumadoras, caídas como el rayo, sin el antecedente natural de errores determinantes.

En aquella hora de calma y soledad, aplicando á los objetos secundarios más bien la curiosidad que la atención, fijóse primero D. Juan en una cuenta de zapatero; despues pasó la vista por un plan en que anónimo arbitrista ofrecía saldar toda la Deuda de España con una simple combinación de cifras; leyó en seguida una carta procedente de Londres, escrita en español de colegio inglés. En la primera carilla, una mano trémula había trazado quejas melancólicas, reproches agrídulces; en la segunda, se la-

mentaba de un olvido semejante, de abandono; en la tercera, formulaba con indecisa escritura una protesta de firme constancia á prueba de desdenes, y en la última, pedía dinero. En la postdata suplicaba se le mandase inmediatamente orden contra la casa *Tal...* Esta epístola y los documentos anteriores fueron á parar, en pedazos, á la cesta de los papeles inútiles. Cogió luego otra carta, cuyo sobrescrito era un puro adefesio, y abierta, leyó con no poca dificultad: «Señor D. Juan excelentísimo: Por encargo de la señora Doña Jacoba Zahón, que permanece enferma en cama, le digo cómo la ropa de la niña importa mil setecientos y veinte y dos reales efectivos, que hará el favor de remitir á la mayor brevedad, para atender á las urgencias. Pues ha de saber que se debe lo del maestro de piano y baile viceversa, con lo demás que había pendiente del coste del mes pasado inclusive, y son por junto naturalmente trescientos y doce reales netos, con lo de medicinas trescientos ochenta y ocho. Doña Jacoba espera le suministre pronto la suma total de los expresados líquidos reales de vellón, como débitos naturales, y me encarga conjuntamente le diga que le besa las manos, y que tendrá el honor de visitarle en cuanto se alivie de sus reumas achacosos. Dios guarde á usted, excelentísimo, años muchos, y mande á su servidor, que lo es—Cayetano Lopresti.»

Suspirando fuerte, señal inequívoca de lo desagradable del asunto, cogió la pizarrita

en que anotar solía las obligaciones perentorias del día siguiente, ya fuesen políticas, ya del orden familiar y privado. Media pizarra estaba escrita ya con diversos recordatorios de varia importancia: «circular intendencias... ver Argüelles, proyecto electoral... recuento de frailes... relaciones de monjas... escribir Duque de Broglie...» Con mane enérgica, fruncido el ceño, apuntó debajo: «Asunto Negretti... *Din. jor.* (que quería decir: mandar dinero á la jorobada).

Guardó unos papeles en las gavetas; recogió otros, metiéndoselos en el bolsillo; tiró de la campanilla. El sonido lejano de ésta produjo la aparición de un portero que surgió de entre los pliegues de la cortina: «Mi capa... el coche—dijo Su Excelencia dando pataditas en la alfombra, que aún era de verano. Se le habían enfriado los pies, calzados con zapatito mujeril.

Y con esto se fué Mendizábal á su casa de la calle de San Miguel. Durmió mal. Volteaba el cuerpo entre las sábanas, y en su cerebro enardecido por el trabajo se torcían las ideas y se enlazaban como queriendo formar una trenza: «Ley electoral... ¡Pobre Negretti!... La guerra... ¡Pero esa niña, esa fastidiosa niña... esa guerra, esa maldita guerra!...»

## XIV

También el bueno de Calpena durmió mal, á causa de los sobresaltos de su amor propio, que aquella noche, al volver de la oficina, había sufrido nuevos golpes. La última carta de la *mano oculta* revelaba un espionaje fastidiosísimo. Era en verdad humillante no poder dar paso alguno de que no tuviera conocimiento la persona que le protegía. Cierto que agradecía la protección; pero habríala estimado más, si no significara para él la pérdida de toda libertad. Al día siguiente, el anónimo corresponsal mostró detallado conocimiento de cuanto al señorito le había ocurrido en la oficina: le reprendió por la compañía del tísico Serrano; le incitaba á frecuentar menos los cafés y más la sociedad, pues en aquéllos adquiriría hábitos de grosería y desparpajo, y aprendería en ésta la finura y distinción de un perfecto caballero.

«Hijo mío,—decíale D. Pedro, resueltamente conforme con las opiniones de la incógnita,—no te importe esa vigilancia que puede ser algo molesta, pero que sin duda te apartará de muchos peligros. Frecuenta la sociedad, pues ya tienes relaciones que te introduzcan en casas decentes, donde hallarás

exquisito trato, buen comer y placeres honestos. En fin, te conviene *mejorar el terreno*. Es la única manera de irnos librando de este maldito romanticismo que pretende volvernos locos. No desobedezcas á quien quiere llevarte á la regularidad, á la buena escuela de tu padrino D. Narciso.

—Pues le diré á usted con franqueza, mi querido Hillo: la falta de libertad que me resulta de esta subordinación cargantísima á un poder misterioso, á un poder benéfico, lo reconozco, pero enteramente inquisitorial, á estilo veneciano, produce en mí un vivo anhelo de evadirme de tan enojosa tutela. No sabe usted cuánto deseo hacer algo que resulte ignorado por mi anónimo gobernante. ¿Por ventura, el servicio de policía que ha organizado para vigilarme ha de ser tan perfecto que no pueda yo burlarlo, siquiera para probar la habilidad con que lo burlo? En la oficina hay ojos que me observan; aquí, en casa, no digamos; en la calle, en el café, en los teatros, en las casas que visito, ya sabe usted lo que pasa. No respiro sin que *allí lo sepan*. Pues yo quisiera respirar á mis anchas, y decir: «te fastidias, que no lo sabes.»

En el curso de Octubre fué introducido el venturoso macebo por Mesonero Romanos en casa del médico Rivas, padre de tres niñas preciosas, muy saladas: Marianita, Mariquita y Juanita, conocidas en el mundo poético por *Laura, Silvia y Rosaura*, con que las designaban sus novios ó pretendientes (en



aquel tiempo se solían llamar *amantes*), que eran poetas de lo más granadito entonces. Las chicas, eso sí, descollaban por su picante belleza, así como por su ingenio; una de ellas también versificaba, otra pintaba, y las tres hacían en el canto y baile angélicos primores.

Recibido en palmitas fué Calpena en la casa del ilustre médicó, y á la segunda noche echó de ver que la mayor de las niñas le gustaba extraordinariamente. A la noche tercera hubo de entender que era correspondido: á las miradas flamígeras siguió el tiroteo de florecillas verbales, y alguna breve y ardorosa promesa. Al fin de la semana, ya corría de sala en sala la opinión de que eran novios. Pero ¡ay! el domingo recibió Calpena la carta anónima con el siguiente rúpice: «Niño, me desagradan lo que no puedes figurarte tus revoloteos con la chica mayor del cirujano Rivas. Simple, ¿en qué estás pensando? ¿Sabes que haces un papel ridículo? Si estás ciego, caiga de tus ojos la venda. No digo que Silvia y sus hermanas no sean honestas: lo son. Pero ya en el nido de sus tiernos corazones ha batido sus alitas otro amor...»

—¡Oh, qué figura tan linda! En el nido de sus tiernos... Adelante. Sigue leyendo.

Y Calpena, dándose á los demonios, continuaba la lectura: «Las tres tienen sus adoradores. Mesonero es el zagal de la tercera pastorcita, la linda Rosaura. En los altares de la segunda, Silvia bella, quema el in-



cienso de su inspiración socarrona Bretón de los Herreros. Y, por último, escucha y tiembla... Ventura de la Vega, tu amigo, ese que te recita sus versos en el café para que convides á toda la partida, es el dichoso amante de Laura; la misma noche que os cantó la niña el aria de *Elisabeth*, del maestro Caraffa, quedó concertado entre Ventura y los padres encender pronto la antorcha de Himeneo... Con que ya ves...»

—¡Qué elegancia de estilo: *encender la antorcha!*...

Concluía la carta con observaciones de otro orden, y la noticia de que ya se habían dado los pasos para redimirle de la quinta de cien mil hombres, mediante el pago de cuatro mil reales. En la del siguiente día se le ordenaba que no volviese á la tertulia del cirujano; que no pensara más en la bella Laura, y que procurase meter la cabeza, pues relaciones iba ganando para ello, en casas de más categoría, en los dorados salones aristocráticos. «Mira, tontín: Roca de Tогores, que es un chico muy introducido, puede llevarte á casa de Campo-Alange, y el almibarado Clemencin (llamémosle D. Agapito) á casa de Castro-Terreño.

—Ya ves—decía Hillo cayéndosele la baba,—con qué seguro dedo te marca tus altos destinos. Pero, tontín, digo yo ahora, ¿cómo has podido figurarte que te íbamos á permitir entroncar con la hija de un cirujano? ¡D. Fernando Calpena unido en desigual coyunda con una simple Laura, sin más títu-

los que los ovillejos que le endilgan poetas chirles!... No, hijo, tú no puedes *encender la antorcha* sino con damas de otro cuño; y aunque pienso que no habrá en Madrid las hijas de duques ó archiduques que te corresponden, sigue por de pronto el consejo que te da quien darlo puede, y mete la cabeza en las áureas viviendas de los Abrantes y Veraguas, de los Oñates y Medinacelis.»

Refunfuñando, Fernandito concluía por someterse á todo, y á fines de Octubre le introdujo un amigo (no se sabe fijamente si fué Ros de Olano ó Miguel de los Santos Alvarez) en las casas de Almodóvar y de Campo-Alange. En la primera de estas mansiones conoció á una beldad fría y correcta, hija de un aristócrata, que era al propio tiempo general poco afortunado, la cual cautivaba á cuantos la veían, no sólo por su marmórea belleza, exenta, eso sí, de toda gracia, sino por su ingenio. Educada en Francia, se traía lecturas varias y admiración muy redicha por Chateaubriand, De Jouy y otros coetáneos, siendo también algo versada en Racine, Marmontel y Madama Genlis.

Con ella platicaba Calpena: notaba éste que su conversación y figura eran del agrado de la marmórea, de lo cual vino que él también se sintiese cautivado por la linda estatua, y aun que se lo hiciese comprender en delicadas perifrasis. La *oculta mano* escribió: «Bien, bien, caballero: ese es el camino. Recomendando, no obstante, moderación, pausa, fino pulso, y no lanzarse con dema-

siados ímpetus por un terreno que, á tus inexpertos ojos, parecerá llano, y no lo es. En él hay asperezas y obstáculos enormes, que tú no ves, pobre niño. Habrás notado que nuestra sociedad es la más democrática del mundo, y que en las casas más linajudas no se niega el pase á ninguna persona bien vestida. Para recibirle y agasajarle, á nadie se le pregunta quién es, ni de dónde viene, ni á dónde va. Yo creo que tanta franqueza no conduce á nada bueno. Por más que sólo sea aparente, esa igualdad significa que nuestra aristocracia pierde el sentido de su misión y no sabe conservar el orgullo castizo, el cual sería un baluarte contra las confusiones que se anuncian, y que traerán un desquiciamiento social. Perdona mi pedantería.»

—¡Por San Cucufate! no es pedantería— exclamó D. Pedro palmoteando,—sino profundísima filosofía de la historia. Sigue.

—«Esa igualdad es un mal síntoma, y nada más por ahora; una forma de cortesía tolerante... En el fondo, en los hechos, no hay tal igualdad. Por eso, al notar muchos que te aproximas á la marmórea, empiezan á preguntar: *ese Calpena*, ¿quién es? ¿De dónde ha salido este barbilindo?... Y ya verás, ya verás cómo empiezan pronto los desdenes, las envidias... Para que nada de esto ocurriese y tus caminos fuesen llanos, sería preciso que en aquella misma esfera hubiese personas que evidentemente te protegieran, que respondiendo de tí, dijese á quien deben decirlo:

*ese pobrete* es digno de la niña, y cuando sea preciso demostrarlo se demostrará. Si ahora te digo que la estatua erudita, lectora de Chateaubriand y aun de Destut-Tracy, heredará tres millones y medio, no lo hago porque veas en la riqueza un incentivo á tu inclinación, no. *Ese Don Nadie* no busca un enlace de conveniencia, ni necesita los millones ajenos, porque es de los que, por su gran mérito, pueden permitirse la libertad de ser pobres.»

—¡María Santísima, que frase!... Adelante.

—«De ser pobres... Te hablo de la presunta riqueza de la niña de mármol, para que sepas que tu marcha por ese camino ha de ser muy disputada. Pero no te acobardes. Sobre que tú no sabes si tendrás aún medios de apedrear con doblones á los que ahora hablan de tu nulidad y pobreza, sigue adelante, y no veas en la preciosa damisela más que su educación cristiana, la hidalguía de su familia y de su nombre, su honestidad, su talento instruido, sus condiciones, en fin, de grandísimo precio, y las virtudes y méritos de sus padres, pues aunque el pobre General nunca ha sabido mandar cuatro soldados, eso no quita para que sea excelente persona, muy atenta á sus intereses; y en cuanto á su madre, bien sabes que no hay en Madrid quien la aventaje en nobleza y virtudes... No escribo más. Me duele la cabeza. ¿Pero qué importa si el espíritu está gozoso?»

Mucho dió que pensar á Calpena el contenido de esta carta, y tanto se entusiasmó Don Pedro oyéndola leer, que casi casi se le saltaron las lágrimas. «¿Ves, ves—le dijo,—cómo yo tenía razón? Y que ha de ser una mujer de inaudito mérito esa marmórea chica. ¡Vaya que leer á Destut-Tracy!... ¡Y qué guapa será!... Hombre de Dios, un día iremos de paseo al Prado, á ver si la encontramos para que me la enseñes. Ya me figuro su belleza, su dignidad, su mirar grave, como de la diosa Minerva, su andar majestuoso. Bien, hijo, bien. Ese es el camino, ese... Y ya sabes, dejaré de ser tu amigo y mentor... si... Ya sabes mi tema: hay que *rematar la suerte*.»

En tanto, Calpena continuaba prestando su servicio de secretario particular del primer Ministro, muy á gusto de éste, al parecer, pues cada día le fiaba epístolas de mayor delicadeza, aun aquéllas que contenían algún secretillo político, ó en que desahogaba en la confianza de un buen amigo el recelo que en él iban despertando las dificultades de su magna empresa.

Por aquellos días, ya no iba Fernandito á los cafés, y esquivaba todo lo posible la sociedad del tísico Serrano, cuyo pesimismo había llegado á serle odioso. Dos veces fueron juntos al teatro. Dábale Serrano los nombres de todas las personas que en palcos y butacas veían, sin que de esto pudiese sacar ninguna luz el aburrido joven. Y como á cada nombre que el tísico decía, agregaba comen-



tarios injuriosos, pues para él no había mujer honrada, ni madre que no vendiese á sus hijas, ni esposa que no imitara la conducta aleve de la señora de Oliván, Calpena no quiso más tal compañía, ni aquella erudición tan mentirosa como terrible.

Con Milagro, su compañero de secretaría, sí que hizo buenas migas Calpena, y en los cortos ratos libres platicaban de política ó literatura contemporánea, que el viejo conocía medianamente, ó bien de cosas familiares y domésticas. Todo franqueza y espontaneidad comunicativa, Milagro contaba los refunfunos y genialidades de su mujer, las batallas de sus chiquillos menores, y las gracias habilidosas de sus dos niñas. «Es ridículo—decía,—que á una persona como usted, introducida en la mejor sociedad, le invite yo á venir á pasar un rato en mi humilde casa, donde todo es pobreza... también alegría, eso sí... Pero yo creo que habría de gustarle oír tocar el arpa á mi hija María Luisa, discípula de Fagoaga, gran discípula, para que usted lo sepa... y el instrumento es de lo mejor que ha fabricado D. Tiburcio Martín, plazuela de Matute... Ni le desagradaría á usted echar un parrafito con mi hija segunda, Rafaela, que sabe francés y me ayuda á traducir *Mujeres célebres*. Lee todo lo que cae en sus manos, y ahora está agarrada noche y día á la *Corina* de Madama Stäel... Y en casa puede usted ver á una notabilidad, un chico poeta de mi pueblo, Chiclana, que aunque soldado de la última quin-



ta, hace versos como los ángeles; sólo que es tan corto de genio y tan para poco, que cuesta Dios y ayuda hacerle leer lo que escribe. Se llama Antonio Gutiérrez, y ha compuesto un dramita que titula *El Trovador* ó cosa así, y en casa nos ha parecido tan bueno, que yo mismo se lo he llevado á Guzmán para que lo lea, á ver si á él ó á Carlos La-torre les da la ventolera de representarlo. Otro chicarrón va por allí, Pepe Díaz, que también hipa por la poesía y el teatro. No les falta más que apoyo, protección, y aquí, ya se sabe, no la hay más que para los necios enfatuados. Yo les digo: «Hijos míos, no os acobardéis, que á falta de otros protectores, aquí me tenéis á mí... ¡Milagro será que no os saque adelante Milagro!... je, je...»

Cortés y agradecido Calpena, declaró que con mucho gusto aceptaría la invitación, visitándole una de las noches que tuviera libres. Al mismo tiempo recordó el conocimiento de Milagro con Doña Jacoba Zahón, añadiendo que para esta señora había traído de Francia un encargo que aún se hallaba en su poder. Por voluntad expresa del remitente, no lo entregaría más que á la misma persona á quien venía destinado, y ésta debía presentarse á recogerlo.

«Seguramente—dijo Milagro,—es una caja de pedrerías... ¿Por qué se asombra usted? La Zahón comercia en diamantes y perlas. La casa es muy conocida: *Zahón y Negretti*, calle de Milanese. Hoy, por muerte de Zahón, se ha quedado al frente la viuda,

para quien algunas noches trabajo, escribiéndole la correspondencia y poniéndole las cuentas en orden.

—No puede ser caja de piedras preciosas lo que traje y aún conservo— observó Calpena,—pues no habian de tardar tanto en recoger cosa de valor grande. ¿Acaso comercia esa señora en pedrería falsa?

—No, señor... Todo lo que compra y vende es de la mejor ley. Si no ha pasado Doña Jacoba á recoger su encargo, será porque ha estado enferma, ó porque no tiene noticia exacta de la persona que lo ha traído.

—Debe de tenerla, porque al día siguiente de mi llegada, escribí á Olorón dando cuenta de mi domicilio. Por cierto que me dijeron que esa señora es jorobada.

—Cargadita de espaldas... Yo le hablaré del caso, y nos iremos á su casa si ella no puede salir. Verá usted una mujer lista y estrafalaria, genio desigual, mañas de urraca, agudezas de linco, toda uñas, toda desconfianza...

—Pues yo había creído que el paquete que traigo es de cartas ó papeles políticos. Dígame usted... aquí en confianza, ¿esa señora conspira?

—¡Conspirar la Zahón...!—dijo Milagro perplejo.—No... que yo sepa, no... ¡Conspirar...! Para la Zahón no hay más política que ganar dinero, engañar á quien puede, y despojar á los infelices que caen en sus garras.

—Ello será como usted lo dice; pero yo

puedo asegurarle que un compañero mío de hospedaje, que anda en las logias de la casa de Tepa, supo; á los pocos días de mi llegada á Madrid, que yo había traído ese encargo, y tanto él como sus amigos López y Caballero creían, y así me lo dijeron, que el paquete era de papeles políticos y venía destinado al eterno conspirador D. Eugenio Aviraneta.

—Observe usted, amigo Calpena, que los patriotas, de tanto andar al oscuro en logias y *sublimes talleres* soterráneos, ven visiones, y como la policía de aquí vive también palpando tinieblas, entre unos y otros le arman á usted unos enredos que le vuelven loco. El año del fusilamiento de Torrijos vine yo de Sevilla á Madrid en galera, y no acelerada, con mi familia, pasando los mayores trabajos que usted puede imaginar. Diéronme allí un encargo para la señora de D. Vicente González Arnao, el amigo de Moratín, la cual era muy obesa y padecía de estreñimiento. Por esto comprenderá usted que el encargo era una lavativa, gran pieza, modelo recién enviado de Inglaterra. Pues no puede usted figurarse la que se armó con el dichoso instrumento, en cuanto me lo descubrieron los de la policía. No le digo á usted más sino que me costó la broma cuatro meses de cárcel, y mi mujer y mis hijos no se murieron de hambre porque les recogió un pariente de Bertrán de Lis...

—¿Y la señora de Arnao...?

—Reventó... naturalmente... Su muerte

debió ser un nuevo cargo para la Superintendencia de Policía, como verdadero asenato... político.»

Campanillazo... Acudió Milagro presuroso al llamamiento del señor Ministro.

## XV

A los pocos momentos de quedarse solo Calpena en el despacho, entró Iglesias por la puerta interior, que comunicaba con la Secretaría. «En nombrando al ruín de Roma... No hace diez minutos, querido Nicomedes, que le recordábamos á usted.

—No sería para hablar mal.

—De ningún modo. Al contrario...

—Hace un siglo que no nos vemos, amigo Calpena. Ayer y hoy no he comido en casa. Tenemos usted y yo las horas encontradas, y lo siento, porque en estas circunstancias me conviene verle á usted con frecuencia. Por eso he venido.

—Estoy á sus órdenes.

—Ya sé—dijo Nicomedes dejando sobre la mesa su sombrero, que era de última moda, cilíndrico, enorme, un soberbio tubo de chimenea con alas planas,—ya sé que el Presidente le quiere á usted mucho... Eso se llama caer de pie. Usted es de los que se lo encuentran todo hecho. Bien haya quien tie-

ne el padre alcalde... Pues yo, contando con su amabilidad, venía...

—Siéntese el buen Iglesias, y dígame en qué puedo servirle.»

Sentóse Nicomedes, y pasándose la mano por las melenas, que eran largas y copudas, parecía inquieto, caviloso, extenuado por el insomnio y las ansiedades de la ambición.

«Quisiera que el simpático Calpena, sin faltar lo más mínimo á la reserva que le impone su cargo en la Secretaría particular... ¡cuidado, que no trato de poner á prueba su discreción...! pues quisiera que usted me dijese si ha escrito á D. Juan Alvarez en favor mío...

—¿Quién? Supongo que será recomendación para las elecciones.

—Justo. Pues se comprometió á escribir al Presidente, recomendándome con toda eficacia, imponiéndome más bien, quien menos puede usted figurarse.

—¿Caballero, Trueba y Cossío?

—Esos son amigos míos, y bastante tienen con manipular su elección, el uno en Cuenca, el otro en Santander. A mí me habían prometido incluirme en la candidatura de Murcia. Quiroga me aseguró que allí me votarían hasta las piedras. Luego resulta que, no las piedras sino los electores, votan á Escalante. Al fin, me refugié en Villafranca del Bierzo, donde tengo algunos elementos.

—Por ese lado, Argüelles influye, también D. Martín...

—No cuento con esos... Ofreció apoyar-

me... vuelvo á decirlo, quien menos puede usted sospechar... En este juego de la política, los extremos se tocan. Pues me apadrina D. Francisco Martínez de la Rosa, es decir, prometió hacerlo... en virtud de concesiones mutuas que acordamos en Tepa, interviniendo por los moderados Ramón Narváez; por nosotros, mi amigo Palarca.

—Ya... comprendo... Y usted quiere saber si Martínez de la Rosa ha escrito... Lo ignoro: si algo supiera se lo diría, pues en ello no veo deslealtad. Por mi mano no ha pasado carta de D. Francisco; y si D. Juan la ha recibido, habrála contestado por sí propio.

—¿Y su compañero de usted, ese viejo cegato...?

—No sé nada. Es hombre muy reservado.

—Bueno: desde ayer sospecho que esos malditos *anilleros* nos engañan. Siempre han sido lo mismo. Cuando están fuera del poder, nos buscan, nos agasajan, se arriman á la *exaltación*... Otra cosa: ¿No recuerda usted si entre las recomendaciones de candidatos, que hace diariamente este buen señor á Don Martín de los Heros, ha ido mi nombre?

—Tampoco lo recuerdo.

—Voy creyendo que Heros me engaña también. No puede esperarse otra cosa de quien no tiene iniciativa ni criterio para nada. Tanto á él como á Becerra les trata este señor como á criados.

—Pues mire usted—indicó Calpena esforzándose en hacer memoria,—yo tengo idea de haber visto el nombre de usted en alguna



de las cartas que me ha dado D. Juan para contestarlas...

—A ver si recuerda, hombre, á ver si recuerda...—dijo Iglesias aproximando su silla para poder hablar en voz más queda.—¿Sería en una carta de D. Fernando Muñoz?...

—¿El marido de la Reina? No... D. Fernando estuvo aquí una noche, y habló con el Presidente, lo que no tiene nada de particular, y por eso puedo decirlo.

—¿Y no ha pasado por aquí una carta de D. Juan Muñoz, Padre jesuita, hermano de D. Fernando? Me consta que le suplicó se interesase en favor mío la persona que le salvó la vida en el colegio de San Isidro el día del degüello, en Julio de 1834.

—Tampoco he visto carta alguna de ese señor jesuita.

—Pues no dudo que su hermano habrá dicho algo á Mendizábal. Sepa usted que en Palacio, de tiempo en tiempo, echan una mirada á la *exaltación*, y nos halagan para que no extrememos la guerra. Decididamente hemos vuelto la espalda al señor *Dracón*, que no nos sirve para nada. Ya sabe usted que en el actual momento histórico Doña Carlota y su hermana están á matar.

—No sabía... La verdad, me fijo poco en intrigas palatinas. Creo que mucho de lo que se cuenta es falso, embustes fraguados á gusto del que los pone en circulación.

—Lo que digo es el Evangelio. Están á matar... Nosotros hemos abandonado á *la* Carlota, y apoyando por el momento á Cris-

tina, trabajamos en el extranjero para evitar la protección que dan á D. Carlos los legitimistas y vendeanos. Mendizábal hace la misma política: no me dirá usted que no escribe cartas á la hermana de estas señoras, Carolina, Duquesa de Berry.

—Nada sé, amigo mío, —declaró Calpena, comprendiendo al fin que debía refugiarse en la discreción, y evitar revelaciones inconvenientes.

—Pues bien: decidido á minar la tierra para ocupar el lugar que me corresponde en el Estamento, y viéndome abandonado por algunos amigos, vendido por otros, por ninguno apoyado resueltamente, he pegado un brinco horroroso, solicitando el apoyo de un legitimista francés de gran empuje, para que recabe de la Duquesa de Berry una expresiva recomendación...

—Y ese legitimista es el señor Conde de la Pommeraye, ayudante que fué del Duque de Angulema. Ha escrito á Mendizábal; pero no hace referencia á la de Berry, y se limita á dar las gracias por el reconocimiento que se le ha hecho de varias cruces concedidas el año 23, asunto que quedó suspenso por error, ó por olvido de ciertos trámites...

—Me consta que á la de Berry debe el de la Pommeraye que le hayan reconocido dos cruces pensionadas. Lo sé: es amigo de mi familia. Mi tío Andrés le salvó la vida en el ataque y toma de Pasajes... Por lo visto, usted no puede ó no quiere darme ninguna luz. Cada día me afirmo más en la idea de que

todos me abandonan, de que nadie se interesa por mí... ¡Y esto le pasa al hombre que ha consagrado toda su inteligencia, su vida toda, á la idea revolucionaria, á la redención de este pueblo... ¡Mátese usted, reviéntese, padezca hambres y persecuciones por la regeneración de un país, por ennoblecerle, por desasnarle, por sacarle de las uñas de la feroz tiranía... y cuando cree recibir el premio de su servicio, cuando usted humildemente dice á ese país: «Dame tu representación, dame tus poderes, pues quiero desgañítarme en tu defensa,» vese usted desatendido, menospreciado, tratado como un loco... ¡Oh, esto no puede ser, esto clama al cielo!»

Dió un porrazo en la mesa el iracundo Nicomedes, y se levantó, irguiéndose con fiera majestad y sacudiendo la melena. Quiso calmarle D. Fernando con frases de esperanza: «No desmaye usted tan pronto. Si no es ahora, otra vez será.

—Lo mismo me dijeron en las primeras Cortes del Estatuto... No, no he nacido yo para vestir imágenes... ni aun la imagen de la Libertad. No, ya no espero nada... La culpa tiene quien se desvive por sus ideas, olvidando que ha nacido en la tierra de la ingratitud... Créame usted, los carlistas lo entienden. Van tras de su objeto espada en mano; persiguen la realidad á sangre y fuego. Esos no se andan con remilgos, ni fían su éxito á las amistades, ni á los hinchados discursos, ni á recomendaciones impertinentes. ¡Hierro, y nada más que hierro!... Mien-

tras nosotros no hagamos lo mismo, no iremos á ninguna parte.»

Y cogiendo el enorme sombrero con tanta violencia, que á punto estuvo de romperle el ala (¡lástima grande, pues lo había comprado aquel día!), se lo encasquetó sobre la melena, diciendo: «Yo le aseguro á usted, querido Fernando, que me la pagan... ¡vaya si me la pagan!...»

Despidiéndole en la puerta, tuvo Calpena una idea feliz: «¿Por qué no se decide usted á hablar con el propio Mendizábal? El llanto sobre el difunto. Pídale usted audiencia ahora mismo.

—Ya hemos hablado... Me recibirá muy atento. A buenas palabras no le gana nadie. Pero todo se queda en agua de cerrijos... Déjele usted... déjele. Fracasaré por no rodearse de los verdaderos patriotas... Morirá á manos de los *santones*... ¡Que muera, que se hunda...!»

En aquel punto entró Milagro con un puñado de cartas, y preguntándole Calpena si el Presidente estaba solo, dijo que en aquel momento acababan de entrar D. Agustín Argüelles y D. Ramón de Calatrava.

«Ahí tiene á todo el *santonismo*—dijo Iglesias con sarcasmo.—Vienen á tomarle medida del féretro... y á cortarle los pies bonitos para que quepa... Es muy grandón D. Juan Alvarez Mendizábal... Pero quizás lo que le sobra no es por abajo, sino por arriba... Señores, conservarse.»

No pudieron entretenerse los dos amigos.

en conversaciones, porque al punto se enfrascaron en el trabajo, que no era flojo aquel día. Milagro dió á su compañero algunas cartas, indicándole el sentido de la contestación, y al instante humilló su flácido rostro, paseando la punta de la nariz sobre el papel, al propio tiempo que la pluma. Contestó Calpena varias cartas de pura cortesía, de esas que no dicen nada y formulan vagas promesas, con arreglo al patrón usual en las secretarías familiares de los señores Ministros. Toda la tarde se la pasó el de Hacienda en conciliábulos con prohombres, en firmar asuntos importantísimos de Deuda, de Aduanas, algunos nombramientos, y en repasar el proyecto de discurso que había de leer la Reina en la próxima apertura de los Estamentos. A última hora llamó á Milagro. Dejando á un lado la política y apartando de sí todo el papelorio que delante tenía, se dispuso á despachar un asunto privado, que sin duda le causaba inquietud y fastidio, á juzgar por el tono con que dijo á su escribiente: «Otra vez esa pejuguera. Oiga, señor Milagro: mañana me hará usted el mismo favor del mes pasado.

—A las órdenes de Vuecencia.

—Nada: que esa maldita jorobada, que Dios confunda, ha vuelto á pedirme dinero. Y no tengo más remedio que mandárselo, aunque voy pensando que hay en esto mucho de socaliña... ¡Pobre Negretti! Como usted la conoce y trabaja en su casa, me hará el obsequio de llevarle esta cantidad que me



pide... Vea usted qué letra y qué estilo... Cuide de hacerle firmar el recibo en la misma forma de la otra vez... «He recibido del Sr. Tal... testamentario del Sr. Negretti... la cantidad de tal, importe de alimentos y demás de...»

—Descuide Vucencia...

—Es un asunto que me desagrada, y en la posición que ahora ocupo, francamente, no me convienen estos tratos, aunque, bien mirada, la cosa es sencillísima, y nada tiene de particular... Usted, como buen gaditano, conocería al pobre Negretti.

—Sí, señor... Tratante en pedrerías y en metales preciosos. Si no recuerdo mal, era corso.

—No: hijo de padre corso. Oiría usted contar que en uno de sus viajes á Inglaterra conoció á la Montefiori. ¿Sabe usted quién era? Una mujer de historia, muy guapa, francesa ó italiana, no lo sé á punto fijo, ni creo que lo supo nadie.

—Algo me contaron...

—A lo tonto, á lo tonto, empezando por galanteos de esos que allí, como en París, son la aventura de un día, ó de una semana, sin consecuencias, Negretti se enamoró perdidamente de aquella prójima... Y á tanto llegó la ceguera del hombre, que se casó con ella... Crea usted que el día que me lo dijo, por poco le mato. De nada valieron los consejos, las exhortaciones de sus buenos amigos. Jenaro sentía el vértigo, y se arrojó á la sima.



—Ya, ya recuerdo la historia... Su mujer murió.

—Asesinada, al salir de un baile en Vauxhall, un sitio que hay en Londres, á donde concurre todo el mujerío... ya me entiende usted...

—Comprendo... mujeres guapas... pues... Esa señora dejó una niña.

—Que recogió Negretti, poniéndola en casa de los Montefioris de *Halton Garden*, una calle de Londres donde está todo el comercio de pedrería. A la muerte de Jenaro, la niña, por disposición testamentaria de éste, fue puesta al cuidado del Montefiori de Mallorca, y luego de Zahón y Negretti.

—Y ha quedado al fin bajo el poder de Doña Jacoba, donde ahora se halla. La conozco, señor.

—¿Qué tal es la chica? No la he visto desde que tenía tres años.

—Señor — respondió Milagro dando un suspiro, —Aurorita es preciosa...

—Sale á su madre, que era una divinidad —dijo el gran Mendizábal. Y se le encandilaron los ojos cuando repitió:—Es preciosa la niña...

—Pero muy revoltosa, señor... el carácter más desconcertado que Vuccencia puede imaginar.

—Tiene á quien salir... Pues bien, Negretti dejó en mi poder todo su dinero... No crea usted, pasa de un millon de reales lo que tenía, y con su fortuna me dejó el encargo de atender á la chiquilla durante su menor

edad... Ello es enojoso, mayormente hallándose la joven en poder de los Zahones, de quienes tengo malas noticias.

—Puedo asegurar á Vucencia que la niña de Negretti está muy mal educada y tiene los demonios en el cuerpo; pero merece vivir en mejor compañía, y yo sé que no ha de faltar quien la cuide, con el emolumento que percibe la urraca de Doña Jacoba.

—Autorizado estoy—indicó D. Juan Alvarez, distrayéndose ya de aquel asunto y empezando á pensar en cosas de más importancia,—para confiarla á otras personas de la familia; y si averiguar pudiera dónde ha ido á parar Ildefonso Negretti, que se estableció en Bayona, también en joyería, allá por el año 26, de seguro... En fin, señor Milagro, quedamos en que llevará usted á esa señora... Vea la nota, y aquí tiene el dinero... Cuidado con el recibo en regla... Y pueden ustedes retirarse... Yo me voy también, que hoy ha sido día de prueba.»

## XVI

Acompañado de su amigo y mentor D. Pedro Hillo, fué Calpena á las últimas funciones de Toros, y á la apertura de los Estamentos, que se efectuó á mitad de Noviembre con la solemnidad de costumbre, asistiendo

la Reina Gobernadora. En la Plaza admiraron la pericia del afamado matador Francisco Montes, y el arrojo y gallardía de D. Rafael Pérez de Guzmán, oficial del Ejército, de la noble casa de Villamanrique, que había cambiado los laureles militares por las palmas toreras, y la espada por el estoque. Tomó la alternativa en Madrid en Junio del 31, y desde entonces fué la más grande notabilidad del arte en aquella década, después del maestro Montes. Con éstos compartía el favor del público Roque Miranda, muy inferior á Montes y á *D. Rafael* en la suerte de matar, pero gran banderillero, capaz de poner *pares* en los cuernos de la luna.

Ya se comprende que con la compañía de Hillo en el fiero espectáculo aprendió Calpena, no sólo los terminachos, sino las reglas del toreo, adquiriendo el placer de la lidia. Algunas tardes convidó también á Milagro, grande y antiguo aficionado, sólo que la cortedad de su vista no le permitía enterarse bien de lo que pasaba. Hiciéronse amigos Hillo y D. José, y su amistad se consolidaba, lo mismo por la comunidad de afición que por la diferencia de criterio en el juicio de las suertes. Si coincidiendo, simpatizaban, disputando como energúmenos simpatizaban y se querían más. Entre los dos sentábase Calpena en el tendido, y á menudo tenía que intervenir para aplacar sus bulliciosos ardores de controversia. Era Hillo devotísimo adepto de la escuela rondeña, y el otro de la sevillana; enaltecía el clérigo el arte propia-

mente dicho, la destreza en el engaño, la burla ingeniosa del peligro, la distinción, la postura, la gallardía de la figura toreril delante de la fiera; encomiaba Milagro el valor, la brutal acometividad sin remilgos, mirando más á la eficacia de la suerte que al afán de *pintarla* y hacer arrumacos. Eran, pues, el uno clásico, romántico el otro. Disputaba Milagro por temperamento bullanguero y por llevar la contraria. Hillo, firme en el *dogma rondeño*, lo sostenía con seriedad, digna de una tesis escolástica. Tan pronto se arrancaba Milagro á sostener que *D. Rafael* era un chambón, que debía su boga á *ser de la Grandeza*, como le defendía resueltamente por su coraje ciego y sin arte. Consideraba á Montes por paisano, pues ambos eran de Chiclana; pero á lo mejor se complacía en llamarle *gandul* ó *figurero*.

«Pero usted, señor alma de cántaro—le decía Hillo sin poder contener su enojo,—¿se ha enterado de lo que ha hecho ese tío en el segundo toro? Sin duda tiene usted telarañas en los ojos cuando no ha visto ese sublime arte del engaño, cuando no ha visto con qué salero se lo pasó á la fiera por delante de la cara para componerla, para quitarle los resabios adquiridos durante la lidia, para igualarle... ¿O es que usted no sabe lo que es igualar al toro?... ¿Sabe acaso distinguir los pases? Para usted es lo mismo el *natural* que el *redondo*, el *cambiado* y el *de pecho*.

—Lo que le digo á *zumercé*—afirmó Milagro al concluir la lidia del tercero,—es que

este pase *de pecho* de D. Rafael no lo hace mejor el Verbo Divino.

—¡Pero si ha sido una gran patochada! ¡Usted no lo entiende! ¡Si no estaba perfilado D. Rafael cuando se le vino el toro encima, y en vez de adelantar el brazo de la muleta hacia el terreno de afuera en la rectitud del toro, lo que hizo fué...!

—Usted sí que no lo entiende. D. Rafael no movió los pies...

—¡Pero si parecía un bailarín!

—Le digo á usted que no. Me han salido los dientes viendo matar toros. D. Rafael se estuvo quieto hasta que llegó la res á jurisdicción.

—¡Pero si no llegó á jurisdicción...! ¡Por San Cornelio, que no!... Y el animal no tomó el engaño; y D. Rafael, con más coraje que conocimiento, en vez de darle salida por la derecha, se la dió por la izquierda, y no supo empaparle. Total, que cuando la res dió el hachazo...

—No hubo tal hachazo.

—Le digo á usted que sí...

—Pues, hijo, si Su Reverencia entiende de decir misa como de toros, lucida está la santa Iglesia.

—Quien no entiende una palotada *sois vos*.

—Paz, paz—les decía Calpena.—No se peleen por un golletazo de más ó de menos. Tan difícil es matar bien un toro como gobernar á un país. Tanto mérito tiene el que se pone entre los cuernos de una fiera, como el que se cuadra anté las astas de una na-



ción querenciosa. No disputemos, y aplaudamos á todos.»

Salían tan amigos, y hablando de política, el clérigo y el funcionario confundían sus respectivos criterios en un escepticismo zumbón. Fueron también, como se ha dicho, á la apertura de las Cortes, en el Estamento de Procuradores, que tenía por alojamiento provisional la iglesia de *Clérigos menores*, (Carrera de San Jerónimo), convertida en *redondel parlamentario*. Aunque el día no era apacible, la multitud se agolpaba en las calles por ver á la Reina y su Corte, y por admirar el lujo de corceles empenachados, los lacayos y cocheros á la Federica, las carrozas de concha y marfil, y todo el elegante barroquismo que constituye el ceremonial palatino de calle. La hermosura de la Reina, su gracia y gentileza eran tales, que ante la realidad se achicaban las hipérboles que á su paso se oían. Vestía de negro. Su peinado de tres potencias, con la real diadema y el velo blanco que graciosamente le caía sobre los hombros; la pedrería que al cuello y entre los graciosos moños de su pelo ostentaba; la majestad de su rostro; la sonrisa hechicera con que agraciaba al pueblo dirigiendo sus miradas á un lado y otro, formaban un conjunto que difícilmente olvidaba el que una vez tenía la suerte de verlo. Contaba poco más de veintiocho años, y ya su nombre había fatigado á la Historia, por las circunstancias de su casamiento, de su corta vida matrimonial, de su viudez prematura,



que puso en sus manos las riendas de una nación desbocada. Del bien y del mal que hizo se hablará en mejor ocasión. Por ahora se dice tan sólo que aquel día de Noviembre, camino de la ceremoniosa apertura, estaba guapísima. Era, sin disputa, la más salada de las reinas. Su venida fué un feliz suceso para España, y su belleza el resorte político á que debieron sus principales éxitos la Libertad y la Monarquía. Su gracia sonriente enloqueció á los españoles; muchos patriotas furibundos, á quienes las malas artes de Fernando habían hecho irreconciliables, desarrugaron el ceño. Antes de tener enemigos encarnizados, tuvo partidarios frenéticos. Difícilmente se encontrará en la Historia una Reina á la cual se hayan dedicado más versos: verdad que no todos los que se arrojaban á su paso para alfombrarle el camino eran inspirados. Lo que llamamos *ángel* tenía Cristina en mayor grado que otras prendas eminentes de la realeza, y todos hallaban en ella un hechizo singular, un don sugestivo que encadenaba los ánimos. Por eso Quintana, afectando la confusión lírica, le decía:

«¿Quién te dió ese poder?... ¿De quién hubiste  
La magia celestial?»

Y otro no menos famoso poeta, la saludaba de este modo:

«¡Cuán hermosa! ¡Sus ojos celestiales  
Cuán apacibles miran!

Ved en su frente pura  
La majestad grabada y la dulzura;  
Mirad en su mejilla  
La rosa del pudor encantadora.  
Al Consorte Real, que en ella adora  
No menos la virtud que la hermosura,  
Ved ¡cuán tierno sonríe  
Su labio de corall!...»

Y fué tal la prodigalidad de epítetos dulziones, *angélica*, *divina*, *divinal*, *dulce*, *amorosa*, *celeste*, etc., que la lengua se nos hizo empalagosa, y de ahí vino que por devolverle su tonicidad y fuerza la amargaran demasiado los románticos con sus acíbares, adelfas y cicutas.

En otro orden hubo de manifestarse el mismo fenómeno de reacción. Es indudable que muchos se fueron al campo realista, no tanto por convencimiento, como porque estaban hastiados y apestados de tanta *angélica Isabel*, de tanta *celestial Cristina*; protestaban de la virilidad contra el feminismo.

Las tres serían cuando entraba la Reina en el Estamento, y si en el tránsito por las calles y Puerta del Sol los vivas no cesaban, ni las encantadoras sonrisas de la dama hermosísima, en la casa parlamentaria los aplausos y vítores fueron delirantes. Aclamando á la Gobernadora, se rendía tributo á la hermosura y á la ley, á la vida nueva, á la esperanza de un porvenir dichoso. El símbolo era tan bello, que encendía el fuego de la fe con más eficacia que las ideas. No es extraño, pues, que el historiador, ó más

Bien el filósofo de la Historia, se preguntara: «¿Hasta qué punto y en qué medida influyó en la suerte de España el dulce mirar de aquella Reina?» Y un faccioso del orden civil, aficionado á las grandes síntesis, consolaba á D. Carlos, años adelante, en las solitudes de Bourges: «No hay que culpar á nadie, señor, pues así lo ha dispuesto el que hace las criaturas. Todo habría pasado de distinta manera, si la augusta cuñada de Vuestra Majestad hubiera sido bizca.»

Nuestro amigo Calpena, colocado entre los suyos D. Pedro Hillo y D. José del Milagro, vió desde una tribuna á la hermosa Reina, y la oyó leer el discurso. Era la primera vez que la veía, y maravillado de tanta majestad y gentileza, sus ojos no se saciaban de contemplarla. Milagro, renegando de su menguada vista, no hacía más que preguntar á Hillo: «¿Y dónde está Argüelles?... ¿Y Saavedra?... ¿Y los primerizos Pacheco y Donoso Cortés?» Poco fuerte en el conocimiento de personas, Hillo las iba señalando á capricho, y á Pita Pizarro le llamaba Conde de las Navas, y á D. Antonio González le confundía con D. José Landero y Corchado.

«Ahí tiene usted al Sr. D. Juan Alvarez y Méndez, tan orgulloso que parece el czar de Moscovia...—dijo D. Pedro cuando ya se retiraba Su Majestad.—Con su pelito rizado y su fraque de última moda, es el más guapo de los que se sientan en el banco negro.

—Ya, ya le veo—manifestó Milagro, que no veía nada.—Está arrogantísimo mi jefe...

Ese, ese es el que os ha de poner á todos las peras á cuarto. Ya veréis cómo las gasta.

—Me parece á mí—dijo Hillo,—que trae buenos planes; pero no el trasteo que se necesita para ejecutarlos.

—Trasteo le sobra.

—Le falta mano izquierda.

—¡Qué ha de faltarle, hombre!

—No sabe manejar el engaño. Hay aquí ganado de mucho sentido, voluntarioso, que *hace* por los Ministros, y no para hasta que los engancha. ¡Pobre D. Juan!... El ha venido por palmas, y le van á dar...

—¿Qué...? ¿qué le van á dar?...—dijo Milagro, empezando á amoscarse.

—Nada, hombre: no se sulfure. De toros entiende usted poco; pero de este tinglado ni una patata.

—Quien no lo entiende es Su Señoría. Me han salido los dientes viendo Cortes...

—¿En dónde, alma de Dios?

—En Cádiz... en San Felipe Neri.

—Ese santo no es de mi devoción.

—De la mía sí. En mi iglesia adoramos á los patriotas y abominamos de la clerigalla.

—Paz, caballeros—dijo Calpena con gracia.—No me riñan aquí, ó á los dos les mando á la calle.

—Es broma.

—Jugamos, nos divertimos.»

En esto salían ya de la tribuna, y empezaba el penoso descenso entre un gentío bullicioso, mareante, compuesto en su mayoría de señoras charlatanas y fastidiosas,

á quienes todo el espacio de pasillos y escaleras les parecía poco para sus faldamentas, chales y cintajos. Cerca ya de la salida, tropezaron con *Edipo*, el polizone, y Calpena, que ya estaba familiarizado con su presencia en calles, cafés y teatros, le dijo, permitiéndose tutearle: «Sí, aquí estoy... No me escapo, hombre... Puedes apuntar, por si no lo sabes, que esta mañana estuve con Iglesias en el café de Solís, y que hablamos de la inmortalidad del cangrejo y de la absoluta impertinencia de los empleados de la policía.

—No voy contra usted, Sr. D. Fernandito —replicó el corchete risueño y humilde.— Viva usted mil años, para que proteja á los pobres el día que venga alguna tremolina.

—¡Lo que es á tí...! ¿Á que no me aciertas dónde estuve hoy cuando salí del café de Solís?

—En la corbatería de Aguayo.

—¿Y antes de ir al café?

—En la peluquería de Cortina.

—Maldito seas, y quiera Dios que te pase lo que al Rey de teatro que te ha dado su nombre.

—Era un Rey que padecía de la vista.

—Ciego te vea yo... Bueno. Pues si me aciertas á dónde iré esta tarde, te regalo una docena de puros.

—¿De veras? Pues ya puede ir por ellos. Traígamelos escogidos, de la fábrica de Sevilla, de á tres cuartos pieza.

—Antes adivíneme lo que haré esta tarde.

—No necesito adivinarlo, porque lo sé, y usted no.

—¿Y cómo es eso de ignorar á dónde voy, teniendo el propósito de ir á una parte?

—Muy sencillo. Puede que usted tenga la intención de emplear la tarde en picos pardos, y puede que haya hablado de eso con Iglesias, que es muy aficionado á las maderas. Pero aunque el Sr. D. Fernando tenga esos planes, no irá á donde piensa, sino á donde yo sé.

—Explicame eso, *Edipo* maldito, ó aquí perece un Rey de Tebas.

—Pues... esta mañana, mientras el señor andaba de ceca en meca... fué á buscarle á su casa, tres veces, D. Carlos Maturana. Me le encontré en la calle de Peligros, y me ha dicho que tiene precisión de cazarle á usted hoy, y que le cazará, aunque sea con perros.

—¿A mí?... ¡Maturana! Sí, sí, es el pariente de mis amigos de Olorón, á quien me recomendaron. No le he visto aún, porque estaba ausente de Madrid cuando yo llegué.

—Ayer regresó de sus viajes por Italia y Suiza. Traerá relojes y abanicos... En fin, no sé... El motivo de buscarle con tanta prisa es porque usted trajo un encargo para la Zahón.

—El cual aún está en mi poder, porque esa señora, que me han dicho es muy cargada de espaldas, no ha ido á recogerlo.

—Pero va de orden suya el Sr. Maturana, no sólo por el gusto de verle á usted, sino por



llevarle á la calle de Milanese, donde le espera con la cajita Doña Jacoba, que no puede salir. Y como el encarguito será de valor, no tiene el Sr. D. Fernando más remedio que hacer la entrega por sí mismo, y fastidiarse, y echar la tarde á perros.

—Eso no... Con entregar la caja, pedir recibo, tomarlo...

—Puede que le entretengan á usted más de lo que piensa las joyas que hay en la casa.

—No soy aficionado...

—Eso se verá... cuando lo vea... Hay brillantes, perlas, corales, de los que pintan los poetas...»

Y sin decir más, dió dos palmadas á Don Fernando, despidiéndose con palabras de premura: «Con Dios... Hago falta dentro... Mucha gente, y alguna no de lo mejor.»

Reunióse Calpena con sus amigos, que en la puerta hablaban con dos sargentos de la Guardia Real, conocidos de Milagro, y se fueron hacia la calle de Alcalá, rumbo al Caballero de Gracia.

## XVII

Exactísimos eran los informes de *Edipo*, y cuando llegó D. Fernando á su casa, díjole la chica de la patrona, al abrirle la puerta, que un señor que había estado tres veces por

la mañana, le aguardaba sentadito en la sala, al parecer dispuesto á no moverse de allí mientras no lograra su objeto. Minutos después hallábase Calpena frente á un sujeto como de sesenta años, acartonado y pequeño, que llevaba muy bien su edad; mejor afeitado que vestido, pues su levita era de las contemporáneas de la paz de Basilea; el pelo entrecano y nada corto, con ricitos en las sienes, y un mechón largo cayendo hacia el cogote, como si aún no se hubiese acostumbrado á prescindir del colete; los ojos reforzados con antiparras de cristales azules montados en plata; el perfil volteriano, el habla cascada y lenta.

«¿Con que es usted...? Bien, hijo, bien. Pues me escribió mi sobrino Felipe; pero hasta ayer no he llegado de mis correrías por el extranjero... Aquí me tiene el Sr. D. Fernando á su disposición. La verdad, poco puede hacer por usted este pobre viejo, pues desde que salí de Palacio... ya sabe usted que era yo primer diamantista de Su Majestad... llevo una vida... Sentémonos, si usted quiere... Pues perdí aquella plaza, después de treinta años de honrados servicios... y no he tenido más remedio que buscar en el comercio un modesto pasar... Ello fué... no sé si estará usted enterado... por malquerencia de esa farolona de la Carlota... la mujer del Don Francisco... otro que tal... En fin, más vale no hablar... Y usted, ¿qué me cuenta? ¿Qué tal le va por Madrid? ¿Ha conseguido que le coloquen? Ay, señor mío, esto está perdido

con tantas libertades, y la dichosa Pragmática Sanción, que fué la manzana de la discordia... Al Rey le mataron á disgustos, puede usted creerlo... Y á mí... toda la inquina que me tomaron fué por la amistad que me tenía el Príncipe de la Paz primero, y después el señor Duque de Alagón... No sé si sabrá usted que D. Pedro Labrador me llevó consigo al Congreso de Viena; si señor... Pero éstas son historias marchitas, y usted es joven, vive en lo presente, y le aburrirá esta manía que tenemos los viejos de revolver la hoja seca del pasado... En fin, vamos al asunto.

—Ello es que yo—dijo Calpena un tanto impaciente por despachar pronto,—no he podido entregar...

—Ha hecho usted perfectamente. Encargos de cierta naturaleza no deben entregarse sino en la propia mano de la persona á quien van dirigidos. La mayor parte del contenido de la cajita que confió á usted *Aline* es para mí; el resto, para Jacoba. Esta se halla enferma con un dolor tan fuerte en la cadera, que no puede moverse.

—Iré yo á su casa, si á usted le parece bien.

—Tan bien me parece, que traigo esa comisión, con la cual mato dos pájaros de un tiro. Cumpló con Felipe, ofreciendo á usted mis servicios, y cumpló con Jacoba, llevándole el encargo, y el portador y todo, para que llegue más seguro.»

Deseando abreviar, Calpena sacó la cajita,

y propuso al Sr. de Maturana marchar sin pérdida de tiempo. No deseaba otra cosa el antiguo diamantista, y se echaron á la calle, no sin que en el portal recomendase D. Carlos á su acompañante que tuviese mucho cuidado con lo que llevaba, pues Madrid estaba infestado de rateros, y al menor descuido le dejarían con las manos limpias. Procuró Calpena tranquilizarle, y asegurando bien el bulto bajo el brazo derecho, avivó el paso. Poco hablaron por el camino, y en cinco minutos se plantaron en la calle de Milaneses. «Amiguito, vaya un paso que tiene usted—dijo el vejete, fatigadísimo, al entrar en el portal.—Ya se ve... un paso de veinticinco años. Subamos ahora despacito, que por aquí no hay peligro y no vamos á apagar ningún fuego. Esta maldita escalera no tiene pasamanos, y usted me ha de permitir que le coja del brazo. Pásmese usted. En esta casa...»

Se paró en el rellano, donde apenas cabían los dos. La escalera, que arrancaba casi en la misma puerta de la calle, ascendía obscura, desigual, angulosa, como los senderos de la traición, y sus escalones patizambos ofrecían al confiado pie celadas espantosas.

«En esta casa... no, en la de al lado, trabajamos juntos, cosa de un mes, Leandro Moratín y yo. Y enfrente, en el que entonces era número 14 de la manzana 71, tuve yo el gusto de cobrar el primer dinero que gané en mi vida. Fué por unas arracadas que hicimos para la Infanta Doña María Josefa, el año 90...Ea, cinco escalones más y llegamos.»

Tiró Maturana de la campanilla, y al poco rato rechinó la tapa de la mirilla con cruz de hierro. Vió Calpena unos ojos; el viejo no dijo más que «yo,» después de lo cual empezó á sonar un claqueteo de cerrojos, al que siguieron vueltas de una llave, luego roce de cadenas, el caer de una barra, y aun después de todo este estruendo carcelario la puerta tardó un ratito en abrirse. ¿Era un hombre el que abría, era una mujer? Fernando no se enteró, porque si el aspecto podía pasar por varonil en la penumbra del pasillo, femenina era la voz que dijo: «D. Carlos, no le esperaba tan pronto. La señora duerme, y yo estaba en la cocina echándome unas piezas á la chaqueta... Pasen, pasen. ¿Despierto á Doña Jacoba?

—No, déjala que descanse. Aguardaremos. ¿Y Aurorita, qué hace?»

Replicó el mancebo (pues hombre era por la facha, aunque la voz de tiple lo contrario declarase), que la tal Aurorita había salido de paseo con la señora y niñas de Milagro, y con otras cuyo nombre no recordaba, hermanas de un sargento de la Guardia Real; y en tanto, abría la puerta de la sala, que más bien era tienda, por las dos mesas, con trazas de mostradores, que en ella había, y los armarios de forma pesada y robusta, cerrados con fuertes herrajes, guardando con avaricia sigilosa tesoros ó secretos. Dos ó tres sillones de vaqueta, de un uso secular, claveteados y lustrosos, y un par de sillas, eran los únicos muebles que en tan extraña



sala brindaban comodidad al visitante. Acomodóse Maturana en un sillón, y Calpena en una silla, dejando al fin sobre la mesa su enojosa carga, y aguardaron silenciosos, hasta que el diamantista, sacando su tabaquera de concha, tomó un polvito, después de ofrecer al joven, que hubo de excusarse graciosamente. La conversación se reanudó en el mismo punto en que había quedado al subir la escalera. «La buena señora—dijo Maturana oliendo el rapé con la mayor finura y encandilando los ojuelos,—se empeñó en que todo había de ser zafiros... y mi padre y mis tíos estuvieron tres meses y medio buscándolos de gran tamaño... Y que escaseaban en aquel tiempo los zafiros y se pagaban bien, como ahora las esmeraldas.

—Escasean las esmeraldas... ya—dijo Calpena, sólo porque la cortesía le obligaba á decir algo.

—Se han pagado en los últimos años á doce y catorce duros quilate, las de buen tamaño... ya ve usted. Algo bajaron de precio cuando D. Pedro de Portugal vendió su soberbia colección, en los apuros de la Regencia en las Islas Terceras... Y á propósito... Este recuerdo de D. Pedro y Doña María de la Gloria (que por cierto ha recuperado parte de las esmeraldas y aguamarinas de la Corona de Portugal); este recuerdo, digo, me trae á la memoria al Sr. de Mendizábal... ¿Es cierto que usted...? Si es impertinente mi pregunta, no digo nada.

—Hable usted.



—Es que... me habían asegurado que es usted el ídolo del señor Ministro; el niño mimado, vamos...»

Apresurábase D. Fernando á desmentir tan absurda especie, que no por primera vez oía, y cuyo origen atribuyó á las hablillas y murmuraciones oficinescas, cuando sintieron ruido y voces en las habitaciones inmediatas. Maturana se acercó á la puerta, y entreabriéndola, dijo: «¿Qué es eso, Lopresti? ¿Se levanta la señora?» Y la voz de tiple contestó desde dentro: «Allá va...» Momentos después, entraba en la sala Doña Jacoba Zahón, apoyada por la izquierda en el fámulo, por la derecha en un grueso bastón, y con difícil paso, marcado por lamentos y suspiros, llegó hasta soltar sobre un sillón la dolorosa carga de su cuerpo. Antes de saludar á Calpena, despidió al de la voz aguda con expresiones displicentes de ama de casa que gasta mal genio: «Entretente ahora con tus costuras, y olvídate de tus obligaciones, como ayer, que nos diste de cenar á las nueve de la noche... ¡Ay, si yo recobrara mi salud y pudiera estar en todo, cómo te haría andar derecho!... Anda... holgazán, lávame los pañuelos... A las seis, el vinito con la medicina...»

Volvió después su rostro hacia Calpena, y le saludó con graciosa sonrisa, mostrando al joven su senil y enfermiza hermosura, que enormemente contrastaba con su desgraciado cuerpo. Ofrecía su cabeza un exactísimo parecido con la de María Antonieta; mas por el color exangüe y la extremada delgadez

del interesante rostro era la cabeza de la infeliz Reina después de cortada, tal como nos la ha transmitido la auténtica mascarilla de cera existente en un célebre Museo. D. Fernando sintió frío al contemplar aquel rostro tan fino y transparente, de un perfil distinguidísimo, apagados los ojos, lívido el labio, mostrando una dentadura en buena conservación. El cabello era gris, y para que resultara mayor la terrible semejanza con la decapitada Reina, se sujetaba dentro de una escofietta blanca. El cuerpo no debiera llamarse feo, sino monstruoso: cada hombro á diferente altura, corvo el espinazo. Se envolvía en una cachemira muy usada, bajo la cual aparecían la falda de estameña oscura, y los zapatos de paño, holgadísimos, pertenecientes sin duda á su difunto esposo. A la cara correspondían las manos, también de cera, finísimas, bien marcadas las falanges bajo una piel sedosa; las uñas no muy cortas, pero limpias: lucía en sus dedos una sortija negra, con un hermosísimo *ópalo de fuego* de gran tamaño.

«Usted me dispensará, Sr. Calpena—dijo con voz dulce, musical, que casi daba tonos de italiano al español correctísimo que hablaba,—que haya tardado tanto en avisarle... Que hoy, que mañana... Pero la carta de *Aline* llegó cuando yo me hallaba en lo peor del ataque. Esta maldita ciática me tenía en un grito. Y el año pasado las paletillas... después todo el esqueleto... Ay, si le dijeran á usted, Sr. de Calpena, que yo he

sido una mujer esbeltísima, se echaría á reir... Vea usted los estragos del reuma en estos pobres huesos... Pues sí, *Aline* me decía... Y ayer el amigo Maturana, al llegar de su viaje, me decía... En fin, que celebro infinito ver á usted en mi casa, y le agradezco la atención de traerme por su propia mano la caja.»

Por iniciativa de Maturana, se procedió á la apertura del paquete, rompiendo los hilos que sujetaban el papel que lo envolvía. En tanto Jacoba continuaba: «Por el amigo Milagro he tenido noticias de usted, y sé que está en gran predicamento con el Sr. de Mendizábal... No, no lo niegue. Ya sé que es usted la misma modestia... Pues el señor D. Juan, en la posición que hoy ocupa, no se acordará de mí. ¡Cuántas veces le ví en mi tienda, calle de la Verónica, esquina á la de la Carne, donde estuvimos tres años antes de pasar á la calle Ancha! Era entonces un muchachón de lo más alborotado que puede usted imaginarse, un busca-ruidos, un métome en todo; ayudaba á los patriotas levantiscos que armaban un tumulto á cada triquitraque. Bien me acuerdo, bien. Juanito Alvarez hizo la contrata de víveres el año 23, cuando tuvimos allí prisionero al Rey. ¡El Rey! ¡Ah!... me parece que le estoy viendo, con su traje de mahón, asomado á los balcones de la Aduana, mirando al mar con un anteojo muy largo, en espera de barcos franceses ó ingleses que vinieran á libertarle... Mendizábal empezaba entonces sus negocios en gran es-

cala, y, si no recuerdo mal, algo traficó en pedrería con Londres y Amsterdam. Por si había conspirado ó no había conspirado, le condenaron á muerte, y salió de Cádiz escapado para no volver más... Ya, ya se acordará él de los Zahones, y de los refresquitos de sangría que le hacíamos en casa, cuando volvía de Rota con Jenaro Negretti. En Rota tenían ambos sus novias, las de Urtus, dos hermanas lindísimas. La una murió de calenturas, y la otra casó con un hermano de éste, Cayetano Lopresti, maltés, que está en mi servicio desde el año 25... ¡Cómo se pasa el tiempo! ¡Ay, D. Carlos! ¿qué me dice usted de este correr de los años? El 23, cuando fué á Cádiz con la Corte, usaba usted todavía coleta, y los chicos de la calle le hacían burla... ¿se acuerda?

Más atento á lo que iba sacando del cajoncillo que á las tristes remembranzas de su amiga, Maturana no contestó. Fijóse también Doña Jacoba en lo que el viejo ponía con religioso respeto sobre la mesa, y alargó su mano para cogerlo y examinarlo.

«Ya...—dijo,—las peinas que tanto ponderaba *Aline*... El carey es finísimo; los diamantes valen poco... Andanada de veinticinco. Viene bien para completarle á la de Castrojeriz las arracadas que quiere tomar, rostrillo y cinturón para la Virgen de Valvanera.

—¿Tiene bastante ya?—preguntó maquinalmente Maturana, mirando con lente un joyel montado en plata.

—Tiene... ¡Oh, sí!... con lo que le vendió la Concha Rodríguez y éste, habrá bastante.

—Si no... Yo he traído como unos veinte diamantes de desecho... muy propios para Vírgenes y Niños Jesús... Vea usted, Jacoba, vea qué hallazgo...

—¿Qué?... ¿qué es eso?

—Esto es un joyel de los que se usaban en los peinados Pompadour, convertido en alfiler de pecho con poco arte: conozco esta prenda como á mis propios dedos. No me equivoco, no: es la misma. Esmeralda *hialina* del Perú, superior, con cerco de brillantes en plata. Catorce brillantes, dos de ellos de bajo color, y otro con pelo... Es la misma joya, la que perteneció, con otras del propio estilo, á la Vallabriga, la esposa del Infante D. Luis... Todo se vendió en París el año 8; luego hubo algún descabalo, porque Montefiori cedió en Metz los pendientes de este mismo juego... Juraría que este joyel lo compró el corredor de *Aline* en Alsacia: los judíos alsacianos poseían mucha piedra procedente de España, no sólo de la Grandeza, sino de la de Godoy y Pepita Tudó.

—Es muy lindo... Lástima no tener las otras piezas—dijo la Zahón, examinándolo sin lente, con ojo muy perito.—Esto viene para usted. Para mí ha de haber un saquito con varias piedras sueltas: venturinas, turquesas, algunos brillantes...

—Aquí lo tiene usted—indicó Maturana, vaciando el saquito en la palma de su mano.—¡Caramba, qué hermoso brillante!... Talla



de Amsterdam, sesenta y cuatro facetas... Vea usted que tabla y que culata... Este otro amarillea un poco. No daría yo por el quilate de éste ni tampoco cincuenta duros... Las turquesas me gustan, y si usted quiere me quedo con ellas. Tengo yo dos hermanas de éstas, tan hermanas, que no dudo en asegurar que proceden de Venecia, como las mías, y que pertenecieron á una dama italiana, no me acuerdo el nombre, de la cual se dijo si tuvo ó no tuvo que ver con Massena... Estas *rosas* valen poco... Todo es género corriente recogido en el Bearnés y Languedoc...»

Pasando de la mano del viejo á la de Doña Jacoba, ésta lo examinó friamente, diciendo: «El brillante bueno no tendrá menos de cinco quilates y tres cuartos.

—Lo tomará la de Gravelinas, que ya reúne seis iguales, con el último que yo le vendí.

—No quiero nada con la Duquesa, que aún me debe la mitad del collar de perlas. Lo reservo para un parroquiano que sabe apreciar el artículo, y es caprichoso, espléndido...

—Ya sé quién es. Mucho ojo, amiga Jacoba. No cuente usted con las esplendideces de los que tienen su fortuna en América, en negros y caña de azúcar. A lo mejor, saldrán estos señores exaltados con la supresión de la esclavitud, y la plumada de un ministri- llo dejará en cueros á más de cuatro que apalean las onzas... Y usted, Sr. Calpena, ¿se aburre viéndonos examinar estas baratijas?

—¡Oh!... es muy bonito—dijo Fernando;—



pero cuántos años de revolver piedras entre los dedos para llegar á adquirir esa práctica, ese conocimiento...!

—La costumbre...—indicó la Zahón.—Desde muy niña ando yo en este comercio... y créalo usted, si dejara de ver piedras y de sobarlas y de jugar con ellas, me moriría de fastidio. Ya mis dedos las conocen solos, y casi no necesito mirarlas para saber lo que valen.

—Yo también, desde que me destetaron, Sr. D. Fernando, ó poco después, manejo estos pedazos de vidrio.

—Para mí, lo parecen.

—Y lo son: vidrio fabricado por la Naturaleza en el horno de los siglos... ¡Ah!... ¡oh! atención. Aquí viene lo bueno.»

Al decir esto, sacaba un objeto estrecho, largo como de una cuarta, envuelto en finísimas túnicas de papel de seda. Era un abanico, obra estupenda del arte francés del siglo pasado. Desplegando cuidadosamente el varillaje de calado nácar, obra de mágicos cinceles, y el país pintado en cabritilla, ideal escena de marquesas pastoreando en jardín de amor, entre sátiros, *pierrotes* y caballeros con pelliza, Maturana lo mostró abierto, sutilmente cogido por el clavillo de oro, á los asombrados ojos de Doña Jacoba y Calpena, quienes se maravillaron de obra tan bella y sutil.

«Esta es una de las piezas más admirables que existen en el mundo, en el ramo de abaniquería—dijo el diamantista, ronco de

entusiasmo y del gozo que le producía el arrobamiento de los dos espectadores.—Fíjense en esas varillas, que parecen hechura de los ángeles, y no tienen el menor desperfecto; fijense en la pintura, en esas caras, en los ropajes y en el paisaje del fondo... observen las ovejitas, que no parece sino que oye uno sus balidos... Pues si notable es esta pieza por su arte, no lo es menos por su historia, que voy á contar.»

Envolvió de nuevo el abanico en sus finísimas de papel, y poniéndolo sobre la mesa, protegido por su mano izquierda, se lanzó con vuelo atrevido á los espacios de la Historia.

## XVIII

«Hiciéronlo Lancret y Lefebvre para la Reina María Leczinska, por encargo de Su Majestad Luis XV, y naturalmente, apenas concluido, Madame de Pompadour se dió sus mañas para apropiárselo. En el zócalo de la columnita que habrán ustedes visto en el país, á la derecha, pusieron los artistas la divisa de la cortesana, que dice: *virtus in arduis*. A la muerte de esta señora, pasó el abanico por sucesivas ventas á la Marquesa de Maurepas, y luego se nos pierde en el laberinto de la Revolución francesa,

hasta que reaparece en Coblentza, donde lo compra un mercader italiano y lo lleva á Nápoles. Qué vueltas dió por los aires de mano en mano hasta venir á las del Príncipe de la Paz en 1805, yo no lo sé, ni creo que nadie lo pueda averiguar. Lo que afirmo es que lo usó Su Majestad la Reina María Luisa. El año 8, por Marzo, hallándose la Real Familia en Aranjuez, se perdió uno de los diamantes del clavillo, y por conducto del señor Príncipe de la Paz, vino el abanico á mis manos para la reparación consiguiente. Entonces ¡ay! lo ví por primera vez, y quedé prendado de su mérito. A los pocos días de tenerlo en mi taller, lo entregué compuesto á Su Alteza; mas la Providencia no favoreció al pobre abanico, pues antes de que el Príncipe pudiera devolverlo á la Reina, sobrevinieron los terribles sucesos del día de San José. A Godoy por poco le matan. Los amotinados saquearon el Palacio y pegaron fuego á los muebles... ¡qué dolor! Era de temer que el precioso objeto fuese á parar á manos viles, á personas ignorantes que desconociesen su valor... Pues no, señor. A fin del mismo año de 1808 reaparece en poder del Mariscal Soult, hombre inteligente, soldado artista, que lo estima como merece, y se lo regala á Napoleón en Enero del año siguiente. Enviado á Josefina con otros obsequios, ésta lo regala á su hija Hortensia, Reina de Holanda, que lo lució en una ceremonia, á la cual dicen que fué á regañadientes: el bodorrio del Emperador con la

Archiduquesa de Austria. Después de Waterloo, todo fué peripecias y saltos terribles para el señor abanico, que tuvo en poco tiempo distintos dueños. Primero, un anticuario holandés, que lo vende á la Princesa Stolbey, fallecida en Baviera el año 20; segundo, el Príncipe Carlos de Baviera, emparentado con Eugenio Beauharnais; tercero, otro anticuario, de Nancy, que lo lleva á París, lo hace restaurar, y consigue venderlo á precio exorbitante á un desconocido, que obsequia con él á Mademoiselle Mars en una representación de no sé qué tragedia... No sé si sabrán ustedes que la célebre actriz es muy aficionada á los brillantes, y tenía colección de ellos por valor de ochocientos mil francos; no sé si sabrán también que el año 27 le hicieron un robo de alhajas, valor de trescientos mil francos. ¡Pues no ha medido poca bulla ese proceso, que creo no ha terminado todavía! Parecieron los ladrones; pero las piedras no. Pues bien: deseando esa señora reponer los brillantes que le quitaron y no disponiendo de dinero suficiente, hizo varios cambalaches con Bertin y con los hermanos Rosenthal, sucesores del famoso Bœhmer, y en uno de estos cambalaches sale otra vez al mercado el famoso abaniquito. Desde entonces puse yo en él los cinco sentidos, deseoso de comprarlo: ha pasado por manos de diversos marchantes; fué á tomar aires por Alemania y Suecia; en cuatro años ha pertenecido á un Poniatowsky, á una gran Duquesa de Hesse y á un coleccionista

que vive en la Selva Negra, el cual murió el año pasado, y su heredero, que era el santísimo Hospital de Treveris, hizo almoneda de todo. Vuelve mi abanico volando al mercado, y en Lyon se posa en casa de mi amigo Jobard. Trato de cazarle allí, y Jobard, que es de los que persiguen gangas, me toma á mí por un inocente y quiere explotarme. Finjo desistir del empeño, y me marchó tras de otros asuntos; pero sabiendo de buena tinta que el marchante lionés se tambalea, doy el encargo al amigo Montefiori, de Burdeos, para que esté á la mira y aproveche la ocasión... La ocasión llegó, y hace tres meses fué adquirida, por cuenta mía, la famosa prenda por la mitad de lo que le costó al adorador de Mademoiselle Mars...

—De lo que usted nos ha contado, por cierto muy bien—dijo Calpena, que habia oído con deleite,—se saca la consecuencia de que hay objetos inanimados, cuya historia es más interesante que la de muchas personas.

—Eso, admitiendo que sean verdad todas esas traídas y llevadas del abanico—observó la Zahón, escéptica, desdeñosa, pues no le gustaba que su colega supiese más que ella en tales materias.—No se fie, D. Fernando, que este Maturana le compone su historia á cada pieza que vende, forma especial suya de hacer el artículo.

—En esto —dijo Maturana riendo,—me ganaba su marido de usted, Jacoba. Recuerdo que tuvo una pareja de diamantes, que habia sido del Tamerlán, después de Antonio



Pérez, y últimamente de Godoy... Ya se sabe: todas las joyas de precio que han salido á la venta del año 8 acá, se le han colgado al pobre D. Manuel.

—Pues ese abanico—afirmó la Zahón displicente y maligna, entornando los ojos,—no se vende en España, tal como están hoy las cosas, aunque lo adornen con más historias que tiene el Cid.

—Este abanico—replicó Maturana, acariciando la joya,—lo vendo yo en España, y al precio que me dé la gana, señora Doña Jacoba, aunque usted no quiera... ¿Cree usted que voy á ofrecérselo á esos pelagatos del Estatuto, ó á las señoras de los patriotas, que apenas tienen para poner un cocido?

—Pues á la Grandeza la verá usted completamente acoquinada con estas revoluciones y estas guerras malditas. ¿Dinero? Poco hay, ó es que no quieren gastarlo. ¿Gusto? Ya sabe usted que aquí no privan más que las apariencias baratas... Vaya, D. Carlos, no ande con misterios, y díganos que piensa encajarle su abanico á la Reina Gobernadora.

—¡Oh! no hay otra mujer en el mundo—observó Calpena con entusiasmo,—que sea digna de tal joya.

—Eso sí... Sabe apreciar lo bueno. Pero yo pongo mi cabeza á que si D. Carlos le propone el abanico, ofrecerá por él una miseria.

—Su Majestad es artista, y además espléndida, generosa...

—¡A quién se lo cuenta!... ¡Ay, ay! Lo fué, sí, señor—dijo la Zahón amargando el con-

cepto con quejidos.—Lo fué... ¡Dios me favorezca, ay!... pero desde que ha empezado á soltar hijos, se ha vuelto muy roñosa.

—¡Si no ha tenido más que uno!

—Y lo que ha de venir... ¡ay! Está ya de cinco meses, ¡ay!... Dos años de casada lleva por lo secreto, según dicen, y al paso que va, no habrá bastantes rentas para el familión que nos traerá esa señora... ¡Y este Don Carlos, bobalicón, todavía piensa que le va á comprar... ese juguete!

—Este juguete, y cuanto yo quiera—afirmó el diamantista con seguridad burlesca, casi insolente,—me lo comprará la Reina, y me lo pagará como á mí me convenga.

—Ciertamente—dijo Fernando.—La Reina está obligada á proteger las artes... y es su deber formar colecciones, que luego pasan á los Museos.»

Era la Zahón envidiosa, y su egoísmo comercial no toleraba que otro del gremio, aun siendo amigo suyo, hiciese mejor negocio que ella. La seguridad que mostró Maturana de vender en Palacio con ventajas grandes, la sacó de quicio; exacerbados sus dolores por la emulación mercantil, empezó á dar chillidos, y entre ellos iba soltando estas palabras:

«No, no... no puede ser... Maturana loco... Reina no compra, Reina guarda dinero.

—Si María Cristina guarda el dinero—afirmó Maturana frío y cruel, pues cuando se proponía humillar á su rival no conocía la compasión,—lo sacará de las arcas para dár-

melo á mí... Su Majestad me comprará todos los objetos y joyas de mérito que yo le lleve, y á usted no le comprará nada... á usted nada... á mí todo.

—Bruto... majadero y vanidoso... ¡Ay, me muero!... Este dolor para usted... para usted debiera ser.

—Gracias... no me conviene el artículo.

—¡Vaya con D. Carlos!... Ahora sale con que tiene vara alta en Palacio... con que le ha caído en gracia á la Reina... ¡Ja, ja!... ¡Ay, ay!... Me río llorando, ¡ay de mí! ¡Bien por el nuevo favorito!

—Favorito soy... en mi ramo, se entiende. Y la Reina Gobernadora me favorece, porque me necesita...

—¡Le necesita!... Buenos estamos. ¿Cree usted que la Señora piensa encargarle arreglos y composturas? ¡Si la moda reinante es volver á lo antiguo!

—La Reina no me ha llamado para ninguna chapuza.

—¿Luego, Su Majestad le ha llamado á usted?—preguntó Calpena, mientras Doña Jacoba, estupefacta, no sabía qué decir.

—Sí, señor, he tenido esa honra. ¿No llamó á Mendizábal para arreglar la Hacienda y salvar el país? Pues á mí, que en mi ramo soy tanto ó más que Mendizábal en el suyo, me llama también la Corona... para fines no menos altos.

—¿Y qué tiene que ver nuestro ramo, la joyería, con nada de lo que está pasando en España?

—¿Qué tiene que ver...? Llega un momento, en las peripecias de un reinado, en que el arte del diamantista puede auxiliar poderosamente á la Monarquía.

—¡Ay, ay!... Este hombre quiere volvernos locos... D. Fernando, no le haga usted caso... Se burla de mí, y quiere ponerme peor haciéndome reir.

—Ríase usted ó llore todo lo que quiera.

—No lloro, no, ni me río—indicó la Zahón altanera y burlona.—Estoy indignada por la falta de respeto con que habla usted de la Reina. ¡Pues no dice que le ha llamado!

—Seis veces han llegado á mi casa criados palaciegos preguntando cuándo venía del extranjero el Sr. Maturana... y el Intendente ha estado á verme hoy... No, si no he de decir para qué me quiere Su Majestad. A su tiempo se sabrá.

—Ya... Es que quiere encargarse una corona morga...nática, ó como se diga, para el Muñoz—dijo la Zahón venenosa, echando por los ojos toda su envidia, mezclada con su agudo sufrimiento.—Me voy á poner muy mala... Ya lo estoy. Este hombre me irrita... Me cuenta cosas que no me importan... Me ahogo... ¡Lopresti... condenado Lopresti... que me muero!... ¡La taza de vino, los polvos, esos polvos... Lopresti!»

Entró al fin el fámulo, avisado por los gritos de su ama, y le dió á beber una pócima de vino y caldo, en la cual vertió el contenido de una papeleta de farmacia.

«¡Qué amargo está!... ¡No lo has revuelto,

condenado!—dijo la señora bebiendo á sorbos.—Ahora te traes una luz: ya no se ve... ¿Y ha sacado las perlas que vienen para mí, D. Carlos?

—Aquí están... Que traigan luz. Quiero verlas.»

Traída la luz, examinó Maturana las perlas, y debió encontrarlas excelentes, porque al punto formuló esta proposición:

«Al precio que usted sabe, Jacoba, me quedo con ellas... Vaya, para que usted no chille, en esta partida llego hasta los cuarenta y dos por quilate.

—Para usted estaban.

—Tiene usted mucho género, Jacoba, género superior, y no sé cómo va á salir de él.

—Mejor... Ea, no empiece á camelarme, que no las cedo.

—¿A ningún precio?

—A ningún precio. Quiero reunir más.

—Y va de historias... Estas perlas que le manda á usted *Aline*, parécenme... no puedo asegurarlo... pero me da en la nariz que son las de la Princesa de Beira. Tantas ganas tiene la buena señora de ser reina, que vende sus perlas para comprar pólvora y cartuchos.

—Podrá ser... A usted le llaman las reinas que gobiernan, y á mí quizá me llamen... y me necesiten... las destronadas.»

Dijo esto la Zahón sólo con el objeto de poner en confusión á su amigo y desorientarle. Seguía D. Carlos la broma, sin conseguir sofocar con su donaire el humorismo



maleante de la vieja, cuando ésta saltó de improviso con un recurso que á las mientes le vino en lo mejor de su charla, y era recurso de ley, fundado en algo verídico, ignorado del astuto D. Carlos.

«Amigo Maturana, no le he dicho lo mejor: me ha escrito Mendizábal... ¡Vaya una cara que pone usted!... Sí, señor, me carteo con el Ministro. Y si no lo cree, aquí está su secretario particular, que no me dejará por mentirosa...

—No sé...—balbució Calpena.—Sin duda es cierto... Creo haber oído algo al amigo Milagro.

—A Su Excelencia le da por las botonaduras llamativas—dijo Maturana mirando fijamente á su colega, no sin malicia.—Pero ya caigo: si el Ministro se cartea con usted, será porque quiere consultarla sobre ese plan de vender los bienes de los frailes.»

Y volviéndose hacia Calpena, le preguntó: «Joven, ¿y será cierto que vende también las alhajas de los santos, y la plata y oro de las catedrales?... Porque con tal medida, si á ella se resuelve, sí que podría sacar de apuros á la Tesorería.

—No he oído nada de eso—replicó D. Fernando.—Parece que se venderán todos los bienes raíces del Clero, y además las campanas.

—Que son los bienes aéreos... ¡Buena se va á armar! ¡Será sonada! Créame usted, Jacoba: si no trasladamos nuestro negocio al extranjero, estamos perdidos.

—Yo no: con el arreglo que nos hará ese señor Ministro, verá usted prosperar la nación. Usted no es partidario de Mendizábal.

—Yo creo que vale... sí vale. Pero fracasará.

—Dios quiera que no... Voy á entrar en negociaciones con él para un asunto... Y el Sr. Calpena, que, según nos dijeron, es el amigo íntimo del gran Ministro, ¿me hará el favor de interceder por mí?

—¿Negocitos con Mendizábal?—murmuró D. Carlos.

—Señor mío, si á usted le necesitan las Reinas, á mí me necesitan los Ministros, que en realidad son los que gobiernan... Sr. Calpena, usted es muy amable, y tomará mi asunto con interés.»

Excusóse el joven con finura y modestia, alegando que no tenía amistad con el Ministro, ni podía permitirse recomendarle asuntos de ninguna clase; mas no se dió por convencida la Zahón, y elogiando la delicadeza del joven, y echándole mucho incienso, dijo: «Es natural que usted se exprese de ese modo. Pero yo sé que D. Juan Álvarez le quiere á usted mucho y le protege, y le hará Procurador... Los motivos de esta protección quizás usted mismo no los sepa... Yo tampoco; la verdad, no sé nada: sólo sé que... En fin, *Aline* me ha dicho que es usted un joven de gran mérito... No hay que ruborizarse... Por todas esas razones, y otras que callo, yo quisiera, Sr. D. Fernando, que esta noche cenara usted con nosotros...»

Antes que el invitado pudiese formular sus excusas, se metió por medio D. Carlos, diciendo muy gozoso: «Aceptará, ya lo creo, y yo también. Quiero decir, que si el señor cena con ustedes, me convido...

—Lo siento mucho—dijo Calpena.—Otra noche, señora mía, tendré mucho gusto... Esta noche no puedo... créame usted que no puedo.

—Ya se ve... Es verdadero sacrificio sentarse á nuestra pobre mesa, acostumbrado usted á los convites de las grandes casas.

—No nos tratarán mal aquí, Sr. D. Fernando—dijo D. Carlos;—y si Lopresti tuviera tiempo de poner esta noche el pescado en tomatada maltesa...

—Hay tiempo... ¡Lopresti!»

Repetía sus excusas D. Fernando, cuando llamaron á la puerta. El maltés acudió. Eran campanillazos, golpes repetidos, dados al parecer con el puño de un bastón, y luego voces femeninas, la del sirviente y la de otra persona, riñendo, disputando. «Es ese torbellino—dijo Doña Jacoba.—Aura, hija mía, ¿por qué alborotas? Mira que hay visita... pasa... ven.»

## XIX

En el mismo instante vió D. Fernando, en el hueco de la puerta, una mujer, una joven, que más que persona humana le pareció divinidad bajada del Cielo. ¿La había visto antes alguna vez? Creía que sí, creía que no. ¿Y cómo había vivido tanto tiempo sin verla? ¿Y qué habría sido de él, si por torpeza de su destino no la hubiese visto cuando la veía? Esto pensaba en la perplejidad casi estúpida de que fué acometido su espíritu ante aquella visión celeste. La que respondía por Aura se quedó también suspensa, y pensaba que no veía por primera vez al sujeto, cuyo nombre pronunció la Zahón presentándole.

«Vete adentro: deja la mantilla; deja la sombrilla con que has apaleado al pobre Lopresti, y vuélvete acá...—le dijo la señora.—No hagas la de otras veces, que tengo que ir á buscarte. Ya ves que no puedo moverme.»

Fuése la joven, y tal era su turbación, que ni acertó á saludar con una ligera inclinación de cabeza á la persona que acababa de serle presentada. «¡Qué estúpida soy—se decía, corriendo hacia su cuarto,—y qué grosera y qué desmañada! No he sabido saludarle... Verdad que él no me saludó tam-

poco, y se quedó como un santirulico que está en oración... ¿Cómo ha dicho Jacoba que se llama? Pues ya no me acuerdo... Yo le conozco... No, no le he visto nunca: no hay más sino que yo sabía que le vería pronto... ¡Y ahora qué vergüenza me da de volver!... No vuelvo... ¡Pero si tardo, y el hombre se cansa, y se va, y no vuelve más, y no le encuentro en ninguna parte...!»

En tanto Calpena, mal repuesto de su trastorno, apenas podía enterarse de lo que Maturana y la Zahón le decían. Miraba para dentro de sí: en su mente había quedado impresa la imagen fugitiva... ¡Qué ojos, qué boca, qué talle! Quería recordar pormenores; cómo eran éstas ó aquellas facciones, y no podía. La imagen se borraba con el análisis; llegó un instante en que sólo quedaba de ella una vaguedad, un rastro, algo como una herida, ó como una sombra que doliera. Pero de improviso volvió á presentarse ante los turbados ojos de Calpena, no precedida de ningún rumor de pasos ni de voz alguna. Entró como fantasma, trayendo consigo una luz ideal, y para mayor asombro y arrobamiento de D. Fernando, se presentaba risueña, mostrando unos dientes dignos de morder un cachete al Padre Eterno. Así lo pensó Calpena, que también se sonrió al verla, y salió como á recibirla, brindándole un asiento...

«No me siento: gracias,»—dijo Aura, y pasó... Fué á recoger algo al otro lado de la pieza. Cuando regresaba con una cestilla de



labores, recibió de lleno el galán todo el brillo, toda la expresión, toda la intensísima divinidad de los ojos negros de la damisela. El infeliz no dijo nada, miró á la mesa, y cogiendo la silla que cerca tenía, dió un golpecito en el suelo, diciendo ó pensando así: «¡Qué rayo de Dios!... Tempestad, locura... Si esta mujer no me quiere, me mato... vaya si me mato. No puedo vivir.

—Aura—dijo Doña Jacoba dándole un manojito de llaves.—Saca de aquel armario la cajita de perlas, y dásela á D. Carlos para que me haga el apartado...»

Y mientras Aura traía las perlas, Calpena se decía: «Esto es sueño. Tal mujer no existe. Es la que traigo en mi imaginación desde qué sé yo cuándo... Lo que ahora me pasa es como el morir, como el nacer. No sé si muero ó nazco... ¡Vaya una mano! Si me diera una bofetada, vería yo á Dios en su trono... ¡Y qué cuerpo, qué flexibilidad, qué gallardía! Ese traje que antes me pareció verde, ahora es azul, obscurito como un cielo sin luna, y esas motitas son como estrellas, que en los pliegues se esconden, se apagan... El espacio entre el borde del vestido y el suelo parece, cuando anda, un espacio que ríe, una boca que habla... No sé... estoy loco... Si la jorobada no repite su invitación, me convido yo mismo. Si me apalean para que me vaya, no me voy.

—Oye, mujer—dijo Doña Jacoba, poniendo las perlas sobre un tablero con bordes y forrado de bayeta, previamente colocado ante

—¿sí por D. Carlos,—¿cómo es que no subieron tus amigas las de Milagro?

—Me dejaron en la puerta. Era tarde, y como las de Fonsagrada tenían prisa...

—¿Iban con ellas los dos chicos de la Guardia Real?

—Sí... y también tenían prisa. Les han mandado recogerse temprano en el cuartel. Parece que hay run-run de revolución.

—Todos los días dicen lo mismo, y nunca pasa nada. ¿No sabes, Aura? he invitado á cenar á este Sr. Calpena, y no quiere, digo, no puede... Convéncele tú.

—¿Y qué caso ha de hacer de mi?—dijo Aura queriendo mirarle y sin poder levantar los ojos.—Estará invitado en otra parte... comprometido en casas ricas...

—Si mil compromisos tuviera—manifestó Calpena haciendo por tragarse el nudo que tenía en la garganta,—los dejaría todos por la satisfacción, por el honor, por el placer de pasar algunas horas en tan amable compañía.

—Gracias,—dijo Aura, echándole toda la mirada y clavándosela con ímpetu, hasta con ensañamiento.»

Y la voz de Aura al decir *gracias*, ó al decir otra cosa cualquiera, se le metía á Fernando dentro del sentido como una lanceta, y le inculaba un goce inefable, una turbación honda, ganas de dar gritos y de tirarse al suelo... «¿En qué consistirá—pensaba,—que me parece que la he conocido toda mi vida? Si me equivoco respecto á esta mujer; si no

es la que yo soñé, la que ha venido al mundo para mí, que me parta un rayo, ó que me asesinen esta noche al volver de una esquina. ¡Esta mujer para otro! No puede ser... Quien me lo diga miente... y si yo lo dudara ó lo temiera, estaría loco.»

Mientras Doña Jacoba daba órdenes á Lopresti, Aura y Fernando cambiaron palabras insignificantes, sentados uno frente á otro, en el lado de la mesa ó mostrador opuesto al que ocupaba D. Carlos. Entre éste y la pareja estaba la luz, con enorme pantalla verde.

«¿También usted, señorita, entiende de pedrerías, y sabe distinguir los brillantes legítimos de los falsos?

—No sé nada... Para mí como si fueran cuentas de vidrio. No entiendo nada de esto. Y usted, ¿sabe...?

—Yo no...—dijo Calpena sintiendo un impulso violentísimo de manifestarse.—No sé más sino que... No crea usted que voy á llamarla piedra preciosa, diamante, perla ó cosa tal... Eso es no decir nada. Lo que digo... Digo que cuando la ví á usted entrar... creí que no era usted persona de este mundo.

—¿Pues de qué mundo?

—Del otro, del Cielo...

—¿Pero usted cree que si yo hubiera estado en el Cielo iba á dejarme caer aquí? ¡Qué tontería!

—No haga usted caso—dijo la Zahón.—Esta niña es una revoltosa sin juicio. Ya es tiempo de que vaya sentando la cabeza.

—Soy muy mal criada—afirmó Aura con

graciosa ingenuidad, sin el menor dejo de falsa modestia.—Vamos, que no tengo educación... No he tenido quien me eduque ni quien me enseñe nada... Y ahora trato de educarme yo misma; pero, la verdad, no sé por dónde empezar.

—¡Qué deliciosa modestia!

—¡Modesta yo! No, señor: ya verá usted cómo no lo soy. Algún mérito me parece á mí que tengo, y como lo sé, lo digo.

—La sinceridad es la primera de las virtudes,—afirmó Calpena fascinado por los ojos negros de Aura, que no podían ser contemplados de cerca. La ardiente admiración del joven veía en ellos tan pronto una inmensidad de dulzura que atraía, como una inmensidad de peligro que rechazaba. Dulzura ó peligro, el hombre sentía un irresistible impulso de comérselos, de apropiarse toda su luz, toda su pasión. ¡Y qué perfecta armonía entre los ojos y lo demás del rostro, en el cual sólo se veían perfecciones! El color era moreno suave, blancura encendida más bien, como si en sus mejillas se reflejasen llamas lejanas... La frente dominaba tan hermoso conjunto con su pureza de alabastro caldeado.

«Déjeme usted que admire—dijo Calpena en tono y actitud de devoción,—esas cejas divinas, esas pestañas que hablan y esos labios que miran... No sé lo que digo.

—Diga usted de una vez que soy muy bella... ¿Por qué no se ha de decir lo que es verdad? Ya ve usted cómo no conozco la mo-

destia. El ser bonita no tiene ningún mérito, porque así ha nacido una...

—Aura, por Dios, no tontees...—indicó Doña Jacoba levantándose con gran esfuerzo.—Voy á ver qué hace ese pelmazo.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, hija: quédate aquí acompañando á estos señores... Puedo andar sola.»

Ponía D. Carlos toda su atención en las perlas que examinaba cuidadosamente, y luego las distribuía en tres grupos. Aura y Fernando se creían solos.

«¿Qué?—dijo ella viendo al galán suspenso y como asustado, —¿se enfada usted porque yo misma me alabo y digo que soy hermosa?

—No; la sinceridad... Todo en usted es extraordinario, inaudito, sin igual.

—No me haga usted caso. Soy muy mal educada... La buena educación pide que cuando una se siente discreta diga: «soy tonta,» y que cuando somos bonitas, sosten-gamos que no valemos nada.

—No es eso buena educación: es gazmo-ñería, y falsa humildad, máscara de la so-berbia.

—A mí me han hecho creer que la verda-dera finura consiste en rebajarse y elogiar á los demás.

—¿Aunque no se sienta el elogio?

—¡Ah! no: eso sí que no puedo hacerlo yo. Por nada del mundo le diría yo á usted, por ejemplo, que me agrada, si no lo sintiera.

—Luego usted me dice que no le soy des-agradable.



—Yo no pensaba decírselo... Si lo he dicho sin querer, dicho se queda.»

Se le encendieron las mejillas, y después de una pausa, en que Fernando, absorto, no sabía qué expresar, rectificó la joven su atrevido concepto: «La culpa tiene usted por hacerme caso y darme conversación. Se me escapan las tonterías cuando menos lo pienso. Bien dice Jacoba que no tengo vergüenza...

—Eso no es verdad.

—Quiero decir que soy muy descarada... Y no sabe usted los disgustos que he tenido en Madrid por esta mala costumbre mía de decir todo lo que siento. Mis amigas me critican, y algunas se han negado á salir de paseo conmigo. Otras, en cuanto me han oído hablar dos veces, se han resistido á recibirme en su casa. Vamos, que me tienen por una salvaje, y lo soy, aunque lo disimulo vistiéndome, ya usted ve, como las mujeres civilizadas... Eso lo sabe una sin que se lo enseñen... Pero... mire usted qué cosas tan raras me pasan á mí: esta noche es la primera vez que siento pena de ser como soy. Al decirle lo que le dije, ¡me subió un calor á la cara...! Me figuré que usted se enfadaba conmigo, que me iba á querer mal por mi desvergüenza...

—No, no, eso no. Es sinceridad, y yo la admiro y la aplaudo... ¿Pero por qué no hemos de ser todos así? ¿Qué educación es ésta que nos impone la mentira en todos los actos?

—Pues ahora me confunde usted más—dijo Aura con una ingenuidad y una sencii-

llez que acabaron de enloquecer á Calpena.— Porque yo empezaba á querer educarme procurando hacerme la vergonzosa, y usted sale ahora diciéndome que cuanto más desvergonzada mejor.

—No, cuanto más sincera... Lo que usted debe hacer es no empeñarse en cosa tan difícil como la educación por sí misma. No acertaría usted. Lo mejor es que confíe ese cuidado á otra persona: á mí, por ejemplo.

—¿Pero cómo me va usted á educar, si no está siempre conmigo?

—¡Oh!... eso se arreglaría de un modo muy fácil...

—¿Cómo?

—Estando...

—¿Siempre conmigo? Pues le juro á usted que no me disgustaría. En decir esto no veo yo que haya maldad.

—Ninguna...»

Al llegar á este punto, miráronse los dos largo rato sin pronunciar palabra. ¿Les estorbaba el viejo diamantista, aunque sólo en presencia corporal, por tener todo su espíritu aplicado al examen y selección de perlas? Calpena, perdidamente enamorado de aquella mujer con súbito incendio pavoroso, pensaba en el singular caso, en la inaudita sorpresa que le ofrecía su destino. Era en verdad estupendo que siendo él un misterio vivo, y encontrándose en el mundo, en su florida edad, rodeado de sombras, le saliese al paso, en aquella ocasión suprema de su amor primero (el cual, por la fuerza con

que venía, debía de ser único), un enigma tan extraño como el suyo propio. «Ya sospechaba yo—se dijo,—la existencia de esta mujer tan hechicera y seductora; ya me anunciaba el corazón que en nuestras sociedades puede encontrarse un sér tan bello, tan ingenuo, en toda la hermosura libre y silvestre de quien no ha pasado por los absurdos tamices de la educación corriente. Esta mujer superior, este admirable pedazo de la Divinidad, aunque sin pulimento, para mí estaba guardada; para mí, que he venido al mundo en algún torbellino de las pasiones humanas, y tengo por ley de mi destino la misión ¿por qué no ha de ser misión? de venir á chocar con otro misterio como el mío, con otro enigma, y fundirnos misterio con misterio, y...» De buena gana habría roto el silencio soltándole estas preguntas, expresión de la ansiedad de un amor investigador, receloso, policiaco: «¿Quién eres tú?... ¿De dónde has salido tú?... ¿Quiénes son tus padres?... ¿Por qué estás en esta casa?»

El silencio fué interrumpido por Maturana, que, mostrando entre sus dedos una gruesa y hermosa perla, se volvió á los que ya es forzoso llamar amantes, y en tono grave les dijo: «¡Qué hermosura, qué redondez, qué oriente!... ¡Y que este prodigio de la Naturaleza haya salido de los profundos abismos de la mar!... ¡Y que esto sea, como dicen, una enfermedad de la ostra... un tumor, según otros, producto de la baba con que el pobre animal se cura de los golpes que le dan los

crustáceos! ¡Y cosa de tanto valor no es, en su origen, más que una baba!... ¡Misterios de la vida, del tiempo!...»

## XX

No se manifestaba en la mesa la sordidez de Jacoba Zahón, como vulgarmente creían vecinos chismosos, y amigos desconocedores de las interioridades de la casa. Del trato comercial procedía su fama de avaricia, y cuanto se dijese en este terreno era poco, pues no ha venido al mundo persona que con más cruel ahinco defendiera el ochavo. Los del gremio la temían; gimieron siempre los parroquianos entre sus uñas rapaces; en tratándose de negocio pingüe, no reparaba en medios, ni había para ella compañerismo, ni delicadeza, ni caridad. Reproducíanse en ella todas las cualidades de su marido, Bartolomé Zahón, á quien llegó á sobrepujar en la frialdad de cálculo, en la codicia desmedida y en la dureza de las condiciones de venta ó empeño, aprovechando siempre, sin miramiento alguno, las ocasiones ventajosas. No perdonaba; hacía cumplir los contratos, implacable sacerdotisa de la letra, y al propio tiempo los cumplía fielmente por su parte. Jamás la cogió nadie en renuncio legal; jamás tuvo que ver con la justicia humana.

Vivía, pues, dentro de la estricta honradez social, del respeto de las leyes y costumbres. No tomó nunca nada que en rigor de derecho no fuera suyo, ni dió á nadie parte mínima de su legal pertenencia. Con tal modo de ser, se fué labrando su fama de miseria, fundadísima en todo, menos en los cuentos que corrían acerca de la mala vida que se daba. Como en su casa entraban pocas personas, y las amistades y relaciones no pasaban de un círculo estrecho, pocos sabían que la mesa de Jacoba no era escasa, que á veces era espléndida, y que si ocurría tener que obsequiar á alguien, lo hacía con decente abundancia y hasta con ostentación. Así queda explicado que la cena de aquella célebre noche fuera excelente, y que Calpena la encontrase muy superior á lo que había imaginado. Añádase que Lopresti era un hábil cocinero, que guisaba á la italiana y á la francesa, y poseía el secreto de algunos platos sabrosísimos á estilo de La Valette y de Cagliari.

Por milagro de Dios, Jacoba se sintió, después de anochecer, muy mejorada de los horrendos dolores que le habían retorcido el cuerpo, y gozosa, renqueando de aquí para allí con el apoyo de su bastón, iba del comedor á la cocina, ó al revés; sacaba de los armarios una mantelería riquísima (que había ido á parar allí sabe Dios cómo); exhumaba vajilla fina, alguna hermosa pieza de plata repujada, y en fin, lo disponía todo para lucimiento de su casa y satisfacción de su



amor propio. Dígase también que Jacoba Zahón, fuera de los asuntos mercantiles, era bastante agradable, de mucho mundo, conocedora de los usos que constituyen la etiqueta, de hablar ameno y correctísimo. Pero estas cualidades, junto al mostrador, trocábanse en una ferocidad egoísta que ponía los pelos de punta al infeliz que trataba con ella. En esto seguía las tradiciones de su familia: no hacía más que manifestarse en toda la plenitud de su sér, heredado de otros seres, consecuente con lo que los Zahones llevaron siempre en la masa de la sangre. Malta en tiempos remotos; después Mallorca, Gibraltar, Sevilla, y desde mediados del siglo pasado, Cádiz, Córdoba y Madrid, fueron campo donde esta planta Zahónica creció con varia lozanía. Algunos se enriquecieron; otros trabajaron con mediano fruto, y los últimos tuvieron no pocos reveses, que remedió el tino económico de Bartolomé Zahón, y las dotes rapaces de su mujer. En la época en que encontramos á esta señora, toda estevadita, patizamba y hecha una calamidad, la casa no era más que sucursal de la establecida recientemente en Córdoba por Laureano Zahón, hijo único de Doña Jacoba y su heredero. En Córdoba se había montado un taller, y allí se acumulaba la pedrería más usual conforme á las exigencias de una industria y comercio bastante activos. En Madrid sólo quedaba la compra y venta, la red tendida para recoger gangas, todo el género vagabundo que siempre fluctúa en grandes

poblaciones; quedaban también valiosos préstamos con prenda, que Doña Jacoba sabía hacer como nadie, á cencerros tapados, sin pagar contribución de prestamista.

Por causa de los achaques de su madre, el Zahón de Córdoba tiraba á suprimir completamente la casa de Madrid, llevándose todo allá, y así lo había convenido con Doña Jacoba; pero dificultaba la traslación la plaga de bandidos y ladrones que había por entonces en Sierra Morena, sin que justicia, ni policía, ni aun el ejército pudiesen con ellos. El envío de alhajas se hacía muy lentamente, aprovechando coyunturas favorables que no se presentaban todos los días. Además, Doña Jacoba, por ley de inercia, lo dificultaba también. El hábito de traficar, de allegar dinero, podía más que todos los planes dictados por la razón: sin darse cuenta de ello, dilataba las remesas, y cuando se proponía no hacer más negocios, se le entraban por la puerta gangas increíbles... En fin, que la codicia y la costumbre daban un carácter de sólida petrificación al establecimiento de la calle de Milanese.

De las relaciones de la Zahón con Matu-rana conviene dar alguna noticia. Ya se ha visto que era D. Carlos el primer perito y tasador de pedrerías que por aquel tiempo había en España. Criado en los talleres del gran Martínez, y trabajando de continuo para Palacio y la Grandeza, su práctica era al fin tan notoria como había sido su habilidad. Sus viajes frecuentes le afinaron el gus-

to; el trato mercantil y el roce social hicieron de él un hombre en quien la urbanidad no desmerecía de la inteligencia. Exonerado de su cargo de diamantista de Palacio, á la vuelta del Rey, sin otro motivo aparente que la protección que le dispensara el Príncipe de la Paz, hubo de lanzarse al comercio con buena suerte: del 15 al 35 había reunido un buen capital. No tenía taller, ni tienda, ni le hacían falta para nada, pues procuraba colocar prontamente el género, y remitía sus dineros á París, á la casa del Sr. Aguado, Marqués de las Marismas, de su absoluta confianza.

En tiempos bastante lejanos, cuando á Jacoba no le habían salido las corcovas que agobiaban su cuerpo y afligían su existencia, y cuando Maturana, aunque de cuerpo chico, era un hombre de alientos, no exento de gracia, corrieron voces de si se entendía ó no se entendía con la mujer de Bartolomé Zahón; pero todo ello fué malicia, malquerencia de compañeros envidiosos. Siempre entró D. Carlos en casa de sus amigos con la mayor limpieza de intenciones, y si allí permanecía largo tiempo, era por menesteres periciales y mercantiles. Vivía el diamantista honradamente con su mujer, que nunca salió de Madrid, y tenía dos hijas, casada la una con un teniente de la Guardia, y otra con un capitán de lanceros.

Mirábale siempre Jacoba como un buen amigo, con quien se asociaba en cualquier negocio que uno solo no pudiera emprender.

La opinión de Maturana en asuntos de pedrería era para ella cosa sagrada, y la confianza entre los dos, comercialmente hablando, no se alteró jamás. Verdad que Jacoba, como hembra envidiosa, de un egoísmo implacable, no podía ocultar su rabia cuando Maturana hacía un buen negocio en que ella no llevara parte, y le contradecía, le hostilizaba por todos los medios, vengándose de su suerte con burlas y recriminaciones. Pero esto no estorbaba para la confianza, que era incondicional, absoluta. La Zahón le entregaba sin ningún recelo sus llaves; y él, en justa correspondencia de esta fe ciega, le dejaba en depósito, cuando se iba al extranjero, cosas de grandísimo valor. En suma, socios alguna vez, rivales otras, amigos siempre.

Sentáronse á la mesa las dos damas y sus dos invitados á punto de las nueve. Todo estaba muy bien dispuesto, aunque con un poquito de precipitación. Pudo admirar Calpeña piezas hermosísimas de porcelana y de plata antigua; todo era heterogéneo, revelando, más que la casa del rico, la del comerciante ó el coleccionista. Uno de los candelabros de dos velas con guardabrisas, era evidentemente de iglesia, y había servido en mejores días para alumbrar el Santísimo; el otro de estrado de casa grande; y por este estilo variaban las formas y abolengo de cuanto allí se ostentaba. De lo que cenaron, nada había que decir, como no fuera para elogiarlo sin reservas. Todo era bueno, con tendencias á la condimentación italiana, y

revelaba la buena mano culinaria del atiplado maltés. La mujer, vecina del tercero, que servía, hizolo con destreza, y Jacoba no tuvo que reprenderla más que dos veces... por no perder la costumbre.

Obtenida venia de sus huéspedes para no cambiar de vestido, la Zahón ostentaba en la cabecera de la mesa su cara austriaca, su escofieta, sus jorobas y los trapos con que las envolvía. A su derecha se sentaba Don Fernando, á su izquierda Maturana, Aura enfrente. No apartaba los ojos, y menos el pensamiento, de la hermosa doncella el enamorado Calpena, y pudo observar que en el comer no revelaba salvajismo ni desconocimiento de los hábitos sociales, sino todo lo contrario: «Ella será salvaje en sus afectos, de inteligencia inculta; pero en sociedad sabe lo suficiente para dar relieve á sus extraordinarias gracias naturales... ¡Qué mujer, Dios mío! ¿Pero de dónde ha salido este sol que viene á alumbrar mi vida?... Ahora veo cuanto hay en el Universo... antes creía ver, y no veía nada.»

Entabló Maturana la conversación hablando de perlas. «Ya le dejo á usted los tres apartados, á saber: primera calidad, en *elencos* y *avemarias*; segunda calidad, en aljófares, *timpanías* y *berruecos*, y, por último, género *muerto*. Otro día que venga yo á buena hora pesaremos todo lo selecto, formando igualdades. En el primer apartado tiene usted un par de perlas de perfecta redondez y oriente superior, que juntas no pesan menos



de 27 quilates. Sé quién daría por ellas 350 duros. Las *muertas*, si usted quiere, me las llevaré á París, donde conozco un platero que ha descubierto la manera de devolverles la irisación por una *alquimia secreta*, en la cual entran, según dicen, 83 drogas. Entre las *avemarías* de segunda, veo una tandita de iguales, lindísimas, que, si no estoy equivocado, son las del medio collar que le cedió á usted Negretti, el papá de Aurorita.

De esto tomó pie D. Fernando para llevar la conversación á la familia de Aura, anhelando explorar aquel interesante mundo desconocido. Algo descubrió de lo que deseaba, y otras cosas quedaron en el misterio. Con mucha gracia describió la joven algunos pasajes de su infancia; y respecto á su nacionalidad, que fué motivo en la mesa de grandes controversias, dijo lo siguiente: «Verá usted, D. Fernando, el surtido de sangres que llevo en mis venas. Mi padre era hijo de un corso y de una española, la cual, mi abuela, era hija de portugués, y catalana. ¿Qué tal? Pues voy ahora con mi madre. Verá usted qué lío. Mi madre era hija de un francés y de una griega, y no habían nacido en ningún país, sino en medio de la mar, viniendo sus padres de Salónica, donde tenían comercio de oro y plata. Yo nací en un pueblo cerca de Londres, que lo llaman Rochester, y á los tres años me llevaron á Mallorca. De niña hablaba inglés; pero luego se me olvidó, y sólo recuerdo algunas palabras. De Mallorca pasé á la Valette, en Malta, donde hablé italiano, y

volví á saber un poquito de inglés. A los diez años, vuelta á Mallorca, después á Cádiz, y de Cádiz á Madrid, donde me parece que estoy ahora, aunque no lo aseguro: tengo mis dudas de que esté yo ahora donde ustedes me ven... si es que me ven, que también lo dudo...

—No le haga usted caso, Sr. de Calpena —indicó la Zahón benévola.— Todo el día la tiene usted pensando y diciendo estas extravagancias. Es un genio inflamado, y tan desigual, que si le da por reir y alegrarse, nos atruena la casa con sus gorjeos; y si le da por las tristezas y por lo fúnebre, nos pone á todos con el corazón en un puño. Trabaja como nadie, y hace mil primores cuando le da la ventolera; y cuando se pone á ser holgazana, no hay quien la aventaje. No es constante más que en dos cosas: limpieza, así de su persona como de cuanto cae bajo su mano, y caridad. No deje usted en su poder cosa de valor, porque, de seguro, se la da al primero que se la pide... hablo de cosas metálicas ó comestibles, ¿me entiende usted?

—Sí, señora: entiendo perfectamente.

—Oiga usted más: rarísima vez coge en su mano un libro... aunque aquí no faltan... La hemos puesto maestro de piano y canto, y de baile. ¿Querrá usted creer que toca muy lindamente, y que baila con toda la gracia de Dios?

—Lo creeré si nos da esta noche una muestra de sus habilidades, en el piano y canto sobre todo, pues la danza es más bien para lucida en sociedad.

—¿Y si no, no lo cree? Pues no toco—dijo Aura.—Tiene que creerlo antes. En estas cosas es necesaria la fe.

—Bueno, pues la tengo... Sin oirla cantar, ya estoy proclamando que se deja usted tamañita á la Todi.

—Eso es burla. No tanto, señor mío. Pero no vaya á creer que salgo ahora con modestias ridículas. Sepa usted que canto muy bien. Digo, muy bien no; me quedo en el bien á secas. Ni me quito ni me pongo nada... Pero no cantaré esta noche... digo, sí cantaré, con tal que D. Carlos me prometa no dormirse.

--Lo prometo...—dijo Maturana,—sin responder, hija mía, sin responder de nada.

—Yo emprendería la completa educación de Aura—dijo Jacoba, que no sabía cómo llegar al asunto que era su objeto principal aquella noche,—si se me dieran medios suficientes para ello. Y no es que la niña carezca de patrimonio, pues lo tiene sobrado: sólo que está en manos que lo escatiman, que lo tasan en demasía, como si desconfiaran de mí... Sr. D. Fernando, yo espero de usted un favor muy señalado. Me consta su amistad con nuestro gran Ministro, el Sr. de Mendizábal; sé que Su Excelencia...

—Señora, ya dije...—interrumpió D. Fernando lleno de confusión.—El señor Ministro me trata como á todos sus subordinados, con cortesía... y nada más.

—A un lado las modestias, caballero.—añadió la diamantista,—y no me salga usted

con negativas, que sólo sirven para demostrarnos su delicadeza... Pues sí señor: espero de usted una prueba de amistad hacia mí y de interés por Aura. ¿No adivina lo que quiero? Que usted me ponga en comunicación con su jefe, y si es posible, y quiere extremar el favor, que antes de llevarme á la audiencia, le hable de mí, pues me figuro que el Sr. Mendizábal tiene de esta servidora una idea equivocada. Sin duda le han llevado algún cuento... En fin, yo quiero ver á Su Excelencia, deseo hablarle, y que usted tome mi empeño como cosa propia...»

Interesado en el asunto, por tratarse de la mujer que le fascinaba, Calpena quiso saber más, y descubrir qué relación podía existir entre la hermosa hija de Negretti, nieta de tan distintos abuelos, y el gran Mendizábal, relación cuyo simple anuncio le sorprendía y anonadaba. ¿Que era, Santo Dios? Sólo por tirarle de la lengua á la Zahón y adquirir mayor conocimiento, cedió en aquel punto de sus supuestas confianzas con el Ministro, y ni afirmaba ni negaba, dando á entender que favorecería las pretensiones de la jorobada, siempre que se le diese alguna explicación de ellas. Por este medio sutil pudo averiguar que D. Juan Alvarez era testamento de Genaro Negretti y depositario de su fortuna, con algo más de lo que referido queda.

No se paraba en barras la codiciosa diamantista, y desde que Mendizábal vino á España y se puso á ministro, acarició la idea

de que debía transferirle á ella las facultades que le otorgaba el testamento de Negretti. ¡Cosa más natural! Pues ¿cómo podía administrar holgadamente los bienes de la niña, un hombre abrumado de quchaceres políticos, con tantas cosas dentro de la cabeza? ¡Que la hacienda, que el empréstito, que las juntas, que el Estatuto, que los frailes...! Imposible atender á todo, Señor. De su peso se caía que debía entenderse con la Zahón, y pedirle por favor que se encargase de la tutela y gobierno de bienes de Auroia Negretti, pues algo habria en el testamento que tal abrogación consintiera. No se le apartaba del magín esta temeraria idea, y si el horrible acceso reumático que en aquellos meses sufría no la imposibilitara totalmente, ya se habría presentado á D. Juan de Dios, á fin de proponerle lo que para él era un alivio y para ella una carga muy de su gusto. Bien clara está la razón de que, suponiendo al Don Fernando cordialmente ligado á Su Excelencia, le recibiera con finuras y agasajos, y echara la casa por la ventana en aquel desusado convite.

En los postres sirvieron *curaçao*, que era quizás la única pasión ó debilidad del viejo Maturana. Aquel dulce licor le hacía desmentir muy de tarde en tarde sus hábitos de formalidad y grave continencia. Siempre que allí comía ó cenaba, Jacoba, por hacerle rabiar, aseguraba no tener *curaçao*; por fin, después de mucho trasteo, hacía traer la bebida y le daba un poquito, cuatro lágrimas,



y así se divertía con él, vengándose de alguna trastadilla que en los negocios le había jugado. Pero aquella noche, antes de que la señora empezase el sainete, le convidó Aura, y sacando del aparador la botella, le sirvió cuanto él quiso, y después á Fernando. Mientras D. Carlos paladeaba con embeleso los primeros sorbitos y Jacoba le afeaba su vicio con afectado enojo, Calpena charló brevemente con Aura, cuando ésta á su asiento volvía. Doña Jacoba no reparaba en ello, ó se hacía la distraída, que también pudo ser, y Maturana se halló bien pronto bajo la influencia embelesadora del rico néctar.

«¿Y qué? ¿canta usted ó no?

—No... me temo que D. Carlos no se duerma si canto. Pero si usted se empeña en ello...

—Deseo que usted cante... Si hablando es su voz tan divina, ¿qué será...?

—¿Cantando? Pues más divina todavía... Bueno; pero conste que si usted me manda cantar, hace una gran tontería.

—¿Qué está usted diciendo?

—Que hay otra cosa mejor que el canto mío.

—¿Qué...? ¡por Dios!

—Hablar... que hablemos.

—Chist... silencio.»

## XXI

Entró en aquel punto Milagro, que venía sin más objeto que hacer asientos de facturas atrasadas, y se asombró no poco de ver aquel aparato de festín, y á Calpena en la mesa. Pero como en aquella casa todo era raro, y pasaban las cosas en contra de lo usual y corriente, se guardó su sorpresa y no dijo nada. Pareció que á Fernando contrariaba la importuna visita de su compañero de oficina; pero Aura, más lista que la pólvora, se apresuró á tranquilizarle, diciéndole: «Este infeliz es lo mismo que nadie, y además, también se pirra por el *curaçao*. Le ofreceré una copita, ¿sí?»

En esto propuso la señora pasar á la sala, y allá se fueron todos con la botella por delante. Poseídos Aura y Calpena de una audacia loca, cuyo móvil psicológico no se explicaban ni había para qué, se arrimaron al extremo de uno de los mostradores, en el sitio menos alumbrado por la lámpara, y á la mayor distancia posible de los bebedores de *curaçao*. Doña Jacoba hizo plantar su sillón junto á éstos, sin perder de vista á la juventud, con quien desde su asiento á ratos hablaba, y ordenó á Lopresti que pusiese luz en el gabinete próximo, y velas en el piano,

abriendo de par en par la comunicación de esta pieza, la única bonita de la casa, con la sala ó tienda. Milagro y Maturana rompieron, con los primeros tragos, á hablar de política, metiendo en ella su cucharada la Zahón, con ardientes alabanzas del primer Ministro, salvador del desdichado Reino, remedio de todos nuestros males. Y conforme aumentaban las ingestiones de bebida, la imaginación de Maturana se lanzaba intrépida al simbolismo: «Reina Cristina es la *Peregrina* entre las perlas, y Méndez el *Gran Mogol* entre los diamantes. Carlos V es el diamante falso, el *strass*... tras, tras... Jacoba el *Ojo de Gato*, tallado en *cabujón*... y tú, Milagro, eres la *Montaña de Luz*... sólo que todavía no te han tallado, hijo... estás en bruto...»

Con sólo probar el delicioso licor, se le quitaban al buen Milagro diez años de vida; y á medida que iba apurando el vasito, presentaba síntomas diversos de exaltación cerebral. Al tercer trago le atacaba infaliblemente una sensibilidad lacrimosa, con recuerdos tiernísimos de su familia é invocaciones á la santa pobreza, á la caridad sublime, á los más altos y puros ideales. Hacia el cuarto ó quinto sorbo se le iniciaba la tendencia á expresarse en forma poética, reverdeciendo las aficiones de su edad juvenil, en la cual más le gustaba hacer versos que comer, y era un adepto fidelísimo de la retórica que entonces se gastaba. «¡Ah!—decía con trémula voz, mirando al vaso:—¡la

Reina... angélica Cristina, pía matrona!... Desde que vino de Parténope, vimos abierto el Empíreo los buenos españoles... Cuando contemplo este doméstico regocijo... ¡ah! viene á mi mente la imagen de mis pobres niños, de mi dulce esposa, alma virtud... ¿Qué será de vosotros, *oh dulces exuviae*, el día en que fiera Parca me corte el hilo?... Mendizábal tonante, aplaca el furor de Mavorte... La oliva sucede al laurel... somos felices... Vuelve el reino de Ceres prolífica... Comeréis, hijos míos, blancos panes y bizcochos duros...»

Doña Jacoba, sin catarlo, era atacada de somnolencia, que procuraba vencer. En tanto, recogía cuidadosa la caja de las perlas, acomodando en ella los paquetitos que contenían las divisiones hechas por Maturana. Esto no le estorbaba para dirigir á la gallarda pareja estas insinuaciones: «Sr. Calpena, cuéntenos usted algo de política... Aura, ¿por qué no cantas?»

Aprovechaban ellos las distracciones y cabezadas de la señora para entregarse con efusión al ardiente coloquio que enlazaba sus almas, en cláusulas cortas, balbucientes: «¿Me había usted visto alguna vez?

—No, no... La impresión de usted en mi espíritu es antigua, eso sí... Cuando la ví entrar por esa puerta, creí recobrar algo que se me había perdido...

—¿Qué cosa más rara!... Esta noche, cuando subía yo la escalera, sentí miedo, ale-

gría y qué sé yo qué... No podía respirar... por poco me caigo.

—¿Y por qué pegaba usted á Lopresti?

—Es juego. Suelo darle así, con la sombrilla. A él le gusta, y conozco yo que está de mal humor cuando no le pego. Es un perro fiel, y me quiere con delirio. Esta tarde, al entrar, me dijo: «La está esperando á usted un caballero muy guapo, de parte de su tío el Sr. Mëndizábal.» Ya ve usted cuánto desatino. Me eché á reir... y le casqué más fuerte que otros días. ¿Oye usted? Jacoba me dice que cante... ¿Qué debo hacer?

—Obedecerla, creo yo.

—Lo que agrade á usted haré, y nada más. ¡Qué extraño es lo que me pasa! Hasta esta noche me ha costado siempre mucho trabajo someterme á la voluntad de los demás. He sido voluntariosa, díscola, rebelde... Pues ahora creo que si alguien me pegase, me alegraría, y mi mayor gusto sería obedecer, ser mandada.

—¿Y si yo me tomase la libertad de decirle: «Aura, haga usted esto; Aura, sería yo muy feliz si usted...?»

—¿Si yo qué...? Había de mandarme cosas buenas, las que ahora me parecen buenas... Y también, también yo mandaría un poquito, que es muy grato para una mujer verse obedecida. Obediencia y mandato, pienso yo que deben ir juntos.

—Servidumbre y tiranía en una sola persona, en dos quiero decir—indicó Calpena enteramente trastornado.—El amor nos hace



dueños y esclavos de la persona amada... Aura, esta noche, después que yo me retire... y mañana, mañana, ¿se acordará usted de mí?

—Se lo diré cuando vuelva.

—Según eso, ¿he de volver?...»

Al llegar aquí sintió Calpena que se ponía tonto. A su primera audacia sucedió una timidez aplanante, y no encontraba fórmula adecuada para la expresión de sus afectos. Pero de súbito, en la tremenda revolución de su alma, vino el golpe de osadía, y poco faltó para que diese un grito, dejando salir, sin ningún recato ni miramiento, las llamadas que le abrasaban. Con su mirar frío le contuvo la Zahón... Poco después le hizo Aura una pregunta insignificante: «¿Cómo es su segundo apellido?» Y él replicó: «Igual al primero... Aura, nos conviene que usted cante un poquito, y es de todo punto indispensable que, cuando usted pase al gabinete ese del piano, pase yo también y éstos se queden aquí.»

Pronto lo arregló Aura dirigiéndose á la próxima estancia y ordenando á Fernando, desde la puerta, que tuviese la bondad de *volverle la hoja*, pues no daba pie con bola sin mirar al papel... Y ya están allá; ya desliza Aura sus lindísimos dedos sobre las teclas; él á su lado, sin entender la escritura musical, hace como que atiende al papel, mira embelesado á la divina cantora, y más embelesado aún, ó transportado al séptimo cielo, la oye. Canta ella el aria de *Semiramis*,

*Bel raggio lusinghier*, y después una canzoneta napolitana.

Duda Calpena si vive ó muere, si duerme ó vela. La voz de Aura le penetra en el sentido como un himno de deidades lejanas, desconocidas, apenas visibles en su envoltura de blancos cendales. A ratos siente como un súbito rayo que le hiere, que le destroza, que le arrojaría exánime al suelo, si un poderoso estímulo de su voluntad no le contuviera. Desca que calle Aura; desea cogerla y llevársela consigo en aquel mismo instante, como el hecho más natural del mundo. A su timidez sucede una arrogancia que nada respeta, una prepotencia que todo lo allana. Se siente capaz de saltar por encima de los obstáculos más imponentes, y de atravesar con su hermosa conquista por entre las multitudes, que á sus ojos se empuñecen ya, y solo se compone de figurillas despreciables, microscópicas... Aura sola es toda la vida, Aura toda la ley, Aura el Universo físico y moral, Aura cuanto existe de Dios abajo.

En uno de los que podríamos llamar entre actos, el ardoroso galán, revolviendo papeles de música, como para escoger, le dijo: «Aura, cuando entraste esta noche y nos vimos, ¿no comprendiste que te adoraba?» Acalorada por la turbación que al rostro en centellas le subía, Aura se abanicó con una pieza de música. No se hizo cargo el joven de que la había tuteado, y ella, sin parar mientes en la forma familiar usada por pri-

mera vez, pasó maquinalmente sus dedos por las teclas. «El piano me responde por tí, Aura —prosiguió D. Fernando;—el piano me dice que tú también me quieres, que no me dejarás morir de desesperación... Un instante ha bastado para hacerme pasar de una vida á otra vida, de la vida muerta á la vida viva... Si es verdad esto que pienso, no necesitas decírmelo. Me lo confirmarás callando...

—Si callo, y tú lo dices todo... verá Jacoba que... que tú me quieres, que me estás enamorando; y si hemos de hacerle creer que yo no te quiero, porque así nos conven-ga... mejor será, tontin, que hable, y que me ría ¿sí?... como hacen las muchachas que coquetean...

—Conviene que cantes otro poquito... Dos palabras antes del canto: Hagamos de nuestros corazones un mundo aparte, sólo para nosotros...

—Mundo aparte...—murmuró Aura con firme acento, arrojando sobre los ojos de su amante toda la luz y el fuego de los suyos. —En un momento hago yo toditos los mundos que quiera.

—Aura, no hables más ó me muero...—dijo Calpena casi delirante, violentándose para no gritar,—y si no me muero, te arre-bato ahora mismo de esta casa y te llevo á la mía... Canta por Dios, canta un poquito.

—Y tú te callas... Después hablaremos.

—Un momento... ¿Dónde, cómo?

—Luego te lo diré... Silencio ahora.»

Mientras cantaba con sublime expresión

un trozo de la *Medea* de Cherubini, Jacoba y sus dos amigos, en la otra estancia, hablaban con elogio del joven Calpena. Propiamente, la Zahón lo decía todo, y ellos, bajo la influencia del dulce elixir que alegraba sus gastados cerebros, apoyaban con fáciles exclamaciones y con expresivos movimientos de cabeza las palabras de la diamantista. Maturana se había encerrado en los monosílabos; Milagro, por el contrario, se lanzaba á la verbosidad más desenvuelta; Doña Jacoba tuvo que cogerle por un brazo, obligándole á recobrar su asiento, y á contestar formalmente á lo que tres ó cuatro veces le había preguntado sin obtener respuesta. «No vuelvo á admitirle á usted en mi casa—le dijo,—si no me contesta con claridad. A ver: si usted lo sabe, me lo tiene que decir... No valen misterios conmigo.

—Señora mía—respondió D. José plantándose la mano abierta sobre el pecho.—Por el nombre que llevo, nombre ilustre si los hay; por la salud de mis hijos, por el amor purísimo de mi esposa, digo y juro que este mozo gallardo es hijo del mismísimo D. Juan Alvarez Mendizábal, mi augusto jefe.

—Me lo figuraba—dijo Doña Jacoba con mirada resplandeciente.—Pero me falta saber otra cosa... ¿Y la madre?... ¿quién es la madre?

—¡La madre!... ¡la madre!...—murmuró Milagro como en grande confusión, pasándose la mano por el cráneo.

—Sí, hombre... ¿quién es la madre?

—¡La mamá!... ¡Ah! ya recuerdo... Con el maldito néctar se le va á uno la memoria... Pues la madre... silencio, que no nos oiga nadie... es... ¡una reina!

—¡Una reina! —exclamó D. Carlos con espantados ojos.

—Chitón... Es un secreto... Y créanme á mí... peligran las cabezas de los insensatos que lo divulguen... —dijo Milagro puesto en pie, aplicando su dedo índice á los morros alargados. —¡Una reina!... Chist... Aunque me amenacen de muerte, no saldrá de mi humilde labio el nombre del Reino en que reina la señora reina que...»

## XXII

Todos los biógrafos del insigne Milagro están acordes en afirmar que al salir éste de casa de la Zahón para dirigirse con inseguro paso á la suya, quitóse el sombrero y con él se abanicó, ávido de frescura y de bañar en aire limpio sus sienes abrasadas, su cráneo sudoroso. Y añaden que con el aire y el ejercicio se le aclararon de tal modo las entendederas, que al atravesar la plazuela de Provincia, camino de la Concepción Jerónima, donde vivía, empezó á sentir en su conciencia la garrafal tontería que á propósito del señorito Calpena se había de-



jado decir, bajo la acción tóxica del nunca bastante maldecido *curaçao*... «¿Pero he dicho yo esa barbaridad, Señor?—pensaba, parándose y mirando al cielo.—¿Lo habré soñado?... No, no; lo he dicho... aún me parece que me estoy oyendo cuando solte el trueno gordo, cuando afirmé que Mendizábal... ¡Jesús!... y nada menos que una reina... Vamos, que me daría una tremenda bofetada en castigo de tanta necedad, de tanta estupidez... ¡Una reina... Mendizábal!... ¡Válgame Jesús bendito! ¡Que un hombre formal como tú, oh Milagro, haya repetido, dándolo por cosa verídica, esos ridículos dicharachos con que se mata el tiempo en las oficinas!... Pues digo, si el señor Ministro se entera de que yo... ¡Válgame mi santo Patriarca...!» Al pensar esto, se le erizaron sobre el cráneo los escasos cabellos que poseía... Consternado, intentó volver á la calle de Milanese para desdecirse de todos aquellos embustes que no eran más que cháchira insubstantial de gente ociosa y frívola; pero no se determinó á desandar el camino, juzgando muy oportunamente que *peor era menearlo*. Siguió, pues, hacia su vivienda, haciendo propósito de rectificar serenamente, en noches sucesivas, los groseros dislates de aquella noche, y se recogió taciturno, caviloso. Su mujer le sintió desvelado, dando suspiros y pronunciando monosílabos con que á sí propio se ponía de oro y azul. ¡Infeliz Milagro!

Embebecidos en su amorosa charla, los

amantes no repararon en la salida de D. José, que les dijo «¡adiós!» desde la puerta del gabinete; ni se cuidaban de ser vistos ú oídos por Doña Jacoba, que hablando permanecía con el diamantista, entre cabezadas. Habían alzado, sin darse de ello cuenta, una valla anchísima entre su pasión y el mundo, y nada temían; la pasión crecía por momentos, como una enfermedad fulminante, y á las pocas horas de iniciada, ya no cabía dentro de la reducida esfera del secreto: se salía, se ensanchaba, quería ser patente á los ojos extraños, ó por lo menos no temía ser lo bastante poderosa en sí para afrontar la opinión y cuantos obstáculos ésta le ofreciera. Mejor que el narrador lo expresan ellos mismos: «Antes de verte, antes de esta noche bonita —decía Aura,—yo, sin saber por qué, tenía la seguridad de que no estaba sola en el mundo. Cuando te vi, se me quitó de encima del alma el peso terrible de mi soledad.» Y él: «¡De ayer á hoy qué abismo! Ayer iba tras de tu sombra; hoy te poseo... Había de llegar, puesto que hay Dios, este divino abrazo de nuestras almas.» Y por aquí seguían, en un vértigo de fogoso idealismo, locos, ávidos de amplificar cada concepto con otro más apasionado y sutil.

Viendo que Maturana se ponía en pie, Calpena hizo lo mismo, y dijo á su amante, consternado: «Horror de los horrores. D. Carlos se despide. También yo tendré que retirarme...

—Mañana volveremos á vernos... lo más temprano posible.

—¡Mañana! es muy lejano eso...»

La mujer, en lances de pasión, posee más iniciativa y más arbitrios que el hombre. En voz muy baja propuso Aura algo que Calpena oyó con alegría. Cuchichearon... Despidiéronse luego en alta voz. Al poco rato, Doña Jacoba daba al Sr. D. Fernando la venia para retirarse, y con afectuosos apretones de manos le ofrecía su casa, y le rogaba que viniese á honrarla con toda la frecuencia que le permitieran sus obligaciones al lado del señor Ministro. Juntos salieron el joven y Maturana; separáronse en la esquina de la calle de Santiago; vivía el diamantista en una de las casitas del Patrimonio, plaza de la Armería, junto á la casa de Pajes.

Consta en las monografías del buen Maturana que en el trayecto hasta su domicilio se agarró más de una vez á las paredes para no medir el suelo; y algún biógrafo añade que hubo de subir á gatas la corta escalera de su casa, y que se acostó al instante, muy arrepentido de sus recientes abusivas relaciones con el *curaçao*. «No está bien, no está bien—decía, desnudándose al revés, quitándose las botas antes que el sombrero, y las medias antes que la corbata.—Un artífice, un tasador no debe... no, señor... Es muy expuesto...» Felizmente, era en él añeja costumbre no aceptar invitación de cena ó merienda cuando llevaba en su cartera piedras de valor. Aquella noche no llevaba nada.

Tardó en dormirse, y daba vueltas en su abrasado cerebro á las ideas sugeridas por Milagro: «¡Vaya con D. Juan Alvarez!... No hay grande hombre que no tenga sus enredos... Ya, ya se ve claro por qué arrambla todos los bienes del clero, que no es flojo botín. Naturalmente, ese dineral lo quiere para sí. Parece tonto, y pide para las ánimas... ¡Tremendas hormigas nos trae Dios acá! Bueno, hombre, bueno: cójase usted media España, y constituya un reino para el niño, para ese hijo de reina... Y ya veo á dónde va á parar con eso de coger todas las campanas de las iglesias y monasterios. Hará un palacio de bronce, todo de bronce, en el que las pisadas de los que entran y salen suenen como campanadas... ¡Jí, jí!... ¡qué extraño!... el palacio del sonido... tin, tan... Otra: lo mejor sería que afanase las innumerables alhajas de las Santísimas Vírgenes y toda la plata y oro de las reverendas catedrales, echándolo al mercado... ¡Por Belcebú, qué negocio, qué pujas!... No quiero pensarlo. De Londres, de Amsterdam y de Francfort vendrá la nube de marchantes... Mucho ojo, Maturana... ¡Por San Carojulián bendito, no te descuides!... Y tiene que venir, tiene que sacarse á subasta. Porque todo, digo yo, no ha de ser para el niño...»

El niño, el hijo de reina, se paseaba en la inmediata calle de Santiago. Aura le había dicho: «Mi habitación corresponde al último de los tres balcones por la otra calle. Cuando Jacoba duerma, me asomaré.» El hombre

hacia su centinela entre las esquinas del Bonetillo y de Mesón de Paños, temeroso de perder, si se alejaba, el sublime momento en que su amada en el balcón apareciese. La noche era oscura; dieron las doce en el reloj de Palacio; no se veía por allí más gente que las pocas mujeres que entraban por el Bonetillo y se deslizaban calle abajo, y algún hombre que en la misma dirección iba, ó hacia las tabernas de la plaza de Herradores. El sereno se hacía presente por la luz de su farolillo, allá junto á los altos muros de San Felipe Neri.

Media hora pasó Calpena en gran ansiedad, recelando que Doña Jacoba, enterada del propósito de los amantes, lo estorbase encerrando á la dama ó conminándola con algún castigo. Paseo arriba, paseo abajo, sin quitar ojo del balcón, pensaba en aquélla su mudanza súbita, tan semejante á la explosión de un volcán. Toda su vida era nueva; todas sus ideas habían cambiado, dispersándose las de ayer y entrando con empuje dominante las de hoy. Ningún sentimiento de los de ayer, refiriérase á la política, á los amigos, á la sociedad, en él persistía. De aquel espacio luminoso, donde flotaba la ideal imagen de Aura, venían nuevos conceptos de todas las cosas. Impaciente por la tardanza de ella, ni por un momento pensó que pudiera burlarle: tenía confianza absoluta en su firmeza y lealtad. Tampoco le amargó la sospecha de que Aura hubiese conocido el amor antes de conocerle á él. Era



*mujer nueva*, como la esposa de Adán. Dios les había criado destinándoles el uno al otro, y no estaba en el orden del Universo que hubiesen precedido al feliz hallazgo otros encuentros, ni aun siquiera fortuitos y sin importancia. Tal era su ardor ciego y entusiasta, tal su fe en aquella felicísima obra de integración, dispuesta por el destino de ambos.

Al fin... oyó ruido en el balcón, y aparecióse en él una forma blanca. Era principal el cuarto, y la distancia entre el balcón y la calle como de cuatro varas. Arrimóse el galán á la pared, y Aura echaba medio cuerpo fuera del antepecho, doblándose como un junco, para que el espacio entre las enamoradas voces fuese lo más corto posible. Explicó primero su tardanza, motivada por lo que Jacoba tardara en dormirse, á causa de sus dolores, siendo preciso darle friegas y ponerle bayetas calientes. Ya parecía dormida, y Lopresti, fiel esclavo, quedaba encargado de la centinela, para avisar en caso de que la enferma remusgara. Recayó luego la conversación en un punto interesantísimo: «¿Tú quién eres? Conozco en tí al hombre que quiero, y me basta. Pero deseo saber quién eres para los demás. Lo mismo me da que seas noble, que seas plebeyo, que seas mucho, que no seas nada, pues siendo para mí el único, me basta... ¿Te enteras bien de lo que te pregunto?

—Sí, vida y gloria mía... Yo no soy nadie. Ignoro quiénes son mis padres. Vivo de

la protección misteriosa de una persona desconocida, por quien estoy en Madrid, por quien disfruto ese destinillo, y no sé más. ¿Verdad que es raro?»

Contó en seguida concisamente su vida toda: su crianza en Vera, lo del padrino, la estancia en París, la traslación á Madrid y todo lo demás que ya se sabe, poniendo en su relato tal sinceridad y sencillez, que Aura se embelesaba oyéndole; y si no estuviera enamorada hasta la médula, es de creer que sólo con aquella historia tan poética y linda se prendaría locamente del pobre desheredado. Refirió ella que no había conocido á su padre ni á su madre: habíanla criado parientes egoístas que jamás le demostraron vivo afecto. Creíase sola en el mundo, hasta que Dios le deparó el compañero de su existencia su salvador, su *única familia*. ¡Qué hermosura ser los dos solos en sí, reconocerse en medio de los espacios de la vida, como pajarito y pajarita que se encuentran en la espesura de la selva, y, saludándose con sus piquitos, se unen para siempre! No faltaba sino que se declararan libres, sin más obligaciones que las que cada uno para con el otro había contraído, por vía de unión divina, como si Dios les echara un lazo y les dijera lo que dicen los curas cuando casan. De pronto, Aura tuvo una idea, y la expresó al instante con infantil candidez: «¿No sabes?... Como aún no hemos tenido tiempo de decirnos todas las cosas, no te has enterado de que yo soy rica. Sí, hijo, sí. ¿Pensabas que

éramos nosotros unos pobrecitos, dejados de la mano de Dios? Mi padre, Jenaro Negretti, dejó mucho dinero. Lo tiene guardado el Sr. de Mendizábal, que es quien le da á Jacoba para mis gastos... Con que ya ves. No hay que apurarse... Estamos en grande, y seremos los reyes del mundo.

—Pues yo—dijo el amante con tristeza,—soy pobre: nada tengo; pero no me faltan alientos, ni tampoco, creo yo, disposiciones para trabajar... También te digo una cosa, Aura: bien podría suceder que de la noche á la mañana recibiera yo, como caída del cielo, una fortuna grande... Se han dado casos: yo he leído de algunos casos...

—Pues si sale lo que esperas, ¡oh Dios mío, cuánta felicidad!... Eso sería lo más lindo del mundo. Resultaríamos en posesión de unos dinerales que no nos harían maldita falta... Si quieres que te diga la verdad, á mí no me hace dichosa el dinero, ni creo que sirvan las riquezas más que para disgustos. Con poseerte á ti me basta; y si mañana viniera el señor Mendizábal y me dijera: «niña, no tienes ni un maravedí,» yo me quedaría tan fresca. ¿Y tú?

—Pienso como tú piensas, y siento todo lo que tú sientes... Quien nos ha puesto hoy el uno junto al otro, se cuidaría de darnos lo necesario, si por nuestra parte no lo tuviéramos. Es hermosísimo, sí, lanzarse á la vida sin más alas que las inmensas del amor. Somos jóvenes, nos adoramos... Esto es la suma dicha. ¡Qué bueno es Dios! ¡y la Na-

turalaleza qué hermosa! ¡y nosotros, qué bien hicimos en nacer!... Si tú ó yo nos hubiéramos quedado por allá, ¡qué insigne tontería habríamos hecho!

—Es verdad; porque no naciendo, ¿cómo podría yo quererte con toda mi alma?

—Oye otra cosa, vida mía... Si te parece, nos casaremos pronto, muy pronto.

—Sí, sí—dijo Aura con tan vivo movimiento de inclinación, que pareció querer arrojarle á la calle.—¿Cuándo?

—Pronto. Mañana...

—¿Mañana?... ¿Y hoy por qué no?... ¡Pero qué tonta soy! Eso no puede determinarse así en días, en horas. Tengamos paciencia y formalidad. Lo que acabo de decir es muy desvergonzado. ¿Me lo perdonas?

—Pues si el *hoy* te parece demasiado presuroso, diré: *ahora mismo*.

—Quita allá, hombre... ¿Acaso el casarse es cosa de un soplo? No, niño mío, no seas tan arrebatado. Ten juicio. Pues apenas hay que preparar cosas: ropa, papeles, y, ante todo, casa.

—¡Casa! Tenemos el mundo por nuestro... Dime—añadió el galán, casi loco ya, señalando hacia la bóveda celeste,—¿te gusta ese techo?

—Es precioso... Pero ahora, desde que te quiero, todo me parece cielo, y la obscuridad, claridad, y la noche tan bonita como el día, casi más, y Jacoba me parece amable, y todas las personas muy buenas... Pero tengamos calma, y esperemos.

—Sí, esperaremos. ¿Qué nos importa retrasar la felicidad, si la tenemos segura, si es nuestra ya?»

Asaltado de una idea triste, cosa natural en aquella irradiación de ventura, Calpena no vaciló en expresarla: «Dime, amor mío, si Jacoba, que me parece persona egoísta... no sé en qué me fundo; pero me lo parece...

—Y lo es: tú tienes mucho talento y todo lo aciertas. Sigue.

—Pues si Jacoba, y lo mismo podría decir de otro cualquier pariente tuyo, se opusiese, por móviles de interés, á que nosotros nos amáramos: no, no, á eso no pueden oponerse... quiero decir, que se opongan á que nos casemos...

—Eso no puede ser... porque nosotros saltaríamos por encima de todas sus artimañas, y pisoteándoles nos juntaríamos y nos casaríamos, ¿sí?

—Pero suponte tú que contra toda nuestra buena voluntad y contra las energías de nuestra pasión, lograran separarnos, imposibilitarnos materialmente de...

—No, no puede ser, no será—dijo la enamorada con expresión de voluntad tenacísima.—¡Pues si Jacoba fuera tan mala que...! No, no quiero pensarlo.

—¿Qué harías?

Aura se irguió, y apretando en su nervioso puño, con fuerza de mujer furiosa, el hierro del balcón, dijo: «¡La mataría!

—No, no tendrías que tomarte ese trabajo,



mi bien, mi vida, mi encanto, porque antes la habría matado yo.

—Y luego iríamos juntos al presidio, ¿sí?

—No pensemos en eso, que no ha de suceder. Yo digo: ¡qué más querrá Jacoba...!

—Claro: ¡qué más querrá ella! No te creas, Jacoba es buena, siempre que no la arrastra á la maldad la infame codicia. Por un brillante de buenas aguas, ó por una docena de turquesas de *roca vieja*, sería capaz de sacrificar á su padre.»

A todas éstas se les iba pasando la noche. Las primeras claridades del alba trajeron á la calle alguna gente de los mercados próximos, y el sereno pasó varias veces, dirigiendo á Calpena miradas recelosas. Aquí y allá sonaban porrazos; los gallos del comercio de aves en la calle de la Caza cantaban anunciando el día. Sobre esto llamó Calpena la atención de Aura, indicándole con pena que ya era hora de retirarse.

«¿Qué prisa todavía?... Esos pobres gallos enjaulados están tan aburridos por la falta de libertad, que anuncian la aurora antes de tiempo.

—Ya es de día... ¿No lo ves?

—¿Y qué? Mejor. Así podremos vernos las caras.»

De improviso se abrió una de las puertas del piso bajo de la casa, y Calpena se vió sorprendido por un mozo, soñoliento, que salía con una escoba. Luego se abrieron dos puertas más: una cacharrería y un despacho de huevos. Imposible seguir más tiempo allí.

Los hados fieros ordenaban la suspensión del coloquio dulcísimo, y que los amantes guardasen la ley del recato ante el público, pues cada cosa tiene su ocasión y lugar propios. ¡Bonita idea tendría de la señorita de Negretti el vecindario de Milanese si la veía colgada al balcón, al amanecer de Dios, picoteando con su novio! Antes que ella comprendió él la inconveniencia de prolongar la alborada de amor, y así se lo dijo. Convenidos el cómo y cuándo de verse en el curso del día, Calpena se arrancó con esfuerzo del celestial muro. El día se recreaba iluminando con sus primeras claridades la ideal belleza de Aura, quien no se apartó del balcón hasta que hubo recibido el último saludo de D. Fernando. Se fué y volvió el galán como unas tres ó cuatro veces, jugando al escondite en la esquina de la calle Mayor, hasta que al fin, siendo preciso poner término al juego... se arrancó de veras.

## XXIII

Más que inquieto, lleno de zozobra por la desusada tardanza de Fernandito, le esperó levantado su amigo D. Pedro, y al verle entrar, conoció por su rostro encendido, por el febril centelleo de su mirada, que algo muy grave le había ocurrido aquella noche. Inte-

rrogóle dulcemente, y no obtuvo respuesta categórica.

«Luego me lo contarás—dijo Hillo,—que ya es hora de que me vaya á decir mi misa. Me has tenido toda la noche en vela. Como no es tu costumbre trasnochar, me alarmé. ¿Has estado en alguna logia? ¿Se trata de algún mal paso, de algún lance?... Pero no quiero molestarte ahora. No me cuentes nada, y descansa, pobrecito, que estarás muerto de sueño. Yo me voy al Carmen... Duerme todo el día si quieres, y á la tardecita me contarás...»

Se fué D. Pedro á celebrar, y al regreso de la iglesia, Calpena dormía. Acercóse á su lecho el presbítero y le vió dormidito como un ángel, con ese leve sonreír que indica un venturoso sueño. A la hora de comer quiso Doña Cayetana despertarle; pero se opuso Hillo diciendo: «No, no, pobre hijo; dejarle que duerma: sabe Dios lo molido y ajetreado que estará ese bendito cuerpo. Guárdesele la comida.» Salió después á una diligencia que le entretuvo dos horas, y al volver á casa díjole Delfinita que D. Fernando había comido presuroso y sin enterarse de lo que metía por la boca; que no respondía á lo que se le preguntaba, como si se hubiese dejado en otra parte el pensamiento y la palabra. Y lo más singular fué que, sin probar el postre, que era miel de la Alcarria y queso de Villalón, había cogido el sombrero y echándose á la calle con tanta prisa como si le llamaran á apagar un fuego. ¡Cosa más

rara! Indudablemente ocurrían sucesos inauditos. ¿Sería, por fin, la estupenda anagnórisis que Hillo por momentos esperaba? Entregándose á sutiles cavilaciones y al trabajo de adivinar, esperó el clérigo la vuelta de su amigo; pero tuvo el acierto de esperarle sentado, porque Calpena no entró en casa hasta la mañana del siguiente día.

Ya no pudo Hillo aguantar más los ardientes picores de la curiosidad, y tomando una actitud serena, le dijo: «Hoy sí que no te me escapas sin contármelo todo.» Calpena, confuso, no sabía por dónde empezar. Hillo cortó la solemne pausa diciendo ¡*Habla!* con el acento con que esta palabra se pronuncia en las tragedias de secano.

«Pues... nada.

—¿Cómo nada? ¿Es acaso alguna intriga política?

—No señor.

—Pues yo sé que en el Ministerio no se vela... Vamos, será cuestión de amoríos...

—Tampoco; porque los amoríos son cosa frívola y pasajera, y esto no.

—Amor entonces—dijo Hillo con benevolencia, y terminó la expresión de su idea con una nota humorística:—¿Con que amor tenemos? Bueno: con tal que sea clásico...

—¿Y qué entiende usted por amor clásico?

—El que se contiene dentro de los límites de la conveniencia y de la regularidad; el que no es motivo de escándalo, sino ejemplo de buenas costumbres; el que no es furor insano, sino afecto plácido y limpio; el que tie-

ne por norte la familia y por cebo una relación casta, con el consentimiento de los padres...

—Yo no tengo padres.

—Dí que no los conoces. Mientras te llega la anagnórisis, tu padre soy yo: yo miro por tí, y te guío en el camino de la vida.

—Me temo, querido Hillo, que después del paso que he dado, tenga yo que arreglármelas solo para seguir andando... En fin, puesto que usted habla de amor clásico, diré á usted que el mío, como águila á quien quisieran encerrar dentro de un huevo de paloma, ha roto los moldes, ha roto el viejo y podrido cascarón del clasicismo.

—No te conozco—dijo D. Pedro con sobresalto.—¿Eres tú el joven Calpena?

—No señor... El joven Calpena que usted conoció, se ha transformado radicalmente en días, en horas. Cuando menos uno lo piensa, sobreviene la crisis capital de la vida...

—Hombre, eso es gravísimo. ¿Y quién es ella? ¿Acaso la niña que llamamos marmórea?... ¿Dices que no? ¿Pues de quién se trata? ¿No puedo saberlo? Sea quien fuere podré darte una opinión franca, un buen consejo.

—Me hallo en una situación tal, que toda opinión que no sea la mía me hará el efecto de una enemistad irreconciliable; y en cuanto á los consejos, debe usted esperar á que yo se los pida.

—Arrogantillo estás. Por lo que dices, voy entendiendo que tus amores son de esos



que llaman, que llaman... no sé... esta clase de bregas son para mí desconocidas. Pero ello debe de ser cosa vergonzosa, una pasión de éstas que nos ha traído el romanticismo, y que suelen acabar con *descabello* de media humanidad.»

Interrumpió el diálogo la llegada de una carta. Era de la *mano oculta*, que no había escrito en toda la semana. A Fernando le dió un vuelco el corazón, y barruntando que el contenido de la epístola heriría su vidriosa sensibilidad, rogó al clérigo que la leyese. Él oiría, procurando enterarse, pues su espíritu, en aquellos días de ansias y delirio, no acudía fácilmente al reclamo de la realidad próxima. Después de suspirar fuerte, D. Pedro leyó:

«¿Con que tenemos al niño enamorado? Ya me esperaba yo ese sarampión, que rara vez falla á los veintidós años. Paciencia, y pues no hay más remedio que pasarlo, no lo combatamos, y pónganse los medios para que brote bien... Tontín, se te tolera esa pasioncilla juvenil, que es el paso de la adolescencia á la madurez de la vida. Los hombres conceptúan eso necesario, inevitable; tales turbonadas, dicen, son necesarias, hasta convenientes. Sea: con pena lo admito, y te suplico que acabes cuanto antes, no sea que la enfermedad se meta demasiado en lo hondo. No tengo tranquilidad hasta que sepa el radical fin de esa novelesca aventurilla, y no dudes que he de saberlo, como supe lo del banquete que te dió la Zahón, como tengo

noticias del desenfado con que te pones á pelar la pava con la chiquilla de Negretti. También sé que es muy linda. No te acusaré de mal gusto, no; y como te tengo por hombre perspicaz y conocedor del género, presumo que en tus largos plantones al pie del balcón habrás tenido tiempo de comprender que la niña es diamante falso. ¡Ah, tontín! la pedrería fina es muy escasa, y no se encuentra en la primera cena á que nos convidan...»

Al llegar á esto, Calpena no pudo contener el dolor, la ira que estas apreciaciones le produjeron, y estalló diciendo: «Eso es sencillamente infame... Dígalo quien lo dijere, es inicuo, ultrajante. No debo hacer caso de la opinión de persona anónima, que no puede sentir la verdad, como la siento yo... Y juro que no habrá voluntad que me tuerza, ni razón humana que me persuada de que esto no es para mí el supremo bien, el único bien posible.

—Espérate un poquito y déjame acabar. Sigo: «Como para estas aventurillas, que mejor será llamar calaveradas, se necesita dinero, te mandaré mañana seis onzas. Más, mucho más recibirás; pero entiende que este dinerito no debe servir para prolongar la enfermedad, sino para ponerle término... Y no te digo más por hoy.»

«¡No puedo, no puedo—exclamó Calpena dando vueltas por la habitación como un loco,—sufrir por más tiempo esta tutela anónima!... Y estas burlas, este desconocimiento

de la verdad, me lastiman, me hieren más que si me asestaran cien puñaladas... ¡Oh, cuánto diera yo por conocer á la persona que me escribe, y poder decirle lo que siento...! No, no dudo que esa persona se interesa por mí, que me ama. También la quiero yo sin conocerla. Pues bien: yo la convencería... ¿Cómo no había de convencerla, si yo lo estoy firmemente, si llevo dentro de mi alma, no sólo todo el amor, sino toda la lógica del mundo?...

—Hijo mío—le dijo Hillo con expresivo afecto,— lo que la señora incógnita te escribe es el puro Evangelio. Considera tú ese amor como una aventurilla pasajera... cosas de muchachos, ejercicio vital... y... dale ya puntillazo...»

Le miró Calpena, plantándose ante él desdénso, altanero, y con grave entereza contestó:

«Soy un hombre; tengo un alma que es mía, una inteligencia que me pertenece, y con ellas siento y juzgo lo que me incumbe. Ni de usted ni de esa desconocida persona admito lecciones, ni soy un niño para recibir las en esa forma. Quien nunca ha tenido familia, bien puede declararse independiente como lo hago yo ahora. La soledad en que he vivido me ha enseñado á gobernarme por mí mismo. Soy libre, Sr. D. Pedro; á nadie me someto. Los que me protegen por motivos que aún están rodeados de obscuridad, que den la cara, y entonces hablaremos. Si conseguimos entendernos, bien, y si no, lo mis-

mo. No altero mis propósitos, no me someto, no me rindo.»

Sin dejar de admirar esta noble gallardía, trató Hillo de reducirle á la obediencia ciega de la *deidad velada*, pues así también solía llamarla, no sabiendo qué nombre darle, y el primer argumento que empleó fué que le convenía dicha sumisión para no comprometer su brillante porvenir.

Echándose á reir, le contestó D. Fernando que él no contaba con más porvenir que el que por sí mismo se labrase, pues todo lo demás era fantasmagorías y sueños; y en último caso, que no sacrificaría á ninguna consideración, ni á interés alguno por grande que fuese, la pasión que colmaba todos los anhelos de su existencia. Y como Don Pedro insistiese en que la aventura no merecía nombre de pasión seria, y que debía ponerle punto final, replicóle el joven con flema: «No puede ser, mi querido Hillo. En esto he querido aplicarme fielmente el precepto fundamental de su filosofía práctica... Para que no diga usted que fracaso como todos los españoles que emprenden algo, me propongo *rematar la suerte*.

—¡Ah! pillo... ¿De modo que te casas...?

—Tal creo... Esto no es aventura... para que vaya usted enterándose.

—Estás perdido, perdido sin remedio... Un joven llamado á... qué sé yo... llamado á grandes destinos... ¡Por Dios, Fernandito de mi vida, mira bien lo que haces... Y á mí que me parecían poco para tí todas las du-

quesas y princesas que andan por esas cortes.

—Yo soy pueblo, pueblo nací y pueblo me encuentro ahora. ¡Ay! amigo Hillo, me acuerdo de mi cuna. Era de mimbres, y estaba rota y medio deshecha. Yo ensanchaba los agujeros con mis manecitas, y me echaba fuera para jugar con un perro y dos cabras que había en la pobrísima estancia donde me criaron... ¡Y ahora me habla usted de duquesas y princesas! A usted le ciega, ó más bien le enloquece su bondad... Yo no soy lo que era. He dado un gran vuelco: mis ideas son otras. No tengo ya más que una ambición, y á satisfacerla se encaminan todas las potencias de mi alma. Me crió aquel bendito en la templanza, en la regularidad, en el justo medio de todas las cosas. Pues ya no quiero justo medio; ya me solicitan las situaciones extremadas... Quiero exceso de vida, energías poderosas, mucho gozar ó mucho sufrir, luchar, hacer cara á los grandes desastres si vienen, hartarme de felicidad si Dios me la depara. No quiero andar por caminos trazados, ni que me cuenten los pasos que doy, ni que me lleven con andadores, ni que me muevan con hilitos, como si fuera yo figura de titiritero. No, no: de un salto me he echado fuera del retablo, y entro en el mundo yo solo. El mundo es grande. Un sentimiento, grande también, llevo yo conmigo. ¿Hay espacio? Sí. ¿Tengo yo alas? Sí. Pues á volar.»

Y cogiendo el sombrero, se fué á la calle, sin añadir una palabra, dejando á su exce-



lente amigo todo confuso y turulato, con las manos en la cabeza, desahogando con patéticas exclamaciones la turbación de su espíritu: «¡Señor, devuelve el seso á este noble chico, digno de mejor suerte... le he tomado tanto cariño, que sus asuntos me interesan más que los propios!... ¡Señor, descúbreme el misterio de Calpena; dame á conocer la *mascarita* esa que le protege y le dirige! Que yo la descubra, para llegarme á esa divina tutora y decirle que se declare, que se quite la careta, único medio de que nuestro Fernandito entre en razón. *Tutora* he dicho, pero mejor será decir madre... En su estilo se ve la delicadeza, la gracia, y un cariño intensísimo. Es madre, y además dama ilustre. Su estilo lo revela, esa discreción de alto tono, esa exquisita habilidad para ocultarse... ¡Dios mío, santo Apóstol bendito mi patrono, santa Virgen, y vosotros, santos, santos todos de la Corte Celestial, despejádme esa incógnita, pues creo que entre ella y yo, puestos al habla, salvaríamos á este alucinado chico de la perdición, de la ignominia, de la muerte!»

Su generoso anhelo sugirió al buen presbítero una idea, un plan, y propósito firmísimo de empezar á realizarlo aquella misma tarde. «Voy á minar la tierra para *desvelar* á esa *velada*. Dios me abrirá camino; Dios iluminará las obscuridades que encontraré en los comienzos de mi trabajo. A esta investigación consagraré mi tiempo, pues ya no me importa que me den ni que me qui-

ten la cátedra que me corresponde... Y ahora digo yo: ¿por dónde empiezo?... A ver, Pedro, discurre un poco, *afina la suerte*... Por de pronto, si á ese loquinario le da la ventolera de desdeñar las cartas de su protectora, yo las recogeré cuando vengan, las leeré y las tendré bien guardaditas hasta que á él se le caiga de los ojos la venda. Y si envía dinero, como anuncia, yo lo guardaré también para irselo dando conforme á sus necesidades, que ahora presumo han de ser muchas... Esto lo primero; después...

Dándose un golpe en la frente, lanzó una exclamación de alegría: «*Eureka*, ya sé cuál es el primer paso que tengo que dar: ir á la casa de esa mozuela de quien se ha enamorado, y verla y hablar con su familia, para lo cual me valdré ó del compañero de oficina de Calpena, Sr. Milagro, ó del Sr. Maturana, el diamantista que vino á buscarle y se le llevó, con la cajita de Olorón bajo el brazo, en aquel aciago día... Perfectamente: ya tengo mi base de operaciones... Luego trataré de averiguar por qué medios, por qué espionaje pasan á conocimiento de la *velada* todos los actos de Fernandito, cuantos pasos da en este Madrid tan grande. Pondréme, pues, en relación con los acechadores ó centinelas que tiene esa señora. Sepa ella que yo quiero ser también su misterioso vigía, y que ninguno habrá más diligente ni más desinteresado que yo... Procuraré además el trato y conocimiento de todos los amigos de Calpena: ese empleado tísico, ese Larra, ese

Ros de Olano, ese Pezucla, ese Veguita... Ellos quizás me den alguna luz... Y si pudiera colarme en los dorados palacios donde el señorito fué introducido no hace mucho, también me colaría... sí señor... dispuesto estoy á todo, hasta á disfrazarme... Sí, sí, Sr. D. Fernando Calpena: usted no se ríe de mí; usted no se emancipa, no, mientras esté aquí su viejo amigo, este pobre clérigo, que beberá los vientos por evitar que un mozo de tales prendas, que evidentemente lleva sangre de reyes... ¡lo dicho, dicho!... sangre de reyes, caiga en los abismos del amor enfermizo y de la calentura romántica.»

## XXIV

No constan los días que empleó el buen Hillo en su investigación preliminar; sólo se sabe que no fueron pocos, y que al cabo de una semana conocía algo y aun algo de la familia Zahón, y había hablado largamente con Milagro y con Maturana, los cuales, lejos de aclarar el enigma principal, lo que hicieron fué añadirle nuevas obscuridades... Sin desmayar ni un punto en sus tareas policíacas, trató de hacer cantar á Méndez; mas toda tentativa cerca del estirado patrón resultó inútil, bien porque nada de lo substancial sabía, bien porque quisiera echárse-

las de discreto, contraviniendo el tradicional tipo de los pupileros y fondistas. Cuando se veía el hombre muy estrechado por la apremiante argumentación de D. Pedro, no se le ocurría más que remitirle á *Edipo* y al Sr. de Azara. Salía D. Pedro al ojeo del polizonte, conseguía echarle la zarpa, le interrogaba, y el feo *Edipo* le decía: «Sr. de Hillo, estoy muy á gusto en mi *colocación* y no quiero perderla. Tengo seis criaturas, que son, vamos al decir, seis candados que cierran mi boca. Si por contestar á sus preguntas me dejan cesante, no será usted quien me coloque. Con que déjeme en paz y llame á otra puerta.» Y D. Manuel de Azara, el hombre más avinagrado y de mejores despachaderas que Dios ha echado al mundo, le recibía, después de plantones de tres horas, para decirle que se metiera en sus asuntos y dejara los ajenos. Ni un indicio, ni una ráfaga de luz, ni un vocablo indiscreto.

Acudió después mi hombre al tísico Serrano, que llenándole la cabeza de mentiras y encaminándole por una pista falsa, le hizo perder el tiempo y la paciencia; y tantea aquí, tantea allá, se refugió en la amistad y en los grandes conocimientos sociales de su compañero de casa, Nicomedes Iglesias. Si al principio pareció que el polícastro tomaba el asunto con interés, pronto dejó de hacerlo; tan sorbido le tenían el seso los negocios políticos, el interés de las sesiones, y el periodiquillo que había fundado en unión de su amigote reciente, Luis González ó Luis

Brabo, que de ambos modos respondía, en el cual papelejo apoyaban al grupito de oposición parlamentaria que formaron en *Procuradores* Caballero, López y el Conde de las Navas. Si el hombre no estaba demente, le faltaba poco; su cortante lengua no desmayaba un instante durante el día, ni su enconada pluma por la noche. Competía con él en acrimonia y acometividad el tal Brabo, andaluz, delgadito, aguileno, más vivo que la pólvora, cortado para la política de ruido y para soliviantar con gracia á las multitudes. Meses después, Brabo escribía en papeles moderados; Iglesias extremaba sus ideas revolucionarias en los del bando liberal; su consecuencia, que era una forma de su orgullo, le valía persecuciones y desdenes. Pero en Diciembre del 35 todavía se le contaba entre los hombres de porvenir, aunque su irritación por no haber entrado en el Estamento le creaba enemigos, alejándole de la meta de su ambición.

Mientras Hillo con tan poca fortuna emprendía la reconquista de Calpena, éste se transformaba, haciéndose huraño, apartándose de sus primeras amistades para contraer otras nuevas con personas bien distintas de los literatos del Parnasillo y de los concurrentes á tertulias de tono. Abandonó en absoluto la sociedad elegante, y no volvió á parecer por la casa aristocrática, donde se entristecían por su ausencia las bellezas más ó menos marmóreas. Cultivaba la amistad de los oficiales de la Guardia y de Infante-



ría, yernos de Maturana, y conoció á los de Fonsagrada, la familia que más trato tenía con la Zahón. Algunas tardes paseaba con el soldadito chiclanero y poeta, amigo de Milagro, Antonio García, autor imberbe de un drama caballeresco que tenían en su poder los cómicos del Príncipe.

Contra lo que Fernando temía, Doña Jacoba no se opuso á sus amores con Aura; casi los alentaba y protegía, pero encerrándolos dentro de la esfera de castas relaciones con buen fin, y sometiendo la fogosa pasión de ambos amantes á las reglas caseras que para tales casos se usan, y que en aquel tiempo eran de una simplicidad enfadosa. Hacía esto la Zahón más que por sentimiento, por cálculo, mirando á su propio interés antes que al de la joven puesta á su custodia. Era ante todo traficante, se había criado en el compra y vende; todas sus canas, que eran muchas, y las jorobas que en su esqueleto se formaban, le habían salido en el continuo y anheloso estudio de la ganancia fácil. Por lo demás, su moral era tan ancha como las mangas del vestido que el reuma le obligaba á usar, y sus creencias religiosas, tibias como las aguas con que se lavaba. La moral de los contratos de cosas, interpretada á su manera, érale muy conocida y familiar; la otra, la tocante al honor y al recato, sólo existía en su conciencia con formas desleídas.

Sujetó, pues, á los amantes á un régimen de apariencias estrictamente morales, prohibiendo en absoluto las entrevistas de calle y

balcón, y permitiéndoles hablarse á horas fijas en su casa y en su presencia. Con esto cumplía, y sentaba sobre bases decorosas su bien planeado negocio. Muy mal sabían á Fernando y á su dama esta reglamentación de colegio y este régimen de insulso noviazgo, aplicado á una pasión tan fiamígera; pero lo soportaban en espera de los arranques de su albedrío, planeando también algo, que muy calladito tenían, y desquitándose por el pronto con el carteo constante y clandestino de que era mediador el cuitado Lopresti. Con los Fonsagradas se les permitía salir alguna vez de paseo, bien vigiladitos, no pudiendo campar libremente ni á la ida ni á la vuelta, ni extraviarse en las arboledas de la Florida, ni jugar á la gallina ciega. Estaba, pues, Calpena hecho un novio *clásico*, contra lo que su temperamento y sus altas ideas le dictaban; pero se sometía ó afectaba someterse, con la esperanza de que no había de durar mucho la insípida comedia. Por aquellos días iba al Ministerio nada más que el tiempo preciso para no caer en falta, y á veces dejaba de asistir pretextando enfermedades. Rara vez le llamaba ya el Ministro á su despacho para encargarle contestaciones de cartas. Hacíalo siempre dando las instrucciones á Milagro, el cual repartía la tarea y vigilaba la de su compañero, llevándolo todo á la firma.

Hacia el 20 de Diciembre, poco antes de la célebre discusión del *voto de confianza*, en días en que Mendizábal estaba gozoso, como

hombre que vislumbra el éxito y ve próxima la realización de sus ideas, llamó á Milagro y le hizo sentar frente á sí en la mesa de su despacho. Habíale tomado afición por la donosa vaguedad que sabía emplear en la redacción de cartas de pura fórmula, en que no se dice nada, y por el estilo cortesano y elegante en que envolvía el *perdone usted por Dios*, receta contra los pedigüenos de gollerías.

«Ante todo—dijo Mendizábal con aquella presteza nerviosa que ponía en su trabajo,—póngame usted ahora mismo, pero ahora mismo, una carta á D. Martín, diciéndole que detenga el nombramiento de Catedrático de Retórica de un clérigo que se llama D. Pedro Hillo, en favor del cual le escribimos no sé cuándo...

—Anteayer.

—Me había recomendado á este sujeto. Musso y Valiente, si no recuerdo mal.

—Sí, señor, y antes D. Manuel José Quintana...

—Y creo que también Juan Nicasio Gallego... en fin, medio mundo. Tanto me han mareado, que me decidí á recomendarle á Heros. Pero después he sabido algo que me pone en guardia... Francamente, yo hago todo el bien que puedo; pero en este puesto, y rodeado de dificultades, no creo estar en el caso de favorecer á mis enemigos. Dígame, ¿conoce usted á ese Hillo?

—Sí, señor: vive con mi compañero de oficina, Calpena, y hemos ido juntos al café y

á los Toros. Es muy entendido en tauromaquia.

—¡Qué atrocidad!... cura, torero y retórico... No he visto jamás ensalada semejante... Ello es que ese sujeto ha dado en perseguirme... Aquí viene todos los días á pedir audiencia. Como ahora no estoy para perder el tiempo, no se la he concedido. Pero el hombre ha dado en acecharme cuando entro en mi casa y cuando salgo. Todas las mañanas tira de la campanilla tres ó cuatro veces. En la escalera, hoy, bajando yo con Cano Manuel y con Olózaga, me le encontré... Demudado, la voz temblona, me habló... La verdad, no me enteré bien de lo que dijo... Que no quería hablarme de la cátedra... que se había hecho campeón de una causa de moralidad, de justicia... que era preciso descorrer el velo... Esto del velo lo lo repitió no sé cuántas veces... En fin, me dió lástima. Paréceme que el tal presbítero no tiene la cabeza buena. Yo me zafé como pude, y luego me dijo Olózaga: «¿Sabe usted, D. Juan, que este pajarraco de sotana es de los que hacen correr por ahí historias denigrantes en que mezclan, sin ningún miramiento y quizás con aviesa intención, el nombre de usted?...—¿Qué me cuenta, Salustiano? ¡Mi nombre...!—Sí, señor: quieren minarle á usted el terreno, echando á volar especies absurdas, actos ó relaciones de la vida privada.»

Al oír esto, palideció el buen Milagro, y contestando á su jefe con un monosílabo que

expresaba tanta sorpresa como indignación, hizo solemne voto mental de no volver á probar el *curaçao* en lo que le quedara de vida.

«No es la primera vez—continuó Su Excelencia,—que llegan á mí rumores de esta naturaleza, unos verdaderos, referentes á hechos y casos que no tienen nada de ignominiosos, otros absurdos y sin ningún fundamento, y todos van derechos contra mi reputación, contra mi prestigio. Nada de esto me sorprende ni me arredra: sé que en mi posición, y entre españoles, no puedo esperar más que una guerra en la cual se emplean todas las armas, sin desdeñar las más viles. Con que ya sabe usted: lo primero me escribe esa carta. Que detenga el nombramiento para la cátedra de Alcalá. Ese Sr. Hillo tiene todas las trazas de un perturbado.

—No creo tal, señor—dijo Milagro.—Quizás oiría el Sr. Hillo algún disparate, de esos que hace correr la gente mal intencionada, y el pobre señor lo habrá repetido... Y también puede ser que soltara la especie hallándose en ese estado de atontamiento que produce el... la...

—Pero qué... ¿es bebedor?

—No sé... creo que... Una noche, estando varios amigos en el café con Maturana, el diamantista, éste pidió *curaçao* y quiso que yo le acompañara; pero como no pruebo nunca ninguna clase de bebida, me resistí, dándole las gracias. Hillo bebió y se puso perdido. Salió diciendo cada desatino... ¡Pero después,



cuando el aire de la calle le serenó, se desdijo de todo, y hasta lloraba el pobre recordando las borricadas que habían salido de su boca. No es mal hombre: el Sr. Olózaga me dispense; que si algo contra la respetabilidad de Vucencia ha dicho ese clérigo, no ha sido con mala idea...

—Bueno—dijo Mendizábal, cuya atención, queriendo abarcar mucho de una vez, se detenía poco en un asunto.—Escribame usted la carta á Argüelles, incluyendo esta minuta de los principales puntos de Hacienda que debe tener presentes al defender el *voto de confianza*. Luego carta citando á Istúriz y á D. Antonio González, para que nos pongamos de acuerdo sobre el orden y método de discusión...»

Despedido el secretario familiar, entraron los que iban á la firma, y Su Excelencia trabajó con ellos el resto de la tarde. Dos días después empezó en el Estatuto la gran tremolina parlamentaria del *voto de confianza*, en que Mendizábal, blasonando de atrevido gobernante, pidió á los Estamentos poder y autoridad para disponer de las rentas públicas, con el desembarazo que exigían las críticas circunstancias por que atravesaba la Nación.

Ya en aquellos debates empezó á torcerse la buena estrella del reformador, que hasta entonces no había visto más que satisfacciones, bienandanzas y popularidad. Los patriotas extremaron su oposición; los llamados *moderados* llenaban sus discursos de

reticencias maliciosas, chispazos que levantaban llamaradas y humareda en la opinión neutral; y los amigos de Mendizábal, que hasta entonces le habían defendido con ardor, empezaban á sentir ese frío triste, que es síntoma de ver con malos ojos el bien ajeno. Algunos continuaban apoyándole, porque estaban ligados por la gratitud; otros hacían de ésta tabla rasa, y empezaban á mostrarse temerosos de que D. Juan de Dios realizase lo que había ofrecido. Entre políticos, el fracaso de los grandes halaga á los pequeños. La masa total no se entusiasma con el éxito si éste lo representa un hombre. La vulgaridad colectiva tiende siempre á conservar el nivel.

Empezaron, pues, las inquietudes, las comezones, las ganitas de jarana, y la curiosidad sabrosa de ver al jefe embarullado y sin saber por dónde salir. Claro que los más votaban como carneros; pero otros se hicieron los bobos, afectando escrúpulos de rigidez constitucional. A éstos llamaban *santones*.

## XXV

Aburrido y desalentado, vió D. Pedro Hillo entrar el año 36, á quien, desde el primer día de su Enero, diputó por tan calamitoso y funesto como su antecesor el maldito 35, que

todo se pasó en guerras, disturbios y trapisondas. Nada había podido adelantar en la noble misión que se había impuesto, y el problema que desentrañar quería presentábasele cada día más obscuro y embrollado. Para colmo de amargura, Calpena no le refería cosa alguna de su vida y planes; apenas pasaba con él breves ratos á las horas de comida y cena, y luego á sumergirse volvía en la tenebrosa cisterna del vicio y la deshonra, pues no otra cosa significaba para D. Pedro la casa de la Zahón. Para mayor desdicha, tuvo el buen presbítero el disgusto de saber, por un amigo de *lo Interior*, que hallándose extendido su nombramiento para la cátedra, Don Martín de los Heros le había dado carpetazo por indicación del Presidente del Consejo. Esto le llevó á una tristeza profunda, y no veía más que ocultos enemigos y persecuciones misteriosas... ¡Misterio por todas partes, romanticismo y sombras espectrales! Lo único que alegraba su espíritu era las cartas de la incógnita que, autorizado por Calpena, leía y guardaba. En todas ellas latía la tristeza y el intenso cariño de quien las redactaba. Véase un ejemplo: «Aunque diariamente recibo pruebas del olvido en que me tienes, no puedo acostumbrarme á tu desobediencia. Te mandé que fueras á la misa de once en el Carmen, y no fuiste ni á esa ni á ninguna, pasándote toda la mañana en casa de la diamantista. Te encargué la asistencia al Estamento para que oyeras y gozaras la discusión del *voto de confianza*, y

tampoco pareciste por allí. Ni en *el Casón* de los Próceres se te ha visto tampoco, por más que te recomiendo concurrir á menudo, para que habitúes el oído á las buenas formas oratorias, para que tomes gusto á la política seria y veas de cerca á los hombres eminentes que han de gobernarnos ahora y después, los cuales serán malos, si quieres, pero con ellos tenemos que apenar, porque no hay otros.

»Te veo adquiriendo hábitos groseros: te has hecho huraño, desagradecido, siempre devorado por insana inquietud, presuroso en todas partes; te veo encenagado en una pasión loca, impropia de toda persona regular; no haces caso de nada, no miras á tu porvenir, no correspondes á la ternura de quien por tí se interesa y quiere dirigirte, sin que mueva tu voluntad el considerar lo que esta protección reservada cuesta y supone, ni las amarguras y sufrimientos que hay bajo de ella.»

- Al terminar este pasaje, tuvo Hillo que suspender la lectura para limpiarse dos lagrimones que por sus mejillas resbalaban. Luego siguió leyendo: «Y no paran aquí los estragos de tu devaneo amoroso, pues no sólo te muestras ingrato conmigo, sino con ese buen sacerdote, tu compañero de casa, que tanto interés demuestra por tí. Le desdénas, evitas su compañía porque quiere apartarte, como yo, del despeñadero á que corres. Has delegado en él la lectura de mis cartas y la custodia de tu dinero, prue-

ba de confianza que me agradaría si no significara indolencia y criminal olvido de tus obligaciones. El pobre Sr. de Hillo, por salvarte y correr tras de tus errores, ganoso de corregirlos, ha dado un mal paso. De los males que se le ocasionen eres tú responsable. Verdad que en su generoso afán, incurrió el cleriguito en la tontería de pretender descubrirme y desenmascararme, y esto forzosamente había de producirle algún desavío, porque nosotras las esfinges solemos dar un zarpazo al que intenta descifrar el enigma que encerramos. Buscando indicios aquí y allá, interrogando á gentes diversas, el Sr. D. Pedro ha oído enormes disparates, y cometido después la grave indiscreción de repetirlos. Algunas de las absurdas habyllas que tu amigo recogió en los cafés ó en medio de la calle, afectaban al señor Presidente del Consejo, y eran escandalosa infracción del respeto que se debe á la vida privada. Alguien se enteró de ello, y fué con el cuento al Sr. D. Juan de Dios (á quien solemos llamar *Juan y Medio* por su gigantesca estatura), y he aquí que el grande hombre se amosca, demostrando cierta pequeñez de espíritu, pues lo que de él dijo nuestro capellán no merecía más que olvido y menosprecio: tan necia y ridícula era la invención. ¡Pobre Hillo! Acordado ya su nombramiento para la cátedra que pretende, el Sr. Mendiábal ordenó que se anulara. Paréceme este rigor poco digno de un hombre que se nos ha venido acá con la pretensión de traernos el



reinado de la libertad, de la justicia y del orden social, y así pienso decírselo. Perdóneme el Sr. D. *Juan y Medio*; pero me parece que ha obrado como un *santón* cualquiera, de esos que ahora le están armando la zancadilla. El motivo de estas pequeñeces es que el grande hombre considera la popularidad como el principal fundamento de su fuerza, y le saca de quicio todo lo que puede mermar ó poner en peligro ese fantástico y vano poder. ¡Qué error! Fíjate en esto para que vayas aprendiendo. La fuerza la da el buen gobernar, el cumplimiento de lo que se ha ofrecido, la energía, la rectitud; de todo esto sale al fin el aura popular. Pero pretender el calor de la opinión cuando no se hace nada, ó se hacen las cosas á medias, es grande ceguera. De este mal mueren todos nuestros políticos... La confianza en un prestigio ilusorio perderá á este buen señor, que podría indudablemente regenerar el país si se cuidara menos de aspirar el incienso que le echan sus aduladores y paniaguados. Buenas ideas trae, grandiosos planes ha concebido; pero difícilmente logrará realizarlos, porque, como dice tu amigo, no sabrá *rematar la suerte*.»

Sonriendo pensativo, guardó la carta Don Pedro en la gaveta donde metódicamente las iba poniendo, para dar cuenta á Calpena como secretario fiel. Desconcertado por su fracaso, permaneció unos días en situación expectante, soñando con inesperadas sorpresas de la Providencia Divina, hasta que llegó

otra carta de la incógnita, con la particularidad de que no iba dirigida á Fernando, sino á él, al propio D. Pedro Hillo, presbítero. Con vivísima emoción se encerró en su cuarto, recatando el papel cual tímido enamorado que recibe la primera esquila de la niña que adora, y leyó lo siguiente: «Sr. de Hillo: Me dirijo á usted como al único leal amigo del descarriado Fernando, para suplicarle con efusión del alma que, mientras yo trato de cortar el vuelo de esa criatura por los espacios tempestuosos del romanticismo, intente usted poner estorbos á su temeraria iniciativa, y desbaratar sus planes, aunque para ello tenga que valerse de las artes del disimulo, y poner en juego resortes que, si bien algo violentos, no son ilícitos tratándose de tan generoso y noble fin. Indudablemente, Fernandito y su desatinada novia traman alguna travesura, que me temo sea de gravísimas consecuencias. Sé que ese insensato ha comprado armas: dos pistolas, espada, navajas grandísimas. Me permito encargar á usted que si el chico ha llevado las armas á su casa, procure quitárselas sin miramiento alguno, y esconderlas donde no las pueda recobrar; le recomiendo además que le prive de dinero, dejándole sólo lo más preciso. Todo lo que enviaré estos días, en la forma acostumbrada, hágame el favor de recogerlo sin darle de ello noticia, y resérvelo para los gastos que ocasionen las diligencias que hará usted, conforme yo le vaya indicando, á medida que

reciba más noticias de lo que tramán esos pillos.

»Igualmente le invito, afrontando las objeciones que ha de hacerme su delicadeza, á emplear en sus atenciones propias la parte que estime conveniente del dinero de Fernando. No me venga usted con remilgos. Le nombro capellán, ó, si se quiere, ayo de ese inexperto joven, y es muy justo que perciba los emolumentos que de ley le corresponden. Déjese usted de cátedras y de más correrías por los Ministerios pretendiendo una plaza que ya no le hace falta para nada. Me figuro que sus posibles se van agotando con tan ineficaz y largo pretender, y espero que sin reparo alguno acepte usted lo que con todo el respeto debido le ofrezco. ¿Qué sería de usted si no aceptara? ¿De qué vivirá si, como es muy probable, no le dan la dichosa cátedra? Usted no es hombre capaz de hacer el parásito; usted no se humillará á postulaciones impropias de su severa dignidad. ¿Qué remedio tiene mi buen cleriguito más que dejarse querer, y admitir lo que nunca será proporcionado al gran servicio que prestará á ese pobre niño? Además, ni tiene usted carácter para instruir muchachos, ni podrá nunca acomodar su condición amable á tan ingrata tarea. Si me promete no enfadarse, le diré una cosa: no está mi señor D. Pedro muy versado en letras humanas, y apenas conserva en la memoria unas cuantas reglas de retórica anticuada y fiambre, y ejemplos sueltos de prosa y poesía.

que ya están mandados recoger. ¿Ni cómo podía ser de otro modo, si usted no coge un libro á ninguna hora del día, y no hace más que hablar de política y toreo, y bromear con Nicomedes? El baúl de libros que trajo de Zamorá, lo tiene usted lleno de polvo y telarañas. No ha sacado usted más que un par de cuadernos del *Almacén de frutos literarios*, de Burgos, y el primer tomo (A B) del *Diccionario de Autoridades*... pero no lo sacó para leerlo, sino para recalzar el colchón de su cama que se le hundía por los pies... Quedamos en que no más retórica, no más echar los bofes detrás de una cátedra que desempeñará mejor otro cualquiera. Desde hoy se consagra usted á Fernando, á salvarle del deshonor, á traerle al camino de la honestidad, de la obediencia á los superiores. Es usted, con menos humanidades, pero no con menor abnegación y cariño, el sucesor del benditísimo párroco de Vera, D. Narciso Vidaurre. No me replique, Sr. Hillo, ni me ponga esa cara compungida. Cállese usted y obedezca.»

Mediano rato estuvo D. Pedro sobrecoigido de la fuerte emoción, que hubo de manifestarse en lágrimas y suspiros. Estimando la confianza que en él ponía la divina incógnita, más que la oferta de recursos materiales, decidió aceptar oficialmente el cargo que ya por su voluntad oficiosa desempeñaba, y consideró que rechazar el estipendio sería insigne ingratitud y gazmoñería. Era una salvación milagrosa, pues ya se le acababan

á toda prisa los dineros, sin que de ninguna parte pudieran venirle rentas ni gajes, como no fuesen los de la misa que diariamente celebraba. Precisamente había pensado días antes que si no malbarataba todos sus libros, no tendría con qué pagar la casa.

Contento y animoso, sintiendo duplicado el interés por Fernandito y el respeto y admiración de la oculta deidad, dedicó toda su energía á desempeñar la misión que aquélla con suprema autoridad le había conferido. Registrado el cuarto de Calpena, no encontraron armas. Recelando que las tuviera en la cómoda guardadas con llave, pensó en proveerse de ganzúa para sustraerlas, pues la incógnita le había mandado que no se parase en pelillos. Pero en esto llegó nueva carta, que decía:

«No busque más las armas, señor presbítero, porque las tiene en casa de un amigote con quien ahora intima mucho: Patricio de la Escosura, el artillerito ese á quien suponen, y debemos creerlo, la última mosca cogida en las redes de esa araña de la Oliván. Escosura y otro joven llamado Miguel de los Santos (no me acuerdo del apellido), son ahora los inseparables de Fernando: me figuro que este último le acompaña alguna vez á casa de la Zahón. Según mis noticias, es un truhán de primera, que de todo saca partido para divertirse. Vive en la calle de la Gorguera. Suele andar con uno de los chicos de Madrazo, Perico, á quien apenas apunta el bozo, pero que ya es poeta y prosista. Todos



estos niños y otros se traen unas ideas sentimentales que creo yo harán más estragos que los devaneos fúnebres, incendiarios y sanguinolentos del romanticismo. Busque á ese Miguelito de los Santos y hágase su amigo.

»Y vamos á lo principal. Esté usted preparado para un viaje, ¡oh pacientísimo señor D. Pedro! y perdone que le haga andar de coronilla. Dentro de unos días, quizás mañana ó pasado, será Fernando trasladado á una Intendencia de provincia, probablemente á Cádiz ó Barcelona, lejos, lejos. Se le destina á las nuevas oficinas que se crean para la redención de censos y la venta de bienes del clero. No creo que se rebele contra las órdenes del Ministro, negándose á salir. Si así lo hiciera, será preciso recurrir á otros medios. Pero no es probable que llegue á tanto su rebeldía... Oiga usted lo que tiene que hacer. En cuanto él reciba su nuevo nombramiento, que irá acompañado de una orden para salir en posta, usted le incita á no dilatar la partida, le dispone coche, se brinda á acompañarle, le dice que volverán pronto; pero la vuelta de ustedes será la del humo; y una vez allá, trínquemele bien. Si logramos apartarle de su infierno siquiera cuatro ó cinco meses, estamos salvados, mi buen amigo y *coadjutor*.

»Otra cosa tengo que advertirle. Debe usted, desde que disponga el viaje, abandonar el traje eclesiástico y vestirse de corto. Hasta creo que le sentará bien la ropa *de hom-*

*bre*, digo, *de paisano*... tampoco es esto; vamos, de seglar. Como los vientos que hoy corren en España no son muy favorables á las personas eclesiásticas, por la guerra que éstas hacen al Gobierno, unos con las armas en la mano, otros con sermones y escritos virulentos, no le conviene á nuestro cleriguito echarse con sotana y balandrán por esos mundos. Tenga presente que dentro de quince días, lo más, saldrá el decreto en que se ordena limpiar á los frailes el comedero, y ya verá usted la tremolina que se arma... Con que cuidado: fijese bien en lo que me permito indicarle, y procure cumplirlo, sin nuevos intentos de descubrirme, porque si llega á mis oídos el *mascarita te conozco*, no hemos hecho nada. Yo me quedo donde estoy; Fernando en su laberinto de perdición, y usted en su páramo de cazador de cáte-dras. Adiós.»

## XXVI

Jurando *in mente* hacer todo lo que le mandaba la que tenía ya por autoridad suprema y tirana indiscutible, se fué Hillo al Estamento de Procuradores, donde le había citado Iglesias para presentarle á D. Agustín Argüelles. Habían concertado destruir, por mediación del que llamaban *Divino*, la mala

impresión de Mendizábal con respecto á Don Pedro, haciéndole ver que ni era loco ni había sido difamador de Su Excelencia, pues si bien dijo en cierta desgraciada ocasión cuatro palabrejas inconvenientes, hízolo con el noble fin de condenarlas. Menos le importaba la cátedra, con importarle mucho, que la opinión que el señor Ministro formase de él; y hasta que no lograse rectificar aquel temerario juicio, no tenía tranquilidad. Mas desde el momento en que aceptaba el cargo que la divinidad incógnita le había conferido, ya la suspirada cátedra y los Ministros que la concedían, y todo el Gobierno, y lo que Mendizábal pensara de clérigos locos ó calumniadores, le importaba un bledo. Iba, pues, con ánimo de decir á Iglesias: «Amigo mío, no haga usted nada, ni se tome el trabajo de presentarme á estos señores, pues renuncio á *la mano de Doña Leonor*, y es muy probable que me vaya á mi pueblo, á cavar.»

En los pasillos del Estamento había tanta gente, que le fué muy difícil cazar á Nicomedes. La sesión era interesantísima: se discutía el *voto de confianza*. Anduvo de aquí para allá, saludando á los que encontró conocidos, y uno de éstos le dijo que Iglesias estaba en la tribuna oyendo hablar á Toreno. Hablaría después Mendizábal, y se procedería inmediatamente á la votación. Arrimóse Hillo á una de las puertas laterales, donde había una gran masa de intrusos aplicando la oreja al rumor oratorio, y oyó algunas palabras del Conde, pocas y desva-

necidas por la distancia. El local era malísimo: el salón de sesiones una iglesia secularizada. Para formar los pasillos circundantes se habían derribado tabiques de la sacristía, aprovechando con fáciles chapuzas la parte de capillas y salas interiores que destruyó el incendio de 1823. Buscó Hillo mejor sitio de escucha por otro lado, y al fin, agazapándose en un rincón de lo que fué camarín de la Virgen, y que caía detrás de la Presidencia, pudo ver y oír algo. Por entre una crestería de cabezas distinguió á lo lejos la del Sr. Mendizábal y parte de su busto. Acababa de levantarse, y hablaba premioso, mirando, ya al pupitre, ya á los *señores de enfrente*. Por su gigantesca estatura descollaba D. Juan entre aquel cúmulo de hombres chicos y medianos. A su corpulencia no correspondía su voz, parda y cavernosa, ni menos su oratoria, que en las cuestiones de Hacienda era muy árida, y en las políticas elevábase tan sólo por la energía que le prestaba su convicción y los tonos dulces que le daba la sinceridad. Estirando mucho el pescuezo por entre brazos y cabezas de curiosos que bloqueaban la puerta, pudo pescar Hillo alguna que otra frase: «... Pues habiendo tenido la suerte de negociar un empréstito para una nación vecina á 74 por 100, cuando Don Miguel...» Y después: «Se ha dicho aquí si el Gobierno, en virtud del artículo 3.º...» Siguió un concepto ininteligible, y luego: «Pero, señores, un Gobierno que no quiere apelar á poner una contribución extraordi-

naria, ¿cómo es posible que...?» Retiróse Don Pedro aburridísimo, viendo que nada en limpio sacaba, y esperó paseándose, leyendo la orden del día puesta en una tablilla, ó los partes de la guerra, que siempre decían lo mismo. Por fin, comenzada la votación, los parroquianos de tribunas descendían á los salones bajos y pasillos. Los Procuradores, conforme votaban, iban apareciendo por las puertas del salón de sesiones, y el tumulto crecía, la atmósfera era espesa y cálida, y el ruido bastante á marear la cabeza más firme.

Apareciósele Nicomedes, sofocadísimo, echando lumbre por los ojos, entre un pelotón de periodistas, y desde lejos le intimó en esta forma: «¡Eh, clérigo... en qué mal día viene! Imposible hacer nada hoy. Ya ve *su merced* el jaleo que hay aquí.» En pocas palabras le informó D. Pedro de que no venía más que á retirar todo lo actuado, y á manifestar á su amigo que ya no quería más recomendaciones ni molestar á nadie.» Sin hacer caso de lo que decía el presbítero, prorrumpió Iglesias en ruidosas exclamaciones, á las que siguieron cláusulas narrativas, en pintoresco y familiar lenguaje: «¡Válgame Dios, qué discurso nos ha largado el *camello*! Lo que me hace más gracia es el tonillo sentencioso que toma para decir las mayores simplezas.»

Apretóse el corrillo alrededor de Iglesias (metiéndose en él D. Pedro con empuje de codos), y uno de los jovenzuelos más avispados que en el cotarro bullían, se echó á reír di-



ciendo: «¿Pero ustedes le oyeron los latines con que hoy nos ha obsequiado?... *Mutatas mutandas...* Es divino este señor.

—Él no sabrá de *citas históricas*, como dijo ayer... pero lo que es gramática...

—Esto del *voto de confianza* —manifestó con saña Nicomedes,—resulta lo que digo en mi artículo de esta mañana: *un cubilete de charlatán*.

—Como que todo esto no es más que un tapujo de los agios y embrollos que este *D. Juan y Medio* se trae.

—Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno,—dijo uno de los presentes, mozo espi-gadillo, de grandísimos ojos negros, que relampagueaban en su rostro expresivo, con una seriedad que por ser tan seria resultaba extraordinariamente burlona.

—Eso mismo digo yo—indicó Hillo tímidamente.—Bueno, bueno, superior.

—Mi queridísimo amigo Miguel Alvarez,—dijo Iglesias, presentándole.»

Diéronse las manos, y D. Pedro se mostró muy afectuoso, pues aquel encuentro y presentación colmaban sus deseos, y se permitió decir al joven Alvarez que ya le conocía de nombre por sus galanas poesías, por sus artículos y discursos...

«Discursos no—replicó el otro con gravedad socarrona,—porque todavía no los he pronunciado. Los tengo, sí, aquí, en mi mente, y no los cambio por los de Cicerón. Pero todavía están inéditos, Padre... Yo también tenía vivos deseos de conocerle á usted

personalmente... que de fama ¿quién no le conoce? Mi amigo Fernando Calpena me ha hablado mucho de usted... Sé que es un profundo humanista, y que distrae sus ocios en la afición taurina... Yo soy amantísimo de los Toros.

—Lo que tú eres, bien lo vec—dijo Hillo para su sotana:—un guasón de primera.»

Y siguieron charlando, mientras Iglesias, con hueca voz ponderativa, encomiaba el discurso pronunciado en la primera parte de la sesión por D. Agustín Argüelles, á quien se seguía llamando *el Divino*, si bien no aplicaban todos este lisonjero mote en sentido recto. «¡Señores, vaya un discurso el de Don Agustín! Es de los mejores, de los más elocuentes que ha pronunciado en su larga vida parlamentaria. Si el *camello* hablara así, ¿quién le aguantaba?»

Y deteniendo á un jóven espigado, pulcro, bien afeitadito, vestido con esmero y elegancia, que de un cercano grupo se desprendía, le dijo: «Querido Juan, ven acá. ¿Qué te ha parecido el discurso de la *divinidad*?

—Verdadera divinidad tutelar es D. Agustín para ese buen señor. ¿Qué sería de Mendizábal sin esta defensa, sin este escudo, sin esta protección?

—Sería lo que la yedra, cuando muere el tronco del olmo á que se agarra—dijo uno de los que se adherían á Iglesias.—A ver, Sr. D. Juan Donoso, usted que lo entiende, ¿qué opinión ha formado del discurso de Don Agustín?

—Admirable como forma —declaró con aire de suficiencia el que llamaban Donoso, joven extremeño que iba para notabilidad literaria y política,—poco sólido como aparato dialéctico. Me recuerda la oración *Pro lege manilia*. Fáltale la primera condición de toda pieza oratoria, el convencimiento. Se ve que no cree en la leyenda de este buen señor, ni en sus planes, ni ve nada dentro del artificio del *voto de confianza*. Le defiende porque no es decoroso despedirle cuando hace tan poco tiempo que nos le han traído con tanta parambomba. Para mí esto es claro. El generoso D. Agustín, empleando excesivamente la argumentación *extra causam*, ha sabido cubrir con la púrpura de su elocuencia esta olla vacía...»

Alejóse llamado desde el cercano grupo, y dejó el puesto á otro de los amigos de Iglesias, al inquieto y vivaracho González, el cual, antes de que le preguntaran, se metió en el corrillo diciendo: «Caballeros, para mí, este buen D. Agustín chochea...»

Prodújose después de esto un silencio repentino, porque apareció el propio Argüelles, viniendo del salón hacia la sala donde despachaban y recibían los Ministros (que era parte del refectorio del transformado convento; en la otra parte se reunían las juntas de comisiones). Pero acosado por los felicitantes y aduladores, el buen señor no podía dar un paso. «Bien, D. Agustín, sublime... Como siempre, el Demóstenes español.» Y él, con bondades y modestias, de esas que se

usan en la política, desplegando todo aquel sonreír dulce y un poquito clerical, que caracterizaba su rostro austero, respondía: «He salido del paso como he podido... No tenía más remedio que defender el *voto de confianza*, que es un resorte político y parlamentario muy recomendable en ocasiones como la presente... No sé de qué se maravillan estos señores moderados; si en el Parlamento inglés estamos viendo todos los días esta clase de concesiones amplias á la iniciativa gubernamental... Creo haber puesto la cuestión en su verdadero terreno... Ya se le habrá pasado el susto al pobre Mendizábal...

—Sr. D. Agustín—le dijo Iglesias con toda la franqueza compatible con el respeto, —es usted el hombre de más abnegación que existe en el mundo. Yo creí que ciertas virtudes eran incompatibles con la política; pero ya veo que no, ya veo que no.

—¿Por qué dice usted eso?—preguntó el *Patriarca de la libertad*, más risueño que sorprendido.—He cumplido con mi deber... Están ustedes soñando si creen...

—No les ha parecido ésta buena ocasión para derribar el falso ídolo.

—Aquí no somos idólatras, amigo Iglesias: aquí no hay más que hombres de buena voluntad que trabajan por la libertad y el bien del país, cada cual según lo que puede y sabe...»

Y acosado por la turba de felicitantes, siguió de grupo en grupo, perdiéndose entre el gentío. Trueba y Cossío, secretario de la Cá-

mará, pasó saludando risueño; mas no quiso dar su opinión. En un grupo de ministeriales; de los empedernidos, claveteados de optimismo, decían: «Argüelles haciendo equilibrios; Toreno velado, avieso, dejando traslucir, hoy más que nunca, su mala intención; Mendizábal admirable, diciendo claramente lo que debe decir, y callándose lo que le conviene reservar.

—Esta es la verdadera elocuencia parlamentaria, á la inglesa... Lo que yo digo: el Parlamento no es una academia. Aquí se viene á ilustrar las cuestiones.»

Y más allá: «Esto es una farsa. Lo que se quiere es desacreditar la Representación nacional... poner en un conflicto á la Corona...

—Y desquiciarlo y revolverlo todo, ya está visto, para traernos el reinado de la plebe...

—Que sigan así las cosas, y pronto tendremos que no hay más que dos partidos: la camisa sucia y la camisa limpia.

—Se ve venir el imperio de las chaquetas. Las levitas van á menos.

—No así las de *D. Juan y Medio*, que cada día son más largas.»

Salió al fin del tumulto D. Pedro acompañando al joven Alvarez, y como éste dijera que iba al café del Príncipe, *vulgo* Parnasiello, se pegó á él, pretextando que haceres en la misma calle, con la plausible intención de sonsacarle lo que supiera referente á Fernando. En la Carrera encontraron á Pepe Díaz, y estando con él de conversación, lle-



garon por la calle del Lobo otros dos, que Hillo no conocía. Eran Segovia y Juan Bautista Alonso, que traía bajo el brazo un rimerero de poesías. Nada más frecuente entonces que ver á los mozalbetes por la calle cargados de paquetes de versos, como si vinieran de compras.

«Oye, tú—dijo Segovia á Miguel de los Santos cogiéndole de las solapas,—he visto á ese chico que me recomendaste, ese Eugenio...

—Hombre, sí... excelente chico. ¡Qué simpático, qué modesto! Por cierto que no acabo de aprender su nombre.

—Ni yo. Espérate á ver si me acuerdo...

—Yo me acuerdo, yo—dijo Díaz rascándose la frente.—Un apellido endemoniado,... así como...

—Es hijo de un alemán—indicó Alonso.—Le conozco, sí... Su padre le ha hecho un flaco servicio llamándose como se llama.

—Ya me acuerdo... *Arzen... Arzin...*

—*Arzembuch*, escrito con *H* y con *n*.

—Justo, así es—añadió Segovia.—Pues como te digo, el pobre muchacho no sabía qué hacer conmigo. Me llevó á su casa y me enseñó una obra... ¡Vaya una obra!

—¿En prosa ó en verso?

—¿Pero qué dices ahí?... ¡Si era una mesa!

—¡Una mesa! Verdad que es carpintero antes que poeta,

—Si á la caoba llamas tú poesía, la mesa es una obra en verso.

—¿Y esa mesa no tenía cajón?

—Hombre, sí; y del cajón sacó cuatro tragedias y dos comedias del teatro antiguo barnizadas por él... *Los empeños de un acaso* y *La confusión de un jardín*.

—Ya caigo—dijo Alonso:—es el autor de aquella famosa *Restauración de Madrid* silbada horrorosamente en la Cruz hace dos ó tres años.

—¡Pobre Eugenio!—exclamó Díaz,—es tan tímido, tan para poco, que no saldrá adelante, valiéndome mucho y sabiendo lo que sabe.

—Pues veréis: entre las tragedias que sacó del cajón de la mesa, había un drama, los dos primeros actos de un drama...

—*Los Amantes de Teruel*... ¿te los leyó?

—Empezaba yo á leer, cuando entró ese loquinario, ese Calpena, y... El fué quien leyó, ¡pero con una entonación, chico...! vamos, tan bien leía, que si nos encantó la obra, no nos maravilló menos el intérprete.

—Ya le he dicho—indicó Alonso,—que debe dedicarse al teatro, á la escena. Sería un gran actor.

—¿Y dónde dejásteis á Calpena?—preguntó Alvarez.

—Con Eugenio ha ido al Príncipe, á ver el ensayo del *Antony*.

—Pues allá me voy... ¿Vamos?

Excusáronse Alonso y Díaz por tener quehaceres, que debían de ser poéticos; pero Segovia se agarró del brazo de Alvarez, con ánimo de acompañarle. Calle abajo se fueron dos, y los otros, con el pegadizo D. Pedro, se

metieron por la del Lobo. Por cierto que el buen presbítero, ya en la pista de su D. Fernando, si por una parte se hallaba satisfecho de haber encontrado en Miguel de los Santos un diligente y afectuoso auxiliar de su campaña, por otra se sentía contrariado de tener que abandonar el campo, cuando tan favorables circunstancias aquella tarde le ofrecía el acaso, ó la Divina Providencia. Al despedirse de Alvarez en la puerta del teatro por la calle del Lobo, le dijo apenadísimo: «No saben cuánto siento no poder colarme con ustedes en el ensayo. Me gusta extraordinariamente ver ensayar... ¿Pero cómo entro vestido de cura? No puede ser. Otra vez será.»

Y se fué triste y cabizbajo, diciendo á las baldosas de la calle: «Razón tiene la señora incógnita al recomendarme que para andar en estos trotes me vista de seglar... No más hábitos. Por San Juan Capistrano, mañana mismo los ahorco.»

## XXVII

Salió D. Fernando Calpena del ensayo de *Antony* con un grave aumento de la locura que ya por sus exaltados amores padecía, y al despedirse de su amigo Juan Eugenio en la esquina de la calle de las Huertas, le dijo

que ni se había escrito ni se volvería á escribir un drama tan excelente, verdadero Evangelio de los desheredados á quienes oprime la balumba del artificio social. El carpintero-poeta, cuya mente conservaba un excelso reposo, no expresó nada en contra de tan radical opinión; pero algo tenía que decir sin duda, sólo que se lo reservaba para más adelante, cuando los años y la experiencia le dieran la autoridad de que entonces carecía. No hizo más que mirar á su amigo con aquella expresión de intensísima agudeza, que conservó hasta su vejez, y apretarle las manos. Al separarse le dijo: «Tendré copiado el acto tercero el sábado, y en seguida podrás leerlo. Aparece Isabel en la primera escena, vestida para la boda... luego entra D. Rodrigo... En fin, ya lo verás. Adiós.» Y echó á correr hacia su casa, con pasito corto y vivaracho. Era pequeñín, todo nervios, con una cara ratonil, graciosa y llena de inteligencia, unos ojuelos que despedían lumbré, y una boca como la de los ángeles feos, que también los hay, según dicen. Calpena le miró alejarse, y melancólico se decía: «¿Por qué Dios no me dió á mí su talento?... Bien podía habérmelo dado, sin quitárselo á él... bien podía...»

La transformación moral del enamorado joven se traslucía claramente en lo físico: había enflaquecido; sus ojos, que antes eran hermosos y alegres, brillaban después de la crisis con mayor hermosura, y su alegría era extraña combinación de zozobra y deli-

rio. Hablaba con más viveza, amontonando ideas sobre ideas; empleando con frecuencia imágenes felices. Vestía con elegante descuido, olvidado ya del atildamiento presuntuoso que hacía de él un perfecto *estatuvista* en capullo. Dejaba crecer la negra melena y la mantenía crespada, indómita, dando á los rizos y mechones libertad para estirarse ó encogerse como quisieran. Había llegado á adquirir, con éstas y otras costumbres nuevas, un sello propio, personal, que le distinguía y señalaba entre sus amigos. Estos eran cada día en mayor número desde que se lanzó á la independendia, y los tomaba conforme le iban saliendo, aristócratas ó plebeyos: se mezclaba en la turbamulta humana con indecible gozo, ávido de vivir, de ver, de apreciar y discernir, de ejercitar, en fin, toda la energía intelectual y moral que á raudales brotaba de todas las honduras de su alma renovada.

Hizo en aquellos días conocimiento con los Madrazos, Federico y Perico, el uno precoz artista, el otro escritor y poeta, ambos excelentes muchachos, entusiastas, locos por el arte y la belleza; con Ochoa, inseparable de aquéllos, y co-fundador de *El Artista*, para el cual unos escribían y otros dibujaban; con Villalta, con Trueba y Cossío, político audacísimo al par que escritor bilingüe, pues lo mismo escribía en inglés que en español; con Dionisio Alcalá Galiano, hijo de D. Antonio, uno de los jóvenes más despiertos y más inteligentes de aquel tiempo; con Re-



villa, Gonzalo Morón, Larrañaga y otros que en la literatura, en la crítica y en la política empezaban á bullir; con ambos Escosuras, con ambos Romeas, con Guzmán y Latorre; y al propio tiempo intimó más con Espronceda, Mesonero, Roca de Togores, Ventura, y otros que ya conocía. Aquella juventud, en medio de la generación turbulenta, camorrista y sanguinaria á que pertenecía, era como un rosal cuajado de flores en medio de un campo de cardos borriqueros, la esperanza en medio de la desesperación, la belleza y los aromas haciendo tolerable la fealdad mal oliente de la España de 1836.

Más firme cada día en la fe de sus amores, veía Calpena en Aura algo más que una mujer bella, veía la mujer misma, con todas las cualidades propias del sexo en grado superior. Por perfecta la tenía desde la punta del pie á la última mata del cabello; perfecta era también en su inteligencia, que exhalaba rayos; en su voluntad ardorosa, rebelde á los términos medios; en sus caprichos, que escondían una profunda psicología; en todo, Señor, en todo, pues si Aura reía, toda la Naturaleza se alegraba con ella, y si lloraba, Cielo y Tierra se cubrían de tristeza.

Pues, señor: bastantes días habían pasado desde el ensayo del *Antony*; bastantes, sí, porque ya se había estrenado el revolucionario drama de Dumas, cuando ocurrió lo que ahora se referirá. Ello fué al principiar Febrero, pasadas las tremolinas parlamentarias de fin de Enero, cuando se discutió la ley

electoral y derrotaron al Gobierno, y el señor de Mendizábal, entre la espada y la pared, no tuvo más remedio que disolver los Estamentos y convocar nuevas Cortes. Y como el diablo, cuando no tiene que hacer, se entretiene en coger moscas, D. Juan de Dios, libre de la fatiga del Parlamento, que tan agobiado le traía, se dedicó á remover el personal de su Ministerio: todo era traslaciones, cesantías, empleados que venían no se sabe de dónde; otros que se iban á sus casas á *mascar el vacío*, como dijo un cesante de aquel tiempo... En fin, que una tarde, hallándose Calpena en su oficina aburridísimo, esperando ansioso la hora, antes que ésta llegó un antipático, maldecido papel... ¡Ay! era nada menos que su traslación á Cádiz, á las secciones recientemente creadas para la Liquidación de Créditos. El efecto que esto le hizo fué deplorable: vió en ello la malquerencia de un oculto enemigo, y echaba pestes contra los malos Gobiernos y contra el propio D. Juan de Dios, á quien desde aquel día retiró su admiración y cariño.

En aquel estado de amargura y rabia le encontró Hillo una mañana, cuando de vuelta de misa disponíase á endilgar la ropa *corta* para echarse á la calle.

«¡Pero, chico—le dijo,—si estás de enhorabuena! Vas á Cádiz, *la cuna de nuestras libertades*, como decís los patriotas, y allí vivirás como un príncipe, y harás conquistas, y beberás la rica manzanilla, y tienes ancho

campo para conspirar con los Riegos de ogaño por la Constitución del 12.

—Ni usted sabe lo que se dice, ni yo voy á Cádiz—replicó Fernando de malísimo talante.—Pensaré de hoy á mañana lo que debo hacer, y se lo diré á usted... Veo la mano, sí; veo la mano que en las tinieblas me ha descargado este golpe de maza... Pero no caeré, no: si creen que voy á desplomarme, á rendirme y á pedir perdón, se equivocan. Abur.»

Se marchó con esta seca despedida, y Don Pedro no volvió á verle hasta el día siguiente. No pocas noches dormía fuera de casa. Leyendo dramas ó charlando de literatura en casa de algún amigo, se le pasaban las horas insensiblemente, y sorprendido por la aurora en esta febril tarea, se quedaba dormidito en un sofá ó en el santo suelo, ya en el hospedaje de Alvarez, ya en el de Pepe Díaz. También D. Pedro andaba un poco salido: entre diez y once de la mañana se vestía de paisano y se lanzaba al divagar callejero; por tarde y noche frecuentaba los cafés, y hacía en unos y otros diversas amistades. En el de Solís encontró á Calpena con un chicarrón que iba cargado de dramas: le vió desde lejos, se acercó en el momento en que salía, le fué siguiendo, y, por fin, le dió alcance en la calle del Turco.

«Voy contigo—le dijo poniendo en práctica las instrucciones últimamente recibidas.—Tenemos que hablar. ¿No sabes lo que ocurre? Pues que mañana nos largamos.

—¿A dónde, mi reverendo amigo y capellán?

—A Cádiz: tengo yo también allí un asuntillo. ¡Qué oportunidad! me acompañas y te acompaño.

—Irá usted solo. Mejor va uno solo que mal acompañado. Yo, Sr. D. Pedro Hillo, no salgo de Madrid... Y no me ponga usted la cara fosca y patibularia, porque como no es usted *mi* padre, ni *mi* tío, ni menos *mi* abuelo, y tan sólo es un amigo muy apreciable, yo no estoy en el caso de que usted me riña.

—Hombre, reñirte no —repuso Hillo con mansedumbre.—Somos tan sólo amigos, dices bien, y ninguna autoridad tengo sobre tí, como no sea la que me dan los años. ¡Triste autoridad!... Bueno, bueno: no quieres ir á Cádiz. *Ergo*, ¿renuncias á tu destino?

—Renuncio, sin *ergo*; presento la dimisión... le digo al Sr. Mendizábal que vaya él si quiere...

—Pues, hijo, siento hacerte una observación que te va á saber muy mal... pero qué remedio, es mi deber hacértela, para que medites el caso, y resuelvas según tu libérrima voluntad... Ya leo en tu cara que lo has adivinado. Palideces...

—Palidezco de verle á usted tan meticulado, empleando rodeos y perífrasis para decirme algo que podrá ser amargo y triste, pero que no me anonada, no señor, no me anonada...

—¿Sabes...?

—Y si no sé, sospecho... Vaya, suélteme usted pronto el rayo.»

El bigardón que llevaba á cuestras mediano fardo de dramas y tragedias en cuatro y cinco actos, con prólogo y epílogo, comprendiendo que trataban de asunto delicado, se largó, dejándoles en su grave contienda en medio de la calle.

«Pues lo que debía suceder ha sucedido. La deidad pródiga, la dulce enmascarada, nuestra grande amiga, nuestra...

—Hombre, acabe usted de una vez. Total, que se ha incomodado porque no quiero ir á Cádiz. ¿Y cómo sabe mi resolución?

—No la sabe, la teme, y dice en su última carta que si no vas no cuentes más con ella.

—Creo—dijo Calpena con gravedad,—que no falto á la gratitud respondiéndole que no acepto la protección en esa forma despótica, altanera. Se obedece ciegamente á una madre, á un padre, aun cuando la obediencia nos destroce el corazón; pero ¿quién puede exigir que sacrifiquemos libertad, dignidad, vida, á los caprichos de un fantasma? ¿Que no es fantasma dice usted? Pues que se quite la gasa, el capuchón... Abandonado estuve, abandonado estoy... ¿Qué me ha dado el fantasma? ¿Me ha dado un nombre? ¿Me ha dado algo más que algunos trajes y algún dinero? ¡Y á cambio de estos beneficios, pide que me convierta en un párvulo sin voluntad, sin iniciativa para nada! Amigo Hillo, antes que el bienestar adquirido con una pasividad hu-



millante, pueril, ridícula, quiero una pobreza con dignidad... No, no entra en mis ideas vivir de lo que se me arroja en mitad de la calle; soy joven, no me falta inteligencia: quiero vivir por mí y para mí...

—Todo eso está muy bien—dijo el clérigo.—Quieres trabajar, lucir tus facultades. ¡Magnífico! Pero, tonto, si con la protección del fantasma lo harás mejor que solo y abandonado. ¿A qué luchar desesperadamente, para sucumbir...? En cambio, con la base de tu destinito...

—No sea usted inocente, D. Pedro. ¡El destinito! ¡vivir amarrado al pesebre de la administración! ¿Pero no comprende usted que el que una vez prueba las facilidades de ese pesebre, ya está enviciado para toda la vida, ya no se pertenece, ya es una máquina que los ministros paran ó echan á andar, según les acomoda? No, no me digan que sea máquina... En los empleos tiene usted la explicación de la inercia nacional, de esta parálisis, que se traduce luego en ignorancia, en envidia, en pobreza...

—Muy bonito como teoría... pero...

—De esto hablamos anoche largamente Larra y yo, y renegamos de los empleos, que son como el opio ó el hastchis para esta nación viciosa, indolente. Por mi parte, digo que antes comerán en un mismo plato constitucionales y facciosos, antes se volverán chaquetas las levitas de D. Juan Alvarez, que yo resignarme á ser toda mi vida funcionario público.

—Has empleado lindamente la figura que llamamos *imposible ó adynaton*.

—Déjese ya de retóricas, D. Pedro. ¿Cree usted que están los tiempos para retóricas? Eso pasó. Aquí vendrá un desquiciamiento si no vienen nuevas ideas, aire nuevo, á regenerarnos...»

Y abriendo los brazos en plena calle, parados uno frente á otro, dijo á su amigo: «Déjeme usted ser libre, déjeme usted probar mis fuerzas... No quiero protección anónima. Si conoce usted á la divinidad encapuchada, dígale que quiero pertenecerme, pensar por mí mismo y poner en ejecución lo que pienso... ¿Que me estrello? bueno: Pues estrellado y con media vida, podré decir: «¡Viva la independencia! ¡Viva la dignidad humana!»

## XXVIII

Separáronse. A los pocos días se despidió Calpena de la casa de Méndez, porque en su nueva vida independiente, abandonado de la invisible protección, necesitaba aposentarse con mayor economía. Tanto Méndez como su hija y esposa con lágrimas en los ojos vieronle salir, y le abrumaron con amabilidades quejumbrosas, mostrando lastima de su partida, por un *punto de quijotismo*, como

decía el patrón, el cual añadió á esta frase sanos consejos y exhortaciones atinadísimas. «¡Vaya que dejar un empleo tan bueno por no ir á Cádiz!»—clamaba Doña Cayetana, oprimiéndose el pecho, que rebotaba contra la garganta. «Y ¿por qué no han de dejarle aquí?»—decía Delfinita bizcando más el ojo. —También es tema querer echarle de Madrid... Todo por una mala novia...»

En fin, que el hombre se fué. Hillo no se hallaba en casa cuando estas patéticas escenas ocurrían. Y por cierto que andaba el tal curita hecho un paseante en corte, vestidito de seglar, con bastón y sombrero de copa, todo el santo día de mazo en calabazo, y no ciertamente en las mejores compañías. Muchos, ignorantes de los móviles de su conducta, le tenían por echado á perder; otros sospechaban que los jacobinos y masones le habían seducido, atrayéndole á sus conciliábulos oscuros. Su buen nombre eclesiástico no ganaba nada con esto; pero á él le importaba ya una higa la opinión clerical, y todo lo que no fuera el honrado objeto de sus trabajos y pesquisas.

Como Calpena no ocultaba su domicilio, calle de las Urosas, allá se iba D. Pedro á diferentes horas, sin dar á sus visitas apariencias de persecución ó de fisgoneo policia-co. Siempre buscaba un pretexto, comunemente literario, y hasta llegó á fingir que escribía un *Florilegio de Refranes*, y que necesitaba compulsar textos muertos y vivos. Igualmente iba en busca de Miguel de los

Santos; pero siempre con mala suerte: no se podía hacer carrera de aquel chico, dotado de excelsas cualidades, que desvirtuaba con su pereza. «Miguelito—le decía Hillo, que al poco tiempo de amistad ya le tuteaba,—tú vales mucho y no serás nunca nada.» Acontecía no pocas veces que iba á buscarle á las nueve de la mañana y le encontraba en el primer sueño. Algunos días tomaba el desayuno á las cinco de la tarde. Con semejante vida, ¿qué había de hacer el hombre, ni de qué le valía su grande ingenio? No concluyó jamás nada de lo que empezaba. De sus propias obras se aburría, á fuerza de admirar las ajenas; amaba á sus amigos entrañablemente; de sí mismo no hacía ningún caso.

Lo que á Hillo mayormente le incomodaba era no encontrar en él eficaz ayuda para traer á Fernando al buen camino, y siempre que de esto le hablaba, salía el bueno de Miguelito con unas filosofías que dejaban helado al pobre D. Pedro. Quería éste aplicar á todo los principios que establecen el gobierno de los individuos por la familia, y de la familia por el Estado, organizando una especie de colegio universal, y Alvarez profesaba un donoso fatalismo con profundas raíces en su mente. Sacaba de quicio al buen capellán el humorismo con que Miguel de los Santos trataba las cosas más graves; aquella pachorra, aquel mirar tierno con que afirmaba el imperio absoluto, soberano, de la fatalidad. Todo pasa como debe pasar, y es inútil

y ridículo pretender desviar personas y cosas del camino que les imprime la escondida fuerza que todo lo gobierna. De esto resulta que no debemos tomar á pechos ningún humano incidente. Desgracia y ventura no son más que términos de relación, convencionalismos. Así como no podemos influir en los fenómenos meteorológicos, nos está vedado el oponernos al fenómeno histórico, afecte á las naciones, afecte á los individuos... Lo único que sacó en limpio D. Pedro fué alguna que otra noticia íntima referente á los amores de Calpena. La Zahón, que ya venía algo esquinada, sin que se sepa por qué, vió con malos ojos la renuncia que hizo Fernando de su destino: si primero le había tenido por príncipe con disfraz, luego le tuvo por un ladino pelagatos, que husmeaba la dote de Aura; y deseando poner punto en tales relaciones, empezó por limitar las entrevistas de los novios y dificultar el carteo. De todo esto resultaba la espantosa murria de Calpena en aquellos días. Su exaltada mente le sugería sin duda proyectos audaces, caballerescos, traduciendo á la realidad el peregrino enredo de los dramas románticos. «¿Querrá usted creer—dijo Alvarez,—que á nuestro amigo se le ha ocurrido aplicar al caso de la calle de Milanese el procedimiento del narcótico? Sí... dar á la señorita un bebedizo para que se quede tesa y fría, simulando la muerte... Vamos, como en *Romeo y Julieta* y en *Catalina Howard*, y luego cargar con la difunta, que no es difunta más que de menti-



rijillas, y... ya supondrá usted lo demás. De las distintas clases de raptos, pienso que no se le ha quedado ninguna por estudiar... y ya verá usted cómo sale por algún registro inesperado, teatral, y á todos nos deja con la boca abierta.»

Y mientras Miguelito poníale ante los ojos estas probables contingencias de trágicos lances, la invisible tutora le empujaba cada día con más apremio hacia el remolino que la voluntad y la pasión de Calpena iban formando. En una de las últimas comunicaciones de la *velada*, le decía entre otras cosas: «Por Dios, no olvide usted lo que tanto le he recomendado: que le siga á esa zahurda donde vive, que procure por cualquier treta ingeniosa introducirse en ella. Cuide usted de que nadie le falte, pues su abandono no es más que aparente. Sin que él pueda sospecharlo, páguele usted su hospedaje, y encargue á los dueños de la casa que finjan el mal humor de todo patrón que no cobra... Y otra cosa espero de su hidalga cooperación. Sé que se junta de noche con los patriotas exaltados, que asiste á sus nefandas logias y á sus ritos extravagantes. Sin duda, al verse solo y perdido, trata de reformar el mundo, armándonos aquí otra revolución como la francesa, con su convención, guillotina y todo... Pues es preciso, mi querido amigo y capellán, que usted se meta también en esas logias y cavernas endemoniadas. ¿Qué le importa á usted, si su masonismo es fingido, y conserva en su conciencia el amor de la ver-

dad y el desprecio de tales majaderías? Métese usted en la boca del lobo, sin rebozo alguno, ni temor de que le crean jacobino. Nada debe usted recelar, pues aquí estoy yo para sacarle de cualquier mal paso. Adelante, y no vacile en hacernos esta grande y noble caridad. A nadie tiene usted que dar cuenta más que á Dios y á mí, y Dios sabe la rectitud con que procede mi buen capellán, penetrando en los antros donde se forjan las revoluciones y el ateísmo. De allí saldrá usted como entre, y si consigue sacarme de ese y otros peores infiernos á esa querida alma extraviada, tendrá usted dos recompensas: la temporal y la eterna.»

«Bueno, señor, bueno,» murmuraba D. Pedro, cayendo en profundas meditaciones. Y al día siguiente le decía la incógnita: «No sólo le seguirá usted á todos los sitios á donde le lleve su reciente amistad con los patriotas furibundos, sino que debe penetrar en casa de la Zahón. Dos días llevo pensando en el medio mejor para realizar este metimiento, y creo haber encontrado uno magnífico, superior. Verá usted: la Zahón es socia, compinche ó comadre de Maturana, el diamantista. Maturana, corredor y traficante de alhajas y obras de arte en toda Europa, gran perito, gran joyero, gran chalán, posee un abanico magnífico, que ha pertenecido á la Pompadour, á la Emperatriz Josefina, á Pepita Tudó, á la Reina Hortensia, á Mademoiselle Mars, y á otras personas que no han adquirido celebridad. Es pieza de gran

valor histórico y artístico, y con él pensó Maturana hacer un buen negocio, ofreciendo su compra á la Reina Cristina. Pero Su Majestad, que ahora está por lo positivo y prefiere emplear su dinero en salinas, en minas, en empresas de utilidad, le ha ofrecido muy poco dinero, con lo cual ha estado el hombre fuera de sí, tirándose de los pelos. Por fin, creo que se entendió con la Zahón: han hecho un cambalache, dándole él su abanico á cambio de una colección de perlas. Hállase, pues, hoy la hermosa obra de arte en manos de la jorobada. Nada tiene de particular que el Sr. de Hillo, variándose el nombre y fingiendo el empaque de un señor aficionado á lo antiguo, se presente en la joyería de la calle de Milanese, y pida que se le muestre el abanico para comprarlo. Usted lo ve, lo examina por un lado y otro, mira bien el país, el varillaje, el clavillo, diciendo algo que revele al conocedor de estas cosas; elogia la perfección del trabajo de Lefebvre y el mérito de Lancret, pintor de la cabritilla...»

Traía después de esto la carta una prolija descripción del país, dando noticia de todas las figuras, de sus trajes, etc., y concluía: «Para que no se maraville mi Sr. D. Pedro de que tan bien conozca yo el abanico, le diré que lo he tenido en mi mano más de una vez, y lo he mirado y remirado... Vaya, lo diré todo: esa artística joya ha sido mía. La poseí dos años, sin que nadie lo supiera... Es decir, alguien lo supo; pero no Matura-

na... Una vez que usted la vea bien, pide precio, y cualquiera que sea, se descuelga con la muletilla de que le parece caro, y ofrece pensarlo. Después se hace mostrar perlas y diamantes, lo ve todo, y se retira diciendo que volverá. Al día siguiente vuelve, y manifiesta resueltamente y sin rodeos á la Zahón que le compra el abanico al precio propuesto, siempre que ella se comprometa á romper de una manera radical las relaciones de Fernando con la chiquilla de Negretti. Esta manera radical no puede ser otra que sacar de Madrid á esa loquinaria, y llevársela á Córdoba ó Cádiz, donde también tienen casa de comercio; pero de tal modo y con tal sigilo efectuada la salida, que no pueda Fernando saber á dónde se la llevan, ni, por tanto, pensar en seguirla. ¿Qué le parece, mi bondadoso capellán, este pensamiento mío? Si lo estima feliz, mañana, cuando salga la primera vez de su casa, sobre las diez, póngase el sombrero bien terciado al lado derecho, de modo que le caiga sobre la ceja... Si lo encuentra mal, colóquese el susodicho aparato tapa-cabezas en forma rectilínea, bien aplomado, el ala todo lo horizontal que sea posible.»

Salió Hillo al siguiente día con el sombrero bien derecho. Conceptuaba peligroso y contraproducente el recurso del abanico para avistarse con la Zahón; discurría que siendo ésta mujer avariciosa, y además muy ladina, si se le ofrecía dinero por el quebrantamiento de relaciones, vería en esta oferta el

reclamo de gentes poderosas. Era, pues, lógico que, encendida su ambición, pensara en afianzar las relaciones de los dos amantes antes que en destruirlas, ó bien pediría más, mucho más que el precio relativamente corto del histórico abanico. «Por esta vez —se decía Hillo,—no ha sido usted, mi señora incógnita, tan lista y perspicaz como de costumbre; y permítame que se lo exprese con el pensamiento, ya que de otro modo no pueda expresárselo... ¡En buena nos metíamos si esa mercachifle astuta llegara á entender que es Fernandito en el orden social persona muy distinta de lo que parece! Déjeme usted á mí, señora invisible, que ya me arreglaré yo para llegar al fin que todos deseamos.»

En efecto, tomadas de un platero de la Concepción Jerónima, amigo suyo, dos lecciones de arte del diamantista, y aprendidos cuatro terminachos, se fué á casa de la Zahón, y trató con ella, arrancándose á comprarle unos aljófares y media docena de *rosas*, todo ello de poco valor. En su segunda visita le habló del asunto con habilidad, enjaretando embustes muy sutiles, para llevar al ánimo de la corcovada sentimientos contrarios á los fines de Calpena. Harta ya Jacoba de un noviazgo que ninguna ventaja le traía, acabó de abominar de él con las tremendas cosas que D. Pedro le dijo, y se propuso tomar sin pérdida de momento las medidas necesarias para mandar á paseo al joven romántico, y quitarle de la cabeza á



la niña su desatinada pasión. Todo lo temía ya. Calpena, si le dejaban, consumaría el rapto de su *Julietta* con todo el salero, con toda la audacia de que ofrecían ejemplos mil las obras poéticas de aquel tiempo. Urgían, pues, resoluciones eficaces, perentorias; despedir á D. Fernando, y empaquetar á la chiquilla para Córdoba.

Un poquitín alborotada quedó la conciencia del buen presbítero después de su última conferencia con Jacoba, porque, en verdad, las atrocidades que allí soltó traspasaban quizás la medida de la intriga inocente. «¡Qué pensaría Fernando de mí — se dijo, andando taciturno hacia su casa, — si supiera que le he presentado como un desalmado hipócrita... si supiera ¡ay! que le supuse en connivencia con Luis Candelas, y otros eminentísimos ladrones!... Pero la buena voluntad me absuelve de esta triquiñuela, y Dios, que ve los corazones, sabe que en el mío no hay más que amor al bien, deseo de impedir el extravío de un ilustre caballero, llamado á grandes destinos... Creo que no sólo Dios, sino el mismo Fernando me absolverá cuando le haya pasado esta calentura... ¡Ah, y entonces los dos nos reiremos de los disparates, de las abominaciones que dije!...»

Y á la mañana siguiente le escribía la *velada*: «Antes de enterarme, por lo que me manifestó quien pudo observarlo, de la postura recta de su sombrero, Sr. de Hillo, señal de su desconformidad con lo que le propuse, ya había yo reconocido que anduve muy desca-

minada en aquel plan de comprar con el precio del abanico la liberación de Fernando. ¡Qué despropósito! ¡Cuánto me alegro de que usted opinara de distinto modo, según declaró su *góndola*!... Es que con el cavilar continuo, mi cabeza se pone á veces perdida, señor capellán, y si *dormitó el buen Homero*, como dicen ustedes los retóricos, ¿qué extraño es que no sólo dormite yo, sino que sueñe disparates? Despejada mi razón, he visto claro que si la diamantista huele dinero, estamos perdidos. Usted seguramente habrá imaginado y puesto en ejecución otros artificios por llegar al fin que anhelamos. Eso no quita que yo desee adquirir el abanico, y lo adquiriré, Dios mediante, cuando salgamos de este atolladero. No quiero que aquella preciosidad, que ya estuvo en mis manos, vaya á parar á otras, ni aun á las de la misma Reina. En este anhelo mío se manifiesta la mujer más de lo que yo quisiera, y quizás me vea usted frívola, caprichosa... Perdóneme, y cierro este paréntesis para decirle que no desmaye, que veo cercano el peligro. Si Fernando consigue apoderarse de Aura y desaparece, cualquiera les coge después... ¡Y si contrariados en sus amores, enloquecidos por la pasión, resuelven suicidarse juntos...! ¡Dios mío, qué horror! Crea usted que esta idea me persigue desde anoche... No duermo nada pensando en los distintos procedimientos de matarse que inventa el romanticismo, y que los malditos poetas han puesto de moda, infundiéndolos á la juventud exalta-

da, con el continuo ejemplo de dramas y novelas... Estemos alerta... y si hay vislumbres de suicidio mutuo, entonces, ¡ah! entonces no hay más remedio que transigir... Todo, todo, antes que ver morir á Fernando... Eso no, eso no... repito que eso no... Concluyo, mi señor capellán, advirtiéndole que en la logia de la plazuela del Carmen andan ahora en grandes peloteras. *Los libres* se desatan, y en su delirio, en la fiebre del motín y de la bullanga, ayudan á los estatuidas á derribar á Mendizábal... Los de la *moderación*, que se traen ahora un cierto tacto de codos con el absolutismo, se proponen no dar tiempo á *Don Juan y Medio* para la realización de su plan de reformas. Tiran á impedir que decrete la supresión de monacales y la venta de sus bienes, porque calculan que con los recursos de la enajenación se haría fuerte el hombre, rodeándose de un baluarte de plata y oro... ¡Y esos badulaques, esos patriotas exaltados no ven que son instrumento de los que abominan de la Libertad! ¡Siempre lo mismo!... Con que ya sabe: métase allá, y no vacile en ponerse al lado de los que alboroten en pro de Mendizábal. No nos conviene que caiga tan pronto D. Juan: lo necesitaremos más adelante, quizás muy pronto. Adiós, señor capellán; en sus oraciones no deje de encomendarme á Dios.»

## XXIX

Según atestiguan personas coetáneas de la Zahón, tanto se afectó ésta con las inquietudes y cavilaciones de aquellos días, que se le disminuyeron las jorobas, y la exaltación de su espíritu fué parte á mermar las graves pesadumbres de su cuerpo. Pero como otros autores afirman lo contrario, manifestando que las corcovas, y con ellas el dolor y tirantez de músculos, aumentaron horrorosamente, el narrador de estos sucesos cree obrar con prudencia quedándose en el justo medio entre tan opuestas aseveraciones, y así declara y establece que las protuberancias, los sufrimientos físicos y morales y el avinagrado genio de Jacoba Zahón, eran los mismos que en los días aquéllos del convite que abrió á Calpena las puertas de la casa.

Un día entero estuvo la diamantista rumiando una solución pronta y eficaz: escribió á su hijo, residente en Córdoba, ordenándole que viniese en su ayuda. Era urgente apartar de la familia al exaltado joven, á quien recibió y agasajó suponiendo en él secretos enlaces con damas poderosas y con ministros y personajes de gran viso. ¡Buen chasco le había dado el tal Fernandito, que

resultaba un triste y desamparado poeta, uno de tantos pelagatos del romanticismo, sin más fortuna que su melena y su enfática misantropía. Y lo mismo pensaba seguramente el Sr. de Mendizábal, que habiéndole sin duda colocado por intrigas de las logias, acababa de ponerle de patitas en la calle. Vivía el tal miserablemente en un cuchitril de la calle de las Urosas, entre ratones, poetas, comicastros, y quizás mujeres de mala estofa, y todo en él, su traza y su frascología, revelaba un presumido sin substancia, abandonado de Dios y de los hombres. ¡Fuera, pues; fuera D. Fernando... que no era bien comprometer el grandioso porvenir de la niña, ni arrojar á puercos las margaritas de la herencia de Negretti! Maturana, y otras personas á quienes consultó, opinaban del propio modo. ¡Fuera niños románticos, que no traían consigo más que desvaríos, barullo, hambre!

Aunque hacía días que la Zahón se esmeraba en manifestar al joven, ya con miradas desapacibles, ya con palabras ásperas, el desprecio que hacia él sentía, no le pareció bastante decisiva esta forma de romper amistades, y una tarde le espetó, con seca y rotunda frase, la orden de poner fin al visiteo: «La familia meditaba otros planes con respecto á Aurora; la familia tenía sobre sí la responsabilidad del porvenir de la huérfana de Negretti; la familia no necesitaba explicar á nadie el motivo de sus resoluciones; la familia...



—La familia de Aura soy yo,» dijo Fernando con noble ademán y firme convicción; y dicho esto se marchó altanero, no ciertamente como salen los que no piensan volver.

Pero á Jacoba se le figuró, en su desconocimiento de las humanas pasiones, que Fernando salía de su casa corrido, como si todas aquellas razones de la familia (y vuelta con la familia) hubieran convencido al romántico de la vanidad de sus pretensiones. Creyéndose, pues, victoriosa, ya no le faltaba más que llamar á la tontuela y echarle la rociada que preparado había para aterrarla y reducirla: «Aura, ven acá, Aura: ¿en dónde te metes que no acudes cuando te llamo? Ves que estoy baldadita, que no puedo moverme, y no vienes...»

Por fin apareció en la puerta, como alma del otro mundo, vaga en la forma, insensible el paso, la imagen de Aura, toda palidez en el rostro, en los ojos toda fuego, el pelo sencillamente recogido más que peinado; y antes que hablase la jorobada, le dijo con voz que parecía salir de algún hueco misterioso bajo el suelo de la habitación: «Mi familia es él...»

—¿Has oído lo que le dije, niña?

—Mi familia es él... yo no tengo más familia que él.

—Vete á tu cuarto, simple, y á la noche hablaremos, que ahora espero visita y no me conviene incomodarme... Si quieres tocar y cantar, puedes hacerlo; pero cierra la puerta.»

Desapareció Aura, y al poco rato llenaba toda la casa su voz tiernísima cantando *Assisa al pie d'un salice*. Entraron dos marchantes, y allá se entretuvieron largo rato con Doña Jacoba examinando piedras, dándose recíprocamente la jaqueca con el regateo de quilates y precios. Fuéronse ya muy tarde, llevándose aljófar, media docena de esmeraldas de las llamadas *aguamarinas*, y aflojaron dinero: oro, plata. Arrastrando su cuerpo, más bien que llevada por él, llegóse la Zahón á los armarios, guardó preciosos objetos, estuvo mediano rato dando vueltas y más vueltas de llaves, y con la misma lentitud pudo ganar el sillón, donde se apoltronó, hasta que Lopresti fué á anunciarle la cena. En el comedor la aguardaba una sopita de sémola y un plato de pescado frito. Viendo que Aura no acudía á la cena, y que su cubierto continuaba baldío, la señora dijo al maltés: «¿Y la niña?... Ya: ¿no quiere cenar *su alteza*?... Pues déjala, no la llames otra vez. Que coma música... Me importan poco sus rabietas... Era ya loca, y el maldito romanticismo me la ha trastornado más de lo que estaba. ¡Grande error ha sido! Pero se irá curando... ¡Qué remedio tiene más que someterse!... Con ayuda del tiempo y de la ausencia, me prometo ponerla como un guante. No me dé Dios más trabajo que éste...»

A poco de cenar la llamó. Continuaba la joven en el mismo desgaire, mal peinada, mal vestida, con un lindísimo *deshabillé* que marcaba sus incomparables líneas corpora-

les, hermosísima, toda blancura en traje, cara y manos, toda tinieblas en el pelo y en los ojos... el andar ligero, la mirada grave, pasiva, calmosa, fría como una espada cuando la clavaba en la Zahón.

«Siéntate á mi lado, hija mía—le dijo la corcovada, arrimando la silla más próxima,—y óyeme... ¿Qué? ¿No me has oído?... ¿Por qué estás ahí parada, inmóvil...? ¿Cómo quieres que hablemos con la mesa de por medio? Acércate más... Bueno, hija, te empeñas en hacer la fantasma y nada tengo que decirte. Tú te cansarás... De verte así, tan callada, me entra sueño... y sueño me da también esa quietud con que me miras... En fin, si no quieres hablar, tendrás que oirme, porque no dormiría yo tranquila esta noche si no te dijese que ese falso duque y trovador de filfa no entra más en mi casa. Nos hemos equivocado, hemos estado en Babia. Acabarás por convencerte de dos cosas; digo, de tres; de tres, hija mía. La primera es que nada de lo que yo disponga puede ser contrario á tu felicidad: con razón se ha dicho «quien bien te quiere... etcétera.» La segunda, que te conviene, por tu salud corporal y del alma... te conviene, repito, tomar aires, salir de Madrid... y para esto, niña, para llevarte y cuidar de tí, viene mi hijo... le espero mañana... Y la tercera cosa es que encontrarás, no á docenas, sino á miles, galanes de más mérito y de más enjundia que ese tontaina de Fernandito, que no es más que un pobre pájaro aburrido, tan vacío de mollera

como de bolsa... ¿No respondes? ¿Te vas convenciendo?... Parece que te has vuelto tonta... Aura, por Dios, da sueño mirarte...»

Sin responder nada, Aura se fué con lento paso, y Jacoba permaneció un instante con los ojos fijos en la puerta por donde se había ido. Puso atención después, aplicando la oreja... pero nada oyó: ni ruido de pisadas, ni llanto, ni voz alguna.

«Cayetano—dijo después la señora, apartando de Aura su atención,—tráeme eso, y acerca más la luz.»

Púsole delante Lopresti el tintero de cobre con polvorera, y la negra carpeta sebosa donde la señora escribía. De ella sacó la jobada un pliego de buen papel, escrito ya en dos y media de sus carillas, y aproximado el quinqué y bien atizada la mecha, continuó su obra interrumpida, trazando con lentitud y vacilante pulso los caracteres, hasta que llegó al fin, y puso la firma y rúbrica. Leyó cuidadosamente toda la carta, salpicando las comas donde le parecía, arreglando algún trazo de letra torcido, ó haciendo leves enmiendas que no afearan la escritura, y bien regado el papel de polvos abundantes, se entretuvo en doblarlo y cerrarlo con prolijo esmero, y extendió al fin despacio, letra por letra, el sobrescrito: *Excelentísimo Sr. D. Juan Alvarez de Mendizábal, Ministro.*

Muy satisfecha debió de quedar de su obra, porque sus ojos se animaban, sus labios se movían, hablando para sí, silenciosos, y aca-

riciaba la carta entre sus finísimos y blancos dedos... Pasado un rato de meditación, intentó ponerse en movimiento. «Lopresti, ven, que no puedo levantarme, ¡ay, ay, ay! Cógeme por la cintura... con cuidadito... ¿Y esa?

—En su cuarto...

—Déjala... Se pasará toda la noche lloviendo, y mañana estará más tranquila... Que llueva, que llueva..., para que el alma se descargue de nubarrones... Vete á ver si duermes.

—Me parece que sí... No siento nada,—dijo el maltés, volviendo de su inspección, que sólo duró un par de minutos.

—Pues vamos... sostenme bien, que me caigo... ¿Has cerrado todo... has apagado la lumbre?... En seguida que yo me acueste... ya sabes, te traes aquí una manta, y te acuestas en el sofá de paja, para que estés toda la noche al cuidado. Deja encendida la luz... Como tienes el sueño ligero, no se moverá un ratón en la casa sin que tú lo sientas... Clavadas como están las maderas de todos los balcones, me parece que tenemos completa seguridad... Yo me caigo de sueño...»

Dejóla el buen Cayetano en su alcoba, donde se acostó vestida, bien cubierta de mantas. Una candelilla de aceite dentro de un vaso le daba la claridad suficiente para no estar en tinieblas. Entre la lana oscura, lucía el lívido rostro de María Antonieta guillotizada, y no viéndose configuración de



cuerpo, sino un informe bulto, podía creerse que Doña Jacoba no era más que una cabeza colocada al azar sobre montones de trapos.

Transcurrió más de una hora sin que Lopresti, tumbado en el sofá del comedor, conforme á las órdenes de su señora, observase novedad en la casa, ni oyese ruido alguno. Los de la calle, sonar de relojes distantes, pasos de transeuntes, rumor de alguna pendencia, rodar de carros, quedábanse fuera, y no había para qué poner atención en ellos. A las once y media comenzó el roncar suave de la Zahón, que luego fué en aumento, con notas aflautadas y acordes graves, que infundirían pavor á quien no estuviese acostumbrado á oírlos. Lopresti se adormiló un rato, al son de aquella tan conocida música; pero le despertó algo que no era ruido... un presentimiento no más, tal vez una idea.

Dudó un momento si le engañaban sus ojos, ó si era, en efecto, la propia persona de Aura aquella imagen que veía, avanzando cautelosa, deslizándose ante la pared del comedor como proyección de linterna mágica. La mesa interpuesta impedíale ver la mitad inferior de la figura... Traía una luz en la mano izquierda, y con la otra apretaba contra el pecho un objeto que no se distinguía fácilmente... ¡Vaya si era Aura! ¿Pues quién podía ser más que ella? «Esta madamita está loca, ó es sonámbula,» pensó el maltés. Pero esta última presunción no se confirmó, porque la joven fijó en Lopresti su ardiente mirada, y luego fué hacia él indecisa, andando

y deteniéndose por segundos. A medida que se acercaba, iba perdiendo aquel aspecto de *Lady Macbeth* con que se apareció á los encandilados ojos del fámulo. Dejó sobre la mesa la luz que traía, y miró espantada á la puerta por donde los furibundos ronquidos de la Zahón llegaban al comedor. Eran el propio sér de la diamantista manifiesto en el sonido.

Lo primero que hizo Lopresti al tener á la señorita al alcance de sus manos, fué tratar de quitarle de la mano derecha un largo y afilado cuchillo que con ella vigorosamente empuñaba: era el cuchillo de la cocina. «Déjame, déjame, Cayetano...—dijo Aura con voz ahogada, defendiendo el arma con toda la fuerza que desplegar podía.—Esta noche la mato, la mato... Déjame.»

Al pronunciar el último *déjame*, ya Lopresti le había quitado el cuchillo. Aura se sentó, y poniendo los codos sobre la mesa y la cara entre las palmas de las manos, rompió á llorar.

«Eso de matar es cosa mala, señora doña Aurorita; cosa mala casi siempre, y, en todo caso, no es obra para mujeres.

—Si que la mato—reiteró Aura, pasando bruscamente de la sensibilidad al insano furor homicida.—Dame el cuchillo, Cayetano; dámelo, y verás... ¿Para qué vive ese monstruo, ni qué falta hace en el mundo? Es un bien que yo le quite la vida, que para nada sirve. ¿No quiere ella matarme á mí? Pues véala yo muerta antes de morirme.

—No, no—dijo Lopresti escondiendo el cuchillo:—el matar es cosa fea y sucia. Se manchará de sangre la señorita, y esas manchas de sangre no se las quitará nunca, por más que se lave...»

Vuelta á la llorera y á la aflicción intensísima. «Mira tú, Cayetano: cuando hice intención de matarla y fui por el cuchillo, estaba yo tan decidida, que ya me parecía ver á Jacoba delante de mí, espirando... sin derramar sangre, porque no la tiene... Yo la mataba de un golpe, así... y le decía: «Villana mujer, ¿por qué quieres asesinar mi alma, matarnos á los dos de pena, de desesperación? Pues muérete ahora rabiando, y vete á donde puedas desplegar toda tu infamia, toda tu avaricia, toda tu maldad hipócrita: al Infierno...»

Al decir esto, Aura apretaba los dientes; sus ojos despedían llamas, y accionaba fieramente con el puño cerrado. Los ronquidos de Jacoba eran en aquel instante de una intensidad aterradora.

«Y al entrar aquí—prosiguió la Negretti, —pensaba yo que me sería muy difícil rematarla... ¿Quién hace pasar de la vida á la muerte todo aquel cuerpo lleno de jorobas? Sería preciso un hacha, ¿verdad, Cayetano...? Porque nada adelantábamos con querer darle en el corazón, porque no lo tiene... Sólo conseguiría yo matarle una ó dos jorobas... ¡y ella siempre viva!... Es muy grande esa mujer... Hay en ella mujeres muchas, una dentro de otra, y todas malas, muy ma-

las, á cual peor... Matas una, y siempre queda mujer, ó demonio, para martirizarme y volverme loca... Sí, sí, tienes razón: mejor es que no la mate... ¿A qué, si ha de morir pronto?... Le haremos un buen entierro, Cayetano, y le meteremos en la caja todos sus diamantes, perlas y rubíes para que se vaya contenta.

—Eso no, carambito... Quédense las piedras acá... En la otra vida no sirven más que para hacer peso en el que las lleva y no dejar que se salve...

—Esta no se salva ni con peso ni sin él... En el Infierno le recamarán el cuerpo con carbones encendidos, y le darán á comer esmeraldas fundidas, calentitas, y por cada ojo le meterán brillantes tallados en pico...»

Con esto se iba tranquilizando la pobre Aura, y empezaba á sentir calmado el horrendo desvarío, repercusión insana del amor en su caldeado cerebro. Pasábase la mano por su frente ardorosa y por toda la cabeza, sentándose el pelo, y con aquellos pases diríase que se suavizaba su furia y se dispersaban las ideas de exterminio.

«¿Pero quién es esta mujer maldita—dijo en tono más humano,—para querer tiranizarme á mí, para imponerme su voluntad? ¡Si yo no tengo por qué obedecerla, si no es madre, ni tía siquiera, ni nada! Bueno que su marido, si viviera, me mandase... Pero ésta, este galápago codicioso, ¿por qué se mete á decidir de mi suerte? ¿Qué razón hay para que no la decida yo misma?... ¡Ah, qué des-

graciada soy, y qué bien haría Dios en quitarme la vida esta noche, á mí y á Fernando juntos, pues ni morirme... mira tú, ni morirme quiero sin él!...»

Rompió en lágrimas amargas, y Lopresti, en el colmo de la compasión, no acertaba á darle consuelo. «Sí, sí—dijo Aura bebiéndose su llanto,—mañana moriremos los dos... Lo hemos decidido y lo haremos... Cuando es imposible la vida juntos, el morir unidos es un bien, un gozo... Nuestras almas subirán abrazadas al cielo, y abrazadas estarán por toda la eternidad... Mañana, mañana mismo; ni un día más...

—¡Morirse, matarse... cosa fea!—exclamó el maltés con el más agudo registro de su voz mujeril.—Mala es esta vida; pero... ¿y si la otra es peor? Nadie ha vuelto para decirlo... Verdaderamente que hay vidas aquí tan arrastradas, que le dan á uno ganas de arrojárselas á la muerte... Pero usted, señorita Aurora, y el Sr. D. Fernando, no están de muerte... todavía... ¡Pues si yo fuera él, si yo fuera usted, cualquier día me mataba! ¡Él tan guapo, usted tan hermosa...! ¡Ay, quién fuera ustedes'!...»

Y pasando de la compasión de sí mismo á la suprema piedad por los dos amantes, arrió más su silla á la de Aurora, bajó la voz todo lo que permitía el estruendo de los ronquidos del ama, y dijo: «A la niña le pasan estas amarguras porque quiere. Cierito que Doña Jacoba no debe imperar en usted. Manda porque la dejan. La autoridad no la tie-



ne ella, la tiene otro que está más arriba; mucho más arriba... En fin, mi Doña Aurorita saldría del despotismo de este *coco* si hiciera caso de mí... Usted no discurre, señorita; yo sí... Usted no tiene más que amor, amor y venga más amor, y yo calculo...

—¿Qué calculas tú?... ¿Piensas lo que á mí pueda interesarme? —preguntó Aurora tardando mucho en comprender la idea del maltés.

—Ayer tarde, cuando usted se emperrió á llorar, después de lo que la señora le dijo, yo, desde aquel rincón, le hacía á usted señas para que no se apurase... y tuviera calma y hablara conmigo. Yo calculaba... Porque no ha de ser todo amor... es preciso cálculo, señorita, cálculo.

—Que me muera ahora mismo si te entiendo.

—Quise entrar en su cuarto con el aquel de llevarle una taza de tila; pero la niña se había encerrado por dentro, y, naturalmente, no entré... Pues si me hubiera dejado entrar, le hubiera dicho lo que yo calculaba, lo que voy á decirle ahora para que se sosiegue y tenga esperanza de salvación... ¡Qué! ¿Por qué me come con los ojos?... Ahora se lo digo; pero prométame antes hacer lo que yo aconseje...»

Diciendo esto, le acercaba el tintero y le ponía delante la carpeta en que había escrito la Zahón: «Tonto, más que tonto. ¿Me mandas que le escriba? Si ya lo hice esta tarde, diciéndole que sí, que nos mataría-

mos, que preparase todo... ¿No llevaste la carta?

—Chitón... aquí no se habla... Ha prometido la señorita hacer lo que yo mande. En guardia. Aquí tiene papel, pluma... Cójala y escriba lo que yo le diga.

—¿Pero á quién?...

—Ponga... clarito... con buena letra: *Señor D. Juan Alvarez Mendizábal...*»

Absorta le miró Aura, posesionándose en un instante de las ideas que bullían en el cerebro del maltés, y lanzó una exclamación de gozo, como el que, perdido en tenebrosa noche, ve de súbito la luz que ha de guiarle.

«¡Qué gran idea, Cayetano!... ¡qué gran idea! ¿Lo has cavilado tú?... ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Si los enamorados, en vez de pensar en la muerte, calcularan... Pero ¿qué han de calcular, si están locos?...

—Es verdad. ¡Qué gran idea! ¡Dios mío, qué alegría, qué esperanza!... ¿A quién he de pedir amparo más que al grande amigo de mi padre... al que...?

—Doña Jacoba le ha escrito también esta noche.

—¿Qué me cuentas?...

—No importa. Puede que el *Excelentísimo* reciba la carta de usted antes que la de ella. Eso es cosa mía. El *coco* manda su carta por Milagro. La de la señorita la mandaré yo por Méndez, mi amigo Méndez, portero en Hacienda. Vamos, vamos, no perder tiempo.

—¿Y qué le digo?... Cayetano, yo que

acabo de estar loca, que casi lo estoy todavía, no acierto á discurrir nada.

—Ponga... *Señor, ó Excelentísimo señor: soy la hija de Jenaro Negretti...* Así, empezar con un golpe bueno: *soy la hija de Negretti, y...*

—Y...

—Y... ahora vaya poniendo todito lo que le pasa.»

Meditó la huérfana un rato, mordiendo las barbas de la pluma, y no tardó en sentir la inundación de ideas en su cerebro, de que eran señal segura la coloración de sus mejillas y el júbilo que flameaba en sus hermosísimos ojos...

«Ya, ya... No necesitas dictarme, Cayetano. Ya calculo... ya sé lo que tengo que decir.»

Y escribió con más inspiración que soltura, sin quitar los ojos del papel, haciendo con sus labios unos hociquitos muy monos.

## XXX

No se abatía con los reveses el animoso espíritu de D. Juan Alvarez, ni por un tropiezo parlamentario, ó por la defección de media docena de amigos á quienes tuvo por incondicionales, dejaba de creer que su buena estrella triunfaría de todo, llevándole al

cumplimiento de las promesas hechas á la Nación. La confianza en sí mismo no le abandonaba nunca. Formábanla el conocimiento de las energías que atesoraba su voluntad, y los recuerdos de sus éxitos anteriores, todo ello amalgamado con un poquito de soberbia. En su gigantesca estatura, que dominaba los cuerpecillos de sus compañeros de Estatuto, como el alto ciprés á los helechos humildes, veía un simbolismo de la supremacía de su voluntad. Fe ciega tenía en su entendimiento, más fecundo en recursos sagaces, en mañosos ardides que en concepciones hondas. Verdad que la política de entonces, como la de ahora, no era terreno propio para lucir las supremas dotes de la inteligencia: era un arte de triquiñuelas y de marrullerías. En la oposición sí desplegaban los políticos una ideación fastuosa, con carácter teórico, que deslumbraba á los papanatas del partido y á la parte de opinión neutral que toma en serio las batallas oratorias, comunmente sin sacar nada en limpio de ellas; pero gobernando no eran más que unos pobres caciques, unos manipuladores más ó menos hábiles del teclado de la cosa pública, en pro de intereses siempre inferiores á los supremos de la Nación.

Cierto que Mendizábal tuvo alguna idea grande, y que su ambición, en vez de limitarse, como la de otros, á prolongar todo lo posible las maniobras caciquiles, picaba en los altos fines nacionales; pero no le asistió la inteligencia en proporción de la magnitud

de su deseo. Buena es la fecundidad en arbitrios, buenos el ingenio y la travesura; pero el perfecto hombre de Estado, *rara avis*, debe unir á tales dotes otras de carácter sintético. La vista de Mendizábal solía percibir los remotos ideales; pero no discernía bien el camino para llegar á ellos, no poseía la completa y audaz visión del hombre de Estado, el cual necesita saber mirar, sin cegarse, lo mismo al sol que al polvo.

Las trapatiestas parlamentarias de la ley electoral, que terminaron con la derrota de D. Juan de Dios, y el compromiso de proponer á la Reina la disolucion de los Estamentos, quebrantaron los ánimos del primer Ministro. Verdad que la batalla había sido ruda. La cuestión electoral fué entregada sin detenido estudio á las iniciativas de una ponencia, compuesta de cinco Procuradores mal elegidos. Todo era desconcierto, imprevisión, ignorancia de los metodos de gobernar. Salió, pues, un grande cien-piés, que veían con gozo los moderados. En el partido de Mendizábal no faltaba gente práctica; pero no supo ó no quiso prestarle ayuda, ilustrándole en el procedimiento parlamentario para sacar adelante las leyes, y el hombre pasó las de Caín en una mortal semana de estériles y rencorosos debates. Sobre si la elección debía ser directa ó indirecta, por provincias ó por distritos, sobre si se daría ó no voto á las capacidades, estuvieron aquellos hombres, como locos, agotando toda la retórica insubstancial que viene siendo la



función abusiva de los cerebros políticos, y ha concluído por esterilizarlos.

No tuvo más remedio el Jefe del Gabinete, al término de esta desdichada campaña, que disolver los Estamentos. La Reina no le puso obstáculo, y Próceres y Procuradores fueron mandados á sus casas. En la brega perdió *D. Juan y Medio* la amistad de sus dos más ardientes defensores, Istúriz y Alcalá Galiano, en quienes ya, desde Diciembre, se columbraban las ganitas de formar rancho aparte; juego escénico que ha llegado á constituir el resorte más rutinario y más amañado de nuestra fastidiosa comedia política. Aunque á Mendizábal le llegó al alma esta defección, no por eso se acobardó, y aún soñaba con que el nuevo Estamento le proporcionaría medios eficaces de realizar sus grandes propósitos. Pero si no desmayaba en sus alientos y ambiciones, físicamente se sentía fatigado, pues la tarea de los últimos días de Enero y de los comienzos de Febrero fué para rendir á un gigante. Bien se le traslucía el cansancio en la palidez del rostro, y también en la inclinación de su cuerpo, ya no tan espigado como cuando nos vino de Inglaterra radiante de esperanzas. El buen señor propendía más á la meditación; gustaba de la soledad, donde pudiese ahondar en los graves problemas que la realidad le ofrecía; mostraba menos confianza en las personas circunstantes, y un poquito de asco de la adulación, de aquel incienso continuo con que algunos se recomendaban á su benevo-

lencia. En tal situación moral y física le encontramos una noche en su despacho, á hora muy alta de la noche, engolfado en diversos asuntos apremiantes, queriendo resolverlos todos, y aplicando desordenadamente su atención á éste y al otro con voluble inquietud. Había comido en casa de Seoane, retirándose después á su Ministerio con varios amigos, á quienes despidió para poder trabajar. Deslizábase el tiempo entre la actividad febril y súbitas caídas en la sima de la meditación. Escribía, soltaba la pluma, revolvía papeles. Su pensamiento iba de un asunto á otro, ondulante, vagabundo, como mariposa que no sabe en qué flor quedarse. A lo mejor se posaba en una idea y en ella permanecía, perdiéndose en un discurrir opaco, dulce imaginar que casi tocaba en la somnolencia.

«Este Córdova... este Córdova...—decía entre dientes escribiendo al General en jefe del ejército del Norte.—¿Será cierto que es la clave de la situación? ¿Será cierto que vivimos en el Gobierno porque nos tolera, y que moriremos cuando se canse de vernos vivos?» Y luego escribía, interrumpiéndose á menudo para pensar los conceptos, cosa nueva en él, pues comunmente enjaretaba un largo escrito, como el buen nadador que aguanta mucho tiempo en las profundidades sin tomar aliento. Antes de terminar la carta al General, la dejó para leer párrafos de otras ya leídas, que quería recordar... Y de pronto contemplaba con vago mirar un montoncito de cartas que aún no habían sido abiertas:

las removía, se fijaba en los sobrescritos... Apareció de pronto un portero con dos más, y al poco rato volvió con otra que dejó sobre la mesa, sin que el señor Ministro se dignara mirarla.

Cerrando por fin los pliegos para Córdova, cayó la mente de D. Juan en un sombrío bache de ideas que le tuvieron suspenso, fija la vista en los diferentes papeles que en la mesa había, sin ver nada. He aquí lo que pensaba: «Olózaga acaba de decírmelo, y no me decido á creerlo... En Palacio están hartos de mí... estoy caído ya... Gobierno aún porque no han encontrado el modo, decoroso para ellos, de ponerme en la calle... Esto no puede ser. Olózaga es muy mal pensado, y tiene en la masa de la sangre el odio á los Borbones... La Reina me ha recibido hoy con visibles muestras de aprecio... ¿Pero quién se fía...? Será ó no será sincera... ¡Dichosos reyes!... y nosotros medio locos aquí por defenderles, por sostenerles en el trono; nosotros muriendo para que ellos vivan... No, no es verdad que esté acordada mi caída, ni mi sustitución por Córdova ó Martínez de la Rosa. Creo en la lealtad de Córdova... que en su última carta, concretándose á cosas militares, nada me dice de política... En Martínez lo creo... de Toreno todo lo temo; los fabricantes del Estatuto se mueren de tristeza lejos del poder... Los señoritos esos de la *suprema inteligencia* no acaban de persuadirse de que el país no existe exclusivamente para ellos... El país, *señores del Anillo*, no es

un fraque hecho á vuestra medida... el país...» Estimulado al trabajo por un aguijonazo de su voluntad, pasó la vista por otra carta, y quiso contestarla; pero no tardó en distraerse de nuevo, pensando: «Debe de estar en lo cierto Olózaga... Como que me lo ha dicho también Seoane... El Sr. D. Fernando Muñoz, á quien Romero Alpuente llama con mucha gracia *Fernando Octavo*, no se recata para hablar pestes de mí: me llama *déspota*, y á Castroterreño le dijo que yo soy un *Calígula*... ¡Calígula!... Este buen señor sabe menos historia que yo. ¡Llamarme Calígula porque me apoyo en la voluntad del pueblo, porque me inflama el amor del pueblo, porque con y para el pueblo me propongo llevar hasta el fin mis planes...! Aguártese usted un poco, Sr. Muñoz, buen caballero y amigo mío. Gusta usted, según dicen, de acercarse á los corrillos de las tertulias aristocráticas y palatinas, y aplicar el oído y enterarse de lo que charlan, para dar traslado *al Ama*, como usted dice... Pues lléguele usted aquí y dígame esto que el *Ama* debe saber... Juan Alvarez Mendizábal ha caído en desgracia porque no quiere la cooperación francesa para terminar la guerra, porque no accede ni accederá á que *Palacio* nos traiga acá otro Duque de Angulema, que es lo que allí pretenden...» Rápidamente giraba de un punto á otro su pensamiento... La memoria le punzaba, haciendo dar á su atención un salto atrás. «Se me olvidó decir á Córdova que no deje de poner

diez mil bayonetas en el Baztán... explicar-le los motivos por que prefiero la intervención inglesa á la francesa...» Y no tardó en enlazar esta idea con otra: «Williers me apoya, Williers no me falta. Bien claro me lo dijo anoche, añadiendo que no recele de Córdoba. Él y Córdoba son uña y carne. Se escriben todos los días... Pero me decía en París mi amigo Maury, el poeta, que no me fie nunca de los diplomáticos. Esta noche, charlando en casa de Seoane, dijo aquel joven, secretario que fué de Ofalia, no recuerdo su nombre... dijo que Williers juega con dos cartas... Yo no hice caso... Confío en Williers. Su apoyo es sincero. ¡Que no tenga uno, en esta posición, un lente milagroso para ver las almas, para ver el pensamiento de los que nos hablan!»

Y divagando siempre, encontróse frente *al Ama*, y le dijo: «Señora Ama, para que Vuestra Majestad se ahorre el pretexto de que no hago nada, voy á demostrar ahora que no quiero que la posteridad ignore quién ha sido Mendizábal... Todo lo paso, menos que los niños de las escuelas, dentro de cincuenta años, pregunten: «¿Quién fué ese Mendizábal?...» Buscó en la mesa un papel que le habían traído poco antes para que lo examinara, por si deseaba corregir algo en él, y no hallándolo tan fácilmente como creía, se impacientó. «...Es mucho cuento... ¡Si lo tuve en mi mano hace dos minutos...! ¡Ah, no me negará la señora Reina que está influida por el Embajador de Fran-



cia...! Menudean las cartas del hijo de *Igualdad*... ¡Francia, Francia! de allí ha venido siempre la perdición de nuestros Reyes borbónicos... ¡Francia...! ¿Pero dónde lo he puesto, Señor...? y de los de acá, Martínez es el inspirador de Vuestra Majestad. Reconozco lealmente que Martínez es un hombre honrado... pero... padre del Estatuto, le molesta que mi personalidad anule su personalidad... Yo no he fabricado Estatutos; pero sé hacer países... yo no soy poeta; pero soy hacendista, y en este momento voy á cantar una oda, que no le cabe en la cabeza al Sr. Martínez... porque yo, Sr. Martínez, no sabré latín; pero sé... ¡Ah! aquí está... ¿Pero dónde te habías metido, papel? ¿Quién te puso en este montoncito de las cartas de mujeres?...»

Fijó su atención en el largo escrito, y leyó cuidadosamente, recreándose en cada párrafo, en cada palabra, en cada letra. El preámbulo era frío, despiadado, cruel. El artículo 1.º, semejante á una inmensa hoz, decía con aterrador laconismo: «Quedan suprimidos todos los Monasterios, Conventos, Colegios, Congregaciones y demás casas de Comunidad ó de instituto religioso de varones, incluso las de clérigos regulares y las de las cuatro Ordenes militares existentes en la Península, islas adyacentes y posesiones de España en Africa...»

Continuando la detenida lectura, algo hubo de encontrar en el artículo 5.º que no le gustaba. Trazó la enmienda entre líneas, y después de borrar y escribir de nuevo al

margén, tiró de la campanilla. A poco de penetrar el portero y de recibir una breve orden del Ministro, presentóse un señor de mezquina estatura, con anteojos de oro sobre el huesudo caballete de su nariz de trompa; traía en la mano un papel semejante al que D. Juan de Dios acababa de leer.

«Mire usted, Sánchez,—le dijo el Ministro dándole el decreto,—hay que modificar la disposición referente á los conventos de monjas que deben quedar. No están claras las atribuciones de las Juntas que han de determinar el número de religiosas... Prevengamos las malas interpretaciones, los abusos. Vea usted cómo he redactado el párrafo segundo del artículo 5.º... Ponerlo todo en limpio y que lo vea Argüelles... Ese otro decreto (el que Sánchez le traía recién copiado), no necesita más enmienda. Perfectamente claro y preciso...» Recreóse también en su texto, friamente ejecutivo, revolucionario. Como quien no rompe un plato, el artículo 1.º decía: «Quedan declarados en venta, desde ahora, todos los bienes raíces de cualquier clase que hubiesen pertenecido á las Comunidades y Corporaciones religiosas extinguidas, y los demás que hayan sido adjudicados á la nación por cualquier título ó motivo, y también los que en adelante lo fueren, desde el acto de su adjudicación.»

«¿No tenemos ya nada que corregir aquí?» —preguntó el de la aventajada nariz.

—Absolutamente nada.

—¿De modo que...?

—A la *Gaceta* con él...

—¡A la *Gaceta*!—replicó el funcionario, recogiendo de manos de su jefe el terrible documento.

—Daremos el otro dentro de unos días... Me lo trae usted mañana, puesto en limpio... Y ahora... Media noche ya... pueden ustedes retirarse... Yo me quedaré un rato más examinando esta correspondencia... Que se aguarde Milagro.»

Volvió á quedarse solo; y tan grande excitación sentía, que tuvo que espaciar sus ideas y sacudir sus nervios, paseándose de largo á largo en la vasta pieza. «¡Para que digan que no hago nada!... ¡Qué revolución, qué colosal sacudimiento!... Entrego á la clase media... *cuatro mil millones*... ¿qué digo? más, mucho más.» Volvió á la mesa, y rápidamente trazó algunos números... «*Seis, siete mil millones*, y aún me quedo corto...» Mirando al espacio, quedóse como en un embeleso dulce ó embriaguez financiera... Su mente se lanzaba á las presunciones del porvenir, nadando en un océano tan revuelto como profundo, con olas de cifras cada vez más hinchadas...

## XXXI

Otra vez en su mesa el Sr. D. Juan, incansable, desvelado..... Adquirida la costumbre de trasnochar, no le apuntaba el sueño hasta la madrugada. En las altas horas de la noche sentía sus facultades más claras, su ingenio más agudo, y extraordinariamente aumentada su fecundidad de recursos expeditivos, de mañosas tretas, para escamotear las dificultades antes que para vencerlas.

«Que venga Milagro;» y al punto se presentó el buen D. José con varias cartas á la firma. Firmó Mendizábal, y entregó cuatro más que requerían contestación. Eran todas referentes á negocios electorales. Este pedía la procuración para sí; aquél para su pariente ó amigo. Quien solicitaba humildemente; quien reclamaba con soberbia mal envuelta en cortesía, alegando servicios á la Libertad y una larga historia bullanguera. A unos se les contestaba con el *perdone, hermano*; á otros se ofrecían esperanzas bien rebozaditas, y ciertos y determinados nombres sacaban tajada, seguridades de éxito.

«Oiga usted, Milagro—dijo Su Excelencia cuando ya el funcionario se retiraba,—hágame el favor de manifestar á su amiga de usted, á esa cansada Zahón, que no puede ser

y que no puede ser... En una larga carta muy difusa, que no he podido leer entera... me pide un desatino tal, que le contestaría con un puntapié si estuviera yo en otra posición... Pero diga usted, ¿es loca esa mujer?

—Me parece que sí... Abusa horrorosamente del *curaçao*.

—Ya... Pues le dice usted que no me maree mas... No le contesto por escrito porque tendría que tratarla con dureza... y puede añadir que ya sé el paradero del tío de Aurorita, Ildefonso Negretti, y que le escribiré un día de éstos para que venga á hacerse cargo de su sobrina. No quiero que esa pobre niña permanezca más tiempo en poder de la Zakhón... ¿Y qué?... No sé quién me ha dicho que es hermosa.

—Hermosa es poco decir; es divina, señor... pero tan romántica, que no hay quien pueda con ella. Mejor estará con su tío que con Doña Jacoba.»

Otra vez solo, engolfado el pensamiento en el maremagnum político: «Traeré un Estamento á mi gusto... La ingratitud de Galiano, la envidia de Istúriz no prevalecerán... Yo no miro más que á la libertad, que deseo afianzar; á la guerra, que quiero concluir á todo trance; al país, á esta infeliz patria devorada por las malas pasiones, por tantos odios... pobre, sumida en la ignorancia... ¡Triste herencia la del tal D. Fernando VII! Si este señor hubiera sido de otra condición, ¡qué bien estaríamos!... Quizás podría yo ahora desarrollar tranquilamente mi pensamien-



to, madurarlo bien... Con estas prisas, allá va todo como Dios quiere... ¡Qué lástima, Señor, qué lástima!... Porque tiene razón Caballero. ¡Cuánto mejor, en política y economía, repartir al pueblo esta masa de bienes en vez de sacarlos al mercado! ¿La parte de deuda que se amortiza vale más ó vale menos que los intereses territoriales que podrían crearse con ese reparto, hecho juiciosamente? ¿Es preferible el crédito circunstancial, para encontrar quien preste, á las ventajas futuras de la buena distribución del terreno?... ¿Y qué decir de los abusos que en las subastas pueden cometerse?... Resultará que los caciques de los pueblos, la clase bur-sátil, los que poseen ya una mediana fortuna, adquirirán bienes considerables pagándolos á largos plazos con el mismo producto de las tierras... Y en tanto el pueblo agricultor y laborioso, no podrá adquirir propiedad... ¡Si lo he pensado, Señor, si lo he pensado!... ¡Pero no le dan á uno tiempo para nada!... ¡Esta política, esta vida...! No es posible, no es posible. Que venga aquí el *Sursum corda*, y se volverá para arriba, para el Cielo, sin haber hecho nada. ¡Vivir al día, defenderse hoy de las asechanzas de mañana, temblando siempre, sin hora segura... y tener que sufrir una descarga cerrada de discursos...! ¡Las dichas polémicas, los malditos abogados...! Y menos mal si uno contara con tener bien cubiertas las espaldas... ¡Pero si *Palacio* le pone á usted en la calle el mejor día, como á un criado...! ¡Ah! Con esta

inseguridad, con esta zozobra, ¿qué planes, ni qué reformas, ni qué soluciones grandes son posibles? Esto es un vértigo, dar quiebras al enemigo, agarrar el poder con las dos manos, sujetarlo además con los dientes para que los de allá no nos lo quiten... No puede ser, no puede ser... Pero Mendizábal no se va sin realizar algo, ya que no toda la grande obra, y le dice al país: te he quitado *treinta y seis mil frailes y diez y siete mil monjas*; te doy *cuatro mil millones, seis mil*, para que empieces á formar un conglomerado social, fuerte y poderoso... De mogollón lo hago... No me dan tiempo para más. Luego, Dios dirá...»

Cambio repentino de ideas: «Se me olvidaba... Tengo que decir á Córdova que irá la remesa de zapatos la semana que viene... y dos millones en metálico. Lo apuntaré en la pizarra, para que no se escape de la memoria... ¡Ya se ve... con tal diversidad de asuntos!... ¡Pero este Córdova!... El eterno enigma: si la Reina le llama para que forme Ministerio, como cuentan por ahí, tratará de enjaretar una situación mixta, combinando las fuerzas moderadas con las liberales... En este caso, yo le ayudaría... ¡Pero si no puede ser; si es todo un puro embuste de los periódicos, y de esa turbamulta de desocupados que hormiguan en este pueblo chismoso y novelero! Córdova me dice que no se cuente con él para nada que sea política... Y en su alocución al Ejército, bien claro lo expresa... Va uno haciéndose, insensiblemente, á

no creer nada, á considerar toda palabra de hombre... ó mujer, como un ruido del viento, como el gotear de la lluvia... Veremos grandes cosas. El nuevo Estamento nos traerá batallas formidables. ¡Hablar, hablar y siempre hablar! Señor, en aquel Parlamento inglés es otra cosa: discuten y votan el mensaje en un día. Son mal mirados los oradores galanos que van á lucirse, y los abogados indigestos y sofisticos... Debo decir también á Córdova que corre una especie saladísima: los Grandes de España le proponen para formar Gabinete... ¿Quién meterá á los Grandes en camisa de once varas?... ¡Ah! También le contaré lo que anda diciendo por ahí *D. Fernando octavo*... que la Corte se trasladará á Burgos, para estar más cerca del Ejército... ¡Qué tontería!... No creo que el *Ama* participe del cervical miedo de sus cortesanos.» (Nuevo trazado taquigráfico en la pizarra.)

Puso la mano sobre un montoncillo de cartas, algunas de las cuales aún no estaban abiertas. Diríase que una de ellas se pegó á sus dedos. La cogió maquinalmente, y empezó á leer por el medio: «¡Bueno está!... (*soltando la carta con desdén*). Las Navas se me incomoda. Otro que se tuerce... ¡Como si yo pudiese hacer Procuradores á todos los amigos de mis amigos...! Y aquí otra y otra carta pidiéndome destinos, contadurías, administraciones, secretarías, intendencias, y... ¿Pero de dónde, señores y amigos, de dónde voy yo á sacar tantas plazas?... ¿Y éste que se me

atufa porque no le he dado privilegio en el asunto de las campanas?... No faltaba más. Bastante tengo con los azogues, que me darán no poca guerra cuando se abra el Estamento... ¡Dichosas campanas, azogues malditos!... Pero estos señores no ven en el Estado más que una vaca muy gorda y muy lechera, á cuyas ubres es ley que se agarran todos los ambiciosos, todos los glotonos, todos los hambrientos... ¿A ver esta otra carta? Ya conozco la letra... ¡Pobre Duquesa de Berry! También ésta se ha echado marido morganático, y hoy es Condesa de Lucchesi Pella. Por andar menos lista que otras, ha perdido la tutela del chiquillo... el Delfín... A ver qué me cuenta. (*Lee por el final.*) Lo de siempre: sus hermanas no le hacen caso... la vituperan por la campaña desastrosa de la Vendée... (*Se ríe.*) Y no le perdonarán, no, el famoso episodio de la chimenea... (*Leyendo por el centro.*) Me da las gracias por haber admitido en el Ejército español al hermano de su esposo, el oficial napolitano Lucchesi, que recomendé á Córdova... ¿Y qué más? Vaya, vaya con las princesas destronadas... parece que les hizo la boca un fraile. Ahora pide que admitamos á otro hermanito, subteniente... ¿Por qué no les coloca en las tropas carlistas? ¡Ah, es que allí las pagas son en papel, en ilusiones!... Verdad que las pagas de acá... también andan como Dios quiere.»

Puesta á un lado la carta, trazó con rápida mano nuevas apuntaciones en la pizarri-

ta, y luego extendió las demás epístolas sobre la mesa formando abanico... Entre los sobrescritos, de muy diversa escritura, vió uno que no se le despintaba. Sonriendo se dijo: «Quien no te conoce que te lea.» y la sacó del semicírculo con ánimo de someterla á cuarentena rigurosa. «Pues sí, debo leerla —pensó variando inmediatamente de propósito, en la versatilidad de su espíritu inquieto;—veamos qué cuenta.» Era una de tantas comunicaciones de los secretos agentes que el Gobierno tenía en la frontera. Diariamente llegaban dos ó tres por diferentes conductos, y la que á la sazón leía Su Excelencia era remitida por una tal *Madame Aline*, de fantasía tan novelesca, y de tan extremado celo en el desempeño de su misión, que cuando no había sucesos graves que referir, los sacaba de su cabeza; y si escaseaban las maquinaciones, ó no sabía la verdad de ellas, ponía en el telar los productos más inspirados de su numen. Engañado varias veces por los cuentos de esta poetisa del espionaje, Mendizábal le había tomado ojeriza, y aguardaba conyuntura para suspenderla del cargo; si ya no lo había hecho era por consideración á nuestro Embajador en París, que aún creía en ella y se fiaba de sus embustes.

«Ya te veo (*leyendo*). La historia de siempre... Que los carlistas han recibido proposiciones de la Reina... Que han llegado á Oñate dos clérigos emisarios de *Palacio*... los cuales se entienden con otro clérigo de Madrid para poner en autos á Doña Cristina de



los deseos y opiniones de D. Carlos... Que los agentes de Aviraneta en Olorón han entrado también en negociaciones con los facciosos, ofreciéndoles un levantamiento en Madrid. Que al propio tiempo los realistas franceses se proponen armarla, si Thiers se decidiera al fin por la intervención. Que la frontera está infestada de frailes trashumantes y perdidizos, que huyen de las degollinas de Zaragoza, y muchos de ellos, transfigurados de la noche á la mañana, se afilian en el ejército de Gómez ó de Villarreal... Que Zaratiegui y otros andan á la greña con los palaciegos y toda la *ojalatería* de Oñate, y que de tantos piques y desazones tiene la culpa el carácter despótico y entrometido de la Princesa de Beira, que de continuo pasa y repasa la frontera, acompañada de *Monsieur Saint-Silvain*, ó sola, con dos pastores: las autoridades francesas no la molestan... Que D. Carlos se propone formar Corte y Ministerio de verdad, y que para presidir el Gabinete faccioso ha venido de Londres D. Juan Bautista Erro. Por el Ministerio de Gracia y Justicia andan á la greña el Obispo de León y Don Wenceslao Sierra... El confesor del Rey, D. Juan Echevarría, gobierna interinamente el ramo de Guerra. En medio de este grande aparato político, en la Corte apenas tienen que comer. D. Carlos y sus allegados van viviendo con castañas y leche... Las borrajás son el plato de cada día, y el cocinero de Palacio discurre los diferentes modos de poner las alubias... Por referencia de un ayuda

de cámara del Rey, que despidieron por haberle pegado una tremenda bofetada al gentil-hombre de servicio, sabe la manifestante que D. Carlos se casará en secreto con la Princesa de Beira... Ésta había comprado en Olorón varios objetos de bisutería falsos para su dueño y señor, y había vendido dos docenas de perlas magníficas, para adquirir con el producto de ellas fusiles... También gestionaba que le vendieran dos obuses, ofreciendo unas arracadas que poseyó... La comunicante las ha visto, y no duda que Su Alteza encontrará quien por ellas le facilite un par de cañones... Que los realistas habían logrado entenderse con Aviraneta, ofreciéndole la Superintendencia de policía para cuando triunfara D. Carlos... y que últimamente se le habían enviado desde Francia papeles que comprometían al Sr. Mendizábal, y al Sr. Caballero, y al señor Duque de Zaragoza, documentos que se publicarían en *El Jorobado* para armar gran escándalo...

Aturdido ya, la cabeza mareada con este aluvión de noticias, que no eran en su mayor parte más que repetición de anteriores informes, D. Juan echó á un lado la carta sin acabar de leerla. Por natural encadenamiento de ideas, la mención de *El Jorobado*, papel violentísimo, le llevó á pensar en *El Mensajero*, que también había comenzado á atacarle, y en *El Eco del Comercio*, que ya cerdeaba... «No es bueno que la prensa abuse de la libertad—se dijo mal humorado.—A bien que con *El Liberal*, que fundaremos

nosotros, zurraremos de firme á los que se vengan con injurias y enredos... ¡Lástima que no encontremos muchachos despabilados de éstos que salen ahora con la fiebre del romanticismo!... Me dice Palarea que casi todos los que valen están ya colocados en papeles enemigos... ¡Colocados!... me río yo de esto. Ya vendrán, ya vendrán al reclamo...»

Apuntó algo en su pizarra, pertinente á prensa y al nuevo periódico, y fijándose en otra carta, cuya letra menudita y elegante conocia, la leyó al punto: «Pepe no escribe á usted porque está consagrado hoy en cuerpo y alma á la limpieza de sus panoplias y á la colocación de las espadas del siglo xvii, que ayer adquirió. A su gloriosa ferretería se han añadido unas espuelas, que diz pertenecieron á Iñigo Arista; el almirez que á Doña Blanca de Borbón le servía para llamar á sus servidores en la torre de Sigüenza, y otras quincallas magníficas... En nombre de Pepe, y en el mío, le invito á usted á comer, mañana viernes. Por Dios, no falte, mi buen Don Juan, que tenemos mucho que hablar, y he de contarle cosas mías muy tristes, ¡ay!... Si le sobran á usted campanas, mande hacer rogativas porque recobre el juicio su consecuente amiga—*Pilar*.»

«¡Pobrecilla...—pensó el grande hombre, soltando la carta,—sí que es desgraciada!... ¡Qué mundo, qué cosas!...» Y con mental propósito de aceptar el grato convite, pasó á otro asunto... algo de elecciones, de una probable conferencia con Williers. Mas no tar-

dó en distraerle otro sobrescrito que en la rueda de cartas lucía con gruesos y algo torcidos caracteres. Dijérase que aquella desconocida escritura le miraba y atraerle quería, pues los ojos de D. Juan se habían como enganchado varias veces en sus letras. Hábilas visto ya y hecho intención de abrir y leer... Por fin, picado de curiosidad, se apresuró á satisfacerla. La carta, después del nombre y la fórmula de respeto, empezaba con esta frase: «Soy la hija de Jenaro Negretti...» Era bastante larga. Leídos los dos primeros párrafos, no encontró, sin duda, el Ministro interés bastante intenso en la lectura, y su mente fugaz corrió otra vez hacia la idea política. «¡Ah, me olvidaba... (*modulando entre dientes*), de la ley de mayorazgos! ¡Qué cabeza la mía!... Prometió Argüelles traérmela hoy, y yo, tan torpe, que no se lo recordé esta tarde... (*Rápida anotación en la pizarra.*) Mañana me explicará D. Agustín su protección á la revista *El Mensajero*, que publica contra mi artículos que se atribuyen á Galiano... ¡Qué amigos, Señor!... He de procurar atraer para el nuevo periódico, á las primeras plumas... Ese Espronceda, ese Larra... Todos ellos, según dicen, viven miserablemente. Pues demos á Espronceda y á otros poetas destinos adecuados á su mérito: las secretarías de las Subdelegaciones, plazas en las Bibliotecas, si queda alguna... Dígase lo que se quiera, la prensa no vive sólo de libertad...» Cayó en profunda meditación, cogiéndose la bar-

billa con las puntas de los dedos. Dió después un palmetazo sobre la mesa, y formuló en su mente graves acusaciones contra sí mismo: «Hubiera yo podido impedir los sangrientos sucesos de Barcelona, que me han perjudicado enormemente... ¿En qué estabas pensando, Juan, cuando le diste al D. Eugenio Aviraneta la carta para el general Mina? Tenemos cuartos de hora funestísimos, mortales... En un instante se compromete una posición; una idea mala y extraviada esteriliza miles de ideas grandiosas, fecundas...» Se pasó la mano por la frente. Su cansancio era ya muy grande. Pensó en los pobres empleados que por la índole de su cargo tenían que permanecer en las oficinas á horas tan absurdas, mientras el Ministro no se retirase.

Campanillazo... «Que venga el Sr. Milagro. Mi capa, el coche...»

Cayéndose de sueño, recibió Milagro las últimas órdenes de Su Excelencia para el siguiente día. «Estas cartas me las contestará usted á primera hora; las demás no son tan urgentes. Es muy tarde. Estarán ustedes rendidos. Hasta mañana... ¡Ah! Milagro, un momento: no me olvide lo de la Zahón... Que no puede ser... que... En fin, mejor será ponerle una carta. Recuérdemelo usted mañana.»

Y por engarce de ideas, ya cuando el portero le estaba poniendo la capa, volvió presuroso hacia la mesa por recoger algo que queria llevarse á su casa. «Soy la hija de



Jenaro Negretti...» Este párrafo inicial de la dolorida carta le andaba por el cerebro, disputando el sitio á pensamientos de mayor bulto y gravedad. Fué á su casa el grande hombre, soñoliento ya, revolviendo todo el farrago de aquella noche: Córdova... Galiano... Palacio... Ley de Mayorazgos... campanas... Aviraneta... prensa... frailes... chiquilla de Negretti...

## XXXII

La desconsoladora respuesta que dió el señor Ministro á la carta de la codiciosa diamantista, puso á ésta en formidable, épica irritación. En tres días no le sacaron del cuerpo más que palabras airadas y monosílabos rencorosos; en sus manos escribió, con sus propias uñas, cifra lastimosa del despecho que la dominaba, y los marchantes ó compradores que por allí asomaron salieron ó desollados vivos ó llamándose á engaño, con pocas ganas de volver. En la comida decretó parvedades de la escuela del licenciado Cabra; y tales fueron, que Aurora y Lopresti se habrían quedado en los huesos si no tuvieran la precaución de reservar en sus respectivos escondrijos pedazos de pan y otras cosillas de comer. Sentía la maldita Zahón odio á toda criatura humana, y á las que más pró-

ximas tenía, hacíalas responsables de la bofetada que le diera el ministrillo gaditano, aquél que conoció con manguitos y la pluma en la oreja, *en la casa de los Méndez*, allá por los años 97 y 98 del siglo pasado. Porque el hombre de las levitas, el verdugo de frailes y monjas, el secuestrador de campanas, no se contentaba con tomar á chacota la proposición de constituirse en administradora de la huérfana de Negretti (con lo cual aliviaba al señor Ministro de sus cuidados), sino que la relevaba ignominiosamente del cargo honorosísimo de custodiar y dar alimento y educación á la niña, confiriendo estas funciones á Ildefonso Negretti, hermano de Jenaro.

No obstante su fiereza y despecho, pasados tres días de crisis, juzgó prudente disimular la grave herida de su amor propio, y astuta y cautelosa reservó de la familia y de los amigos la dura respuesta de D. Juan Alvarez. Ni se le pasaba por la imaginación oponer resistencia á las disposiciones de éste, pues su naturaleza medrosa, calculista, alma de mercader en pedrería, repugnaba el giro dramático en los actos de la vida y todo lo que fuese ruidoso y violento. Encerróse, pues, en una resignación torva, como gato á quien le han cortado las uñas; esperó los acontecimientos envolviéndose en sus corcovas con cierta dignidad, quejándose del reúma con más fuertes alaridos, elevando el precio del quilate en los brillantes de talla superior, y extremando los rigores con que celaba á la doncella puesta á su cuidado.

Aumentó su tristeza en aquellos días la demora de su hijo Laureano Zahón. Había salido éste de Córdoba hacia Sierra Morena; pero tales historias en el camino le contaron de los bandidos que la infestaban, que tomó ascos al paso de Despeñaperros y se volvió para su casa, con idea de esperar á que saliese tropa para venir con ella. Tal contrariedad no tuvo poca parte en la prudencia que desplegó la Zahón después de su fracaso. Con Aura era toda sequedad y desabrimiento; no le permitía apartarse de su lado y de su vista; no creyendo bien guardada la casa con la fidelidad de Lopresti, se procuró dos cancerberos más: una tal Verónica, asistenta para centinela de día, y para vigilante nocturno, Severo Meca, dependiente de Maturana, hombre á prueba de sobornos, incorruptible, probado en veinte años de manejo de alhajas. Con tal guardia, y el examen y reparación que mandó hacer de todas las llaves, cerrojos y cerraduras, se creía libre de un atropello.

Inopinadamente se presentó Hillo á comprar otra partidita de aljófar, que regateó, poniéndose muy pesado, para encubrir con el negocio su espionaje, y haciéndose mostrar el abanico, pidió precio, que la Zahón fijó en setecientos y cincuenta duros, ni un maravedí menos. No le fué difícil al presbítero llevar la conversación comercial al terreno doméstico, y se enteró de la situación, por referencia espontánea de la despechada Doña Jacoba. «No sabe usted bien—decía, ponien-

do los ojos en blanco,—cuánto me agrada la resolución del *caballero ese de las campanas*, que por lo visto tiene tiempo sobrado para atender á todo. El sabrá lo que hace. No estoy yo para cuidar niñas, y menos á esta diablesa dislocada, sin respeto á nadie, ni á mí misma. Mentira me parece que ha de venir su tío y ha de quitarme este cuidado, pues aunque tengo costumbre de guardar cosas de precio y de asegurarlas contra ladrones, no sé cómo se custodian estas joyas que andan y enredan, que discurren todo lo malo; joyas que es forzoso clavar en los estuches para que no se escapen de ellos... También le digo á usted, Sr. de Timoneda (con este falso nombre había ocultado Hillo su personalidad), que si deseo perderla de vista, no deseo menos conservarla, mientras esté aquí, libre de todo detrimento. Quiero que su nuevo guardián la reciba en situación de honestidad material, aunque mentalmente la haya perdido. Cuando esté fuera de mi casa, que haga lo que quiera, que se deshonre; pero aquí no... Esto es un sagrario, Sr. de Timoneda; aquí viven y han vivido siempre el recato, la virtud. De esta casa, no ha salido jamás una piedra falsa... ¿Cómo había yo de consentir que ahora saliera?»

Alabó mucho el disfrazado clérigo estos alardes, y se permitió aconsejar á Jacoba que, lejos de estorbar, favoreciese el traspaso de aquella joya al tío carnal, pues la tal niña le daría disgustos muy gordos si no la echaban pronto de Madrid. Y añadió á esto tales

observaciones y noticias, que la jorobada, fácil al miedo, no necesitó más para verse rodeada de catástrofes. Dos veces más, en diferentes días, volvió D. Pedro, regateando el abanico y haciéndose mostrar unos topacios, que no compró; y con esto finalizaron sus averiguaciones en la caverna de la Zahón, pues ya había adquirido los datos y conocimientos más importantes: Aura delirante de amor; extremadas las precauciones para evitar que se vieran los amantes, y, por fin, próximo el arribo del tío carnal para cargar con la romántica niña y llevársela á los quintos infiernos. Cuando esto fuera un hecho positivo, sólo restaba impedir que Calpena descubriese á dónde había ido á parar la cabra loca; y establecida la radical separación, no era ya difícil traer al buen camino al descarriado joven. A éste le visitaba diariamente, guardándose bien de contarle sus tratos y contubernios con la diamantista; lo que no impidió que Calpena los supiera por aviso de Aura, atisbadora infatigable de quién entraba y salía en la casa.

No pareciéndole aun bastante inquisitorial la incomunicación entre los tórtolos, sometió Jacoba á escrupuloso registro al menegado Lopresti, guardando bajo llave papeles, pluma y tinta: por su gusto habría borrado de las costumbres humanas, como ocasionado á la desobediencia, el arte de la escritura. No creyendo eficaces estos rigores, y desconfiada del maltés, determinó asimismo la señora que no pusiera los pies en



la calle mientras tal situación durase, y los recados los hacía Meca, el bárbaro y frío Meca, incapaz de aliviar una pena de amor, aunque le dieran un brillante de talla superior por cada lágrima que evitase. Ya se sabrá la causa de esta insensibilidad. El último mensaje que llevar pudo Lopresti á los portales de Santa Cruz, donde Calpena aguardaba la cartita, fué verbal y nada satisfactorio: «Sr. D. Fernando—le dijo, afilando la voz más que de costumbre por la fuerza de su congoja,—ni traigo carta, ni la traeré más: válgame la Virgen. Estamos dejados de la mano de Dios. La señora me ha registrado al salir, todo, señor, como si fuera yo una mujer... ¡Qué vergüenza me ha hecho pasar, ay! Y no es lo peor que me meta las manos por entre la ropa, haciéndome cosquillas, sino que ya no me deja salir de casa. ¡Preso yo también, sin comerlo ni beberlo!... preso por desconfianza, porque hago este favor á dos que se quieren... Es mi gusto, señor; es mi único gusto servir á los amantes finos... Salgo esta tarde porque voy por la medicina, aquí, calle Imperial... ¡Ay! Dios mío, que no se le volviera solimán... y ya me despido de la bendita calle, porque desde esta noche hace los recados ese Meca, montador que fué de la familia, montador de piedras finas, y hoy vive de la tasa y fiel contraste... Pues verá: la señorita, que, como enamorada, discurre más que cien doctores, me encarga diga á usted que esta noche le escribirá. Tiene papel y lápiz, que le

he dado yo... Para mandar á su amador la carta ha inventado una graciosa treta... Ahora tenemos allí todas las noches á D. José del Milagro. Entra... deja su sombrero en la percha... En el forro del sombrero pondremos el papelito. ¿Qué le parece? Lo que no inventa el amor, ni Dios lo inventa... Pues lo que falta es que usted se haga el encontradizo con Milagro, cuando éste salga de casa; que le convide; que le entretenga hasta sacarle el embucha lo; que mañana le vuelva á convidar y á entretenerle para que lleve la respuesta del mismo modo, y arreglárselas como pueda para seguir trayendo y llevando papeles ensombrerados cada lunes y cada martes... Con que ya lo sabe. Prevenido, señor... ¡Ojo al casquete!... Adiós, D. Fernandito de mi alma; no puedo entretenerme más... Si tardo, me mata.»

Véase aquí cómo fué conductor inocente de la amorosa correspondencia el tubo gracioso y anticuado que cubría la venerable cabeza del buen Milagro. No le fué difícil á Calpena echarle la zarpa, accchándole á la salida de Milanese, y le convidó á cenar (felizmente, por ser domingo, no tenía que ir á la Secretaría de Hacienda), y hablaron cuanto les dió la gana. Concluyó Fernando por fingirse delicado de salud, y suplicar á su amigo que le hiciese diariamente compañía en los ratos libres, pues de ello recibiría gran consuelo. Hubo de manifestar sentimientos contrarios á los que llenaban su alma; hizo el papel de que le pesaba haber abandonado

su destino; mostróse arrepentido de sus amores, sobre los que hacía recaer toda la culpa de tantos infortunios, y pedía consejo á su buen amigo sobre la conducta más propia y eficaz para volver á la gracia de Su Excelencia. Con gran júbilo le oyó Milagro, que de veras le apreciaba, y prometió visitarle en el rato libre, entre la contabilidad de la Zahón y el trabajo nocturno de la oficina.

Con tal ardid, tuvo Calpena carta fresca todas las noches. No eran palabras amorosas lo que Milagro llevaba y traía en su sombrero; era fuego, llamas cogidas á puñados del mismo sol. Véase la muestra:

«*De Fernando á Aura.*—Si hallamos libre el camino del cielo, al cielo. Si no hay otro camino que el del abismo, al abismo... Todo antes que arrastrar esta oprobiosa cadena del presidio social; todo antes que sufrir el ultrajante despotismo de los cabos de vara que, con el nombre de autoridades, civil, doméstica y política, cobran el barato en este patio inmundo. Huyamos de ellos. Busquemos el aire libre, lejos del aliento infecto de los cabos de vara. Sobre todas las leyes, prevalece el amor, ley suprema, porque él es la creación, el principio de las cosas.»

«*De Aura á Fernando.*—Cariño, ¿verdad que me sacarás pronto de este encierro? Con esta esperanza vivo. Cuento las horas que me faltan para el momento dichoso en que dejaré de ver el rostro patibulario de Jacoba Zahón. ¿Cómo no odiarla, si me priva de verte? Si ella me asesina, ¿cómo no desear que se la

trague el infierno, como se tragó Jonás á la ballena?... digo, no: fué la ballena quien se tragó á Jonás, y no pudo digerirlo. Tampoco el infierno digeriría á Jacoba, y tendría que vomitarla con todas sus piedras preciosas... Es la una de la noche: la bestia monstruosa duerme; yo velo. El amor siempre alerta. ¿Cuándo nos echamos á volar? Quiero ser pájaro y mirar desde lo alto de una ramita á estos pobres caracóles, que nos quieren llevar á su paso... Una de estas noches mi desesperación me inspiró la idea de matar á Jacoba... Estuve loca un ratito... ¿Verdad que me librarás pronto? ¿Verdad que si no nos dejan vivir nos mataremos? Sintí, no quiero la vida ni la muerte. ¿Qué sería de mí solita dentro de la sepultura?... Voy á decirte una cosa que no sabes... Te adoro... Tonto, no te rías... Me estoy muriendo por vivir...»

«*De él á ella.*—Duerme tranquila; yo velaré, velaré siempre. El sueño no quiere amistades conmigo. Si tu cárcel fuera de diamantes y la custodiaran todos los ejércitos del mundo, de ella te sacaría yo... Si Jacoba fuera la hidra de seis cabezas, yo se las cortaría todas... Nunca me tuve por héroe. Ahora lo seré, porque te amo. El amor me hace indómito; el amor me hace invulnerable. Si fuese preciso ir hasta el crimen, hasta el crimen iré... Ser tú mía, ser yo tuyo, es hablar con vaguedad: somos un solo sér... ¿No sientes un solo sér en nosotros? No estamos separados, sino divididos; cada mitad en diferente esclavitud. Pronto estará todo el sér

integrado en la libertad. Pronto te fijaré el día y hora en que debe terminar esta doble agonía. Será sin bullicio, sin aparato; será la suma sencillez... No puedo más. Bendiga Dios el divino fieltro en que irá esta carta. Adiós.»

«*De ella á él.*—Poquito me faltó para besar el fieltro sublime cuando de él saqué la luz de mi vida. Pero no lo besé... No hice más que acariciarlo... Pronto, sí, mi bien, que sea pronto. Estoy alegre, porque tú me lo mandas. Jacoba despide de sus ojos un veneno verde, como el rayo de las esmeraldas. Pero ya no le tengo miedo: confío en mi caballero, á quien amo, á quien pertenezco por toda esta vida fugaz y por la eterna...»

En este tono se escribían siempre. Arrebatado el espíritu de Calpena á las altas cimas de la idealidad, no conocía freno. Tan profunda era su transformación, que hasta se olvidaba de cómo fué, y de lo que había sentido y pensado bajo la férula del buen D. Narciso Vidaurre. Aquella serenidad del alma, aquel justo medio en que blandamente se mecía su voluntad, ¿dónde estaba? ¿Dónde la placidez clásica, el amor de las reglas, el gusto de lo incoloro, del vivir cómodo y bien repartido en casillas metódicas? Todo aquel mundo blanducho y opalino se había resuelto en un orden de sentimientos y de ideas que le asemejaba al famoso héroe de Dumas, Antony. Como éste, se había erigido en desheredado, y con los fueros de tal, en aborrecido de toda la sociedad; como éste, no vivía más que para un amor frenético, dis-



puesto á consumar, por la satisfacción de sus anhelos, las violencias y tropelias más abominables.

## XXXIII

¡Quién le había de decir á Fernando Calpena, cuando con un amigo vió representar el *Antony* en la *Porte Saint-Martin*, que aquel drama, que entonces le pareció afectado, mentiroso, uno de tantos artificios con que los dramaturgos amañados satisfacen el convencionalismo teatral, había de ajustarse, traducido al castellano, á la realidad de su pensamiento! El drama de Dumas, y el de Calpena, drama real, no se parecían en el asunto, aunque sí mucho en la enfática desesperación del héroe, no bien motivada, y en el ardor de su lenguaje. El odio á la sociedad no era en él más que una repercusión hueca del criollo de Dumas. En política había extremado bruscamente sus opiniones, simpatizando con los revolucionarios más ciegos y brutales. Para D. Fernando no tenían derecho á la permanencia ni el Gobierno aquél, ni otro semejante, ni el Trono mismo. La Familia Real, de cuyo seno había nacido una espantosa guerra, que llevaba trazas de no concluir nunca, tampoco debía continuar ligada á la suerte del país. Las

disensiones entre los hijos de Carlos IV habían convertido á España en una inmensa jaula de locos furiosos. Por averiguar si debía reinar hembra ó varón, se vertían ríos de sangre... Y no pareciéndoles bastante sangría á nuestros prohombres, todavía andaban á trastazos por si repartían las mercedes del presupuesto los negros ó los blancos, los amarillos ó los rojos. El propio Mendizábal, á quien siempre vió Calpena descollando sobre la turbamulta política, se había empequeñecido á sus ojos: ya no era el grande hombre que debía salvar y refundir la nación. Malogrados sus propósitos por falta de constancia ó malicia para llevarlos á la realidad, resultaba perfectamente sentencioso y oportuno aplicado á él, como á todos los del oficio, el dicho de Hillo: *No remata la suerte...*

Por otra parte, si el conocimiento de las conexiones jurídicas de Mendizábal con Aura le indujo á mirar al ilustre gaditano con simpatía, cuando supo que á la carta de la joven había respondido verbalmente, por mediación de Milagro, sin darle más consuelo de su esclavitud que la promesa de mudarla de cárcel, sacándola de las cadenas de Zakhón para ponerla en las de Negretti, la simpatía hubo de trocarse en ojeriza y mala voluntad. Hallándose obligado á mirar por la huérfana, debió D. Juan atender en otra forma á su angustiosa solicitud. Ni de tutor ni de caballero era esta fría respuesta: «Diga usted á esa señorita que estoy atareadísimo

y no puedo ocuparme de ella todo lo que quisiera. He escrito á Ildefonso Negretti para que venga á recogerla. Yo hablaré con él y le recomendaré que la cuide mucho y procure perfeccionar su educación.»

«Pues yo le aseguro á usted, Sr. D. Juan Alvarez—decía Calpena *in mente*, paseándose solo por las calles,—que cuando venga el tan cacareado tío carnal para hacerse cargo de mi Aura, no la encontrará. Aura me pertenece, y todos los Negrettis del mundo, auxiliados por todos los Alvarez gaditanos, que no saben *rematar la suerte*, no me la quitarán. Ahora veremos quién puede más: si Vucencia con sus altanerías de Ministro y jefe de partido, ó yo solito, inerme, sin más fuerza que la que me da la ley de amor... Ley es ésta que no entiende ningún político, ni Vucencia tampoco... Creerá que es como la Ley de amortización de la Deuda, ó la de Redención de censos, imposiciones y cargas... Y no necesito extremar las conjeturas, señor D. Juan y Medio, para ver segunda intención en su proyecto de poner á la huérfana en manos de un Negretti, que seguramente será sumiso ejecutor de los deseos de un amigo poderoso. ¿Tendremos aquí una comedia en que le toque á Vucencia el papel de tutor, de ese anciano verde, siempre chasqueado? ¿Le seducen á Su Excelencia los viejos de Moratín? Pues tampoco ha de valerle el hacer el D. Diego, aun cuando tomara las precauciones para asegurar un desenlace contrario al de *El Sí de las niñas*, por-

que aquí estoy yo para llevar las cosas á su término natural. Y si para esto tuviera yo que pegarle á Vucencia un tiro, se lo pegaría, como á Negretti, si éste me contrariara con malevolencia... Por mi Aura, voy yo á las grandes y nobles virtudes, como á las más negras demostraciones de la maldad; por mi Aura, escalo yo el cielo ó me precipito en los abismos. Nada tiene valor para mí; cuanto hay en el universo se cifra en ella. Póngame usted entre Aura y mi voluntad todas las llamadas leyes morales y sociales, y salto por encima de ellas; y si quieren que pase sin saltar, pasaré, y pisaré, y si pongo el pie sobre alguien que reviente con mi peso, quéjese al diablo, porque Dios no ha de oírle.»

Entró en casa de Hillo, con quien hablar quería. D. Pedro le esperaba: encerráronse en el cuarto de éste. «Tu puntualidad en acudir á la cita me demuestra que el caso es urgente. Necesitas dinero: ayer no pude dártelo; hoy te lo daré, pero no sin condiciones.»

Adivinando las terribles condiciones que su amigo, cruel usurero en aquel caso, le impondría, Calpena sintió frío glacial en el corazón, y en la boca todo el acíbar que suele ser producto natural de la carencia de dinero. «Te daré lo que necesites—prosiguió Hillo con severidad noble;—pero has de darme garantías, seguridades de que ha de ser empleado dignamente. Esas órdenes tengo.

—Pero usted—dijo Calpena con voz ca-

vernosa, —entiende por empleo indigno lo que para mí es el fin más alto que se puede imaginar. No nos entendemos.

—No nos entendemos... Yo tengo órdenes que he de cumplir estrictamente. Para lanzarte sin freno á la perdición, necesitas oro. Es natural: sin dinero no se puede realizar el bien... ni el mal. Para el bien tendrás lo que quieras, Fernando: demuéstrame que quieres el bien, abandona tus locos devaneos, y partiendo los dos de Madrid esta misma noche...»

Calpena se levantó del asiento sin decir más que: «Guarde usted su dinero... Me voy.»

—Oye... no seas tan vivo de genio. No hago más que cumplir las órdenes que recibo... Muy dañado estás, hijo mío, cuando así me vuelves la espalda; á mí, que te quiero como á un hermano... No, no cres digno de esta hermosa fraternidad, ni tampoco, lo digo muy alto, ni tampoco eres digno de la piedad suprema, del cariño lejano, escondido, para que sea más bello, de la persona que...»

Ahogado por la emoción, Hillo no pudo continuar, y se llevó ambas manos á los ojos...

«Para que yo venere á esa persona como ella se merece sin duda—dijo Calpena en grave desconcierto,—es preciso que... se necesita que... Yo la adoraré si la conozco, lo primero... Encubierta, y oponiéndose á la felicidad de mi vida, no puedo, no puedo quererla.»

Hillo le cogió de una mano, no secas aún



sus lágrimas, y en grave tono le dijo: «Te doy mi palabra de que si haces lo que dije... Renunciar radicalmente á ese devaneo, impropio de tu condición, y partir conmigo de Madrid esta misma noche sin ver á nadie... la deidad invisible dejará de serlo... así lo declara y promete en su última carta... Se nos revelará... pero es condición previa que tú... ya sabes...

El rostro de Calpena se volvió de mármol; sus manos quedáronse heladas; sus miradas perdieron toda luz. Miró al clérigo con estupidez; hízole repetir la proposición. Repetida por Hillo, éste añadió hasta tres veces: «¿Te conviene el trato?»

De súbito fué acometido Fernando de un frenesí nervioso; cayó en un sillón, mordióse los puños, contrajo todo su cuerpo, y clavando las uñas en el brazo del sillón, prorrumpió en gritos dolorosos: «No quiero... no quiero... Me ofrecen un nombre á cambio de la vida. No, no... No me hacen falta parientes; no necesito familia... Que se vayan, que me dejen. Solo viví, solo estoy... solo moriré... moriremos... ¡No quiero, no quiero...!»

Cogida en las convulsas manos la cabeza, como si quisiera arrancársela, no dijo una palabra más. D. Pedro no le veía el rostro.

«Serénate—le dijo, tocando suavemente sus cabellos, cuyos rizos desordenados por entre los dedos salían.—Te doy tiempo para pensarlo. La cosa es grave... no te precipites á resolver, así... airadamente.

—¡Si está resuelto—dijo el desesperado jo-

ven incorporándose,—si no puede 'ser!... ¡Si es como si me mataran!... Y francamente, no me dejo matar... no me conviene morir todavía.»

Y pñesto en pie, cogió el sombrero con gallardo ademán, mostrando en acto tan sencillo la firmeza de su resolución. Las últimas palabras de aquella breve conferencia fueron: «Me equivoqué al pensar que usted podía darme... eso. Error grave fué pedirlo. ¡Qué bochorno!... ¡pedir lo que no es nuestro, lo que me darían, no por favorecerme, sino por comprarme! Dígale usted á quien sea, que no me vendo. El alma no se vende. ¿Por qué no la adquirió, en tiempos en que fácilmente pudo hacerlo? ¡Y ahora quiere quitármela, comprármela...! Aunque yo quisiera venderme, amigo Hillo, no podría... no me pertenezco... Y para concluir, guárdese usted su dinero, ó devuélvalo á quien se lo ha dado. Para mí no ha de ser. Lo que yo necesito con urgencia, lo buscaré como pueda.

—Aguárdate... hablemos otro poco.

—Usted puede perder el tiempo, yo no... Es inútil... Si cierra la puerta me descolgaré por el balcón.. Quédese con Dios... No intente seguirme... corro yo más que usted. Adiós.»

Y con la presteza que estas palabras indicaban salió de la casa, dejando á Hillo confuso y atribulado. Hubo de pasar un mediano rato antes que el buen clérigo pudiera sacar del desorden de su mente una idea clara y ver el derrotero más conveniente. «No me queda duda, va á la desesperación... Loco de

amor y sin dinero, algo hará que nos dé mucho que sentir... ¿Iré tras él? ¿Pero quién le caza? No, no, Pedro Hillo... no te metas en cacerías peligrosas. Yo cumplo dando la voz de alarma, como me ordenan. Ha llegado el momento crítico, el momento del peligro supremo, que obliga á emplear el recurso final, lo que los médicos llaman el remedio heróico. Me han mandado que avise cuando estalle la crisis de locura, y aviso... Pedro Hillo cumple siempre con su deber; es hombre que sabe rematar la suerte.»

Escribió una breve carta, y al punto salió para entregarla al *Sr. Edipo*, que en determinada calle estaba de servicio. Hecho esto, se fué al club de la casa de *Tepa*, donde había quedado pendiente de la noche anterior una furiosa disputa, cuyo desenlace quería conocer. Allá fué á parar también Calpena, sin más objeto que matar el tiempo hasta media noche, y ver á un amigo que le había ofrecido facilitarle algún dinero. Ya se comprende que este amigo no era poeta.

Por obra y gracia de la armonía resultante entre la exaltación de su espíritu y la atmósfera jacobina que en *Tepa* reinaba aquella noche, Calpena se lanzó, sin proponérselo, á la oratoria furibunda, notas estridentes de rabia política con juicios abominables de cosas y personas. Sus palabras eran materia inflamable arrojadas varonilmente en aquel rescoldo de pasiones. De una parte le aplaudían con rabia; de otra le vituperaban. Entre D. Pedro Hillo y otro

señor tuvieron que cogerle por un brazo y bajarle casi á rastras de la tribuna. Parecía loco furioso, y su rostro echaba llamas. Después, entre el tumulto que en torno del joven se formó, Hillo le perdió de vista. Cuatro amigos le sacaron á la calle para que con el fresco de la noche se le despejara la cabeza. Fueron á un café, pasearon hasta las doce, hora en que Fernando se encaminó á su casa con el amigo que le había facilitado la cuarta parte del dinero que creía necesitar.

Solo al fin en su cuarto y no teniendo nada que hacer, sentóse en la cama y se zambulló en el mar sin fondo de sus pensamientos. «Con poco dinero, pero con dinero al fin, mañana será. No varío mi plan, ni tengo que modificar las instrucciones que Aura habrá recogido esta noche en el sombrero de Milagro. ¡Mañana...! Y á pedir de boca saldrá, pues previsto está todo, y bien determinada la manera de sortear cualquier peligro... Mañana, en pleno día, cuando menos lo pienses, cuando nada temas, mal-dita Jacoba, soltarás tu presa... Y viviremos los que debemos vivir, y rabiarán los que debau rabiarse... y el que quiera reventar de ira, que reviente... Mi gusto es pisotear á la Zahón; al Sr. Mendizábal no... está próximo á una caída ignominiosa. En Palacio le tienen ya bien preparada la zancadilla con Istúriz y Saavedra... ¡Los dichosos políticos! No vendría mal una degollina de próceres y patriotas, como la que se ha hecho de frai-

les... Pues sí, Sr. de Mendizábal, bastante tiene Vucencia con la que le están armando. Hillo diría que ya se oye el cencerro del cabestro que viene para conducirle al corral. Y Vucencia matará los ocios del corral con la educación de doncellas... A Hillo no le desco mal alguno... Ojalá le hicieran obispo. Bien se lo merece el pobre por su manse-dumbre y buenas intenciones... Y en cuanto á Milagro, nuestra gratitud no se contenta con menos que con nombrarle Ministro de Hacienda... Y á Lopresti, ¿cómo le recompensaremos sus servicios?... Es facilísimo: pinche mayor de Palacio, y además director de la Real Capilla; cocinero y tiple de S. M... De todos nos despedimos, porque espero que no hemos de tener el gusto de ver rostros conocidos en mucho tiempo... Y que nos persigan, que nos busquen, que nos cojan ahora... El vuelo será alto... y luego, nuestra cueva de amor tan profunda, que á ella no llegará ni la mirada de cernícalo de la Zahón, ni el olfato de *Edipo*...»

Por este derrumbadero vertiginoso iban sus pensamientos, cuando llamaron con fuerte campanillazo y golpes á la puerta de la casa. Sorprendido del ruido, y alarmado también, pues en su estado nervioso, el vuelo de una mosca le hacía estremecer, salió Calpena á punto que alguien abría; y vió que avanzaban hacia la puerta de su habitación dos hombres de mala facha, los cuales con formas rudas y descorteses, previa indagación de la personalidad, le ordenaron que



se dispusiese á salir en su grata compañía.  
«¿Pero á dónde?...

—A la cárcel,—dijo el más feo y bruto de la pareja, á punto que comparecían otros dos, de uniforme, pues eran salvaguardias de la Subdelegación.»

Lo primero que se le ocurrió á Calpena fué coger una silla, con intento de estrellarla sobre la cabeza del más próximo. Pero pronto se abalanzaron los esbirros á trincarle del brazo, y privado de todo movimiento, no tuvo más remedio que entregarse, maldiciendo con terrible exclamación su fiero destino. Salieron en paños menores los patrones y algunos huéspedes á lamentar el triste suceso; y mientras uno se indignaba, y le consolaba otro con frase vulgar, asegurando que todo era equivocación, los polizontes registraban la cómoda y mesa, para llevarse cuantos papeles encontraran pertenecientes al presunto criminal político.

Bajando entre tales sayones, taciturno, mas no resignado, devorando la angustia y terror de su alma, D. Fernando empezó á ver claro en aquella inopinada prisión, y se dijo: «Es ella, es la *mano oculta* quien me lleva á la cárcel.»

De la calle de las Urosas al Saladero había mucho que andar. Por el camino vió dos traillas de presos. Sin duda, el medroso Gobierno, acosado de conspiradores, viendo por todas partes misteriosos enemigos que le acechaban en la obscuridad de las logias, ó le provocaban en el público escándalo de los

café, había mandado echar la red. Cuando metieron al desdichado Calpena en el patio donde debía empezar la expiación de sus nefandos delitos, ya había llegado la primera cuerda, en la cual vió personas de aspecto decente. Al poco rato entraron dos racimos más, ¿y cuál no sería la sorpresa de D. Fernando al vislumbrar en uno de ellos nada menos que la venerada, inofensiva persona de D. Pedro Hillo?

En cuanto pudieron reconocerse, á la luz de los farolillos que alumbraban los tristes grupos, corrieron el uno hacia el otro y se dieron los brazos.

«*Tu quoque...* ¡También usted, D. Pedro! —dijo Calpena con el gozo amargo de la venganza.

—También—replicó Hillo con voz opaca, casi lloroso.—Y en verdad que por más que me devano los sesos, no acierto á explicarme... De la cama me sacaron estos verdugos. Comprendo que á tí... ¡A tí sí!... Era necesidad ponerte á la sombra.

—Yo no conspiro.

—Conspiras contra tí mismo. Yo, ni contra mí ni contra nadie... No he hecho más que hablar mal de Mendizábal... y eso no mucho.

—No es Mendizábal, no, quien ha tenido la humorada de juntarnos aquí: es la *mano oculta*... ¿Tan candoroso es mi buen clérigo que no lo ve?

—¡Fernando!

—¡La invisible deidad, la tutelar, la pró-

vida mascarita!... ¡Ah! no se quiere que el niño esté solo... Se teme su desesperación, se teme su rabia...»

Enorme distensión de músculos en ojos y boca declaraba el estupor del buen presbítero.

«No está mal esto. ¿Verdad que no está mal?... Para que diga usted ahora que no *remata*...

—¡Vaya si *remata*...!»

Santander (San Quintín), Agosto-Septiembre de 1898.

FIN DE MENDIZÁBAL











TRENT UNIVERSITY



0 1164 0311591 2



